SIR WINSTON S. CHURCHILL

MEMORIAS
LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

TRIUNFO Y TRAGEDIA

PLAZA & JANES S. A. EDITORES

BUENOS AIRES — BARCELONA — MEXICO D. F. — BOGOTA — RIO DE JANEIRO

TITULO ORIGINAL:
TRIUMPH AND TRAGEDY

TRADUCCION DE
NELLIE MANSO DE ZÚÑIGA

TAPAS DECORADAS POR
SIMCIK

© PLAZA & JANES, S. A. Editores, 1965

Las seis partes que componen esta obra fueron publicadas originalmente en inglés con el título común de THE SECOND WORLD WAR

LITOGRAFÍA ROSÉS, Escultor Canet, 6-8-10 - BARCELONA

Printed in Spain - Impreso en España
Depósito Legal: B. 3372-65 Registro N.°: 863-65

MEMORIAS DE

CHURCHILL

LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

LA MAREA DE LA VICTORIA

SIR WINSTON S. CHURCHILL

MEMORIAS

LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

VI. TRIUNFO Y TRAGEDIA

1. LA MAREA DE LA VICTORIA

EDICIONES ORBIS, S. A.

PREFACIO

EL presente volumen pone fin a mi narración de la Segunda Guerra Mundial. En el intervalo de tiempo comprendido entre los desembarcos anglo-americanos en Normandía el 6 de junio de 1944 y la rendición de todos nuestros enemigos catorce meses después, acontecimientos de extraordinaria trascendencia conmovieron el mundo civilizado. La Alemania nazi fué destruída, dividida y ocupada; la Rusia soviética se estableció en el corazón de la Europa occidental; el Japón fué derrotado, y fueron arrojadas las primeras bombas atómicas.

En éste, como en los anteriores volúmenes, he expuesto los hechos tal como yo los vi y los conocí en mi puesto de Primer Ministro y ministro de Defensa de Gran Bretaña. Me he basado, como en las ocasiones anteriores, en los documentos y los discursos preparados aquellos días, en la creencia de que servirán, mejor que cualquier otra idea posterior, para dar una imagen más real de lo que ocurrió entonces. El texto original se completó hace casi dos años. Otras obligaciones me han dejado únicamente tiempo para dedicarme a la revisión de la exposición de hechos contenida en estas páginas y para obtener los consentimientos necesarios para la publicación de los documentos originales.

He dado a este volumen el título de «Triunfo y tragedia» porque la abrumadora victoria de la Gran Alianza no ha logrado, hasta ahora, traer la paz a nuestro inquieto mundo.

WINSTON SPENCER CHURCHILL.

Chartwell, Westerham, Kent, 30 septiembre 1953.

AGRADECIMIENTOS

De nuevo quiero hacer constar mi gratitud a todos los que me ayudaron en los volúmenes anteriores, es decir, al general sir Henry Pownall, al comodoro G. R. G. Allen, al coronel F. W. Deakin, al fallecido sir Edward Marsh, a míster Denis Kelly y a míster C. C. Wood. También deseo testimoniar mi agradecimiento al gran número de personas que han leído estas páginas y me han dado su opinión sobre ellas.

Estoy en deuda con el mariscal jefe del Aire sir Guy Garrod por su ayuda en todo lo que se refiere a las Fuerzas Aéreas.

Lord Ismay ha continuado prestándome su colaboración, así como el resto de mis amigos.

Hago constar mi reconocimiento al Gobierno de Su Graciosa Majestad por haberme permitido reproducir el texto de ciertos documentos oficiales cuyos derechos de autor de la Corona corresponden legalmente al interventor de la Oficina de Documentos de Su Majestad. A petición del Gobierno de Su Graciosa Majestad, y por motivos de seguridad, he parafraseado el texto de algunos de los telegramas publicados en este volumen. Estas alteraciones no han cambiado en modo alguno el sentido o la esencia de dichos telegramas.

Estoy profundamente reconocido al Roosevelt Trust por haber permitido la publicación de los telegramas del Presidente aquí reproducidos, así como a todos cuantos han autorizado la publicación de su correspondencia personal.

Título original: *The Second World War (1948-1954)*
VI. *Triumph and tragedy*
1. *The tide of victory*

Traducción: Nellie Manso de Zúñiga

© Cassell Ltd., London
© Plaza & Janés, S. A. Editores, 1965
© Por la presente edición, Ediciones Orbis, S. A., 1989
Apartado de Correos 35432, 08080 Barcelona

ISBN: 84-402-0739-5 (Obra completa)
ISBN: 84-402-0750-6 (Volumen 11)
Depósito legal: B. 12.640-1989

Fotocomposición: Fort, S. A.
Rosellón, 33, 08029 Barcelona

Impreso y encuadernado por:
Gráficas Ramón Sopena, S. A.
Provenza, 95 - 08029 Barcelona

Printed in Spain

Esta decisiva obra histórica sobre la Segunda Guerra Mundial, escrita por uno de los principales protagonistas de aquel trágico conflicto, fue publicada originalmente en inglés con el título de *The Second World War (La Segunda Guerra Mundial)*. Sin embargo, debido precisamente a ese protagonismo de su autor y al conocimiento directo que éste tuvo de la guerra, a menudo se la conoce también con el título de las *Memorias* de Churchill.

La obra se compone de seis partes, cada una de las cuales tiene su propio título. Y cada una de las seis se divide, a su vez, en dos libros, lo que supone un total de doce libros. Esta colección incluirá los doce libros de la obra, dado su carácter unitario y su gran interés (sólo se han suprimido los apéndices, que alargarían excesivamente la publicación).

Para una mejor comprensión de la estructura de la obra, y para tener una visión global de la misma, se puede consultar el siguiente esquema, que incluye los títulos de las seis partes y los subtítulos de los doce libros. En la columna de la derecha figura además la numeración secundaria que tendrán en el lomo los doce volúmenes en los que la obra aparecerá dividida en esta colección.

Parte primera: Cómo se fraguó la tormenta
Libro 1.º: De guerra a guerra ..... *Volumen I*
Libro 2.º: La guerra crepuscular ..... *Volumen II*

Parte segunda: Su hora mejor
Libro 1.º: La caída de Francia ..... *Volumen III*
Libro 2.º: Solos ..... *Volumen IV*

Parte tercera: La gran alianza
Libro 1.º: Alemania ataca a Rusia ..... *Volumen V*
Libro 2.º: La guerra llega a América ..... *Volumen VI*

Parte cuarta: El gozne del destino
Libro 1.º: La embestida japonesa ..... *Volumen VII*
Libro 2.º: África redimida ..... *Volumen VIII*

Parte quinta: El anillo se cierra
Libro 1.º: Italia, ganada ..... *Volumen IX*
Libro 2.º: La suprema aventura ..... *Volumen X*

Parte sexta: Triunfo y tragedia
Libro 1.º: La marea de la victoria ..... *Volumen XI*
Libro 2.º: El telón de acero ..... *Volumen XII*

MORALEJA DE ESTA OBRA

En la Guerra: Resolución
En la Derrota: Altivez
En la Victoria: Magnanimidad
En la Paz: Buena voluntad

TEMA DE ESTE VOLUMEN

Cómo las grandes democracias
triunfaron,
y de este modo
pudieron reanudar
las locuras
que tan a punto estuvieron
de costarles
la vida.

LIBRO PRIMERO

LA MAREA DE LA VICTORIA

Capítulo primero

EL DIA D

Los desembarcos en Normandía. — Mi informe a la Cámara de los Comunes, el 6 de junio. — Stalin envía importantes noticias. — Su telegrama del 11 de junio. — Dispositivos enemigos en la muralla atlántica. — El sistema alemán de alarma queda paralizado. — La equivocación de Rundstedt. — Visito las playas y almuerzo con Montgomery, el 10 de junio. — Crucero a bordo del H. M. S. «Kelvin». — El mensaje del general Marshall. — Mis telegramas a Stalin y Roosevelt, del 14 de junio.

NUESTROS largos meses de planes y preparativos para la mayor operación anfibia de la Historia terminaron el Día D, el 6 de junio de 1944. Durante la noche anterior las grandes flotas de convoyes con sus escoltas navegaron, ignoradas por el enemigo, a lo largo de los canales que habían abierto previamente los dragaminas, desde la isla de Wight hasta la costa de Normandía. Los bombarderos pesados de la R.A.F. atacaron las baterías de costa montadas en sus emplazamientos de cemento, lanzando 5.200 toneladas de bombas. Cuando rompió el día, la fuerza aérea de los Estados Unidos entró en escena para neutralizar las otras defensas costeras, seguida por bombarderos medios y caza-bombarderos. Durante las veinticuatro horas del día 6 de junio, la aviación aliada hizo más de 14.600 salidas. Tan grande era nuestra superioridad en el aire, que lo único que el enemigo pudo hacer durante las horas del día en materia de cobertura aérea sobre las playas de invasión, fué un escaso centenar de salidas. Desde la media noche estaban desembarcando tres divisiones aerotransportadas: La Sexta División Aerotransportada británica, al noreste de Caen, para apoderarse de las cabezas de puente sobre el río que corre entre la ciudad y el mar, y dos divisiones aerotransportadas norteamericanas que tenían como objetivo apoyar, al norte de Carentan, el asalto marítimo sobre las playas y fijar los movimientos de las reservas enemigas, impidiéndoles su adentramiento en la península de Cotentin. Aunque en algunos puntos las divisiones aerotransportadas se vieron más dispersas que lo que se había proyectado, el objetivo se logró siempre

NOROESTE DE EUROPA

Cuando llegó la aurora, y los buques grandes y pequeños empezaron a ocupar las posiciones que tenían señaladas para el asalto, la escena podría casi haberse tomado por una revista. La oposición inmediata se limitó a un ataque efectuado por lanchas torpede-

ras, que lograron hundir un destructor noruego. Aun al comenzar el bombardeo naval, la réplica de las baterías costeras fué inconexa e ineficaz. No había duda de que habíamos logrado una sorpresa táctica. Buques de desembarco y auxiliares cargados de infantería, carros, artillería autopropulsada, una gran variedad de armas, y grupos de demolición del Cuerpo de Ingenieros encargados de volar los obstáculos costeros, fueron agrupándose y avanzando hacia las playas. Entre ellos se hallaban los carros D. D. (anfibios) que hicieron en esta ocasión su primera aparición en gran escala en una batalla. El mar estaba todavía muy picado, como consecuencia del mal tiempo del día anterior, y gran número de estos carros anfibios se hundieron durante la travesía.

Los destructores y las baterías de cohetes y de artillería montadas en estos buques de desembarco machacaron las defensas costeras mientras, mar adentro, acorazados y cruceros neutralizaban el fuego de las baterías defensivas. La oposición de tierra fué ligera hasta que los primeros buques de desembarco se hallaron a una milla de distancia de la costa, pero entonces comenzó a aumentar el fuego de ametralladoras y morteros. Los obstáculos y las minas superficiales y semi-hundidas, hicieron el desembarco azaroso, y muchos buques se hundieron después de haber desembarcado sus tropas. No obstante, el avance prosiguió.

En cuanto la cabeza de lanza de la infantería llegó a tierra, se lanzó a vanguardia hacia sus objetivos, y en todos los casos, salvo uno, hicieron notables progresos. En la playa «Omaha», al noroeste de Bayeux, el V Cuerpo de Ejército norteamericano tropezó con una enérgica resistencia. Por una malhadada casualidad, la defensa enemiga en este sector había quedado hacía poco a cargo de una División alemana que se hallaba en estado de alerta. Nuestros aliados mantuvieron durante todo el día un combate muy violento, incluso para poder desembarcar, y sólo hasta el día 7, después de perder algunos millares de hombres, pudieron abrirse paso hacia el interior. Aunque no nos apoderamos de todo lo que habíamos deseado, y en particular de Caen, que continuó firme en poder del enemigo, los avances logrados en los primeros dos días de asalto fueron considerados muy satisfactorios.

Desde los puertos del golfo de Vizcaya, una serie de submarinos alemanes, arrostrando todos los riesgos y navegando en superficie a toda marcha, trataron de impedir la invasión. Pero nosotros estábamos bien preparados. Los caminos de aproximación occidental al Canal de la Mancha estaban guardados por numerosos aviones que formaban nuestra primera línea de defensa. Tras ellos iban las fuerzas navales, que cubrían el desembarco. Al chocar con nuestra potencia defensiva, los submarinos sufrieron graves daños: Nada pudieron hacer contra los convoyes de invasión, que siguieron moviéndose con impunidad y con pérdidas insignificantes. A partir de entonces, los alemanes fueron más precavidos, pero no obtuvieron mayor éxito.

* * * * *

El día 6 de junio, al mediodía, pedí a la Cámara de los Comunes que «se diese oficialmente por informada de la liberación de Roma por los ejércitos aliados bajo el mando del general Alexander», noticia que había sido dada la noche anterior. Reinaba un gran nerviosismo a causa de los desembarcos en Francia, ya que todo el mundo sabía que estaban efectuándose en aquellos momentos. A pesar de ello, dediqué diez minutos a la campaña de Italia y a rendir tributo a los ejércitos aliados que luchaban allí. Después de tenerlos así durante un rato sobre ascuas, dije:

> También tengo que anunciar a la Cámara que durante la noche y las primeras horas de esta mañana se ha llevado a cabo el primero de una serie de desembarcos en gran escala en el continente europeo. En este caso, el asalto de liberación se ha producido en la costa de Francia. Una inmensa flota de más de 4.000 buques, con varios millares de embarcaciones menores, ha cruzado el Canal. Se han efectuado con éxito aterrizajes aéreos en masa detrás de las líneas enemigas, y el desembarco en las playas se halla en curso actualmente en varios puntos. El fuego de las baterías costeras ha sido acallado en gran parte, y los obstáculos que fueron colocados en el mar no han resultado tan difíciles de superar como habíamos temido. Los aliados anglo-norteamericanos están apoyados por unos 11.000 aviones de primera línea, que pueden utilizarse de la forma que exija el desarrollo de la batalla. No

me es posible, como es lógico, dar detalles particulares. Los informes llegan en rápida sucesión, y hasta ahora los mandos de la operación comunican que todo se está desarrollando según el plan previsto. ¡Y qué plan! Esta amplia operación es indudablemente la más complicada y difícil que jamás ha tenido lugar. Hay que tener en cuenta las mareas, los vientos, las olas, la visibilidad tanto desde el punto de vista aéreo como del marítimo, y el empleo combinado de fuerzas terrestres, aéreas y marítimas, en su más alto grado de intimidad, y en contacto con condiciones que no pudieron ni pueden ser totalmente previstas.

Existen ya esperanzas de que se haya logrado la sorpresa táctica, y esperamos poder dar al enemigo una serie de sorpresas durante el transcurso de la lucha. La batalla que ahora ha comenzado aumentará constantemente en escala e intensidad durante las próximas semanas, y no intentaré ahora especular sobre su desarrollo. Sin embargo, sí puedo deciros que en todos los ejércitos aliados prevalece una completa unidad. Existe una fraternidad de armas entre nosotros y nuestros amigos de los Estados Unidos. El comandante supremo, general Eisenhower, y sus subordinados, así como el comandante de la fuerza expedicionaria, general Montgomery, inspiran a todos una confianza total. El ardor y espíritu de las tropas que han estado embarcando durante estos últimos días, como he podido comprobar por mí mismo, era espléndido. Nada de cuanto el material, la ciencia o la previsión pudieran hacer ha sido omitido, y todo el proceso de abrir este gran nuevo frente será continuado con la máxima decisión, tanto por los jefes como por los gobiernos de los Estados Unidos y de la Gran Bretaña, a quienes estos jefes sirven.

Por la tarde, creí que debía informar a Stalin como sigue:

6-VI-44.

Todo ha empezado bien. Las minas, obstáculos y baterías terrestres han sido en su mayor parte dominados. Los desembarcos aéreos han sido un éxito y se han efectuado en gran escala. Los desembarcos de infantería están teniendo lugar rápidamente y ya hay en tierra gran número de carros y cañones autopropulsados. El parte meteorológico anuncia tiempo de moderado a bueno.

Su respuesta fué rápida y portadora de excelentes noticias de la mayor importancia:

6-VI-44.

He recibido su informe sobre el éxito del comienzo de la operación «Overlord». A todos nos alegra y esperamos nuevos triunfos.

La ofensiva de verano de las fuerzas soviéticas, organizada de acuerdo con lo convenido en la Conferencia de Teherán, comenzará a mediados de junio, en uno de los sectores importantes del frente. La ofensiva general de las fuerzas soviéticas se desarrollará por etapas, por medio de una sucesiva entrada en acción de los ejércitos en las operaciones ofensivas. A finales de junio y durante el mes de julio, las operaciones ofensivas se convertirán en una ofensiva general de las fuerzas soviéticas.

No dejaré de informarle a su debido tiempo sobre el progreso de las operaciones ofensivas.

Me disponía a enviar a Stalin un informe más detallado de nuestros avances, cuando llegó su telegrama.

El Primer Ministro al mariscal Stalin. 7-VI-44.

Estoy muy satisfecho de la situación hasta el mediodía de hoy. Unicamente en una playa ha habido dificultades serias que ya han sido superadas. Veinte mil soldados aerotransportados han desembarcado con éxito detrás de los flancos de las líneas enemigas, y han tomado contacto en cada uno de los casos con las fuerzas británicas y americanas desembarcadas por mar. Hemos hecho la travesía marítima con ligeras pérdidas. Habíamos esperado perder unos diez mil hombres. Para esta noche confiamos tener casi doscientos cincuenta mil hombres desembarcados, incluyendo una considerable cantidad de fuerzas acorazadas (carros), desembarcadas todas ellas desde buques especiales, o llegadas a la orilla por medios propios. En esta última clase de carros ha habido muchas bajas, especialmente en el frente americano, debido a que las olas han volcado los carros anfibios. Debemos esperar ahora grandes contraataques, pero confiamos tener superioridad en fuerzas acorazadas, y, naturalmente, una superioridad abrumadora en el aire cuando se levanten las nubes.

2. La noche pasada tuvo lugar cerca de Caen un combate de carros entre nuestras fuerzas acorazadas recién desembarcadas y cincuenta carros enemigos pertenecientes a la 21 División Panzer-Grenadier, con el resultado de que el enemigo ha abandonado el campo. Ahora está penetrando la 7.ª División acorazada británica, y esto deberá darnos la superioridad durante unos pocos días. La cuestión ahora es:

¿cuántos carros podrá traer el enemigo para combatirnos durante la próxima semana? Las predicciones meteorológicas en el Canal no parece que vayan a imponernos ninguna prohibición para continuar desembarcando. Por el contrario, parecen más prometedoras que antes. Todos los mandos están satisfechos de que el desembarco se haya desarrollado aún mejor de lo que esperábamos.

3. Rigurosamente secreto. Nos proponemos construir muy rápidamente dos puertos artificiales en las playas de esta amplia bahía arenosa que forma el estuario del Sena. Nada de este tipo se ha visto hasta ahora. Los grandes transatlánticos podrán desembarcar sus suministros para las tropas combatientes por numerosos muelles. Esto no se lo figura el enemigo, y permitirá que continúe el apoyo independientemente de las condiciones meteorológicas. Esperamos conquistar Cherbourg próximamente.

4. Por otro lado, el enemigo se concentrará rápidamente y en cantidad, por lo que la lucha será continua y aumentará en escala. A pesar de ello, esperamos que para D+30 tengamos desplegadas unas 25 divisiones con todas sus tropas y con ambos flancos del segundo frente apoyados en el mar y en posesión de, por lo menos, tres buenos puertos: Cherbourg y los dos puertos artificiales. Este frente será constantemente alimentado y ampliado, y esperamos incluir más tarde la península de Brest. Pero todo esto depende de los azares de la guerra, que usted, mariscal Stalin, tan bien conoce.

5. Esperamos que este afortunado desembarco y la victoria de Roma, cuyos frutos todavía han de recogerse como consecuencia del copo de las divisiones alemanas, alegrará a sus valientes soldados, después de todo lo que han tenido que soportar, y que nadie fuera de su país ha sentido tanto como yo.

6. Mientras estaba dictando lo anterior, he recibido su mensaje sobre el éxito del comienzo de «Overlord» en el que habla usted de la ofensiva de verano de las fuerzas soviéticas. Se lo agradezco cordialmente. Espero que haya usted observado que nunca le hemos hecho una sola pregunta, dada la completa confianza que tenemos en usted, en su país y en sus ejércitos.

A esto, replicó:

9-VI-44.

He recibido su mensaje del 7 de junio con información sobre el buen desarrollo de la operación «Overlord». Todos le felicitamos a usted y a los valientes ejércitos británico y americano, y le deseamos sinceramente futuros éxitos.

Los preparativos para la ofensiva de verano de los ejércitos sovié-

ticos están terminados. Mañana, 10 de junio, quedará abierta la primera etapa de nuestra ofensiva de verano en el frente de Leningrado.

Inmediatamente informé de esto a Roosevelt, y Stalin volvió a telegrafiar nuevamente el día 11 de junio.

Como es evidente, el desembarco, concebido en una escala grandiosa, ha tenido un éxito completo. Mis colegas y yo no podemos sino admitir que la historia de la guerra no conoce ninguna otra empresa similar en lo que se refiere a su escala, a su amplia concepción y a su magistral ejecución. Como es bien sabido, Napoleón fracasó ignominiosamente, en su época, en su plan de cruzar el Canal. El histérico Hitler, que durante dos años se jactó de que forzaría el Canal, fué incapaz de decidirse, y ni siquiera a intentar llevar a cabo su amenaza. Sólo nuestros aliados han logrado realizar con éxito el grandioso plan de atravesar el Canal. La historia anotará esta hazaña como una conquista del máximo orden.

La palabra «grandioso» es la traducción del texto ruso que me fué entregado. Creo que lo que quería decir Stalin era, probablemente, «majestuoso». Sea como fuere, la armonía era completa.

* * * * *

Repasemos ahora las disposiciones y planes del enemigo tal como las conocemos «a posteriori». El mariscal Rundstedt, con sesenta divisiones, tenía el mando de toda la muralla atlántica, desde los Países Bajos hasta el golfo de Vizcaya, y desde allí a lo largo de la costa meridional francesa. Bajo su mando, Rommel era responsable de la costa desde Holanda hasta el Loira. Su XV Ejército, con diecinueve divisiones, ocupaba el sector alrededor de Calais y Boulogne, y su VII Ejército disponía de nueve divisiones de Infantería y una acorazada en Normandía, donde estaban a mano. Distribuídas desde Bélgica hasta Burdeos, había diez divisiones Panzer en todo el frente occidental. ¡Qué curioso que los alemanes, que estaban ahora a la defensiva, cometieran el mismo error que los franceses cometieron en 1940 y dispersaran sus más poderosas armas de contraataque!

Cuando Rommel se hizo cargo de su mando a fines de enero, se mostró disconforme con las defensas que encontró, y su energía las mejoró notablemente. A lo largo de la costa había una línea de obras de cemento con defensa circular, gran número de minas y obstáculos difíciles, de distintos diseños, sobre todo obstáculos sumergidos en marea alta. Cañones con emplazamiento fijo apuntaban hacia el mar, y la artillería de campaña cubría las playas. Aunque no había una segunda línea defensiva completa, los pueblos de la retaguardia estaban muy fortificados. Nuestro bombardeo inicial por mar y aire no destruyó muchas de las obras de cemento, pero, al sorprender a sus defensores, redujo su fuego y neutralizó su radar.

El sistema alemán de señales había quedado totalmente paralizado. Desde Calais hasta Guernesey, los alemanes tenían no menos de ciento veinte equipos importantes de radar para localizar nuestros convoyes y dirigir el fuego de sus baterías costeras. Estaban agrupados en cuarenta y siete estaciones. Las descubrimos todas, y nuestros aviones las atacaron con tanto éxito por medio de proyectiles-cohete, que la víspera del Día D apenas si funcionaba ni una sexta parte de ellas. Las que quedaban en servicio fueron inutilizadas en la práctica mediante el ingenioso sistema de tiras de papel de estaño, sistema conocido con el nombre de «Ventana» que simulaban un convoy con rumbo al este de Fécamp, fracasando así en su intento de detectar los verdaderos desembarcos. Sin embargo, un equipo, cerca de Caen, que consiguió continuar en funcionamiento, descubrió la aproximación de las fuerzas británicas, pero sus informes no fueron tenidos en cuenta por el centro de información, al no ser confirmados por ninguna otra estación. Y no fué ésta la única amenaza que se evitó. Alentados por el éxito que habían tenido hacía dos años cuando lograron ocultar el paso por el Canal del *Scharnhorst* y del *Gneisenau,* el enemigo había montado muchas más centrales de desorientación electromagnéticas para frustrar los esfuerzos tanto de los buques que guiaban a nuestros cazas nocturnos como de los haces de radar de los

cuales dependían muchos de nuestros aviones para aterrizar debidamente sin visibilidad. Pero también dichas estaciones fueron descubiertas y los aparatos de bombardeo efectuaron algunas incursiones muy concentradas sobre ellas. Todas fueron borradas del mapa, y nuestras ayudas de radio y de radar pudieron funcionar sin impedimentos. Diremos de paso que todo el esfuerzo aliado en la guerra de ondas para el Día D fué exclusivamente británico.

Es verdaderamente notable que este asalto, planeado durante tanto tiempo, cayese sobre el enemigo como una sorpresa, tanto de tiempo como de lugar. El Alto Mando alemán había sido informado de que el tiempo sería demasiado malo aquel día para efectuar una operación anfibia, y no había recibido recientemente ningún informe aéreo que le hablara de la concentración de miles de buques que habíamos efectuado a lo largo de la costa británica. En la mañana del día 5 de junio, Rommel había abandonado su Cuartel General para visitar a Hitler en Berchtesgaden y se hallaba en Alemania cuando se produjo el golpe. Se había discutido mucho sobre cuál sería el frente en que los aliados atacarían. Rundstedt había creído siempre que nuestro golpe principal se daría al otro lado del estrecho de Dover, ya que éste era el camino marítimo más corto y el que ofrecía mejor acceso al corazón de Alemania. Durante mucho tiempo Rommel había estado de acuerdo con él, pero parece que Hitler y su Estado Mayor habían recibido informes indicando que el principal campo de batalla sería Normandía (1). Aun después de nuestro desembarco continuó la incertidumbre en el campo alemán. Hitler empleó todo un día, que había de ser crucial, en decidirse a hacer uso de las dos divisiones Panzer que tenía más cercanas, para reforzar el frente. El Servicio de Información alemán sobreestimó en mucho el número de divisiones y la cantidad de buques adecuados disponibles en Inglaterra. Según ellos, quedaban todavía amplios recursos para un segundo gran desembarco, con lo cual el de Normandía podría ser solamente un desembarco preliminar y secundario. El 19 de junio, Rommel informaba a Von Rundstedt: «...Es de esperar

(1) *Von Rundstedt*, de Blumentritt, págs. 218 y 219.

un desembarco en gran escala en el frente del Canal, a ambos lados del cabo Gris Nez o entre el Somme y El Havre» (1), y repitió esta advertencia una semana más tarde. Por tanto, hasta la tercera semana de julio, es decir, seis semanas después del Día D, no fueron enviadas las reservas del XV Ejército hacia el Sur, desde el Paso de Calais, para que se sumaran a la batalla. Nuestras medidas de desorientación, tomadas antes y después del Día D, habían tenido como objetivo crear esta confusión mental. Su éxito fué admirable, y de gran alcance sus resultados en la batalla.

* * * * *

El 10 de junio, el general Montgomery informaba que ya estaba lo sólidamente establecido en la orilla para poder recibir una visita. Salí, por tanto, en mi tren oficial hacia Portsmouth, con Smuts, Brooke, el general Marshall y el almirante King. Los tres jefes de Estado Mayor norteamericanos habían llegado al Reino Unido en avión el día 8 de junio para el caso de que se tuviera que adoptar alguna decisión militar vital en breve plazo. Nos esperaba un destructor británico y otro norteamericano. Smuts, Brooke y yo nos embarcamos en el primero, mientras el general Marshall, el almirante King y sus Estados Mayores lo hacían en el segundo. Cruzamos el Canal, sin incidente alguno, hacia nuestros respectivos frentes. Montgomery, sonriente y confiado, me recibió en la playa cuando salíamos, como podíamos, de nuestra lancha de desembarco. Su ejército ya había penetrado siete u ocho millas tierra adentro, y había muy poco fuego o actividad. El tiempo era magnífico. Atravesamos en coche nuestros limitados, pero fértiles, dominios de Normandía, y me agradó el magnífico aspecto que ofrecía la campiña, llena de hermosas vacas blancas y rojas, que se calentaban o paseaban al sol. Los habitantes parecían contentos y bien alimentados, y al pasar nosotros agitaban sus sombreros con entusiasmo. El Cuartel General de Montgomery, a unas cinco millas tierra adentro, estaba situado en un castillo rodeado de pra-

(1) *La batalla por Europa,* por Chester Wilmot, pág. 318.

deras, y lagos. Almorzamos en una tienda de campaña que miraba hacia el enemigo. El general estaba de excelente humor. Le pregunté a qué distancia quedaba el frente y me respondió que a unas tres millas. A continuación quise saber si tenía una línea continua, y me dijo que no. «¿De qué disponemos, entonces, para impedir que una incursión de los carros alemanes nos estropee el almuerzo?» Replicó que no creía que vinieran. El personal me dijo que la noche anterior el «château» había sido bombardeado seriamente y no cabía duda de que alrededor había muchos embudos. Dije al general que se arriesgaba demasiado si convertía estos procedimientos en una costumbre. Una vez, y por breve tiempo, puede hacerse cualquier cosa, pero la costumbre, repetición y prolongación, deben evitarse en guerra cuando sea posible. Dos días más tarde, el general trasladó su Cuartel General, pero no sin recibir otra dosis de la medicina enemiga.

Siguió haciendo un tiempo magnífico y, salvo alguna alarma aérea ocasional y el fuego antiaéreo, no parecía haber lucha. Hicimos una detallada inspección de nuestra limitada cabeza de playa. Yo tenía un especial interés en ver los puestos locales de Port-en-Bessin, Corseulles y Ouistreham. No habíamos contado gran cosa con estos puertos pequeños en ninguno de los planes que habíamos trazado para el gran desembarco, pero demostraron ser una valiosa adquisición, y a poco estaban descargando unas dos mil toneladas diarias. Seguí dando vueltas a estos agradables factores, con los que ya estaba familiarizado, mientras nos movíamos en coche o nos paseábamos por nuestra interesante, pero muy restringida, conquista.

Smuts, Brooke y yo regresamos a Inglaterra en el destructor *Kelvin*. El almirante Vian, que mandaba todas las flotillas y buques ligeros que protegían el puerto de Arromanches, estaba a bordo y nos propuso que fuéramos a ver el bombardeo de las posiciones alemanas por los acorazados y cruceros que protegían el flanco izquierdo británico. Por lo tanto, pasamos entre dos acorazados que abrían fuego a una distancia de 20.000 yardas, pasando luego por la flotilla de cruceros que disparaban a unas 14.000 yardas. Pronto nos hallamos a una distancia de 7 u 8.000 yardas de la

costa, de arbolado muy espeso. El bombardeo era lento y continuo, pero no provocaba ninguna réplica del enemigo. Cuando estábamos a punto de volvernos, dije a Vian: «Ya que estamos tan cerca, ¿por qué no les disparamos nosotros también antes de marcharnos?» «Magnífico», me contestó. Y uno o dos minutos después, todos nuestros cañones dispararon sobre la silenciosa costa. Estábamos al alcance de la artillería enemiga, y en cuanto hubimos disparado, Vian ordenó que el destructor virara y se alejara a toda marcha. Pronto nos hallamos fuera de peligro y pasamos entre las formaciones de cruceros y acorazados. Esa fué la única vez que he estado a bordo de uno de los buques de Su Majestad cuando disparaba «enfadado», si es que puede utilizarse esta palabra. Admiré el espíritu deportivo del almirante. Smuts también estaba encantado. Durante el viaje a Portsmouth, que duró cuatro horas, dormí profundamente. En conjunto había sido un día muy interesante.

* * * * *

En nuestro tren encontramos a los tres jefes norteamericanos de Estado Mayor. Estaban muy contentos de todo lo que habían visto en las playas norteamericanas, y llenos de confianza en la ejecución de nuestro plan tanto tiempo deseado. Cenamos todos juntos, de magnífico humor. Durante la cena, observé que el general Marshall estaba escribiendo con gran aplicación, y al poco rato me pasó un mensaje que había redactado para el almirante Mountbatten y que sugería que firmáramos todos.

Hoy hemos visitado a los ejércitos británico y americano en el territorio francés. Hemos navegado por entre vastas flotas de barcos, con buques de desembarco de muchos tipos, que volcaban hombres y más hombres, vehículos y material, sobre las playas. Hemos visto claramente que la maniobra está en un proceso de rápido desarrollo. Hemos compartido nuestros secretos comunes y nos hemos ayudado mutuamente en lo posible. Deseamos decirle, en este momento de su ardua campaña, que reconocemos que gran parte de esta admirable técnica, y por lo tanto del éxito de la aventura, ha tenido su origen en el desenvol-

vimiento del sistema llevado a cabo por usted y su Estado Mayor de Operaciones Combinadas.

Arnold, Brooke, Churchill, King, Marshall, Smuts.

No cabe duda de que Mountbatten debió de apreciar este tributo en todo su valor. La vasta e intrincada operación, con sus nuevos e ingeniosos aparatos y sistemas, no podría haberse logrado sin el Cuartel General de Operaciones Combinadas de los tres ejércitos, que fué creado en 1940 bajo el almirante Keyes, y que su sucesor llevó a una plena madurez.

* * * * *

Cuando el tiempo me lo permitió, informé nuevamente a mis dos grandes compañeros.

El Primer Ministro al mariscal Stalin. 14-VI-44.

El lunes, como habrá usted podido ver por los periódicos, visité el sector británico del frente. La lucha es continua y en aquel momento teníamos catorce divisiones operando en un frente de unas setenta millas. Contra esto, el enemigo opone trece divisiones que no son, ni mucho menos, tan poderosas como las nuestras. Desde su retaguardia están acudiendo rápidamente reservas, pero creemos que nosotros podemos transportar las nuestras por mar con mucha más rapidez. Es magnífico contemplar toda esta ciudad de buques, prolongándose a lo largo de la costa, durante casi cincuenta millas, y al parecer a salvo de la amenaza aérea y de los submarinos alemanes, que están tan cerca. Esperamos cercar Caen y quizá hacer allí prisioneros. Hace dos días. el número de prisioneros era de trece mil, número superior al de todos los heridos y muertos que hemos tenido hasta esa fecha. Por tanto, puede afirmarse que el enemigo ha sufrido casi el doble de pérdidas que nosotros, a pesar de que hemos estado continuamente a la ofensiva. Durante el día de ayer, los avances han sido buenos, aunque la resistencia del enemigo se está haciendo mayor a medida que sus reservas estratégicas son lanzadas al combate. Creo que es muy probable que las cosas se vayan complicando hasta vernos envueltos en una batalla en la que habrá un millón de combatientes por cada bando, y que durará todo junio y julio. Según nuestros planes, para mediados de julio confiamos tener allí unos dos millones de hombres.

Mis felicitaciones por su éxito en Carelia.

Aquel mismo día escribí al Presidente sobre varias cuestiones, incluyendo la visita de De Gaulle a Francia, que yo había dispuesto sin consultar previamente a Roosevelt. Agregaba:

El lunes pasé un día magnífico en las playas y en el interior. En más de cincuenta millas a lo largo de la costa hay una gran masa de buques que están siendo protegidos cada vez más contra las condiciones meteorológicas por los puertos artificiales, de los que casi todos los elementos han sido un éxito, y pronto dispondremos de un refugio eficaz contra el mal tiempo. El poder de nuestra aviación y de nuestras fuerzas antisubmarinas parece asegurar una gran medida de protección. Partimos después de una jornada muy laboriosa, y desde nuestro destructor tiramos unos cuantos pepinos a los hunos, pero aunque la distancia era de seis mil yardas, no nos honraron con su respuesta.

Marshall y King regresaron en mi tren. Sentían una gran confianza por lo que habían visto en el lado americano, y Marshall escribió un telegrama encantador a Mountbatten hablándole de todos los nuevos buques que habían sido construídos bajo su organización y del gran papel que habían jugado. En uno de sus telegramas utilizaba usted la palabra «estupendo». Debo admitir que lo que he visto sólo puede ser descrito con esta palabra, y creo que sus oficiales también estarán de acuerdo. La maravillosa eficacia del transporte excede cualquier cosa conocida en guerra hasta ahora. Nos estamos lanzando a una batalla en la que bien pudiera haber un millón de combatientes por bando. Los jefes de Estado Mayor están buscando la mejor solución para estos problemas entre el Mediterráneo y «Overlord».

¡Cómo me gustaría que estuviera usted aquí!

Capítulo II

DE NORMANDIA A PARIS

La lucha por la conquista de Caen. — Efecto de nuestra ofensiva aérea sobre las comunicaciones del enemigo. — Los aliados forman un frente continuo. — Comienza el ataque de Londres con las bombas volantes. — La conferencia de Hitler cerca de Soissons, 17 de junio. — Nuestro reforzamiento de las playas. — Los puertos «Zarzamora» y «Plutón». — Mi telegrama a Stalin del 25 de junio. — El ataque británico a Caen, 8 de julio. — Caen es capturado. — Felicitaciones de Smuts y Stalin. — Rommel cae herido y Rundstedt es relevado. — La ofensiva general de Montgomery, 18 de julio. — El 20 de julio visito Cherbourg. — Los maravillosos D.U.K.W.S. — Visita a Montgomery. — Un nuevo atentado contra Hitler. — Los americanos rompen el frente, 25 de julio. — Ataque canadiense a lo largo de la carretera de La Falaise. — Ocupación de Vire. — Correspondencia con Montgomery. — Otra visita a Montgomery. — Llega Eisenhower. — El avance de Patton a través de Bretaña. — La caída de Brest, 19 de septiembre. — La bolsa de La Falaise. — Ocho divisiones alemanas aniquiladas. — La liberación de París, 25 de agosto.

UNA vez en tierra, la primera necesidad de los aliados era consolidar la defensa inmediata de sus playas y formar un frente continuo mediante la ampliación de estas cabezas de desembarco. El enemigo luchó con tesón y no se dejó vencer con facilidad. En el sector americano, los marjales que había cerca de Carentan y en la desembocadura del río Vire obstaculizaban nuestros movimientos. Además, el terreno era por todas partes muy apropiado para la defensa de infantería. El «bocage» (1) que cubre gran parte de Normandía consiste en una multitud de campos pequeños divididos en bancos, con zanjas y setos muy altos. El apoyo artillero al ataque se ve, por tanto, entorpecido por falta de buenos puntos de observación, y resulta extremadamente difícil el empleo de carros. Así, pues, la lucha se redujo a la infantería y cada campo se convirtió en un reducto potencial. No obstante, se avanzó con regularidad, a pesar de nuestro fracaso en la captura de Caen.

Esta pequeña, pero famosa, ciudad había de ser durante muchos días escenario de duras batallas. Para nosotros tenía gran importancia porque, aparte del hecho de que a su derecha había buenos terrenos para la construcción de pistas de aterrizaje, era el gozne sobre el cual giraban todos nuestros planes de maniobra. La intención de Montgomery era hacer con las fuerzas americanas una gran conversión de frente con Caen como pivote izquierdo.

La posesión de Caen tenía la misma importancia para los alemanes. Si veían sus líneas rotas en aquel punto, todo su VII Ejér-

(1) En francés en el original.

cito se vería obligado a descender hacia el sudeste en dirección al Loira, lo que abriría una brecha entre él y el V Ejército establecido en el Norte. Y el camino a París quedaría abierto.

Así, pues, durante las semanas que siguieron, Caen sufrió constantes ataques y se defendió con la mayor obstinación atrayendo hacia sí gran parte de las divisiones alemanas y, sobre todo, de sus fuerzas acorazadas. Esto sirvió tanto de ayuda como de obstáculo.

Aunque las divisiones de reserva de su XV Ejército estaban todavía intactas al norte del Sena, los alemanes, naturalmente, habían recibido refuerzos de otros puntos, por lo que el 12 de junio tenían doce divisiones en acción, cuatro de ellas Panzer. Esto era menos de lo que nosotros habíamos previsto. Nuestra intensa ofensiva aérea había dificultado las comunicaciones enemigas. Todos los puentes del Sena hasta París y los principales puentes del Loira, habían sido ya destruídos. Casi todas las tropas de refuerzo tuvieron, pues, que utilizar las carreteras y los ferrocarriles que quedaban entre París y Orleáns, siendo sometidas a continuos ataques de día y de noche por nuestras fuerzas aéreas. Un informe alemán del 8 de julio, decía: «Todas las comunicaciones por ferrocarril desde París hacia el oeste y el sudoeste, han sido cortadas.» No sólo el enemigo no pudo recibir refuerzos con rapidez, sino que sus divisiones llegaron divididas en pequeñas unidades, con equipo deficiente y fatigadas por largas marchas nocturnas, y además fueron enviadas inmediatamente a primera línea. El mando alemán no tuvo la posibilidad de formar una gran fuerza de ataque detrás de las posiciones avanzadas para lanzar con ella una contraofensiva poderosa y bien organizada.

El 11 de junio los aliados habían ya formado un frente continuo y nuestros cazas operaban desde media docena de pistas avanzadas. La siguiente tarea había de consistir en asegurarnos una zona de concentración lo bastante extensa como para contener suficientes fuerzas con miras a la ruptura decisiva. Los americanos avanzaron impetuosamente hacia el Oeste a través de la península de Cherbourg, en dirección a Barneville, en la costa occidental, a donde llegaron el 17 de junio. Al mismo tiempo avanzaron hacia

el norte, y después de una dura lucha se hallaron el día 22 frente a las defensas exteriores de Cherbourg. El enemigo resistió enérgicamente hasta el 26, a fin de poder llevar a cabo demoliciones. Estas fueron realizadas tan a conciencia, que hasta fines de agosto no se pudieron efectuar en el puerto operaciones de desembarco en gran escala.

* * * * *

Dejando a un lado el campo de batalla, otros acontecimientos ejercieron una positiva influencia en el futuro. En la noche del 12 al 13 de junio, las primeras bombas volantes cayeron sobre Londres. Eran lanzadas desde el norte de Francia, en lugares que quedaban muy alejados de nuestras tropas desembarcadas. Su pronta captura significaría el alivio de nuestra población civil, una vez más sometida a bombardeos. Parte de las fuerzas aéreas estratégicas renovaron sus ataques a aquellos lugares, pero, naturalmente, no cabía pensar en modificar la orientación de la ofensiva de tierra por este motivo. Como dije en el Parlamento, el pueblo británico tenía la sensación de que estaba compartiendo los peligros de sus soldados.

El 17 de junio, Hitler celebró una conferencia con Rundstedt y Rommel en Margival, cerca de Soissons. Sus dos generales se esforzaron en hacerle ver la locura que suponía hacer que el Ejército alemán se desangrara en Normandía hasta su extinción. Insistieron cerca de Hitler en que antes de que el VII Ejército quedara destruído, efectuase una retirada ordenada hacia el Sena, donde, junto con el XV Ejército, podía dar una batalla defensiva, pero de movimiento, con alguna probabilidad de éxito al menos. Pero Hitler no quiso escucharles. Allí, como en Rusia y en Italia, ordenó que no se cediera ni un palmo de terreno y que todos lucharan allá donde se encontrasen. Naturalmente, los generales tenían razón. El sistema de Hitler de luchar hasta la muerte en todos los frentes al mismo tiempo, carecía de un importante elemento: la facultad de selección.

En la zona de batalla a lo largo de la costa, nosotros seguía-

mos consolidando nuestras posiciones. Buques de todos los tipos, incluso acorazados, siguieron apoyando con sus cañones a las fuerzas desembarcadas, sobre todo en el sector oriental, donde el enemigo tenía concentrado el grueso de sus fuerzas acorazadas y donde sus baterías nos causaban más daños. Submarinos alemanes y barcos ligeros de superficie intentaron atacar, aunque con poco éxito. Pero las minas navales, que fueron colocadas sobre todo por la aviación, causaron serios daños a la flota aliada y retrasaron la consolidación de nuestras fuerzas. Se rechazaron los ataques desde las bases enemigas situadas al este, sobre todo desde El Havre, mientras, al oeste, una flota aliada de bombarderos pertenecientes a la marina, cooperó más tarde con el Ejército americano en la captura de Cherbourg. En las playas, el avance era satisfactorio. En los primeros seis días fueron desembarcados 326.000 hombres, 54.000 vehículos y 104.000 toneladas de pertrechos y víveres. A pesar de haber sufrido serias bajas en las unidades de desembarco, se estaba rápidamente organizando un vasto sistema de abastecimiento. Diariamente estaba llegando una media de más de doscientos buques de todo tipo con material. El gigantesco problema de manejar aquel volumen de buques fué agravado todavía más a causa del mal tiempo. Sin embargo, se hicieron notables progresos. La Marina mercante jugó un papel muy importante. Sus dotaciones aceptaron contentas correr todos los riesgos de la guerra y del mal tiempo, y su entereza y lealtad jugó una parte muy principal en esta vasta empresa.

El 19 de junio los dos puertos «Zarzamora», uno en Arromanches y el otro diez millas más al oeste, en el sector americano, habían progresado rápidamente. Los oleoductos submarinos «Plutón» habían de entrar después en acción, pero mientras tanto se preparó Port-en-Bessin como principal puerto de abastecimiento de petróleo (1). Pero sobrevino una galerna que duró cuatro días

(1) El proyecto de «Plutón» incluía en primer lugar el tendido de los oleoductos en la zona de asalto, por los cuales los petroleros de altura podrían descargar el combustible directamente a la playa. Más tarde se tendieron oleoductos submarinos a través del Canal, desde la isla de Wight a Cherbourg y desde Drugeness a Boulogne.

y que impidió casi totalmente el desembarco de hombres y de material, causando también grandes daños a los rompeolas recién hundidos. Muchos cangilones flotantes, que no estaban construídos para resistir tales condiciones, rompieron amarras y chocaron contra otros rompeolas y contra los buques anclados. El puerto del sector americano quedó destruído, y lo que de él pudo aprovecharse sirvió para reparar el de Arromanches. Esta galerna, que no había tenido pareja en el mes de junio desde hacía cuarenta años, fué un rudo golpe para nosotros. Ya nos habíamos quedado atrás en nuestro programa de desembarco. La ruptura del frente sufrió igualmente un retraso, y el 23 de junio nos hallábamos en la línea que habíamos previsto para el día 11.

* * * * *

La ofensiva soviética había comenzado ya, y yo mantuve a Stalin constantemente informado de nuestra suerte.

El Primer Ministro al mariscal Stalin. 25-VI-44.

Nos alegramos profundamente de los primeros resultados de su inmensa operación y no cesaremos, por todos los medios a nuestro alcance, de ampliar nuestros frentes en contacto con el enemigo y de mantener la lucha con la mayor intensidad.

2. Los americanos esperan conquistar Cherbourg dentro de unos días. La caída de Cherbourg dejará en seguida tres divisiones americanas en libertad de reforzar nuestros ataques hacia el sur, y es posible que en Cherbourg caigan en nuestras manos unos 25.000 prisioneros.

3. Hemos tenido tres o cuatro días de galerna — cosa extremadamente rara en el mes de junio —, y esto ha retardado nuestro plan de refuerzos y ha causado grandes destrozos en nuestros puertos artificiales aun sin terminar. Ya hemos puesto los medios para repararlos y fortificarlos. Los «bulldozers» (1) y la tela metálica de acero están sirviendo para construir rápidamente las carreteras que conducen tierra adentro desde los dos puertos artificiales. De este modo, contando con Cherbourg, se establecerá una gran base desde la cual se podrá hacer operar a fuerzas considerables, sean cuales fueren las condiciones meteorológicas.

(1) Tractores con pala de empuje. — *N. del T.*

4. La lucha ha sido muy dura en el frente británico, donde operan cuatro de las cinco divisiones Panzer. La nueva embestida británica ha sido retrasada allí unos cuantos días a causa del mal tiempo, que ha retardado completar al total de sus efectivos a varias divisiones. El ataque comenzará mañana.

5. El avance en Italia prosigue con gran rapidez y esperamos estar en posesión de Florencia en junio y en contacto con la línea Pisa-Rímini a mediados o a fines de julio. En breve enviaré a usted un telegrama referente a las diversas posibilidades estratégicas de esta zona. El principio que, a mi juicio, debemos seguir ante todo es el de mantener en acción al mayor número posible de tropas hitlerianas en los frentes más amplios y eficaces. Sólo por medio de una dura lucha podremos descargarle a usted de parte del peso que gravita sobre sus hombros.

6. Puede usted dar de lado, con toda tranquilidad, todas las tonterías alemanas sobre los resultados de las bombas volantes, que no han causado efectos apreciables en la producción ni en la vida de Londres. Las bajas han sido entre diez y once mil durante los siete días que los alemanes han empleado estas armas. Las calles y los parques siguen llenos de gente que disfruta del sol en sus horas libres. El Parlamento se reúne continuamente a pesar de las alarmas. El ataque de los cohetes será seguramente más duro, cuando ocurra. El pueblo está orgulloso de compartir de algún modo los peligros de nuestros soldados y de los soldados de usted, que tan admirados son en Inglaterra. Que la buena suerte le acompañe en su nueva operación.

Stalin me felicitó por la caída de Cherbourg, y me dió más información sobre su gigantesca operación.

El mariscal Stalin al Primer Ministro. 27-VI 44.

Las fuerzas aliadas han liberado Cherbourg coronando de este modo sus esfuerzos en Normandía con otra gran victoria. Me felicito de los crecientes éxitos de las valientes tropas británicas y americanas que han desarrollado sus operaciones en el norte de Francia y en Italia.

Si la escala a que se llevan las operaciones militares en el norte de Francia las hacen cada vez más fuertes y peligrosas para Hitler, el victorioso desarrollo de la ofensiva aliada en Italia es también digno de atención y aplauso. Le deseamos nuevos triunfos.

En lo que concierne a nuestra ofensiva puede afirmarse que no sólo no daremos a los alemanes un momento de respiro, sino que continuaremos ampliando el frente de nuestras operaciones ofensivas incrementando la fuerza de nuestra presión sobre los ejércitos alemanes.

Naturalmente, convendrá usted conmigo en que esto es indispensable para nuestra causa común.

En cuanto a las bombas volantes hitlerianas, es evidente que este paso no puede tener serias consecuencias para las operaciones de Normandía ni para la población de Londres, cuyo valor es de todos conocido.

Yo contesté como sigue:

El Primer Ministro al mariscal Stalin. 1-VII-44.

Esta es la ocasión para expresar a usted lo profundamente que todos estamos impresionados aquí por los magníficos avances de los ejércitos rusos, que, al crecer en intensidad, parecen estar pulverizando a los ejércitos alemanes que se interponen entre ustedes y Varsovia, y después Berlín. Cada una de las victorias que consiguen se sigue desde aquí con ansiosa atención. Me doy perfecta cuenta de que éste es su segundo «round» desde Teherán, el primero de los cuales le hizo recuperar Sebastopol, Odesa y Crimea y llevó a sus vanguardias hasta los Cárpatos, el Sereth y el Pruth.

La batalla es muy dura en Normandía. El tiempo ha sido malo durante el mes de junio. No sólo sufrimos en las playas la peor galerna que se ha registrado en verano desde hace muchos años, sino que hemos tenido gran cantidad de nubes. Por una parte, esto nos impide emplear a fondo nuestra abrumadora superioridad aérea y, por otra, ayuda a las bombas volantes a llegar a Londres. No obstante, tengo esperanzas de que en julio mejore el tiempo. Mientras tanto, la lucha sigue manteniéndose a nuestro favor, y aunque ocho divisiones Panzer están en acción contra el sector británico todavía disfrutamos de una gran superioridad en número de carros. Tenemos bastante más de 750.000 ingleses y americanos en tierra, en una proporción del cincuenta por ciento. El enemigo arde y sangra en todos los frentes al mismo tiempo, y estoy de acuerdo con usted en que esto debe mantenerse hasta el fin.

* * * * *

En la última semana de junio los ingleses establecieron una cabeza de puente en el río Odon, al sur de Caen, siendo rechazados los esfuerzos que hicimos para extenderla hacia el sur y el este a través del río Orne. El sector sur del frente británico fué atacado dos veces por varias divisiones Panzer. Los alemanes fueron derro-

tados en violentos encuentros y sufrieron grandes pérdidas, causadas por nuestra aviación y nuestra poderosa artillería (1). Ahora nos correspondía a nosotros pasar a la ofensiva, y el 8 de julio se inició un fuerte ataque contra Caen desde el norte y el noroeste. El primero de los bombardeos tácticos por bombarderos pesados aliados, que desde entonces habían de convertirse en una colaboración regular, preparó el camino. Los bombarderos pesados de la R.A.F. dejaron caer más de dos mil toneladas de bombas sobre las defensas alemanas, y al amanecer, la infantería británica, obstaculizada inevitablemente por los embudos de las bombas y los escombros de los edificios derrumbados, efectuó un buen avance. El 10 de julio toda la parte de Caen situada a nuestro lado del río estaba en manos de los aliados, y pude decir a Montgomery: «Mi enhorabuena por la captura de Caen.» El me contestó:

El general Montgomery al Primer Ministro. 11-VII-44.

Gracias por su mensaje. Caen nos hacía mucha falta. Hemos utilizado intensamente la aviación para asegurar un rápido triunfo. Toda la zona de batalla hasta Caen es una escena de destrucción. La ciudad también ha sufrido grandes daños. Durante todo el día de hoy, la 9.ª y la 10.ª Divisiones Panzer han estado atacando furiosamente para reconquistar el Punto 112, al nordeste de Evrecy, y otra división ha atacado a la 30ª División estadounidense al noroeste de Saint-Lô. A las tres divisiones se les han causado grandes pérdidas, y cuanto más nos ataquen de este modo, mejor. Todo va bien.

Smuts, que ya había vuelto a Sudáfrica, envió un profético y sugestivo telegrama:

10-VII-44.

En vista del espectacular avance ruso y de la captura de Caen, los alemanes, tal como se están desarrollando los acontecimientos, no pueden atender los dos frentes. Pronto tendrán que decidirse entre lanzar todo

(1) Estos ataques fueron el resultado de las órdenes que dió Hitler en la conferencia de Soissons. El 1 de julio, Keitel telefoneó a Rundstedt y le preguntó: «¿Qué hacemos?». Rundstedt replicó: «¡La paz, idiotas! ¿Qué otra cosa podéis hacer?»

el peso de sus fuerzas contra el ataque procedente del Este o contra el del Oeste. *Sabiendo lo que pueden esperar de una invasión rusa, es probable que decidan concentrarse en el frente ruso. Esto servirá para facilitar nuestra labor en el Oeste* (1).

Habiendo roto las líneas en Caen, es imprescindible que mantengamos la iniciativa y la ofensiva sin pausa alguna y que avancemos lo antes posible hacia la retaguardia de las bases de bombas volantes alemanas.

Debo expresar mi pesar por la decisión que afecta al avance de Alexander (2). Teniendo en cuenta, sin embargo, los éxitos de usted al resolver obstáculos similares en el pasado, sigo esperando que, al final, su estrategia salga victoriosa, respaldada como está por tantas consideraciones militares y políticas.

Stalin, que seguía nuestros movimientos con diaria atención, también me envió su «enhorabuena con ocasión de la nueva y espléndida victoria de las fuerzas británicas en la liberación de Caen».

A mediados de julio había en el continente treinta divisiones aliadas. La mitad eran americanas y la otra mitad británicas y canadienses. Para luchar contra ellas, los alemanes habían reunido veintisiete divisiones, pero ya habían sufrido ciento sesenta mil bajas, y el general Eisenhower calculó su valor combativo como el de unas dieciséis divisiones.

Entonces tuvo lugar un importante acontecimiento. El 17 de julio, Rommel resultó herido gravemente. Su coche fué atacado por nuestros cazas en vuelo rasante y el mariscal hubo de ser conducido al hospital dándosele por moribundo. Se recuperó magníficamente, aunque había de morir más adelante por orden de Hitler. Rundstedt fué substituído a principios de julio en el mando supremo del frente Occidental por von Kluge, general que se había distinguido en Rusia.

* * * * *

Se acercaba la ofensiva general de Montgomery, fijada para el 18 de julio. «Que Dios le acompañe», le telegrafié. El me contestó:

(1) Cursiva del autor.
(2) La decisión de efectuar un desembarco en el sur de Francia.

17-VII-44.

Gracias por su mensaje. Las condiciones generales para el gran ataque de mañana son ahora muy favorables, ya que el grueso del enemigo se ha trasladado al oeste del Orne, como se pensó, para oponerse a mis ataques en la zona de Evrecy, ataques que proseguirán durante el día de hoy y esta noche.

Para obtener mañana un éxito completo es imprescindible que haga buen tiempo para que los aviones puedan volar. Estoy dispuesto a dar suelta a las divisiones acorazadas mañana si es posible, y retrasaré la hora cero hasta las tres de la madrugada, si es necesario.

Las tropas británicas atacaron con tres cuerpos de ejército, siendo su objetivo extender sus cabezas de puente hasta más allá del río Orne. La operación fué precedida por un bombardeo de la aviación aliada, aún más intenso. Las fuerzas aéreas alemanas se vieron totalmente impedidas de intervenir. Se progresó mucho al este de Caen, hasta que el cielo nuboso comenzó a obstaculizar el movimiento de nuestros aviones y fué causa de que se retrasara una semana la ruptura del frente desde el sector americano. Yo pensé que ésta era una buena oportunidad para visitar Cherbourg y pasar unos días en el puerto «Zarzamora». El día 20, a bordo de un Dakota del Ejército americano, me dirigí directamente al campo de aterrizaje de la península de Cherbourg, y el comandante norteamericano me acompañó por todo el puerto. Allí vi por primera vez la base de lanzamiento de una bomba volante. Era una cosa muy complicada. Me asombró el daño causado por los alemanes en la ciudad y compartí la decepción del Estado Mayor ante el inevitable retraso que se produciría en poner nuevamente el puerto en condiciones. Los fondos del puerto estaban sembrados de minas magnéticas. Un puñado de valientes buzos ingleses trabajaba día y noche para inutilizarlas, con mortal peligro para sus vidas. Sus camaradas americanos les rindieron un caluroso tributo. Tras un viaje largo y peligroso hasta la cabeza de playa americana conocida por «Utah», subí a bordo de una de nuestras lanchas torpederas en la cual hice una movida travesía hasta Arromanches. A medida que nos vamos haciendo viejos, se siente menos el ma-

reo, de modo que yo no sucumbí a él y dormí profundamente hasta que llegamos a las aguas tranquilas de nuestro puerto artificial. Subí a bordo de nuestro crucero *Enterprise,* donde permanecí tres días, informándome detalladamente de los trabajos del puerto, del que ahora dependían casi totalmente todos los ejércitos, y al mismo tiempo llevando mis asuntos de Londres.

Las noches eran muy ruidosas, con repetidos vuelos hechos por aviones solitarios, y numerosas alarmas. Durante el día me dediqué a estudiar todo el proceso del desembarco de suministros y tropas, tanto en los muelles, por los que siempre me había interesado tanto, como en las playas. En un momento dado llegaron en fila a la playa seis buques de desembarco de carros. Cuando sus proas vararon, sus planchones abatibles cayeron hacia adelante y vi salir los tanques, tres o cuatro de cada barco, que avanzaron entre espuma hasta la playa. En menos de ocho minutos, según mi cronómetro, los carros estaban formados en la carretera, dispuestos a entrar en acción. Fué algo impresionante y un ejemplo de la velocidad de descarga que ya se había alcanzado. Yo quedé entusiasmado al ver a los D.U.K.W. atravesar a nado el puerto, subir a tierra y después correr colina arriba hacia el gran depósito donde los camiones les estaban esperando para llevar los suministros a las distintas unidades. Las esperanzas de una acción rápida y victoriosa por parte de nuestras tropas dependían de la maravillosa eficacia de este sistema, que ahora daba resultados aun mejores de lo que cabía esperar.

La primera noche que visité el puesto de guardia, los oficiales estaban cantando. Al final, cantaron el coro de «Rule, Britannia». Yo les pregunté si sabían la letra, pero todos la ignoraban. Así, pues, yo mismo recité las nobles líneas de Thomson y las publico aquí para beneficio e ilustración del lector (si los necesita):

The nations not so blest as thee
Must in their turn to tyrants fall:
While thou shalt flourish great and free,
The dread and envy of them all.

The Muses still, with freedom found,
Shall to thy happy coasts repair;
Blest isle, with matchless beauty crowned,
And manly hearts to guard the fair (1).

* * * * *

El último día que pasé en Arromanches visité el Cuartel General de Montgomery, instalado unas millas tierra adentro. En vísperas de la mayor operación de su vida, que me explicó con todo detalle, el Comandante en Jefe estaba del mejor humor. Me llevó a las ruinas de Caen y hasta el otro lado del río, y también visitamos otros sectores del frente británico. Después puso a mi disposición su avión Storch, capturado a los alemanes. Lo pilotó el comandante de Aviación en persona, llevándome por encima de las posiciones británicas. Esta clase de aparatos pueden aterrizar casi en cualquier sitio y, por lo tanto, se puede volar con él a cien metros del suelo, disfrutando así de una vista mejor y un reconocimiento del terreno más detallado que por ningún otro método.

También visité varias bases aéreas y dirigí unas palabras a algunos grupos de oficiales y soldados. Por último estuve en el hospital de sangre, donde, a pesar de que era un día tranquilo, continuamente entraban heridos. Un pobre hombre iba a sufrir una grave operación y estaba ya en la mesa a punto de ser anestesiado. Yo me disponía a salir, cuando el herido expresó su deseo de que me llamaran. Sonrió débilmente y me besó la mano. Yo me sentí profundamente conmovido.

Aquella tarde, 23 de julio, volví en avión a Inglaterra, a donde llegué antes de que oscureciera. En seguida rendí el tributo que

(1) Las naciones no tan bendecidas — caerán una a una en poder del tirano — mientras tú florecerás grande y libre — y serás el temor y la envidia de todas. — Las Musas, al hallar la libertad, — acudirán a tus costas felices, — isla bendita, coronada de impóluta belleza — y de corazones valientes que la guardan.

le era debido al capitán de navío Hickling, oficial de Marina que tenía a su cargo el mando del puerto de Arromanches.

25-VII 44.

Le envío a usted y a todos los que se hallan bajo su mando mi enhorabuena por la espléndida labor realizada en Arromanches. Este milagroso puerto ha jugado y seguirá jugando un importante papel en la liberación de Europa. Espero hacerles otra visita antes de que transcurra mucho tiempo.

Este mensaje debe ser divulgado entre todos aquellos a quienes concierne, de tal modo que no llegue a conocimiento del enemigo, que no conoce aún la capacidad y las posibilidades de Arromanches

Querían dar a aquel puerto el nombre de «Puerto Churchill». Pero yo, por varias razones, prohibí que se hiciera tal cosa.

* * * * *

En aquellos días se cancelaron las órdenes que habían mantenido al XV Ejército alemán detrás del Sena, y varias divisiones nuevas llegaron en ayuda del necesitado VII Ejército. Su traslado, por carretera o ferrocarril, o por el Sena por el sistema de «ferries» con que se suplía a los puentes destruídos, fué retrasado y obstaculizado por nuestra aviación. La ayuda, tan demorada, llegó demasiado tarde al campo de operaciones para cambiar el curso de éstas.

Durante la pausa de la lucha en Normandía, tuvo lugar el 20 de julio un nuevo e infructuoso atentado contra la vida de Hitler. Según fuentes dignas de crédito, el coronel von Stauffenberg había colocado debajo de la mesa de Hitler, durante una reunión de jefes, una caja conteniendo una bomba de relojería. A Hitler le salvó del efecto de la explosión el grosor del tablero de la mesa y sus soportes cruzados, así como la frágil estructura del edificio, que permitió una instantánea dispersión de las presiones. Varios oficiales murieron, pero el Führer, aunque herido y conmocionado, se levantó exclamando: «¿Quién dice que no estoy bajo la protección especial de Dios?» Toda la furia de su naturaleza salió a flor

de piel a consecuencia de este atentado, y la venganza que dejó caer sobre los sospechosos serviría para tema de un terrible relato.

* * * * *

Llegó por fin la hora de la gran rotura del frente en el sector americano bajo las órdenes del general Omar Bradley. El 25 de julio, su VII Cuerpo de Ejército atacó hacia el Sur desde Saint-Lô, y el día siguiente el VIII Cuerpo de Ejército, situado a su derecha, se sumó a la batalla. El bombardeo efectuado por la aviación americana había sido devastador, y la infantería avanzó de prisa. Entonces las fuerzas acorazadas hicieron un paso de línea barriéndolo todo hasta el punto clave de Coutances. La ruta de retirada de los alemanes a lo largo de la costa de Normandía quedó cortada, y toda la defensa alemana al oeste del Vire se encontró amenazada y en una situación caótica. Las carreteras estaban abarrotadas de tropas en retirada y los bombarderos y caza-bombarderos aliados lanzaron sus bombas destructoras sobre hombres y vehículos. El avance prosiguió. Se capturó Avranches el 31 de julio, y poco después se rebasó la bahía costera que nos abría el camino hacia la península de Bretaña. Los canadienses, a las órdenes del general Crerar, efectuaron un ataque simultáneo desde Caen utilizando como eje la carretera de La Falaise. Cuatro divisiones Panzer opusieron a su avance una eficaz resistencia. Montgomery, que todavía tenía el mando de toda la línea de batalla, transfirió entonces el peso de la ofensiva británica al otro frente y dió órdenes al II Ejército británico, bajo el mando del general Dempsey, de efectuar un nuevo ataque desde Caumont hacia el Vire. Precedido de un fuerte bombardeo, este ataque comenzó el 30 de julio, y el Vire fué alcanzado unos cuantos días después.

* * * * *

Cuando se inició la gran ofensiva americana y los Cuerpos de Ejército canadienses fueron detenidos en la carretera de La Falaise, se hicieron, a nuestras expensas, algunas comparaciones desfavorables.

El Primer Ministro al general Montgomery. 27-VII-44.

Anoche la S. H. A. E. F. anunció que los ingleses habían sufrido «un serio revés». No tengo ningún informe que justifique esta afirmación. Tengo entendido que solamente se han llevado a cabo unas insignificantes retiradas de una milla o cosa así en el ala derecha del reciente ataque de usted y que no hay motivo para emplear aquella expresión. Naturalmente, esto ha dado aquí mucho que hablar. Desearía saber exactamente cuál es la situación, a fin de mantener elevada la moral de los que vacilan y de los críticos situados en altos puestos.

2. Para mi información secreta, quisiera saber si van a tener lugar los ataques de que usted me habló, o alguna variante de los mismos. Desde luego, es de vital importancia para el Ejército británico atacar duro y abrirse paso, o, de lo contrario, se harán comparaciones entre los dos ejércitos, que darán lugar a recriminaciones peligrosas y afectarán al valor combativo de la organización aliada. Como usted sabe, tengo completa confianza en usted y puede contar conmigo.

Montgomery me contestó:

27-VII-44.

No sé nada de ningún «serio revés». El enemigo ha concentrado grandes fuerzas en una zona al sur de Caen para oponerse a nuestro avance en aquel sector. Ayer y anteayer tuvo lugar una lucha muy dura, que dió como resultado que las tropas del Cuerpo canadiense retrocedieran unas mil yardas desde las posiciones más avanzadas que habían alcanzado.

Mi táctica ha sido desde el principio atraer el grueso de las fuerzas acorazadas enemigas hacia mi flanco oriental y allí darles la batalla a fin de que nuestro avance por el flanco occidental pudiera efectuarse con mayor facilidad. Este sistema ha tenido éxito. Las principales fuerzas acorazadas enemigas están ahora desplegadas sobre mi flanco oriental, al este del río Odon, y la ofensiva del oeste se enfrenta con menos dificultades y los americanos avanzan rápidamente.

En cuanto a mis futuros planes, la fuerza enemiga al sur de Caen, a caballo de la carretera de La Falaise, es ahora muy fuerte, más fuerte que en ningún otro sector del frente aliado. Por lo tanto, no tengo intención de atacar por ese lado. En lugar de ello, tengo el proyecto de fijar allí las tropas enemigas y dar un fuerte golpe con seis divisiones en la zona de Caumont, donde el enemigo es más débil. Este golpe hará más rápido el avance de los americanos.

El optimismo de Montgomery se vió justificado por el curso de los acontecimientos, y el 3 de agosto telegrafié como sigue:

El Primer Ministro al general Montgomery. 3-VIII-44.

Estoy encantado de que el desarrollo del plan que me explicó haya tenido lugar tan satisfactoriamente. Es evidente que el enemigo se sostendrá en su flanco y eje oriental con desesperado vigor. Me inclino a pensar que la península de Brest caerá con facilidad. Me congratulo de que nuestros carros y fuerzas avanzadas hayan conquistado Vire. A la vista del mapa me parece que debe usted haber efectuado varios copos importantes. Naturalmente, deseo ver el II Ejército acorazado, cuyo número de carros no debe ser inferior a dos mil quinientos, operando por las amplias llanuras. En esta guerra, el rebasamiento se ha convertido en un factor nuevo tanto por tierra como por mar. Es posible que vaya a visitarle un día de la semana que viene, antes de ir a Italia. Mis mejores deseos.

El general Montgomery al Primer Ministro. 4-VIII-44.

Gracias por su mensaje.

2. Creo que la lucha será dura en el flanco oriental y, sobre todo, en la zona que va desde Villers-Bocage hasta Vire en dirección Este. El enemigo ha trasladado fuerzas considerables hacia esa parte, desde las zonas al sur y sudeste de Caen.

3. Por lo tanto, me propongo lanzar un fuerte ataque con cinco divisiones desde la zona de Caen hacia La Falaise. Me propongo comenzar este ataque el 7 de agosto.

4. He desviado únicamente un Cuerpo americano en dirección Oeste hacia Bretaña, por creer que bastará.

Los demás Cuerpos del III Ejército de los Estados Unidos irán hacia Laval y Angers. Todo el peso del I Ejército americano será utilizado para efectuar una conversión de frente alrededor del flanco Sur del II Ejército y dirigido contra Domfront y Alençon.

5. Encantado de recibirle la semana que viene o en cualquier otra fecha.

El Primer Ministro al general Montgomery. 6-VIII-44.

Siento no haber podido visitarle ayer. Si es posible, iré mañana, lunes. Le ruego que no haga ningún preparativo especial por mi llegada ni se tome ninguna molestia. Eisenhower, con quien pasé la tarde de ayer, me sugirió que visitara también a Bradley en su Cuartel General,

y me gustaría hacerlo por la tarde, si usted no tiene inconveniente. El grupo consistirá solamente en el general Hollis, Tommy y yo.

De acuerdo con esto, el día 7 hice el viaje por avión y visité una vez más el Cuartel General de Montgomery. Después que éste me hubo dado un informe detallado ante los mapas, llegó un coronel americano para conducirme hasta el general Bradley. La ruta había sido cuidadosamente planeada para que yo pudiera comprobar la enorme devastación de los pueblos y ciudades por los que las tropas norteamericanas se habían abierto camino luchando. Todos los edificios estaban pulverizados por los bombardeos aéreos. A eso de las cuatro llegamos al Cuartel General de Bradley. Este me recibió cordialmente, pero yo advertí una gran tensión en la atmósfera porque la batalla estaba en su punto culminante y llegaban mensajes cada dos o tres minutos. Por lo tanto, di por terminada la visita y volví en coche al lugar donde me estaba esperando mi avión. Me disponía a subir a bordo cuando, con gran sorpresa, vi que llegaba Eisenhower. Había venido en avión desde Londres a su Cuartel General avanzado y, al enterarse de mi presencia, me había salido al paso. Todavía no había sustituído a Montgomery en el mando de los ejércitos en el campo de batalla, pero lo supervisaba todo con mirada vigilante. Nadie sabía mejor que él cómo conducirse ante un acontecimiento de tremenda importancia sin disminuir la autoridad que había delegado en otros.

* * * * *

El III Ejército norteamericano, a las órdenes del general Patton, se hallaba ya formado y en acción. El general envió dos divisiones acorazadas y tres de infantería hacia el Oeste y el Sur para limpiar la península de Bretaña. El enemigo, incomunicado, se retiró inmediatamente hacia sus puestos fortificados. El Movimiento de Resistencia francés, que tenía allí treinta mil hombres, jugó un papel notable en esta operación y la península fué conquistada con rapidez. Al final de la primera semana de agosto, los alemanes, en número de cuarenta y cinco mil hombres en servicio de

guarnición y lo que quedaba de cuatro divisiones, se habían visto obligados a retirarse a sus perímetros defensivos de Saint-Malo, Brest, Lorient y Saint-Nazaire. Allí se les podía dejar que se consumieran logrando así un considerable ahorro de bajas que se hubieran registrado en el caso de efectuarse un asalto inmediato. Los destrozos causados a Cherbourg habían sido enormes, y se tenía la certeza de que cuando cayeran los puertos de Bretaña se necesitaría mucho tiempo para repararlos. La productividad del «Zarzamora» de Arromanches y el imprevisto desarrollo de los puertos menores de la costa normanda habían disminuído la urgencia de capturar los puertos de Bretaña, urgencia que había constituído un elemento tan importante en el trazo de nuestros planes originales. Además, tal como marchaban las cosas, podíamos contar con conquistar en fecha próxima los puertos franceses mucho mejores desde El Havre hacia el Norte. Brest, sin embargo, por tener una numerosa guarnición a las órdenes de un jefe activo, era peligrosa y tenía que ser eliminada. El 19 de septiembre se rindió ante los violentos ataques de tres divisiones norteamericanas.

* * * * *

Mientras de este modo la Bretaña iba siendo limpiada de enemigos o se les copaba, el resto del III Ejército de Patton avanzó hacia el Este en la larga flecha que había de conducirles a la brecha abierta entre el Loira y París y siguiendo el curso del Sena hasta Rouen. La ciudad de Laval fué ocupada el 6 de agosto, y Le Mans, el 9. En toda aquella vasta región se encontraron pocos alemanes, y la principal dificultad estribó en abastecer a los americanos en su avance a través de distancias siempre crecientes. Con la excepción de un limitado puente aéreo de suministro, todo provenía de las playas del desembarco inicial. El material tenía que atravesar la parte occidental de Normandía por Avranches, hasta llegar al frente. Por lo tanto, Avranches se convirtió en un «cuello de botella» y en una tentadora oportunidad para los alemanes, que podían lanzar un ataque hacia el Oeste desde las cercanías de La Falaise. A Hitler le gustó la idea y dió la orden de que el máximo

posible de fuerzas atacara Mortain, se abriera camino por Avranches y dejara de este modo incomunicado a Patton. Los jefes alemanes, por unanimidad, condenaron el proyecto. Comprendieron que la batalla de Normandía estaba ya perdida, y querían utilizar cuatro divisiones que acababan de llegar, pertenecientes al XV Ejército situado al Norte, para llevar a cabo una retirada ordenada hasta el Sena. Opinaban que lanzar nuevas tropas hacia el Oeste era «poner el cuello» con la certeza de que se lo cortaran. Hitler insistió en que las cosas se hicieran como él quería, y el 7 de agosto cinco divisiones Panzer y dos divisiones de infantería se lanzaron desde el Este, en un violento ataque contra Mortain.

El golpe alcanzó a una sola división norteamericana; ésta se mantuvo firme y otras tres acudieron en su ayuda. Después de cinco días de dura lucha y de concentrados bombardeos aéreos, el audaz ataque fué repelido y, como habían pronosticado los generales enemigos, todo el saliente que comprendía desde La Falaise hasta Mortain, que estaba lleno de tropas alemanas, quedó a merced de ataques convergentes desde tres puntos. Al sur, un Cuerpo del III Ejército americano había sido desviado hacia el Norte, cruzando Alençon, hacia Argentan, a donde llegó el 13 de agosto. El I Ejército norteamericano, a las órdenes del general Hodges, se lanzó hacia el Sur desde Vire, y el II Ejército británico hacia Condé Las fuerzas canadienses, apoyadas una vez más por bombarderos pesados, siguieron presionando a lo largo de la carretera de Caen a La Falaise, esta vez con más éxito, pues alcanzaron su objetivo el 17 de agosto. Los aviadores aliados machacaron a los alemanes apiñados en el largo y estrecho pasillo, y, junto con la artillería, hicieron una terrible matanza. Los alemanes siguieron obstinadamente firmes en sus puestos en los bordes de la brecha que quedaba entre La Falaise y Argentan, y dando prioridad a sus carros trataron de salvar lo que pudieran. Pero el 17 de agosto, el mando y el control se resquebrajaron y la escena se convirtió en un caos. Los extremos de la tenaza se cerraron el 20 de agosto, y aunque entonces una parte considerable del enemigo ha-

bía logrado escapar hacia el Este, nada menos que ocho divisiones alemanas fueron aniquiladas. Lo que había sido la bolsa de La Falaise fué su tumba. Von Kluge informó a Hitler: «La superioridad aérea enemiga es terrible y deshace casi todos nuestros movimientos. Por el contrario, todos los movimientos del enemigo están preparados y protegidos por su aviación. Las pérdidas de hombres y de material son extraordinarias. La moral de las tropas ha sufrido mucho bajo el constante y mortal fuego enemigo.»

* * * * *

El III Ejército de los Estados Unidos, además de limpiar la península de Bretaña y de contribuir con su operación en forma de «gancho» a la victoria culminante de La Falaise, lanzó tres Cuerpos hacia el Este y el Nordeste, desde Le Mans. El 17 de agosto llegaron a Orleans, Chartres y Dreux. Desde allí siguieron en dirección Noroeste por la orilla izquierda del río para unirse a los británicos, que avanzaban desde Rouen. Nuestro II Ejército, que había experimentado algún retraso, tuvo que reorganizarse después de la batalla de La Falaise, y el enemigo halló el modo de improvisar posiciones de segunda línea. No obstante, la persecución prosiguió, y todos los alemanes que quedaban al sur del Sena intentaron desesperadamente cruzarlo para retroceder, bajo destructores ataques aéreos. Ninguno de los puentes destruídos en bombardeos anteriores había sido reparado, pero había unos cuantos puentes de pontones y un eficaz servicio de «ferries». Pudieron salvar muy pocos vehículos y al sur de Rouen quedó abandonada una ingente cantidad de medios de transporte. Y las tropas que escaparon no estaban en condiciones de ofrecer resistencia desde la orilla opuesta del río.

Eisenhower estaba decidido a no librar una batalla para conquistar París, porque Stalingrado y Varsovia habían demostrado ya lo que eran los horrores de los ataques frontales y de los levantamientos patrióticos. Por lo tanto, resolvió cercar la capital y obligar a la guarnición a rendirse o huir. El 20 de agosto llegó el momento de actuar. Patton había cruzado el Sena cerca de Mantes y

su flanco derecho había llegado a Fontainebleau. La Resistencia Francesa se había levantado. La policía estaba en huelga. La Prefectura se hallaba en poder de los patriotas. Un oficial de la Resistencia llegó al Cuartel General de Patton con informes de vital importancia, y en la mañana del miércoles, 23 de agosto, estos informes fueron presentados a Eisenhower en Le Mans.

La segunda División acorazada francesa, bajo las órdenes del general Leclerc, estaba agregada al general Patton. Había desembarcado en Normandía el 1 de agosto y tomado una parte honorable en el avance. De Gaulle llegó el mismo día y recibió seguridades del Comandante Supremo aliado de que cuando llegara el momento — como se había acordado desde hacía mucho tiempo — las tropas de Leclerc serían las primeras en entrar en París. Aquella tarde la noticia de que se estaba luchando en las calles de la capital, decidió a Eisenhower a actuar, y Leclerc recibió orden de avanzar. A las 7'15 el general Bradley dió estas instrucciones al jefe francés, cuyas divisiones se hallaban entonces en la región de Argentan. La orden de operación, fechada el 23 de agosto, comenzaba con estas palabras: «Mission s'emparer de Paris...»

Leclerc escribió a De Gaulle: «Tuve la sensación... de estar viviendo de nuevo la situación de 1940, pero a la inversa... un desorden total en el bando enemigo, sus columnas cogidas completamente por sorpresa». Decidió actuar con osadía y evitar, en vez de reducir, las concentraciones alemanas. El 24 de agosto los primeros destacamentos se aproximaron a la ciudad desde Rambouillet, adonde habían llegado la víspera desde Normandía. El grueso de las fuerzas, mandado por el coronel Billotte, hijo del jefe del Primer Grupo de Ejércitos francés, que murió en mayo de 1940, avanzó desde Orleans. Aquella noche un destacamento avanzado de carros alcanzó la Puerta de Italia, y exactamente a las 9'22 entró en la plaza frente al Palacio Municipal. El grueso de la división se dispuso a entrar en la capital al día siguiente. Muy temprano por la mañana, las columnas blindadas de Billotte se apoderaron de las dos orillas del Sena frente a la Cité. Por

la tarde el Cuartel General del Comandante alemán, general von Choltitz, situado en el Hôtel Meurice, se hallaba ya cercado, y von Choltitz se rindió a un teniente francés que le condujo ante Billotte. Mientras tanto había llegado Leclerc. Se instaló en la Gare Montparnasse, y por la tarde se trasladó a la Prefectura de Policía. A eso de las cuatro, von Choltitz fué conducido a su presencia. Este era el final del camino que comenzó en Dunquerque, pasó por el lago Chad y les trajo de nuevo a París. Leclerc expresó sus pensamientos con unas palabras pronunciadas en voz baja: «Maintenant, ça y est.» Después se presentó a sí mismo al vencido en alemán. La capitulación de la ciudad se firmó después de una breve y brusca conversación, y una por una las posiciones que aún retenía el enemigo fueron ocupadas por la Resistencia y las tropas regulares.

La ciudad se entregó a una manifestación de auténtico júbilo. La gente escupió a los prisioneros alemanes, arrastró a los colaboracionistas por las calles y festejó a las tropas liberadoras. En medio de esta escena de triunfo tanto tiempo retrasada, apareció el general De Gaulle. A las cinco llegó a la Rue St. Dominique y estableció su Cuartel General en el Ministerio de la Guerra. Dos horas más tarde, en el Palacio Municipal, hizo por primera vez su aparición como Jefe de la Francia Libre ante la población jubilosa, junto a las principales figuras de la Resistencia y los generales Leclerc y Juin. Su aparición fué saludada con un espontáneo estallido de entusiasmo. La tarde siguiente, 26 de agosto, De Gaulle hizo su entrada oficial a pie por los Campos Elíseos hasta la Plaza de la Concordia, y de allí, seguido de una hilera de coches, se dirigió a Notre Dame. Unos cuantos colaboracionistas escondidos abrieron fuego desde dentro y fuera de la catedral. La muchedumbre se dispersó; pero después de un breve momento de pánico, la solemne ceremonia para agradecer la liberación de París continuó hasta el fin.

* * * * *

El 30 de agosto nuestras tropas cruzaban el Sena por distintos puntos. Las pérdidas enemigas habían sido terribles: 400.000 hom-

bres, la mitad de ellos prisioneros, 1.300 tanques, 20.000 vehículos, 1.500 cañones de campaña. El VII Ejército alemán y todas las divisiones que habían sido enviadas para reforzarlo estaban destrozadas. La ruptura del frente aliado desde la cabeza de playa había sido retrasada por el mal tiempo y por la decisión equivocada de Hitler. Pero una vez terminada la batalla, todo marchó perfectamente y se alcanzó el Sena seis días antes del tiempo que se tenía calculado. Se había acusado de lentitud al frente británico en Normandía, y los espléndidos avances americanos posteriores parecieron señalar más éxitos por su parte que por la nuestra. Por lo tanto, es necesario insistir nuevamente en el hecho de que todo el plan de campaña consistía en hacer una conversión de frente tomando como eje el frente británico, y atraer en aquella dirección a las reservas enemigas con objeto de ayudar el movimiento envolvente de los americanos. El objetivo del II Ejército británico estaba descrito en el plan original con las palabras siguientes: «Proteger el flanco de los ejércitos norteamericanos mientras van ocupando Cherbourg, Angers, Nantes y los puertos de la Bretaña.» Esto se logró gracias a la decisión y al ardor combativo de nuestras tropas. El general Eisenhower, que comprendió perfectamente la labor de sus camaradas británicos, escribió en su informe oficial: «Si no hubiera sido por los grandes sacrificios realizados por los ejércitos anglo-canadienses en las agotadoras y sangrientas batallas de Caen y La Falaise, los espectaculares avances que en otros puntos llevaron a cabo las fuerzas aliadas no se habrían producido.»

Capítulo III

EL BOMBARDEO SIN PILOTOS

Comienza el ataque a Londres, 13 de junio. — Construcción y actuación de la bomba volante. — La destrucción de la capilla de los «Guards», 18 de junio. — Daños y bajas. — Contramedidas aliadas. — Nombro un pequeño Comité, 22 de junio. — Mi discurso en la Cámara de los Comunes, 6 de julio. — El mando de los bombarderos encuentra nuevos objetivos. — El nuevo despliegue de las baterías antiaéreas a lo largo de la costa, 17 de julio. — La bomba volante es dominada. — Reconocimiento de méritos. — El cohete de largo alcance. — Controversia sobre su tamaño. — El cohete sueco y el informe científico del 26 de agosto. — Un impresionante logro técnico. — Los primeros cohetes caen sobre Londres, 8 de septiembre. — El avance de los ejércitos aliados. — La opinión de Speer. — El fracaso de la «V-3». — Los sufrimientos de Bélgica. — El informe de Duncan Sandys al Gabinete de Guerra sobre proyectiles dirigidos.

ENTONCES comenzó el tan estudiado asalto a Inglaterra por proyectiles no guiados por un ser humano. Su objetivo era el Gran Londres. Durante más de un año habíamos discutido entre nosotros cuál sería el tipo y la escala del ataque, y oportunamente se habían hecho todos los preparativos que nuestros conocimientos podían crear y nuestros recursos permitir.

En las primeras horas del 13 de junio de 1944, exactamente una semana después del Día D, cuatro naves aéreas sin piloto cruzaron nuestras costas. Eran el resultado prematuro de una orden alemana enviada urgentemente el Día D como reacción ante nuestros éxitos en Normandía. Una alcanzó Bethnal Green, donde mató a seis personas e hirió a nueve. Las demás no causaron bajas. No volvió a suceder nada hasta el atardecer del día 15 de junio, fecha en que los alemanes iniciaron en serio su campaña de «represalia» («Vergeltung»). En veinticuatro horas fueron lanzados contra nosotros más de doscientos de estos proyectiles, y en las cinco semanas siguientes habían de seguirles más de tres mil.

La bomba volante, como llegamos a llamarla, había sido bautizada por Hitler con el nombre de «V-1» ya que esperaba, con alguna razón, que fuera la primera de una serie de armas de terror suministradas por la investigación alemana. Entre los londinenses, la nueva bomba fué conocida pronto por el nombre de «doodlebug» o «buzz-bomb» (bomba zumbadora) a causa del estridente sonido de su motor, un reactor de nuevo e ingenioso diseño. La bomba volaba a una velocidad de hasta 400 millas por hora, a alturas de unos tres mil pies, y llevaba aproximadamente una tonelada de explosivos. Iba pilotada por una brújula magnética, y una pequeña hélice a la que hacía girar el aire al moverse la bomba por la atmós-

fera controlaba su alcance. Cuando esta hélice había efectuado cier to número de revoluciones, que correspondían a la distancia hasta Londres desde la base de lanzamiento, los mandos del proyectil se movían haciendo que la bomba se dirigiera hacia tierra. Los daños de la explosión eran enormes, porque generalmente la bomba estallaba antes de alcanzar el suelo.

Esta nueva forma de ataque impuso al pueblo de Londres una carga quizá aun más pesada que la de los bombardeos aéreos de 1940 y 1941. La tensión y la expectación eran más prolongadas. El amanecer no traía ningún alivio ni las nubes descanso alguno. El hombre que volvía a su casa por la noche nunca sabía lo que iba a encontrar, y su esposa, que se quedaba sola todo el día con sus hijos, no podía estar segura de su regreso. La ciega e impersonal naturaleza del proyectil hacía que el individuo que discurría por la superficie de la tierra se sintiera inerme. Poco había que él pudiera hacer, y ningún enemigo palpable podía ser derribado.

* * * * *

Mi hija Mary estaba todavía prestando servicio en la batería antiaérea de Hyde Park. En la mañana del domingo, 18 de junio, cuando me hallaba en Chequers, mi esposa me dijo que iba a hacer una visita a la batería. La encontró en plena actividad. Una bomba había pasado por encima y había derrumbado una casa en Bayswater Road. Mientras mi mujer y mi hija estaban hablando, de pie sobre la hierba, vieron cómo un objeto negro y pequeño salía de las nubes y descendía como si fuera a caer muy cerca de Downing Street. Mi coche había ido a recoger la correspondencia, y el conductor se asombró al ver que todos los peatones de Parliament Square se echaban al suelo tapándose la cabeza. Sonó en las proximidades una explosión sorda y todo el mundo continuó hacia sus tareas. Había caído una bomba en la capilla de los «Guards», en el Cuartel de Wellington. Se estaba celebrando un servicio religioso especial al que habían acudido gran número de distinguidos oficiales de la Brigada, tanto en activo como retirados. El impacto fué directo y todo el edificio quedó destruído en un segundo. Casi

doscientos miembros de la Guardia, incluyendo muchos distinguidos oficiales y sus parientes y amigos, quedaron muertos o mutilados bajo las ruinas. Fué un suceso trágico. Yo estaba todavía en la cama trabajando en mis papeles, cuando volvió mi esposa. «La batería ha tenido que entrar en acción — dijo — y la capilla de los «Guards» ha quedado destruída.»

Inmediatamente dispuse que los Comunes volvieran a celebrar de nuevo sus sesiones en Church House, cuya moderna estructura de acero ofrecía mayor protección que la del Palacio de Westminster. Esto implicaba una gran cantidad de preocupaciones y de arreglos. Celebramos una breve sesión secreta y un miembro preguntó, indignado: «¿Por qué hemos vuelto aquí?» Antes de que yo pudiera contestarle, intervino otro miembro. «Si su señoría se digna recorrer andando unos centenares de yardas hasta Birdcage Walk, hallará la razón.» Se produjo un largo silencio y no se habló más del asunto.

A medida que pasaban los días, todos los distritos de Londres iban siendo alcanzados. Los mayores daños se produjeron en un cinturón que se extendía desde Stepney y Poplar hacia el Suroeste, hasta Wandsworth y Mitcham. De los distritos, Croydon fué el que más sufrió, con ocho bombas en un solo día, seguido de Wandsworth, Lewisham, Camberwell, Woolwich y Greenwich, Beckenham, Lambeth, Orpington, Coulsdon y Purley, West Ham, Chislehurst y Mitcham (1). Fueron alcanzadas aproximadamente tres cuartas parte de un millón de casas, 23.000 de las cuales quedaron fuera de toda posible reparación. Pero aunque Londres fué la que más sufrió, las bajas y los daños alcanzaron un territorio que se extendía hasta bastante más allá de sus límites. Determinadas zonas de Sussex y de Kent, conocidas vulgarmente con el nombre de «Avenida de las bombas» porque quedaban situadas en la línea de paso de los proyectiles, fueron duramente castigadas. Las bombas, aunque todas iban dirigidas al Puente de la Torre de

(1) En orden de intensidad, esto es, número de bombas por cada 100 acres, el orden era distinto: Primero, la zona de la City de Londres, y a continuación Penge, Bermondsey, Deptford, Greenwich, Camberwell, Lewisham, Stepney, Poplar, Lambeth, Battersea, Mitcham y Wandsworth.

Londres, caían en una zona muy amplia que abarcaba desde Hampshire hasta Suffolk. Una de ellas cayó cerca de mi casa, en Westerham, matando, por una malhadada casualidad, a veintidós niños sin hogar y a cinco adultos que se hallaban reunidos en un refugio construído para ellos en pleno bosque.

* * * * *

Nuestro Servicio de Información ya había previsto con exactitud, hacía seis meses, cómo funcionarían estos proyectiles y qué efectos tendrían, pero no resultó fácil preparar las defensas de cazas y de artillería necesarias y de la calidad adecuada. Hitler creía, basándose en las pruebas que había presenciado de un Spitfire capturado contra una bomba volante, que nuestros cazas serían inútiles. Aquella oportuna advertencia nos sirvió para desengañarnos, pero sólo por un margen muy estrecho. Nuestros cazas más veloces, preparados especialmente y dotados de los más modernos motores, apenas podían adelantar a los proyectiles más rápidos. Muchas bombas no volaban tan de prisa como sus constructores habían proyectado, pero aún así a menudo se hacía difícil que nuestros cazas las alcanzaran a tiempo. Para empeorar aún más las cosas, el enemigo disparaba sus bombas en descargas cerradas, con la esperanza de saturar nuestras defensas. El procedimiento normal de despegar rápidamente era demasiado lento y los cazas se vieron obligados a mantener en vuelo constante a patrullas aéreas, que buscaban y cazaban a sus presas con ayuda de las instrucciones y comentarios continuos lanzados por las estaciones de radar y los puestos del Cuerpo de Observación desde tierra. Las bombas volantes eran mucho más pequeñas que los aviones corrientes, lo cual hacía difícil verlas y alcanzarlas. A una distancia superior a trescientas yardas había muy pocas probabilidades de lograr un impacto y derribar la bomba, pero romper fuego a una distancia menor a doscientas yardas era peligroso, porque la bomba, al estallar, podía destruir al caza atacante.

La llama roja de su escape hacía fácilmente visibles las bombas en la obscuridad, y durante las dos primeras noches nuestras bate-

rías antiaéreas de Londres dispararon sobre ellas y afirmaron haber derribado muchas. Esto secundaba los propósitos del enemigo, ya que, de otro modo, algunos de los proyectiles hubieran caído en campo abierto más allá de la capital. Se prohibió, por tanto, disparar en la zona metropolitana, y el 21 de junio los cañones habían sido ya trasladados a la línea avanzada de los North Downs. Muchas de las bombas volaban a alturas que al principio se consideraron demasiado bajas para los cañones pesados y demasiado altas para los otros. Pero, afortunadamente, se vió que era posible utilizar los pesados contra objetivos más bajos que lo que habíamos calculado. Comprendimos, claro está, que algunas bombas se librarían tanto de los cazas como de los cañones, y tratamos de detenerlas mediante una amplia barrera de globos cautivos, desplegada al Sur y Sureste de Londres. Durante el curso de la campaña, esta barrera logró detener doscientas treinta y dos bombas, cada una de las cuales hubiera inevitablemente caído en algún punto de la zona de Londres.

Tampoco nos contentamos con tomar únicamente medidas defensivas. Los primitivos puntos de lanzamiento, noventa y seis en total, desde los cuales eran lanzadas las bombas en Francia, habían sido atacados por nuestros bombarderos desde diciembre de 1943, y en su mayor parte eliminados. Mas, a pesar de todos nuestros esfuerzos, el enemigo había logrado continuar el ataque desde bases nuevas y menos visibles, y las bombas perforaban nuestras defensas en una cantidad que, aunque mucho menor de lo que el enemigo había esperado en un principio, nos planteaba muchos problemas. Durante la primera semana de bombardeo retuve el control en mis propias manos, pero el 20 de junio lo transferí a un Comité de los tres ejércitos, presidido por Duncan Sandys, y al que dimos el nombre clave de «Ballesta» (1).

El Primer Ministro al Secretario del Interior, a sir Edward Bridges, y al general Ismay, para el Comité de jefes de E. M. 22-VI-44.

Ahora que podemos ver las cosas un poco más claras, y después de haber consultado con los jefes de Estado Mayor, he decidido que el

(1) «Crossbow».

Comité «Ballesta», que hasta ahora he presidido, consista en un grupo más pequeño que quedará encargado de informar sobre los efectos de la bomba y del cohete volantes y del progreso de las medidas y precauciones que se tomen para neutralizarlos. El Secretario Parlamentario Conjunto y ministro de Suministros [míster Duncan Sandys] será el Presidente, y el número de sus miembros lo más reducido posible...

Este Comité informará diariamente, o con tanta frecuencia como sea necesario, a mí, al Secretario del Interior, al Secretario del Estado para el Aire y a los jefes de Estado Mayor.

El Secretario del Interior, el Secretario del Estado para el Aire y yo acudiremos en caso de necesidad.

El Comité estaba formado por el mariscal de Aviación Bottomley, el subjefe de Estado Mayor del arma aérea, el mariscal de Aviación Hill, el oficial del Aire jefe de la Defensa Aérea de Gran Bretaña y el general Pile, Comandante general del Servicio de la Defensa antiaérea.

* * * * *

El 6 de julio, expliqué a la Cámara de los Comunes, muchos de cuyos distritos estaban sufriendo el peso del ataque, las medidas y preparativos que el Gobierno había adoptado desde principios de 1943. Por lo menos, nadie podría decir que nos habían cogido por sorpresa. No hubo quejas. Todo el mundo comprendió que lo único que podíamos hacer era tragarnos la píldora, que nuestras esperanzas de un victorioso avance en Normandía hacía más soportable. Mi informe era muy detallado:

El peso total de las bombas lanzadas hasta ahora por nosotros contra objetivos de bombas volantes y de cohetes sobre Francia y Alemania, incluyendo Peenemünde, asciende a unas cincuenta mil toneladas, y el número de vuelos de reconocimiento totaliza muchos millares. El examen y la interpretación de decenas de millares de fotografías aéreas obtenidas con este objeto ha sido de por sí una extraordinaria tarea llevada a cabo por las unidades de Reconocimiento Aéreo e Interpretación Fotográfica de la R.A.F. Estos esfuerzos han sido agotadores por los dos bandos, tanto amigos como enemigos. Se ha destinado durante los pasados meses una proporción muy considerable de nuestro poderío aéreo a esta misión, impidiéndose actuar a nuestra aviación en otras actividades ofensivas.

Los alemanes, por su parte, han sacrificado gran parte de su capacidad constructiva, que, de otro modo, hubiera incrementado el poderío de los cazas y bombarderos, que apoyan a sus asendereados ejércitos en todos los frentes. Todavía habrá que ver quién es el que ha sufrido y sufrirá más en este proceso. En realidad, durante el último año, se ha mantenido una lucha secreta en la que ambos bandos han volcado grandes recursos. La lucha secreta ha salido ahora a la luz pública. Por consiguiente, podremos estudiar su progreso desde muy cerca, y nos veremos obligados a hacerlo...

No debemos exagerar ni disminuir su importancia. Hasta las seis de la mañana del día de hoy, unas dos mil setecientas cincuenta bombas han sido lanzadas en total desde sus bases situadas a lo largo de la costa francesa. Una gran parte de ellas, o no han logrado cruzar el Canal o han sido destruídas y derribadas por distintos métodos... Sin embargo, las condiciones meteorológicas nos han sido muy desfavorables por todos conceptos. En Normandía nos ha impedido utilizar en gran parte nuestra inmensa superioridad... En la Gran Bretaña ha hecho más difícil la labor y la combinación de las baterías con los aviones. También ha reducido los ataques que lanzamos a cada oportunidad favorable sobre los puntos de lanzamiento y lugares sospechosos del otro lado del Canal... No obstante, creo que la Cámara se verá agradablemente sorprendida al saber que las bombas volantes lanzadas por las bases enemigas han matado exactamente una persona por bomba... En realidad, las últimas cifras hasta las seis de esta mañana eran dos mil setecientas cincuenta y cuatro bombas lanzadas y dos mil setecientos cincuenta y dos muertos. Una proporción muy elevada de los heridos, alrededor de unos diez mil, aunque no siempre graves o mortales, han sido alcanzados en Londres, que presenta al enemigo un blanco de unas dieciocho millas de ancho por más de veinte de largo. Londres es, por tanto, el único objetivo del mundo contra el cual puede emplearse un arma de tan poca precisión. La bomba volante es un arma imprecisa, literal y esencialmente, en su naturaleza, en sus propósitos y en sus efectos. Que los alemanes hayan utilizado un arma de este tipo, crea, como es obvio, graves interrogantes en los que no pienso adentrarme hoy.

* * * * *

Se habían tomado las medidas necesarias para evacuar a las mujeres y a los niños y para abrir los refugios profundos que hasta entonces se habían mantenido en reserva. Expliqué que se haría todo lo humanamente posible para neutralizar este nuevo ataque.

Sin embargo, terminé en un sentido que me pareció adecuado al estado de ánimo del momento:

> No permitiremos que se debilite nuestro esfuerzo combativo en Normandía ni en los ataques que se llevan a cabo contra objetivos especiales en Alemania. Estos dos puntos tienen prioridad. Debemos ajustar nuestras defensas nacionales al cuadro general de las operaciones de la guerra. Queda fuera de toda cuestión el permitir la menor disminución de la intensidad de la batalla, con objeto de reducir los daños, que, aunque puedan acarrear grandes sufrimientos a mucha gente y cambiar en cierto grado la vida e industria normal de Londres, nunca se interpondrán entre la nación británica y sus deberes para con un mundo victorioso y vengador. Para muchos será un consuelo sentir que están compartiendo en alto grado los peligros de nuestros soldados en ultramar y que los golpes que caen sobre ellos disminuyen los que, de otra forma, caerían sobre nuestros combatientes y sus aliados. De una cosa estoy seguro, y es de que Londres nunca será conquistado y nunca vacilará, y que su valor, triunfando por encima de todos sus sufrimientos, brillará durante mucho tiempo entre los hombres.

* * * * *

Ahora sabemos que Hitler estaba convencido de que la nueva arma sería «decisiva» para lograr su personal y retorcida versión de la paz. Incluso sus consejeros militares, que estaban menos obsesionados que su jefe, esperaban que la agonía de Londres sería causa de que algunos de nuestros ejércitos hicieran un desastroso desembarco en el Paso de Calais, a fin de capturar las rampas de lanzamiento. Pero ni Londres ni el Gobierno flaquearon, y así pude yo asegurar al general Eisenhower, el 18 de junio, que soportaríamos la prueba hasta el final, y pedirle que no cambiase sus planes estratégicos en Francia.

* * * * *

Nuestros bombardeos contra las rampas de lanzamiento prosiguieron durante algún tiempo, pero antes de terminar el mes de junio se vió claramente que aquellos objetivos eran de menor cuantía. El mando del Servicio de Bombarderos, ansioso de participar

más activamente en el auxilio de Londres, buscó objetivos mejores y los encontró rápidamente. El depósito principal de bombas volantes en Francia estaba en unas cuantas cuevas naturales, cerca de París, cuevas que los franceses utilizaban hacía mucho tiempo para el cultivo de setas. Una de estas cuevas, situada en St. Leu d'Esserent, en el valle del Oise, almacenaba, según cálculos alemanes, más de dos mil bombas, y había suministrado el setenta por ciento de todas las bombas lanzadas durante el mes de junio. A principios de julio fué destruído en su mayor parte por el Mando de Bombarderos, que utilizó algunas de sus bombas más pesadas para hundir el techo. Otra cueva, que se decía que contenía mil bombas, fué aplastada por los bombarderos norteamericanos. Sabemos que, por lo menos, trescientas bombas volantes quedaron enterradas para siempre en aquella cueva. Londres se vió así libre de todas estas bombas, y los alemanes tuvieron que utilizar bombas de un tipo que anteriormente habían considerado poco satisfactorio.

Nuestros bombarderos lograron este éxito no sin sufrir pérdidas. De todas nuestras fuerzas, ellas fueron las primeras dedicadas a combatir las bombas volantes. Atacaron los centros de investigación y las fábricas de Alemania, y las rampas de lanzamiento y los depósitos de suministro situados en Francia. Cuando terminó la campaña, unos dos mil hombres de la aviación de bombardeo británico y aliado habían muerto en la defensa de Londres.

* * * * *

En el Cuartel General de la Defensa Aérea de la Gran Bretaña se dedicó mucho tiempo al estudio del papel que habían de representar los cazas y los cañones. Nuestras disposiciones parecían bastante lógicas: los cazas patrullarían sobre el Canal y sobre una buena parte de los condados de Kent y Sussex, donde las bombas volaban dispersas, y los cañones quedarían concentrados en un cinturón más próximo a Londres, donde las bombas se acercaban unas a otras para formar un frente más compacto a medida que se aproximaban a su objetivo. Esto permitía a cada método de defensa hacer uso de sus mejores probabilidades, y no nos cogió de sorpre-

sa que durante las primeras semanas de la campaña, igual que en todas las otras campañas previas, los cazas tuvieran mucho más éxito que los cañones. Sin embargo, en la segunda semana de julio el general Pile y los expertos llegaron a la conclusión de que los cañones podrían jugar un papel mucho más importante, sin perjuicio del éxito de los cazas, si las baterías fueran trasladadas a la costa. Su radar para la elección de tiro tendría mucho más campo, y además sería mucho más seguro utilizar allí las «espoletas de proximidad» que entonces empezaban a llegar de América (1). No teníamos seguridad de que los cañones pudieran utilizar su radar sobre la costa, debido al peligro que significaba el machaqueo electrónico del enemigo, pero nuestra información era tan segura y tan preciso nuestro bombardeo, que el Día D habíamos destruído todas las estaciones alemanas de interferencia o machaqueo electrónico. No obstante, al desenraizar toda la enorme organización antiaérea situada en las North Downs y volver a desplegarla sobre la costa, significó tomar una decisión muy grave, sabiendo al mismo tiempo que quizás pudiera estropear el éxito de los cazas.

El 17 de julio, Duncan Sandys, que se había mostrado partidario del cambio, informaba al Gabinete de Guerra:

> A la luz de los resultados obtenidos durante las últimas semanas transcurridas, se ha vuelto a estudiar el despliegue de nuestras defensas contra las bombas volantes.
>
> La experiencia nos ha enseñado que, según los planes originales, los cazas y los cañones se interfieren entre sí, y que una proporción innecesariamente grande de las bombas volantes destruídas ha sido derribada sobre tierra.
>
> Se ha decidido, por consiguiente, proceder a un nuevo despliegue de nuestras defensas en cuatro cinturones, que son los siguientes:
>
> (I) *Cinturón de cazas sobre el mar.*
>
> Los aviones de caza operarán bajo un rígido control de radio y a una distancia no inferior a las diez mil yardas desde la costa.
>
> (II) *Cinturón costero de cañones.*
>
> Todos los cañones antiaéreos destinados a la defensa contra las bom-

(1) Era peligroso utilizar sobre tierra estas granadas, que estaban construídas para que estallasen al pasar por las proximidades de su objetivo, ya que si fallaban el blanco no estallaban hasta que caían a tierra.

bas volantes serán desplegados en una estrecha faja de cinco mil yardas de anchura, que se extenderá a lo largo de la costa desde Beachy Head hasta la bahía de St. Margaret. Estos cañones dispararán hacia el mar hasta un límite de diez mil yardas.

(III) *Cinturón de cazas sobre-tierra.*

En el interior, entre la zona de cañones costeros y la barrera de globos, habrá un segundo cinturón de cazas, en el que los aviones funcionarán según un control que les dará las últimas noticias. Las nubes de las explosiones de los cañones antiaéreos en el cinturón de cañones, serán de gran ayuda para que los pilotos puedan localizar fácilmente la línea de vuelo de las bombas que se aproximan. Por la noche, dispondrán de la ayuda auxiliar de los reflectores, que estarán dispersos por toda la superficie de esta zona interior de cazas.

(IV) *Cinturón de globos.*

No habrá cambios importantes en los límites de la barrera de globos.

El nuevo despliegue de los cañones antiaéreos en sus emplazamientos a lo largo de la costa, se ha llevado a cabo en un fin de semana, y el nuevo plan de defensa ha entrado en acción a las seis de la mañana del día de hoy.

El nuevo despliegue fué una empresa muy ambiciosa, ejecutada con una rapidez merecedora de los mayores elogios. Casi cuatrocientos cañones pesados y seiscientos cañones Bofors tuvieron que ser trasladados y emplazados en sus nuevos puestos. Se tendieron tres mil millas de cable telefónico, se transportaron veintitrés mil hombres y mujeres, y los vehículos de la Comandancia Antiaérea recorrieron en una semana 2.750.000 millas. En cuatro días el traslado a la costa quedó terminado.

Toda la operación fué decidida y efectuada bajo la responsabilidad del mariscal del Aire Hill y del general Pile, con la aprobación de Duncan Sandys. Durante los primeros días que siguieron al nuevo despliegue, nuestras defensas combinadas destruyeron muchas menos bombas, especialmente porque los cazas veían sus movimientos muy dificultados por las restricciones impuestas. Pero esto no duró mucho. Los cañones cogieron pronto su ritmo y los resultados mejoraron rápidamente. Con el nuevo radar y el nuevo equipo de alarma, y sobre todo con las nuevas espoletas de proximidad, elementos todos ellos que habían sido pedidos a América seis meses antes, la actuación de los artilleros rebasó todas nues-

tras esperanzas. A últimos de agosto, sólo una bomba de cada siete llegó a penetrar hasta la zona de Londres. El «record» se batió el día 28 de agosto. Noventa y cuatro bombas se acercaron a nuestra costa y todas ellas, excepto cuatro, fueron destruídas. Los globos interceptaron dos; los cazas, veintitrés; y los cañones, sesenta y cinco. La «V-1» había sido dominada.

Los alemanes, que observaban atentamente desde el otro lado del Canal la acción de nuestros cañones, quedaban asombrados del éxito de nuestra artillería. Todavía no habían comprendido el misterio, cuando en la primera semana de septiembre los puestos de lanzamiento de las bombas fueron ocupados por los victoriosos y rápidos ejércitos británicos y canadienses en su avance desde Normandía hasta Amberes. El éxito de nuestros ejércitos libró a Londres y a sus defensores de la gran tensión a que habían estado sometidos durante tres meses. El 6 de septiembre, míster Herbert Morrison, Secretario del Interior y ministro de Seguridad Interior, pudo anunciar: «Se ha ganado la batalla de Londres». Aunque los alemanes nos obsequiaron después de vez en cuando con bombas volantes lanzadas desde aviones y con alguna bomba de gran alcance, lanzada desde Holanda, el peligro, a partir de entonces, fué insignificante. En conjunto, se lanzaron contra Londres unas ocho mil bombas, de las cuales unas dos mil cuatrocientas lograron alcanzar su objetivo (1). El número de bajas entre la población civil fué de 6.184 muertos y 17.981 heridos graves. Estas cifras no señalan el total absoluto, porque muchos, aunque heridos, no ingresaron en ningún hospital, y, por tanto, no han sido contabilizados.

Nuestro Servicio de Información desempeñó un papel fundamental. Gracias a él supimos con mucha anticipación el tamaño y las características del arma, y la escala a que pensaba lanzarse el ataque. Esto permitió que nuestros cazas estuvieran preparados. Se buscaron y se encontraron los lugares de lanzamiento y las cuevas donde se almacenaban los proyectiles, lo que permitió que nuestros bombarderos retrasaran los ataques y mitigaran su vio-

(1) La cifra exacta de bombas volantes lanzadas contra Londres desde emplazamientos situados en Francia fué de 8.564, de las cuales 1.006 cayeron en tierra poco después de ser disparadas.

lencia. Se emplearon todos los medios conocidos para obtener información y ésta fué reunida con gran habilidad. Nos habían ayudado agentes de todos los países ocupados, a menudo con una gran valentía personal. A todos estos servicios, muchos de los cuales trabajaron en medio de un gran peligro y algunos de los cuales quedarán para siempre ignorados por nosotros, rindo mi tributo de gratitud.

Pero una buena información, por sí sola, nos hubiera sido inútil. Los pilotos de caza, los bombarderos, los globos, los cañones, los científicos, la Defensa Civil y toda la organización que estaba tras ella, desempeñaron cada uno su papel con la máxima eficacia. Fué una gran defensa, ajustada entre todos sus miembros, que el éxito de nuestros ejércitos en Francia convirtió en una absoluta victoria.

* * * * *

Se aproximaba un segundo peligro: el cohete de largo alcance, o «V-2», que tanto nos venía preocupando desde hacía doce meses. Sin embargo, los alemanes habían tropezado con dificultades en su perfeccionamiento, y en este transcurso de tiempo había surgido la bomba volante. Pero tan pronto como se inició contra nosotros el ataque de las bombas, se empezaron a observar señales de que también se acercaba el ataque con cohetes. El peso del cohete y su carga explosiva habían sido objeto de grandes discusiones entre los técnicos británicos. Algunos informes iniciales, pero dudosos, indicaban que la carga explosiva podría tener entre cinco y diez toneladas de peso. Estos informes fueron aceptados por algunos de nuestros técnicos que creían, por otras razones, que estos pesos eran razonables. Algunos creían que el cohete pesaría unas ochenta toneladas, con una carga explosiva de diez toneladas. Lord Cherwell, cuyo prestigio era entonces muy grande por haber estado en lo cierto respecto a las bombas volantes en junio de 1943 antes de que los Servicios de Información hubieran dado ninguna noticia sobre ellas, dudaba mucho que llegáramos a ver alguna vez

estos cohetes en acción y aseguraba que, de verlos, nunca se trataría de un monstruo de ochenta toneladas. Entre estos dos extremos, había ciertas noticias del Servicio de Información que indicaban la posibilidad de un cohete mucho más ligero que las ochenta toneladas. En conjunto, y debido a todas estas controversias, la angustia era muy grande.

Sabíamos que en Peenemünde seguían los trabajos, y los escasos informes que recibíamos procedentes del Continente aumentaban nuestra preocupación por la inminencia del ataque. El 18 de julio, el doctor Jones informó al Comité «Ballesta» que bien podría haber ya en existencia unos mil cohetes. El 24 de julio, Sandys informaba al Gabinete:

> Aunque todavía no tenemos ninguna información cierta sobre el lanzamiento de proyectiles desde Alemania hacia el Oeste, sería poco inteligente suponer, partiendo de esta prueba negativa, que el ataque con cohetes no es inminente.

En una nota dirigida a mí por los jefes de Estado Mayor al día siguiente, me decían: «El Estado Mayor del Aire está de acuerdo con esta afirmación, y los jefes de Estado Mayor creen que el Gabinete de Guerra debe ser advertido». El 27 de julio se examinó la situación en el Gabinete y se estudió una propuesta hecha por míster Herbert Morrison que hubiera significado evacuar de Londres aproximadamente a un millón de personas.

Se hicieron todos los esfuerzos para rellenar los huecos que aún quedaban en nuestra información acerca del tamaño, las características y la actuación de los cohetes. Nuestros Servicios de Información reunieron todas las pruebas fragmentarias que provenían de distintas fuentes y las presentaron al Comité «Ballesta». De ellas se dedujo que el cohete pesaba doce toneladas y que tenía una carga explosiva de una tonelada. Este poco peso nos explicaba muchas cosas que nos habían preocupado, tales como la ausencia de complicadas pistas o rampas de lanzamiento. Tales cálculos se vieron confirmados cuando los Servicios de Aviación tuvieron oportunidad de examinar los restos de un cohete, que llegó a nuestras manos a causa de un error absurdo, pero feliz para nosotros, ocu-

rrido en los ensayos de Peenemünde, el día 13 de junio. Según un prisionero, la explicación fué la siguiente: Desde hacía algún tiempo, los alemanes venían utilizando bombas planeadoras contra nuestra Marina. Estas bombas eran lanzadas desde aviones y guiadas por radio hasta los objetivos. Se decidió entonces ver si al cohete se le podría guiar de la misma manera, y se llamó a un operador experto situándole en buena posición para que pudiera observar el proyectil desde el comienzo de su vuelo. Los experimentadores de Peenemünde ya estaban acostumbrados a ver elevarse un cohete, y no se les había ocurrido que a un experto en bombas planeadoras pudiera sorprenderle el espectáculo. Pues bien, sí se sorprendió, y se sorprendió tanto, que se olvidó de desempeñar su papel en la escena. En medio de su asombro, empujó la palanca de control demasiado hacia la izquierda y allí la mantuvo. El cohete continuó girando obedientemente hacia la izquierda, y cuando al operador se le pasó el asombro, el arma estaba ya demasiado lejos de su alcance y se dirigía hacia Suecia. Allí cayó, y pronto tuvimos noticias de ella. Tras algunas negociaciones, los restos fueron traídos a Farnborough, donde nuestros expertos estudiaron con gran éxito lo que quedaba.

Antes de que terminara el mes de agosto, ya sabíamos exactamente lo que se nos venía encima. Esto queda demostrado por las siguientes tablas, en las que se comparan las cifras dadas en un informe de nuestro Servicio de Información Científica, fechado el 26 de agosto, con las cifras descubiertas después de la guerra en los archivos alemanes.

	Cálculo británico el 26 de agosto 1944	*Cifras alemanas*
Peso total	11 ½ toneladas Probablemente 12 – 13	12,65 toneladas
Peso de la carga explosiva . .	1 tonelada	1 tonelada (Algunas 0,97 toneladas)
Alcance	200 - 210 millas	207 millas.

RESERVAS TOTALES Y PRODUCCION MENSUAL

	Cálculo británico el 26 de agosto 1944	*Cifras alemanas*
Reservas totales	Quizá 2.000. .	1.800
Producción mensual	Unas 500 . .	300 en mayo 1944 Producción media desde septiembre 1944 hasta marzo 1945: 618

El cohete era en sí una impresionante conquista técnica. Su propulsión era lograda por una reacción producida por la combustión de alcohol y oxígeno líquido, casi cuatro toneladas del primero y cinco del segundo, que se consumían en aproximadamente un minuto. Para impulsar estos combustibles hacia la cámara del reactor a la velocidad necesaria, hacía falta una bomba especial de casi mil caballos de potencia. La bomba, a su vez, iba movida por una turbina impulsada por peróxido de hidrógeno. El cohete era controlado por giróscopos o radioseñales que actuaban sobre grandes aletas de grafito situadas detrás del reactor, que desviaban los gases de salida y guiaban de este modo al cohete. Este se elevaba primero verticalmente durante unas seis millas, pasadas las cuales los mandos automáticos le obligaban a inclinar la cabeza para continuar ascendiendo con velocidad creciente, a un ángulo de unos 45 grados. Cuando la velocidad era suficiente para el alcance deseado, otro juego de mandos cortaba el paso del combustible al reactor y el proyectil trazaba entonces una gigantesca parábola, alcanzando una altura de unas cincuenta millas y cayendo a un punto alejado unas doscientas millas del lugar de lanzamiento. Su velocidad máxima era de unas cuatro mil millas por hora y todo el recorrido no duraba más que unos tres o cuatro minutos.

* * * * *

Hacia fines de agosto parecía que nuestro ejército podría expulsar al enemigo de todos los territorios situados en un radio de

doscientas millas, tomando como centro Londres, pero el enemigo logró conservar Walcheren y La Haya. El 8 de septiembre, una semana después de haber terminado el bombardeo principal de las «V-1», los alemanes lanzaron sus dos primeros cohetes contra Londres (1). El primer «V-2» cayó en Chiswick, a las 6 horas 43 minutos de la tarde. El otro cayó en Epping 16 segundos más tarde. Durante los siete meses que transcurrieron hasta que nuestros ejércitos pudieron liberar La Haya, se dispararon 1.300 cohetes contra Inglaterra (2). La Haya fué el punto desde donde partió la mayoría. Muchos se quedaron a mitad de camino, pero 500 cayeron en Londres. El total de bajas causadas por la «V-2» entre la población civil de Inglaterra fué de 2.724 muertos y 6.467 heridos graves. Por término medio, cada cohete vino a causar el doble de bajas que la bomba volante. Aunque las cargas explosivas tenían aproximadamente el mismo tamaño, el estridente ruido de la bomba volante prevenía a los habitantes, dándoles tiempo para que se refugiaran. En cambio, el cohete se acercaba en silencio.

Se probaron muchas contramedidas y se estudiaron muchas más. Pero lo que más sirvió para aliviar este ataque fué la incursión efectuada sobre Peenemünde hacía ya más de un año. Si no hubiera sido por ella, el ataque de las «V-2» hubiera comenzado por lo menos tan pronto como el de las «V-1», y, además, hubiera sido hecho desde distancias más cortas, y, por lo tanto, más preciso. El ataque hubiera comenzado en junio en vez de empezar en septiembre. La fuerza aérea de los Estados Unidos continuó bombardeando Peenemünde durante julio y agosto, y tanto ellos como el mando de los bombarderos, atacaron las fábricas que hacían las piezas de los cohetes. Gracias a nuestros ejércitos, los alemanes fueron rechazados hasta el límite de alcance de las «V-2» antes de que estuvieran en condiciones de utilizarlas. Nuestros cazas y nuestros bombarderos tácticos hostilizaron continuamente los puestos de

(1) El primer cohete de largo alcance que fué disparado con éxito en la guerra, había sido lanzado unos días antes contra París, pero, como se vió más tarde, apenas tuvo consecuencias.

(2) Los documentos alemanes muestran que de 1.359 intentos, 1.190 cohetes fueron lanzados con éxito contra Londres.

lanzamiento instalados cerca de La Haya. Se adoptaron las medidas necesarias para interferir y machacar las señales de radio, para el caso de que los alemanes se decidieran a controlar el vuelo de sus cohetes por medio de ondas hertzianas, e incluso estudiamos la posibilidad de intentar derribar los cohetes en el aire cuando caían, mediante fuego artillero.

Nuestros esfuerzos redujeron el ataque a cuatrocientos o quinientos cohetes por mes, divididos entre Londres y el Continente. La idea original alemana era enviar novecientos mensuales. Vemos así que, aunque poco podíamos hacer contra el cohete una vez éste era disparado, logramos retardar y reducir mucho el volumen y peso del ataque. Unos doscientos cohetes mensuales fueron lanzados contra Londres, la mayoría de los restantes contra Amberes y unos pocos contra otros objetivos del Continente. El enemigo no hizo mención de sus nuevos proyectiles hasta el 8 de noviembre, y yo no creí necesario hacer una declaración pública hasta el día 10 de noviembre. Pude entonces asegurar en la Cámara de los Comunes que ni la amplitud ni los efectos del ataque habían sido graves hasta aquel momento. Afortunadamente esto siguió siendo así durante los restantes meses de la guerra.

A pesar de los grandes adelantos técnicos logrados por los alemanes, Speer, el competentísimo ministro alemán de Armamento, lamentó el esfuerzo que había sido preciso consagrar a la fabricación de los cohetes. Afirmó que cada uno de ellos requería el mismo tiempo que hacía falta para construir seis o siete aviones de caza que hubieran sido mucho más útiles, y que el hacer un solo cohete costaba el precio de veinte bombas volantes. Esta información, obtenida después de la guerra, confirma los puntos de vista de lord Cherwell, tan a menudo expuestos por él antes del acontecimiento.

Fué una gran suerte que los alemanes derrocharan tanto esfuerzo en los cohetes en vez de dedicarlos a la fabricación de bombarderos. Incluso nuestros «Mosquitos», cada uno de los cuales probablemente costaba lo mismo que una «V-2», dejaron caer una media de ciento veinticinco toneladas de bombas por avión, dentro de un radio de una milla del objetivo, mientras que los cohetes de-

jaban caer tan sólo una tonelada, con un promedio de error de quince millas.

* * * * *

Hitler había confiado en disponer de una tercera arma «V». Se trataba de una batería de largo alcance, de múltiples cañones, que estaría encajada en el suelo, cerca del pueblo de Mimoyecques, en el Paso de Calais. Cada uno de los quince cañones, sin estrías, tendría una longitud de unos 400 pies (122 metros) y dispararía un proyectil de unas 6 pulgadas (152 mm.) de calibre, cuya trayectoria sería estabilizada, no por un movimiento de rotación, sino por unas aletas similares a las de un dardo. A intervalos frecuentes y a lo largo del proyectil, irían situadas, dentro de otros tubos laterales, una serie de cargas de explosivos cuya toma de fuego se produciría sucesivamente a medida que el proyectil aceleraría su velocidad. La carga tendría que surgir de la boca de la pieza con una velocidad inicial, por lo menos, de cinco mil pies (1.524 metros) por segundo. Con la multiplicidad de tubos, los creadores del arma confiaban poder disparar un proyectil sobre Londres cada dos o tres minutos. Esta vez, sin embargo, las esperanzas de Hitler se vieron totalmente frustradas. Todos los proyectiles que se ensayaron «cabeceaban» durante su trayectoria, y el alcance y la precisión eran, por tanto, muy escasos. El 4 de mayo de 1944 se reunieron en Berlín un centenar de hombres de ciencia, técnicos en balística y oficiales auxiliares, y llegaron a la desagradable conclusión de que habría que decir a Hitler que el proyecto había fracasado. Esto no lo supimos nosotros hasta más tarde, pero, como medida de precaución, nuestros bombarderos machacaron repetidas veces las construcciones de hormigón de Mimoyecques, en cuya reparación cinco mil obreros trabajaban activamente.

* * * * *

Aunque he reseñado la campaña de «represalia» de Hitler contra Inglaterra, no debemos olvidar que Bélgica sufrió con igual

intensidad cuando los alemanes intentaron utilizar estas mismas armas vengativas contra sus ciudades liberadas. Como es natural, no permitimos que el ataque alemán se produjera sin darle una respuesta. El bombardeo a que sometimos los centros de producción alemanes y otros objetivos, afortunadamente redujo tanto la escala de su ataque contra Bélgica, como la de su ataque contra nosotros. Pero no fué fácil volver a desplegar, en territorios recién conquistados, nuestras defensas de cazas y artillería, con toda la complicada dirección que acarreaban consigo. Los documentos alemanes prueban que, al terminar la guerra, Amberes había sido el objetivo de 8.696 bombas volantes y de 1.610 cohetes. De este total, 5.960 cayeron dentro de un radio de 8 millas del centro de la ciudad, matando a 3.470 ciudadanos belgas y 682 soldados y oficiales de las fuerzas aliadas. Contra Lieja se dispararon 3.141 bombas volantes, y contra Bruselas, 151 cohetes. El pueblo belga soportó este inútil bombardeo con una moral similar a la nuestra.

* * * * *

Las armas «V» alemanas, aunque en este caso no tuvieron éxito, nos impresionaron por las posibilidades que revelaban estos nuevos métodos. En un informe presentado al Gabinete, Duncan Sandys subrayaba la decisiva importancia que los proyectiles dirigidos podrían tener en las guerras futuras, así como la necesidad de dedicar grandes recursos a su desarrollo. El extracto que se da a continuación es bastante significativo:

> El advenimiento de proyectiles de largo alcance, controlados por radio y movidos a reacción, ha abierto amplias y nuevas posibilidades en la ejecución de las operaciones militares. En el futuro, la superioridad artillera en cohetes de gran alcance podrá muy bien ser tan importante como la superioridad naval o aérea. Habrá que mantener, como parte permanente de nuestra organización militar de tiempo de paz, un personal de alta categoría científica, junto a un personal de ingenieros, para que trabajen con amplias facilidades en la investigación.

Entonces comenzamos a diseñar nuestros propios proyectiles

dirigidos, y al terminar la guerra ya habíamos fundado una organización permanente con este objeto.

* * * * *

Esta es la historia de las nuevas armas en las que Hitler había basado sus obstinadas esperanzas durante muchos meses, y de su fracaso debido a la previsión del Gobierno británico, la pericia de sus fuerzas armadas y la fortaleza de ánimo del pueblo, que con su actitud, por segunda vez en esta guerra, dió a las palabras «Gran Londres», un significado del cual puede sentirse orgulloso.

Capítulo IV

¿ATAQUE AL SUR DE FRANCIA?

Las decisiones estratégicas de la Conferencia de Teherán. — El plan de desembarco en el sur de Francia. — Retraso de la conquista de Roma. — Visita del general Marshall a Inglaterra y el Mediterráneo. — La necesidad de «Overlord» de contar con más puertos en el Sur o en el Oeste. — Telegrama de Smuts, 23 de junio. — Opuestos puntos de vista de los jefes de Estado Mayor americano y británico. — Correspondencia con el presidente Roosevelt. — El general Wilson recibe la orden de atacar la Riviera francesa. — Mi plan para un desembarco en la costa atlántica. — Una visita a Eisenhower y una conferencia en Portsmouth, agosto, 7. — Telegrama adverso de Roosevelt.

LA liberación de Normandía fué el acontecimiento supremo de la campaña europea de 1944, pero no fué más que uno de los varios golpes concéntricos infligidos a la Alemania nazi. Por el Este, los rusos estaban invadiendo Polonia y los Balcanes, y en el Sur los ejércitos de Alexander presionaban en Italia hacia el río Po. Ahora había que tomar una decisión sobre cuál debía ser nuestro paso siguiente en el Mediterráneo. He de decir con pesar que esta decisión ocasionó las primeras divergencias estratégicas de importancia entre nosotros y nuestros amigos los americanos.

El plan que debía llevarnos a una victoria definitiva en Europa había sido trazado, tras prolongadas conversaciones, en la Conferencia de Teherán, en noviembre de 1943. Las decisiones adoptadas allí todavía regían nuestros planes. Será conveniente recordarlas ahora. En primer lugar, y sobre todo, habíamos prometido llevar a cabo la operación «Overlord». Esta era la operación suprema, y nadie discutió que llevarla a cabo fuera nuestro primer deber. Pero todavía teníamos poderosas fuerzas en el Mediterráneo y quedaba sin resolver el interrogante de lo que debían hacer. Se decidió que tomaran Roma, cuyos aeródromos eran necesarios para bombardear el sur de Alemania, y hecho esto proyectamos el avance por la península hasta la línea Pisa-Rímini, para contener allí el mayor número posible de divisiones enemigas. Sin embargo, esto no era todo. También acordamos llevar a cabo una tercera operación: un desembarco anfibio en el sur de Francia, y sobre este punto fué donde surgió la controversia. Al principio se pensó en ello como una finta o amenaza para mantener a las tropas alemanas en la Riviera y evitar que se incorporaran a la batalla de Normandía, pero en El Cairo los americanos habían insistido en llevar

a cabo un ataque real con diez divisiones, y Stalin les había apoyado en Teherán. Yo acepté el cambio de planes, con objeto, en gran parte, de evitar inoportunas desviaciones hacia Birmania, aunque pensaba en otros medios de conseguir triunfos en Italia. El proyecto recibió el nombre clave de operación «Yunque».

Una cosa estaba clara: era inútil desembarcar en el sur de Francia si no lo hacíamos en el momento oportuno. La nueva amenaza de un ataque bastaría para mantener las tropas alemanas en la región. Una invasión auténtica podría inducir al enemigo a reforzarlas, pero una vez iniciada la batalla de Normandía, el valor de la operación «Yunque» era mucho menor, porque no era probable que Hitler retirase tropas de la lucha principal que tenía lugar en el Norte sólo por no perder su dominio sobre la Provenza. Si nos dedicábamos a invadir la Riviera, deberíamos hacerlo al mismo tiempo o un poco antes de desembarcar en Normandía, y así pensábamos efectuarlo cuando trazamos nuestros planes en Teherán.

La utilidad de la operación «Yunque» estaba también sujeta a otra segunda condición. Muchas de las fuerzas necesarias para la operación — es decir, para una invasión en gran escala y no para una simple finta o amenaza — tendrían que salir de nuestros ejércitos de Italia. Pero estas tropas tendrían que cumplir primero la ardua e importante misión de capturar Roma y los aeropuertos. Hasta que esto fuera realizado, en poco podrían reducirse las fuerzas de Alexander. Roma tenía que caer antes de que la operación «Yunque» pudiera ser iniciada.

Todo apuntaba a la conquista de Roma. Si podíamos tomarla pronto, todo iría bien. Entonces se podrían retirar tropas del frente italiano y la operación «Yunque» se llevaría a cabo a tiempo. De lo contrario, bastaría un desembarco reducido. Si desembarcábamos en grande, pero después de haber iniciado la operación «Overlord», nuestras fuerzas tendrían que recorrer mucho camino hasta alcanzar los ejércitos de Eisenhower, y para entonces habría terminado la lucha en las playas. Así, pues, llegarían demasiado tarde para servir de ayuda. Esto es lo que de hecho sucedió y que ya parecía probable que sucediera a principios de 1944.

En Teherán habíamos esperado llegar a Roma al comienzo de

la primavera, pero en la práctica esto resultó imposible. La importante operación de Anzio, efectuada para acelerar la captura de Roma, había atraído ocho o diez divisiones alemanas alejándolas del escenario italiano. Esta cantidad era mayor que la que esperábamos atraer a la Riviera mediante la operación «Yunque». Anzio anuló la necesidad de «Yunque», ya que logró el objetivo buscado; pero, a pesar de ello, el proyecto de la Riviera prosiguió como si nada hubiera ocurrido.

Aparte de la operación «Yunque», que quedaba pendiente de una manera algo vaga para el futuro, algunas de las mejores divisiones de los ejércitos en Italia habían sido, con gran razón, asignadas a la operación principal «Overlord» y habían zarpado para Inglaterra antes de terminar el año 1943. De esta forma Alexander había quedado debilitado y Kesselring fortalecido. Los alemanes habían enviado refuerzos a Italia, habían detenido el ataque de Anzio y habían impedido a las fuerzas aliadas entrar en Roma hasta la víspera del Día D. Claro está que la dura lucha había absorbido importantes reservas enemigas que, de lo contrario, hubieran ido a Francia y ayudado, por otro lado, a la operación «Overlord» en sus críticas primeras fases. Pero a pesar de ello nuestro avance en el Mediterráneo se había visto gravemente alterado. Los buques de desembarco eran otro obstáculo. Muchos de ellos habían sido enviados a la operación «Overlord». La operación «Yunque» no podía ser llevada a cabo hasta que estuvieran de regreso, lo que dependía del desarrollo de los acontecimientos en Normandía. Estos hechos habían sido previstos hacía tiempo, y ya el 21 de marzo el general Maitland-Wilson, comandante en jefe del Mediterráneo, informó que la operación «Yunque» no podría iniciarse hasta últimos de julio. Después la retrasó hasta mediados de agosto y declaró que la mejor manera de ayudar la operación «Overlord» era abandonar los planes de ataque a la Riviera y concentrar el esfuerzo sobre Italia.

Cuando Roma cayó, el 4 de junio, volvió a surgir el problema. ¿Seguíamos con «Yunque» o trazábamos otro plan?

Naturalmente, el general Eisenhower quería a toda costa reforzar su ataque en el noroeste de Europa. Las posibilidades estra-

tégicas del norte de Italia no le atraían, pero consintió en devolver las lanchas de desembarco lo antes posible, si esto podía contribuir a precipitar la operación «Yunque». Los jefes de Estador Mayor americano estaban de acuerdo con Eisenhower, ateniéndose rígidamente a la teoría de concentración de esfuerzos sobre el punto decisivo, que, a su juicio, no era otro que el noroeste de Europa. Su opinión estaba apoyada por el Presidente, que no olvidaba los acuerdos a que había llegado con Stalin unos meses antes en Teherán. Sin embargo, todo lo cambió el retraso sufrido en Italia.

* * * * *

Poco después del Día D, el general Marshall vino a Inglaterra y me expuso su preocupación por otro problema. En los Estados Unidos se estaban acumulando enormes fuerzas, que deberían unirse a la lucha lo antes posible. Esto podían hacerlo, o bien embarcando directamente para Francia, o atravesando el Reino Unido. Se habían tomado medidas en este sentido, pero la afluencia de tropas prometió ser tan grande que Marshall dudaba que nuestros puertos fueran suficientes. En aquellos momentos no teníamos más que unos cuantos puertos a lo largo de la costa francesa del Canal, y aunque Eisenhower se proponía tomar Brest y otros puntos de desembarco en el golfo de Vizcaya que podían caer en nuestras manos si las cosas iban bien, no podíamos estar seguros de conquistarlos, y menos aún de limpiarlos de minas con tiempo suficiente. Y, sin embargo, reforzar aquellas tropas amplia y rápidamente era vital para el éxito de la operación «Overlord». La solución que propuso el general Marshall fué tomar bases nuevas en el oeste o en el sur de Francia, con preferencia en el oeste, ya que esta zona se podía alcanzar con más rapidez desde América.

Yo me daba perfecta cuenta de todo esto, y ya se me había ocurrido, hacía tiempo, efectuar un desembarco aéreo en el golfo de Vizcaya desde el norte de Africa, aunque no pudiera hacerse antes de fines de julio o principios de agosto. Pero experimentaba idénticos deseos de no entorpecer el avance de Alexander en Italia. Opinaba que debían dejarse abiertas todas las posibilidades y que

los preparativos debían hacerse en la dirección que fuera más conveniente.

El 14 de junio, el Estado Mayor combinado decidió preparar una operación anfibia en el Mediterráneo, que podría tener lugar en el sur de Francia, o en el golfo de Vizcaya, o en la parte superior del Adriático. Su punto de destino quedaría sin decidir por el momento. Tres días más tarde el general Marshall visitó el Mediterráneo para conferenciar con los comandantes. El general Wilson se interesó profundamente por la necesidad que tenían las fuerzas que tomaban parte en la operación «Overlord» de tomar más puertos, necesidad de la que se enteraba entonces, pero aquello no modificó su punto de vista contrario a la operación «Yunque». El 19 de junio dijo a los jefes del Estado Mayor combinado que seguía pensando que la mejor contribución que él podría prestar al objetivo común era seguir hacia adelante con todas sus fuerzas y entrar en el valle del Po. Después, con la ayuda de una operación anfibia contra la península de Istria, situada en la parte alta del apéndice adriático, dominada por Trieste y al sur de ésta, había excelentes probabilidades de avanzar a través de la brecha de Liubliana, entrar en Austria y Hungría y atacar al corazón de Alemania desde otro punto. Alexander estaba de acuerdo con esta teoría.

Smuts, que se hallaba entonces en Italia, me cablegrafió.

El mariscal de campo Smuts al Primer Ministro. 23-VI-44.

He hablado con Wilson y con Alexander del futuro empleo de las fuerzas de este último, y aquí le resumo los resultados para su información. Ninguno de ellos es partidario de los actuales planes sobre la operación «Yunque», puesto que es dudoso que el resultado sirva de ayuda a Eisenhower, y de todas formas significaría una gran pérdida de tiempo en un momento en que este factor tanta importancia tiene para nosotros. Los triunfos ya obtenidos por Alexander y la elevada moral actual de sus tropas, abogan contra cualquier división de sus fuerzas que pudiera interrumpir su victorioso avance. Con los refuerzos que está esperando, Eisenhower podrá, no sólo mantenerse y extender su flanco derecho hasta el Loira, sino avanzar hacia el Este hasta París o más allá. La extensión de su flanco izquierdo es cuestión que ha de ser estudiada y considerada por el Estado Mayor, pero esto no debería retrasar una de-

cisión en la cuestión del cambio de frente, cuestión que es de la máxima urgencia e importancia.

En cuanto a los planes para el avance de Alexander, él y Wilson están de acuerdo en que no habrá dificultades para abrirse paso hasta el Po y después efectuar una conversión de frente en dirección Este hacia Istria y Liubliana y de allí pasar a Austria. Alexander es partidario de un avance por mar y por tierra, mientras que Wilson aboga por un avance por mar y cree que tres divisiones transportadas por mar, junto con una o dos divisiones aerotransportadas, bastarían para hacer posible la captura de Trieste a primeros de septiembre. Desde allí el avance se reanudaría hacia el Este, reuniendo el apoyo de los partisanos y obligando quizá al enemigo a retirarse de los Balcanes. La cooperación entre nuestro avance y el ruso hacia Austria y Alemania, constituiría una amenaza tan seria para el enemigo como la de Eisenhower lo sería por el Oeste. Es probable que los tres avances combinados dieran como resultado un pronto derrumbamiento total del enemigo.

Alexander, que acaba de celebrar una reunión con sus mandos, ha enviado por separado su opinión al C. I. G. S. Sólo quiero añadir que las opiniones de dos jefes tan competentes y experimentados como Wilson y Alexander son para mí de gran peso y no deberían ser dadas de lado por el Estado Mayor combinado, los proyectos del cual en ningún caso excluyen la alternativa que ambos plantean. Los dos me han insistido en la urgencia de llegar a una decisión, por muchos motivos, a ser posible antes de que termine la semana próxima.

* * * * *

El 23 de junio el general Eisenhower recomendó al Estado Mayor combinado que se concentraran nuestras fuerzas para apoyar directamente la decisiva batalla de Normandía. Admitió que un avance por la brecha de Liubliana podría contener a las tropas alemanas, pero dijo que no les haría retirar de Francia ninguna de sus divisiones. En cuanto a un descenso sobre el golfo de Vizcaya, reconoció que Burdeos estaba más cerca de Nueva York que Marsella, pero mantuvo que ésta podría capturarse antes con las fuerzas que estaban ya en el Mediterráneo, lo que les brindaría una ruta directa hacia el norte para unirse a la batalla del Ruhr. Por lo tanto, dijo que la operación «Yunque» debía llevarse a cabo a expensas, naturalmente, de nuestros ejércitos de Italia, puesto que, «a mi juicio, los recursos de la Gran Bretaña y los Estados Unidos

no nos permitirán mantener en la guerra de Europa dos grandes teatros de operaciones, cada uno de ellos con misiones decisivas.»

Naturalmente, todos estábamos de acuerdo en que debía darse preferencia a la operación «Overlord». Lo importante ahora era dilucidar de qué modo los ejércitos que se hallaban en el teatro secundario, Italia, podían cooperar mejor a la derrota de Alemania. Los jefes de Estado Mayor americanos apoyaron a Eisenhower, manifestándose en contra de lo que llamaron «comprometer los recursos del Mediterráneo en una operación en gran escala en el norte de Italia para pasar a los Balcanes». Nuestros jefes de Estado Mayor eran de distinta opinión. El 26 de junio declararon que las fuerzas aliadas del Mediterráneo ayudarían mejor la operación «Overlord» destruyendo a los alemanes que se enfrentaran a ellos. Para iniciar la operación «Yunque» el 15 de agosto, habría que comenzar inmediatamente a retirar fuerzas del frente italiano, y antes de desembarcar en la Riviera preferían mandar las tropas directamente a Eisenhower por vía marítima. Con extraordinaria clarividencia declararon: «Creemos que para montar la operación «Yunque» con la amplitud suficiente para asegurar el éxito, las fuerzas del general Alexander quedarían reducidas de tal forma que sus actividades futuras se verían limitadas a operaciones de escasa trascendencia».

Insistían en la necesidad de que Alexander desarrollara su ofensiva en Italia a fin de dar la batalla y destruir a todas las fuerzas alemanas que se le opusieran; en que el general Wilson hiciera todo lo posible por acentuar *la amenaza de un asalto* (1) en el sur de Francia, y en que Wilson enviara a Eisenhower una o más divisiones americanas o todas las divisiones francesas que pudiera recibir y permitieran nuestros medios de embarque.

Esta división de opiniones, mantenida honradamente y calurosamente debatida por ambas partes, sólo podía resolverse, si es que tenía solución, entre el Presidente y yo. Por lo tanto, tuvo lugar entonces un intercambio de telegramas (2).

(1) Cursiva del autor.

(2) El texto íntegro de los documentos más importantes puede verse en el apéndice D.

«El punto muerto», decía yo el 28 de junio, «en que se hallan las deliberaciones de nuestros jefes de Estado Mayor, plantea situaciones sumamente graves. Nuestro máximo deseo es ayudar al general Eisenhower de la forma más rápida y eficaz, pero no creemos que esto signifique necesariamente la ruina de todos nuestros grandes asuntos en el Mediterráneo, y resulta muy duro para nosotros que se nos pida hacer tal cosa... Le ruego encarecidamente que examine usted por sí mismo este asunto al detalle... Recuerde cómo me habló usted de Istria en Teherán, y cómo expuse yo el tema con todo detalle en la Conferencia. Esto ha quedado profundamente impreso en mi memoria, aunque no es, en modo alguno, el punto inmediato que hemos de resolver.»

Más tarde, resumí mis conclusiones a míster Roosevelt.

a) Debemos reforzar «Overlord» directamente con la mayor cantidad posible de desembarcos por el Oeste.

b) Debemos hacer justicia a las grandes oportunidades que se ofrecen a los jefes del Mediterráneo, y contentarnos con amenazas y diversiones de menor importancia para contener al enemigo en los alrededores del golfo de Lyon.

c) Debemos dejar al general Eisenhower todos los buques de desembarco mientras tenga necesidad de ellos, para aumentar así su capacidad de desembarco.

d) Debemos aumentar al máximo posible la capacidad de los puertos en la zona de batalla de «Overlord».

e) Debemos decidirnos a no detener una gran campaña en beneficio de otra. Ambas pueden tener éxito.

La contestación del Presidente fué rápida y desfavorable. Estaba decidido a llevar a cabo lo que llamaba «la gran estrategia» de Teherán, es decir, obtener el máximo rendimiento de la acción «Overlord», llevar a cabo «victoriosos avances en Italia» y desembarcar en seguida en el sur de Francia. Los objetivos políticos podían ser importantes, pero las operaciones militares, si se quería realizarlas con éxito, tendrían que quedar subordinadas a un golpe dado al corazón de Alemania por medio de una campaña en Europa. El mismo Stalin había sido partidario de la operación «Yunque» y había calificado las demás operaciones del Mediterráneo

como de menor importancia, y Roosevelt declaró que no podría abandonarla sin ser consultado. El Presidente continuaba diciendo:

> Mi interés y mis esperanzas se centran en derrotar a los alemanes que se hallan frente a Eisenhower y en proseguir hasta Alemania, *con preferencia a limitar esta acción para dar un gran golpe en Italia* (1). Estoy convencido de que tendremos fuerzas suficientes en Italia, después de retirar las de la operación «Yunque», para arrojar a Kesselring hacia el norte de la línea Pisa-Rímini y mantener una fuerte presión contra su ejército, o al menos, la presión necesaria para contener a sus actuales fuerzas. No puedo concebir que los alemanes estén en condiciones de enviar diez divisiones más, como calcula el general Wilson, para mantenernos fuera del norte de Italia.
>
> Nosotros podemos — y así lo confirma Wilson — retirar inmediatamente cinco divisiones (tres americanas y dos francesas) de Italia para la operación «Yunque». *Las veintiuna divisiones restantes, más numerosas brigadas independientes, darán, sin duda alguna, a Alexander la necesaria superioridad terrestre* (2).

Míster Roosevelt sostenía que un desembarco en el golfo de Vizcaya significaría un despilfarro inútil de barcos. Si Eisenhower necesitaba más tropas, en los Estados Unidos las había preparadas y no tenía más que pedirlas. Pero lo que reveló tanto la rigidez de los planes militares americanos como su desconfianza personal respecto a lo que llamó «campaña de los Balcanes», fueron sus objeciones a un desembarco en la península de Istria y a un avance sobre Viena por la brecha de Liubliana. Dijo que tanto Alexander como Smuts, «por varias razones muy humanas y naturales», parecían inclinados a olvidar dos consideraciones muy importantes. En primer lugar, la operación obstaculizaba «la gran estrategia», y, en segundo, se necesitaría demasiado tiempo, y probablemente no podríamos emplear más de seis divisiones. «No puedo acceder al empleo de tropas norteamericanas contra Istria *y en los Balcanes*», me escribió, «ni creo que los franceses accedan tampoco a que sus tropas se utilicen para eso... Por consideraciones políticas, yo no podría sobrevivir al más pequeño revés en «Overlord», *si se llegara*

(1) Cursiva del autor.
(2) Id., íd.

a saber que unos contingentes de fuerza relativamente importantes habían sido sacados de allí para ser enviados a los Balcanes (1).»

Ninguno de los que habíamos intervenido en estas discusiones habíamos pensado jamás en trasladar ejércitos *a los Balcanes*; pero Istria y Trieste constituían posiciones estratégicas y políticas que, como él veía muy claramente, podían provocar una profunda y amplia reacción, especialmente después de haber tenido lugar los avances rusos.

En un momento determinado, el Presidente sugirió que sometiéramos nuestros respectivos puntos de vista a la consideración de Stalin. Yo dije que ignoraba lo que él contestaría si fuera llamado a decidir. En el aspecto militar, posiblemente le interesaría mucho el movimiento hacia el este del ejército de Alexander que, sin penetrar en los Balcanes, afectaría profundamente a todas las fuerzas que estuvieran allí y que, en conjunción con los ataques que él pudiera efectuar contra Rumania o, con Rumania, contra la Transilvania, podría obtener resultados más ambiciosos. Desde un punto de vista político de largo alcance, tal vez preferiría que los ingleses y los americanos se limitaran a luchar en Francia en las duras batallas que habían de sobrevenir, de modo que el este, el centro y el sur de Europa quedaran bajo su control. Pero yo creía que era preferible solucionar el asunto entre nosotros y para nosotros. Estaba seguro de que si hubiéramos podido reunirnos, como yo había propuesto tantas veces, hubiéramos llegado a un acuerdo satisfactorio.

El 2 de julio, el Presidente declaró que tanto él como sus jefes de Estado Mayor seguían convencidos de que la operación «Yunque» debería efectuarse a la mayor brevedad posible, y nos pedía que diéramos las órdenes al respecto al general Wilson. Dijo que en Teherán sólo había previsto una serie de violentas incursiones en Istria si los alemanes iniciaban una retirada general en Grecia y en el Dodecaneso. Pero esto no había ocurrido todavía.

«Por lo tanto», concluía, «la lógica de no trasladar nuestro prin-

(1) El texto completo del cablegrama del Presidente figura en el apéndice D.

cipal esfuerzo a un nuevo teatro, me induce a mostrarme de acuerdo con mis jefes de Estado Mayor».

«Creo sinceramente que Dios nos acompañará en esta empresa, como lo ha hecho en la operación «Overlord», en Italia y en el norte de Africa. Siempre recuerdo mis primeras lecciones de geometría: «La línea recta es la distancia más corta entre dos puntos».

Me resigné por el momento, y aquel mismo día el general Wilson recibió la orden de atacar el sur de Francia el 15 de agosto. Inmediatamente comenzaron los preparativos, pero el lector debe tener en cuenta que desde entonces la operación «Yunque» se llamó «Dragón». Este cambio se efectuó en previsión de que el enemigo se hubiera enterado del significado del nombre convencional que originalmente habíamos dado a la tan debatida operación.

* * * * *

Sin embargo, a primeros de agosto se habían producido grandes cambios en el campo de batalla de Normandía y se avecinaban importantes acontecimientos. El día 4 planteé al Presidente la posibilidad de desviar hacia el oeste la operación «Dragón».

El Primer Ministro al presidente Roosevelt. 4-VIII-44.

El curso de los acontecimientos en Normandía y Bretaña, y principalmente las brillantes operaciones efectuadas por el Ejército norteamericano, constituyen buenas razones para creer que toda la península de Bretaña estará dentro de poco tiempo en nuestras manos. Le ruego que considere la posibilidad de desviar «Dragón» al teatro principal, donde puede desempeñar inmediatamente su papel en el mismo terreno de la grande y victoriosa batalla en que actualmente nos hallamos comprometidos.

2. No puedo pretender haber resuelto los detalles, pero la opinión general es aquí que éstos tienen solución. En vez de tener que forzar un desembarco contra fuertes defensas enemigas, podríamos encontrar fácilmente tropas americanas que nos darían la bienvenida en uno u otro punto desde St. Nazaire en dirección noroeste a lo largo de la península de Bretaña. Creo que podemos utilizar la extraordinaria flexibilidad de nuestras fuerzas aéreas y marítimas para trasladarnos a la escena de más movimiento. La llegada de diez divisiones asignadas a «Dragón»

con sus L. S. T. (1) puede lograrse rápidamente, y si así se efectuara, podría ser decisivo para el avance victorioso de Eisenhower por la ruta más corta a través de Francia.

3. Le ruego encarecidamente dé instrucciones a sus jefes de Estado Mayor para que estudien esta propuesta, igual que aquí ya lo está haciendo nuestro personal.

Yo tenía la esperanza de que Hopkins pudiera ayudarme.

El Primer Ministro a míster Harry Hopkins. 6-VIII-44.

Me aflige descubrir que ni siquiera nuestras espléndidas victorias y las crecientes oportunidades nos hacen coincidir en materia de estrategia. Las brillantes operaciones del Ejército americano no sólo han incomunicado la península de Brest, sino que, a mi juicio, han desmoralizado grandemente a los dispersos alemanes que quedan allí. Es posible que St. Nazaire y Nantes, uno de sus principales puertos de desembarco en la última guerra, caigan en cualquier momento en nuestras manos. La bahía de Quiberon, Lorient y Brest también caerán pronto en nuestro poder. Creo que las tropas alemanas situadas en la costa atlántica, al sur de la península de Cherbourg, se hallan en un estado de plena debilidad y desorganización y que Burdeos podrá ser tomado fácilmente, muy pronto y con poco sacrificio. La posesión de estos puertos atlánticos, junto con los que ya tenemos, nos abrirá el camino para el desembarco de los grandes ejércitos de los Estados Unidos que todavía están aguardando esta oportunidad. Además, las diez divisiones que ahora esperan para tomar parte en la operación «Dragón», podrían ser enviadas a St. Nazaire así que estuviera en posesión de los aliados, en este caso, de los americanos. De este modo Eisenhower podría contar inmediatamente con un puerto más de importancia, así como con un nuevo ejército que operaría a su flanco derecho en su avance hacia el Sena.

2. Repito que lo anterior es suplementario a todo lo que ha sido previsto en los planes de transporte desde la Gran Bretaña o los Estados Unidos. En vez de esto vamos a vernos obligados a efectuar un fuerte ataque por mar contra una costa de la Riviera bien fortificada y avanzar hacia el oeste para tomar las dos fortalezas de Tolón y Marsella, abriendo así un nuevo teatro en el que el enemigo será desde el principio mucho más fuerte que nosotros y en el que nuestro avance tendrá lugar a contrapelo de la topografía del terreno, que abunda en formidables defensas naturales, serranías y barrancos.

(1) Barcazas de desembarco.

3. Aun después de conquistar las dos fortalezas de Tolón y Marsella, nos queda un interminable avance por el valle del Ródano, y eso sólo para llegar a Lyon. Esta operación no podrá influir en la batalla de Eisenhower hasta pasados probablemente noventa días después del desembarco (1). Empezamos a quinientas millas de distancia del principal campo de batalla, en vez de empezar casi en él, en St. Nazaire. No hay coordinación posible entre los ejércitos que luchan en las penínsulas de Brest y Cherbourg y las tropas que operan contra Tolón y Marsella. Cuando Marsella haya sido capturada, la distancia hasta allí desde los Estados Unidos durará unos catorce días más que la trayectoria directa a través del Atlántico.

4. Naturalmente, vamos a ganar de todas formas, pero todo lo anterior es un hecho. Cuando la operación «Yunque» fué propuesta en Teherán había de tratarse de un motivo de diversión o de fijación que se efectuaría una semana antes o después del Día D de la operación «Overlord», con la esperanza de atraer unas ocho divisiones alemanas restándolas así de la batalla principal. La decisión de tomar Anzio y el retraso sufrido en Cassino nos obligó a retrasar «Yunque» repetidamente, hasta tal punto que «Dragón» no tiene parecido alguno con la idea original. Sin embargo, un mal dió por resultado un bien, y las operaciones en Italia, al ser proseguidas, atrajeron nada menos que doce divisiones de las reservas alemanas del norte de Italia y de otros puntos, y todas han sido destruídas en gran parte. La coincidencia de que la derrota del ejército de Kesselring y la toma de Roma se produjeran al mismo tiempo que la iniciación de «Overlord», consiguió de un modo más que suficiente todo lo que se esperaba de «Yunque», y todos los que no conozcan la historia verdadera podrían creer que se trataba de un magnífico plan. Con esto quiero decir que el objetivo de «Yunque» ya ha sido logrado.

5. Accediendo a los deseos de los jefes de Estado Mayor norteamericanos, después de hacer constar nuestra protesta y supeditando nuestra opinión, hemos hecho todo cuanto nos ha sido humanamente posible. Incluso hemos facilitado casi la mitad de las fuerzas marítimas que van a emplearse. Si no puede hacerse nada para salvar la situación, ruego a Dios que el punto de vista americano sea el acertado. Pero ahora, de las victorias que se han obtenido en Francia y de las victorias aun más grandes que se esperan, ha surgido una situación completamente nueva. Estas circunstancias me han impulsado a volver a plantear la cuestión, con el apoyo del Estado Mayor británico. Quedan todavía tres o cuatro días para modificar la decisión y enviar a St. Nazaire las fuerzas que ahora están des-

(1) La primera operación importante en que participaron los ejércitos de la operación «Dragón» después de su enlace con las fuerzas del general Eisenhower se produjo en el mes de noviembre.

tinadas a «Dragón». Admito que es poco conveniente hacer a última hora cambios de planes, pero contra esto debe pesar en la balanza lo que a nosotros nos parece una razón de fuerza abrumadora que reforzará la batalla principal, y nos permitirá posiblemente acabar con Hitler este año.

6. Ya sabe usted la gran consideración y respeto que me inspira Marshall, y si se siente con fuerza para mezclarse en estos asuntos me alegraría que le expusiera mis puntos de vista, especialmente mis últimos párrafos, que servirán de respuesta en el caso de que se queje de que después de haber apoyado yo la operación «Yunque» en Teherán me haya vuelto ahora contra ella.

7. Dígame también si mi último discurso les satisfizo desde el punto de vista militar americano, o si hubo algo en él que ustedes hubieran preferido que expusiera de otro modo. Pongo por encima de todo las buenas relaciones entre nuestros ejércitos.

Mis mejores saludos.

Su respuesta estuvo lejos de ser confortadora.

Míster Harry Hopkins al Primer Ministro. 7-VIII-44.

Recibí su telegrama. Aunque todavía no ha habido respuesta del Presidente a un mensaje relativo al mismo asunto, estoy seguro de que su contestación será negativa. A pesar de que no he visto que se haya mezclado en la cuestión ningún análisis logístico, estoy completamente seguro de que el problema del abastecimiento le resultaría a usted insoluble. Ya hay suficientes divisiones para colaborar en el inmediato refuerzo de Eisenhower, que saturarían los puertos hasta el límite. Además, nadie sabe el estado en que se hallarán los puertos de Bretaña. Yo creo que actualmente nuestra situación táctica en «Overlord» es la misma que proyectamos y que supusimos cuando se propuso «Yunque». Cambiar ahora la estrategia constituiría un gran error y creo que retardaría, en vez de anticipar, nuestra segura conquista de Francia. Creo también que el movimiento de «Yunque» hacia el norte será mucho más rápido de lo que usted prevé. No tienen nada con que detenernos. Los franceses se levantarían y «abisiniarían» (1) a gran cantidad de alemanes, incluyendo, así lo espero, a monsieur Laval. Una magnífica victoria nos aguarda.

* * * * *

Aquel día visité a Eisenhower en su Cuartel General cerca de

(1) «Abisiniar». El autor se refiere a la matanza de etíopes que los italianos hicieron en la guerra de Abisinia. — *N. del T.*

Portsmouth y le expuse mis últimas esperanzas de detener la operación «Dragón». Después de un agradable almuerzo, sostuvimos una larga y seria conversación. Acompañaban a Eisenhower, Bedell Smith y el almirante Ramsay. Yo había traído conmigo al Primer Lord del Mar, ya que el movimiento de buques era la clave. En resumen, lo que propuse fué continuar embarcando la expedición «Dragón», pero cuando las tropas estuvieran a bordo de los barcos enviarlas por el estrecho de Gibraltar para que entraran en Francia por Burdeos. El Estado Mayor británico había estudiado a fondo el asunto y la operación se consideraba factible. Enseñé a Eisenhower el telegrama que había enviado al Presidente y del que no había recibido todavía respuesta, y me esforcé por convencerle. El Primer Lord apoyó todos mis puntos de vista. El almirante Ramsay se mostró opuesto a cualquier cambio de planes. Bedell Smith, por el contrario, se declaró a favor de este repentino cambio acerca del punto de ataque, que llevaría consigo todo el elemento sorpresa que puede dar el poderío marítimo. A Eisenhower no le molestó en modo alguno la opinión del jefe de su Estado Mayor, ya que siempre favorecía la libertad de expresión en sus reuniones. De todos modos, lo que finalmente se decidiera sería ejecutado con absoluta lealtad.

Sin embargo, no logré convencerle, y al día siguiente recibí la respuesta del Presidente.

El presidente Roosevelt al Primer Ministro. 8-VIII-44.

He consultado por telégrafo con mis jefes de Estado Mayor, y no puedo acceder a que los recursos destinados a «Dragón» sean enviados a Francia, vía puertos de la costa de Bretaña.

Por el contrario, opino que «Dragón» deberá llevarse a cabo en la fecha más próxima posible como fué planeada, y tengo completa confianza en que será un éxito y una gran ayuda para Eisenhower en la labor de arrojar a los alemanes de Francia.

No podía hacerse ya nada. Merece la pena observar que ya habíamos pasado el día de julio en que, por primera vez en la guerra, los movimientos de los grandes ejércitos americanos en Europa

y su crecimiento en el Lejano Oriente hicieron que el número de sus soldados en combate fuera superior al de los nuestros. La influencia sobre las operaciones aliadas se ve generalmente incrementada por los grandes refuerzos. También ha de recordarse que si se hubieran aceptado los puntos de vista británicos sobre este asunto, los preparativos tácticos pudieran haber causado alguna demora, que, a su vez, hubiera nuevamente repercutido sobre el argumento general.

El presidente Roosevelt al Primer Ministro. 8-VIII-44.

Ruego a Dios que tenga usted razón. Naturalmente, haremos todo cuanto esté en nuestra mano para ayudarles a obtener la victoria.

Capítulo V

CONVULSIONES EN LOS BALCANES

La necesidad de un acuerdo político con Rusia en la Europa central y oriental. — La sugerencia de míster Eden sobre Grecia y Rumania, 18 de mayo. — Mi telegrama del 31 de mayo al Presidente. — Nerviosismo en el Departamento de Estado. — El telegrama de míster Roosevelt del 11 de junio y mi respuesta. — Mi mensaje al Presidente, 23 de junio. — Una discusión entre amigos. — Telegrafío a Stalin hablándole de Turquía, 11 de julio. — Su respuesta evasiva. — La campaña de verano de Rusia. — Los finlandeses piden un armisticio, 25 de agosto. — El avance hacia el Niemen. — Veinticinco divisiones alemanas dejan de existir. — El ejército rojo cruza el Vístula. — Revolución en Rumania.

EL avance de los ejércitos soviéticos hacia la Europa central y oriental durante el verano de 1944, hizo patente la necesidad de llegar a un acuerdo político con los rusos respecto a aquellas regiones. La Europa de la postguerra parecía estar tomando forma. Ya habían comenzado las dificultades en Italia debido a las intrigas rusas. Estábamos tratando de llegar a un resultado justo en los asuntos yugoeslavos mediante negociaciones directas con Tito, pero todavía no se había hecho progreso alguno con Moscú respecto a Polonia, Hungría, Rumania y Bulgaria. El tema había sido examinado en una reunión de la Conferencia Imperial celebrada en Londres durante el mes de mayo, y en aquella ocasión envié la siguiente nota al ministro de Asuntos Exteriores:

4-V-44.

Debe hacerse un informe para el Gabinete, y posiblemente para la Conferencia Imperial, en el que se especifiquen brevemente — esto es fundamental — los puntos de divergencia que existen entre nosotros y el Gobierno soviético a propósito de lo que está sucediendo en Italia, Rumania, Bulgaria, Yugoeslavia y, sobre todo, Grecia. Este informe, a ser posible, no debe pasar de un folio de extensión.

2. No se puede decir que la cuestión de Italia sea difícil, pero, hablando en general, la situación es la siguiente: ¿Vamos a acceder a la comunistización de los Balcanes y quizá de Italia? Míster Curtin me habló de ello esta mañana. Opino que debemos llegar a una conclusión definitiva sobre el asunto y que si nuestra conclusión es que vamos a resistirnos a la invasión e infiltración comunista, hemos de decírselo a ellos claramente en el momento más oportuno que lo permitan los acontecimientos militares. Claro está que tendremos que consultar previamente a los Estados Unidos.

El mismo día, volví sobre el tema:

Es evidente que se está aproximando el momento en que vamos a tener que poner las cartas boca arriba con los rusos, respecto a sus intrigas comunistas en Italia, Yugoeslavia y Grecia. Creo que su actitud se hace más difícil cada día.

El 18 de mayo, el embajador soviético en Londres acudió al Foreign Office para recoger una propuesta hecha por míster Eden en el sentido de que la U. R. S. S. considerara temporalmente los asuntos rumanos como cosa suya mientras continuase la situación de guerra, pero nos dejara Grecia a nosotros. Los rusos estaban dispuestos a aceptar esta sugerencia, pero querían saber si habíamos consultado a los Estados Unidos. De ser así, estaban de acuerdo. Yo anoté al margen del acta de la conversación: «Me gustaría telegrafiar al Presidente respecto a este asunto. Le agradará la idea, especialmente dado el hecho de que debemos mantenernos en íntimo contacto con él».

De acuerdo con esto, el día 31 de mayo envié un telegrama personal a míster Roosevelt.

El Primer Ministro al presidente Roosevelt. 31-V-44

Recientemente ha habido alarmantes señales de una posible divergencia entre nosotros y los rusos respecto a los países balcánicos y de un modo especial respecto a Grecia. Hemos sugerido, por tanto, al embajador soviético la conveniencia de llegar a un acuerdo práctico entre nosotros en el sentido de que el Gobierno soviético se encargaría de los asuntos rumanos, mientras que nosotros lo haríamos de los asuntos griegos, y cada Gobierno prestaría ayuda al otro en sus respectivos países. Un acuerdo como éste sería el desarrollo natural de la situación militar existente, ya que Rumania cae dentro de la esfera de los ejércitos rusos, mientras que Grecia cae bajo el mando aliado dirigido por el general Wilson en el Mediterráneo.

2. El embajador soviético en Londres dijo a Eden el 18 de mayo que el Gobierno soviético estaba de acuerdo con nuestra propuesta, pero que antes de dar su aprobación definitiva al asunto le gustaría saber si habíamos consultado al Gobierno de los Estados Unidos y si éste se hallaba de acuerdo con la propuesta.

3. Espero que dé usted su aprobación al plan. Claro está que no

deseamos dividir a los Balcanes en esferas de influencia, y si proponemos este plan debe quedar bien sentado que sólo será aplicable en la situación y condiciones de guerra, y no afectará a los derechos y responsabilidades que cada una de las tres Grandes Potencias tendrá que ejercer en los acuerdos de paz, y más tarde con respecto al conjunto de Europa. Tampoco este acuerdo acarrearía ningún cambio a la actual colaboración entre usted y nosotros para la formulación y ejecución de la política aliada hacia estos países. Creemos, sin embargo, que el acuerdo ahora propuesto sería un medio útil para impedir cualquier divergencia política entre nosotros y ellos en los Balcanes.

4. Mientras tanto, se le ha pedido a Halifax que lleve este asunto al Departamento de Estado, según las líneas anteriores.

Las primeras reacciones del Departamento de Estado fueron frías. Míster Hull se inquietó ante cualquier sugerencia que «pareciera apoyar la creación o aceptación de la idea de esferas de influencia».

El 8 de junio envió el siguiente mensaje a lord Halifax en Washington.

El Primer Ministro a lord Halifax (Washington) 8-VI-44.

No se trata de una cuestión de esferas de influencia. Todos tenemos que actuar juntos, pero alguien tiene que jugar la mano. Parece razonable que los rusos se encarguen de los rumanos y búlgaros, contra los cuales sus ejércitos están luchando, y que nosotros nos encarguemos de los griegos, situados en el teatro de operaciones que nos ha sido asignado, que son nuestros viejos aliados y por los cuales sacrificamos, en 1941, 40.000 hombres. Tengo razones para creer que el Presidente está de completo acuerdo con la línea de conducta que he adoptado respecto a Grecia. Esto es igualmente cierto respecto a Yugoeslavia. Le mantengo constantemente informado, pero en conjunto somos nosotros, el Gobierno de Su Majestad, los que estamos jugando la baza, y hemos de tener mucho cuidado en jugarla de forma agradable para los rusos. Nada peor podría sucederle a ningún país que verse sujeto en estos tiempos a decisiones tomadas por medio de telegramas triangulares o cuadrangulares. Para cuando se ha logrado arreglar una cosa, ya ha habido otras tres que se han salido de madre. Además, en esos países los acontecimientos se mueven muy de prisa.

2. Por otro lado, en los asuntos sudamericanos seguimos la dirección de los Estados Unidos en todo lo posible, siempre y cuando no se trate de nuestra carne de vaca y de cordero. Sobre estos dos puntos tene-

mos opiniones muy firmes, debido a la poca cantidad de ella de que disfrutamos.

El 11 de junio, míster Roosevelt cablegrafiaba:

...En resumen, reconocemos que el Gobierno militar responsable en cualquier territorio dado, tomará inevitablemente las decisiones que exija el desarrollo de los acontecimientos militares, pero estamos convencidos de que la tendencia natural de estas decisiones a penetrar en otros campos que no son exclusivamente militares, se vería reforzada por un acuerdo del tipo propuesto. A nuestro juicio esto daría como resultado cierto, la confirmación de las diferencias entre usted y los soviets, y la división de la región balcánica en esferas de influencia, a pesar de la intención ya declarada de limitar estos acuerdos a asuntos militares.

Creemos que es preferible enfocar nuestros esfuerzos hacia la creación de una maquinaria consultiva que pueda deshacer los malentendidos y frenar la tendencia existente hacia el desarrollo de esferas exclusivas.

El Primer Ministro al presidente Roosevelt. 11-VI-44

Estoy muy preocupado por su mensaje. La acción se verá paralizada si, antes de actuar, todo el mundo ha de consultar a todos los demás.

Los acontecimientos se adelantarán siempre debido a las situaciones cambiantes en las regiones balcánicas. Alguien debe tener la capacidad necesaria para planear y actuar. Un comité consultivo no sería más que una obstrucción, que siempre quedaría anulada, en caso de emergencia, por los intercambios entre usted y yo, o entre nosotros dos y Stalin.

2. Recuerde lo que pasó en Pascua. Pudimos enfrentarnos con la rebelión de las fuerzas griegas, de una forma que coincidía totalmente con sus puntos de vista. Ello se debió a que yo pude dar órdenes constantes a los jefes militares que en un principio abogaban por la conciliación, y, sobre todo, a que se logró sin hacer uso de la amenaza o de la fuerza. Se perdieron, pues, muy pocas vidas. La situación griega ha mejorado inmensamente, y si se mantiene la firmeza se salvará de la confusión y del desastre. Los rusos están dispuestos a permitir que tomemos nosotros la dirección de los asuntos griegos, lo cual significará que el E. A. M., con toda su malignidad, podría ser controlado por las fuerzas nacionales de Grecia. Si no se hace así, esa tierra, por la que tanto se preocupa usted, se verá destruída y arruinada por la guerra civil. Siempre le he informado y pienso seguir haciéndolo. Verá usted cada telegrama que envío. Creo que en este punto puede usted tener confianza en mí.

3. Si en estas dificultades hubiéramos tenido que consultar a otras

potencias e iniciar un sistema triangular o cuadrangular de telegramas, el único resultado hubiera sido el caos o la impotencia.

4. Teniendo en cuenta que los rusos están a punto de invadir Rumania con grandes fuerzas y que van a ayudar a Rumania a recuperar de Hungría parte de la Transilvania, siempre y cuando los rumanos cooperen, lo que es posible que hagan, me parece a mí que sería una actitud inteligente por nuestra parte seguir la dirección de los soviets, y más si se considera que ni usted ni yo tenemos tropa alguna allí, y que, probablemente, harán lo que quieran de todas maneras. Es más, yo creo que las condiciones que han puesto, dejando a un lado la indemnización, son muy sensatas y hasta generosas. El ejército rumano ha causado grandes daños a las tropas soviéticas, y entró gozosamente en guerra contra Rusia. No veo ninguna dificultad en dirigirnos a los rusos sobre cualquier tema y en cualquier momento, pero le ruego que les deje continuar en la línea acordada, ya que son ellos los que están haciendo todo el trabajo.

5. Lo mismo ocurre con nosotros en Grecia. Somos antiguos aliados de Grecia. Sufrimos 40.000 bajas tratando de defenderla contra Hitler, sin contar Creta. El rey de Grecia y el Gobierno griego se han colocado bajo nuestra protección. Actualmente se hallan en Egipto y es muy probable que se trasladen al Líbano, donde, al parecer, hay mejor ambiente que en El Cairo. No sólo perdimos los 40.000 hombres citados, sino que perdimos, además, una gran cantidad de buques mercantes y de guerra, y al despojar a Cirenaica para ayudar a Grecia perdimos todas las conquistas que Wavell había logrado en aquel país. Aquellos días recibimos nosotros golpes muy duros. Los telegramas que usted envió en la reciente crisis obraron maravillas. Estábamos de completo acuerdo y el resultado ha sido completamente satisfactorio. ¿Por qué hemos de destruir toda esta eficaz dirección para convertirla en un comité de funcionarios mediocres como los muchos que estamos sembrando por el mundo? ¿Por qué no podemos usted y yo retener este asunto en nuestras propias manos, puesto que pensamos igual en la mayoría de los puntos?

6. En resumen, propongo que nos declaremos de acuerdo en que se dé a la sugerencia que le expuse a usted en mi mensaje del 31 de mayo un plazo de prueba de tres meses, después de los cuales deberá ser revisado por las tres Potencias.

El 13 de junio, el Presidente accedió a mi petición, pero agregó: «Hemos de tener cuidado en hacer ver claramente a todo el mundo que no estamos creando esferas de influencia para la postguerra.»

Yo compartía su opinión, y al día siguiente le contesté:

Le agradezco profundamente su telegrama. He pedido al ministro de Asuntos Exteriores que traslade la información a Molotov, y que le especifique que la razón de este límite de tres meses es que no debemos prejuzgar la cuestión de crear esferas de influencia en la postguerra.

Aquella misma tarde informé de la situación al Gabinete de Guerra y se acordó que, ateniéndose al plazo límite de tres meses, el ministro de Asuntos Exteriores comunicara al Gobierno soviético que aceptábamos esta división general de responsabilidades. Así se hizo el 19 de junio. Pero el Presidente no estaba satisfecho de la forma en que habíamos actuado, y recibí un sentido mensaje suyo en el que decía: «Nos duele que su pueblo no haya hablado de este asunto con nosotros hasta después de haberlo hecho con los rusos.» En contestación, el día 23 de junio le envié la siguiente nota exponiéndole la situación tal como yo la veía.

El Primer Ministro al presidente Roosevelt. 23-VI-44.

Los rusos son la única potencia que puede hacer algo en Rumania, y yo creía que ya estaba acordado entre usted y yo que, sobre la base de sus razonables términos de armisticio, salvo las indemnizaciones, ellos tratasen de dar una dirección coherente a lo que allí estaba aconteciendo. De hecho, hemos sido los tres los que hemos cooperado íntimamente fomentando en El Cairo los recientes avances pacifistas rumanos. Por otro lado, la carga griega descansa casi por completo sobre nosotros, y así ha sido desde que perdimos 40.000 hombres en un vano intento de ayudarles en 1941. Igualmente, usted nos ha dejado jugar la mano en Turquía, pero siempre le hemos consultado en la política a seguir, y creo que hemos pensado del mismo modo en la línea que había que trazar. A mí me sería muy fácil, utilizando el principio general, tan popular en la política exterior, de correrse hacia la izquierda, dejar que las cosas maduren por sí mismas, con lo cual el Rey se vería probablemente forzado a abdicar y el E. A. M. crearía un reino de terror en Grecia, obligando a los habitantes de las aldeas y a muchas otras clases sociales a crear batallones de seguridad, bajo los auspicios alemanes, para impedir una anarquía total. La única manera cómo puedo impedirlo es persuadiendo a los rusos de que dejen de reforzar y apoyar con todas sus fuerzas al E. A. M. Por lo tanto, propuse a los rusos un acuerdo temporal de trabajo para la me-

jor conducción de la guerra. Esto no era más que una propuesta que tenía que ser remitida a usted para su aprobación.

2. No puedo admitir que en este asunto yo haya actuado equivocadamente. No sería posible que tres personas situadas en distintas partes del mundo trabajasen juntas con eficacia, si alguna de ellas pudiera hacer sugerencias a cualquiera de las otras sin mantener simultáneamente informada a la tercera. Un ejemplo reciente de esto es el mensaje que ha enviado usted, con toda razón, al Tío Joe respecto a sus conversaciones con los polacos, de las cuales hasta el momento no me ha dado usted noticia. No pretendo quejarme, porque sé que estamos trabajando para un fin común y sobre un tema general, y espero que comprenda usted que mi actitud ante el asunto de Grecia ha tenido también este objetivo.

3. También he actuado para tratar de lograr la unión de las fuerzas de Tito con las que están en Servia y con todas las adheridas al Gobierno real yugoeslavo que los dos hemos reconocido. Usted ha sido informado desde el principio de cómo estamos llevando esta pesada carga que actualmente descansa únicamente sobre nuestros hombros. Aquí tenemos otro caso en que la solución más fácil sería lanzar al Rey y al real Gobierno yugoeslavo a los lobos y dejar que estallara la guerra civil en Yugoeslavia, cosa que causaría gran alegría a los alemanes. Estoy trabajando para poner en orden el caos que se ha producido en estos dos casos y para concentrar todos los esfuerzos contra el enemigo común. Le estoy manteniendo constantemente informado, y espero contar con su confianza y su ayuda en las esferas de acción en que la iniciativa nos ha sido asignada a nosotros.

La respuesta del Presidente, el 27 de junio, remató esta discusión entre amigos. «Parece ser», decía, «que ambos hemos tomado inadvertidamente una acción unilateral en un sentido que los dos consideramos ahora como el procedimiento más rápido por el momento. Es fundamental que siempre estemos de acuerdo en los asuntos que afectan a nuestro esfuerzo bélico aliado.»

Aquel mismo día contesté: «Puede estar seguro de que siempre trataré de buscar el acuerdo con usted en todos los asuntos, antes, durante y después.»

Sin embargo, las dificultades continuaron en el plano gubernamental, porque los rusos insistían en consultar directamente con los americanos.

* * * * *

Otro punto reclamaba nuestra atención. Los ejércitos rusos estaban entonces situados en la frontera de Rumania. Esta era la última posibilidad que tenía Turquía de entrar en guerra junto a los aliados, y su entrada en esta etapa hubiera ejercido una poderosa influencia sobre el futuro de la Europa suroriental. Ahora ofrecía llegar hasta a la ruptura de relaciones con el Eje.

Yo expuse mi opinión a Stalin sobre estos acontecimientos.

El Primer Ministro al mariscal Stalin. 11-VII-44.

Hace unas semanas, Eden sugirió a su embajador que el Gobierno soviético tomase la dirección en Rumania, puesto que el Gobierno británico haría lo mismo en Grecia. Esto era sólo un acuerdo de trabajo con objeto de evitar en lo posible la terrible complicación de los telegramas triangulares que paralizarían la acción. Molotov indicó, muy acertadamente, que yo se lo dijera a los Estados Unidos, lo que hice, como siempre me había propuesto hacer, y, después de algunas discusiones, el Presidente estuvo de acuerdo en que se hiciera un ensayo de tres meses de duración. Estos meses de julio, agosto y septiembre pueden ser, mariscal Stalin, tres meses muy importantes. Sin embargo, descubro ahora que usted encuentra algunas dificultades. Quiero preguntarle las objeciones que opone a que el plan pase a un período de ensayo de tres meses. Nadie podrá decir que afecta al futuro de Europa o que la divide en esferas de influencia. En cambio obtendríamos una política clara en cada teatro de operaciones y todos informaríamos a los demás sobre lo que estaba sucediendo. Sin embargo, si usted me dice que el plan no tiene ninguna posibilidad de fructificar, no lo tomaré a mal.

2. Hay otro asunto del que deseo hablarle. Turquía está dispuesta a romper inmediatamente sus relaciones con las potencias del Eje. Estoy de acuerdo con usted en que debería declarar la guerra, pero temo que si insistimos en que lo haga se defienda pidiendo aviones para proteger sus ciudades, aviones de los que nos costará desprendernos en los momentos actuales, y operaciones militares conjuntas en Bulgaria y en el Egeo, para las que actualmente no disponemos de los medios necesarios. Además, pedirá toda clase de municiones, de las cuales tampoco podemos desprendernos, porque los depósitos que teníamos dispuestos a principios de año, han sido utilizados en otras operaciones. Me parece, por lo tanto, más inteligente que, como primera fase, se produzca esta ruptura de relaciones con Alemania. Luego, podremos enviarles unos cuantos aparatos para ayudarla a protegerse de un ataque vengativo por aire, y de esto podría surgir su entrada en la guerra. La alianza turca en la última guerra fué muy favorable a Alemania, y el hecho de que

Turquía rompa sus relaciones con ella sería un rudo golpe para el alma germana. Este parece un momento muy oportuno para asestar dicho golpe.

3. Me estoy limitando a exponerle mis ideas personales sobre estos asuntos, que también están siendo transmitidas por Eden a Molotov.

4. En Normandía tenemos aproximadamente 1.050.000 hombres, con grandes cantidades de material, y esta cifra está creciendo al ritmo de unos 25.000 hombres por día. La lucha es muy dura, y antes de las recientes batallas, cuyas bajas todavía no han sido registradas, nosotros y los americanos habíamos perdido 64.000 hombres. Tenemos, sin embargo, pruebas de que el enemigo ha perdido por lo menos otro tanto, y además hemos hecho 51.000 prisioneros. Si se tiene en cuenta que hemos luchado a la ofensiva, y que además hemos tenido que hacer un desembarco marítimo, creo que el enemigo ha recibido una seria derrota. El frente continuará ampliándose y la lucha será incesante.

5. En Italia, Alexander también está empujando con mucha energía. Espera romper la línea Pisa-Rímini y penetrar en el valle del Po. Esto atraerá sobre él más divisiones alemanas o dará como resultado la posesión de un valioso territorio estratégico.

6. Los londinenses están soportando bien el bombardeo, que hasta ahora ha producido 22.000 bajas y parece que va a volverse crónico.

7. Una vez más, felicitaciones por su glorioso avance hacia Vilna.

Su respuesta no comprometía a nada.

El mariscal Stalin al Primer Ministro. 15-VII-44.

Respecto a la cuestión de Rumania y Grecia... Una cosa está clara para mí: que el Gobierno norteamericano tiene algunas dudas respecto a este asunto y que sería mejor volver sobre el tema cuando recibamos la respuesta americana a nuestras preguntas. En cuanto conozcamos las observaciones que el Gobierno norteamericano tenga que hacer, le escribiré nuevamente sobre la cuestión.

2. La cuestión de Turquía debe considerarse a la luz de los hechos que tan bien han conocido los Gobiernos de la Gran Bretaña, la Unión Soviética y los Estados Unidos desde que tuvieron lugar las últimas negociaciones con el Gobierno turco a fines del año pasado. Claro está que usted recordará la insistencia con que los Gobiernos de nuestros tres países proponían a Turquía que entrase en guerra contra la Alemania hitleriana y al lado de los aliados, en fecha ya tan remota como son los meses de noviembre y diciembre de 1943. No hubo resultados, y, como usted sabe, por iniciativa del Gobierno turco en mayo y junio de este año entramos nuevamente en negociaciones con dicho Gobierno, y por dos veces les

propusimos lo mismo que los tres Gobiernos aliados les habían propuesto a finales del año pasado. Tampoco se obtuvo resultado. No veo que estas u otras acciones poco concretas, por parte de Turquía, puedan beneficiar actualmente a los aliados. En vista de la actitud evasiva y vaga con respecto a Alemania adoptada por el Gobierno turco, es mejor dejar a Turquía en paz y que actúe según su propio y libre albedrío, y no ejercer nuevamente presión sobre ella. Esto, claro está, significa que las reclamaciones de derechos especiales de postguerra hechas por Turquía, que ha evitado entrar en guerra con Alemania, no habrán de ser atendidas...

No pudimos, por tanto, llegar a un acuerdo sobre la división de responsabilidades en la península balcánica. A principios de agosto, los rusos enviaron, mediante subterfugios, una misión al E.L.A.S. en Grecia septentrional. En vista de la desgana oficial americana y de esta prueba de mala fe rusa, abandonamos nuestros esfuerzos para llegar a un entendimiento general, hasta mi reunión con Stalin en Moscú dos meses más tarde. Entonces, habían sucedido muchas cosas en el frente oriental.

* * * * *

La campaña rusa de verano consistió en toda una serie de grandes éxitos. No puedo más que resumirla a continuación (...).

El avance comenzó con una ofensiva secundaria contra los finlandeses. Entre el lago Ladoga y el mar, éstos habían profundizado y reforzado la primitiva Línea Mannerheim convirtiéndola en un formidable sistema defensivo. Sin embargo, las tropas rusas, muy distintas en calidad y armamento de aquellas que habían luchado allí mismo en 1940, lograron la ruptura del frente después de doce días de dura lucha, y el 21 de junio tomaron Viborg. Aquel mismo día se iniciaron las operaciones para limpiar la orilla norte del lago Ladoga, y a fin de mes habían logrado empujar al enemigo hacia atrás y reanudar el servicio del ferrocarril que enlazaba Leningrado con Murmansk, punto terminal de nuestros convoyes del Artico. Los finlandeses siguieron luchando durante una temporada,

apoyados por tropas alemanas, pero ya habían soportado bastante, y el 25 de agosto pidieron un armisticio.

El ataque contra el frente alemán entre Vitebsk y Gomel comenzó el 23 de junio. Estas ciudades, junto con Bobruisk, Mogilev y otras villas y pueblos, habían sido convertidas en posiciones fortificadas, muchas de ellas con defensas circulares, pero todas fueron forzadas al mismo tiempo que los ejércitos rusos se volcaban filtrándose por las brechas que quedaban entre las ciudades. En el plazo de una semana, la penetración tenía una profundidad de ochenta millas. Explotando el éxito, el 6 de julio se apoderaron de Minsk y tomaron contacto con el enemigo en fuga, sobre una línea que éste había organizado precipitadamente y que en dirección Sur corría desde Vilna hasta los pantanos de Pripet. Los alemanes pronto se vieron barridos de esta línea por la irresistible inundación rusa. A fines de julio los ejércitos rojos habían alcanzado el río Niemen en Kovno y Grodno. Aquí, después de avanzar doscientas cincuenta millas en cinco semanas, hicieron un alto para reposar. Las pérdidas alemanas habían sido aplastantes. Veinticinco divisiones habían sido destruídas y un número igual estaban aisladas en Curlandia (1). Sólo el 17 de junio atravesaron las calles de Moscú 57.000 prisioneros alemanes, que salieron para un destino desconocido.

Al sur de los pantanos de Pripet, los éxitos rusos no fueron menos magníficos. El 13 de julio, en el frente que se extendía entre Kovel y Stanislav, fueron lanzados una serie de ataques. En diez días todo el frente alemán estuvo roto y los rusos alcanzaron Jaroslav, sobre el río San, 120 millas más al oeste. Stanislav, Lemberg y Przemysl, que quedaron aislados por este avance, fueron ocupados pronto, y el 30 de julio los rusos cruzaban victoriosos el Vístula al sur de Sandomir. Aquí, el problema del suministro les obligó a hacer un alto. El cruce del Vístula fué tomado por el Movimiento Polaco de Resistencia en Varsovia, como señal para un desgraciado levantamiento cuya historia relataremos en otro capítulo.

(1) Véase la obra de Guderian, *Panzer Leader*, pág. 352.

Todavía tuvo lugar en esta gran campaña otro éxito ruso que acarreó consecuencias lejanas. Al sur de la escena de sus victorias se hallaba Rumania, y hasta muy adentrado agosto la línea alemana que iba desde Cernowitz hasta el mar Negro obstaculizaba el camino a Rumania, los campos petrolíferos de Ploesti y los Balcanes. Esta línea se había debilitado por haber tenido los alemanes que retirar tropas para poder reforzar su línea de más al norte, que estaba tambaleándose. Este sector meridional se desintegró rápidamente bajo violentos ataques iniciados el 22 de agosto. Ayudados por desembarcos en la costa, los rusos deshicieron rápidamente al enemigo, y los alemanes perdieron dieciséis divisiones. El 23 de agosto un golpe de Estado en Bucarest, organizado por el joven rey Miguel y por sus consejeros íntimos, produjo un cambio total en la situación militar. Los ejércitos rumanos siguieron a su rey hasta el último hombre. Tres días antes de la llegada de las tropas soviéticas, las fuerzas alemanas habían sido ya desarmadas o se habían retirado por la frontera norte. El 1 de septiembre, Bucarest estaba evacuado por los alemanes, los ejércitos rumanos desintegrados y el país ocupado. El Gobierno rumano capituló. Bulgaria, tras un intento hecho en el último minuto de declarar la guerra a Alemania, se vió también dominada. Avanzando en sus vehículos hacia el oeste, los ejércitos rusos progresaron por el valle del Danubio y, cruzando los Alpes transilvanos, llegaron a la frontera húngara, mientras su flanco izquierdo, al sur del Danubio, se alineaba a lo largo de la frontera yugoeslava. Allí se prepararon para la gran marcha hacia el oeste, que, a su debido tiempo, había de permitirles llegar a Viena.

Capítulo VI

ITALIA Y EL DESEMBARCO EN LA RIVIERA

La persecución aliada hasta más allá de Roma. — El precio de la operación «Yunque». — La Línea Gótica. — El V Ejército es disminuído en siete divisiones. — El avance hacia el Arno. — Vuelo a Nápoles y me entrevisto con Tito. — La estrategia balcánica y la península de Istria. — Tito, el comunismo y el rey Pedro. — Gobierno militar aliado en Istria. — Mi segunda entrevista con Tito. — Informo al Presidente. — Una vacación llena de sol. — Vuelo a Córcega. — Los desembarcos en la Riviera francesa — Mi telegrama al Rey, 17 de agosto. — Y al general Eisenhower, 18 de agosto. — Bosquejo de la operación «Dragón». — Mi resumen de la historia «Yunque-Dragón». — Correspondencia con Smuts. — La esperanza de Viena.

DESPUES de la caída de Roma, el 4 de junio, los derrotados ejércitos de Kesselring se dirigieron hacia el Norte en completa desorganización, hostigados y desmoralizados por continuos ataques aéreos y perseguidos de cerca por nuestras fuerzas de tierra. El V Ejército norteamericano del general Clark siguió las carreteras de la costa hacia Pisa, mientras nuestro VIII Ejército seguía el curso del Tíber en dirección al lago Trasimeno. El avance se producía a toda marcha.

El Primer Ministro al general Alexander. 9-VI-44.

Toda la información que hemos recibido aquí sirve para confirmar los cálculos de usted referentes a los destrozos que se han producido a los ejércitos alemanes en Italia. Todo su avance es espléndido y espero que lo que quede de lo que fueron un día ejércitos alemanes, pueda ser capturado.

Alexander tenía grandes esperanzas de que el plan «Yunque» de desembarco en el sur de Francia fuera abandonado y que a él se le permitiera conservar intactas sus tropas, bien entrenadas ya en la batalla y con una excelente moral de victoria. Si fuera así, él podría atravesar los Apeninos, entrar en el valle del Po y rebasarlo en unos meses. Esto no ocurrió por un estrecho margen, como iremos viendo, y parece cierto que, de no haber sido por las exigencias y las privaciones causadas por «Yunque», la campaña de Italia hubiera concluído por Navidad.

Sea como fuere, les esperaba una dura lucha. En las batallas del mes de mayo y primeros de junio, habían participado diecinueve divisiones alemanas. Tres de ellas habían dejado de existir y la

mayoría de las otras habían sufrido muchas bajas y huían hacia el Norte en confusa retirada. Pero Kesselring era un buen general y contaba con un Estado Mayor competente. Su problema era retardar nuestro avance hasta que él hubiera tenido tiempo de reorganizar sus tropas y de ocupar su siguiente posición organizada, la llamada Línea Gótica, que se iniciaba en la costa occidental, más allá de Pisa, formaba una curva a lo largo de las montañas que se alzan al norte de Florencia y de allí iba hasta Pesaro, en el Adriático . Los alemanes llevaban más de un año trabajando en esta línea, pero todavía no habían terminado. Kesselring tuvo que ganar tiempo para completarla, guarnecerla y poder recibir ocho divisiones que se le enviaban desde el norte de Europa, los Balcanes, Alemania y Rusia.

Después de diez días de persecución, la resistencia alemana comenzó a aumentar y el VIII Ejército tuvo que luchar enconadamente para conquistar una posición en las famosas orillas del lago Trasimeno. Hasta el 28 de junio no fué derrotado el enemigo, que se retiró a Arezzo. En la costa occidental, las tropas americanas del V Ejército tomaron Cecina, no sin dificultad, el 1 de julio. A su derecha, el Cuerpo de Ejército francés, también a las órdenes del general Clark, llegó a Siena poco después. El enemigo efectuó una retirada análoga en la costa adriática, facilitando al Cuerpo de Ejército polaco que ocupara rápidamente Pescara y continuara hacia Ancona. También entonces una división colonial francesa, enviada por mar desde Córcega, tomó la isla de Elba haciendo dos mil prisioneros, después de un par de días de violenta lucha, en la que recibieron fuerte apoyo naval y aéreo.

A primeros de julio, como resultado de las conversaciones que se habían celebrado con los Estados Unidos, Alexander recibió orden de retirar fuerzas, hasta un total de siete divisiones, para la operación «Yunque». Así, pues, el V Ejército quedó reducido de 250.000 hombres a 153.000. A pesar de este duro golpe, Alexander prosiguió con energía la persecución del enemigo, de acuerdo con su plan. Los alemanes, reorganizados y contando con un total

de catorce divisiones completas, se enfrentaron con él en una línea que iba desde Rosignano a Arezzo y de allí al Adriático, al sur de Ancona. Esta era la primera de una serie de posiciones de cobertura que el enemigo había de defender con creciente obstinación a fin de impedirnos que llegáramos a la Línea Gótica. Arezzo cayó en manos de los británicos el 16 de julio, después de un enérgico bombardeo aéreo y artillero. El 18, los americanos alcanzaron el río Arno, al este de Pisa, y el día siguiente entraron en el puerto de Leghorn, mientras los polacos, que habían presionado con fuerza a lo largo de la costa adriática, tomaron Ancona. Estos dos puertos, a pesar de que habían sufrido importantes destrozos, sirvieron de gran alivio a nuestras líneas de comunicaciones, ya demasiado extendidas. Durante la última semana del mes, los americanos siguieron avanzando y conquistaron toda la línea del Arno, desde Empoli hasta Pisa. El VIII Ejército limpió toda la zona montañosa del sur de Florencia, y los neozelandeses, rompiendo las defensas, obligaron al enemigo a retirarse cruzando la ciudad, donde destrozaron todos los puentes menos el venerable, pero inadecuado, Ponte Vecchio.

En menos de dos meses, los ejércitos aliados habían avanzado más de doscientas cincuenta millas. A partir de la primera quincena, la campaña había sido difícil y además había estado llena de irritantes problemas de aprovisionamiento. Pero también los alemanes los tenían. Todas sus comunicaciones de retaguardia iban a través del ancho río Po, sobre una serie de puentes de ferrocarril y de carretera. Hacia fines de julio, éstos fueron constantemente atacados por la aviación aliada y todos ellos fueron hundidos, aunque, gracias a la habilidad de los ingenieros de Kesselring, todavía se pudieron pasar algunos suministros.

* * * * *

Entonces decidí ir a Italia, pues allí me sería posible arreglar muchas cosas mejor que por correspondencia. Sería una gran ventaja poder ver a los jefes y las tropas a quienes tanto se les exigía después de haberles quitado tanto. La operación «Yunque» estaba a punto de comenzar. Alexander, aunque muy debilitado, preparaba sus

ejércitos para una nueva ofensiva. Yo estaba deseando entrevistarme con Tito, que podía venir fácilmente a Italia desde la isla de Vis, donde seguíamos protegiéndole. M. Papandreu y algunos de sus colegas podrían acudir desde El Cairo y se podrían trazar planes para enviarles de nuevo a Atenas cuando se hubieran retirado los alemanes. Por último, había el barullo político italiano, del que Roma era ahora el centro. El 30 de julio telegrafié al general Wilson que se hallaba en Caserta:

> Si el ataque de las «bombas zumbadoras» no aumenta desconsideradamente, espero ir a pasar diez o quince días a Italia a partir del 6 ó el 7 de agosto. Sería una lástima que perdiera la oportunidad de ver a Tito, con quien estoy dispuesto a hablar de cuestiones políticas de todas clases. Así, pues, ¿puede usted disponer su entrevista con él de modo que esté en Caserta el 8 ó el 9?

Y el 4 de agosto escribí al general Alexander:

> He pensado que será mucho mejor que tratemos juntos los planes [para mi visita] a mi llegada. No quiero estorbarle en nada. No quiero un programa complicado ni comprometerme a ver a nadie, excepto a usted, a Wilson y a Tito. No me cabe duda de que cuando esté allí tendré mucho en que ocuparme.

* * * * *

Pasé los tres días siguientes tan ocupado en asuntos del Gabinete que mis citas se retrasaron. El 9 de agosto telegrafié a Duff Cooper diciéndole que esperaba llegar al aeropuerto de Maison Blanche, en Argel, a eso de las seis y media del viernes, 11 de agosto, y que permanecería allí unas tres horas antes de salir para Nápoles. Añadí: «Puede usted decírselo a De Gaulle por si quiere verme en la residencia de usted o en la villa del Almirante. La visita será sin cumplidos.»

Nuestra llegada fué puntual. Duff Cooper fué a recibirme y me condujo a su casa, que su mujer había arreglado dejándola muy confortable. Me dijo que había comunicado mi invitación o sugerencia a De Gaulle y que el general se había negado a verme. No quería

interrumpir el descanso que yo necesitaría durante este breve alto en el viaje. Esto me pareció innecesariamente altanero, teniendo en cuenta todos los puntos que teníamos que tratar y los informes que yo podía darle. Pero todavía estaba ofendido por lo que había pasado en «Overlord», y, aunque aquella era una buena oportunidad para expresarme su descontento, no volví a verle hasta después de unos meses.

Llegué a Nápoles aquella tarde y me instalaron en la palaciega, aunque algo decrépita, Villa Rivalta, desde la cual se contemplaba una bellísima vista del Vesubio y de la bahía. El general Wilson me comunicó que se habían arreglado todos los detalles para celebrar al día siguiente una entrevista con Tito y Subasic, el nuevo Primer Ministro yugoeslavo del Gobierno del rey Pedro en Londres. Ya habían llegado a Nápoles y cenarían con nosotros al día siguiente.

El mariscal Tito acudió a la villa el 12 de agosto por la mañana. Lucía un magnífico uniforme dorado y azul, con un cuello muy apretado que estaba completamente fuera de lugar con el bochornoso calor que hacía. Los rusos le habían dado el uniforme y, según me enteré después, los adornos de oro provenían de los Estados Unidos. Acompañado del brigadier Maclean y de un intérprete, me reuní con él en la terraza de la villa.

Sugerí que tal vez el mariscal preferiría ver primero la oficina de Operaciones del general Wilson, y pasamos al interior. El mariscal, que iba escoltado por dos guardaespaldas de aspecto feroz, armados de pistolas automáticas, quería que le siguieran por si acaso nosotros tramábamos una traición. Le disuadimos de su idea con dificultad y le propusimos que, en vez de aquello, los trajera para protegerle durante la cena.

Yo abrí el camino hasta una amplia habitación, cuyas paredes estaban cubiertas por mapas de los frentes de batalla. Comencé señalando el frente aliado en Normandía e indicando nuestros movimientos estratégicos contra los ejércitos alemanes situados al oeste. Hablé de la obstinación de Hitler en negarse a ceder una pulgada de terreno, hablé de las numerosas divisiones encerradas en Noruega y en las provincias bálticas, y dije que la estrategia que debía

seguir era la de retirar sus tropas de los Balcanes y concentrarlas en los principales frentes de batalla. La presión aliada en Italia y el avance ruso desde el Este, quizá le obligasen a retirarse, pero debíamos contar con la posibilidad de que se quedara. Mientras hablaba, señalé en el mapa la península de Istria y pregunté a Tito a qué lugar enviaría sus tropas para cooperar con nosotros, caso de que pudiéramos llegar a ella desde la costa oriental de Italia. Le expliqué que nos serviría de gran ayuda la apertura de un pequeño puerto en la costa yugoeslava a fin de poder enviar por vía marítima el material de guerra. Añadí que durante junio y julio habíamos enviado a sus tropas, por vía aérea, casi dos mil toneladas de provisiones, pero que podríamos hacer mucho más si contáramos con un puerto. Tito contestó que, aun cuando la resistencia alemana se había intensificado últimamente y habían aumentado las pérdidas yugoeslavas, podría reunir fuerzas considerables en Croacia y Eslovenia y que, desde luego, daría su conformidad a una operación contra la península de Istria, en la cual colaborarían las fuerzas yugoeslavas.

Después nos trasladamos a un pequeño salón y yo comencé a interrogarle acerca de sus relaciones con el Gobierno real yugoeslavo. Repuso que seguía desarrollándose aún la violenta lucha entre los partisanos y Mihailovich, cuya fuerza radicaba en el apoyo alemán y búlgaro. La reconciliación no era probable.

Repliqué que nosotros no teníamos intención de mezclarnos en los asuntos internos de Yugoeslavia, pero que deseábamos que su país fuera fuerte, unido e independiente. El doctor Subasic se mostraba completamente conforme con esta idea. Además, no debíamos abandonar al Rey. Tito dijo que comprendía nuestras obligaciones para con el rey Pedro, pero que no podía hacer nada hasta después de la guerra, cuando el pueblo yugoeslavo decidiera.

Pasé después a hablar del futuro y dije que la mejor solución para Yugoeslavia sería un sistema democrático basado en los campesinos, tomando quizá gradualmente alguna medida de reforma agraria allí donde las propiedades fueran demasiado pequeñas. Tito me aseguró que, como había dicho en público, no tenía ningún deseo de imponer el régimen comunista en Yugoeslavia, aunque no fuera

más que porque la mayoría de los países europeos vivirían después de la guerra bajo un régimen democrático. El desarrollo de los acontecimientos en las naciones pequeñas dependía de las relaciones entre las Grandes Potencias. Yugoeslavia podría beneficiarse de la creciente mejora de estas relaciones y desenvolverse en líneas democráticas. Los rusos habían enviado y mantenían una misión con los partisanos, pero sus miembros, lejos de expresar la idea de imponer el sistema soviético en Yugoeslavia, se habían declarado en contra.

Pregunté a Tito si estaba dispuesto a repetir en público sus declaraciones sobre el comunismo, pero dijo que no deseaba hacerlo porque podría parecer que se le había obligado a ello. No obstante, se acordó que estudiaría la propuesta con el doctor Subasic, a quien iba a conocer aquella tarde.

Después almorzamos juntos y convinimos en que si sus conversaciones con el doctor Subasic resultaban satisfactorias, nos reuniríamos de nuevo la tarde siguiente. Me comprometí a bosquejar un memorándum sobre los asuntos yugoeslavos, y el mariscal prometió enviarme una carta en la que me explicaría ciertas cuestiones de suministros.

* * * * *

Aquel día, más temprano, Tito se entrevistó con el general Gammell, jefe del Estado Mayor del general Wilson, quien le hizo entrega de un importante memorándum sobre las intenciones aliadas respecto a Istria y sus alrededores. El texto del documento era el siguiente:

En caso de que las fuerzas aliadas ocupen el norte de Italia, Austria o Hungría, el Mando Supremo aliado tiene la intención de imponer el Gobierno militar aliado en la zona que antes de la guerra estaba bajo dominio italiano, lo que deja en suspenso automáticamente la soberanía italiana. El gobernador militar será el general al mando de los ejércitos aliados en la zona. La zona permanecerá bajo la administración directa aliada hasta que su situación haya quedado decidida por medio de negociaciones entre los Gobiernos interesados.

2. Este Gobierno militar directo aliado es necesario para salvaguar-

dar las bases y las líneas de comunicación de las tropas aliadas de ocupación que estén en la Europa Central.

3. Como las fuerzas aliadas de ocupación tendrán que ser abastecidas por el puerto de Trieste, será necesario que las líneas de ocupación estén protegidas por tropas británicas en la ruta Liubliana-Maribor-Gratz.

4. El Mando Supremo aliado espera de las autoridades yugoeslavas que cooperarán con él en llevar a cabo esta política y tiene intención de permanecer en estrecho contacto con ellas.

Tito me había escrito una carta protestando de estas propuestas. Cuando volvimos a reunirnos, el 13 de agosto, en presencia de míster Stevenson, embajador británico en Yugoeslavia, y del doctor Subasic, dije que era una cuestión relacionada con el curso de las operaciones que necesitaba ser sometida a un profundo estudio y a íntimas consultas con el Presidente norteamericano. La situación de Istria, que seguía siendo italiana, no podía ser prevista. Podía ser conveniente despojarla de la soberanía italiana, pero esta decisión tendría que tomarse en la Conferencia de la Paz. o, si ésta no se celebraba, en una reunión de las principales Potencias, en la cual Yugoeslavia expondría sus reivindicaciones. El Gobierno de los Estados Unidos se oponía a hacer modificaciones territoriales en tiempo de guerra, y no debíamos desalentar a los italianos más de lo imprescindible porque ahora nos estaban prestando una útil colaboración en la guerra. Por lo tanto, la mejor solución era que el territorio fuese administrado por un Gobierno militar aliado cuando se rescatara de manos de los alemanes.

Tito dijo que él no podía aceptar una administración civil italiana y señaló que su Movimiento de Liberación Nacional controlaba ya muchas de aquellas zonas y debería, al menos, estar asociado a otros en la administración. El y Subasic acordaron enviarnos un memorándum conjunto sobre la cuestión de Istria, y por el momento la cuestión quedó así.

Después hablamos del medio de crear una Marina yugoeslava unida, así como el modo de enviar a Tito tanques ligeros, lanchas torpederas y artillería. Dije que haríamos todo lo posible, pero le advertí que perderíamos interés si la lucha que tenía lugar en Yugoes-

lavia degeneraba en una simple guerra civil y la guerra contra los alemanes se convertía en algo secundario.

Ya me había referido a esto en una nota que había enviado a Tito el 12 de agosto. Veamos ahora las sugerencias de este documento, redactado en los siguientes términos:

> Es deseo del Gobierno de Su Majestad ver un Gobierno yugoeslavo unido, en el que estén representados todos los yugoeslavos que luchan contra el enemigo, así como una reconciliación entre el pueblo servio y el Movimiento de Liberación Nacional.
>
> 2. El Gobierno de Su Majestad tiene intención de continuar, y, si es posible, aumentar, el envío de material de guerra a las fuerzas yugoeslavas, ahora que se ha llegado a un acuerdo entre el Gobierno real de Yugoeslavia y el Movimiento de Liberación Nacional. Espera que, en compensación, el mariscal Tito contribuya eficazmente a la unificación de Yugoeslavia, incluyendo en la declaración que ha acordado hacer con el Primer Ministro yugoeslavo, no sólo que no se propone imponer el comunismo al país, sino también que no hará uso de la fuerza armada del Movimiento para influir en la libre expresión de la voluntad del pueblo sobre el futuro régimen del país.
>
> 3. Otra aportación que el mariscal Tito podría hacer en bien de la causa común, sería acceder a entrevistarse con el rey Pedro, preferentemente en suelo yugoeslavo.
>
> 4. Si sucediera que una parte de las grandes cantidades de municiones enviadas por el Gobierno de Su Majestad fuera empleada en luchas fratricidas y no para la propia defensa, ello afectaría a toda la cuestión del aprovisionamiento aliado, ya que no deseamos vernos mezclados en las diferencias políticas yugoeslavas.
>
> 5. Desearíamos que la Marina real y la Aviación yugoeslavas trabajaran por la liberación nacional, pero esto no podrá hacerse a no ser que se tenga antes la consideración debida al Rey, a la bandera constitucional y exista la más estrecha unión entre el Gobierno y el Movimiento.
>
> 6. El Gobierno de Su Majestad, aunque siente la mayor admiración por el mariscal Tito y sus valientes fuerzas, no cree que se hayan tenido debidamente en cuenta la fuerza y los derechos del pueblo servio ni la ayuda que el Gobierno de Su Majestad ha prestado y seguirá prestando.

Los yugoeslavos protestaron de mi insinuación de que el movimiento partisano estaba divorciado del pueblo servio. Yo no insistí sobre este punto, sobre todo porque Tito había afirmado que estaba dispuesto a hacer más tarde una declaración pública negando

que tuviera intención de imponer el comunismo en Yugoeslavia después de la guerra. A continuación hablamos de una posible entrevista entre él y el rey Pedro. Yo le dije que la democracia había florecido en Inglaterra bajo una monarquía constitucional y que creía que la posición internacional de Yugoeslavia sería más fuerte con un Rey que bajo una República. Tito repuso que su país había tenido una triste experiencia con su Rey y que pasaría mucho tiempo antes de que se olvidaran las relaciones entre el rey Pedro y Mihailovich. En principio no tenía ninguna objeción que hacer a la idea de entrevistarse con el Rey, pero creía que aún no era el momento. Por lo tanto, acordamos que él y el doctor Subasic decidieran cuál era la ocasión oportuna para la celebración de aquella entrevista.

* * * * *

Por la noche ofrecí una cena a Tito. El mariscal seguía embutido en su ajustada guerrera con adornos de oro y sudaba copiosamente. Yo me alegré de llevar únicamente un traje de dril blanco.

Después informé al Presidente de los resultados de mis conversaciones.

El Primer Ministro al presidente Roosevelt. 14-VIII-44.

Estos dos últimos días he celebrado entrevistas con el mariscal Tito y el Primer Ministro yugoeslavo. Les dije a ambos que nosotros queremos únicamente que combinen sus recursos a fin de fundir al pueblo yugoeslavo en un solo instrumento para la lucha contra Alemania, que nuestro objetivo es la formación de una Yugoeslavia estable e independiente y que la creación de un Gobierno yugoeslavo unido es un paso hacia este objetivo.

2. Los dos jefes llegaron a un acuerdo satisfactorio en una serie de importantes cuestiones. Acordaron que todas las fuerzas navales yugoeslavas estarían desde ahora unidas en la lucha, bajo una bandera común. Este acuerdo entre el Primer Ministro yugoeslavo y el mariscal Tito nos permitirá aumentar con más confianza nuestros envíos de material de guerra a Yugoeslavia.

3. Acordaron los dos publicar simultáneamente una declaración dentro de unos días, que espero sirva para fortalecer e intensificar el esfuerzo bélico de Yugoeslavia. Hoy se van los dos juntos a Vis para continuar sus conversaciones.

4. He informado al mariscal Stalin del resultado de estas entrevistas.

* * * * *

Durante aquellos tres días de estancia en Nápoles, mezclé el placer con el deber. El almirante Morse, que mandaba las fuerzas navales, me llevaba todo los días de excursión en su falúa, siendo la atracción principal un baño de mar. La primera vez fuimos a la isla de Ischia, con sus fuentes termales, y a la vuelta nos cruzamos con un largo convoy de tropas norteamericanas que se dirigían a la Riviera. Todos los barcos iban abarrotados de hombres, y cuando pasamos por su lado nos vitorearon con entusiasmo. No sabían que si yo hubiera salido con la mía, navegarían en distinta dirección. No obstante, me sentí orgulloso de saludar a aquellos valientes soldados. También visitamos Capri. Yo no había visto nunca la Gruta Azul, que me pareció un milagro de agua transparente y brillante del azul más intenso y vivo.

Nos bañamos en una pequeña y cálida playa y almorzamos en una fonda. Intenté recordar todo lo que sabía sobre el emperador Tiberio, que hacía escogido Capri para establecer un agradable Cuartel General desde donde gobernar el mundo.

Aquellos días, aparte de los asuntos serios, constituyeron unas vacaciones llenas de sol.

* * * * *

En la tarde del 14 de agosto salí para Córcega en el Dakota del general Wilson, a fin de presenciar el desembarco de la operación «Yunque» que con tanto ardor había tratado de impedir, pero al que deseaba toda clase de éxitos. Hicimos un vuelo agradable, hasta Ajaccio, en cuyo puerto se habían apostado el general Wilson y el almirante John Cunningham a bordo de un buque en el que estaba instalado el Cuartel General británico. El aeropuerto era muy pequeño y la entrada no resultaba fácil, pero el piloto era excelente. Tenía que entrar entre dos escarpaduras y su ala de babor estaba a unos quince pies escasos de una de ellas. El ge-

neral y el almirante me llevaron a bordo y de nuevo pasamos la tarde hablando de nuestros asuntos. Yo había de zarpar al amanecer en el destructor británico *Kimberley*. Llevé conmigo a dos miembros de la Administración americana, el general Somervell y míster Patterson, secretario adjunto de Guerra, que estaban allí para contemplar el resultado de la aventura. El capitán Allen, a quien he agradecido la ayuda que me ha prestado en este libro, fué enviado por el almirante para evitar que nos metiéramos en dificultades. Navegamos durante cinco horas antes de alcanzar la línea de acorazados que a unas quince mil yardas estaban cañoneando la costa. Y me enteré entonces por el capitán Allen de que no podíamos acercarnos más del límite de diez mil yardas, por temor a las minas. Si yo lo hubiera sabido cuando pasamos junto al *Ramillies*, que disparaba a intervalos, hubiera pedido un bote y habría ido a tierra con él. Pero tal como estaban las cosas, no nos acercamos más que a unas siete mil yardas. Allí vimos las largas filas de barcos llenos de tropas de asalto americanas que llegaban continuamente a la bahía de St. Tropez. Por lo que yo pude ver y oír, no se hizo un solo disparo contra las flotillas que se acercaban ni contra las playas. Los acorazados habían cesado de disparar, ya que allí no parecía haber nadie. Entonces volvimos a Ajaccio. Al menos yo me había mostrado cortés respecto a «Yunque», y me pareció conveniente haber estado cerca del escenario de acción para demostrar que me interesaba por ella. A la vuelta descubrí en el camarote del capitán una amena novela, *Grand Hotel*, que me mantuvo de buen humor hasta que me reuní con el Comandante Supremo y el Comandante en Jefe de la Armada, que habían pasado un día igualmente aburrido sentados en la cámara de popa.

El 16 de agosto llegué de nuevo a Nápoles, donde descansé aquella noche antes de encontrarme con Alexander en el frente. Telegrafié al Rey, de quien había recibido un cariñoso telegrama.

El Primer Ministro al Rey. 17-VIII-44.

Con humilde respeto.

Desde mi alejado punto de vista, la operación «Dragón» pareció efectuarse con la mayor facilidad. Los interrogantes que surgen ahora

son saber cuánto tiempo se tardará en el avance, primero hasta Marsella y después por el valle del Ródano, y de qué modo estas operaciones estarán relacionadas con las operaciones mucho mayores y posiblemente más decisivas que se llevan a cabo en el Norte [Normandía].

2. Hoy salgo para el Cuartel General de Alexander. Es de la mayor importancia que nos aseguremos de que el ejército de Alexander no ha quedado tan debilitado y reducido que no pueda trazar un plan de campaña. Esto hará necesaria la celebración de una conferencia a la misma escala que la «Cuadrante» y en el mismo lugar [Quebec].

3. He recuperado todo mi vigor gracias al cambio, el movimiento y el tiempo cálido. Espero ver a varias personas, incluyendo a Papandreu, en Roma, a donde creo llegaré el día 21. Deseo expresar a Vuestra Majestad el placer y el aliento que el mensaje de Vuestra Majestad me ha hecho experimentar.

Y al general Eisenhower:

El Primer Ministro al general Eisenhower (Francia). 18-VIII-44.

Sigo con entusiasta atención el magnífico desarrollo de las operaciones en Normandía y en Anjou. Una vez más le envío mis sinceras felicitaciones por los maravillosos resultados obtenidos y mis votos por una relevante victoria. Entre otras cosas, ha conseguido usted distraer fuerzas enemigas del ataque, gracias a «Dragón». Ayer presencié desde lejos este desembarco. Todo lo que he sabido me hace admirar la perfecta precisión con que se llevó a cabo el desembarco, así como la íntima colaboración entre las fuerzas y los organismos británico-americanos. Espero poder visitar a usted y a Montgomery antes de que acabe el mes. Entonces habrán ocurrido muchas cosas. Me parece que los resultados podrían muy bien eclipsar todas las victorias rusas hasta el presente. Mis mejores deseos para usted y Bedell.

* * * * *

Como broche final de este capítulo haré un bosquejo de las operaciones «Yunque»-«Dragón».

Para llevar a cabo el ataque, se había formado el VII Ejército, al mando del general Patch. Consistía en siete divisiones francesas y tres divisiones norteamericanas, así como una división mixta aerotransportada inglesa y americana. Las tres divisiones americanas comprendían el VI Cuerpo de Ejército del general Truscott, que había

formado parte importante del V Ejército del general Clark en Italia. Además, se restaron para la expedición al mando de Alexander, cuatro divisiones francesas y una parte considerable de fuerzas aéreas.

La nueva expedición se organizó desde Italia y el norte de Africa, utilizándose Nápoles, Tarento, Brindisi y Orán como principales puertos de embarque. Durante todo el año se habían hecho grandes preparativos para convertir a Córcega en una base aérea avanzada y utilizar Ajaccio como puerto de carga para los buques de desembarco que, procedentes de Italia, acudían a participar en la operación. Todos estos preparativos dieron entonces el fruto deseado. Bajo el Comandante en Jefe, almirante sir John Cunningham, el ataque marítimo fué confiado al vicealmirante Hewitt, de la Marina de los Estados Unidos, que había tenido mucha experiencia en operaciones similares en el Mediterráneo. El teniente general Eaker, de las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos, mandaba las fuerzas aéreas, con el mariscal del Aire Slessor como segundo.

Los navíos de desembarco restringían el primer desembarco marítimo a tres divisiones, y los americanos, que tenían más experiencia, iban a la cabeza de la expedición. Las defensas costeras eran fuertes, pero el enemigo era poco numeroso y algunas de sus fuerzas de escasa calidad. En junio había habido catorce divisiones alemanas en el sur de Francia, pero cuatro de ellas habían sido enviadas al frente normando y sólo quedaban diez para defender las doscientas millas de costas. De estas divisiones, sólo tres estaban situadas cerca de las playas en que se efectuó el desembarco. El enemigo andaba también escaso de aviones. Contra nuestro total de cinco mil en el Mediterráneo, dos mil de los cuales tenían sus bases en Córcega y Cerdeña, sólo podía oponer unos doscientos aparatos, los cuales fueron maltratados en los días anteriores a la invasión. Bajo el dominio alemán en el sur de Francia, más de veinticinco mil hombres de la Resistencia francesa estaban dispuestos a alzarse. Nosotros les habíamos enviado armamento y, como en tantas otras partes de Francia, habían sido organizados por hombres y mujeres entrenados para este fin en Inglaterra durante los últimos tres años.

El poderío de las defensas enemigas requería un fuerte bombardeo preliminar, que se efectuó desde el aire sobre las playas de

desembarco durante los quince días anteriores, a lo largo de la costa y en conjunción con la Marina aliada, inmediatamente antes de la invasión. En ésta tomaron parte nada menos que seis acorazados, veintiún cruceros y cien destructores. Las tres divisiones estadounidenses, con los «comandos» americanos y franceses a su izquierda, desembarcaron en la mañana del 15 de agosto entre Cannes y Hyères. Gracias al bombardeo, al éxito de los planes de ocultación, a la continua protección de los cazas y a la buena labor del Estado Mayor, nuestras bajas fueron relativamente pocas. Durante la noche anterior la división aerotransportada había descendido en los alrededores de Le Muy, y pronto se estableció contacto con las fuerzas desembarcadas por mar.

A mediodía del 16 las tres divisiones americanas estaban en tierra. Una de ellas avanzó hacia el norte en dirección a Sisteron y las otras dos se dirigieron al noreste, hacia Avignon. El II Cuerpo de Ejército francés desembarcó inmediatamente detrás y avanzó hacia Tolón y Marsella. Las dos plazas estaban fuertemente defendidas, y aunque los franceses atacaban en número de cinco divisiones, los puertos no fueron totalmente ocupados hasta finales de mes. Las instalaciones sufrieron grandes destrozos, pero Port de Bouc había sido capturado intacto con ayuda de la Resistencia, y pronto empezaron a desembarcar en él los abastecimientos. Aquella fué una valiosa contribución de los franceses a las operaciones, bajo las órdenes del general de Lattre de Tassigny. Mientras tanto, los americanos habían avanzado de prisa, y el 28 de agosto habían rebasado Grenoble y Valence. El enemigo no hizo ningún intento serio para detener el avance, salvo la violenta lucha que tuvo lugar en Montélimar contra una división Panzer. La aviación táctica aliada los castigaba con dureza y destruía sus medios de transporte. El avance de Eisenhower desde Normandía les iba pisando los talones. El 20 de agosto alcanzó el Sena por Fontainebleau, y cinco días más tarde ya había dejado atrás Troyes. No es de extrañar, pues, que los elementos supervivientes del XIX Ejército alemán, que ascendían a cinco divisiones nominales, se retiraran apresuradamente dejando en nuestras manos cincuenta mil prisioneros. Lyon cayó el 3 de septiembre, Besançon el 8, y Dijon fué liberado el 11 por el

Movimiento de Resistencia. Aquel día «Dragón» y «Overlord» se dieron las manos en Sombernon. En el triángulo que quedaba al sudoeste de Francia, y apresados por estos avances concéntricos, quedaban los restos incomunicados del V Ejército alemán, con veinte mil hombres, que se entregaron sin resistencia.

* * * * *

Para resumir la historia de «Yunque»-«Dragón» diré que la propuesta original hecha en Teherán en noviembre de 1943 era efectuar un ataque al sur de Francia para ayudar a descargar pesos de «Overlord» [el desembarco en Normandía]. La fecha había de ser la semana anterior o la semana posterior al Día D. Pero todo ello hubo de cambiarse a causa de lo que sucedió en el intervalo. La amenaza latente del Mediterráneo bastó para mantener diez divisiones alemanas en la Riviera. Solamente Anzio había significado que el equivalente a cuatro divisiones enemigas se había perdido para otros frentes. Cuando, con la ayuda de Anzio, todo nuestro frente de batalla avanzó, tomó Roma y amenazó la Línea Gótica, los alemanes enviaron apresuradamente otras ocho divisiones a Italia. El retraso en la ocupación de Roma y en el envío de buques de desembarco desde el Mediterráneo para ayudar a «Overlord», causó el aplazamiento de «Yunque»-«Dragón» hasta mediados de agosto, o sea dos meses más tarde de lo que se había pensado. Por tanto, no afectó en manera alguna a «Overlord». Cuando se inició la operación, que ya iba con retraso, no se consiguió atraer al enemigo hacia el sur, retirándolo del teatro de batalla de Normandía. Por lo tanto, ninguna de las razones que habíamos tenido presentes en Teherán tuvo nada que ver con lo que se hizo, y «Dragón» no produjo ninguna dispersión de las fuerzas que se oponían al general Eisenhower. En realidad, en vez de ayudarle, fué él quien ayudó a amenazar la retaguardia de los alemanes que se retiraban siguiendo el valle del Ródano. No pretendo con esto negar que la operación, tal como se efectuó, ayudó mucho al general Eisenhower, pero fué por la llegada de otro ejército en su flanco derecho y por la apertura de otra línea de comunicaciones en aquel sentido. Pero lo

cierto es que para lograr esto hubo que pagar un precio muy elevado. El ejército de Italia se vió privado de la posibilidad de dar un golpe formidable a los alemanes, y muy posiblemente se le quitó también la oportunidad de llegar a Viena antes que los rusos, con todo lo que esto hubiera significado en el futuro. Sin embargo, una vez que se tomó la decisión final, presté, como es natural, todo mi apoyo a la operación «Dragón», aunque había hecho todo lo posible para reducirla o desviarla.

* * * * *

Por aquella época recibí algunos mensajes muy significativos de Smuts, que se hallaba de vuelta en El Cabo. Siempre había estado de total acuerdo con mis puntos de vista sobre «Dragón». «Pero», escribía ahora (el 30 de agosto) «por favor, no dejen que la estrategia absorba toda su atención en perjuicio de los grandes acontecimientos que están empezando a formarse».

«*De ahora en adelante será muy conveniente no perder de vista ni un momento todos los asuntos que puedan repercutir sobre el ajuste futuro de Europa. Este es el resultado crucial del que dependerá durante generaciones el futuro del mundo. Su visión, su experiencia y su gran influencia podrán ser factores importantes en su solución* (1).»

Durante los años posteriores a la guerra se me ha acusado de insistir después de Teherán, y especialmente durante las semanas de que me ocupo, en una invasión aliada de los Balcanes en gran escala, desafiando el modo de pensar de los americanos sobre la gran estrategia de la guerra.

La esencia de mi punto de vista, tantas veces expresado, está contenida en la siguiente respuesta que envié a Smuts después de recibir sus mensajes:

El Primer Ministro al mariscal de campo Smuts. 31-VIII-44.

El éxito local de «Dragón» ha entusiasmado a los americanos, que

(1) Cursiva del autor.

se proponen utilizar esta ruta para recibir todos sus refuerzos. Naturalmente, se han hecho 45.000 prisioneros y se harán muchos más. Su plan actual, del que no permitirán que nadie les distraiga, es introducir todo un Grupo de Ejército por los puertos ocupados en vez de utilizar los del Atlántico, que son de mucho más fácil acceso.

«Mi objetivo es ahora», le decía, «conservar lo que tenemos ya en Italia, que debería bastar, puesto que el enemigo ha retirado cuatro de sus mejores divisiones. Con ello, espero romper la Línea Gótica, entrar en el valle del Po y, finalmente, avanzar por Trieste y la brecha de Liubliana hasta Viena. Aunque la guerra se acabara inmediatamente, he dicho a Alexander que esté preparado para efectuar un avance rapidísimo con tropas acorazadas.»

Capítulo VII

ROMA: EL PROBLEMA GRIEGO

Alexander se prepara para atacar la Línea Gótica. — El mariscal Smuts revisa la situación, 12 de agosto. — El 17 de agosto hago una visita al frente. — Dos días en Siena. — El debilitamiento del XV Grupo de Ejército. — Una visita al general Mark Clark. — Tristes pensamientos. — Vuelo a Roma el 21 de agosto. — Preparativos para liberar Grecia. — Mi telegrama al Presidente, 17 de agosto. — Su respuesta. — Una entrevista con M. Papandreu. — El futuro de la monarquía griega. — El 22 de agosto informo a míster Eden. — Mi entrevista con algunos políticos italianos. — Audiencia con el Papa Pío XII. — Su Alteza Real Príncipe Humberto, Teniente del Reino.

DURANTE las primeras semanas de agosto, Alexander hizo sus planes y reagrupó sus disminuídas fuerzas para atacar la zona principal de la Línea Gótica, con cuyas avanzadas ya había establecido contacto. Hábilmente situadas para poder aprovechar las dificultades naturales del terreno, las defensas principales cerraban firmemente todas las probables avenidas de aproximación desde el Sur, dejando agradablemente débiles sólo aquellos sectores que eran casi inaccesibles.

Las dificultades de lanzar el ataque directamente desde Florencia a Bolonia, a través de las montañas, saltaban a la vista. Alexander decidió que el VIII Ejército efectuara su movimiento principal por el lado del Adriático, donde una sucesión de valles fluviales, aunque difíciles de por sí, brindaba un terreno menos desfavorable, siempre que no lloviera intensamente. Kesselring no podía permitir que su franco oriental quedara envuelto, y que Bolonia, situada detrás de su frente principal, cayera en manos enemigas. Era seguro que, si nuestras tropas lograban avanzar, se vería obligado a reforzar su flanco, utilizando tropas del centro. Alexander, por lo tanto, planeó un ataque secundario que debía ser efectuado por el V Ejército de Mark Clark hacia Bolonia e Imola, y que sería iniciado cuando se hubieran empleado las reservas enemigas y el centro estuviera debilitado.

Rápidamente se llevaron a cabo los movimientos preparatorios de tropas y de fuerzas aéreas, con gran secreto, durante la tercera semana de agosto. Dejando al XIII Cuerpo Británico situado al este de Florencia, bajo el mando del V Ejército, se trasladaron dos Cuerpos del VIII Ejército hacia el este y se concentraron cerca de Pergola, a la izquierda del Cuerpo de Ejército Polaco. Cuando

el movimiento quedó terminado, Alexander podía contar para la batalla con el equivalente a veintitrés divisiones, de las cuales más de la mitad estaban con el VIII Ejército. Kesselring tenía veintiséis divisiones alemanas en buena forma y dos divisiones italianas reconstruídas y dispuso que diecinueve de estas divisiones se encargaran de la defensa de sus posiciones principales.

* * * * *

Smuts se dió perfecta cuenta de lo que estaba en juego, como lo demuestra el siguiente telegrama:

El mariscal Smuts al Primer Ministro. 12-VIII-44.

Sabiendo lo muy ocupado que está usted, me he abstenido de molestarle indebidamente con mis cartas. Yo también he estado muy ocupado con difíciles problemas locales. Me satisface saber que está usted una vez más en Italia, en íntimo contacto con ese importante sector de nuestra guerra frontal. Espero que haya tenido un viaje feliz y fructífero, deseándole también salud y energía para afrontar las agotadoras tareas que todavía le esperan.

2. Supongo que uno de los objetivos de su actual visita será fortalecer a Alexander, recuperando de forma drástica todas las fuerzas posibles en el teatro del Mediterráneo para cedérselas a él. Aun deben quedar por allí considerables fuerzas en reserva para el caso de contingencias que ahora ya no son importantes. La mejor forma de llegar rápidamente al fin, es concentrar nuestras fuerzas en un número reducido de teatros decisivos, uno de los cuales es el de Alexander. Ahora que el enemigo ha perdido Turquía y que Bulgaria se tambalea cada vez más, podemos permitirnos el lujo de olvidar los teatros para los que se han reservado grandes fuerzas en el Oriente Medio y reunir todo lo que tengamos para reforzar el movimiento de Alexander, que puede obtener muy grandes resultados, tanto en los Balcanes como en la fortaleza europea de Hitler. Yo reduciría las guarniciones en todos los demás puntos para mejorar las atractivas posibilidades que nos brinda este movimiento. Un frente que se extienda a lo largo de la Italia septentrional, el Adriático y la ruta que desde Trieste va a Viena, merece que concentremos todos nuestros esfuerzos y que empleemos en él a uno de los más hábiles generales que esta guerra ha producido. Estoy seguro de que tanto Wilson como Paget están de acuerdo en que ésta es la estrategia que debemos seguir para terminar nuestra gran labor y cosechar los frutos maduros de nuestras

grandes campañas del Mediterráneo. Cualquier ayuda adicional que yo pudiera prestar desde aquí, sería aérea, y ya he ofrecido el personal para un número de escuadrones extra, personal que procede de las Escuelas de Instrucción Aérea que estamos entrenando aquí en la Unión. Estoy suministrando ya personal sudafricano para algunos escuadrones de la R. A. F. y, utilizando esta fuente, creo que podré suministrar personal para otros seis escuadrones destinados a las operaciones de Alexander. Estamos llegando al fondo del saco de nuestras campañas de reclutamiento. Debido a la dispersión de nuestros hombres en muchas otras direcciones, lo único que puedo hacer por la Infantería es mantener al completo el personal de la VI División sudafricana. Mi ayuda aérea adicional sólo será posible si el Ministerio del Aire acepta la oferta que ya les he hecho. El Ministerio tiene los detalles.

Se ha alcanzado en la guerra una etapa decisiva, y la ofensiva general contra Alemania debe conducirnos este verano en los tres frentes principales a obtener un gran final. Si podemos mantener a todo trance la terrible ofensiva que hasta ahora ha sido un éxito, el final no puede demorarse, especialmente con lo que ahora sabemos sobre la situación interna del ejército alemán.

Me gustaría ver la correspondencia sobre «Dragón», por muy desconsoladora que sea. Tal como están las cosas ahora, el sur de Francia ha dejado de ser un teatro de verdadera importancia militar y las grandes fuerzas y recursos que habría que aportar para él tendrían poca influencia sobre las terribles decisiones a que se está llegando en otros puntos. Hasta dudo que el enemigo se molestara en enviar refuerzos.

* * * * *

El 17 de agosto por la mañana salí en coche para ir a ver al general Alexander. Me sentí encantado de verle por primera vez desde su victoriosa entrada en Roma. Me acompañó a lo largo de todo el antiguo frente de Cassino mostrándome cómo se había desarrollado la batalla y dónde habían tenido lugar los principales combates. El monasterio en ruinas dominaba la escena. Cualquiera podía darse cuenta de la importancia táctica de este señorial edificio situado en una roca llena de despeñaderos, que durante tantas semanas desempeñó su papel, deteniendo nuestro avance. Cuando terminamos, era ya hora de almorzar. Y en un agradable bosquecillo nos esperaba una mesa de campaña, junto a la cual me encontré con el general Clark y ocho o diez de los principales jefes británicos del

XV Grupo de Ejército. Alexander me llevó en su avión, que yo ya conocía, a Siena, la bella y famosa ciudad que yo había visitado en días pasados y tranquilos. De allí nos trasladamos a nuestro frente de batalla sobre el Arno. La orilla meridional del río era nuestra y la orilla norte de los alemanes. Ambos bandos habían hecho considerables esfuerzos para destruir lo menos posible, y el histórico puente de Florencia había sido respetado. Nos alojaron en un hermoso, pero desmantelado, castillo situado a pocas millas al oeste de Siena, donde pasé un par de días, la mayor parte de ellos trabajando en la casa, leyendo y dictando telegramas. Como es natural, durante todos estos viajes retuve a mi lado el personal más destacado de mi secretaría particular, así como el personal de cifra necesario, lo que me permitía recibir y contestar todos los mensajes a medida que iban llegando.

Alexander trajo consigo para que cenaran con nosotros a sus principales jefes, y me explicó a fondo sus dificultades y sus planes. El XV Grupo de Ejército había quedado muy desmantelado y debíamos abandonar todos los proyectos de gran alcance que habíamos acariciado. Seguía siendo nuestra obligación retener en nuestro frente al mayor número posible de unidades alemanas, y, si quería lograrse este propósito, se imponía lanzar una ofensiva. Pero los bien preparados ejércitos alemanes eran casi tan fuertes como los nuestros, formados de muchos contingentes de distintas razas. Se dispuso atacar a lo largo de todo el frente las primeras horas de la mañana del día 26. Nuestro apoyo derecho sería el Adriático y nuestro objetivo inmediato Rímini. Hacia el oeste y bajo el mando de Alexander, quedaba el V Ejército Americano, que aunque había sido mutilado y reducido para la operación «Yunque», avanzaría con ímpetu.

El 19 de agosto salí para visitar en Leghorn al general Mark Clark. Fué un largo viaje en coche, durante el cual nos detuvimos en muchos sitios para visitar brigadas y divisiones. Mark Clark me recibió en su cuartel general. Almorzamos al aire libre y a la orilla del mar, y en el curso de nuestras amistosas y confidenciales conversaciones me di cuenta de lo doloroso que debía de ser para los que mandaban este ejército tan bien organizado destruirlo dispersando

sus unidades. En una lancha torpedera recorrí el puerto, que tan a menudo había jugado un papel en nuestros asuntos navales, y después nos dirigimos a las baterías americanas. Se acababan de montar un par de cañones nuevos de nueve pulgadas y me pidieron que hiciera el primer disparo. Todo el mundo se alejó. Di un tirón al tiraflector, sonó una fuerte explosión, se produjo un retroceso y el puesto de observación informó que el proyectil había dado en el blanco. No pretendo alardear de puntería, y por eso he de hacer constar que no fuí yo quien apuntó. Después me rogaron que revistara y dirigiera la palabra a la brigada brasileña. Esta brigada era el núcleo avanzado de la división brasileña que acababa de llegar y, con las unidades negras y nipo-americanas, ofrecía un vistoso espectáculo.

Durante todo este tiempo estuve hablando con Mark Clark. El general parecía amargado porque a su ejército se le hubiera robado lo que él creía era una gran oportunidad, y yo no podía estar en desacuerdo. A pesar de ello, se lanzaría hacia adelante con todo su poder a la izquierda de los británicos y mantendría todo el frente en llamas. Ya era tarde y me sentía exhausto cuando llegué al castillo de Siena, a donde Alexander acudió de nuevo a cenar.

Cuando uno escribe cosas sobre el papel para decidir o explicar difíciles cuestiones que afectan a la acción, se produce una tensión mucho más profunda cuando las cuestiones se ven y se sienten en el propio terreno. Allí teníamos aquel espléndido ejército equivalente a veinticinco divisiones, de las cuales una cuarta parte eran americanas, reducido hasta tal punto, que ya no era lo suficientemente fuerte para poder obtener resultados decisivos contra el inmenso poder de la defensiva. Muy poquito más, la mitad de lo que nos habían quitado, y podríamos haber penetrado hasta el valle del Po, con todas las deslumbrantes posibilidades y recompensas que nos brindaba el camino abierto hacia Viena. Tal como estaba la cosa, nuestras fuerzas, totalizando aproximadamente un millón de hombres, sólo podían jugar un papel secundario en cualquier acción de estrategia directa. Podrían mantener ocupado al enemigo que tenían enfrente con el riesgo de una dura ofensiva. Por lo menos, podrían cumplir con su deber. Alexander mantenía su optimismo

de soldado, pero yo me acosté de un humor sombrío. En estos grandes asuntos, el fracasar en el intento de llevar a cabo la idea propia, no implica sacudirse la responsabilidad que entraña la adopción de una solución alterna.

* * * * *

Como la ofensiva de Alexander no podía iniciarse hasta el día 26, marché en avión a Roma la mañana del 21. Allí me esperaba otra serie de problemas y numerosos personajes con quienes tenía que entrevistarme. Brooke estaba ya allí, como también Peter Portal. Asimismo, desde El Cairo había llegado Walter Moine, que poco después había de caer bajo una bala asesina. También se hallaban presentes: Leeper, el jefe del Estado Mayor General Imperial, el jefe del Estado Mayor del Aire y nuestros embajadores en Egipto y Grecia. Se trataba de resolver, no lo que debía hacerse, lo que hubiera sido demasiado fácil, sino lo que tenía más probabilidades de ser aceptado tanto en Inglaterra como entre los aliados.

En primer lugar tenía que resolver la crisis griega, que estaba pendiente y que había sido una de las principales razones de mi visita a Italia. El 7 de julio, el rey de Grecia había telegrafiado, desde El Cairo, que después de dos meses de «argumentos fútiles y marrulleros», los extremistas del E. A. M. habían repudiado el acuerdo del Líbano firmado por sus dirigentes el mes de mayo . Nos rogaba que declaráramos una vez más nuestra intención de apoyar al gobierno de Papandreu, porque representaba a la mayoría de la nación griega, excepto a los extremistas, y porque era el único organismo que podría evitar la guerra civil y unir al país contra los alemanes. También nos pedía que denunciáramos al E. L. A. S. y retiráramos las misiones militares que les habíamos enviado para ayudarles a luchar contra Hitler. El Gobierno británico se mostró de acuerdo en apoyar a M. Papandreu, pero después de una larga conversación celebrada el 15 de julio con el coronel Woodhouse, jefe británico que estaba sirviendo con las misiones en Grecia, con-

sentí en que continuaran allí por el momento. Woodhouse me argumentó que eran un valioso freno sobre el E. A. M. y que el retirarlas podría resultar difícil y peligroso. Yo temía que un día fuesen retenidas como rehenes y pedí que se redujera su número.

Los rumores de una evacuación de Grecia por los alemanes crearon un ambiente de gran excitación y discordia en el Gabinete de M. Papandreu, y revelaron la frágil y falsa cimentación sobre la que se apoyaba la acción común. Todo ello hacía aun más necesario que yo me entrevistara con Papandreu y sus hombres de confianza.

Antes de abandonar Londres, envié los siguientes telegramas:

El Primer Ministro al ministro de Asuntos Exteriores. 6-VIII-44.

No cabe duda de que debemos decir a M. Papandreu que continúe como Primer Ministro desafiando a todos. El comportamiento del E. A. M. es absolutamente intolerable. Es evidente que sólo buscan la comunistización de Grecia aprovechando la confusión de la guerra, sin permitir al pueblo que decida haciendo uso de cualquiera de las formas aceptadas por la democracia.

2. No podemos elevar a un hombre, como hemos hecho con Papandreu, y luego permitir que sea arrojado a los lobos al primer gruñido de los miserables bandidos griegos (comunistas). Aunque el mundo está ahora en una situación muy difícil, no vamos a facilitar nada abandonando a la gente a quien hemos impulsado, mediante promesas de apoyo, a lanzarse a una acción seria...

4. Si las cosas fueran mal y el E. A. M. obtuviera el dominio de la situación, tendríamos que volver a estudiar la posibilidad de mantener allí nuestra misión y enfrentar decididamente al pueblo griego contra el bolchevismo. A mi juicio, el caso se resume de la forma siguiente: o apoyamos a Papandreu, si es necesario por la fuerza como hemos acordado, o nos desinteresamos por completo de Grecia.

También advertí a nuestros jefes de Estado Mayor.

El Primer Ministro al C. I. G. S. 6-VIII-44.

Pudiera ser que dentro de un mes aproximadamente tuviéramos que situar diez o doce mil hombres en Atenas, con unos cuantos carros, cañones y vehículos acorazados. Tienen ustedes una división en Inglaterra compues-

ta de más de 13.000 hombres. Esta fuerza podría embarcarse ahora y probablemente llegaría a tiempo por la crisis, de grandes consecuencias para la política del Gobierno de Su Majestad. Esta fuerza podría ser apoyada por tropas de los aeropuertos del Delta y por lo que recojamos del sobrante de los 200.000 hombres que tenemos en Egipto.

2. Repito que no se trata de dominar Grecia ni de alejarse de las inmediaciones de Atenas, pero esta ciudad es el centro del Gobierno y, por lo tanto, con sus accesos debe ser asegurada. Los «Bren gun carriers» (1) serían muy útiles. Si se les ocurre un plan mejor, comuníquenmelo.

3. Es de suponer que los alemanes se han ido o se están deslizando hacia el norte, y que una fuerza desembarcada en El Pireo sería bien recibida por la gran mayoría de la población de Atenas, incluyendo todas las personalidades notables. Este proyecto debe quedar envuelto en el máximo secreto. Todo el asunto será debatido el martes o el miércoles en una conferencia del Estado Mayor a la que asistirán los ministros.

4. Tienen ustedes que darse cuenta de que el tiempo es más importante que la cantidad, y que 5.000 hombres en cinco días valen más que 7.000 en siete días. Claro está que no se espera que esta fuerza sea móvil. Les ruego que a la primera oportunidad se pongan en contacto conmigo.

Los asuntos se solventaron, pues, en este sentido.

* * * * *

Después de llegar a Nápoles, me dispuse a tomar las medidas necesarias.

El Primer Ministro (Italia) al ministro de Asuntos Exteriores. 16-VIII-44

No sé, y conscientemente nunca he podido mostrarme de acuerdo, que el Gobierno británico haya decidido aconsejar al rey de Grecia que no vuelva a su país hasta que se haya celebrado un plebiscito, sino que retorne a Londres. Sería mucho mejor ver cómo se desarrollan los acontecimientos, sobre todo porque es posible que hasta dentro de muchos meses no pueda celebrarse un plebiscito con orden. Quizá el nuevo Gobierno de Papandreu, una vez instalado con seguridad en Atenas, pueda estar preparado para invitar al Rey, que, como es natural, no deberá salir para Grecia inmediatamente, sino que deberá permanecer en El Cairo esperan-

(1) «Bren gun carriers»: Carro ligero sobre orugas, descubierto, que transporta media escuadra y un fusil ametrallador. — *N. del T.*

do los acontecimientos. Puedo entrevistarme con Papandreu en Roma el 21, fecha en que estaría presente míster Leeper (1).

Respecto a nuestra expedición a Grecia, el general Wilson y su Estado Mayor ya están tomando las medidas necesarias para cumplimentar el telegrama de los jefes de Estado Mayor que he leído... He insistido mucho en que la operación debe sér considerada como de diplomacia reforzada y de policía, más bien que como una verdadera campaña, y que ha de limitarse a Atenas con un posible destacamento en Salónica.

Tan pronto como los 1.500 paracaidistas británicos hayan asegurado la zona de desembarco, el Gobierno griego les seguirá, y en el plazo de muy pocas horas deberá estar ya en funciones en Atenas, donde el pueblo probablemente recibirá a los paracaidistas británicos con entusiasmo. La llegada de los paracaidistas a las proximidades de Atenas podría efectuarse en plan de sorpresa, y podría muy bien hacerse antes de que el E.A.M. haya dado algún paso para apoderarse de la capital. Se podría confiar en los dos escuadrones griegos de aviación para que actúen como partes de la fuerza aérea mencionada, pero esto ya se acordaría más tarde.

Nuestra pequeña expedición, que no debe ser superior a 10.000 hombres, saldría de Alejandría o del talón de Italia aproximadamente la misma fecha en que se produciría el lanzamiento de paracaidistas, y después de entrar en El Pireo, previo barrido de minas, revelaría a los paracaidistas, que serían necesarios en otros puntos. Debe estudiarse muy cuidadosamente la cuestión de la fecha. De lo que no cabe duda es de que debemos llegar allí primero para lograr así otro desembarco sin oposición.

Si se dispone de los dragaminas, y especialmente si hay un Gobierno amigo instalado en Atenas, el largo proceso de limpiar todas las minas en los accesos a El Pireo, proceso en que tanto ha intervenido el comandante en jefe del Mediterráneo, podría efectuarse en unos pocos días. El comandante en jefe quiere disponer de un mes para poder llevar a cabo todos los preparativos necesarios.

Claro está que en un Estado Mayor conjunto angloamericano, los americanos deben participar en el planeamiento de una operación de este tipo. Hasta ahora, ha participado siempre en todos los proyectos que se han trazado para integrar a Grecia en los planes generales de postguerra del Mediterráneo. Para la operación harán falta portaaviones norteamericanos, y tendremos que sacar de «Dragón» unos cuantos dragaminas. Dados los grandes recursos navales de que disponemos, esto no debe resultar demasiado difícil.

También telegrafié al Presidente:

(1) Nuestro embajador en Grecia.

El Primer Ministro al presidente Roosevelt. 17-VIII-44.

Siempre hemos marchado unidos y en completo acuerdo sobre la política a seguir en Grecia, y quiero hablarle de un punto muy importante. El Gabinete de Guerra y el ministro de Asuntos Exteriores están muy preocupados por lo que sucederá en Atenas y en toda Grecia cuando los alemanes se derrumben y sus divisiones traten de evacuar el país. Si se deja transcurrir un plazo largo entre la marcha de las autoridades alemanas de la ciudad y la llegada u organización de un Gobierno, es muy probable que el E. A. M. y los extremistas comunistas intenten apoderarse de la ciudad e impedir cualquier otra forma de expresión griega que no sea la propia.

2. Usted y yo siempre hemos convenido que los destinos de Grecia están únicamente en manos del pueblo griego, y que se dará a este pueblo la oportunidad total de decidir entre Monarquía o República, en cuanto se haya restaurado la tranquilidad. No creo que a usted le guste la idea, como tampoco me gusta a mí, de un futuro de caos y combates callejeros, ni la creación de un tiránico Gobierno comunista. Esto serviría únicamente para retrasar y dificultar los planes de la U. N. R. R. A. para distribuir ayuda entre el tan necesitado pueblo griego. Creo, por tanto, que debemos hacer preparativos a través del Estado Mayor aliado en el Mediterráneo para tener preparada una fuerza británica que no excederá de 10.000 hombres, que pueda ser enviada por los medios más rápidos a la capital, cuando llegue el momento oportuno. Esta fuerza incluiría tropas de paracaidistas, para las cuales necesitaremos la ayuda de su aviación. Por mi parte, no creo que vaya a pasar nada hasta dentro de un mes o quizá más, pero siempre es bueno estar preparados. Por lo que yo veo, no creo que haya ninguna dificultad insuperable. Espero, por tanto, que esté usted de acuerdo en que los preparativos sean llevados a cabo en la forma normal por los Estados Mayores de aquí. Si es así, los jefes de Estado Mayor británicos someterán a los jefes del Estado Mayor combinado un proyecto de instrucciones para el general Wilson.

Su respuesta, que llegó más de una semana después, era decisiva:

El presidente Roosevelt al Primer Ministro. 22-VIII-44.

No tengo nada que objetar a que usted vaya haciendo preparativos para tener dispuesta una fuerza británica suficiente para mantener el orden en Grecia cuando las fuerzas alemanas evacúen el país. Tampoco hay objeción alguna a que el general Wilson emplee los aviones ameri-

Los habitantes de Bruselas reciben alborozados a las tropas británicas.

Una de las sesiones de la Conferencia de Yalta.

Stalin y Churchill durante una pausa en la Conferencia de Yalta.

canos de transporte de que pueda disponer en aquel momento, y que puedan ser distraídos de sus otras operaciones.

* * * * *

En Roma, al anochecer del 21 de agosto, me entrevisté con M. Papandreu. Me dijo que el E. A. M. se había unido a su Gobierno porque los británicos habían adoptado una actitud firme hacia ellos, pero que el Estado griego todavía no tenía armas ni policía. Solicitó nuestra ayuda para unificar la resistencia griega contra los alemanes. Actualmente, sólo tenía armas la gente que no convenía que las tuviera, y era una minoría. Le dije que no podía comprometerme a enviar tropas británicas a Grecia, y que ni siquiera la posibilidad de este hecho debía ser discutida en público, pero le aconsejé que sacase inmediatamente a su Gobierno de El Cairo, lugar que estaba envuelto en una atmósfera de intriga, y lo trasladase a algún punto de Italia situado cerca del Cuartel General del Comandante Supremo aliado. El accedió a hacerlo así.

En aquel momento se nos unió lord Moyne y la conversación versó sobre la situación del rey de Grecia. Dije que no hacía falta que hiciera nuevas declaraciones, porque ya había dicho que seguiría el consejo de su Gobierno respecto a su vuelta a su país. Los sentimientos de la nación británica hacia él eran amistosos, dada su conducta en los momentos difíciles de nuestras respectivas historias. No teníamos intención alguna de intervenir en el solemne derecho del pueblo griego a elegir entre Monarquía y República, pero tenía que ser el pueblo griego en conjunto, y no un puñado de doctrinarios, el que decidiera un paso tan importante. Aunque personalmente mi lealtad se inclinaba hacia la Monarquía constitucional que había tomado forma en Inglaterra, el Gobierno de Su Majestad era totalmente indiferente a la forma en que este asunto fuera resuelto en Grecia, siempre y cuando se hiciere por medio de un plebiscito justo.

Hice observar que ya que el E.A.M. había cesado de exigir su retirada y estaba solicitando unirse a él, Papandreu era la cabeza de un verdadero Gobierno nacional, pero le previne contra las in-

fluencias subversivas. Estuvimos de acuerdo en que los revolucionarios griegos no debían tener plena libertad en aquel momento crucial de la guerra, y que debíamos esperar y ver cómo ellos y sus representantes se comportaban antes de enviar más armas al E. L. A. S. En cambio, debíamos tratar de formar un Ejército nacional griego.

M. Papandreu se quejó también de que los búlgaros ocupaban todavía suelo griego. Le dije que les daríamos órdenes de que retrocedieran a sus propias fronteras en cuanto pudiéramos estar seguros de que nos obedecerían, pero que las reivindicaciones griegas contra ellos allí y en el Dodecaneso tendrían que esperar a que se acabara la guerra. Mientras tanto, haríamos todo lo posible por ayudar y reconstruir su país, que tanto había sufrido y que merecía el mejor trato posible. Ellos también tendrían que colaborar en la labor, y lo mejor que podía hacer Papandreu era crear en Grecia un Gobierno griego. Los demás asuntos tendrían que esperar el advenimiento de la paz.

* * * * *

Referí a Eden todo el asunto:

El Primer Ministro (Roma) al ministro de Asuntos Exteriores. 22-VIII-44.

Por razones que comprenderá usted más tarde, volveré junto al ejército de Alexander la noche del 22 al 23, y espero hallarme en Chequers el domingo próximo, a tiempo para los maitines.

2. Esperamos efectuar algunas simplificaciones en los mandos militares de aquí, y el C. I. G. S. está trabajando en colaboración con Alexander y más tarde trabajará con Wilson para asegurar al máximo la posición única que tiene Alexander en Italia.

3. En cuanto al rey de Grecia, ninguno de ellos quiere que haga ahora una nueva declaración. Respecto a su propuesta de volver a Londres, le he aconsejado que espere hasta ver a M. Papandreu cuando regrese, y que luego venga aquí (Londres). Más tarde podrá estudiarse la conveniencia de hacer una visita a Italia, con ocasión de la cual podría revisar la ya depurada y arrepentida Brigada griega en Italia, especialmente cuando esté en línea.

4. Me agrada Papandreu, y reportará grandes ventajas al hecho de

que el Gobierno griego abandone el ambiente de El Cairo. Creo que será bueno evitar en Grecia una alarma de amigos y enemigos, cosa que puede lograr su movimiento. Pero aunque aquí, bajo mi dirección y siguiendo los deseos expresados por usted, los asuntos militares siguen siendo preparados y resueltos, no se puede dar una fecha fija, sino que debe ajustarse a nuestras demás necesidades, a no ser que cambie la situación. No puedo estar dispuesto a actuar antes de un mes, pero a partir de entonces podremos saltar cuando nos parezca. Moyne está trabajando esta mañana con el general Wilson subdividiendo los departamentos que quedan y los que vienen a Italia. Desde luego, las organizaciones internacionales y los depósitos permanecerán donde están.

Me complace que haya estado usted en Francia estos días apasionantes y decisivos.

* * * * *

En Roma, me alojé en la Embajada, y nuestro embajador, sir Noel Charles, y su esposa se esforzaron en ayudarme en mi trabajo y en procurarme toda clase de comodidades. Guiado por su consejo, me entrevisté con las principales figuras que sobrevivían de las ruinas de la política italiana producida por veinte años de dictadura, una guerra desastrosa, la revolución, la invasión, la ocupación, el control aliado y otros males. Entre otras personas, conversé con el «signor» Bonomi y con el general Badoglio, y también con el camarada Togliatti, que había vuelto a Italia a principios de año, después de una larga permanencia en Rusia. Se invitó a todos los jefes de los partidos italianos para entrevistarse conmigo. Ninguno tenía mandato electoral, y los nombres de sus partidos, desenterrados del pasado, se habían elegido con la vista puesta en el futuro. «¿Cuál es su partido?», pregunté a un grupo. «Somos los comunistas cristianos», respondió su jefe. No pude por menos que comentar: «Ha de constituir un motivo de inspiración para su partido tener tan cerca las catacumbas». No parecieron entender la broma, y al recordar aquello temo que pensaran en las crueles ejecuciones en masa que los alemanes habían perpetrado tan recientemente en aquellos antiguos sepulcros. Sin embargo, en Roma bien puede perdonársele a uno que haga referencias históricas. La Ciudad Eterna, elevándose por todos lados, mayestática y al parecer invulnerable,

con sus monumentos y sus palacios y con el esplendor de sus ruinas no producidas por los bombardeos, ofrecía un marcado contraste con las pequeñas y transitorias criaturas que se movían agitadamente dentro de sus límites.

El 23 de agosto fuí recibido en audiencia por el Papa. Ya en 1926 había visitado a su predecesor acompañado de Randolph, cuando éste era muy joven, con ocasión de ser yo Canciller del Exchequer, y conservaba un recuerdo muy agradable de la amabilidad con que habíamos sido recibidos. Aquellos eran los tiempos de Mussolini.

En esta ocasión me recibió el Papa Pío XII con la mayor ceremonia. No sólo estaba la Guardia Pontificia con su uniforme de gala, alineada a ambos lados de una larga serie de antesalas y galerías que tuvimos que atravesar, sino que estaba presente también la Guardia Noble, formada por representantes de las más elevadas y antiguas familias de Roma, con un magnífico uniforme medieval que yo nunca había visto antes.

El Papa me recibió en su estudio con esa mezcla de dignidad y de sencillez que sabe combinar con tanto éxito. No nos faltaron temas de conversación. El que ocupó la mayor parte del tiempo que duró la audiencia, igual que había ocurrido con su predecesor, fué el peligro del comunismo. Siempre he sentido la mayor aversión por el comunismo, y si alguna vez tuviera el honor de obtener otra audiencia ante el Sumo Pontífice, no dudaría en insistir nuevamente sobre este tema.

Nuestro ministro en el Vaticano, sir D'Arcy Osborne, me llevó de nuevo en coche a la Embajada. Allí vi por primera vez al príncipe heredero Humberto, que, como lugarteniente del Reino, mandaba las fuerzas italianas en nuestro frente. Su poderosa y atrayente personalidad, su conocimiento de la situación, tanto militar como política, eran alentadoras y me proporcionaron una mayor sensación de confianza que la que había experimentado en mi conversación con los políticos. Esperaba que pudiera jugar un papel importante en la creación de una Monarquía constitucional en una Italia libre, fuerte y unida. Sin embargo, este no era asunto de mi incumbencia. Tal como estaban las cosas ya tenía

bastante con que preocuparme. La sublevación de Varsovia llevaba ya casi un mes de duración, los rebeldes estaban en una situación desesperada y yo sostenía una correspondencia muy tirante con Stalin y con el presidente Roosevelt, como verá el lector en otro capítulo de esta obra.

Capítulo VIII

LA OFENSIVA DE VERANO DE ALEXANDER

Vuelvo al Cuartel General de Alexander en Siena, 24 de agosto. — Visito la división neozelandesa. — Entrevista con el general Devers. — Visita al general Leese. — Mi telegrama a Smuts, 26 de agosto. — Comienza el ataque, 26 de agosto. — Un magnífico panorama. — Un accidentado viaje en coche. — Mi telegrama al Presidente, 28 de agosto. — Su respuesta. — Más correspondencia. — Las vanas esperanzas del Presidente. — Vuelvo en avión a Inglaterra, 28 de agosto. — Mi mensaje al pueblo italiano.

EL 24 de agosto, por la mañana, después de mi breve visita a Roma, volví en avión al Cuartel General de Alexander en Siena, situado en el castillo a unas cuantas millas de distancia. La ofensiva se había fijado ya para el 26. Así, pues, aproveché la oportunidad para visitar la división neozelandesa que había inspeccionado por última vez en Trípoli en febrero de 1943. No deseaba que se celebrara otro desfile oficial, y en lugar de ello los soldados se reunieron en la carretera y me dispensaron un recibimiento entusiasta y espontáneo. Yo me sentía encantado de volver a ver a Freyberg y a sus oficiales, y telegrafié a Fraser:

El Primer Ministro al Primer Ministro de Nueva Zelanda. 25-VIII-44.

Con gran placer he visto unos 15.000 hombres de su magnífica división con la más elevada moral. La división hace mucha falta en la próxima operación. Ayer almorcé con el general Freyberg y sus oficiales. Les hablé de muchas cosas de las que no sabían nada ni llegarían a saber por conducto normal. Freyberg le envía sus respetos y sus mejores deseos, y yo le envío también los míos.

El día 25, por la tarde, habíamos de salir en avión para el Cuartel General del VIII Ejército del general Leese, en la parte del Adriático. Antes de salir pasé unas horas con Alexander en su Cuartel General. Mientras estaba con él, llegaron de improviso el general Devers y otro general americano. La tan discutida operación «Yunque», llamada ahora «Dragón», estaba entonces dirigida por el general Patch, pero Devers, como segundo del general Wilson, había estado sangrando despiadadamente unidades y hombres clave desde hacía algunas semanas, sacándolos del XV Gru-

po de Ejército y sobre todo del V Ejército a las órdenes de Mark Clark. Se sabía que probablemente las tropas de «Dragón» formarían un Grupo de Ejército, del que Devers sería nombrado jefe. Naturalmente, él intentaba reunir todas las fuerzas posibles para la empresa que se le iba a encomendar y ampliarla por todos los medios a su alcance. Muy pronto advertí, aunque no se abordó ningún tema de importancia, que entre él y Alexander había una gran frialdad. Alegre, sonriente y natural, Alexander se excusó después de los diez primeros minutos y me dejó en la tienda con los dos visitantes americanos. Como el general Devers no parecía tener nada de importancia que comunicarme y yo no quería entrar en terreno espinoso, también limité mi conversación a cortesías y generalidades. Esperaba que Alexander volviera, pero no fué así, y, pasados veinte minutos, Devers se fué también. Naturalmente, no había que tomar ninguna medida pública. Le deseé buena suerte en su operación, y su visita de cumplido terminó así. Sin embargo, intuí la tensión existente entre aquellos dos jefes bajo una superficie de impecable cortesía.

Poco después, Alexander vino a decirme que debíamos salir ya para el aeropuerto. Despegamos en su avión y volamos en dirección nordeste durante media hora hasta Loreto, desde donde salimos en automóvil hacia el campamento de Leese, situado detrás de Monte Maggiore. Allí se nos asignaron tiendas con un magnífico panorama al norte. El Adriático, aunque sólo a unas veinte millas, quedaba oculto por la mole de Monte Maggiore. El general Leese nos dijo que la barrera para cubrir el avance de sus tropas, comenzaría a media noche. Todos nos colocamos para contemplar la larga línea que formaban a lo lejos los fogonazos de los cañones. El rápido e incesante retumbar del cañoneo me recordó la Primera Guerra Mundial. No cabía duda de que se estaba haciendo uso de la artillería en gran escala. Después de pasar así una hora, me alegré de poder acostarme, porque Alexander había dispuesto que saliéramos temprano al día siguiente para pasarlo en el frente. También me había dicho que me llevaría a donde yo quisiera.

* * * * *

Antes de dormir, dicté el siguiente mensaje para Smuts, con quien sostenía una ininterrumpida correspondencia:

El Primer Ministro al mariscal de campo Smuts. 26-VIII-44.

Hoy se ha iniciado una batalla de considerable alcance, que llegará mañana al máximo de intensidad. Este es el motivo de mi presencia aquí por un par de días. Después volveré a Inglaterra, visitaré Francia y marcharé al Canadá para asistir a las conferencias que comenzarán a mediados de septiembre. Ayer intenté ver a los sudafricanos, pero tomaban parte en el avance.

Hasta ahora, «Yunque» ha causado los efectos opuestos a aquellos que se propusieron los que la planearon. En primer lugar, no ha disminuído en absoluto el número de las fuerzas que se oponen a Eisenhower. Por el contrario, de dos y media a tres divisiones alemanas de retaguardia llegarán al frente de batalla antes que las tropas de desembarco de los aliados. En segundo lugar, aquí ha sido causa de un punto muerto por haber frenado en plena carrera el avance del V y del VIII Ejércitos y por haberles restado sus hombres clave. El resultado de esto ha sido la retirada del frente italiano de las tres divisiones alemanas, incluyendo una división Panzer muy fuerte que tenía 12.500 hombres en puestos de combate. Estas tropas han ido directamente a la zona de Chalons. De este modo, unas cinco divisiones se han lanzado contra Eisenhower, lo que no hubiera ocurrido si hubiéramos continuado aquí nuestro avance en dirección al Po y por último hacia la gran ciudad [Viena]. Todavía tengo esperanzas de que lo consigamos. Aunque la guerra terminara de repente, no veo razón para que un cuerpo acorazado no se interne y la ocupe, como es factible.

* * * * *

Alexander y yo salimos juntos a eso de las nueve. Su ayudante y Tommy venían detrás de nosotros en otro coche. Formábamos, por tanto, un grupo muy reducido. El avance llevaba ya en acción unas seis horas y se decía que progresaba, pero no se podía formar aún una impresión clara. Primero trepamos en coche por un elevado mogote roquizo en cuya cumbre había un pueblo y una iglesia. Los habitantes, hombres y mujeres, salieron de las cuevas donde se guarecían, para saludarnos. Inmediatamente comprendimos que acababan de sufrir un bombardeo. Ladrillos y ruinas

se amontonaban en la única calle del pueblo. «¿Cuándo terminó?», preguntó Alexander al grupo que se formó a nuestro alrededor, cuyos componentes sonreían forzadamente. «Hace cosa de un cuarto de hora», contestaron. Desde las murallas erigidas hace siglos se dominaba una magnífica vista. Todo el frente de la ofensiva del VIII Ejército era visible, pero, aparte del humo causado por las bombas que estallaban a siete u ocho mil yardas, no había nada que ver. Al cabo de un rato, Alexander dijo que no debíamos permanecer allí más tiempo, porque, naturalmente, el enemigo dispararía contra los puntos de observación como aquel y podría hacerlo en cualquier momento. Así, pues, recorrimos unas dos o tres millas hacia el oeste y almorzamos en la falda de una colina, que era un punto de mira casi tan bueno como el picacho, sin atraer probablemente la atención del enemigo.

Entonces recibimos la noticia de que nuestras tropas habían avanzado una milla o dos más allá del río Metauro. Allí era donde la derrota de Asdrúbal había marcado el destino de Cartago, por lo que sugerí que nosotros pasáramos también al otro lado. Nos metimos de nuevo en los coches, y media hora después habíamos cruzado el río y avanzábamos por la carretera entre numerosos olivos bañados de sol. Pedimos un oficial de uno de los batallones para que nos sirviera de guía y seguimos avanzando hasta que los sonidos de los fusiles y las ametralladoras nos revelaron que nos íbamos acercando a la línea del frente. Muy pronto nos advirtieron que nos detuviéramos. Por lo visto había allí un campo de minas y convenía pasar únicamente por donde habían avanzado sin percance otros vehículos. Alexander y su ayudante se adelantaron para reconocer el camino, hacia un edificio de piedra gris, conquistado por nuestras tropas, el cual ofrecía un buen punto de observación en primera fila. Desde luego, la lucha no era muy intensa. Unos minutos después volvió el ayudante, que me llevó al lado de su jefe. Este había encontrado un sitio muy bueno en el edificio gris, que no era otra cosa que un antiguo castillo que dominaba un gran declive del terreno. Desde allí se divisaba un amplio panorama. Los alemanes disparaban con fusiles y ametralladoras desde un grupo de arbustos que crecían en el extremo opues-

to del valle, a unos quinientos metros de nosotros. La línea del frente estaba a nuestros pies. El fuego era débil e intermitente. Pero aquella fué la vez que más cerca estuve del enemigo y la vez que oí más disparos en la Segunda Guerra Mundial. Media hora después volvimos a nuestros coches y nos abrimos camino hasta el río siguiendo cuidadosamente nuestras propias huellas o las de otros vehículos. En el río encontramos las columnas de apoyo de la infantería que avanzaban para reforzar nuestra débil línea de contacto. A las cinco estábamos de vuelta en el Cuartel General de Leese, donde se señalaban exactamente sobre el plano las noticias que llegaban del frente. El VIII Ejército había avanzado en total unas seis o siete mil yardas en un frente de diez o doce millas desde el amanecer, y las pérdidas no habían sido grandes. Era un buen comienzo.

* * * * *

A la mañana siguiente llegaron muchas noticias por telegrama y por valija. Por lo visto, el general Eisenhower estaba preocupado por la llegada de las divisiones alemanas que yo había mencionado a Smuts diciéndole que habían sido retiradas de Italia. Me alegré de que nuestra ofensiva, iniciada en condiciones deprimentes, hubiera comenzado. Bosquejé entonces un telegrama al Presidente explicando la situación tal como me la habían expuesto los generales sobre el terreno y tal como yo la veía. Deseaba expresar, sin tono de controversia, nuestra sensación de abatimiento por haber visto frustrado nuestro avance y, al mismo tiempo, indicar mis esperanzas y mis ideas para el futuro. Si conseguía reavivar el interés del Presidente en este sentido, podríamos todavía mantener vigentes nuestros proyectos de avanzar sobre Viena.

El Primer Ministro al presidente Roosevelt. 28-VIII-44.

El general Alexander ha recibido un telegrama del S. H. A. E. F. pidiéndole que haga esfuerzos por evitar la retirada del frente de Italia de más divisiones [alemanas]. Esto, naturalmente, se ha producido a causa de la gran debilitación de nuestros ejércitos en Italia y se ha re-

gistrado desde que empezó el ataque en la Riviera. En total se han retirado cuatro divisiones, incluyendo una Panzer muy fuerte que va hacia Chalons. No obstante, a pesar de la merma sufrida, Alexander empezó hace unas tres semanas a planear con Clark el cruce o desbordamiento de los Apeninos. Para este fin, el XIII Cuerpo de Ejército británico, de cuatro divisiones, ha sido puesto a las órdenes del general Clark y hemos podido proporcionarle la artillería necesaria, de la que su ejército se había visto privada. Este ejército de ocho divisiones, cuatro americanas y cuatro inglesas, está ahora agrupado alrededor de Florencia sobre un eje que aporta al norte.

2. Desollando literalmente todo el frente y dejando grandes fajas de terreno únicamente con cañones antiaéreos convertidos en una especie de artillería-infantería y apoyados por unas cuantas brigadas acorazadas, Alexander ha podido concentrar diez divisiones inglesas o bajo mando inglés, que representan a todo el Imperio Británico, en el flanco del Adriático. Los contingentes avanzados de estas fuerzas atacaron el 25, antes de medianoche, y al amanecer del 26 se inició un fuego general de barrera y empezó el avance. En una amplia zona se llevó a cabo un avance de unas nueve millas, pero no se ha alcanzado todavía la posición principal, es decir, la Línea Gótica. He tenido la gran suerte de seguir de cerca este avance y, por lo tanto, he podido formarme una impresión mucho más clara de la guerra moderna que la que me es posible formar desde los pináculos y las alturas en que me he visto confinado hasta ahora.

3. El plan es que el VIII Ejército, de diez divisiones, desplegado en gran profundidad, trate de romper la Línea Gótica y envuelva toda la posición del enemigo entrando en el valle del Po a la altura de Rímini. Pero en el momento preciso, que dependerá de las reacciones del enemigo, Mark Clark atacará con sus ocho divisiones, y los elementos de los dos ejércitos convergerán sobre Bolonia. Si todo sale bien, espero que después el avance será mucho más rápido y que la lucha continuada impedirá que se siga perjudicando a Eisenhower por la retirada de divisiones de Italia.

4. No he olvidado ni un momento lo que me dijo usted en Teherán respecto a Istria, y estoy seguro de que la llegada a Trieste de un poderoso ejército, dentro de cuatro o cinco semanas, lograría resultados más que puramente militares. Los hombres de Tito nos estarán esperando en Istria. No puedo prever cuál será entonces la situación de Hungría, pero, por lo menos, estaremos dispuestos a sacar ventaja de cualquier situación que pueda surgir.

No cursé este telegrama hasta que llegué a Nápoles, para don-

desalí el 28 en avión, y no recibí la respuesta hasta tres días después de mi regreso a Inglaterra.

El presidente Roosevelt al Primer Ministro. 31-VIII-44.

Me alegré de recibir su informe de la manera como el general Wilson ha concentrado sus fuerzas en Italia y ha reanudado la ofensiva. Mis jefes de Estado Mayor opinan que un ataque vigoroso, utilizando todas las fuerzas disponibles, debería forzar al enemigo hacia el valle del Po. En este caso es posible que el enemigo decida retirarse completamente del norte de Italia. Puesto que esta acción por su parte podría permitir al enemigo enviar divisiones a otros frentes, debemos hacer lo posible por destruirlo cuando lo tenemos a nuestro alcance. Confío en que éste será el objetivo del general Wilson. Con una constante ofensiva y sometiendo al enemigo a presión en Italia, estoy seguro de que el general Eisenhower quedará satisfecho al ver que en el Mediterráneo se hace todo lo posible por ayudarle destruyendo las divisiones alemanas, que de otro modo serían enfrentadas a sus hombres en un futuro próximo. Entiendo que se han enviado a Italia todas las fuerzas británicas situadas en el Mediterráneo. A Francia se están enviando todos los refuerzos y recursos posibles a fin de asegurarnos de que el general Eisenhower puede mantener el ímpetu de las victorias conjuntas ya logradas por nuestras fuerzas. Después del éxito aplastante de nuestra invasión del sur de Francia y las derrotas ocasionadas a los flancos enemigos por los rusos en los Balcanes, tengo grandes esperanzas de que no tarde mucho en producirse la victoria final y completa.

Opino que deberíamos presionar con fuerza al Ejército alemán en Italia con todos los medios a nuestro alcance y suspender la decisión sobre el empleo futuro de los ejércitos de Wilson hasta que sean más conocidos los resultados de su campaña y tengamos más información sobre las intenciones de los alemanes.

Podremos reanudar nuestra conversación de Teherán sobre Trieste e Istria en «Octágono» [Quebec].

Me extrañó la reiterada mención del general Wilson en este mensaje.

El Primer Ministro al presidente Roosevelt. 31-VIII-44.

Todas las operaciones en Italia son concebidas y ejecutadas por el general Alexander, de acuerdo con las instrucciones generales del Mando Supremo. Verá usted que a lo largo de veinte millas en el flanco del

Adriático, está ahora en contacto con la Línea Gótica, y que el VIII Ejército tomará parte en una violenta batalla. El general Clark ha avanzado también desde Florencia con el V Ejército. He insistido cerca del general Alexander sobre la importancia de presionar con la mayor intensidad a fin de destruir las fuerzas enemigas además de envolver sus líneas. No resultará fácil para los alemanes efectuar una retirada general desde la Línea Gótica pasando sobre los Alpes, sobre todo si podemos llegar a las proximidades de Bolonia. Los pasos y los túneles occidentales a Francia están ya bloqueados por nuestro avance sobre el valle del Ródano. Sólo queda abierta la ruta directa hacia Alemania. Haremos todo lo posible por combatir, hostigar y destruir al enemigo, pero la batalla decisiva aún no se ha producido.

2. En vista del hecho de que el enemigo se ha debilitado en el frente de Italia por la retirada de cuatro de sus mejores divisiones, ya no pedimos más refuerzos americanos salvo la 92 División que, según tengo entendido, llegará pronto. Por otra parte, doy por sentado que no se sacarán más fuerzas de Italia, es decir, que las cuatro divisiones del ejército de Clark y los elementos de estas divisiones permanecerán allí y que el general Alexander podrá trazar sus planes sobre esta base. Esto por lo que atañe al presente.

3. En cuanto al futuro, una vez que los ejércitos alemanes en Italia sean destruídos o si desgraciadamente logran escapar, habrá que buscar tarea para el VIII y el V Ejércitos. Esta tarea sólo puede ser el avance, primero hacia Italia y Trieste, y, por último, sobre Viena. Si la guerra terminara dentro de unos meses, cosa muy posible, no surgiría ninguna de estas necesidades. Sea como fuere, en Quebec podremos tratar extensamente de esta cuestión.

4. Le felicito por el brillante éxito de los desembarcos en el sur de Francia. Espero sinceramente que los alemanes en retirada se vean copados en Valence o Lyon. Otra masa de unos 90.000 se retira, por lo visto, del Sur, vía Poitiers.

Roosevelt me envió un nuevo telegrama el 4 de septiembre.

El presidente Roosevelt al Primer Ministro. 4-IX-44.

Comparto su confianza de que las divisiones aliadas que tenemos en Italia sean suficientes para llevar a cabo la labor que les ha sido asignada, y espero que el mando hará que ésta no ceda en intensidad a fin de deshacer las fuerzas enemigas. Después de romper las defensas alemanas en la Línea Gótica, debemos seguir utilizando nuestras divisiones del modo que mejor ayude al general Eisenhower en su avance decisivo hacia la patria del enemigo.

En cuanto al exacto empleo futuro de las fuerzas que ahora tenemos en Italia, ésta es una cuestión que podremos discutir en Quebec. Yo opino que las fuerzas americanas deberían ir hacia el oeste, pero sobre esto mi punto de vista es muy amplio y en todo caso depende del éxito de la lucha que actualmente se desarrolla en Italia y también en Francia, donde creo que no debemos ahorrar en modo alguno las fuerzas necesarias para romper cuanto antes lás defensas occidentales de Alemania.

El mérito de los grandes éxitos aliados en el sur de Francia debe concederse imparcialmente a las fuerzas combinadas aliadas. La exactitud en la operación, desde el principio hasta ahora, se debe al general Wilson y a su Estado Mayor aliado y a Patch y a sus oficiales subordinados. Por las caóticas condiciones en que se encuentran actualmente los alemanes en el sur de Francia, espero que la fusión de las fuerzas del norte y del sur se logre en una fecha mucho más próxima de lo que en un principio se calculó.

Ya veremos como estas dos esperanzas fueron vanas. El ejército que había desembarcado en la Riviera a tan alto precio para nuestras operaciones en Italia, llegó demasiado tarde para ayudar en la batalla de mayor importancia de Eisenhower en el norte, mientras que la ofensiva de Alexander no logró obtener, por un margen pequeñísimo, el triunfo que merecía y que tanto necesitábamos. Italia debía tardar aun ocho meses en verse totalmente libre. Se nos negó el avance por la derecha sobre Viena. Y, excepto en Grecia, desapareció nuestro poderío militar para influir en la liberación del sudeste de Europa.

El 28 de agosto volví a Inglaterra desde Nápoles en avión. Antes de dejar Italia, me dispuse a escribir un breve mensaje de aliento y de esperanza para el pueblo italiano, por el que siempre he sentido, excepto cuando hemos luchado contra él, una gran simpatía. Me había conmovido profundamente el cariño con que fuí recibido en los pueblos y ciudades que atravesé mientras recorría los frentes. En cambio, les ofrecí unas frases de consejo.

28-VIII-44.

...Se ha dicho que el precio de la libertad es la eterna vigilancia. Y surge la pregunta: «¿Qué es libertad?» Hay una o dos preguntas sencillas y prácticas por las que puede reconocerse la libertad en el mundo moderno y en condiciones de paz. Estas preguntas son las siguientes:

¿Existe el derecho a la libre expresión de las opiniones y a la oposición y la crítica del Gobierno existente?

¿Tiene el pueblo derecho a derribar un Gobierno con el que no está conforme, y cuenta con medios constitucionales para expresar esta voluntad?

¿Están sus tribunales de justicia libres de violencia por parte del Poder Ejecutivo, de amenazas del populacho y libres de toda asociación con determinados partidos políticos?

¿Administran estos tribunales leyes abiertas y bien establecidas, asociadas en el pensamiento humano con los grandes principios de la buena fe y la justicia?

¿Se obra con justicia tanto con los pobres como con los ricos, con los particulares como con los miembros del Gobierno?

¿Se mantienen, aseguran y exaltan los derechos del hombre, siempre sujetos a sus deberes para con el Estado?

¿Está el campesino o el obrero que se gana la vida con el trabajo diario y que lucha para sacar a flote una familia, libre del temor de que alguna organización policíaca bajo el control de un partido único, como la Gestapo, iniciada por los partidos nazi y fascista, le dé un golpecito en el hombro y, llevándoselo detenido, le haga sufrir encarcelamiento o malos tratos sin juicio público o justo?

Estas sencillas y prácticas preguntas son algunos de los cimientos sobre los que puede fundarse una nueva Italia...

Esto no requiere hoy ninguna alteración.

Capítulo IX

EL MARTIRIO DE VARSOVIA

Los rusos cruzan el Vístula. — El derrumbamiento de Alemania en el frente oriental — El mensaje radiado desde Moscú, el 29 de julio, incitando a una sublevación general en Varsovia.— Comienza la sublevación, 1 de agosto. — Mi telegrama a Stalin del 4 de agosto. — Una respuesta torva. — El contraataque alemán. — Un angustioso mensaje de Varsovia. — Mi telegrama a Eden, 14 de agosto. — La asombrosa declaración de Vichinsky y el telegrama de Stalin del 16 de agosto. — El Presidente y yo enviamos una apelación conjunta, 20 de agosto. — Respuesta de Stalin. — La agonía de Varsovia llega a su punto culminante. — Mensaje de Roosevelt, 24 de agosto. — Nuestra necesidad de contar con los campos de aviación soviéticos. — El Presidente se muestra adverso. — Cólera del Gabinete de Guerra británico. — Su telegrama a Moscú del 4 de septiembre. — El mensaje de Roosevelt del 5 de septiembre. — Cambio aparente en la táctica soviética. — Nuestrc bombarderos pesados dejan caer víveres sobre Varsovia, 18 de septiembre. — Fin de la tragedia.

LA ofensiva de verano de los rusos llevó a sus ejércitos a las riberas del Vístula a fines del mes de julio. Todos nuestros informes indicaban que muy pronto Polonia estaría en poder de los rusos. Los jefes del Ejército polaco de resistencia, que habían jurado lealtad al Gobierno polaco de Londres, tenían que decidir el momento de iniciar un levantamiento general contra los alemanes a fin de apresurar la liberación de su país e impedir que sus ocupantes libraran una violenta batalla defensiva en territorio polaco y especialmente en la misma Varsovia. El comandante polaco, general Bor-Komorowski, y su consejero civil fueron autorizados por el Gobierno polaco de Londres para ordenar la sublevación general cuando lo considerasen conveniente. Aquel momento parecía el más oportuno. El 20 de julio se recibió la noticia del complot contra Hitler, que fué seguido inmediatamente por la ruptura del frente aliado en Normandía. El 22 de julio los polacos interceptaron unos mensajes radiados del IV Ejército Panzer alemán en los que se ordenaba una retirada general hacia el oeste del Vístula. Los rusos cruzaron el río el mismo día y sus patrullas avanzaron en dirección a Varsovia. No había duda de que se aproximaba el derrumbamiento general. En los juicios de Nuremberg, el general Guderian describió la situación en estos términos:

> El 21 de julio de 1944 recibí el nombramiento de jefe de Estado Mayor de las fuerzas alemanas en el frente oriental. Después de mi nombramiento, todo el frente, si frente puede llamársele, no era más que una aglomeración de los restos de nuestros ejércitos que intentaban retirarse hasta la línea del Vístula. Veinticinco divisiones fueron completamente destruídas.

Por lo tanto, el general Bor decidió iniciar una gran subleva-

ción y liberar la ciudad. Contaba con unos 40.000 hombres y con reservas de alimentos y municiones para una lucha de siete a diez días. Ya se oían los cañones rusos desde el otro lado del Vístula. La aviación soviética comenzó a bombardear a los alemanes que ocupaban Varsovia, desde las bases aéreas recientemente conquistadas, próximas a la capital, la más cercana de las cuales estaba a sólo veinte minutos de vuelo. Al mismo tiempo se había creado en la Polonia oriental un Comité Comunista de Liberación Nacional, y los rusos anunciaron que el territorio liberado quedaría bajo su control. Las emisoras de radio soviéticas llevaban mucho tiempo incitando a la población polaca a abandonar toda precaución y a iniciar un levantamiento general contra los alemanes. El 29 de julio, tres días antes de que estallara la revuelta, la emisora de Moscú lanzó un llamamiento de los comunistas polacos al pueblo de Varsovia. En el llamamiento se decía que ya se oían los cañones de la liberación, y que del mismo modo que en 1939 les instaron a presentar batalla a los alemanes, ahora les pedían una acción decisiva. «La hora de actuar ha llegado para Varsovia, que no se entregó, sino que continuó la lucha.» Después de señalar que el plan alemán para organizar la defensa daría como resultado la gradual destrucción de la ciudad, la emisión terminó recordando a los habitantes que «todo lo que no consiga un esfuerzo activo, se ha perdido» y que «mediante una lucha directa y activa en las calles y las casas de Varsovia, se apresuraría la liberación y se salvarían las vidas de nuestros hermanos».

En la tarde del 31 de julio, el mando de la Resistencia de Varsovia recibió la noticia de que los tanques rusos habían roto las defensas alemanas del este de la ciudad. La radio militar alemana anunció: «Hoy los rusos iniciaron un ataque general contra Varsovia desde el sudeste». Las tropas rusas estaban ya en algunos sitios a menos de diez millas de distancia. En la capital, el mando de la Resistencia polaca ordenó el levantamiento general para las cinco de la tarde del día siguiente. El mismo general Bor ha descrito lo que ocurrió:

> Exactamente a las cinco, millares de ventanas se abrieron. Por todas

partes una lluvia de balas cayó sobre los alemanes que andaban por las calles, y sus edificios y sus formaciones fueron atacados. En un abrir y cerrar de ojos, los habitantes civiles desaparecieron de las calles. Nuestros hombres salieron de los portales y se lanzaron al ataque. En un cuarto de hora, una ciudad de un millón de habitantes estaba sumida en la lucha. Cesó toda clase de tráfico. Como gran centro de comunicaciones donde convergían carreteras del norte, del sur, del este y del oeste, en la inmediata retaguardia del frente alemán, Varsovia dejó de existir. La lucha por la liberación de la ciudad había comenzado.

La noticia se recibió en Londres el día siguiente, y todos esperamos con ansiedad recibir más información. La radio soviética guardaba silencio y la actividad aérea rusa había cesado. El 4 de agosto los alemanes comenzaron a atacar desde los puntos que ocupaban en la ciudad y en los suburbios. El Gobierno polaco de Londres insistió en la desesperada urgencia de enviar provisiones por aire. Los insurrectos se vieron rechazados por cinco divisiones alemanas reunidas a toda prisa. También había llegado de Italia la división Hermann Goering y poco después llegaron dos divisiones más de S. S.

En vista de todo ello, telegrafié a Stalin.

El Primer Ministro al mariscal Stalin. 4-VIII-44

Ante la urgente petición que nos hace el Ejército de Resistencia polaco, dejaremos caer, si el tiempo lo permite, unas sesenta toneladas de equipos y municiones sobre el barrio sudoeste de Varsovia, donde se dice que tiene lugar una violenta lucha entre los sublevados y los alemanes. También nos dice que piden ayuda a los rusos, que parecen estar muy cerca. Les ataca una división y media alemanas. Esto podrá servirle a usted de ayuda en su operación.

La respuesta fué rápida y desalentadora.

El mariscal Stalin al Primer Ministro. 5-VIII-44.

He recibido su mensaje referente a Varsovia. Opino que la información que ha recibido usted de los polacos es muy exagerada y no inspira mucho crédito. Ya era fácil llegar a esta conclusión, recordando que los emigrantes polacos pretenden que casi tomaron Vilna con unas cuantas unidades del Ejército interior, y hasta lo anunciaron por radio.

Esto, naturalmente, no coincide en modo alguno con los hechos reales. El Ejército interior de los polacos consiste en unos cuantos grupos a los que llaman divisiones. No tienen artillería, ni aviación, ni tanques. No puedo imaginar de qué modo esos destacamentos pueden apoderarse de Varsovia, para cuya defensa los alemanes han llevado allí cuatro divisiones acorazadas, entre ellas la división Hermann Goering.

Mientras tanto, en Varsovia la lucha continuaba calle por calle contra los tanques «Tigre» alemanes. El 9 de agosto, las fuerzas germanas habían atravesado la ciudad hasta el Vístula, dividiendo los barrios ocupados por los polacos en sectores aislados. Los valerosos intentos de la R.A.F., con tripulaciones polacas, británicas y de los Dominios, para acudir en socorro de Varsovia desde las bases italianas, eran tan desesperados como insuficientes. Dos aviones volaron sobre la ciudad durante la noche del 4 de agosto, y otros tres aparatos cuatro noches después.

* * * * *

El primer ministro polaco, Mikolajczyk, se hallaba en Moscú desde el 30 de julio intentando llegar a alguna clase de acuerdo con el Gobierno soviético, que había reconocido al Comité Comunista de Liberación como futuro Gobierno del país. Estas negociaciones siguieron llevándose a cabo durante los primeros días de la sublevación de Varsovia. Mikolajczyk recibía diariamente mensajes del general Bor pidiendo municiones, armas antitanque y la ayuda del Ejército rojo. Mientras tanto, los rusos insistían en llegar a un acuerdo sobre las fronteras de Polonia después de la guerra y sobre la creación de un Gobierno conjunto. El 9 de agosto Mikolajczyk sostuvo una última e inútil conversación con Stalin.

El 12 de agosto telegrafié a éste:

El Primer Ministro al mariscal Stalin. 12-VIII-44.

He recibido el siguiente angustioso mensaje de los polacos de Varsovia, que llevan diez días luchando contra considerables fuerzas alemanas, que han dividido la ciudad en tres sectores. Dice así:

«Del vicepresidente del Consejo al Presidente de la República, al

Gobierno y al comandante en jefe: «Décimo día. Estamos librando una sangrienta batalla. La ciudad está dividida en tres sectores. Todos estos sectores están defendidos por tanques alemanes y es muy difícil cruzarlos (todos los edificios que se elevan a lo largo de ellos han sido incendiados). La ciudad está siendo cañoneada continuamente desde dos trenes blindados situados en la vía férrea que va desde la Estación de Gdansk hasta la Estación del Oeste, y por la artillería emplazada en el barrio de Praga, estando apoyados, además, por fuerzas aéreas.

»En estas condiciones continúa la lucha. Sólo hemos recibido de ustedes un lanzamiento que resultó pequeño. En el frente ruso-alemán, silencio desde el día 3. Por lo tanto, nos vemos privados de todo socorro material o moral, puesto que, salvo un breve discurso pronunciado por el vice-primer ministro polaco en Londres, el octavo día, ni siquiera sabemos que tengan ustedes conocimiento de nuestra acción. Los soldados y la población de la capital miran el cielo esperando recibir ayuda de los aliados. Pero, por encima del humo, no ven más que aviones alemanes. Se sienten sorprendidos, desalentados y empiezan a protestar...

»No recibimos apenas noticias de ustedes, ninguna información referente a la situación política, ningún consejo y ninguna orden. ¿Han planteado en Moscú la ayuda a Varsovia? Repito una vez más que sin una ayuda inmediata consistente en lanzamientos desde avión de armas y municiones, bombardeos de objetivos en posesión del enemigo y desembarcos aéreos, seremos derrotados dentro de unos días.

»Si podemos contar con la ayuda mencionada, la lucha continuará.

»Espero de ustedes que hagan el mayor esfuerzo en este sentido.»

Suplican que se les envíen ametralladoras y municiones. ¿No puede usted ayudarles un poco más, ya que desde Italia la distancia es tan grande?

* * * * *

El día 14 telegrafié a Eden desde Italia, a donde había ido para inspeccionar el ejército del general Alexander:

A los rusos les molestará muchísimo que se sepa que los polacos patriotas de Varsovia han sido abandonados, pero pueden evitarlo por medio de operaciones que están perfectamente a su alcance. Es muy extraño que en el mismo momento en que se subleva el Ejército de Resistencia, los rusos interrumpan su ofensiva contra Varsovia y se hayan replegado a alguna distancia. Para ellos, enviar las ametralladoras y municiones que necesitan los polacos para su heroica lucha, no significa más que un vuelo de cien millas. He hablado con el mariscal

del Aire Slessor, para enviarles desde aquí la mayor ayuda posible. Pero, ¿qué han hecho los rusos? Creo que sería conveniente que enviara usted un mensaje a Stalin por conducto de Molotov, hablando de las consecuencias que se sacarían en muchos sitios y pidiendo a los rusos que hagan todo lo que esté a su alcance. Esto sería más impersonal que si yo me dirigiera directamente a Stalin. Veintiocho aviones recorrieron anoche las 700 millas de distancia que hay desde Italia, y tres de ellos se perdieron. Este fué el cuarto vuelo realizado desde aquí en estas excepcionales circunstancias.

En la noche del 16 de agosto, Vichinsky requirió la presencia del embajador de los Estados Unidos en Moscú y, después de decirle que quería evitar toda posibilidad de un malentendido, le leyó en voz alta la siguiente asombrosa declaración:

El Gobierno soviético no puede, naturalmente, oponerse a que las fuerzas aéreas norteamericanas o británicas lancen armas en la zona de Varsovia, puesto que éste es un asunto americano y británico. Pero se opone decididamente a que la aviación norteamericana y británica, después de arrojar armas en la zona de Varsovia, aterrice en territorio soviético, ya que el Gobierno soviético no desea asociarse ni directa ni indirectamente a la aventura de Varsovia.

El mismo día recibí el siguiente mensaje de Stalin, redactado en términos más suaves:

El mariscal Stalin al Primer Ministro. 16-VIII-44.

Después de la conversación que sostuve con el señor Mikolajczyk, di orden de que el Mando del Ejército rojo arrojara armas intensivamente en el sector de Varsovia. Un oficial de enlace fué lanzado en paracaídas y, según informe de la jefatura del Estado Mayor, no llegó a su objetivo, ya que los alemanes le dieron muerte.

Posteriormente, habiéndome informado con más detalles sobre el asunto de Varsovia, he llegado a la conclusión de que se trata de una aventura terrible e imprudente que está costando grandes sacrificios a la población. Esto no hubiera ocurrido si las autoridades soviéticas hubieran sido informadas antes del comienzo de la acción y si los polacos hubieran mantenido contacto con ellas.

En la situación que ha surgido, las autoridades soviéticas han llegado a la conclusión de que deben desentenderse de la aventura de Var-

sovia, ya que no pueden asumir ninguna responsabilidad directa o indirecta en la acción de dicha ciudad.

Según el informe de Mikolajczyk, el texto del primer párrafo de este telegrama es absolutamente contrario a la verdad. Dos oficiales habían llegado sin novedad a Varsovia y fueron recibidos por las autoridades polacas. Un coronel soviético también había pasado allí varios días y había enviado mensajes a Moscú, vía Londres, pidiendo urgentemente ayuda para los sublevados.

* * * * *

El día 18 telegrafié otra vez a Eden:

El Primer Ministro al ministro de Asuntos Exteriores. 18-VIII-44.

He leído el poco satisfactorio telegrama enviado al general Eisenhower por los jefes de Estado Mayor conjunto norteamericano, que se recibió después de haberle enviado yo a usted mi último mensaje.

Las autoridades aéreas de aquí me han asegurado que los americanos desean que se envíe ayuda a Varsovia desde Inglaterra y que la operación es perfectamente factible siempre, naturalmente, que los rusos den su consentimiento. Me parece casi increíble que se haya presentado a los rusos una petición para obtener permiso de aterrizaje, sin que la posibilidad de efectuar la operación haya sido estudiada por el general Doolittle. Es de la mayor importancia que averigüe usted si es factible o no.

Antes de que el Presidente o yo, o los dos, hagamos una apelación individual o conjunta a Stalin es necesario, naturalmente, que las dificultades militares se resuelvan.

Al mismo tiempo apelé al Presidente:

El Primer Ministro (en Italia) al presidente Roosevelt. 18-VIII-44.

La negativa rusa a permitir que la aviación americana acuda en socorro de los heroicos sublevados de Varsovia ha creado una situación de profunda gravedad que tendrá enormes consecuencias, situación agravada por su total negligencia al no enviar armamentos por aire estando sólo a pocas millas de distancia. Si, como es casi seguro, una

matanza en masa sigue al triunfo alemán en la capital, no se podrán impedir las consecuencias que el hecho motive.

2. Estoy dispuesto a enviar un mensaje personal a Stalin si usted lo cree conveniente y, si quiere, puede usted enviarle por separado un mensaje en el mismo sentido. Mucho mejor que dos apelaciones por separado, sería enviarle un mensaje conjunto firmado por nosotros dos.

3. Las gloriosas y gigantescas victorias logradas en Francia por las fuerzas norteamericanas y británicas están cambiando enormemente la situación de Europa, y es muy posible que la victoria conseguida por nuestros ejércitos en Normandía eclipse en magnitud a todo lo que los rusos han conseguido en ninguna ocasión. Por lo tanto, creo que lo que nosotros digamos les inspirará respeto, siempre que lo expresemos con claridad y sencillez. Somos naciones al servicio de elevados principios y debemos tomar todas las medidas que conduzcan a la paz mundial; aunque para ello tengamos que correr el riesgo de que Stalin se resienta. Y es muy posible que no se resienta.

Dos días después, enviamos la siguiente apelación conjunta, redactada por el Presidente:

El Primer Ministro (en Italia) y el presidente Roosevelt al mariscal Stalin. 20-VIII-44.

Nos preocupa la opinión del mundo si se deja abandonados a su suerte a los antinazis de Varsovia. Creemos que nosotros tres debemos hacer cuanto esté en nuestras manos para salvar al mayor número posible de patriotas. Esperamos que usted enviará inmediatamente pertrechos y municiones a los patriotas polacos de Varsovia o accederá a que lo hagan en seguida nuestros aviones. Esperamos que esté de acuerdo. El factor tiempo es de extrema importancia.

La respuesta que obtuvimos fué la siguiente:

El mariscal Stalin al Primer Ministro y al presidente Roosevelt. 22-VIII-44.

He recibido el mensaje de usted y del presidente Roosevelt referente a Varsovia. Deseo exponerles mi opinión.

2. Más pronto o más tarde todo el mundo sabrá la verdad acerca del grupo de criminales que han iniciado la aventura de Varsovia para apoderarse del poder. Esa gente ha explotado la buena fe de los habitantes de Varsovia, arrojando al pueblo casi indefenso contra los tanques, los cañones y los aviones alemanes. Como consecuencia de ello

se ha creado una situación en la que cada día que pasa es un factor a favor, no de los polacos para la liberación de Varsovia, sino de los hitlerianos que están asesinando de un modo inhumano a los habitantes de la ciudad.

3. Desde el punto de vista militar, la situación que ha surgido es tan poco conveniente para el Ejército rojo como para los polacos, por centrar cada vez más la atención de los alemanes sobre Varsovia. Mientras tanto, las tropas soviéticas, que recientemente se han enfrentado con más contraataques alemanes, están haciendo lo posible por contrarrestar esos contraataques de los hitlerianos y por iniciar un nuevo ataque a gran escala en la zona de Varsovia. No cabe ninguna duda de que el Ejército rojo está haciendo todo lo posible por romper la resistencia de los alemanes alrededor de Varsovia y por liberar aquella ciudad para los polacos. Esta es la ayuda mejor y más eficaz que puede prestarse a los polacos que son antinazis.

* * * * *

Mientras tanto, la agonía de Varsovia llegaba a su punto culminante.

El Primer Ministro al presidente Roosevelt. 24-VIII-44.

He aquí el informe de un testigo ocular de la sublevación de Varsovia. Ya se ha enviado una copia al Embajador soviético en Londres.

«I. 11 de agosto.

A pesar de los esfuerzos de la A. K. (1) por impedirlo, los alemanes continúan utilizando sus despiadados métodos de terror. En muchos casos han incendiado calles enteras de casas, han fusilado a todos los hombres que vivían en ellas y han echado a las mujeres y a los niños a la calle, donde tiene lugar la lucha, para que se pongan a salvo por sus medios. En la calle Krolewska han sido bombardeadas muchas casas particulares. Una de ellas fué alcanzada por cuatro bombas. En una casa donde vivían unos viejos profesores retirados de las universidades polacas, las S. S. forzaron la entrada y mataron a muchos de ellos. Algunos lograron escapar por los sótanos a las casas contiguas. La moral de la A. K. y de la población civil es muy elevada. La consigna es: «Muerte a los alemanes».

2. 11 de agosto.

Las fuerzas acorazadas alemanas hicieron durante la noche grandes

(1) Ejército Polaco de Resistencia.

esfuerzos por socorrer a sus bastiones de la ciudad. Esto no es tarea fácil, porque en la esquina de todas las calles se han construído enormes barricadas, la mayoría con bloques de cemento arrancado del pavimento especialmente para este fin. En casi todos los casos los intentos alemanes fallaron, por lo que los hombres que conducían los tanques desahogaron su furor prendiendo fuego a varias casas y cañoneando a otras desde lejos. También prendieron fuego a los cadáveres que siembran las calles... El Cuerpo de Ejército blindado alemán empieza a sentir temor ante las barricadas polacas, porque sabe que detrás de cada una de ellas hay hombres decididos de la A. K., armados con botellas de petróleo. Estas han causado grandes daños a muchos de sus camaradas.

3. 13 de agosto.

Las fuerzas alemanas han asesinado brutalmente a los heridos y enfermos, hombres y mujeres, de los hospitales de St. Lazarus, Karol y Marsa.

Cuando los alemanes llevaron provisiones con tanques a uno de sus puestos, hicieron avanzar delante de ellos a quinientas mujeres y niños para impedir que las tropas de la A. K. les atacaran. Muchos de ellos murieron o fueron heridos. Lo mismo informan de otros puntos de la ciudad.

A pesar de la falta de armas, las fuerzas polacas continúan llevando la iniciativa en la batalla de Varsovia. En algunos puntos han irrumpido en posiciones alemanas y se han apoderado de armas y municiones que necesitaban con urgencia. El 12 de agosto se apoderaron de 11.600 cartuchos de fusil, cinco ametralladoras, 8.500 cartuchos para armas ligeras, veinte pistolas, treinta minas antitanque y medios de transporte. Las fuerzas alemanes luchan desesperadamente. Cuando la A. K. prendió fuego a un edificio en posesión de los alemanes, dos soldados alemanes intentaron escapar hacia las líneas polacas con una bandera blanca, pero un oficial de las S. S. los vió y los mató a tiros. Durante la noche del 12 al 13 de agosto, la A. K. recibió algunas armas de la aviación aliada.

4. 15 de agosto.

Se entierra a los muertos en patios y plazas. La situación alimenticia empeora por momentos, pero hasta ahora no se ha sentido verdadera hambre. Hoy no tenemos agua en las cañerías y nos vemos obligados a sacarla de los pocos pozos existentes y de las reservas caseras. Todos los barrios de la ciudad están bajo el fuego de cañón y hay gran número de incendios. El envío de provisiones ha elevado aun más la moral. Todo el mundo quiere luchar y luchará, pero la incertidumbre en lo que se refiere a un rápido final, es deprimente.

5. 16 de agosto.

La lucha en Varsovia sigue siendo muy dura. Los alemanes defienden

cada pulgada de terreno. Se tienen noticias de que en determinadas zonas han sido incendiados barrios enteros y sus habitantes fusilados o enviados a Alemania. Los habitantes siguen repitiendo: «Cuando tengamos armas nos lo pagarán».

La lucha por apoderarse de la central de energía eléctrica comenzó el 1 de agosto, a las 5, 10 de la tarde. Veintitrés soldados del Ejército polaco del interior, que trabajaban allí como empleados, estaban en la central antes de la hora, en espera de la sublevación. El día anterior los alemanes habían aumentado la fuerza de la guarnición hasta 150 miembros de la policía militar, estacionados en casetas de cemento y blocaos y también en todos los edificios de la central. La señal de la acción fué la explosión de una mina colocada debajo de uno de los edificios. Después de diecinueve horas de lucha, la central de energía eléctrica estaba totalmente en manos de los polacos. Las pérdidas polacas fueron diecisiete muertos y veintisiete heridos. Las bajas alemanas fueron veinte muertos y veintidós heridos, más cincuenta y seis prisioneros de guerra. El grupo que se apoderó de la central estaba formado únicamente por los obreros manuales y metalúrgicos de la misma. A pesar de que los edificios de la central son bombardeados diariamente por los alemanes con proyectiles de 75 mm., el personal ha logrado seguir abasteciendo de corriente a la población civil sin la menor interrupción.»

La lucha también se desarrollaba bajo tierra. El único medio de comunicación entre los diferentes sectores en posesión de los polacos eran las alcantarillas. Los alemanes lanzaban granadas de mano y bombas de gas por las bocas de éstas, y en la oscuridad tuvieron lugar sangrientas batallas entre hombres hundidos en excrementos hasta la cintura, que luchaban a veces cuerpo a cuerpo con cuchillos o ahogaban a sus contrarios en las aguas fecales. Encima, la artillería y los cazas alemanes hacían arder grandes zonas de la ciudad.

Consideré conveniente que el mundo conociera algunas de aquellas infamias y de aquellos horrores.

El Primer Ministro (en Italia) al ministro de Información. 23-VIII-44.

¿Se ha puesto alguna barrera a la publicación de los hechos relativos al martirio de Varsovia, que parecen haber sido suprimidos en los periódicos? No somos nosotros quienes hemos de hacer reproches al Gobierno soviético, pero debe permitirse que los hechos hablen por

sí mismos. No hay necesidad de mencionar el extraño y siniestro comportamiento de los rusos, pero ¿hay alguna razón que impida hacer públicas las consecuencias de tal comportamiento?.

* * * * *

El Presidente contestó así a mi telegrama:

El presidente Roosevelt al Primer Ministro. 24-VIII-44.

Gracias por su telegrama en el que describe el inhumano comportamiento de los nazis y la espantosa situación de los polacos de Varsovia.

La contestación de Stalin a nuestra propuesta conjunta para ayudarles está lejos de ser alentadora.

Según mis informes, el aprovisionamiento de los polacos por nosotros es imposible a no ser que se nos permita aterrizar y despegar de los aeropuertos soviéticos. Pero su utilización para la ayuda a Varsovia está actualmente prohibida por las autoridades rusas.

No sé qué otras medidas podemos tomar que den resultados positivos.

Yo le repliqué al día siguiente:

El Primer Ministro al presidente Roosevelt. 25-VIII-44.

Como la respuesta de Stalin evade las preguntas concretas que se le han hecho y no nos dice nada que no sepamos, sugiero que le enviemos un mensaje redactado en los términos siguientes:

«Deseamos intensamente enviar desde Inglaterra aviones norteamericanos. ¿Existe alguna razón para que el terreno de repostamiento de combustible que tenemos asignado detrás de las líneas rusas no se utilice por estos aviones para aterrizar sin que se les interrogue acerca de sus actividades? De este modo, el Gobierno de usted mantendría el principio de inhibirse de este episodio particular. Estamos seguros de que si aviones americanos o británicos alcanzados por el enemigo descendieran detrás de las líneas de los ejércitos de usted, su conocida consideración haría que fueran socorridos. Sentimos compasión por este pueblo «casi indefenso», cuya gran fe lo ha movido a atacar a los tanques, los cañones y los aviones alemanes, pero no tenemos por qué juzgar a las personas que iniciaron el levantamiento que fué instigado repetidas veces por Radio Moscú. No podemos creer que las atrocidades cometidas por Hitler terminen con su resistencia, sino más bien que en ese momento

25 de marzo de 1945. — Winston Churchill atraviesa el Rhin acompañado por los oficiales de su Estado Mayor y generales americanos.

Traslado del retretro que contiene los restos de Roosevelt desde la residencia de Warm 5pring a la Casa Blanca.

Una de las últimas fotografías del presidente Roosevelt. Le acompaña su sucesor, Harry S. Truman.

empezará con toda ferocidad. La matanza de Varsovia será un tema de discordia entre nosotros cuando nos reunamos después de la guerra. Por lo tanto, nos proponemos enviar estos aviones, a no ser que usted lo prohiba expresamente.»

En caso de que Stalin no conteste a esto, mi opinión es que enviemos los aviones y que esperemos a ver qué ocurre. No puedo creer que sean castigados o retenidos. Después de firmar esto, me he enterado de que los rusos están tratando hasta de quitarles a ustedes sus bases aéreas situadas en Poltava y en otros puntos detrás de sus líneas.

La respuesta fué adversa.

El presidente Roosevelt al Primer Ministro. 26-VIII-44.

No creo que, a la larga, resulte ventajoso para la guerra que yo me una a usted en el mensaje que sugiere enviar a Stalin, pero no tengo nada que objetar a que se lo envíe usted si lo considera conveniente. Para llegar a esta conclusión he tomado en consideración la actual actitud de Tío Joe respecto a la ayuda a las fuerzas de Resistencia de Varsovia, según nos indicaba en su mensaje dirigido a usted y a mí, la negativa a permitir el uso de las bases rusas para este fin y las conversaciones que actualmente se mantienen para el empleo subsiguiente de otras bases rusas.

* * * * *

Yo había esperado que los americanos nos apoyaran en la puesta en práctica de una acción drástica. El 1 de septiembre recibí al primer ministro polaco, Mikolajczyk, a su regreso de Moscú. Poco consuelo podía yo ofrecerle. Me dijo que estaba dispuesto a proponer un arreglo político a los comunistas del Comité de Lublin ofreciéndoles catorce asientos en un Gobierno mixto. Las autoridades de la Resistencia polaca estudiaron esta propuesta, bajo el fuego de la batalla, en la misma Varsovia y la aceptaron por unanimidad. La mayoría de los que tomaron parte en aquella conferencia fueron juzgados en Moscú, un año después, por un tribunal soviético, acusados de «traición».

Cuando el Gabinete de Guerra se reunió el 4 de septiembre por la noche, consideré la cuestión tan importante que, aunque tenía un poco de fiebre, me levanté de la cama y bajé a nuestro

salón de sesiones subterráneo. Nos habíamos reunido muchas veces para hablar de temas desagradables, pero no recuerdo ninguna ocasión en que todos nuestros miembros, conservadores, laboristas y liberales, mostraran una cólera tan unánime. A mí me hubiera gustado decir a los rusos: «Vamos a mandar nuestros aviones para que aterricen en vuestro territorio después de abastecer a Varsovia. Si no los tratais como es debido, desde este momento suspenderemos todos los convoyes.» Pero el lector de estas páginas en años posteriores ha de comprender que había que tener en cuenta la suerte de millones de hombres enzarzados en una guerra mundial y que a veces hay que hacer terribles y hasta humillantes concesiones por el bien general. Por lo tanto, me abstuve de proponer aquella medida. Es posible que hubiera sido eficaz, porque tratábamos con los hombres del Kremlin, que actuaban guiados por el cálculo y no por los sentimientos, que no pensaban permitir que el espíritu de Polonia volviera a surgir de nuevo en Varsovia y cuyos planes se basaban en el Comité de Lublin. Esta era la única Polonia que para ellos tenía importancia. La suspensión de los convoyes en aquel momento crítico de su gran avance, tal vez hubiera influído en sus mentes tanto como pueden influir en las personas normales las consideraciones de honor, humanidad y buena fe. Los telegramas que siguen demuestran lo que creímos prudente hacer.

El Primer Ministro (en Londres) al presidente Roosevelt. 4-IX-44.

El Gabinete de Guerra está profundamente preocupado por la situación de Varsovia y el efecto que a la larga tendrá, en nuestras futuras relaciones con Rusia, la negativa de Stalin a permitir el empleo de sus bases.

2. Además, como usted sabe, Mikolajczyk ha enviado una propuesta de arreglo político al Comité polaco de Liberación. Temo que la caída de Varsovia no sólo destruya toda esperanza de arreglo, sino que socave fatalmente la posición del mismo Mikolajczyk.

3. Mis telegramas siguientes contienen el texto de un telegrama que el Gabinete de Guerra, en su capacidad colectiva, ha enviado a nuestro embajador en Moscú, y también el de un mensaje que las mujeres de Varsovia han enviado al Papa y que el Vaticano ha entregado a nuestro Ministro.

4. El único medio de enviar rápidamente ayuda material a los polacos que luchan en Varsovia sería que la aviación norteamericana dejara caer provisiones utilizando para este fin las bases aéreas rusas. Teniendo en cuenta todos los inconvenientes, le rogamos que considere una vez más los grandes factores en juego. ¿No podría usted autorizar a sus fuerzas aéreas a llevar a cabo esta operación aterrizando, si fuera necesario, en bases rusas, sin su consentimiento oficial? Teniendo en cuenta nuestras grandes victorias en el Oeste, no creo que los rusos pudieran hacer algo para evitar este *fait accompli* (1).

Incluso es posible que lo reciban con los brazos abiertos por sacarles de una situación difícil. Naturalmente, nosotros compartiríamos con usted toda la responsabilidad de cualquier acción llevada a cabo por su aviación.

El Primer Ministro al presidente Roosevelt. 4-IX-44.

Sigue el texto al telegrama enviado esta tarde a Moscú, del que hice mención en mi precedente mensaje.

«El Gabinete de Guerra estudió en su reunión de hoy los últimos informes sobre la situación de Varsovia, según los cuales los polacos que allí luchan contra los alemanes están en una situación desesperada.

El Gabinete de Guerra desea que el Gobierno soviético sepa que en este país la opinión pública está profundamente conmovida por los acontecimientos de Varsovia y por los terribles sufrimientos de los polacos de aquella ciudad. Sean cuales fueren los errores y los aciertos de la iniciación de la revuelta de Varsovia, el pueblo no puede ser responsable de la decisión tomada. Nuestro pueblo no puede comprender por qué no se ha enviado ayuda material a los polacos de Varsovia. El hecho de que tal ayuda no haya podido enviarse a causa de la negativa del Gobierno de ustedes a permitir que la aviación norteamericana aterrice en los aeropuertos que están en manos rusas, está ahora comenzando a ser de dominio público. Si encima de todo esto, los polacos de Varsovia fueran dominados por los alemanes, como nos han informado que sucederá dentro de dos o tres días, la conmoción que sufrirá la opinión pública en Inglaterra será incalculable. También al Gabinete de Guerra le resulta difícil comprender la negativa del Gobierno de ustedes a tener en cuenta las obligaciones de los Gobiernos británico y norteamericano para con los polacos de Varsovia La acción de su Gobierno al impedir el envío de esta ayuda nos parece opuesta al espíritu de la cooperación aliada, a la que nosotros y ustedes tanta importancia concedemos, lo mismo para el presente que para el futuro.

(1) En francés en el original.

Por consideración el mariscal Stalin y a los pueblos soviéticos, con quienes deseamos sinceramente colaborar en los años venideros, el Gabinete de Guerra me ha pedido que envíe esta nueva apelación al Gobierno soviético para que proporcione la ayuda que esté en su mano y, sobre todo, a fin de que conceda facilidades a la aviación americana para aterrizar en sus aeropuertos con este objeto.»

El Primer Ministro al presidente Roosevelt. 4-IX-44.

Sigue el texto del mensaje de las mujeres de Varsovia, del que hice mención en mi anterior telegrama:

«Padre Santísimo: A nosotras, las mujeres de Varsovia, nos mueven sentimientos de profundo patriotismo y amor a nuestra patria. Desde hace tres semanas, mientras defendemos nuestra fortaleza, nos faltan alimentos y medicamentos. Varsovia está en ruinas. Los alemanes matan a los heridos en los hospitales. Obligan a las mujeres y a los niños a avanzar delante de ellos para proteger sus tanques. Los informes que hablan de niños que luchan contra los tanques y los destruyen con botellas de gasolina no son exagerados. Nosotras, las madres, vemos a nuestros hijos morir por la libertad y por la Patria. El enemigo no considera a nuestros esposos, a nuestros hijos y a nuestros hermanos como combatientes. Padre Santo, nadie nos ayuda. Los ejércitos rusos, que llevan tres semanas a las puertas de Varsovia, no han avanzado ni un paso. La ayuda que nos llega de Inglaterra es insuficiente. El mundo ignora nuestra lucha. Sólo Dios está con nosotros. Padre Santo, Vicario de Cristo, si podéis oírnos, bendecid a las mujeres polacas que luchan por la Iglesia y por la libertad.»

El presidente Roosevelt al Primer Ministro. 5-IX-44.

En respuesta a sus telegramas, mi Oficina de Información Militar me comunica que los polacos combatientes se han retirado de Varsovia y que los alemanes controlan totalmente la situación.

Por lo tanto, el problema de la ayuda a los polacos de Varsovia ha quedado resuelto desgraciadamente por el retraso sufrido y por la acción alemana, y ahora nada podemos hacer por ayudarles.

Hace tiempo que me siento profundamente angustiado por nuestra incapacidad de proporcionar una ayuda adecuada a los heroicos defensores de Varsovia. Espero que juntos podamos aun cooperar a que Polonia se vea entre las naciones vencedoras en esta guerra contra los nazis.

* * * * *

El 10 de septiembre, después de seis semanas de martirio para los polacos, los soviets decidieron, al parecer, cambiar de táctica. Aquella tarde comenzaron a caer granadas de artillería soviética en los arrabales orientales de Varsovia y aviones soviéticos volvieron a aparecer sobre la ciudad. Las fuerzas comunistas polacas, obedeciendo órdenes soviéticas, se abrieron camino hasta las cercanías de la ciudad. A partir del 14 de septiembre la aviación soviética dejó caer varias veces provisiones, pero pocos paracaídas se abrieron y muchos paquetes se estrellaron contra el suelo y no pudo aprovecharse su contenido. Al día siguiente los rusos ocuparon el suburbio de Praga, pero no pasaron de allí. Deseaban que los polacos no comunistas quedaran totalmente destruídos, pero también querían seguir dando la impresión de que acudían en su socorro. Mientras tanto, casa por casa, los alemanes continuaban liquidando los focos polacos de resistencia en la ciudad. La población sufrió una suerte espantosa. Muchas personas fueron deportadas por los alemanes. Las apelaciones del general Bor al mariscal soviético Rokossovsky quedaron sin respuesta. El hambre reinaba por doquier.

Mis esfuerzos para lograr la ayuda americana consiguieron que se llevara a cabo una operación aislada, pero de gran volumen. El 18 de septiembre ciento cuatro bombarderos pesados volaron sobre la capital dejando caer provisiones. Pero era ya inútil. En la tarde del 2 de octubre, el primer ministro Mikolajcyk vino a decirme que las fuerzas polacas de Varsovia iban a rendirse a los alemanes. En Londres captamos una de las últimas emisiones de la heroica ciudad:

> Esta es la verdad desnuda. Se nos está tratando mucho peor que a los satélites de Hitler, peor que a Italia, a Rumania, a Finlandia. Que Dios, que es justo, juzgue la terrible injusticia sufrida por la nación polaca y que El castigue como se merecen a todos los culpables.
>
> Vuestros héroes son los soldados cuyas únicas armas contra los tanques, los cañones y los aviones eran sus pistolas y las botellas llenas de gasolina. Vuestros héroes son las mujeres que cuidaron a los heridos y llevaron mensajes bajo el fuego incesante, que cocinaron en sótanos bombardeados y en ruinas para dar de comer a los niños y a los adultos y que

atendieron y confortaron a los moribundos. Vuestros héroes son los niños que siguieron jugando plácidamente entre las humeantes ruinas. Ese es el pueblo de Varsovia.

Inmortal es la nación que es capaz de desplegar un heroísmo colectivo semejante. Los que han muerto, han vencido. Los que viven, seguirán luchando, vencerán y darán testimonio de que Polonia existirá mientras aliente un solo polaco.

Estas palabras son indelebles. La batalla de Varsovia había durado más de sesenta días. De los 40.000 hombres y mujeres del Ejército polaco de Resistencia, cayeron unos 15.000. Unas 200.000 personas resultaron muertas o heridas de una población de un millón. La represión de la revuelta costó al Ejército alemán 10.000 muertos, 9.000 heridos y 7.000 desaparecidos. Las proporciones revelan las características de la lucha cuerpo a cuerpo.

Cuando los rusos entraron en la ciudad, tres meses después, apenas hallaron otra cosa que calles en ruinas y cadáveres sin enterrar. Así fué cómo liberaron Polonia a la que hoy dominan. Pero la historia no puede terminar aquí.

Capítulo X

LA SEGUNDA CONFERENCIA DE QUEBEC

Salgo del Clyde el 5 de septiembre. — Planes británicos para la guerra con el Japón. — ¿Será derrotada Alemania en 1944? — Nuestra necesidad de frenar a los rusos en Europa Central. — Desembarcamos en Halifax el 10 de septiembre. — Nuestra primera reunión plenaria en la Ciudadela de Quebec, 13 de septiembre. — Mi resumen sobre el progreso de la guerra. — Ofrezco enviar la Flota Británica al Pacífico y colocarla bajo el Mando Supremo de los Estados Unidos. — Operaciones americanas en el Pacífico. — Los planes de lord Portal para la R.A.F. — Mi telegrama a Inglaterra, 13 de septiembre. — «Una apoteosis de amistad». — El Plan Morgenthau. — Informe de los jefes del Estado Mayor conjunto, 16 de septiembre. — Ventajas de un avance por el norte de Alemania. — La batalla en Italia. — Planes balcánicos. — La derrota del Japón. — Una visita de despedida a Hyde Park. —.El retorno a la patria.

EL martes, 5 de septiembre, zarpamos una vez más desde el Clyde a bordo del *Queen Mary*. Todos los jefes de Estado Mayor venían conmigo, y durante nuestra travesía, que duró seis días, nos entrevistábamos diariamente y en algunas ocasiones dos veces al día. Quería, antes de que nos reuniéramos con nuestros amigos americanos, armonizar y fijar los muchos planes y proyectos que teníamos por delante. En Europa, «Overlord» no sólo se había lanzado, sino que marchaba victoriosamente. ¿Cómo, cuándo y dónde debíamos atacar al Japón y asegurar para la Gran Bretaña un papel honroso en la victoria final de aquellas tierras? Habíamos perdido tanto como los Estados Unidos, si no más. En poder de los japoneses había más de 160.000 prisioneros británicos e internados civiles. Singapur debía ser redimida y Malaya liberada. Durante casi tres años habíamos persistido en la estrategia de «Alemania, primero». Ahora había llegado el momento de la liberación de Asia y yo estaba decidido a que jugáramos en ella un papel fundamental. Lo que más temía en esta etapa de la guerra era que los Estados Unidos pudieran decirnos un día: «Acudimos a Europa en vuestra ayuda y en cambio nos dejasteis solos para que termináramos con el Japón». Teníamos que recuperar en el campo de batalla nuestras posesiones en el Lejano Oriente y no esperar a que se nos devolvieran en la mesa de la Paz.

Era evidente que nuestra principal contribución a la lucha debería ser por mar y por aire. La mayor parte de nuestra flota estaba entonces en libertad para trasladarse hacia el Este. Así, pues, decidí que la primera petición que haríamos a nuestros aliados norteamericanos sería que nuestros buques participaran de un modo total en el ataque decisivo contra el Japón. La R.A.F. los seguiría en cuanto fuera posible, una vez derrotada Alemania.

Las operaciones militares eran mucho más complicadas. Las cosas iban mal en China. El almirante Mountbatten tenía orden de hacer urgentemente dos cosas: abrir la carretera de Birmania avanzando hacia el centro de aquel país (operación llamada «Capital») y aumentar los suministros que se enviaban por vía aérea por encima del Himalaya. Otro proyecto que prometía resultados más inmediatos era una expedición anfibia que cruzara por mar el golfo de Bengala, capturara Rangún y, avanzando unas millas hacia el interior, aislara a las tropas japonesas de sus bases y de sus líneas de comunicación con Siam. Esta se conocía por el nombre de operación «Drácula». Al mismo tiempo, nuestras tropas de Birmania central avanzarían hacia el sur y se unirían a las fuerzas que habían de desembarcar en Rangún. Se esperaba que esto limpiara el país y nos permitiera llevar a cabo un ataque anfibio contra Sumatra.

Pero todo esto exigía hombres y material, y en el Asia suroriental no había suficientes. El único lugar de donde podían sacarse era Europa. Los buques de desembarco tenían que salir del Mediterráneo, o de «Overlord», y las tropas, de Italia y de otros puntos. Y tendría que ser pronto. Ya estábamos en septiembre. Rangún está a cuarenta millas en el interior de un estuario que presenta muchas curvas y complica su navegación y entrada con una serie de bancos de arena y remansos. El monzón comienza a primeros de mayo y, por tanto, tendríamos que efectuar el ataque en abril de 1945 lo más tarde. ¿Podíamos arriesgarnos a iniciar ya la disminución de nuestro esfuerzo en Europa?

No era, ni mucho menos, seguro que Alemania fuera derrotada en 1944. Verdad era que llevábamos ya casi siete semanas de continuos éxitos militares. París había sido liberado y se habían limpiado de enemigos grandes zonas de Francia. En Italia nuestro avance continuaba. La ofensiva soviética, aunque detenida temporalmente, podría volver a iniciarse en cualquier momento. La liberación de Grecia se llevaría a cabo muy pronto. Las «armas secretas» de Hitler habían sido casi dominadas y no existían pruebas de que hubiera aprendido a fabricar la bomba atómica. Todos estos y muchos otros factores, originaron la creencia en nuestro círculo militar de que los

nazis se derrumbarían pronto. Pero yo no estaba convencido de ello. Me acordaba de la matanza alemana de marzo de 1918. Por lo tanto, en una reunión de nuestros jefes de Estado Mayor, que presidí el 8 de septiembre, les previne contra el peligro de basar sus planes en un inminente derrumbamiento alemán. Dije que la resistencia se había hecho mayor en occidente y que los americanos habían sido bruscamente frenados en Nancy. Afirmé que las guarniciones alemanas estaban ofreciendo una dura resistencia en la mayoría de los pueblos, que los americanos no habían tomado St. Nazaire y que el enemigo mostraba intenciones de luchar enérgicamente en las orillas del estuario del Escalda, que conduce a Amberes, puerto que tanto necesitábamos.

Otra cosa también me preocupaba mucho. Estaba ansioso de anticiparme a los rusos en ciertas zonas de la Europa central. Los húngaros, por ejemplo, habían anunciado su intención de resistir al avance soviético, pero habían dicho que se rendirían ante las fuerzas británicas, si éstas llegaban a tiempo. Si los alemanes evacuaban Italia o se retiraban a los Alpes, yo deseaba que Alexander pudiera efectuar su avance anfibio a través del Adriático, capturar y ocupar la península de Istria y tratar de llegar a Viena antes que los rusos. Parecía muy pronto, por tanto, para empezar a enviar tropas suyas al sudeste de Asia. El C.I.G.S. estaba de acuerdo en que no se debía retirar ni un solo hombre de las tropas de Alexander hasta que Kesselring hubiese sido obligado a repasar el Piave, en cuyo caso nuestro frente quedaría reducido a mucho menos de la mitad de su anchura actual. Por el momento sólo se quitaría a Alexander la primera de las divisiones indias necesarias para el asalto a Rangún. Pero hasta esto me desagradaba. Respecto al desembarco en la península de Istria, me dijeron que tendríamos que utilizar los buques americanos de desembarco que iban a salir para el Pacífico o debilitar la campaña de Francia. El resto de nuestros buques de desembarco eran necesarios para la ocupación de Rangún, que tendría que llevarse a cabo antes del monzón de mayo. Si utilizábamos los buques en el Adriático, no llegarían a tiempo.

Nuestras largas conversaciones dieron como resultado que lle-

gáramos a un acuerdo sobre lo que íbamos a plantear a nuestro gran aliado.

* * * * *

Desembarcamos en Halifax el 10 de septiembre y llegamos a Quebec la mañana siguiente. El Presidente y Mrs. Roosevelt, que eran nuestros huéspedes, habían llegado poco antes que nosotros y el Presidente había ido a esperarme a la estación. Una vez más, la Ciudadela iba a ser nuestro hogar y los Estados Mayores monopolizaron de nuevo el castillo Frontenac.

La mañana del miércoles, 13 de septiembre, celebramos nuestra primera reunión plenaria. Conmigo estaban Brooke, Portal, Cunningham, Dill, Ismay y el mayor general Laycock, que había sucedido a Mountbatten como jefe de Operaciones Combinadas. El Presidente iba acompañado de Leahy, Marshall, King y Arnold. Esta vez, desgraciadamente, no estaba Harry Hopkins, que me había enviado un telegrama antes de mi salida de Inglaterra: «Aunque ahora me siento mucho mejor, todavía tengo que cuidarme y creo que no debo correr el riesgo de sufrir una recaída intentando tomar parte en la batalla de Quebec en los llanos de Abraham, donde hombres mucho mejores que yo han perecido». Yo ignoraba entonces el cambio que se había producido en sus relaciones con el Presidente, pero estaba seguro de que le echaríamos mucho de menos.

Roosevelt me pidió que iniciara el debate y yo le hice la exposición general sobre la situación bélica que había preparado durante la travesía. Desde nuestra entrevista en El Cairo, los asuntos de las Naciones Unidas habían mejorado totalmente. Todo lo que habíamos tocado se había convertido en oro, y en el curso de las últimas siete semanas se había producido una continua sucesión de éxitos militares. La forma en que se había desenvuelto la situación desde la conferencia de Teherán implicaba un planeamiento admirable y una gran exactitud en la ejecución. Primero se había producido el desembarco de Anzio, y luego, el día antes de iniciarse «Overlord», habíamos tomado Roma. Había sido un perfecto ajuste

de tiempo. Felicité a los jefes de Estado Mayor norteamericano por los resultados de «Dragón». Por lo visto, se habían hecho ya 80 ó 90.000 prisioneros y las zonas meridionales y occidentales de Francia estaban siendo sistemáticamente limpiadas de enemigos. Los historiadores futuros dirán, con toda seguridad, que desde la conferencia de Teherán, la maquinaria bélica de los aliados funcionó con una eficacia extraordinaria.

También recordé con placer que, a pesar de que el Imperio británico había entrado ya en su sexto año de guerra, todavía se mantenía en su puesto con una población total de 70 millones de blancos, incluyendo los dominios y las colonias. Nuestro esfuerzo en Europa, medido por las divisiones que teníamos en el campo, era aproximadamente igual al de los Estados Unidos. Así debía ser y añadí que me sentía orgulloso de poder recabar para nosotros la igualdad con nuestro gran aliado. Nuestras fuerzas habían alcanzado ya el máximo, mientras que las de nuestro aliado aumentaban constantemente. Teníamos completa confianza en el general Eisenhower. Sus relaciones con el general Montgomery eran las mejores, como lo eran las relaciones entre el general Montgomery y el general Bradley. La labor efectuada por el general Bedell Smith en la dirección y unión de los distintos Estados Mayores, había sido magnífica. Se había construído una maquinaria de Estado Mayor americano y británico eficazmente integrada en una unidad, y la batalla se estaba desarrollando con brillantez.

En Italia, el general Alexander había reanudado la ofensiva a fines de agosto. Desde entonces el VIII Ejército había sufrido unas ocho mil bajas y el V Ejército unas mil. Hasta aquel momento, el V Ejército no había sostenido combates tan duros, pero se esperaba que atacara aquel mismo día. En este teatro actuaba el Ejército más representativo del Imperio británico que hubo nunca. En total había dieciséis divisiones del Imperio británico distribuídas en la forma siguiente: ocho británicas, dos canadienses, una neozelandesa, una sudafricana y cuatro anglo-indias. Expliqué que había sufrido momentos de ansiedad ante la posibilidad de que el general Alexander quedara falto de algunos elementos imprescindibles para poder proseguir enérgicamente su campaña, pero que

ahora creía entender que los jefes del Estado Mayor conjunto habían acordado no retirar nuevos efectivos de allí hasta que las tropas de Kesselring hubieran quedado destruídas o hubiesen sido expulsadas de Italia.

El general Marshall confirmó esta idea mía, y yo entonces dije que en este caso tendríamos que buscar nuevos campos de operaciones. No debíamos permitir que nuestros Ejércitos permanecieran inactivos. Dije que siempre me había atraído la idea de iniciar un movimiento hacia la derecha para poder dar así una puñalada a Alemania en su costado adriático. Nuestro objetivo debía ser Viena. Si la resistencia alemana se derrumbaba, podríamos, como era natural, alcanzar la ciudad más rápida y fácilmente. Si esto no sucedía así, había pensado en la posibilidad de facilitar este movimiento capturando Istria y ocupando Trieste y Fiume. Me había complacido saber que los jefes de Estado Mayor norteamericanos estaban dispuestos a dejar en el Mediterráneo cierto número de buques de desembarco, ocupados ahora en el ataque al sur de Francia, a fin de suministrar el transporte anfibio para esta operación, si se la consideraba deseable y necesaria. Otra razón para efectuar este movimiento por la derecha era la rápida penetración de los rusos en los Balcanes y el peligroso aumento de la influencia soviética en aquella zona.

* * * * *

Procedí después a pasar revista a la campaña de Birmania. Se había hecho esta campaña en una escala considerable. Doscientos cincuenta mil hombres habían participado en ella y la lucha por la posesión de Imphal y Kohima había sido muy dura. El general Stilwell merecía ser felicitado por su brillante ocupación de Myitkyina. Habíamos sufrido cuarenta mil bajas en combate y el número de enfermos se elevó a doscientos ochenta y ocho mil. De estos últimos, felizmente, la mayoría se habían recuperado y se habían reincorporado al servicio. Como resultado de esta campaña, se había mantenido abierta la línea aérea a China y se había salvado a la India de un posible ataque. Se calculaban las pérdidas

japonesas en unos cien mil hombres. La campaña de Birmania había sido la mayor campaña terrestre en que hasta entonces se vieran comprometidas las fuerzas japonesas.

A pesar de estos éxitos, era muy poco de desear que la campaña en las junglas birmanas continuase indefinidamente. Por esta razón, los jefes de Estado Mayor británicos habían propuesto la operación «Drácula»: la captura de Rangún. Había dificultad en reunir las fuerzas necesarias y transportarlas a tiempo al Asia suroriental para ocupar Rangún antes de que vinieran los monzones de 1945. La situación en Europa, por muy favorable que fuera, no permitía que por ahora se pudieran retirar fuerzas de allí. Lo que nosotros queríamos era mantener, durante el mayor tiempo posible, abierta esta posibilidad, y a este fin estábamos encaminando todos nuestros esfuerzos.

Hubo quien, en su afán de meter cizaña, dijo que nosotros no participaríamos en la guerra contra el Japón cuando se hubiera derrotado a Alemania. Lejos de eludir esta carga, el Imperio británico estaba ansioso de jugar en ella el mayor papel posible. Teníamos muy buenas razones para hacerlo. El Japón era un enemigo mucho más decidido del Imperio británico que de los Estados Unidos. En la guerra se habían ocupado territorios británicos y se nos habían hecho muchas bajas. La oferta que hice entonces fué que el grueso de las fuerzas británicas participase en las grandes operaciones contra el Japón, bajo el mando supremo de los Estados Unidos. Dispondríamos de una fuerza poderosa y bien nivelada y esperábamos que a finales de 1945 esta flota incluyera nuestros más modernos acorazados. Se construiría un tren de flota de proporciones adecuadas, haciendo así a los buques de guerra independientes de los recursos de sus bases terrestres durante períodos considerables de tiempo.

El Presidente intervino para decir que con la misma rapidez con que se había ofrecido la flota británica, ésta era aceptada. Con esta afirmación, aunque el hecho no fué mencionado, se impuso a la opinión del almirante King.

Continué diciendo que situar una flota británica en el Pacífico central no nos impediría enviar un destacamento al general

MacArthur en el Pacífico suroccidental, si era conveniente. No teníamos la menor intención, como era natural, de intervenir en forma alguna en su mando. Como una contribución más a la derrota del enemigo, la Real Fuerza Aérea desearía participar en el bombardeo pesado del Japón. Podría disponerse de una fuerza de bombarderos nada pequeña que se sentiría honrada de compartir con sus colegas americanos los peligros de atacar el corazón del enemigo. En cuanto a fuerzas terrestres, cuando Alemania hubiera sido vencida, probablemente podríamos enviar al Oriente seis divisiones desde Europa y, posiblemente, más tarde, otras seis. En Asia suroriental teníamos dieciséis divisiones que, en último caso, podrían ser utilizadas. Yo había abogado siempre por un avance a través del golfo de Bengala y por efectuar las operaciones necesarias para recuperar Singapur, cuya pérdida había sido un golpe fuerte y vergonzoso para el prestigio británico, del que habíamos de vengarnos. Tendríamos que recuperarlo mediante combate. En estas ideas que yo expuse, no había inflexibilidad. Primero debíamos capturar Rangún y luego estudiar la situación. Si después podía trazarse algún plan mejor, no debería ser eliminado por el primitivo. Nuestro objetivo principal debía ser utilizar la mayor cantidad posible de fuerzas propias contra la mayor cantidad posible de fuerzas enemigas, y hacerlo cuanto antes.

* * * * *

El Presidente me agradeció el examen que había hecho de la situación y me dijo que era para él un motivo de profunda satisfacción que en todas las conferencias entre americanos y británicos hubiera habido una creciente solidaridad en sus puntos de vista, así como una identidad de ideas fundamentales. A esto había que añadir que siempre había reinado una atmósfera de cordialidad y de amistad. La fortuna militar nos había sonreído, pero todavía no era posible predecir cuándo terminaría la guerra con Alemania. Estaba claro que los alemanes se retiraban de los Balcanes y parecía probable que en Italia se retiraran a los Alpes. Los rusos estaban a las puertas de Hungría. Los alemanes habían

demostrado ser expertos en escalonar las retiradas y habían podido salvar muchos hombres aunque perdiendo mucho material. Si la batalla de Alexander iba bien, alcanzaríamos el Piave en un plazo razonablemente corto. Todas las fuerzas en Italia debían ser utilizadas al máximo de intensidad. En el Occidente, parecía probable que los alemanes se retiraran detrás del Rin. Su apoyo derecho sería el muro occidental de sus defensas, que constituiría un obstáculo formidable. Tendríamos que atacarlo por el este o por el oeste, y, por tanto, nuestros planes deberían ser flexibles. Todavía no podía descartarse a los alemanes. Sería necesario empeñarnos en otra gran batalla, y nuestras operaciones del Japón dependerían en cierto modo de lo que pasara en Europa.

El Presidente dijo que estaba de acuerdo en que no deberíamos continuar en Birmania más que el tiempo necesario para limpiar de japoneses aquel territorio. El plan americano era volver a conquistar las Filipinas y dominar el archipiélago japonés desde allí o desde Formosa y desde las cabezas de puente que serían establecidas en China. Si pudieran situarse fuerzas en el territorio continental de China, ésta podría salvarse. La experiencia americana indicaba que el método de la «carrera final» daba siempre buenos resultados. Rabaul era un ejemplo de esta técnica de rebasamiento, que había proporcionado un gran éxito con una pérdida muy pequeña de vidas. ¿No sería posible, preguntó, rebasar Singapur apoderándonos de una zona al norte o al este de esta ciudad, que podría ser Bangkok? Dijo que hasta entonces no le había atraído mucho el plan de Sumatra, pero que ahora la operación había adquirido más importancia.

Afirmé que todos estos proyectos se estaban examinando y poniendo en orden y que no podría tomarse ninguna decisión hasta que hubiéramos ocupado Rangún. No debíamos olvidar que Stalin se había comprometido voluntaria y solemnemente en Teherán a que Rusia entraría en la guerra contra el Japón el día que Hitler fuera derrotado. No había razón alguna para dudar de la palabra de Stalin. No cabía duda de que los rusos tenían grandes ambiciones en Oriente. Si Hitler era derrotado, por ejemplo, el mes de enero y el Japón se encontraba enfrentado con las tres naciones

más poderosas del mundo, era indudable que lo pensaría dos veces antes de continuar la lucha.

Yo volví a insistir sobre lo dicho para asegurar el terreno que pisábamos y solicité una conclusión definitiva acerca del empleo de la flota británica en las operaciones principales contra el Japón.

—Quisiera ver a la flota británica en todos los lugares y en todos los momentos posibles — dijo el Presidente.

El almirante King explicó que se había preparado un informe para los jefes del Estado Mayor conjunto y que la cuestión estaba siendo objeto de un activo estudio.

—Se ha hecho la oferta de la flota británica — repetí —. ¿Es aceptada?

—Sí — contestó Roosevelt.

—¿Permitirá usted también que participe la aviación británica en las operaciones principales?

Aquí fué mucho más difícil obtener una respuesta directa. Marshall dijo que el general Arnold y él estaban estudiando la forma de utilizar el mayor número posible de aviones.

—Hace relativamente poco — explicó — necesitábamos aviones. En cambio, ahora nos sobran. Y si ustedes van a estar comprometidos en una intensa lucha en el Asia suroriental y en Malaya, ¿no necesitarán la mayor parte de su aviación? ¿O el plan de Portal de bombardear el Japón es una cosa completamente independiente?

—Completamente independiente — repuso Portal —. Si nuestros bombarderos Lancaster son repostados en vuelo, pueden ir casi tan lejos como los B-29 de ustedes.

Yo dije que en beneficio de nuestras buenas relaciones, de las que tanto dependía el porvenir, era de vital importancia que a los británicos se les diera una participación justa en las operaciones principales contra el Japón. Los Estados Unidos nos habían prestado la mayor ayuda en la lucha contra Alemania. Era, por lo tanto, de esperar que, a cambio, el Imperio británico prestara a los Estados Unidos todo el apoyo posible en su intento de derrotar al Japón.

* * * * *

Después de la reunión telegrafié a Inglaterra:

El Primer Ministro al Primer Ministro en funciones y Gabinete de Guerra. 13-IX-44.

La Conferencia se ha abierto con una apoteosis de amistad. Los Estados Mayores están ya casi de completo acuerdo. No va a producirse ningún debilitamiento del ejército de Alexander hasta que Kesselring haya huído más allá de los Alpes o haya sido derrotado. Todos los buques de desembarco que están en el Mediterráneo van a ir al Adriático norte para participar en cualquier plan anfibio contra Istria, Trieste, etc.

2. Ha sido aceptada totalmente la idea de avanzar nosotros hasta Viena si la guerra dura lo suficiente y otros no llegan antes.

3. Después de haber efectuado su trabajo en el Adriático, los buques de desembarco quedarán libres para marchar al golfo de Bengala o más allá, según lo exijan las circunstancias.

También pude dar seguridades a nuestros comandantes en el Mediterráneo.

El Primer Ministro al general Wilson y al general Alexander. 13-IX-44.

Todo ha comenzado aquí muy bien en lo que respecta a sus problemas. No va a haber debilitamiento del ejército de Alexander hasta que Kesselring haya sido puesto fuera de combate, cosa que nuestros servicios de Información indican como probable.

2. Además, el almirante King no va a pedir los buques de desembarco que hay en el Mediterráneo, y los americanos están dispuestos a acceder a que se utilicen tantos buques como haga falta para las operaciones anfibias en el Adriático norte.

3. Les hago notar, por tanto, que la situación ha mejorado mucho y que reina un espíritu muy favorable a la audaz empresa. Los americanos hablan sin ninguna duda ni reserva de nuestro avance hacia Viena si la guerra dura lo bastante. Me siento muy satisfecho por la buena acogida que han tenido aquí todas nuestras ideas. Debemos aprovechar hasta el máximo estas ventajas.

* * * * *

Durante los días siguientes sostuve un gran número de conversaciones con el Presidente y sus consejeros. Quedé sorprendido a mi llegada a Quebec al ver que el Presidente iba acompañado de míster

Morgenthau, secretario norteamericano del Tesoro, pero que no estaban presentes ni el Secretario de Estado ni Harry Hopkins. Sin embargo, me alegré de que Morgenthau estuviese allí, ya que estábamos ansiosos de estudiar los acuerdos financieros que había que establecer entre nuestros dos países para el período que iba a transcurrir entre la conquista de Alemania y la derrota del Japón. Pero el Presidente y su Secretario del Tesoro estaban mucho más preocupados por el trato que debería darse a Alemania después de la guerra. Los dos estaban convencidos de que el poderío militar descansaba en el poderío industrial. En la cuarta década del siglo habíamos visto lo fácil que le era a una Alemania muy industrializada, armarse y amenazar a sus vecinos. Por tanto, declararon que no hacían falta tantas fábricas en un país tan grande como Alemania, que podía alimentarse a sí misma. El Reino Unido había perdido tantas inversiones económicas en Ultramar que solamente podría bastarse a sí mismo cuando viniera la paz aumentando en gran número sus exportaciones, de forma que, por razones, tanto económicas como militares, deberíamos restringir la industria alemana y favorecer, en cambio, su agricultura. Al principio me opuse violentamente a esta idea. Pero el Presidente y Mr. Morgenthau, a quien tanto teníamos que pedir, fueron tan insistentes, que finalmente accedimos a estudiar el plan.

El llamado «Plan Morgenthau», que entonces no tuve tiempo de estudiar en detalle, parecía llevar estas ideas a una conclusión ultralógica. Aunque el plan hubiera sido posible, no creo que hubiese sido recomendable disminuir tan enormemente el nivel de vida de Alemania. Pero en aquel momento, cuando el militarismo alemán, basado en la industria alemana, había ocasionado tan grandes daños a Europa, no parecía injusto mostrarse de acuerdo en que no hacía falta revivir su capacidad de producción más de lo que sería necesario para darle el mismo nivel de vida que el de sus vecinos. Todo ello fué, como es natural, objeto de profundo estudio por el Gabinete de Guerra. Cuando llegó el momento, y con mi pleno acuerdo, la idea de «pastoralizar» Alemania no prosperó.

* * * * *

Celebramos nuestra última reunión el mediodía del sábado 16 de septiembre. Los jefes del Estado Mayor conjunto habían terminado ya su informe final para el Presidente y para mí, y a petición de Mr. Roosevelt, el almirante Leahy lo leyó en alta voz, párrafo por párrafo. Los pasajes principales eran los siguientes:

9. La intención del comandante supremo es continuar presionando intensamente para destruir las fuerzas armadas alemanas y ocupar el corazón de Alemania. Cree que su mejor oportunidad para derrotar al enemigo en occidente está en atacar el Ruhr y el Sarre, ya que está convencido de que el enemigo concentrará los restos de las fuerzas de que dispone para asegurar la defensa de estas zonas esenciales. La primera operación será romper la línea Sigfrido y apoderarse de los pasos sobre el Rin. Al hacerlo, efectuará su esfuerzo máximo por la izquierda. Luego procederá a prepararse logísticamente y de otras formas, para llevar a cabo un profundo avance en el interior de Alemania.

10. Hemos aprobado las propuestas del general Eisenhower y hemos llamado su atención sobre:

a) Las ventajas que ofrece la línea septentrional de aproximación hacia Alemania en vez de la meridional, y

b) La necesidad de abrir los puertos del Noroeste, especialmente Amberes y Rotterdam, antes de que sobrevenga el mal tiempo.

Yo no discrepaba de estos propósitos generales, pero el lector recordará las dudas que había expuesto a los jefes de Estado Mayor británicos sobre la inminencia de la derrota alemana, durante nuestra travesía del Atlántico. También había redactado un informe en este sentido, que se publicará en un capítulo posterior. El contraataque de Rundstedt todavía tenía que producirse, y el paso del Rin no había de lograrse hasta dentro de seis meses.

* * * * *

Las recomendaciones militares sobre Italia eran las siguientes:

11. Hemos examinado el informe del general Wilson sobre las operaciones en la zona de su mando. Por lo que se refiere a la batalla de Italia, él cree que las operaciones se desarrollarán en una de estas formas:

a) O bien las fuerzas de Kesselring serán destruídas, en cuyo caso será posible efectuar un rápido reagrupamiento y una persecu-

ción hacia la brecha de Liubliana (y a través de los Alpes por el paso del Brennero) dejando unas cuantas unidades para limpiar el noroeste de Italia.

b) O bien el ejército de Kesselring logrará efectuar una retirada ordenada, en cuyo caso no parece posible que podamos hacer más que limpiar este año los llanos de Lombardía. El terreno difícil y el mal tiempo en los Alpes durante el invierno impedirían otra gran ofensiva hasta la primavera de 1945.

El informe continuaba en la forma siguiente:

12. Hemos acordado:

a) Que no sea retirada de Italia ninguna otra gran unidad hasta que se conozca el resultado de la actual ofensiva del general Alexander.

b) Que la conveniencia de retirar formaciones del V Ejército norteamericano debe ser estudiada de nuevo a la luz de los resultados de la actual ofensiva del general Alexander y de una eventual retirada alemana hacia el norte de Italia, y a la luz también de la opinión del general Eisenhower.

c) Comunicar al general Wilson que si desea conservar para su utilización en la península de Istria los medios de transporte anfibios que tiene actualmente en el Mediterráneo, someta su plan lo antes posible y no más tarde del 10 de octubre a los jefes del Estado Mayor conjunto. A este respecto, hemos dado ya las instrucciones convenientes al comandante supremo aliado.

Aquí nuevamente teníamos que estar prevenidos contra las interpretaciones. No iban a retirarse más unidades hasta que se supieran los resultados de la ofensiva de Alexander. Hasta aquí, conformes, pero ¿hasta dónde iba a llevarse esta ofensiva? Si sólo iba a llegar hasta la línea Rímini, por ejemplo, la propuesta era completamente inaceptable. Por lo tanto, dije que suponía que se le permitiría invadir y dominar el valle del Po, y me tranquilicé cuando Marshall y Leahy dijeron que esto era lo que habían querido decir.

Di las gracias al almirante King por su promesa de prestarnos sus buques de desembarco para un ataque a la península de Istria. El almirante insistió en que también serían necesarios para el

asalto a Rangún y que, por tanto, tendríamos que decidir antes del 15 de octubre si íbamos a invadir Istria o no.

* * * * *

El siguiente párrafo del informe especificaba nuestras propuestas conjuntas sobre las operaciones en los Balcanes:

13. El general Wilson considera que puede presuponerse una situación en la que el grueso de las fuerzas alemanas al sur de la línea Trieste-Liubliana-Zagreb y el Danubio estén inmovilizadas, y que continuarán estándolo hasta que se le agoten los suministros, en cuyo caso estarán dispuestas a rendirse a nosotros o bien serán liquidadas por las fuerzas partisanas o rusas. Hemos observado que mientras dure la batalla en Italia, no podrá disponerse de fuerzas en el Mediterráneo para emplearlas en los Balcanes, excepto:

a) La pequeña fuerza de dos brigadas británicas que están en Egipto dispuestas para ocupar la zona de Atenas y preparar así el camino para el comienzo de la ayuda y el establecimiento de la ley y el orden y del Gobierno griego.

b) Las pequeñas fuerzas terrestres en el Adriático que están siendo utilizadas activamente, y sobre todo, en acciones tipo Comando.

Esto fué aceptado por todos nosotros sin enmienda ni discusión.

* * * * *

Las propuestas para la guerra del Pacífico insistían en la importancia de la flexibilidad y de los caminos más cortos. La superioridad aliada en poderío naval y aéreo debería permitir evitar, siempre que fuera posible, costosas campañas terrestres. Respecto al Asia suroriental, se acordó que el avance terrestre hacia Birmania desde el norte, se combinara con un ataque anfibio contra Rangún. Dije que, aunque aceptaba la obligación británica de asegurar una ruta aérea y lograr una comunicación terrestre con China, cualquier tendencia a excedernos en esta tarea anularía nuestras posibilidades de efectuar un ataque contra Rangún, que tanto los

jefes de Estado Mayor como yo queríamos ocupar antes del monzón de 1945.

El resto del informe fué aprobado sin ninguna o con muy poca discusión. El plazo fijado para el final de la guerra con el Japón, fué dieciocho meses después de la derrota de Alemania.

Los siguientes pasajes merecen ser copiados a la letra.

33. Al derrumbarse la resistencia organizada del Ejército alemán y producirse la división de Alemania en las zonas que a continuación se expresan, excluída la zona asignada al Gobierno soviético, los jefes del Estado Mayor conjunto consideran aceptable desde un punto de vista militar la siguiente política de desarme, policía y conservación del orden:

34. Para el desarme, policía y conservación del orden:

a) Las fuerzas británicas, a las órdenes de un comandante británico, ocuparán la parte de Alemania al oeste del Rin y al este de este río desde una línea que, partiendo de Coblenza, sigue la frontera septentrional de Hesse y Nassau hasta la frontera de la zona asignada al Gobierno soviético.

b) Las fuerzas de los Estados Unidos, al mando de un comandante norteamericano, ocuparán la parte de Alemania situada al este del Rin, en el sur de la línea que parte de Coblenza y sigue por la frontera norte de Hesse y Nassau, y al oeste de la zona asignada al Gobierno soviético.

c) El control de los puertos de Bremen y Bremerhaven, así como el territorio portuario que hay en su inmediata vecindad, quedarán bajo el mando del comandante de la zona americana.

d) La zona americana tendrá, además, acceso a través de los puertos de mar del oeste y el noroeste y derecho de paso a través de la zona controlada por los británicos.

e) Posteriormente podrá hacerse una delimitación más exacta de los citados límites fronterizos de las zonas británica y americana.

* * * * *

El domingo, 17 de septiembre, abandoné Quebec por via férrea con mi esposa y mi hija Mary para hacer una visita de despedida al Presidente, en Hyde Park.

Almorcé allí el 19 de septiembre, y estaba presente Harry Hopkins. Era evidente que lo habían invitado en honor mío. Me explicó su cambio de situación y me dijo que había perdido el

favor del Presidente. Durante el almuerzo se produjo un incidente curioso. Llegó unos minutos tarde y el Presidente ni siquiera le saludó. Es notable recordar lo marcadamente que mejoraron mis relaciones con el Presidente y la rapidez con que se resolvieron nuestros asuntos cuando Hopkins volvió a recuperar su influencia. En dos días pareció que nos hallábamos otra vez en los viejos tiempos. Me dijo:

—Debe usted saber que ya no soy el que era.

Había intentado hacer demasiado de una vez. Hasta su gran entereza de espíritu se derrumbó bajo el peso de sus múltiples actividades.

Después de la cena, salí para Nueva York, y el día siguiente embarqué en el *Queen Mary*. El regreso a la patria se hizo sin novedad. Llegamos al Clyde el 25 de septiembre y de allí salí inmediatamente en tren hacia Londres.

Capítulo XI

AVANCE EN BIRMANIA

La toma de Imphal, junio 1944. — Ruinosas pérdidas japonesas. — El avance del XIV Ejército.—La lucha contra el monzón.—El general Stilwell se apodera de Myitkyina, 3 de agosto. — Su «Brigada de Marte». — Mountbatten visita Londres para exponer sus planes. — Mi minuta del 12 de septiembre relativa a las operaciones. — La resistencia alemana nos obliga a retrasar el asalto a Rangún. — Malas noticias para Mountbatten, 5 de octubre. — Continúa el avance. — Cambios en el Alto Mando americano. — El general Slim captura dos cabezas de puente sobre el Chindwin, diciembre 1944. — Crisis en China. — Telegrama del Presidente, 1 de diciembre. — Retirada de dos divisiones chinas y de los escuadrones de transporte. — El avance hacia Mandalay. — Reapertura de la carretera de Birmania, enero de 1945. — Mi telegrama a Mountbatten, 23 de enero. — Batalla de invierno en el Arakan. — La captura de Akyab.

HE descrito ya la cambiante campaña de Birmania hasta el momento en que la iniciativa comenzaba a pasar a nuestras manos. La invasión japonesa de la India terminó en la llanura montañosa del Imphal a fines de junio de 1944, cuando las tropas de auxilio que venían del norte se encontraron con las tropas de la guarnición del general Scoones que habían hecho una salida. La carretera de Dimapur estaba abierta y los convoyes entraron uno tras otro. Pero todavía había que hacer retroceder a las tres divisiones japonesas más allá del río Chindwin, de donde procedían. Sus pérdidas habían sido ruinosas. En el campo de batalla se contaron más de 13.000 muertos. Con los que murieron a causa de sus heridas, de enfermedades o de hambre, el total de bajas fué calculado por los japoneses en unos 65.000 hombres. El monzón, ahora en plena fuerza, había detenido el curso de las operaciones en años anteriores, y, sin duda, los japoneses contaban con que se produciría una pausa durante la cual podrían rehacer y dar descanso a su reducido XV Ejército. Pero no les fué concedido el respiro que esperaban.

Tomó la ofensiva el XIV Ejército indo-británico, bajo el hábil y enérgico mando del general Slim. Primeramente su XXXIII Cuerpo de Ejército limpió los alrededores de Ukhrul, mientras el IV reconquistó la zona meridional de la meseta de Imphal. A fines de julio había cesado la resistencia japonesa y el XXXIII Cuerpo persiguió al enemigo hasta el Chindwin. A todo lo largo de los senderos montañosos fueron hallando pruebas del desastre, canti-

dades ingentes de cañones abandonados, material de transpo y equipos. Millares de enemigos sembraban, muertos o moribundos, el terreno. La V División india, al avanzar hacia el sur en dirección a Tiddim, tuvo al principio más dificultades. La 33 División japonesa, contra la que tenían que luchar, no lo había pasado tan mal y había recibido refuerzos. La carretera se retorcía entre el abrupto terreno y tenía fácil defensa. Una por una se fueron tomando las posiciones japonesas con la ayuda del 221 Grupo de la R.A.F. que, a las órdenes del mariscal del Aire Vincent, fué lanzando violentos bombardeos inmediatamente antes de los asaltos de infantería. Allí, como en todas las demás regiones de Birmania en aquella época, el progreso del avance, medido por millas avanzadas cada día, fué muy lento. Nuestros hombres luchaban bajo una lluvia tropical, calados hasta los huesos, día y noche. Las llamadas carreteras no eran sino unos sencillos senderos trazados para el buen tiempo, que entonces se hallaban convertidos en lodazales y por los cuales muchas veces había que empujar a brazo los cañones y los vehículos. No era la lentitud del avance lo que debía causar sorpresa, sino el hecho de que se avanzara.

En el Arakan, núestras tropas permanecieron a la defensiva activa. En aquel laberinto de montes cubiertos de salvaje vegetación, con su estrecha línea costera de arrozales y pantanos, la lluvia del monzón, que a veces alcanzaba las veinte pulgadas semanales (1), impidió realizar operaciones serias. En el frente del norte, las fuerzas del general Stilwell seguían avanzando. La toma de Myitkyina, el 3 de agosto, le dejó en posesión de una base avanzada para futuras operaciones terrestres y, lo que era aun más importante, le proporcionó un punto de aterrizaje para el puente aéreo norteamericano a China. El famoso tráfico del Himalaya no necesitaba ya hacer el vuelo directo y a menudo peligroso desde el norte de Assam, por encima de las grandes montañas, hasta Kunming. En la carretera del norte de Assam, destinada más tarde a enlazar con la anterior carretera de Birmania a China, las cosas

(1) La precipitación *anual* media de Londres es de unas veinticuatro pulgadas.

progresaban. Las comunicaciones de retaguardia de Assam se descongestionaban con la construcción de un nuevo oleoducto de 750 millas de longitud que comenzaba en Calcuta, oleoducto mayor que el famoso que va del Irak a Haifa.

Para el avance hacia el sur, Stilwell reorganizó sus cinco divisiones chinas dividiéndolas en dos «Ejércitos», uno de los cuales se dirigió desde Myitkyina a Bhamo y Namkhan, y el otro a Shwegu y Katha. A la vanguardia de este segundo avance iba la 36 División británica, que había sido puesta bajo las órdenes de Stilwell. Esta división reemplazó a las brigadas Chindit (1) a las órdenes del general Lentaigne, cuando, después de casi seis meses de arduas y exigentes operaciones en las que se enfrentaron y vencieron por lo menos a once batallones enemigos, fueron retiradas de allí para gozar del descanso que tanto necesitaban. Como reserva en sus manos, Stilwell se quedó con su «Brigada de Marte», una fuerza ligeramente equipada, de unos diez mil hombres, cuyo principal componente era un regimiento americano. Con estas fuerzas inició el avance a primeros de agosto para cruzar el río Irrawaddy, y, en su flanco oriental, para establecer contacto con los ejércitos «Yunnan» chinos, de unos cien mil hombres, que avanzaban hacia Namkhan desde el río Salween.

* * * * *

Los planes para operaciones futuras en el sudeste de Asia fueron una vez más sometidos a estudio en aquellos días, y, después de consultar con sus comandantes en jefe, el almirante Somerville, el general Giffard y el mariscal jefe del Aire Pearsi, Mountbatten vino a Londres para exponérmelos. Ya estaba ocupado efectuando un avance por tierra hacia Birmania central, que debía continuar hasta que el XIV Ejército hubiera cruzado el Chindwin y se hubiera unido a las fuerzas de Stilwell procedentes del norte. Pero con su línea de comunicaciones cada vez más larga y el número limitado de aviones de aprovisionamiento de los que tanto

(1) Grupo de infiltración, de gran radio de acción, del difunto general Wingate.

dependía, era dudoso que pudiera avanzar desde Mandalay hasta Rangún. Por lo tanto, sugirió que se llevara a cabo el ataque anfibio a gran escala sobre Rangún, del que hice mención en el capítulo precedente y que recibió el nombre clave de «Drácula». Una vez firmemente establecidas allí, sus tropas se dirigirían al norte para encontrar al XIV Ejército. La idea era excelente, pero requería muchas más tropas y muchos más barcos de los que Mountbatten poseía. Esas tropas y esos barcos sólo podían sacarse del noroeste de Europa.

Mis puntos de vista sobre estas cuestiones y sus variantes se hacen constar en una nota redactada en Quebec.

El Primer Ministro al general Ismay, para el Comité de jefes de E. M.
12-IX-44.

GUERRA CONTRA EL JAPÓN

La participación británica en esta guerra puede tomar la forma, o bien de una participación directa en determinadas actividades norteamericanas en el Lejano Oriente, o de actividades británicas separadas en gran escala, calculadas para agotar las fuerzas enemigas por tierra y por aire y también para recuperar las posesiones británicas capturadas por los japoneses. De las dos, prefiero la segunda, porque:

a) Casi siempre es un buen método en la guerra atraer al mayor número de enemigos tan cerca y tan continuamente como sea posible, en la fecha más cercana y por el mayor período de tiempo.

b) Esto puede lograrse mejor por un avance directo a través del golfo de Bengala, con dirección a «Drácula» [Rangún], «Culebrina [Sumatra] u otros objetivos preliminares alcanzables.

c) El alargar las comunicaciones da como resultado una gran disminución del número de fuerzas enemigas enzarzadas en la lucha. Si en un extremo del oleoducto se lanza un chorro, sólo producirá una gota en el otro. Tan grande es el filtro según se alarga la ruta.

2. De las razones arriba mencionadas se deduce que no soy partidario de enviar tropas británicas a unirse a las australianas y neozelandesas a las órdenes del general MacArthur. La contribución sería pequeña y llegaría con retraso. Por el contrario, no me opongo a enviar al general MacArthur una fuerza naval británica, incluyendo flotillas de la R. A. F., siempre que el envío de estas fuerzas no debilite nuestras grandes operaciones en el golfo de Bengala.

3. El almirante Leahy me informó ayer de que se había decidido aceptar la oferta británica de enviar a nuestra Flota para participar en las grandes operaciones contra el Japón. No sería incompatible con este proyecto sacar de ella algunas fuerzas con el fin de apoyar las operaciones del general MacArthur.

4. Para resumir, nuestra política debe ser dar apoyo naval en la mayor escala posible a las principales operaciones americanas, pero conservar nuestras fuerzas para Rangún como operación preliminar, o una de las operaciones preliminares, para el gran ataque a Singapur. He aquí el supremo objetivo británico en todos los teatros de operaciones de la India y del Lejano Oriente. Esto es lo único que restablecerá el prestigio de Inglaterra en aquella región, y al intentar lograrlo, prestamos al mismo tiempo la mayor ayuda posible a las operaciones de los EE. UU., concentrando sobre nosotros al mayor número de enemigos, en el grado más intenso posible y en la fecha más próxima.

En las conversaciones de Quebec habíamos logrado que los americanos aceptaran el plan sobre Rangún. Esto prometía muchas ventajas. Se calculaba que los seis meses de lucha en las colinas y junglas de Birmania y en la frontera de la India habían costado a las fuerzas británicas e imperiales 288.000 bajas solamente por enfermedad. Un ataque marítimo contra Rangún y un avance hacia el norte cortaría las comunicaciones del enemigo y dividiría sus fuerzas. La destrucción de los japoneses en Birmania dejaría en libertad a un ejército considerable que podría atacar inmediatamente los objetivos que al otro lado del golfo de Bengala se consideraran más beneficiosos para la causa común, para el desgaste de las tropas japonesas y, sobre todo, de su aviación. A este fin habíamos dispuesto recurrir a todos los medios para atacar Rangún antes del 15 de marzo de 1945. Se creyó que se necesitarían cinco o seis divisiones para una operación de este tipo, pero Mountbatten sólo podía suministrar dos o tres, y del Reino Unido solamente se podría sacar una. El fracaso significaba, no solamente un sacrificio innecesario por la prolongación que ocasionaría en las operaciones de Birmania, ya bastante difíciles por las enfermedades, sino el retraso de todo nuestro futuro despliegue contra la península malaya, que tendría que demorarse hasta después del año 1946.

Por lo tanto, la solución que yo había indicado era enviar una o dos divisiones norteamericanas a Birmania en vez de enviarlas a Europa. Esto era mejor que sacar dos divisiones del Ejército de Montgomery, que ya estaban combatiendo. De esta manera se lograría poner rápidamente más tropas en pie de combate contra los japoneses sin tener que retirar ninguna de las tropas nuestras que estaban luchando contra Alemania. Dije en Quebec que no quería llegar a una decisión allí mismo, sino solamente que los jefes de Estado Mayor norteamericanos examinaran esta posibilidad. El general Marshall se mostró de acuerdo en hacerlo, pero por distintas razones mis propuestas no fueron adoptadas.

Las vehementes esperanzas, que yo no había compartido, de que Alemania se derrumbara antes de fin de año, resultaron fallidas. A fines de septiembre era ya evidente que la resistencia alemana se prolongaría hasta el invierno y tal vez más, y Mountbatten recibió instrucciones, que no fueron las primeras, de hacer lo que pudiera con los medios de que disponía. Yo le telegrafié en este sentido:

El Primer Ministro al almirante Mountbatten. 5-X-44.

El Comité de Defensa se ha visto obligado a llegar a la conclusión de que la operación «Drácula» [el ataque a Rangún], que tenía que efectuarse en marzo, queda suspendida, y nuestros jefes de Estado Mayor así lo han indicado a los jefes de Estado Mayor norteamericanos. En el momento oportuno recibirá usted instrucciones oficiales. Mientras tanto, conviene que sepa que el aplazamiento de las actividades se debe a que hay un gran número de fuerzas en el teatro occidental de operaciones, y no a la actitud que usted o la S. E. A. C. hayan podido adoptar. Tendrá usted que ocuparse de que «Drácula» se lleve a cabo en noviembre [1945]. Siento muchísimo que no podamos iniciar esta operación en la que yo había puesto tanto interés, pero la resistencia alemana, tanto en Francia como en Italia, ha resultado más fuerte de lo que habíamos esperado. Debemos arrojarles antes de allí.

* * * * *

Durante todo este tiempo nuestro XIV Ejército y los ejércitos de Stilwell habían seguido avanzando lentamente. El 18 de octu-

bre la 5.ª División india se apoderó de Tiddim y, con la ayuda de un bombardeo muy preciso, había arrojado al enemigo del Pico Kennedy, que con sus ocho mil pies de altura dominaba el terreno. El XXXIII Cuerpo de Ejército, después de conquistar Tamu, envió hacia el este una brigada del Africa Oriental, que estableció una valiosa cabeza de puente sobre el río Chindwin, en Sittaung. El resto de la 11.ª División del Africa Oriental se dirigió hacia el sur a lo largo del valle de Kabaw hacia Kalemyo, donde entraron al mismo tiempo que la 5.ª División india, el 14 de noviembre. Aquel fué un notable avance en el que hubieron de vencer grandes dificultades en una zona que sabíamos que estaba infectada de malaria y de tifus, aunque gracias a la rígida disciplina higiénica que entonces practicaban todas nuestras unidades de Birmania, el empleo de la nueva droga Mepacrina y el constante uso del insecticida DDT, la media de los enfermos se mantuvo muy baja. Los japoneses no estaban versados en estas precauciones y murieron a centenares. Desde Kalemyo, los africanos siguieron avanzando hasta Kalewa y cruzaron el Chindwin. Los ingenieros construyeron sobre este río un puente de casi 400 yardas de longitud en veintiocho horas de trabajo y aquella no fué la menor de sus hazañas durante toda la campaña. De este modo, a principios de diciembre, el XIV Ejército del general Slim estaba preparado en el frente central, con dos cabezas de puente sobre el Chindwin, para realizar el gran avance y penetrar en la llanura central de Birmania.

En noviembre se produjeron cambios entre los oficiales norteamericanos de alta graduación. El general Stilwell fué llamado a Washington, y sus extensas y múltiples obligaciones se dividieron entre tres hombres. Le sucedió el general Wedemeyer como consejero militar de Chiang Kai-shek. El general Wheeler recibió el cargo de segundo de Mountbatten, y el general Sultan se hizo cargo del frente del norte. Allí las fuerzas aliadas obligaron a las dos divisiones del XXXIII Ejército japonés a retirarse lentamente. A mediados de noviembre, Bhamo sufría un duro cerco, pero resistió obstinadamente durante un mes. El 10 de diciembre la 36ª División británica se apoderó de Indaw, y seis días después estableció contacto con la 19ª División india, que había cruzado el Chind-

win por la cabeza de puente de Sittaung y desde allí había avanzado hacia el oeste. De este modo, por fin, después de más de un año de dura lucha caracterizado por grandes altibajos, los dos ejércitos aliados se encontraron.

* * * * *

Pero se nos presentaban grandes problemas administrativos. Muy lejos de allí, en el sudeste de China, los japoneses habían iniciado algunos meses antes un avance hacia Chungking, la capital del Generalísimo, y hacia Kunming, el punto final del puente aéreo norteamericano de aprovisionamiento. En noviembre, el general Wedemeyer estudió seriamente la situación. Estaban cayendo ya las bases avanzadas de la aviación norteamericana en China, que habían estado operando contra los buques costeros enemigos. Las tropas chinas no eran muy prometedoras, y Wedemeyer pidió que se le enviaran dos de las divisiones chinas que se hallaban en el norte de Birmania y más escuadrones aéreos americanos, sobre todo tres escuadrones de transporte.

El Presidente se dirigió a mí:

El presidente Roosevelt al Primer Ministro. 1-XII-44.

He recibido un telegrama del general Wedemeyer en el que me describe la gravedad de la situación en China y me dice que está de acuerdo con la decisión del Generalísimo de trasladar las dos divisiones de tropas chinas mejor instruídas desde Birmania a la zona de Kunming. Sin duda habrá usted leído este mensaje, que fué enviado a Mountbatten y a la Misión de usted en Washington, y por lo tanto no lo repetiré.

Hemos estudiado el punto de vista del general Wedemeyer acerca de la gravedad de la situación, basándonos en su conocimiento de la situación y de los planes para las operaciones de Birmania. Creo que actualmente él está mejor informado sobre la situación general y sus necesidades que ninguna otra persona. Además, nos enfrentamos con el hecho de que el Generalísimo, en la grave crisis que amenaza la existencia de China, ha decidido que debe llamar a esas dos divisiones a fin de cortar el avance japonés hacia Kunming. No nos serviría de nada abrir una vía terrestre de acceso hasta China si los japoneses se apoderan de la ter-

minal aérea y terrestre de Kunming. Ante las circunstancias, opino que no estamos en situación de presionar al Generalísimo para que rectifique su decisión.

Estas eran malas noticias, pero no nos quedaba otro remedio que aceptar.

El Primer Ministro al general Hollis, para el Comité de jefes de E. M. 2-XII-44.

No puede haber discusión acerca del derecho del Generalísimo a retirar las divisiones que necesita para defenderse del avance japonés hacia sus posiciones vitales. No me cabe duda que en primer lugar querrá retirar las dos divisiones [entrenadas por los americanos]. No podemos discutir por esto. Si las solicita, las debe obtener. Lo que puede ocurrir después en Birmania debe ser sometido urgentemente a estudio. Le ruego me envíe un telegrama declarándose de acuerdo con los americanos en la retirada de las divisiones.

La pérdida de dos buenas divisiones chinas no fué un inconveniente tan grave para las operaciones de Birmania como la de los escuadrones de transporte. El ejército estaba a cuatrocientas millas de distancia de su cabeza de ferrocarril y el general Slim contaba con el aprovisionamiento aéreo para ayudar el débil enlace por carretera. Los planes generales de Mountbatten dependían de sus aviones de transporte. Hubo que entregar los escuadrones que eran necesarios en China y, aunque más tarde fueron reemplazados por otros, en su mayoría de procedencia británica, su ausencia en el momento crítico causó un gran retraso a la campaña.

A pesar de todo esto, el XIV Ejército consiguió dejar atrás las montañas e internarse en la llanura que queda al noroeste de Mandalay. Mientras la primera División del IV Cuerpo de Ejército, al mando del general Messervy, se dirigía en secreto hacia el sur para establecer una cabeza de puente sobre el Irrawaddy, al sur de su confluencia con el Chindwin, el XXXIII Cuerpo del general Stopford, apoyado por el 221 Grupo de la R.A.F., ocupaba la orilla norte del Irrawaddy aguas arriba del punto de unión de ambos ríos. La 19ª División india había cruzado ya el río por dos puntos, cuarenta millas al norte de Mandalay. A fines de enero las fuerzas del

general Sultan habían llegado a Namkhan, en la antigua carretera de Birmania a China, y habían establecido contacto con las fuerzas de Yunnan más al este. La ruta terrestre a la China, cerrada por la invasión japonesa a Birmania en la primavera de 1942, quedaba abierta de nuevo. El primer convoy terrestre salido de Assam llegó a la frontera china el 28 de enero.

El Primer Ministro al almirante Mountbatten (Asia suboriental). 23-1-45.

En nombre del Gobierno de Su Majestad, le envío nuestra más calurosa enhorabuena por haber abierto de nuevo la ruta terrestre a la China en cumplimiento de la primera parte de las instrucciones que se le dieron en Quebec. Que esto haya sido conseguido, a pesar de las muchas decepciones sufridas por el retraso de los refuerzos prometidos, habla muy alto en honor de usted, de sus oficiales y, sobre todo, de las muy probadas tropas del XIV Ejército.

El Gobierno de Su Majestad reconoce calurosamente y con gratitud, como usted lo ha hecho siempre, la ayuda prestada por todos los medios posibles por las fuerzas de los Estados Unidos y de China.

* * * * *

Los acontecimientos ulteriores de Birmania pertenecen a otro rulo, pero debo mencionar aquí la secundaria, pero importante, de invierno en el Arakan. Su importancia estribaba en dos . El puente aéreo hasta el XIV Ejército, que se hallaba en la ntura de Mandalay, había llegado casi al límite de los aviones akota. Además, todas las provisiones habían de ser transportadas hasta los aeródromos de remisión por el muy recargado ferrocarril de Assam. Si el XV Cuerpo de Ejército del general Christison podía establecer bases aéreas al sur de Akyab, el XIV Ejército podría ser aprovisionado en su avance hacia el sur desde Mandalay a Rangún, por aviones que operaran desde aquellas bases y recibieran su carga por mar directamente desde la India. En segundo lugar, si se podía derrotar y dispersar a la única División japonesa que se oponía a nuestras fuerzas superiores en Arakan, dos o tres de nuestras divisiones y su apoyo aéreo del 224 Grupo de la R.A.F.,

bajo el mando del comodoro del Aire conde de Bandon, podrían ser enviadas en ayuda de otras operaciones en otros puntos.

La ofensiva de Arakan comenzó el 12 de diciembre y prosiguió con rapidez. A fines de mes nuestras tropas habían llegado al estrecho que separa la isla de Akyab del continente y se preparaban para el ataque. El 2 de enero un oficial de un avión de observación de artillería no vió rastro alguno del enemigo. Aterrizó en el aeródromo de Akyab y los habitantes le dijeron que los japoneses se habían marchado. La mayor parte de la guarnición había sido enviada a luchar al norte y dos días antes se había retirado el batallón que quedaba. Era aquel un extraño anticlímax de la larga historia de Akyab, que durante cerca de tres años nos había causado muchas preocupaciones y desilusiones. Poco después, el XV Cuerpo de Ejército ocupaba la isla de Ramree, ampliando allí las pistas de aterrizaje, y en el continente ocupó Kangaw después de una violenta batalla. A fines de enero, el XV Cuerpo de Ejército, igual que los situados más al norte, había logrado sus objetivos primarios y estaba listo para seguir avanzando.

Capítulo XII

LA BATALLA DEL GOLFO DE LEYTE

La guerra naval contra el Japón. — Creación de la Flota Británica del Pacífico. — El creciente poderío naval de los Estados Unidos. — Táctica americana y defensas japonesas. — El desembarco de Saipán, 15 de junio. — El almirante Spruance obtiene una victoria decisiva, 20 de junio. — Conquista de las Marianas. — Desaliento en Tokio. — Avance hacia las Filipinas. — Batallas aéreas sobre Formosa. — Los americanos desembarcan en el golfo de Leyte, 20 de octubre. — El comandante en jefe japonés decide intervenir. — El almirante Halsey y la trampa enemiga. — Acción nocturna en el estrecho de Surigao. — Los desembarcos americanos en peligro. — Llegada del bombardero suicida. — El almirante Kurita retrocede. — Veintisiete buques de guerra japoneses, destruídos. — El desembarco en el golfo de Lingayen, 9 de enero de 1945. — La caída de Manila. — Los Estados Unidos logran la supremacía en los mares del sur de China.

LA guerra naval contra el Japón había llegado a su punto culminante. Desde el golfo de Bengala hasta el Pacífico central el poderío naval aliado se iba desarrollando de un modo ascendente En abril de 1944, había reunidos en Ceylán tres acorazados británicos, dos portaaviones y algunas unidades ligeras. A éstas se unieron el portaaviones norteamericano *Saratoga,* el acorazado francés *Richelieu* y un contingente holandés. En febrero llegó también una nutrida flotilla de submarinos ingleses que inmediatamente comenzó a cobrar un peaje a los buques enemigos en el estrecho de Malaca. A medida que fué avanzando el año, llegaron dos portaaviones británicos más y el *Saratoga* volvió al Pacífico. Con estas fuerzas, el almirante Somerville podía hacer mucho más. En abril sus portaaviones atacaron Sabang, al extremo norte de Sumatra, y en mayo atacaron la refinería de petróleo y las obras de ingeniería de Surabaya, en Java. Esta operación duró veintidós días y la flota recorrió una distancia de siete mil millas. En los meses siguientes, la ruta marítima japonesa a Rangún sufrió fuertes ataques de submarinos y aviones ingleses.

El almirante Somerville, que había tenido a su cargo el mando de la flota de Oriente durante las duras épocas que siguieron al mes de marzo de 1942, fué reemplazado en agosto por sir Bruce Fraser, que poco después sucedió al almirante Noble en el mando de nuestra Delegación Naval en Washington. Un mes más tarde, el progreso de la guerra en Europa nos permitió reducir la «Home Fleet» a un solo acorazado con fuerzas de apoyo. Se apresuró entonces el traslado al Lejano Oriente, y dos acorazados modernos, el *Howe* y el *King George V*, se pusieron a las órdenes del almirante Fraser. El 22 de noviembre de 1944, la Flota británica del

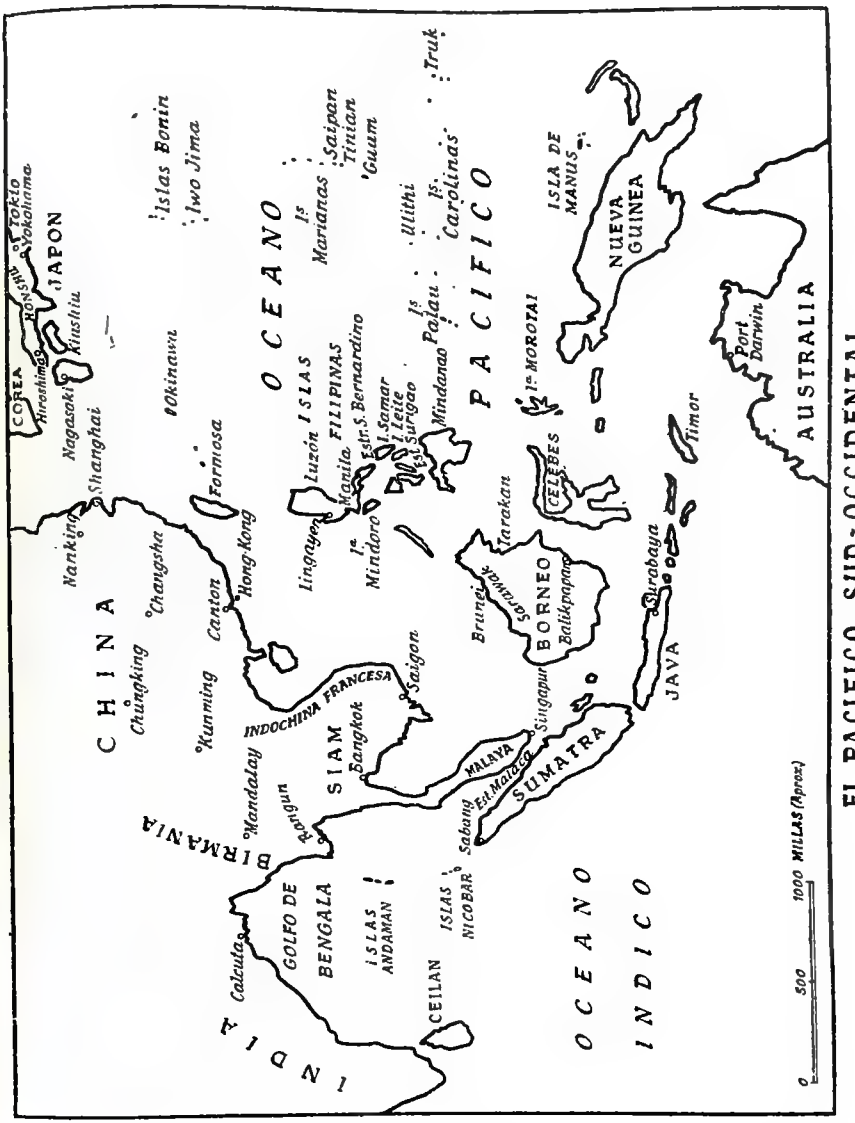
Pacífico fué creada oficialmente, y a continuación tomó parte en una serie de operaciones que pertenecen a otro capítulo.

* * * * *

En el Pacífico, la organización y la producción de los Estados Unidos seguía a toda marcha y había alcanzado asombrosas proporciones. Un solo ejemplo bastará para comprender la extensión y el éxito del esfuerzo americano. En el otoño de 1942, en lo más fuerte de la batalla de Guadalcanal, sólo había tres portaaviones americanos; un año después, había cincuenta; al final de la guerra, había más de cien.

Al mismo tiempo se había logrado un aumento no menos asombroso en la producción de aviones. El avance de estas grandes fuerzas iba animado por una estrategia agresiva y una táctica complicada, nueva y eficaz. La labor con que se enfrentaban tenía proporciones formidables.

Desde el Japón hasta las Marianas y las Carolinas se extiende hacia el sur, a través del Pacífico, una cadena de archipiélagos de casi dos mil millas de longitud. Muchas de estas islas habían sido fortificadas por el enemigo y equipadas con buenos aeropuertos. En el extremo sur de la cadena se hallaba la base naval japonesa de Truk. Detrás de aquel escudo de archipiélagos, estaban Formosa, las Filipinas y China, y a su amparo se extendían las rutas de aprovisionamiento hasta las posiciones enemigas más avanzadas. Por lo tanto, era imposible invadir o bombardear directamente el Japón. Primero había que romper la cadena. Se tardaría demasiado en conquistar y someter una por una las islas fortificadas, y los americanos avanzaron «a salto de rana». Se apoderaron únicamente de las islas más importantes y rebasaron las demás, pero su poderío marítimo era entonces tan grande y aumentaba tan rápidamente que pudieron establecer sus propias líneas de comunicación y romper las del enemigo dejando a los defensores de las islas rebasadas, inmóviles e impotentes. Su método de asalto fué igualmente un éxito. Primero se efectuaban ataques de ablandamiento por aviones que despegaban desde los portaaviones, después bombardeos pesados



EL PACIFICO SUD-OCCIDENTAL

y prolongados desde el mar, y, por último, desembarcos anfibios y lucha en las playas. Cuando se había ocupado una isla, se trasladaban a ella aviones de base en tierra, que rechazaban los contraataques, y al mismo tiempo apoyaban el próximo avance. Las flotas

actuaban escalonadas. Mientras un grupo presentaba batalla, otro se preparaba para un nuevo salto. Esto hacía necesario contar con muchos recursos, no sólo para la lucha, sino también para crear bases en la línea de avance. Los americanos lo hicieron sin reducir su marcha.

* * * * *

En volúmenes anteriores ya he descrito el ataque americano en dos direcciones a través del Pacífico, y en la época en que empieza mi relato, en junio de 1944, andaba muy avanzado. En el sudoeste, el general MacArthur casi había terminado la conquista de Nueva Guinea, y en el centro, el almirante Nimitz presionaba sobre la cadena de islas fortificadas. Los dos convergían sobre las Filipinas y la lucha en esta región pronto había de causar la destrucción de la Flota japonesa. Esta ya había sido muy debilitada y se hallaba faltada de portaaviones, pero la única esperanza que le quedaba al Japón era obtener una victoria naval. A fin de reservar su energía para este peligroso, pero vital, azar, había retirado el grueso de su flota de Truk y la había dividido entre las Indias Orientales y sus aguas metropolitanas. Pero los acontecimientos pronto le hicieron entrar en batalla. A primeros de junio, el almirante Spruance atacó las Marianas con sus portaaviones y el día 15 desembarcó en la isla fortificada de Saipán. Si conseguía capturar Saipán y las islas adyacentes de Tinián y Guam, se rompería el perímetro defensivo del enemigo. La amenaza era formidable y la Flota japonesa decidió intervenir. Aquel día se divisaron cinco de sus acorazados y nueve portaaviones cerca de las Filipinas con rumbo hacia el este. Spruance dispuso de mucho tiempo para tomar sus medidas. Su objetivo principal era proteger el desembarco de Saipán, y eso fué lo que hizo. Después reunió sus barcos, quince de los cuales eran portaaviones, y esperó al enemigo al oeste de la isla. El 19 de junio la aviación naval japonesa atacó a la flota americana de portaaviones desde todos lados, y la lucha aérea continuó durante todo el día. Los americanos sufrieron pocos daños, y de tal modo deshicieron las flotillas aéreas japonesas, que sus portaaviones tuvieron que retirarse.

Aquella noche, Spruance buscó en vano al enemigo desaparecido. El día 20, a última hora de la tarde, lo encontró a doscientas cincuenta millas de distancia. Atacando antes del crepúsculo, los aviadores americanos hundieron un portaaviones y causaron destrozos a otros cuatro, y, además, a un acorazado y a un crucero pesado. El día anterior, los submarinos americanos habían hundido otros dos grandes portaaviones. No fué posible continuar el ataque. Los restos de la flota enemiga consiguieron escapar, pero su retirada marcó la suerte de Saipán. Aunque la guarnición luchó con energía, los desembarcos continuaron, el refuerzo progresó y el 9 de julio había cesado toda resistencia organizada. Las vecinas islas de Guam y Tinián fueron tomadas, y en los primeros días de agosto la conquista de las islas Marianas por los norteamericanos era completa.

La caída de Saipán fué un duro golpe para el Alto Mando japonés y la causa indirecta de la caída del régimen del general Tojo. La preocupación del enemigo era fundada. La fortaleza estaba a unas 1.300 millas de Tokio. Los japoneses habían creído que era inexpugnable y ahora la habían perdido. Sus zonas meridionales de defensa estaban incomunicadas y los bombarderos pesados americanos habían obtenido una base de primera calidad para atacar el corazón del Japón. Los submarinos norteamericanos llevaban mucho tiempo hundiendo los buques mercantes japoneses a lo largo de la costa de China, y quedaba el camino abierto para que otros buques de guerra tomaran parte en los asaltos. Si los americanos seguían avanzando, el aprovisionamiento de petróleo y materias primas por los japoneses quedaría también cortado. La flota japonesa seguía siendo poderosa, pero estaba desequilibrada y tan escasa de destructores, de portaaviones y de tripulaciones aéreas que ya no podía luchar con eficacia sin aviones con base en tierra. El combustible era escaso y no sólo entorpecía los entrenamientos, sino que hacía imposible mantener a los buques concentrados en un punto, de modo que a fines del verano casi todos los buques pesados y los cruceros se hallaban cerca de Singapur y de las provisiones de petróleo de las Indias Orientales Holandesas, mientras que los pocos portaaviones supervivientes permanecían

en aguas metropolitanas, donde sus nuevas unidades aéreas estaban completando su instrucción.

La situación del ejército japonés no era mejor. Aunque todavía fuerte en número, se hallaba diseminado por la China y el sudeste de Asia o languidecía en islas remotas sin que se les pudiera ayudar. Los jefes enemigos más prudentes empezaron a buscar algún medio de poner fin a la guerra, pero su maquinaria militar era demasiado fuerte para ellos. El Alto Mando trajo refuerzos de Manchuria y ordenó luchar hasta el fin tanto en Formosa como en las Filipinas. Allí, como en su propio territorio, los soldados morirían en sus puestos. El Almirantazgo japonés no estaba menos decidido. Si perdían la batalla por la posesión de las islas, el petróleo de las Indias Orientales quedaría incomunicado. No serviría para nada, argüían, conservar los barcos sin combustible. Dispuestos al sacrificio, pero confiando en obtener la victoria, decidieron en agosto enviar a toda la flota a la lucha.

* * * * *

El 15 de septiembre los americanos efectuaron un nuevo avance. El general MacArthur se apoderó de la isla de Morotai, a mitad de camino entre el extremo occidental de Nueva Guinea y las Filipinas, y el almirante Halsey, que había asumido el mando de las fuerzas navales estadounidenses, se apoderó de una base avanzada para su flota en el grupo de las Palaos. Estos movimientos simultáneos eran de gran importancia. Al mismo tiempo Halsey hostigaba continuamente las defensas enemigas con todas sus fuerzas. De este modo esperaba provocar una acción naval general que le permitiera destruir la flota japonesa, especialmente sus portaaviones supervivientes. El salto siguiente sería sobre las mismas Filipinas. Entonces tuvo lugar un cambio importante en los planes americanos. Hasta aquel momento nuestros aliados habían proyectado invadir el extremo meridional de las Filipinas, la isla de Mindanao, y desde los portaaviones de Halsey, los aviones ya habían atacado los aeropuertos japoneses situados allí y en la gran isla norteña de Luzón. Destruyeron gran número de aviones ene-

migos y descubrieron en el combate que la guarnición japonesa de Leyte era inesperadamente débil. Esta pequeña isla, ya famosa, que se alza entre las dos masas de tierra, de mayor extensión, pero de menor importancia estratégica, de Mindanao y Luzón, se convirtió en el punto lógico de desembarco americano. El 13 de septiembre, mientras los aliados se hallaban aún conferenciando en Quebec, el almirante Nimitz, por sugerencia de Halsey, señaló que debía procederse inmediatamente a su invasión. MacArthur se mostró conforme, y dos días después los jefes de Estado Mayor norteamericanos decidieron atacar el 20 de octubre, dos meses antes de lo que se había acordado previamente. Así fué la génesis de la batalla del golfo de Leyte.

Los americanos iniciaron la campaña el 10 de octubre con bombardeos a los aeropuertos situados entre el Japón y las Filipinas. Sus devastadores y repetidos ataques a Formosa provocaron la más violenta resistencia, y desde el 12 al 16, se desarrolló una fuerte y sostenida batalla aérea entre aviones de la base naval y aviones de bases terrestres. Los americanos infligieron enormes pérdidas al enemigo, tanto por aire como en tierra, pero ellos sufrieron pocos daños y su flota de portaaviones resistió poderosos ataques de la aviación procedente de tierra. El resultado fué decisivo. La aviación enemiga quedó destrozada antes de que comenzara la batalla de Leyte. Muchos aviones japoneses destinados a los portaaviones fueron enviados improvisadamente a Formosa como refuerzos y destruídos allí mismo. Así, pues, en la decisiva batalla naval que se avecinaba, los portaaviones japoneses iban dotados de poco más de un centenar de pilotos que sólo estaban instruídos a medias.

* * * * *

Para comprender los combates que siguieron, es necesario examinar los mapas que se acompañan. Las dos islas grandes de las Filipinas, Luzón al norte y Mindanao al sur, están separadas por un grupo de islas más pequeñas, de las que Leyte es el centro y clave. Este grupo central está atravesado por dos estrechos nave-

gables, ambos destinados a dominar aquella famosa batalla. El estrecho del norte es el de San Bernardino, y a unas doscientas millas al sur está el estrecho de Surigao, que conduce directamente a Leyte. Como hemos visto, los americanos se proponían apoderarse de Leyte, y los japoneses estaban decididos a impedírselo y a destruir su flota. El plan era sencillo y desesperado. Cuatro divisiones, al mando del general MacArthur, desembarcarían en Leyte, protegidas por los cañones y los aviones de la flota americana. Hasta ahí el enemigo lo sabía, o lo adivinaba. El primer paso que ellos debían dar era arrastrar la flota, atraerla muy hacia el norte y allí enzarzarla en una batalla secundaria. Pero esto sólo serían los preliminares. Tan pronto como el grueso de la flota fuera atraído lejos de allí, dos poderosas columnas de buques de guerra navegarían a lo largo de los estrechos, una por el de San Bernardino y la otra por el de Surigao, convergiendo en los desembarcos. Todas las miradas estarían fijas en las costas de Leyte, todos los cañones apuntados hacia las playas y los buques pesados y los grandes portaaviones, que por sí solos podrían resistir el asalto, perseguirían a las fuerzas de diversión en el distante norte. El plan estuvo a punto de tener éxito.

El 17 de octubre, el comandante en jefe japonés ordenó a la flota que se hiciera a la mar. Las fuerzas de diversión, a las órdenes del comandante supremo, almirante Ozawa, que zarparon directamente desde el Japón, tomaron rumbo a Luzón. Era una fuerza mixta que incluía portaaviones, acorazados, cruceros y destructores. La misión de Ozawa era aparecer en la costa oriental de Luzón, presentar combate a la flota americana y arrastrarla lejos de los desembarcos del golfo de Leyte. Los portaaviones estaban escasos tanto de aviones como de pilotos, pero eso no tenía importancia porque se trataba únicamente de un cebo, y el cebo se pone para que se lo coma la presa. Mientras tanto, el grueso de las fuerzas atacantes japonesas se dirigía a los estrechos. La principal, o la que podría denominarse la fuerza central, que procedía de Singapur y consistía en cinco acorazados, doce cruceros y quince destructores al mando del almirante Kurita, se dirigió a San Bernardino para dar la vuelta a la isla de Samar y llegar a Leyte; la más pequeña,

o fuerza del sur, que estaba dividida en dos grupos independientes y comprendía en total dos acorazados, cuatro cruceros y ocho destructores, navegaba por el Surigao.

El 20 de octubre, los americanos desembarcaron en Leyte. Al principio todo fué bien. La resistencia en tierra era débil. Pronto se estableció una cabeza de puente y las tropas del general MacArthur iniciaron el avance. Iban apoyadas por la 7.ª Flota estadounidense del almirante Kinkaid, que operaba a las órdenes del general MacArthur, y cuyos acorazados, más antiguos, y los pequeños portaaviones eran muy adecuados para llevar a cabo operaciones anfibias. A cierta distancia, al norte, se hallaba el grueso de la flota del almirante Halsey, para protegerlos de un ataque por mar.

Yo me hallaba entonces de vuelta a Inglaterra, procedente de Moscú. El mariscal de campo Brooke y yo comprendimos la importancia de lo que había sucedido y enviamos el siguiente telegrama:

El Primer Ministro y el C. I. G. S. al general MacArthur. 22-X-44.

Nuestra sincera enhorabuena por su brillante golpe en las Filipinas. Nuestros mejores deseos.

No obstante, la crisis estaba aun por llegar. El 23 de octubre, los submarinos americanos divisaron la fuerza central japonesa del almirante Kurita frente a las costas de Borneo, hundieron dos de sus cruceros pesados, uno de los cuales era el buque insignia de Kurita, y causaron destrozos a un tercero. Al día siguiente, 24 de octubre, se unió al ataque la aviación embarcada del almirante Halsey. Se hundió el gigantesco acorazado *Musashi,* armado con nueve cañones de 18 pulgadas, se alcanzaron otros barcos y Kurita se retiró. Los aviadores americanos trajeron informes optimistas y quizás erróneos, y Halsey dedujo, no sin razón, que se había ganado la batalla, o al menos una parte de ella. Sabía que la segunda fuerza del enemigo, la fuerza del sur, se aproximaba por el estrecho de Surigao, pero pensó acertadamente que podría ser rechazada por la 7.ª Flota de Kinkaid.

Una cosa, sin embargo, le preocupaba. Durante el día había sufrido un ataque de la aviación naval japonesa. Muchos aviones fueron derribados, pero el portaaviones *Princeton* sufrió daños y más tarde hubo de ser abandonado. Razonó que, probablemente, los aparatos atacantes procedían de portaaviones, ya que era muy poco probable que el enemigo se hubiera hecho a la mar sin ellos, pero no se había encontrado ninguno. Se había localizado la flota principal japonesa a las órdenes de Kurita, que aparentemente se hallaba en retirada. Pero Kurita no tenía portaaviones y tampoco los tenía la fuerza del sur. Debía de existir una fuerza de portaaviones y era forzoso encontrarla. Por lo tanto, ordenó que se efectuara una búsqueda en el norte. A última hora de la tarde del 24 de octubre, sus pilotos descubrieron, al norte de Luzón, las fuerzas de diversión del almirante Ozawa, que se dirigían hacia el sur. ¡Cuatro portaaviones, dos acorazados con cubiertas de vuelo, tres cruceros y diez destructores! Allí estaba la fuente del ataque y el verdadero objetivo. Si se pudiera destruir estos portaaviones, él y su jefe de Estado Mayor, almirante Carney, consideraron con razón que el poder de la flota japonesa de intervenir en futuras operaciones, se perdería irremisiblemente. Este era el factor que dominaba sus pensamientos y tendría especial ventaja cuando MacArthur llegara más tarde para atacar Luzón. Halsey no podía saber lo frágil que era su poderío ni que la mayoría de los ataques que había sufrido no procedían de los portaaviones, sino de los aeropuertos de Luzón. La fuerza central de Kurita estaba en retirada. Kinkaid podía encargarse de la fuerza del sur y proteger los desembarcos de Leyte. El camino estaba libre de obstáculos para asestar un golpe final, y Halsey ordenó a toda su flota que se dirigiera al norte y destruyera la del almirante Ozawa el día siguiente. Así fué como cayó en la trampa. Aquella misma tarde, 24 de octubre, Kurita volvió de nuevo hacia el este y se dirigió una vez más al estrecho de San Bernardino. Esta vez no había nada que pudiera oponérsele.

* * * * *

Mientras tanto, la fuerza del sur japonesa se acercaba al estrecho de Surigao, y aquella noche entraron en él en dos grupos. Siguió una violenta batalla, en la que tomaron parte toda clase de barcos, desde acorazados hasta buques ligeros de costa (1). El primer grupo fué destrozado por la flota de Kinkaid, concentrada en la salida norte del estrecho; el segundo intentó abrirse paso en la oscuridad aprovechándose de la confusión, pero fué obligado a retirarse. Todo parecía marchar bien, pero los americanos tenían que enfrentarse aun con el almirante Kurita. Mientras Kinkaid luchaba en el estrecho de Surigao y Halsey navegaba hacia el norte en persecución de las fuerzas de diversión, Kurita había pasado en la oscuridad por el estrecho de San Bernardino sin encontrar oposición, y en las primeras horas del 25 de octubre cayó sobre un grupo de portaaviones de escolta que protegía los desembarcos del general MacArthur. Cogidos por sorpresa y demasiado lentos para poder escapar, los portaaviones no pudieron rearmar de pronto a sus aviones para rechazar el asalto marítimo. Durante unas dos horas y media los pequeños barcos americanos realizaron una valiente retirada, protegidos por nubes de humo. Dos de sus portaaviones, tres destructores y más de cien aviones se perdieron, uno de los portaaviones a causa de un ataque por bombarderos suicidas. Pero lograron hundir tres cruceros enemigos y alcanzar algunos otros (2). La ayuda estaba muy lejos. Los buques pesados de Kinkaid se hallaban al sur de Leyte, por perseguir a la fuerza del sur, y estaban escasos de municiones y de combustible. Halsey, con diez portaaviones y todos sus rápidos acorazados, estaba aún más distante y otro de sus grupos de portaaviones se había esperado para repostar, y aunque se le había llamado, no podría llegar hasta pasadas unas horas. La victoria parecía estar en manos de Kurita. Nada le impedía que entrara en el golfo de Leyte y destruyera la flota anfibia de MacArthur.

(1) Entre ellos dos buques australianos: el crucero *Shropshire* y el destructor *Arunta*.

(2) Los bombarderos suicidas hicieron su primera aparición en las operaciones de Leyte. Pocos días antes, el crucero australiano *Australia*, que operaba con la Flota de Kinkaid, había sido alcanzado por uno y sufrido bajas, pero no recibió daños importantes.

Pero una vez más Kurita se retiró. Sus motivos no están claros. Muchos de sus barcos habían sido bombardeados y dispersados por los ligeros portaaviones de escolta de Kinkaid y se había enterado de que la fuerza del sur había quedado deshecha. No tenía informes sobre la suerte que corrían las fuerzas de diversión en el norte y no sabía con seguridad dónde se encontraban las flotas americañas. Unas señales que interceptó le hicieron pensar que Kinkaid y Halsey convergían contra él con una fuerza abrumadora y que los transportes de MacArthur habían logrado escapar. Solo y sin apoyo, abandonó la desesperada aventura por la que tantos sacrificios se habían hecho y en la que estaba a punto de obtener su recompensa. Sin intentar entrar en el golfo de Leyte, dió media vuelta y se dirigió una vez más al estrecho de San Bernardino. Esperaba librar una última batalla con la flota de Halsey, pero hasta esto le fué negado. En respuesta a las repetidas llamadas de socorro de Kinkaid, Halsey se había vuelto por fin con sus acorazados, dejando dos grupos de portaaviones que continuaran la persecución hacia el norte. Durante el día, estos grupos destruyeron los cuatro portaaviones de Ozawa, pero Halsey llegó demasiado tarde a San Bernardino. Las flotas no llegaron a encontrarse y Kurita huyó. El día siguiente los aviones de Halsey y de MacArthur persiguieron al almirante japonés y hundieron otro crucero y dos destructores más. Así fué el final de la batalla. Es muy posible que las ideas de Kurita se hicieran confusas por la presión de los acontecimientos. Había estado tres días sometido a constantes ataques, había sufrido grandes pérdidas y su buque insignia había sido hundido poco después de salir de Borneo. Los que han pasado por pruebas similares, que le juzguen.

* * * * *

La batalla del golfo de Leyte fué decisiva. A costa de la pérdida de tres portaaviones, tres destructores y un submarino, los americanos habían derrotado a la flota japonesa. La lucha había durado desde el 22 hasta el 27 de octubre. Se habían hundido tres acorazados, cuatro portaaviones y veinte otros buques enemigos.

El bombardero suicida era ahora la única arma eficaz que le quedaba al enemigo. Como instrumento de desesperación seguía siendo mortífero, pero no llevaba consigo esperanza de victoria.

Esta vez no había duda respecto al resultado, y nos apresuramos a enviar nuestra felicitación.

El Primer Ministro al presidente Roosevelt. 27-X-44.

Le ruego acepte mis más sinceras felicitaciones, que le envío en nombre del Gobierno de Su Majestad, por la brillante y rotunda victoria conseguida por las fuerzas aéreas y navales de los Estados Unidos sobre los japoneses en las recientes batallas.

Nos alegramos mucho de saber que uno de los escuadrones australianos de cruceros de Su Majestad ha tenido el honor de tomar parte en este memorable acontecimiento.

Puede calcularse la importancia de la batalla por la siguiente lista:

TOTAL DE PERDIDAS

JAPONESAS	NORTEAMERICANAS
Tres acorazados.	*Un portaaviones ligero.*
Un portaaviones pesado.	*Dos portaaviones de escolta.*
Tres portaaviones ligeros.	*Tres destructores.*
Seis cruceros pesados.	*Un submarino.*
Cuatro cruceros ligeros.	
Nueve destructores.	
Un submarino.	

* * * * *

La historia de América deberá atesorar mucho tiempo esta victoria. Aparte del valor, la habilidad y la osadía que implicó, proyectó sobre el futuro un haz de luz más vívido y de mayor alcance que nada de lo que habíamos visto hasta entonces. Fué una batalla ganada, más por el dominio aéreo que por el de los cañones. La he relatado detalladamente porque en aquellos días el destrozado mundo europeo casi la desconoció. Tal vez la conclusión más impor-

tante que pueda derivarse del estudio de estos acontecimientos, es la necesidad vital de que exista una unidad de mando en operaciones conjuntas de este tipo, en lugar del concepto de control por cooperación como el que existía entre MacArthur y Halsey en aquel tiempo. Los americanos se aprendieron la lección, y en las operaciones decisivas planeadas contra el territorio metropolitano del Japón tenían pensado que el mando supremo fuera ejercido por el almirante Nimitz o el general MacArthur, según se considerara conveniente en un momento dado.

* * * * *

En las semanas que siguieron, la lucha por la posesión de las Filipinas se extendió y aumentó. A fines de noviembre, cerca de doscientos cincuenta mil americanos habían desembarcado en Leyte, y a mediados de diciembre había cedido la resistencia japonesa. MacArthur seguía presionando con su avance principal y pronto desembarcó sin oposición en la isla de Mindoro, a poco más de cien millas de Manila. El 9 de enero de 1945 se inició una nueva fase con el desembarco de cuatro divisiones en el golfo de Lingayen, al norte de Manila, que tres años antes había sido el escenario de la principal invasión japonesa. Gracias a complicadas medidas, se mantuvo al enemigo ignorante del punto donde caería el golpe. Este se hizo de sorpresa y encontró poca oposición. A medida que los americanos se iban acercando a Manila la resistencia se hacía más dura, pero efectuaron dos desembarcos más en la costa occidental y cercaron la ciudad. La desesperada defensa se prolongó hasta primeros de marzo, cuando se dió muerte a los últimos supervivientes. Entre las ruinas se contaron dieciséis mil cadáveres japoneses. Los ataques por bombarderos suicidas infligían ahora grandes pérdidas a los americanos, y en un solo día alcanzaron dieciséis barcos. El crucero *Australia* tuvo otra vez mala suerte, por ser alcanzado cinco veces en cuatro días, aunque siguió manteniéndose en activo. No obstante, este ataque desesperado no detuvo a las flotas. A mediados de enero los portaaviones del almirante Halsey entraron sin resistencia en los mares del sur de

China, extendiéndose a lo largo de la costa y atacando los aeropuertos y los barcos hasta Saigón. El 16 de enero fueron causados graves destrozos a Hong-Kong, y en Cantón se produjeron grandes incendios de petróleo.

Aunque la lucha en las islas se prolongó aún algunos meses, el mando de los mares del sur de China había pasado ya al vencedor, y con él el control del petróleo y de otros suministros de que dependía el Japón.

Capítulo XIII

LA LIBERACION DE LA EUROPA OCCIDENTAL

El general Eisenhower se hace cargo del mando, 1 de septiembre.— Los sufrimientos del ejército alemán. — Los avances aliados — Las contrapropuestas de Montgomery. — El salto hacia adelante. — La liberación de Bruselas, 3 de septiembre. — Avance del ejército canadiense. — Rendición de El Havre, 12 de septiembre. — Captura de Dieppe, Boulogne y Calais. — Se toman Gante y Brujas. — La persecución americana. — Caída de Charleroi, Mons, Lieja y Luxemburgo. — «Overlord» y «Dragón» se dan las manos. — El informe sobre «La capacidad de resistencia alemana». — La carrera hacia el bajo Rin. — El descenso sobre Arnhem, 17 de septiembre. — La lucha por el puente de Nimega. — Montgomery ordena a la 1.ª División aerotransportada que se retire, 25 de septiembre. — Mi telegrama a Smuts, 9 de octubre. — Limpiando el estuario del Escalda. — La caída de la «Isla» de Breskens. — La batalla de Walcheren. — Los comandos triunfan. — El primer convoy llega a Amberes el 28 de noviembre. — La embestida de nuestras fuerzas aéreas estratégicas. — Speer prevé una catástrofe en la producción de Alemania.

EL general Eisenhower, de acuerdo con disposiciones previas y aceptadas, asumió el mando directo de las fuerzas de tierra en Francia septentrional el 1 de septiembre. Estas fuerzas comprendían el XXI Grupo de Ejércitos británico a las órdenes del mariscal de campo Montgomery, y el XII Grupo de Ejércitos norteamericano bajo el mando del general Omar Bradley, cuyas operaciones habían estado controladas hasta entonces por Montgomery.

Eisenhower disponía en total de cinco ejércitos. En el XXI Grupo de Ejércitos de Montgomery estaban el I Ejército británico canadiense a las órdenes del general Crerar, y el II Ejército británico bajo el mando del general Dempsey. Un total de catorce divisiones y siete brigadas acorazadas. A su derecha, dentro del XII Grupo de Ejércitos norteamericanos, estaban el I Ejército, mandado por el general Hodges; el III Ejército, mandado por el general Patton, y el IX Ejército que todavía no había entrado en acción, bajo el mando del general Simpson. Eisenhower, por tanto, disponía de más de treinta y siete divisiones, o sea más de medio millón de combatientes. Cada grupo de ejércitos tenía su propia aviación táctica, y la totalidad de aquellas fuerzas quedaba bajo el control del mariscal jefe de Aviación Leigh-Mallory.

Aquella gran masa empujaba a lo que quedaba de los ejércitos alemanes en el oeste, hostilizados día y noche por nuestra aviación que dominaba el aire. El enemigo contaba todavía con más de diecisiete divisiones, pero hasta que pudieron reagruparlas y reforzarlas, su capacidad combativa fué muy reducida. El general Speidel, ex jefe del Estado Mayor de Rommel, ha descrito su situación:

Se había hecho imposible efectuar una retirada ordenada. Los ejércitos motorizados aliados rodeaban a las lentas y agotadas divisiones alemanas que marchaban a pie, las dividían en pequeños grupos y las destruían... No quedaban fuerzas terrestres alemanas en número suficiente para ser lanzadas a la defensa, y en el aire prácticamente no teníamos nada (1).

Eisenhower había planeado avanzar hacia el nordeste con la mayor masa posible y llegar casi hasta el límite de sus suministros. El XXI Grupo de Ejércitos británico debía efectuar el esfuerzo principal. Su marcha a lo largo de la costa del Canal no sólo desbordaría los puntos de lanzamiento de las bombas volantes, sino que permitiría tomar Amberes. Sin disponer de este gran puerto, era imposible avanzar a través del bajo Rin y entrar en las llanuras de la Alemania septentrional. El XII Grupo de Ejércitos norteamericano debía perseguir también al enemigo manteniendo su primer ejército a vanguardia del británico, mientras que el resto, convergiendo hacia el Este sobre Verdún y el Mosa superior, se prepararía para atacar hacia el Sarre.

Montgomery formuló dos contrapropuestas: Una a fines de agosto, en la que proponía que su Grupo de Ejércitos y el XII Grupo norteamericano avanzaran unidos hacia el norte, formando una masa sólida de casi cuarenta divisiones. La segunda propuesta la hizo el 4 de septiembre en el sentido de que sólo se hiciera un avance hacia el Ruhr o hacia el Sarre. Una vez elegido cualquiera de estos dos objetivos las fuerzas dispondrían de todos los recursos y apoyos que necesitaran. Insistió en que el resto del frente debía frenarse para beneficiar así el avance principal, que sería mandado por un solo jefe, él o Bradley. Creía que probablemente se llegaría a Berlín, y consideraba que el Ruhr era mejor objetivo que el Sarre.

Pero Eisenhower se atuvo a su plan inicial. Alemania tenía aún reservas en su territorio, y temía que si se lanzaba una fuerza relativamente pequeña adentrándose mucho al otro lado del Rin, caería en manos enemigas. Creía que era mejor que el XXI Grupo de Ejércitos hiciera todos los esfuerzos posibles para establecer

(1) *Defendemos Normandía*, Speidel, págs. 152-153.

una cabeza de puente en el Rin, mientras que el XII Grupo de Ejércitos avanzaba todo lo posible hacia la línea Sigfrido.

Los estrategas suelen debatir largamente las distintas posibilidades.

Sus discusiones no frenaron en modo alguno la persecución. El número de divisiones que podían ser apoyadas y la velocidad y profundidad de su avance dependían, sin embargo, por completo, de los puertos, transportes y suministros. Se estaba utilizando relativamente pocas municiones, pero los víveres y, sobre todo, el petróleo, eran los factores que gobernaban todo movimiento. Cherbourg y el puerto artificial de Arromanches eran los únicos puertos de que disponíamos, y éstos se iban quedando más alejados día tras día. La línea del frente estaba todavía apoyada desde Normandía y a diario había que transportar unas veinte mil toneladas de suministros a lo largo de distancias cada vez mayores, junto con material para reparar carreteras y puentes y contruir aeródromos. Los puertos de Bretaña, cuando fuesen tomados, quedarían aún más lejos, pero los puertos del Canal, desde El Havre hacia el norte, y especialmente Amberes, si lográbamos ocuparlo antes de que quedara demasiado destruído, eran objetivos vitales.

Amberes fué, por tanto, la meta inmediata del Grupo de Ejércitos de Montgomery, que entonces tuvo su primera ocasión de demostrar su movilidad. El II Ejército inició el avance por el norte del Sena hacia Bélgica, dejando a pie a un Cuerpo de Ejército y utilizando estos medios de transporte para apoyar a los otros. El XXX Cuerpo de Ejército quedó motorizado. La 11 División acorazada, que pertenecía a este Cuerpo de Ejército, capturó al jefe del VII Ejército alemán mientras estaba desayunando en Amiens, el día 31 de agosto. Muy pronto fueron alcanzadas las poblaciones fronterizas que tan bien conocían las fuerzas expedicionarias británicas de 1940, y, por lo menos de nombre, sus predecesores de un cuarto de siglo antes: Arras, Douai, Lille y muchas otras. Bruselas, precipitadamente evacuada por los alemanes, fué ocupada por la división acorazada de los «Guards» el 3 de septiembre y, lo mismo que había pasado en todas partes de Bélgica, nuestras tropas fueron espléndidamente recibidas y ayudadas por

las fuerzas de una Resistencia bien organizada. De allí, los «Guards» emprendieron la marcha hacia el Este en dirección a Lovaina, y la 11 División acorazada entró el 4 de septiembre en Amberes, donde, con gran sorpresa y alegría por nuestra parte, encontraron el puerto casi intacto. Tan rápido había sido el avance — más de doscientas millas en cuatro días escasos — que el enemigo no había tenido tiempo de efectuar las demoliciones que siempre llevaba a cabo concienzudamente. Hacia el Oeste, el XII Cuerpo de Ejército tropezó con más resistencia, pero el 5 de septiembre pudo llegar a Gante, su objetivo principal.

Como es natural, aquel ritmo de avance no podía durar. El salto hacia adelante ya se había hecho y el frenazo se hizo evidente antes de que zarpáramos para Quebec. El enemigo logró destruir los pasos sobre el canal Alberto entre Amberes y Hasselt, y el XXX Cuerpo de Ejército se encontró con que el canal estaba defendido por unos diez batallones, algunos de ellos totalmente nuevos. Los «Guards» forzaron un paso al oeste de Hasselt el día 6 de septiembre, pero hubieron de luchar con dureza y hasta cuatro días más tarde no llegaron al canal Mosa-Escalda, donde se apoderaron de un puente que todavía estaba intacto.

* * * * *

Mientras tanto, el I Ejército canadiense tenía a su cargo la pesada y comprometida tarea de limpiar el flanco occidental. Su jefe, el general Crerar, tenía bajo su mando el I Cuerpo de Ejército británico y el II Cuerpo de Ejército canadiense, en el que estaba integrada la división acorazada polaca. Su objetivo principal era limpiar los puertos del Canal desde El Havre hasta el norte, ocupar los puestos de lanzamiento de bombas volantes y establecerse en la orilla meridional del Escalda. Aunque Amberes estaba en nuestro poder, nuestros buques sólo podían llegar allí a través del tortuoso y difícil estuario del Escalda, y ambas orillas estaban en manos de los alemanes. Estas duras y costosas operaciones iban a recaer principalmente sobre el Ejército canadiense, y de su éxito dependían muchas cosas.

El I Cuerpo británico cruzó el Sena cerca de Rouen, efectuó una conversión de frente hacia la izquierda, y el 2 de septiembre la 51 División de Highland ocupó St. Valéry, que fué el escenario de la tragedia francesa en junio de 1940. El flanco izquierdo del Cuerpo de Ejército hizo una nueva conversión y avanzó sobre El Havre, donde resistió con denuedo una guarnición de más de once mil hombres. A pesar de ser bombardeados desde el mar por cañones de 15 pulgadas y de recibir por vía aérea más de diez mil toneladas de bombas, los alemanes no rindieron El Havre hasta el 12 de septiembre. Mientras tanto, el Cuerpo canadiense, que estaba a su derecha, se había movido rápidamente. Dieppe, donde repararon sus pérdidas de 1942, cayó el 1 de septiembre. Boulogne y Calais fueron cercados el 6 de septiembre, y después Dunquerque. El día 9, el Ejército canadiense ya había limpiado todo el Paso de Calais, había ocupado todos los puntos de lanzamiento de bombas volantes y había llegado a Brujas. Gante fué ocupado por la División acorazada polaca, el 22 de septiembre cayó Boulogne con casi diez mil prisioneros, y el 30 cayó Calais. Dunquerque, con su guarnición de casi doce mil hombres, quedó en situación de cerco, ya que el avance hacia el Escalda era mucho más urgente. Por el momento, no continuaré relatando aquí la suerte de los canadienses para seguir los movimientos del Grupo de Ejércitos americano.

Al otro lado de París, su avance también había sido efectuado con todo el impulso de Bradley y sus decididos oficiales. Después de cruzar el Sena, a la derecha de los británicos, el I Ejército norteamericano avanzó sobre Namur y Lieja. El 3 de septiembre llegó a Charleroi y Mons, cortando la retirada y capturando una gran bolsa de treinta mil alemanes al sureste de Mons. Luego, prosiguiendo velozmente hacia el este, las tropas norteamericanas liberaron Lieja el 8 de septiembre y la ciudad de Luxemburgo dos días más tarde. La resistencia iba en aumento, pero el 12 llegaron a la frontera alemana en un frente de sesenta millas y perforaron la línea Sigfrido por un punto al sur de Aquisgrán. En una semana habían liberado todo Luxemburgo y el sur de Bélgica. El III Ejército se apoderó de Verdún el 31 de agosto y cruzó el Mosa. Una semana más tarde tenía el suficiente petróleo para avanzar hasta el

Mosela. El enemigo había logrado recoger una fuerza que le permitió defender el río, y Metz contaba con una guarnición fuerte y decidida. Sin embargo, el 16 de septiembre ya se habían establecido cabezas de puente en Nancy y en lugares situados algo al sur de Metz. Como ya se ha dicho, el VII Ejército norteamericano y el I Ejército francés se fundieron entonces en el VI Grupo de Ejércitos, bajo el mando del general Devers, y avanzando desde sus puntos de desembarco en Francia meridional, se encontraron con las primetras patrullas del ejército de Patton, al oeste de Dijon, el día 11 de septiembre. Orientando su marcha hacia el este, se pusieron a la altura del avance general en una línea que iba hacia el sur, desde Epinal hasta la frontera suiza. Aquello fué el final de una gran persecución. Durante los meses siguientes sólo pudimos avanzar tras luchas muy duras. En todas partes la resistencia del enemigo se hacía más violenta, y nuestras líneas de suministros se habían alargado hasta el límite. Había que volver a llenar los depósitos y reforzar y cubrir las bajas de las tropas avanzadas, a fin de prepararlas para las futuras batallas de otoño.

* * * * *

Durante nuestro viaje a Quebec, el Comité conjunto de Información había suministrado un informe sobre «La capacidad de resistencia alemana», que califiqué de optimista y que envié con una nota dirigida a los jefes de Estado Mayor, redactada en la forma siguiente:

El Primer Ministro al general Ismay, para el Comité de jefes de E. M.
8-IX-44.

He leído el informe y no he encontrado en él ningún hecho que no sepamos. Hablando en general, considero que peca de optimista. En el momento actual nos hallamos virtualmente parados, y el progreso va a ser muy lento. Espero que se produzca una ofensiva rusa en el frente oriental, que será decisiva. Pero, por el momento, esto no es más que una suposición.

2. Por otro lado, hay que tener en cuenta ciertos factores. Aparte de Cherbourg y Arromanches, todavía no hemos obtenido ningún gran puerto. Los alemanes piensan defender la desembocadura del Escalda y aun están resistiendo en los suburbios del norte de Amberes. Brest no

se ha tomado todavía a pesar de haber tenido lugar una lucha muy dura y harán falta por lo menos seis semanas, después de ocuparlo, para que el puerto quede utilizable. Lorient se sigue defendiendo. No se ha hecho ningún intento para ocupar y limpiar el puerto de St. Nazaire, que es dos veces mejor que el de Brest y dos veces más fácil de conquistar. Tampoco se ha hecho ningún intento para tomar Burdeos, y a no ser que la situación cambie mucho, los aliados se verán faltos de puertos disponibles cuando empiecen las galernas del equinoccio.

3. Ya se puede prever que probablemente tendremos que frenar nuestros magníficos avances. El ejército del general Patton está luchando duramente en la línea Metz-Nancy. El mariscal de campo Montgomery ha expresado sus temores respecto al plan futuro del general Eisenhower. Es difícil imaginarse cómo va a poder avanzar el XXI Grupo de Ejércitos en masa hasta la frontera alemana, sin limpiar previamente la tenaz resistencia germana en los puertos del Canal y sin haber destruído al enemigo en Walcheren y en el norte de Amberes...

6. Nadie sabe lo que nos reserva el futuro. ¿Podrán los aliados avanzar en masa hacia el interior de Alemania, una vez rota la Línea Sigfrido, durante el mes de septiembre, o se verán sus fuerzas tan limitadas por la situación de los suministros y la falta de puertos que los alemanes podrán consolidarse en dicha Línea? ¿Se retirarán de Italia los alemanes y podrán reforzar así su situación interna? ¿Podrán recurrir a sus fuerzas desplegadas en los Estados bálticos, que anteriormente se calcularon en unas 25 a 35 divisiones? No hay que desestimar el efecto que produciría que el enemigo pudiese consolidarse en la frontera de su territorio nativo. *Es tan probable que Hitler siga luchando el 1 de enero del año próximo como que se derrumbe antes de esa fecha* (1). Si realmente se derrumba antes de entonces, será más bien por motivos políticos más que por razones puramente militares.

Desgraciadamente, mi punto de vista iba a quedar justificado por el curso de los acontecimientos.

* * * * *

Pero todavía quedaba la posibilidad de cruzar el Rin inferior. Eisenhower consideraba esto tan importante que le dió prioridad sobre la limpieza de las orillas del estuario del Escalda y la apertura del puerto de Amberes. Para renovar el esfuerzo de Montgo-

(1) Cursiva del autor.

mery, Eisenhower le proporcionó medios adicionales de transporte americanos, y un suministro aéreo. En Inglaterra, el I Ejército aerotransportado estaba dispuesto para el ataque bajo el mando del general amicano Brereton, compuesto por las Divisiones 1.ª y 6.ª aerotransportadas británicas, tres divisiones norteamericanas y una brigada polaca, con gran número de aviones británicos y americanos. Montgomery decidió apoderarse de una cabeza de puente en Arnhem por la acción combinada de las tropas aerotransportadas y del XXX Cuerpo que luchaba en una cabeza de puente al otro lado del canal Mosa-Escalda, sobre la frontera holandesa . Sus planes eran lanzar desde el aire la 1ª División aerotransportada británica, que recibiría ayuda de la brigada polaca en la orilla norte del bajo Rin para apoderarse del puente de Arnhem. La 82ª División norteamericana tendría que tomar los puentes de Nimega y Grave, mientras la 101ª División norteamericana se apoderaba de la carretera que iba desde Grave a Eindhoven. El XXX Cuerpo de Ejército, precedido por la División acorazada de los «Guards», se abriría paso por la carretera de Eindhoven hasta Arnhem, aprovechando la «alfombra» de tropas aerotransportadas y con la esperanza de encontrar ya en su poder los puentes que cruzaban los tres principales obstáculos acuáticos.

Los preparativos para aquel osado ataque, desde luego la mayor operación de este tipo que se había intentado hasta entonces, eran complicados y urgentes porque el enemigo se estaba haciendo más fuerte cada día. Es notable que pudieran terminarlos para la fecha prevista del 17 de septiembre. No se disponía de suficiente número de aviones para poder llevar toda la tropa aerotransportada simultáneamente, y el movimiento tuvo que distribuirse en tres días. Sin embargo, el día 17 los elementos avanzados de las tres divisiones fueron transportados a sus destinos, gracias a la gran labor realizada por las fuerzas aéreas aliadas. La 101ª División norteamericana conquistó la mayoría de sus objetivos, pero un puente de la carretera de Eindhoven, que cruzaba el canal, había sido volado por el enemigo y no lograron conquistar la ciudad hasta el día 18.

La 82ª División norteamericana también progresó, pero no pudo apoderarse del puente principal en Nimega.

De Arnhem se tenían pocas noticias, pero parecía que elementos de nuestro Regimiento de paracaidistas habían logrado establecerse en el extremo norte del puente. La División acorazada de los «Guards», perteneciente al XXX Cuerpo de Ejército, comenzó a avanzar por la tarde a lo largo de la carretera de Eindhoven, precedida por una barrera de artillería y aviones lanzacohetes. El VIII Cuerpo a su derecha y el XII a su izquierda protegían los flancos del XXX Cuerpo. La carretera fué tenazmente defendida y los «Guards» no establecieron contacto con los americanos hasta la tarde del 18. Los ataques alemanes contra el estrecho saliente de Eindhoven-Nimega comenzaron al día siguiente y fueron aumentando en intensidad. La 101ª División tuvo mucha dificultad en conservar abierta la carretera. Algunas veces, había que detener el tráfico hasta que el enemigo se alejaba. Ya entonces las noticias que se tenían de Arnhem eran malas. Nuestros paracaidistas todavía conservaban el extremo norte del puente, pero el enemigo continuaba en la ciudad, y el resto de la 1.ª División aerotransportada, que se había lanzado sobre el oeste, fracasó en su intento de romper el cerco y reforzarles.

El 18 se cruzó el canal. A la mañana siguiente, a primera hora, los «Guards» pudieron avanzar sin gran dificultad hasta Grave, donde encontraron a la 82ª División norteamericana. Al anochecer estaban cerca del puente de Nimega, que se hallaba bien defendido, y el 20 tuvo lugar un terrible combate por la posesión del mismo. Los americanos cruzaron el río al oeste de la ciudad, hicieron una conversión de frente hacia la derecha y se apoderaron del extremo más alejado del puente del ferrocarril mientras los «Guards» cargaban a través del puente de la carretera. Los defensores se vieron desbordados y los dos puentes fueron ocupados intactos.

Quedaba por cubrir la última etapa hasta Arnhem, donde el mal tiempo había dificultado el transporte aéreo de refuerzos, víveres y municiones, quedando la primera División aerotransportada en una situación desesperada. En la imposibilidad de llegar al puen-

te, el resto de la división se vió confinada a un pequeño perímetro en la orilla norte y tuvo que soportar violentos ataques. Desde la orilla sur se hicieron todos los esfuerzos posibles por salvarla, pero el enemigo era demasiado fuerte. Los «Guards», la 43ª División y la brigada polaca de paracaidistas, que descendió cerca de la carretera, fracasaron en sus valientes intentos de ayuda. Durante cuatro días más la lucha continuó en vano. El 25, Montgomery ordenó retroceder a los supervivientes de la 1ª División aerotransportada. Tenían que cruzar el Rin por la noche, en botes ligeros y bajo el fuego próximo del enemigo. Al amanecer, unos 2.400 hombres, de los 10.000 que habían iniciado la acción, estaban a salvo en nuestra orilla.

Aun después de haber terminado todo en Arnhem, durante dos semanas continuamos empeñados en una enérgica lucha para conservar lo que habíamos ganado. Los alemanes creían que nuestros salientes ponían en peligro toda la orilla occidental del Rin inferior, y los acontecimientos posteriores demostraron que estaban en lo cierto. Por lo tanto, efectuaron muchos y violentos contraataques para volver a apoderarse de Nimega. El puente fué bombardeado desde el aire y alcanzado, aunque no destruído, por nadadores que llevaban cargas de explosivos. Gradualmente, los tres Cuerpos del II Ejército fueron ampliando su saliente de cincuenta millas hasta llegar a tener una anchura de veinte millas. Todavía era demasiado estrecho, pero, por el momento, bastaba.

En la batalla de Arnhem se habían corrido grandes riesgos, pero estaban justificados por la importante recompensa que teníamos al alcance de nuestras manos. Si hubiéramos tenido suerte con el tiempo, que se volvió contra nosotros en los momentos más críticos y restringió nuestro dominio del aire, es probable que hubiéramos tenido éxito. Ningún peligro pudo frenar a los valientes, incluyendo los elementos de la resistencia holandesa, que lucharon por la conquista de Arnhem.

* * * * *

Hasta mi regreso del Canadá, a donde habían llegado las glo-

riosas noticias, no pude comprender todo lo que había ocurrido. El general Smuts estaba apenado por lo que parecía un fracaso, y yo le telegrafié.

El Primer Ministro al mariscal de campo Smuts. 9-X-44.

Me satisface la situación en el frente occidental, especialmente porque están llegando enormes refuerzos americanos y esperamos ocupar Amberes antes de que pase mucho tiempo. Respecto a Arnhem, creo que ha visto usted la situación algo desenfocada. La batalla ya era una victoria decidida, pero la División de vanguardia que había pedido refuerzos, y con razón, sólo recibió un reducido contingente. No he sufrido ninguna decepción respecto a esta operación, y me complace que nuestros jefes sean capaces de correr estos peligros.

* * * * *

La limpieza del estuario del Escalda y la apertura del puerto de Amberes se habían retrasado por la ofensiva contra Arnhem. Una vez pasada ésta, se les dió prioridad absoluta. Durante las últimas dos semanas de septiembre se habían efectuado determinadas acciones preparatorias. El II Cuerpo canadiense había obligado al enemigo a retroceder desde la línea Amberes-Gante-Brujas a la restringida «isla» de Breskens, limitada al sur por el canal Leopoldo. Al este de Amberes, el I Cuerpo de Ejército, también bajo el mando del Ejército canadiense, había alcanzado y cruzado el canal Amberes-Turnhout.

El problema tenía tres aspectos bien definidos: la conquista de la «isla» de Breskens; la ocupación de la península del sur de Beveland, y, finalmente, la conquista de la isla de Walcheren, mediante ataques desde el este, el sur y el oeste. Las primeras dos etapas se desarrollaron simultáneamente. La «isla» de Breskens estaba defendida por una División alemana, bien experimentada, que había demostrado ser muy dura. Para cruzar el canal Leopoldo hubo que sostener una dura lucha. Fué la brigada canadiense la que decidió la suerte, pues remontó la corriente y desembarcó en el extremo oriental de la «isla» abriéndose paso, a lo largo de la orilla, hasta Breskens, que cayó el 22 de octubre. Mientras tanto, el I Cuerpo de

Ejército había avanzado con regularidad hacia el noroeste desde el canal Amberes-Turnhout, tropezando con una creciente oposición a medida que progresaba. Se cerró el istmo de Beveland meridional y se pudieron hacer planes para continuar las operaciones hacia el oeste en dirección a Walcheren.

Esta dura labor fué efectuada por la 2.ª División canadiense, que forzó el paso hacia el occidente a través de grandes sectores inundados, teniendo sus hombres que andar muchas veces con el agua hasta la cintura. Recibieron ayuda del grueso de la 52.ª División, que fué transportado en barcos a través del Escalda y desembarcado en la orilla meridional, en Baarland. A fines de mes, y después de grandes esfuerzos, fué ocupado todo el istmo. Mientras tanto, se eliminaban las últimas bolsas enemigas de la «isla» de Breskens, y todo quedó dispuesto para el ataque a Walcheren. El éxito del Ejército canadiense fué una acción preliminar esencial para operaciones más espectaculares. En cuatro semanas de dura lucha, durante la cual el II Grupo de la aviación táctica, bajo el mando del mariscal del Aire Coningham, les prestó constante ayuda, aquellas tropas apresaron a no menos de doce mil quinientos alemanes, que estaban dispuestos a todo menos a rendirse.

* * * * *

La isla de Walcheren tiene forma de plato y está bordeada por un cinturón de dunas que impiden que el mar inunde la llanura central. En el extremo occidental, cerca de Westkapelle, hay una brecha en estas dunas y el mar es mantenido fuera de la isla por un gran dique de treinta pies de altura y más de cien yardas de anchura en su base. La guarnición, de casi diez mil hombres, estaba desplegada en poderosas defensas artificiales, y apoyada por unas treinta baterías de artillería, algunas de gran calibree, montadas en emplazamientos de cemento. Abundaban los obstáculos antitanque, las minas y las alambradas, ya que el enemigo había tenido cuatro años para fortificar este acceso a Amberes.

A primeros de octubre, la R. A. F. asestó el primer golpe. En una serie de brillantes ataques, los aviones abrieron una gran brecha

de casi cuatrocientas yardas de longitud en el dique de Westkapelle. A través de esta brecha se precipitó el mar inundando todo el centro del «plato» y sepultando todas las defensas y baterías que había en el interior. Pero los obstáculos y emplazamientos más fuertes estaban en el borde del «plato», y su captura, que ya ha sido admirablemente descrita (1), sólo se puede describir aquí a grandes rasgos. El ataque fué concéntrico. En el Este, la 2.ª División canadiense trató de avanzar desde el sur de Beveland por encima de la carretera que conducía a la isla, y finalmente logró establecer una cabeza de puente con la ayuda de una brigada de la 52.ª División. En el centro, el 1 de noviembre, el comando núm. 4 fué transportado desde Breskens por barco y efectuó un osado desembarco en el frente marítimo de Flushing. A este primer ataque siguieron rápidamente tropas de la 52.ª División, que se abrieron camino hasta la ciudad. El ataque principal se hizo por el Oeste y fué iniciado por tres comandos de Infantería de Marina a las órdenes del brigadier Leicester. Embarcaron en Ostende, navegaron hacia Westkapelle y a las siete de la mañana del 1 de noviembre divisaron la torre del faro. A medida que se acercaban a la costa, la escuadra naval de bombardeo abrió fuego. En esta acción participaron los buques *Warspite* y los dos monitores, provistos de cañones de 15 pulgadas, *Erebus* y *Roberts*, apoyados además por una escuadra de buques de desembarco armados. Estos últimos se acercaron a la costa y, a pesar del elevado número de bajas, continuaron haciendo fuego hasta que los dos comandos de vanguardia llegaron a tierra. El comando número 41, que desembarcó en el extremo norte de la brecha del dique, se apoderó de la aldea de Westkapelle y continuó avanzando hacia Domburg. El número 48, que había desembarcado al sur de la brecha, pronto tropezó con una enérgica resistencia. Por muy valioso que fuera el fuego naval de cobertura, faltaba un auxiliar indispensable. Se había planeado llevar a cabo el día anterior un bombardeo aéreo muy pesado, pero la niebla impidió que nuestros aviones pudieran despegar. En el momento crítico, nuestros caza-bombarderos ayudaron al desembarco con eficaces ataques, pero la Infantería de Mari-

(1) *La boina verde*, por H. St. G. Saunders.

na tropezó con una resistencia mucho mayor de lo que habíamos esperado.

Aquella tarde, el comando número 48 había avanzado dos millas hacia Flushing a lo largo de la franja costera, pero se vió detenido por una poderosa batería empotrada en un bloque de cemento. Se solicitó el apoyo de toda la artillería del II Cuerpo de ejército canadiense, que disparaba por elevación desde la costa de Breskens. Los aviones lanza-cohetes atacaron las troneras. En la creciente oscuridad, los comandos mataron o capturaron a los defensores. A la mañana siguiente continuaron su avance y al mediodía ocuparon Zouteland. Allí el comando número 47 se hizo cargo del ataque, y frente a una resistencia cada vez más débil llegó a los arrabales de Flushing. El 3 de noviembre estableció contacto con el comando número 4 después de una dura lucha casa por casa, en la ciudad. En pocos días, toda la isla estaba en nuestro poder, con ocho mil prisioneros.

Los comandos llevaron a cabo durante la guerra muchas otras acciones notables. Aunque en esta sobresaliente operación otras tropas y servicios desempeñaron su papel de una manera satisfactoria, merece señalarse el extremado valor de la Infantería de Marina. La idea de los comandos triunfaba una vez más.

* * * * *

El dragado del puerto comenzó tan pronto como Flushing quedó firmemente en nuestro poder. En el curso de las tres semanas siguientes, se utilizaron cien dragaminas para limpiar el canal de setenta millas de longitud. El 28 de noviembre llegó el primer convoy, y Amberes quedó abierto para los ejércitos británico y norteamericano. Las bombas volantes y los cohetes hostilizaron la ciudad durante algún tiempo y causaron muchas bajas, pero no lograron interrumpir las operaciones militares, como tampoco las habían interrumpido en Londres.

La dura prueba que sufría Amberes no fué la única razón para tratar de empujar a los alemanes y alejarlos de allí. Cuando la 2.ª División canadiense efectuó su conversión de frente, y mar-

chó hacia el sur de Beveland, todavía quedaban cuatro divisiones alemanas en una bolsa al sur del río Mosa y al oeste del pasillo de Nimega. Se trataba de un saliente muy molesto, que el 8 de noviembre fué eliminado por el I y XII Cuerpos de Ejército (1). En el otro flanco del pasillo de Nimega todavía quedaba un enemigo obstinado, en una bolsa centrada en Venlo, al oeste del Mosa. Más al sur, el I Ejército norteamericano rompió la línea Sigfrido, al norte de Aquisgrán, durante la primera semana de octubre. La ciudad fué atacada por tres lados y se rindió el 21 de octubre. En el flanco de aquella unidad el III Ejército estaba a veinte millas al este del Mosela. El VII Ejército y el I Ejército francés se habían unido y estaban progresando hacia los Altos Vosgos y la brecha de Belfort. Los americanos habían agotado casi totalmente sus suministros en sus avances relámpago de septiembre, y les fué necesario hacer una pausa para volver a llenar los depósitos y prepararse para las operaciones en gran escala planeadas para el mes de noviembre.

* * * * *

Las fuerzas aéreas estratégicas desempeñaron un papel muy importante en el avance aliado hacia las fronteras de Francia y Bélgica. En otoño volvieron a cumplir su misión original de bombardear Alemania teniendo como objetivos principales las instalaciones petrolíferas y los sistemas de transporte. La pantalla enemiga de radar y sus sistemas de alerta a distancia habían sido empujados ya hasta más atrás de sus fronteras, y nuestros medios auxiliares de navegación y bombardeo habían avanzado en una proporción equivalente. Nuestro ritmo de bajas descendió mientras aumentaba el peso y la precisión de nuestros ataques. Esta larga y continuada ofensiva había obligado a los alemanes a dispersar sus fábricas. Ahora estaban pagando las consecuencias de esta dispersión, ya que dependían cada vez más de un sistema de comunicaciones y transportes. El carbón que tan urgentemente necesitaban se les acumulaba en

(1) El I Cuerpo era entonces un gran ejemplo de integración aliada. Consistía en 4 Divisiones: una inglesa, una canadiense, una americana y una polaca.

las bocas de las minas por falta de vagones para transportarlo. Todos los días se detenían mil o más trenes de carga por falta de combustible. Las centrales industriales, eléctricas y de gas estaban empezando a cerrar sus puertas. La producción de petróleo y las reservas descendieron mucho afectando, no sólo la movilidad de las tropas, sino también las actividades y hasta la instrucción de sus fuerzas aéreas.

En agosto, Speer había advertido a Hitler que toda la industria química se estaba paralizando por falta de productos procedentes de las destilerías de petróleo sintético y que la situación empeoraba a medida que transcurría el tiempo. En noviembre informó que si seguía disminuyendo el tráfico ferroviario, el resultado sería «una catástrofe de importancia decisiva en la producción». Y en diciembre rindió tributo a nuestros «planes tan inteligentes y trazados con tanta anticipación» (1). Por fin nuestra gran ofensiva de bombardeo estaba empezando a dar sus frutos.

(1) Tadder, *Poderío aéreo en guerra,* págs. 118-119.

Capítulo XIV

PRELUDIO DE UNA VISITA A MOSCU

Progresos de la ofensiva rusa — El Ejército rojo llega al Báltico. — La liberación de Belgrado, 20 de octubre. — Mi deseo de celebrar otra reunión con Stalin. — El futuro de Polonia y de Grecia. — La organización mundial y el punto muerto de Dumbarton Oaks. — Telegramas del general Smuts de los días 20, 26 y 27 de septiembre. — Preparo una visita a Moscú. — Correspondencia con el Presidente. — Stalin me envía una cordial invitación, 30 de septiembre. — Rusia y el Lejano Oriente. — Salgo para Moscú, 5 octubre. — La campaña de Italia.

EN estas páginas únicamente se ha relatado la historia de la inmensa ofensiva rusa del verano de 1944 hasta los últimos días de septiembre, cuando, ayudados por la revuelta rumana, alcanzaron por el valle del Danubio hasta la frontera de Hungría, y se detuvieron allí para consolidar su abastecimiento. Vamos a describir ahora el progreso de esta ofensiva hasta el final de otoño.

Nosotros habíamos seguido con profundo interés y crecientes esperanzas las incidencias de esta terrible campaña. Las guarniciones alemanas de los Estados bálticos habían quedado prácticamente aisladas por los avances rusos mucho más hacia el Sur, y se habían retirado con dificultad. Los primeros ataques contra ellas se produjeron a mediados de septiembre, desde los dos extremos del lago Peipus. Los avances se abrieron rápidamente en abanico, y en tres meses alcanzaron toda la orilla del Báltico desde Riga hacia el norte.

El 24 de septiembre, el frente meridional volvió a hallarse en actividad. Comenzó la ofensiva con un avance al sur del Danubio, que penetró en territorio yugoeslavo. Los rusos estaban apoyados en su flanco izquierdo por el Ejército búlgaro, que había cambiado de bando de buena gana. Los dos ejércitos juntos establecieron contacto con las fuerzas irregulares de Tito y ayudaron a hostigar a los alemanes que estaban retirándose hábilmente de Grecia. A pesar de los evidentes peligros que amenazaban a Polonia, Hitler concedió gran importancia a la campaña de Hungría y la sostuvo obstinadamente. El principal ataque ruso, apoyado por el ejército rumano, comenzó el 6 de octubre, y fué lanzado contra Budapest desde el sudeste, realizándose un avance secundario desde los Cárpatos, situados al norte. Belgrado, rebasado por las dos orillas del Danubio, fué liberado el 20 de octubre y aniquilada su guarnición alemana.

* * * * *

El acuerdo a que habíamos llegado el Presidente y yo durante el verano para dividir nuestras responsabilidades, encargándonos de los distintos países afectados por los movimientos de nuestros ejércitos, nos habían atado durante los tres meses que se concedieron para este acuerdo. Pero, a medida que se acercaba el otoño, todo se hizo más intenso en la Europa oriental. Yo sentí la necesidad de celebrar otra entrevista personal con Stalin, a quien no había visto desde Teherán, y con quien, a pesar de la tragedia de Varsovia, creía que me unían nuevos lazos desde el éxito logrado con «Overlord». Los ejércitos rusos presionaban entonces enérgicamente sobre los territorios balcánicos, y Rumania y Bulgaria estaban en su poder. Como la victoria de la Gran Alianza ya sólo era cuestión de tiempo, las ambiciones rusas fueron aumentando. El comunismo levantaba la cabeza detrás del tonante frente de batalla rojo. Rusia era el Liberador, y el comunismo el evangelio que traía consigo.

Yo no había creído nunca que nuestras pasadas relaciones con Rumania y Bulgaria exigieran ningún sacrificio por nuestra parte. Pero la suerte de Polonia y Grecia nos afectaba profundamente. Por Polonia habíase entrado en la guerra y por Grecia habíamos hecho dolorosos esfuerzos. Sus Gobiernos se habían refugiado en Londres y nosotros nos considerábamos responsables de su restauración a su propio país, si esto era lo que sus pueblos verdaderamente deseaban. En general, los Estados Unidos compartían estos sentimientos, pero tardaban mucho en darse cuenta del renacimiento de la influencia comunista, que se iba infiltrando en la vanguardia y en la retaguardia del avance de los poderosos ejércitos dirigidos desde el Kremlin.

Confiaba en poder aprovecharme del mejoramiento de las relaciones con los soviets para llegar a una solución satisfactoria en los nuevos problemas que se planteaban entre el Este y el Oeste.

Además de estos graves asuntos que afectaban a toda la Europa central, la cuestión de una organización mundial estaba presente en los pensamientos de todos. En Dumbarton Oaks, cerca de Washing-

ton, se había celebrado una extensa conferencia, entre los meses de agosto y octubre, en la que los Estados Unidos, la Gran Bretaña, la U. R. S. S. y China habían elaborado el plan que ahora es de todos conocido, para mantener la paz mundial. Propusieron que todos los Estados amantes de la paz se unieran a esta nueva organización llamada «Naciones Unidas». Consistiría en una Asamblea General y un Consejo de Seguridad. La Asamblea estudiaría y consideraría el medio de promover y conservar la paz mundial y recomendaría al Consejo de Seguridad las medidas que habrían de tomarse. Cada Estado pertenecería a la Asamblea y tendría un voto, pero la Asamblea sólo podría recomendar y aprobar declaraciones. No podría ejercer una acción ejecutiva. El Consejo de Seguridad investigaría cualquier discusión que surgiera entre las Naciones Unidas. Pondría fin a las mismas por la fuerza si no podía hacerlo por medios pacíficos. Esto era distinto de la Liga de las Naciones. Según el nuevo proyecto, la Asamblea podría estudiar y recomendar y solamente el Consejo podría actuar. A discreción del Consejo quedaba, por tanto, el actuar basándose en las definiciones de «agresión» y en las normas que regirían sobre las ocasiones en que se podría utilizar la fuerza y en que se podría aplicar sanciones.

Se había estudiado quiénes habían de pertenecer al Consejo de Seguridad y el uso que habrían de hacer de la gran autoridad de que quedarían revestidos. Habíamos llegado a la conclusión de que los «Tres Grandes» y China serían miembros permanentes, y de que Francia ingresaría en el momento oportuno. Además, la Asamblea eligiría a otros seis Estados que serían miembros del Consejo durante dos años, cambiándose después. Quedaba pendiente la cuestión de votación. Cada miembro de la Asamblea tendría derecho a un voto, pero sólo podría deliberar y hacer recomendaciones, y esto tenía poca importancia. Había sido mucho más difícil llegar a un acuerdo para fijar el método de votación en el Consejo de Seguridad. Las discusiones celebradas sacaron a la luz muchas divergencias de opinión entre los tres grandes aliados, que irán apareciendo al avanzar este relato.

El Kremlin no tenía intención de unirse a un organismo internacional en el que se hallara en inferioridad de votos ante una agru-

pación de pequeñas potencias, que, aunque no podrían influir en el curso de la guerra, en cambio podrían reclamar una situación de igualdad en la victoria. Yo tenía la certeza de que solamente podríamos alcanzar una decisión con Rusia mientras nos uniera el lazo de un enemigo común. Hitler y el hitlerismo estaban condenados a desaparecer.

Pero, después de Hitler... ¿qué?

* * * * *

Las meditaciones del general Smuts, allá, en su granja del *veldt*, se encaminaron en la misma dirección. Durante la Conferencia me había telegrafiado como sigue:

El mariscal de campo Smuts al Primer Ministro. 20-IX-44.

Me preocupa hondamente la crisis que surge del punto muerto a que se ha llegado con Rusia en la Organización Mundial, crisis que se produce además en un momento muy poco oportuno, antes de terminar la guerra. En este, como en otros casos, temo que estemos siendo arrastrados, a una velocidad excesiva, a tomar graves decisiones. La telecomunicación, la aviación internacional, etc., nos dicen lo mismo. Como las consecuencias de este *impasse* pueden ser especialmente calamitosas aquí, sirva esto de excusa por enviarle esta nota de advertencia.

La actitud soviética me pareció primero absurda, y su propuesta algo que no debería ser admitido por las Grandes Potencias, y que probablemente también rechazarían las pequeñas. Pero, pensándolo bien, me he inclinado después en dirección opuesta. Parto del principio de que Molotov es sincero al exponer la actitud soviética y que ésta es correctamente interpretada por Cadogan y Clark Kerr cuando dicen que está en juego el honor y la posición de Rusia entre sus aliados. Rusia quiere saber si ahora se confía en ella y se la trata como a una igual o si se la considera un paria y un proscrito. Un malentendido significa en esto más que una mera diferencia. El tocar el *amour propre* ruso y producirle un complejo de inferioridad, podría envenenar las relaciones europeas con resultados imprevisibles. Consciente de su poder, Rusia puede mostrarse más codiciosa que nunca. La falta de voluntad, por su parte, de hallar una solución, demuestra su reacción y su sensación de fuerza. ¿Cuáles serán sus relaciones futuras con países tales como Alemania y Japón, e incluso Francia, por no mencionar los demás países

más pequeños? Si formáramos una Organización Mundial que excluyera a Rusia, ésta se convertiría en el centro de otro grupo y entonces nos veríamos abocados a una tercera guerra mundial. Si las Naciones Unidas no forman una organización de este tipo, aparecerán ante la Historia como muñecos. Esto crea un dilema muy grave, y a toda costa debemos evitar que surja la situación a que quizá nos estemos acercando.

Teniendo en cuenta estos peligros, las pequeñas potencias deben estar dispuestas a hacer concesiones al *amour propre* ruso, y en este punto no deben exigir una igualdad teórica de situación. Si hacen esta demanda, ello podría acarrear para las pequeñas potencias resultados devastadores. Sería un paso muy inteligente, tratándose de asuntos en que se juega el poder y la seguridad, plantear cuestiones teóricas sobre igualdad soberana, y los Estados Unidos de América y el Reino Unido han de utilizar su influencia para favorecer antes el sentido común y la seguridad, que la situación de los pequeños países.

Si consideramos sus ventajas, el principio de unanimidad entre las grandes potencias tiene muchos puntos a su favor, por lo menos durante los años que sigan inmediatamente a esta guerra. Si en la práctica resulta que este principio no puede llevarse a cabo, podría revisarse la situación cuando se haya creado una mutua confianza y se hayan establecido bases más prácticas. Hay que evitar a toda costa un choque en el momento actual. En el caso de que se adopte una unanimidad para las potencias, aun incluyendo su voto en cuestiones que afecten directamente a sus intereses, será necesario que los Estados Unidos y el Reino Unido ejerzan toda su influencia para que Rusia actúe moderada y sensatamente a fin de no volcar en contra a toda la opinión mundial. Y en esto es probable que tengan éxito. Si Rusia se mostraba intransigente, podría ser necesario que la Organización actuara, pero en este caso la culpa recaería sobre ella. El principio de unanimidad tendría, en el peor de los casos, solamente efecto de veto, de una acción de freno, cuando fuera prudente o incluso necesario. Su efecto será negativo. Retardará la acción, pero también impedirá que Rusia se lance a cometer actos no aprobados por los Estados Unidos o el Reino Unido.

Es posible que no sea mala cosa contar con un freno como la unanimidad, cuando alguien está embriagado por fuerza recién adquirida. No le defiendo, me desagrada; pero no lo considero por ahora un instrumento tan malo como para que en un momento como éste sacrifiquemos la paz y la seguridad del mundo.

Hasta ahora, las conversaciones se han desarrollado en un plano de información oficial, aunque haya habido alguna intervención desde un plano superior. Antes de que se tomen decisiones definitivas en el plano más elevado, creo que debe repasarse muy cuidadosamente toda la situación y estudiar las consecuencias remotas que pueda traer, y que las

grandes potencias deben buscar algún *modus vivendi*, aunque sea sólo de carácter temporal, que impida que se produzca una catástrofe de primera magnitud. Cuando tantas cosas están en juego para el futuro, tenemos forzosamente que ponernos de acuerdo y no podemos permitirnos el lujo de diferir de opinión.

Más tarde, me envió otros mensajes.

El mariscal de campo Smuts al Primer Ministro. 26-IX-44.

Espero que los resultados de su ardua labor en el Canadá justifiquen sus esfuerzos... Mi calurosa enhorabuena por su feliz regreso y el de mistress Churchill.

Aunque la campaña de Italia ha avanzado mucho más lentamente de lo que se había supuesto y la proximidad de la época de las lluvias puede derrumbar las esperanzas que tiene usted puestas en esa zona, Alexander podría continuar presionando y mantener nuestro prestigio en la zona de los Balcanes. A pesar de la ayuda que Tito ha obtenido de nosotros, no se ha comportado lealmente. Temo que sufran nuestros intereses con su supremacía en Yugoeslavia.

Lo que está pasando en Grecia parece aún peor. Allí el E. A. M. está obteniendo el control, desgraciadamente, en gran parte con nuestra ayuda. Espero que esto todavía pueda ser evitado, tanto por nuestros grandes intereses en el Mediterráneo como en beneficio del sufrido pueblo griego, y que nuestros leales amigos los griegos se vean reconfortados por una acción positiva de nuestra parte. Papandreu está cayendo rápidamente bajo la influencia de los elementos del E. A. M., que, sin duda, confían en un apoyo soviético. Espero que encuentre usted tiempo para estudiar con el rey de Grecia las medidas más convenientes para salvaguardar nuestros intereses vitales y los griegos. La futura situación del Mediterráneo está evolucionando rápidamente y tomando una forma que no nos es nada favorable.

No me guía un espíritu de hostilidad hacia Rusia al decir esto. Nuestras mejores esperanzas para el próximo futuro están en una íntima cooperación entre los tres Grandes, y el consejo que di en el *impasse* de Dumbarton Oaks así lo demuestra. Pero cuanto más pueda afirmarse Rusia ahora en la silla, más galopará en el porvenir y más precaria será nuestra situación. Nuestra posición en el Mediterráneo y en la Europa occidental ha de ser reforzada y no debilitada. En ninguna de estas zonas podremos tener el apoyo de Rusia, ni siquiera el de la Francia de De Gaulle. Partiendo de esta base, las disposiciones que se adopten respecto a Alemania en el futuro, tienen para nosotros una importancia que podría ser mucho mayor y muy distinta de lo que

parece actualmente. La eliminación de Alemania en esta guerra creará para nosotros una nueva situación en Europa y en el mundo. Esto exige un profundo estudio de toda nuestra política exterior en el porvenir. Aunque es necesaria una organización mundial, es igualmente necesario que nuestro Commonwealth y el Imperio surjan de esta prueba con todo el poderío y la influencia que sea posible, de modo que seamos iguales, en todos los aspectos, a los otros dos Grandes.

Desde este punto de vista, también tengo que lamentar la creciente tendencia a deshacer el pacto inter-partidista que tan magníficos éxitos ha logrado duraute la guerra. Espero que la gran influencia de usted impida que esto se realice prematuramente, antes de que se haya logrado una nueva situación para Europa. Todavía no se ha llegado al final, de manera que le ruego cuide su salud.

El mariscal de campo Smuts al Primer Ministro. 27-IX-44.

Muchas gracias por sus cuatro mensajes, que he recibido después de haberle enviado yo el mío a su regreso. En los dos primeros plantea usted el *impasse* de Dumbarton Oaks. Tomo nota de su opinión y de la propuesta de una reunión posterior, que desde muchos puntos de vista me parecen admirables. En cuanto a los planes de guerra en Europa y Asia que expone usted en su tercer mensaje, me complacen las disposiciones que ha tomado para la campaña de Italia y de los Balcanes. Como parece que el enemigo se está retirando en Grecia, sería conveniente que nosotros apareciéramos allí en seguida para impedir que Grecia caiga bajo la bota del E. A. M. y nos acuse de haberla abandonado. Ya hice mención de este asunto en mi mensaje anterior, refiriéndome a él como a un problema que afectaba particularmente al Imperio británico.

Respecto a la guerra del Pacífico, es de temer que una vez que se haya ganado la guerra contra Alemania se calme la fiebre bélica en los Estados Unidos y que éstos transfieran todo su ardor al comercio y a la industria. Por esta razón deben agradecerle su plena participación. También me alegra saber que Mountbatten, que ha tenido que roer un hueso muy duro, cuente por fin con una oportunidad en Birmania y en Malaya. Tal como se están desarrollando ahora los acontecimientos en China, es posible que el Japón, a medida que se vea expulsado de las islas que ocupa, se vaya atrincherando en territorio chino, del que no resultará fácil expulsarlo. Allí Stalin será muy útil. Si él no participa, la guerra contra el Japón puede durar más de lo que actualmente se cree.

La división de zonas en Alemania, entre el Reino Unido y los Es-

tados Unidos, parece justa. El destino de Prusia, al ser ocupada por los rusos, será probablemente convertirse en una provincia o protectorado soviético bolchevizado. En esto ha quedado convertido el sueño de Hitler. Sin embargo, nos demuestra que el problema europeo de Alemania, que tiene más de dos mil años de existencia, continúa siendo tan grande como lo ha sido siempre.

* * * * *

La conferencia de Dumbarton Oaks terminó sin que se hubiera llegado a un acuerdo, pero yo sentía una aguda necesidad de entrevistarme con Stalin, al que siempre había considerado como persona con quien se podía tratar sensatamente, de hombre a hombre.

El Primer Ministro al jefe del Estado Mayor del aire. (Personal y reservado). 27-IX-44.

Es posible que sea necesario que yo vaya a Moscú con Mr. Eden. Sería conveniente poder contar con el nuevo aparato que se nos prometió para el 15 de octubre, pero es posible que necesitemos salir para allí antes de esa fecha. Supongo que en un aparato nuevo podríamos volar desde aquí a El Cairo de una vez, y que en un «York» tendríamos que hacer una etapa para repostar, que podría ser en Nápoles o en Malta. Desde El Cairo habría que vigilar cuidadosamente las condiciones meteorológicas. Con tiempo despejado, el Presidente pudo pasar por encima de las montañas a una altura de cinco a seis mil pies. Yo puedo, con toda seguridad, soportar, durante un breve período de tiempo, una altura de ocho a diez mil. Cuando fuimos allá, en agosto de 1942, ¿a qué altura voló el «Comando» por encima de las montañas del Cáucaso? Tengo idea de que volamos a unos once mil pies, durante muy poco tiempo. Creo que todo el paso de la cordillera duró menos de tres horas. Una vez que ésta queda atrás, el vuelo sobre el Caspio y las llanuras rusas puede hacerse muy bien volando bajo. No hará falta efectuar el rodeo que hicimos en el viaje anterior. Lo que es indispensable es esperar en El Cairo o en Teherán hasta que el tiempo esté absolutamente despejado.

Le ruego me haga un informe y un detallado plan de viaje.

Aquel mismo día telegrafié a Stalin:

Me alegró saber por el embajador Clark Kerr el elogio hecho por usted de las operaciones británicas y americanas en Francia. Apreciamos en todo su valor estos elogios hechos por boca del jefe de los heroicos ejércitos rusos. Mañana repetiré en la Cámara de los Comunes lo que he dicho antes, es decir, que ha sido el Ejército ruso el que ha desgarrado las entrañas de la maquinaria militar alemana y el que actualmente está luchando en sus frentes con la porción más importante del enemigo.

2. Acabo de celebrar nuevas conversaciones con el Presidente y puedo asegurarle que estamos firmemente convencidos de que las esperanzas del mundo están puestas en un acuerdo entre nuestras tres naciones, Gran Bretaña, Estados Unidos de América y la U. R. S. S. Lamento que últimamente no se haya sentido usted muy bien y que a sus médicos no les guste que haga largos viajes en avión. El Presidente tiene la idea de que La Haya sería un buen punto para nuestra reunión [illegible] davía no lo sabemos, pero es posible que, incluso antes de las Navic el curso de la guerra haya cambiado tanto el panorama a lo largo costa báltica, que su viaje no sería ni difícil ni fatigoso. Pero nos mucha lucha por delante antes de que podamos hacer planes de e tipo.

3. *Muy reservado.* El Presidente se propone visitar Inglaterra, Francia y los Países Bajos inmediatamente después de las elecciones, tanto si las gana como si las pierde. Mis informes me inclinan a creer que las ganará.

4. Deseo de todo corazón, y sé que también lo desea el Presidente, que la Rusia soviética intervenga en la guerra contra el Japón cuando el ejército alemán sea vencido y destruído, tal como usted lo prometió en Teherán. La apertura de un frente militar ruso contra el Japón, obligaría a éste a quemarse y a desangrarse, especialmente en el aire, de un modo tal que se aceleraría su derrota. Por todo lo que he sabido de la situación interna del Japón y de la desesperanza que pesa sobre su pueblo, creo posible que, una vez que los nazis queden destrozados, resulte decisivo un llamamiento triple hecho al Japón por los Tres Grandes. Naturalmente, estos planes debemos hacerlos juntos. Con gusto iré a Moscú en octubre si mis asuntos me permiten marcharme de aquí. En caso de que yo no pudiera ir, Eden ocuparía mi lugar. Mientras tanto, les envío a usted y a Molotov mis mejores saludos.

* * * * *

Los argumentos de Smuts impresionaron a Roosevelt.

El presidente Roosevelt al Primer Ministro. 28-IX-44.

He leído con gran interés el telegrama del 20 de septiembre del mariscal de campo Smuts, y creo que estamos todos de acuerdo con él respecto a la necesidad de que la U. R. S. S. quede admitida totalmente, en un plano de igualdad, en cualquier asociación de las grandes potencias que se forme con objeto de evitar las guerras internacionales.

Debería ser posible lograr esto ajustando nuestras diferencias mediante un compromiso entre todas las partes afectadas que consolide la situación durante unos años, hasta que el niño haya aprendido a andar.

El «niño», en este caso, era la Organización Mundial. Yo le contesté:

El Primer Ministro al presidente Roosevelt. 29-IX-44.

...En una conversación celebrada la otra noche con Clark Kerr y con Harriman, Tío Joe se mostró muy expansivo y amistoso. Sin embargo, «refunfuñó quejándose de su salud». Dijo que únicamente se encontraba bien en Moscú, y que hasta las visitas al frente le perjudicaban. Añadió que sus médicos se oponían a que volara, y que necesitó dos semanas para recuperarse después de Teherán, etc.

En estas circunstancias, Anthony y yo estamos pensando seriamente en trasladarnos allí muy pronto por avión. La ruta es ahora más corta. Stalin no ha contestado todavía a nuestra propuesta.

Los dos grandes objetivos que llevamos son, primeramente, lograr que entre en guerra con el Japón, y segundo, tratar de llegar a un acuerdo amistoso con Polonia. También hay otros puntos relativos a Yugoeslavia y Grecia que querríamos discutir. Le mantendremos informado sobre cada uno de ellos. Claro está que el apoyo de Averell sería bien recibido, o tal vez podría usted enviar a Stettinius o a Marshall. Creo que cierto contacto personal es indispensable.

Para mí está bastante claro que Alemania no va a ser derrotada este año. He visto un telegrama según el cual Omar Bradley ya estaba pensando en una posible operación a través del Rin para mediados de noviembre, y he observado otras señales de que la resistencia alemana se hace más fuerte.

Fuera de texto: He leído su discurso con mucho gusto, y, encantado, compruebo que su salud es vigorosa.

Mis mejores saludos.

Aquel mismo día llegó el siguiente telegrama:

El mariscal Stalin al Primer Ministro. 29-IX-44.

He recibido su mensaje y el de Mr. Roosevelt sobre la conferencia de Quebec, con informes sobre sus futuros planes militares. De su telegrama se deduce claramente las importantes tareas que han de ser resueltas por las fuerzas armadas británicas y americanas. Permítame que le desee a usted y a sus ejércitos toda clase de éxitos.

Actualmente, los ejércitos soviéticos están ocupados en liquidar el grupo de ejércitos alemanes que hay a lo largo del Báltico y que amenazan nuestro flanco derecho. Sin la liquidación de este grupo, no nos será posible penetrar profundamente en la Alemania oriental. Además, nuestros ejércitos tienen dos misiones más inmediatas: eliminar a Hungría de la guerra y sondear la defensa de los alemanes en el frente oriental mediante un ataque de nuestras tropas, y, si encontramos condiciones favorables, vencerla.

Nuestro proyecto de ir a Moscú agradó al Presidente, que el 30 de septiembre me cablegrafió lo siguiente:

Le ruego me comunique, después de haber hablado con Tío Joe, la fecha en que usted y Anthony llegarán a Moscú. Tengo la impresión de que actualmente cualquier duda por nuestra parte acerca de su intención de ayudarnos en el Oriente, heriría la susceptibilidad de Stalin.

A petición de usted ordenaré a Harriman que le preste cualquier ayuda que pueda desear. No me parece factible ni ventajoso para mí que me representen Stettinius o Marshall.

Stalin me envió entonces una cordial invitación.

El mariscal Stalin al Primer Ministro. 30-IX-44.

He recibido su mensaje del 27 de septiembre.

Comparto su convicción de que un acuerdo firme entre las tres principales potencias constituye una verdadera garantía de paz futura y responde a las mejores esperanzas de todos los pueblos amantes de la paz. En mi opinión, la continuación por nuestro Gobierno de esta política durante el período de postguerra, como la hemos seguido durante esta gran guerra, tendrá una influencia decisiva. Naturalmente, estoy deseoso de entrevistarme con usted y con el Presidente, y concedo a la

entrevista una gran importancia desde el punto de vista de los intereses de nuestros asuntos comunes. Pero en lo que a mí concierne, he de hacer una salvedad. Los médicos me aconsejan que no efectúe largos viajes, y durante un cierto período debo tener esto en cuenta.

Encantado, acepto su deseo de venir a Moscú en octubre. Tendremos que estudiar asuntos militares y de otro tipo, que son de gran importancia. Si surge algo que le impida a usted venir a Moscú, naturalmente estaríamos dispuestos a ver a Mr. Eden. Sus informes sobre los planes del Presidente de hacer un viaje a Europa, son de gran interés. También yo estoy seguro de su éxito en las elecciones. Respecto al Japón, nuestra posición sigue siendo la misma que en Teherán.

Yo y Molotov le enviamos nuestros mejores saludos.

Ya con esto, puse el asunto en marcha.

El Primer Ministro a sir A. Clark Kerr (Moscú). I-X-44.

Habrá usted visto el amistoso telegrama del mariscal Stalin del 30 de septiembre. Anthony y yo pensamos salir, si el tiempo lo permite, el sábado por la noche. Ahora el viaje es mucho más corto, ya que podemos evitar el rodeo por el Atlántico y España, así como el de las montañas y Teherán. El viaje no debería durar más de tres días, o quizá sólo dos. El ministro del Aire adoptará las medidas convenientes con Moscú.

2. Creo que sería mejor ir como huéspedes del Gobierno ruso, ya que su elevado sentido de la hospitalidad ayuda a la marcha de los negocios. Por supuesto, daremos fiestas en la Embajada. ¿Quiere usted sondearles sobre este punto?

3. Estoy pensando que Mrs. Churchill podría acompañarme. Ahora tiene allí su Cruz Roja, y al pueblo británico le gustará que esté conmigo para cuidarme. Quisiera saber qué tal encajaría esto en el cuadro general. Naturalmente, ella no pretendería asistir al banquete del Kremlin, que sería sólo para hombres, pero supongo que hay cosas que podría ver, aparte de su Cruz Roja. ¿Sería esto motivo de embarazo para los rusos, ya que no existe una señora Stalin? Le ruego me aconseje con toda libertad sobre este punto.

La respuesta es muy urgente.

El Embajador contestó el día siguiente que él y los rusos estaban encantados de que me hubiera decidido a ir, y de que Anthony viniera conmigo. «El hierro está ya caliente y listo para ser bati-

do. Los rusos esperan que sea usted su invitado. La idea de que le acompañe Mrs. Churchill ha sido calurosamente recibida.»

Sin embargo, mi esposa decidió no ir aquella vez. Pedí a Roosevelt que dijera a Stalin que aprobaba nuestra misión y que Harriman participaría en las conversaciones. Le pregunté qué podía decir respecto a los planes de guerra norteamericanos para el Lejano Oriente.

El Primer Ministro al presidente Roosevelt. 4-X-44.

...Queremos averiguar el tiempo que tardará, después de haberse producido el derrumbamiento alemán, en reunirse un Ejército ruso mayor que el de los japoneses en las fronteras de Manchukuo, y enterarnos, de labios rusos, de los problemas que acarrearía esta campaña. Estos problemas son especiales, ya que las líneas de comunicación son vulnerables en sus últimas etapas.

Desde luego, la mayor parte de nuestras conversaciones girarán en torno a los polacos, pero usted y yo pensamos de modo tan similar sobre este problema, que no me hace falta ninguna indicación especial respecto a sus puntos de vista. Es indudable que surgirá el tema de Dumbarton Oaks, y debo decirle que tenemos la certeza de que la única esperanza es que las Grandes Potencias están ya de acuerdo, es decir, unánimes. Lamento haber tenido que llegar a esta conclusión, que se oponía a mi primer criterio. Le ruego me haga saber cualquier deseo que tenga usted sobre este asunto y que instruya a Averell en este sentido.

El Presidente me aseguró su total aprobación y sus buenos deseos.

El presidente Roosevelt al Primer Ministro. 4-X-44.

Comprendo perfectamente las razones que le impulsan a considerar necesaria una reunión inmediata entre usted y Tío Joe antes de que nos reunamos los tres. Las cuestiones que van ustedes a estudiar allí son, desde luego, de verdadero interés para los Estados Unidos, como sé que usted comprenderá. Por tanto, he dado instrucciones a Harriman para que esté siempre a mano y participe en la reunión como observador mío, si les place a usted y a Tío Joe, y en este sentido he informado a Stalin. Aunque, como es natural, Averell no estará en posición de comprometer a los Estados Unidos (yo nunca permitiría a nadie comprometerme por adelantado), podrá mantenerme detalladamente informado. Le

he indicado que vuelva y me informe en cuanto haya terminado la Conferencia.

Sólo siento no poder acompañarles, pero estoy dispuesto a celebrar una reunión de los tres en cualquier momento, después de que hayan pasado las elecciones. Para esta entrevista, será un útil preludio la suya con Tío Joe, a quien también he informado en este sentido. Como usted, concedo gran importancia a la continuada unidad entre nuestros tres países. Lamento, no obstante, no poder estar de acuerdo con usted en que se plantee en este momento la cuestión de la votación. Este es un asunto que tengo la seguridad de poder resolver entre los tres. Espero que demoren el debate sobre este tema hasta nuestra entrevista. Después de todo, el asunto, tan directamente relacionado con la opinión pública en los Estados Unidos, en la Gran Bretaña y todas las Naciones Unidas, no es de una urgencia inmediata.

He pedido a nuestros delegados militares en Moscú que le presenten un ejemplar de la declaración que nuestros jefes de Estado Mayor conjunto han hecho para Stalin.

Van con usted mis mejores deseos. Estaré esperando con impaciencia noticias sobre el desarrollo de la Conferencia.

El Primer Ministro al presidente Roosevelt. 5-X-44.

Muchas gracias por sus palabras y por sus buenos deseos. Me alegro de que Averell se siente en las principales conferencias, pero estoy seguro de que usted no desea que esto impida la celebración de conversaciones *tête-à-tête* entre yo y Tío Joe o entre Anthony y Molotov, ya que a menudo es en estas condiciones cuando más se adelanta. Puede usted tener la absoluta certeza de que yo le mantendré constantemente informado de todo lo que afecte a nuestros intereses conjuntos, aparte de los informes que le envíe Averell.

2. Deduzco de su penúltimo párrafo que ha enviado usted a su personal de Moscú un informe general sobre sus planes en el Pacífico, que va a ser pasado a Tío Joe y que yo leeré a mi llegada. Esto es muy conveniente.

3. En el caso de que Tío Joe planteara la cuestión de los votos, como es muy probable, le diré que el asunto no corre prisa y que estoy seguro de que lo podremos arreglar cuando estemos los tres juntos.

* * * * *

Se habían fijado, pues, y arreglado ya los puntos principales. Sólo faltaba planear el viaje.

El Primer Ministro al mariscal Stalin. 4-X-44.

Su personal está preocupado por la ruta que me han aconsejado que tome. No me sienta bien rebasar mucho los ocho mil pies de altura, aunque, si es necesario, puedo hacerlo durante una hora aproximadamente. Creemos que es menos arriesgado volar a través del Egeo y del mar Negro. Creo que, en conjunto, esta es la ruta mejor y no ofrece ningún riesgo indebido.

2. Mientras podamos aterrizar con seguridad para repostar, si es necesario, en Simferopol o en cualquier otro campo de operaciones, en la costa que usted prefiera, me daré por satisfecho con los medios disponibles. En mi avión tengo todo lo que deseo. Lo único vital es que podamos enviar por delante un avión para establecer con ustedes una estación de transmisiones conjunta que pueda regular nuestra dirección y aterrizaje. Le ruego dé las órdenes necesarias en este sentido.

3. Espero volver a Moscú en condiciones mucho mejores que las de agosto de 1942.

El mariscal Stalin al Primer Ministro. 5-X-44.

Se ha dispuesto el aterrizaje en el aeródromo de Sarabuz, cerca de Simferopol. Envíe su avión de transmisiones a este aeródromo.

* * * * *

Eden y yo, con Brooke y con Ismay, salimos la noche del 5 en dos aviones. En Nápoles celebramos una conversación, que duró cuatro horas, con los generales Wilson y Alexander, cuyo informe me desalentó. Habían transcurrido cinco semanas desde que abandoné Italia al comienzo de la ofensiva de Alexander en los últimos días de agosto. Será conveniente ahora reanudar la historia de la campaña de Italia hasta su fin en el otoño.

El VIII Ejército había progresado y el futuro se presentaba bien. Había sorprendido a los alemanes, y el 1 de septiembre había perforado la Línea Gótica en un frente de veinte millas . Kesselring, como siempre, se recuperó rápidamente y comenzó a enviar refuerzos desde el sector central. Lograron ocupar a tiempo el

monte Coriano, excepto el camino a Rímini, y durante una semana resistieron todos los ataques. Después lo conquistamos.

El Primer Ministro al general Alexander. 15-IX-44.

Muchas felicitaciones por el asalto del monte Coriano y el paso del Marano. Me doy cuenta de que esto ha sido un gran hecho de armas por parte de las tropas que han intervenido en él. Le ruego les transmita mis felicitaciones. Espero que este éxito proyecte una luz más brillante sobre sus planes inmediatos.

Desde su centro y derecha, Kesselring envió siete divisiones. En San Fortunato tuvo lugar una dura lucha de tres días. Cuando se ocupó, con una hábil combinación de ataques terrestres y aéreos, el enemigo se retiró y Rímini cayó el 20 de septiembre.

Al debilitar su centro, Kesselring dió a Alexander la oportunidad que había esperado para el V Ejército. El enemigo se había retirado de sus posiciones de vanguardia para economizar tropas, y pudimos tomar contacto con la línea principal sin tener que efectuar ataques preliminares. El 13 de septiembre el V Ejército atacó, y dos días más tarde la Octava División india, que iba en vanguardia de nuestro XIII Cuerpo de Ejército, avanzó cruzando unas montañas que no tenían vías de comunicación y cayó, rompiéndola, sobre la Línea Gótica en la carretera a Faenza. El 18, tanto los británicos como el II Cuerpo de Ejército norteamericano que se hallaba a su izquierda, estaban sobre la divisoria de aguas. La Línea Gótica, alcanzada en su extremo oriental por el VIII Ejército, fué perforada al mismo tiempo por el centro.

Aunque a costa de grandes bajas, se había obtenido un gran éxito y el porvenir se presentaba esperanzador. Pero Kesselring recibió nuevos refuerzos y sus divisiones alemanas aumentaron hasta el número de veintiocho en total. Recogiendo dos divisiones más de sectores tranquilos, inició una serie de grandes contraataques, los cuales, añadidos a nuestras dificultades de aprovisionamiento por las carreteras de montaña, lograron frenar el avance del XIII Cuerpo de Ejército en Imola. Como consecuencia, el general Clark alteró el peso principal de su avance, situándolo sobre la carretera de Bolonia, y el II Cuerpo de Ejército norteamericano avanzó el 1 de

octubre con cuatro divisiones. En unos días habían llegado a Loiano. La defensa era decidida, el terreno difícil, y la lluvia, intensa. El clímax llegó entre el 20 y el 24 de octubre, cuando los americanos alcanzaron un punto al sudeste de Bolonia, a sólo cuatro millas de la carretera de Imola. Estuvimos casi a punto de infiltrarnos por la retaguardia del enemigo, frente al VIII Ejército, pero, utilizando las palabras de Alexander, «la línea alemana se sostuvo firme ayudada por las lluvias torrenciales, el viento que soplaba con fuerza de vendaval y el agotamiento del V Ejército».

El mes de octubre fué también para el VIII Ejército un mes de fracaso. El general McCreery se había hecho cargo del mando, por haber sido el general Leese trasladado a un puesto más importante en Asia sudoriental. El 7 de octubre, inició su avance a lo largo del eje de la carretera Rímini-Bolonia con el V Cuerpo de Ejército británico, al que se unieron, más tarde, los canadienses, mientras el X Cuerpo operaba en las montañas que se alzaban al sur. El tiempo era horrible. Intensas lluvias habían hecho crecer los ríos y los canales de riego, y las tierras de labor saneadas se convirtieron en las marismas que habían sido. Fuera de las carreteras, a menudo era imposible todo movimiento.

Las tropas avanzaban penosamente y con las mayores dificultades hacia Bolonia.

A pesar de todo, el 19 de octubre se llegó a Cesena, y el Cuerpo de Ejército polaco, que había reemplazado al X Cuerpo en el flanco meridional, avanzó fatigosamente hacia la carretera Forli-Florencia, muy importante porque ofrecía una comunicación lateral más corta con el ejército de Mark Clark. Como hemos visto, este ejército se estaba acercando mucho a Bolonia. En esta situación crítica el jefe alemán tomó la atrevida decisión de trasladar tres buenas divisiones desde su frente oriental hasta su frente central. No cabe duda de que esto salvó la situación en el centro de su línea. El VIII Ejército también sufrió bajas. La IV División india y la Brigada griega tuvieron que ser separadas de aquel Ejército para resolver la crisis de Grecia, cuya historia cae dentro de otro capítulo.

* * * * *

Desde Moscú, informé el 10 de octubre al Presidente acerca de los acontecimientos en Italia, y añadí:

Me parece que la presión en el saliente holandés se está haciendo muy grande, y nuestros avances son lentos y costosos. En estas circunstancias, hemos tenido, sintiéndolo mucho, que recomendar que «Drácula» [el ataque anfibio a Rangún] sea aplazada de marzo a noviembre y dejar en Francia la 3.ª División británica, así como enviar a Holanda la 52.ª División, que es una de las mejores, compuesta de unos veintidós mil combatientes, y la 6.ª División aerotransportada. Eisenhower cuenta con ellas para las futuras operaciones en el Rin, y, naturalmente, hacerlo así es la forma más rápida de llevar tropas adicionales a Francia.

3. ¿No podría usted desviar dos, o, mejor aún, tres divisiones americanas hacia el frente italiano, que podrían unirse al V Ejército de Mark Clark y añadir así la fuerza necesaria a Alexander? Tendrían que estar allí dentro de tres o cuatro semanas, y creo que el hecho de que nosotros estemos enviando a Eisenhower estas dos divisiones extra, me pone en situación de poder rogarle que estudie generosamente mi demanda.

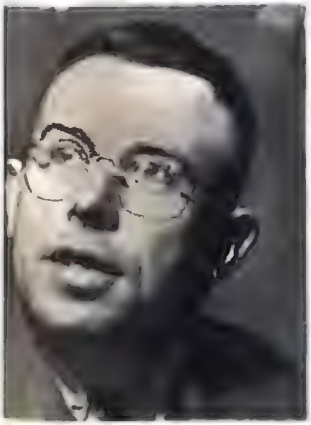
4. Con respecto a Istria, Trieste, etc, el general Wilson está enviando su plan a los jefes del Estado Mayor conjunto. Este plan estará de acuerdo con el objetivo de la estrategia general, es decir, la expulsión o destrucción del ejército de Kesselring en Italia.

Roosevelt contestó unos días más tarde:

El presidente Roosevelt al Primer Ministro (Moscú). 16-X-44.

Le agradezco su informe sobre la campaña italiana, en la que, hasta el momento, nuestro esfuerzo combinado nos ha costado casi doscientas mil bajas, de las cuales noventa mil son americanas. Mis jefes de Estado Mayor admiten el cálculo de Wilson de que no podemos esperar destruir el ejército de Kesselring este invierno, y de que el terreno y las condiciones invernales que reinan en el valle del Po nos impedirán efectuar este año un avance decisivo. Creen, además, que los alemanes están en situación de poder transferir cinco o seis divisiones de Italia al frente occidental en el momento en que consideren que esta acción les conviene más que emplear las divisiones en contener a nuestras fuerzas al sur del Po. El envío de divisiones adicionales norteamericanas no afectará a la campaña de Italia este año. Todos nos encontramos ahora ante una escasez de hombres que no habíamos previsto, y por encima de los demás problemas militares está la necesidad de suministrar tropas

Los precursores del desarrollo de la bomba atómica (de izquierda a derecha): Max Planck, Lord Ernest Rutherford, Niels Bohr, Irène y Fréderic Joliot-Curie, Otto Hahm, Ernest Orlando Lawrence, J. Robert Oppenheimer y Edward Teller.



Comandantes en jefe aliados en el Oeste (de izquierda a derecha): general Eisenhower, general Lord Alan Brooke, general Omar N. Bradley, general W. Bedell Smith y mariscal de campo Lord Montgomery.

frescas a Eisenhower para ayudarle en sus operaciones, que trata de reemprender contra Alemania, y poner fin a la guerra europea. Entretanto, no cabe duda de que las divisiones de Italia se están cansando, por llevar luchando en la batalla actual desde el 25 de agosto. Eisenhower va a dar la batalla decisiva en Alemania con divisiones que han estado en continuo combate desde que desembarcaron en las playas de Normandía a primeros de junio. Es urgente la necesidad de crear divisiones adicionales para el largo frente que va desde Suiza al mar del Norte. Más urgente aún es la necesidad de contar con tropas frescas para permitir a Eisenhower dar algún descanso a sus soldados de primera línea, que han estado en la punta de lanza de la batalla desde los primeros días de Normandía. Sobre la base de los informes del general Marshall acerca de la situación actual, hemos tomado la drástica medida de enviar los regimientos de Infantería de las divisiones por delante de las otras unidades, con objeto de que el general Eisenhower pueda proceder al relevo de algunos de nuestros agotados soldados de primera línea.

La diversión de cualquier fuerza a Italia privaría a Francia de estas tropas frescas que tan vitales son, ocupándolas en una indecisa campaña de invierno en el norte de Italia. Me doy cuenta de la dura y difícil tarea con que nuestros ejércitos de Italia han tenido y tendrán que enfrentarse, pero no podemos retirar fuerzas que hacen falta en la batalla de Alemania.

Basándome también en los informes del general Marshall sobre los problemas con que ahora tropieza el general Eisenhower, estoy seguro de que ambos están de acuerdo conmigo en que no se deben desviar divisiones de su rumbo a Francia.

El resto de la historia es muy breve. A pesar de que se habían desvanecido las esperanzas de una victoria decisiva, seguía siendo la primera obligación de los ejércitos de Italia mantener la presión e impedir que el enemigo enviara ayuda a los apurados ejércitos alemanes en el Rin. De este modo el VIII Ejército luchó, avanzando, siempre que se presentaba un período de buen tiempo, ocupando Forli el 9 de noviembre, y poco después limpiando toda la carretera de Florencia. Más tarde ya no fué posible ninguna gran ofensiva. Cuando se presentaba una oportunidad se hacían pequeños avances, pero hasta la primavera los ejércitos no se vieron recompensados con la victoria que tanto se habían merecido y que habían estado a punto de obtener en otoño.

Capítulo XV

OCTUBRE EN MOSCU

Llego a Moscú, 9 de octubre. — Nuestra primera reunión en el Kremlin. — Media hoja de papel. — Mi telegrama al Presidente, 11 de octubre. — Stalin cena en la Embajada inglesa. — Envío la noticia a Harry Hopkins. — El lío de los Balcanes. — Mi nota del 10 de octubre relativa a la Europa oriental. — Informe al Gabinete, 12 de octubre. — Rusia y Rumania. — Gran Bretaña y Grecia. — Reunión con los polacos, 13 de octubre. — Representación en el Teatro Bolshoi, 14 de octubre. — Planes rusos para la guerra contra el Japón. — La segunda reunión militar en el Kremlin, 15 de octubre. — La línea Curzon. — «El Día de todos los Polacos». — El telegrama al Rey, 16 de octubre.—Y al Presidente, 22 de octubre.—El futuro de Alemania. — Contacto más íntimo que nunca con los soviets.

ATERRIZAMOS en Moscú el 9 de octubre, por la tarde, y fuimos recibidos calurosamente y con gran ceremonial por Molotov y gran número de altas personalidades rusas. Esta vez se nos alojó en el mismo Moscú, con toda clase de comodidades. A mí se me asignó una casa pequeña perfectamente acondicionada, y a Anthony otra contigua a la mía. Con gusto cenamos solos y disfrutamos de un descanso.

Aquella misma noche, a las diez, celebramos nuestra primera reunión importante en el Kremlin, a la que únicamente asistimos Stalin, Molotov, Eden y yo, actuando como intérpretes el comandante Birse y Pavlov. Se acordó invitar inmediatamente a Moscú al Primer Ministro polaco, al ministro de Asuntos Exteriores, M. Romer, y a M. Grabski, académico de cabello gris y avanzada edad, y hombre de mucha valía y de un gran encanto personal. Por lo tanto, telegrafié a Mikolajczyk que le esperábamos a él y a sus amigos para celebrar unas conversaciones con el Gobierno soviético y con nosotros, así como con el Comité Polaco de Lublin. Le expuse claramente que una negativa a acudir sería considerada por nosotros como una negativa definitiva a seguir nuestros consejos, lo que nos eximiría de toda responsabilidad hacia el Gobierno polaco de Londres.

El momento era oportuno para hablar de negocios, por lo que dije: «Arreglemos los asuntos de los Balcanes. Los ejércitos de ustedes se hallan en Rumania y Bulgaria. Nosotros tenemos allí intereses, misiones y representantes. No caigamos en el juego de los despropósitos y no nos perdamos en detalles. En lo que a Gran Bretaña y Rusia se refiere, ¿qué les parecería si ustedes tuvieran el noventa por ciento de predominio en Rumania, nosotros

el noventa por ciento de predominio en Grecia y cada uno de nosotros el cincuenta por ciento en Yugoeslavia?». Mientras los intérpretes traducían estas palabras, escribí en media hoja de papel:

Rumania:
Rusia... ... ... 90 %
Los demás... ... ... 10 %

Grecia:
Gran Bretaña... ... ... 90 %
(de acuerdo con los Estados Unidos)
Rusia... ... ... 10 %

Yugoeslavia... ... ... 50-50 %

Hungría... ... ... 50-50 %

Bulgaria:
Rusia... ... ... 75 %
Los demás... ... ... 25 %

Pasé el papel a Stalin, que entre tanto había oído la traducción de mis palabras, y se hizo una breve pausa. Después Stalin cogió un lápiz azul, trazó un gran signo de aprobación sobre las cifras y volvió a pasarnos el papel. Todo había quedado arreglado en menos tiempo del necesario para contarlo.

Naturalmente, nosotros habíamos estudiado la cuestión a fondo y desde hacía mucho tiempo. No se trataba más que de un arreglo inmediato de post-guerra. Todos los puntos de importancia quedaban reservados por ambas partes para lo que entonces esperábamos que sería una conferencia de la paz cuando se ganara la guerra.

Después de aquello hubo un largo silencio. El papel rayado con lápiz azul estaba en el centro de la mesa. Por fin pregunté: «¿No podría alguien considerar algo cínico que hayamos decidido este asunto, tan importante para millones de seres, de un modo tan sencillo? Quememos el papel.» «No, guárdelo usted», dijo Stalin.

Saqué también a relucir la cuestión de Alemania y se acordó

que la estudiaran nuestros dos ministros de Asuntos Exteriores, con Mr. Harriman. Asimismo dije a Stalin que, durante el curso de nuestras conversaciones futuras, los americanos le expondrían sus planes de operaciones en el Pacífico para 1945.

* * * * *

Los dos juntos enviamos a Roosevelt un mensaje acerca de uestra primera conversación:

10-X-44.

Hemos acordado no mencionar los puntos de Dumbarton Oaks en nuestras conversaciones, para que sean estudiados cuando podamos reunirnos los tres. Tenemos que considerar el mejor medio de llegar a un acuerdo político en lo que respecta a los países balcánicos, incluyendo a Hungría y Turquía. Hemos decidido que Mr. Harriman asista como observador a todas las reuniones en que se traten cuestiones de importancia, y que el general Deane se halle presente siempre que se planteen asuntos de carácter militar. Hemos acordado que haya un contacto técnico entre nuestros oficiales de alta graduación y el general Dean en cuestiones militares y que se celebren todas las reuniones que sean necesarias más adelante, en nuestra presencia y en la de los dos ministros de Asuntos Exteriores, así como en la de Mr. Harriman. Le tendremos constantemente informado del progreso que hagamos.

Aprovechamos esta ocasión para enviarle nuestros mejores saludos y nuestra enhorabuena por los triunfos de las fuerzas norteamericanas, así como por la forma como conduce la guerra en el Oeste el general Eisenhower.

Después, por mi parte, informé particularmente al Presidente en los siguientes términos:

11-X-44.

Hemos encontrado aquí un ambiente de extraordinaria buena voluntad y le hemos enviado a usted un mensaje conjunto. Puede tener la seguridad de que trataremos todos los asuntos sin comprometerle a usted. Creo que las disposiciones que hemos tomado respecto a Averell son satisfactorias para él y no excluyen los necesarios contactos íntimos que habrán de efectuarse para que logren efectividad. De todos ellos le enviaré un fiel informe.

2. Es absolutamente necesario que intentemos establecer una política común respecto a los Balcanes a fin de evitar el estallido de una guerra civil en varios países, en cuyo caso usted y yo estaríamos probablemente de una parte y Tío Joe de la otra. Le mantendré informado de todo esto y sólo se decidirán acuerdos preliminares entre Gran Bretaña y Rusia, siempre sujetos a más conversaciones y acuerdos con usted. Sobre esta base, estoy seguro de que no tendrá usted inconveniente en que celebremos un intercambio total de ideas con los rusos.

3. Todavía no he recibido su informe sobre la parte de las operaciones del Pacífico que podemos explicar a Stalin y a sus asesores militares. Me gustaría recibirlo porque, de otro modo, es posible que cuando hable con él vaya más allá de lo que usted quisiera. Mientras tanto, tendré mucho cuidado. No hemos tocado el tema de Dumbarton Oaks, excepto para decir que por deseo de usted no lo abordaremos en las actuales conversaciones. No obstante, en el almuerzo de hoy, Stalin ha elogiado la reunión y ha ensalzado los grandes progresos que se habían hecho con vistas a un acuerdo.

En el mismo discurso habló también del Japón con animosidad, calificándolo de nación agresora. Después de nuestras conversaciones, no me cabe duda de que le declarará la guerra en cuanto sea derrotada Alemania. Pero, naturalmente, Averell y Deane deben estar en situación, no sólo de pedirle que haga ciertas cosas, sino también de decirle, al menos de un modo general, lo que ustedes van a hacer y lo que nosotros vamos a ayudarles a hacer.

* * * * *

El 11 de octubre, por la noche, Stalin asistió a la cena ofrecida en la Embajada británica. Aquella fué la primera vez que el embajador británico consiguió tal cosa. La policía tomó todo género de precauciones.

Hasta las primeras horas de la madrugada estuvimos pasando revista con carácter no oficial a todos los temas de discusión. Entre otras cosas, hablamos de las elecciones generales que habían de celebrarse en Inglaterra una vez terminada la guerra. Stalin me dijo que no tenía ninguna duda sobre el resultado: ganarían los conservadores. Decididamente, es más difícil comprender la política de los otros países que la del propio.

* * * * *

También telegrafié a Harry Hopkins sobre varios asuntos de interés.

El Primer Ministro a Mr. Harry Hopkins. 12-X-44.

Aquí todo el mundo se muestra muy cordial, pero la cuestión de los Balcanes aparece cada vez más desagradable. Tito, después de haber vivido bajo nuestra protección en la isla de Vis durante tres o cuatro meses, se ha ido de pronto sin decir a dónde iba, pero dejando unos centinelas en la puerta de su cueva para hacer creer que sigue allí. Después vino a Moscú, donde celebró conferencias con los magnates soviéticos. Ayer Molotov reveló este hecho a Eden. Los rusos atribuyen este descortés comportamiento a la educación campesina de Tito y dicen que no nos lo advirtieron por respetar sus deseos de mantener secreta su visita. Los búlgaros están tratando mal a nuestra gente y han detenido a algunos de nuestros oficiales que todavía quedan en Grecia y Yugoeslavia. He visto también un relato según el cual trataron cruelmente a los oficiales americanos cuando eran prisioneros suyos. La actitud de los rusos es la de que, naturalmente, están dispuestos a castigar a Bulgaria por sus muchas ofensas, pero sólo como lo haría un padre cariñoso... «Esto me duele a mí más que a ti.» Se toman gran interés por Hungría, a la que equivocadamente califican de vecina. Reclaman toda la autoridad sobre Rumania, pero están dispuestos a desinteresarse en gran parte de Grecia. Todas estas cuestiones están siendo solucionadas por Mr. Eden y Molotov.

2. Hemos persuadido a Mikolajczyk y a los polacos, con veladas amenazas, de que acepten la invitación que para ellos hicimos extender a los rusos. Esperamos que lleguen mañana.

3. Vemos mucho a Averell, que mañana da una cena para hablar de los asuntos de Teherán, es decir, sólo de los secretos. Asiste a las conversaciones militares y a aquellas en que se trata del futuro de Alemania, y asistirá, naturalmente, a las conversaciones con los polacos cuando se inicien. Tenemos tantos huesos que roer respecto a los Balcanes, que preferiríamos seguir llevando el asunto por el momento entre los dos, a fin de poder hablar con más claridad que en una reunión más numerosa. Dentro de uno o dos días cablegrafiaré más extensamente sobre esto al Presidente. ¿Quiere tener la bondad de enseñarle este mensaje? Me agradaría recibir noticias suyas.

El Presidente nos envió un mensaje alentador.

El presidente Roosevelt al Primer Ministro y al mariscal Stalin 12-X-44

Les agradezco su mensaje conjunto del 10 de octubre.

Me complace saber que están llegando a un acuerdo en sus ideas sobre la política internacional, en la que, a causa de nuestros esfuerzos comunes, presentes y futuros, para evitar las guerras internacionales, estamos todos interesados.

* * * * *

Después de la primera reunión, estuve meditando sobre nuestras relaciones con Rusia respecto al este de Europa. A fin de aclarar mis ideas redacté una carta a Stalin sobre este tema y adjunté un memorándum con nuestra interpretación de los porcentajes que habíamos aceptado sobre la mesa de conferencias. Por fin no le envié la carta, juzgando más prudente dejar la cuestión como estaba. La publico únicamente como una exposición auténtica de mis ideas.

Moscú.
11-X-44.

Considero de profunda importancia que Inglaterra y Rusia sigan una política común en los Balcanes, aceptable también para los Estados Unidos. El hecho de que Gran Bretaña y Rusia tengan firmada una alianza de veinte años, hace especialmente importante para nosotros estar de acuerdo y trabajar juntos sin dificultad con confianza mutua y durante mucho tiempo. Comprendo que todo lo que aquí hagamos no será más que una preparación para las decisiones finales que habremos de tomar los tres juntos cuando nos reunamos ante la mesa de conferencias de la victoria. No obstante, espero que lleguemos a entendimientos, y en algunos casos a acuerdos, que nos ayuden en las contingencias inmediatas y nos sirvan de sólidos cimientos para una paz mundial de larga duración.

Estos porcentajes que he trazado son únicamente un método para ver lo próximos que estamos unos a otros en nuestros pensamientos y decidir después cuáles son las medidas necesarias para llegar a un acuerdo total. Como dije, seríamos acusados de dureza, incluso de encallecimiento, si fueran expuestos al escrutinio de los Ministerios de Asuntos Exteriores y a los diplomáticos de todo el mundo. Por lo tanto, no pueden servir a base a ningún documento público, al menos en el momento presente. Sin embargo, podrían servirnos de guía para la conducción

de nuestra política a seguir. Si llevamos bien esta política, quizá podamos evitar el estallido de varias guerras civiles, luchas y derramamientos de sangre en las pequeñas naciones a las que concierne. Nuestro principio general debería ser permitir que cada país tuviera la forma de gobierno que escogiera el pueblo. De ningún modo deseamos forzar en ningún Estado balcánico una institución monárquica o republicana. No obstante, hemos establecido ciertas relaciones de fidelidad con los reyes de Grecia y Yugoeslavia. Ellos nos han pedido refugio contra el enemigo nazi y creemos que cuando se haya restablecido una tranquilidad normal y se haya arrojado al enemigo, estos países deben tener la oportunidad libre y justa de hacer su elección. Hasta podría hacerse que estuvieran presentes allí, durante el período de las elecciones, algunos comisionados de las tres grandes potencias que comprobaran que el pueblo goza de una auténtica libertad de elección. De esto hay buenos precedentes.

Sin embargo, además de la cuestión institucional, existe en todos estos países la oposición ideológica entre las formas totalitarias de gobierno y las que nosotros llamamos de libre empresa controladas por el sufragio universal. Nos alegra que ustedes se hayan declarado contrarios a cambiar por la fuerza o por la propaganda comunista los sistemas establecidos en los diversos países balcánicos. Que ellos labren sus propios destinos en los años que tienen por delante. Pero hay una cosa que no podemos permitir: el fascismo o el nazismo en alguna de sus formas, porque no dan a las masas trabajadoras ni las seguridades que ofrece el sistema de ustedes ni las que ofrece el nuestro, sino que, por el contrario, conducen a tiranías internas y agresiones en el exterior. En principio, yo creo que la Gran Bretaña y Rusia deben estar tranquilas respecto a los gobiernos internos de estos países, y no preocuparse por ellos ni intervenir en ellos una vez que se hayan restablecido las condiciones de tranquilidad después de este terrible baño de sangre por el que ellos y nosotros hemos atravesado.

Desde este punto de vista he intentado bosquejar los grados de interés que cada uno de nosotros se toma en estos países con el pleno consentimiento del otro, y sujeto a la aprobación de los Estados Unidos, interés que puede desvanecerse durante mucho tiempo y volver después inesperadamente con gigantesca fuerza.

Conociendo su experiencia y su prudencia, no necesito exponerle aquí un gran número de argumentos. Hitler ha intentado explotar el miedo que existe en toda la Europa occidental a un comunismo agresivo y proselitista, y está siendo derrotado. Pero, como usted sabe bien, este miedo existe en todos los países, porque, sean cuales sean los méritos de nuestros diferentes sistemas, ningún país quiere pasar por la sangrienta revolución que, desde luego, sería necesaria en casi todos los casos antes

de que pudiera efectuarse un cambio tan profundo en sus vidas, sus costumbres y en el punto de vista de sus sociedades. Creemos que tuvimos razón al interpretar la disolución del Komintern, llevada a cabo por usted, como una decisión del Gobierno soviético de no intervenir en los asuntos políticos internos de otros países. Cuanto más profundamente pueda inculcarse esto en las mentes de la gente, más fácilmente irán las cosas. Por otro lado, nosotros, y estoy seguro de que también los Estados Unidos, tenemos Gobiernos que se apoyan en amplias bases, en los que las clases y los privilegios están continuamente sometidos a escrutinio y corrección. Tenemos el presentimiento de que, vistas desde lejos y en gran escala, las diferencias entre nuestros sistemas tenderán a reducirse y de que el terreno común que pisamos y compartimos para hacer la vida más llena y más feliz para la masa del pueblo crecerá con cada año. Probablemente, si hubiera paz durante cincuenta años, las diferencias que ahora causan tan graves discordias en el mundo se convertirían en temas de discusiones académicas.

Ahora, Mr. Stalin, quiero hacerle sentir el gran deseo latente en el corazón de la Gran Bretaña de que exista una cooperación y una amistad largas y estables entre nuestros dos países y de que, junto con los Estados Unidos, podamos mantener sobre sus raíles al motor del mundo.

A mis colegas de Inglaterra les envié el siguiente mensaje:

12-X-44.

El sistema de porcentajes no trata de limitar el número de personas que participen en las comisiones para los diferentes países balcánicos, sino más bien expresar el interés y sentimiento con que los gobiernos británico y soviético estudian los problemas de estos países, y exponernos mutuamente nuestras ideas por algún medio de fácil comprensión. Se trata únicamente de que sirvan de guía, y, naturalmente, en modo alguno compromete a los Estados Unidos ni intenta crear un rígido sistema de esferas de influencia. Sin embargo, puede servir de ayuda a los Estados Unidos para saber lo que sienten sus dos principales aliados respecto a aquellas regiones, cuando la cuestión les sea expuesta en conjunto.

2. De este modo se ve fácilmente que la Rusia soviética tiene intereses vitales en los países que bordean el mar Negro, por uno de los cuales, Rumania, se ha visto atacada indignamente por veintiséis divisiones, y con otro de los cuales, Bulgaria, está unida por antiguos lazos. La Gran Bretaña cree que debe respetar la opinión rusa sobre estos dos países y el deseo soviético de ser ellos quienes prácticamente los dirijan en nombre de la causa común.

3. Del mismo modo, la Gran Bretaña tiene una larga tradición de amistad con Grecia y un interés directo en su porvenir como potencia mediterránea. En esta guerra, la Gran Bretaña ha perdido treinta mil hombres al intentar resistir la invasión italo-alemana de Grecia, y desea ser ella quien juegue el papel principal en guiar a Grecia para que salga de su situación presente, manteniendo con los Estados Unidos el íntimo acuerdo que hasta aquí ha caracterizado la política anglo-norteamericana en este aspecto. Aquí se sobreentiende que la Gran Bretaña llevará las riendas en la cuestión militar e intentará ayudar al Gobierno real griego a establecerse en Atenas sobre una base tan amplia y unida como sea posible. La Rusia soviética está dispuesta a conceder esta posición y esta función a la Gran Bretaña del mismo modo que Inglaterra reconocería las íntimas relaciones entre Rusia y Rumania. Esto evitaría que surgieran en Grecia facciones hostiles que se empeñaran en una guerra civil unas contra otras y mezclaran a los gobiernos británico y ruso en molestas disputas y contradicciones en sus diferentes políticas.

4. En el caso de Yugoeslavia, el símbolo numérico de 50-50 significa la base de una acción conjunta y de una política acordada entre las dos potencias a quienes ahora concierne íntimamente, a fin de lograr la creación de una Yugoeslavia unida después de que todos los elementos allí existentes se hayan unido con la mayor firmeza posible para arrojar a los invasores nazis. Está basado en el deseo de evitar, por ejemplo, un choque armado entre croatas y eslovenos, por un lado, y los poderosos y numerosos elementos servios, por otro, y también para crear una política conjunta y amistosa para con el mariscal Tito, asegurándonos al mismo tiempo que las armas que se le facilitan son empleadas contra el común enemigo nazi y con los fines internos. Una política así, seguida en común por Gran Bretaña y por Rusia, sin intentar sacar ventajas especiales para ellas mismas, sería realmente beneficiosa.

5. Como son los ejércitos soviéticos los que están logrando el control de Hungría, es natural que la mayor parte de la influencia sea suya, siempre sujeta, naturalmente, a un acuerdo con la Gran Bretaña y probablemente con los Estados Unidos, los que, aunque no están operando en Hungría, deben considerar este país como un Estado centroeuropeo y no balcánico.

6. Debe subrayarse que esta exposición en líneas generales de las opiniones británica y soviética acerca de los países arriba mencionados, es únicamente una disposición provisional para el futuro inmediato de la post-guerra, y que será estudiada por las grandes potencias cuando se reúnan ante la mesa del armisticio o de la paz para hacer un arreglo general de Europa.

* * * * *

A las cinco de la tarde del 13 de octubre celebramos nuestra reunión en la Casa de Hospitalidad del Gobierno soviético, conocida por Spiridonovka, para oír a Mikolajczyk y a sus colegas exponer su caso. Estas conversaciones se llevaron a cabo como preparación para otra reunión que celebrarían las delegaciones británica y americana y los polacos del Comité de Lublin. Yo presioné enérgicamente sobre Mikolajczyk para que considerara dos cosas: la aceptación «de facto» de la línea Curzon, con intercambio de población, y una conversación amistosa con el Comité polaco de Lublin a fin de que pudiera establecerse una Polonia unida. Dije que se efectuarían cambios, pero que sería mejor establecer la unidad en aquella fase final de la guerra. Pedí a los polacos que estudiaran cuidadosamente el asunto aquella noche. Míster Eden y yo estaríamos a su disposición. Era primordial para ellos ponerse en contacto con el Comité polaco de Lublin y aceptar la línea Curzon como arreglo provisional, que debería ser sujeto a estudio en la Conferencia de la Paz.

Aquella misma noche, a las diez, nos entrevistamos con el llamado Comité Nacional polaco. Pronto vimos claramente que los polacos de Lublin eran simples peones en manos de Rusia. Habían aprendido y ensayado sus papeles con tanto cuidado que hasta sus amos comprendieron que se estaban excediendo. Por ejemplo, M. Bierut, el jefe, habló en estos términos: «Estamos aquí para pedir, en nombre de Polonia, que Lemberg pertenezca a Rusia. Esta es la voluntad del pueblo polaco.» Cuando esto fué traducido del polaco al inglés y al ruso, miré a Stalin y sorprendí un guiño de complicidad en sus ojos expresivos, que quería decir: «¿Qué le parecen nuestras enseñanzas soviéticas?» La larga exposición de otro jefe de Lublin, Osubka-Morawski, fué igualmente deprimente. Eden formó la peor opinión de los tres polacos de Lublin.

La conferencia duró más de seis horas, pero lo obtenido fué poco.

* * * * *

El 14 se celebró en el Teatro Bolshoi una representación ofi-

cila. Primero ballet, después ópera y, por último, danzas magistrales y cantos ejecutados por el coro del Ejército rojo. Stalin y yo ocupábamos el palco real y fuimos saludados con una entusiasta ovación por el público. Después de la función, celebramos en el Kremlin una interesante y fructífera conversación sobre asuntos militares. Molotov y el general Antonov acompañaban a Stalin. Harriman había llevado consigo al general Deane. Conmigo estaban Brooke, Ismay y el general Burrows, jefe de nuestra Misión Militar en Moscú.

Comenzamos hablándoles de nuestros planes futuros para el noroeste de Europa, Italia y Birmania. Seguidamente, Deane inició una declaración sobre la campaña del Pacífico e hizo un bosquejo de la clase de ayuda que sería especialmente valiosa por parte de los soviets una vez que éstos estuvieran en guerra con el Japón. Después, el general Antonov hizo una franca exposición de la situación del frente oriental, de las dificultades con que se enfrentaban los ejércitos rusos y de sus planes para el futuro. Stalin intervenía de vez en cuando para hacer hincapié en los puntos de especial importancia, y terminó asegurándonos que los ejércitos rusos presionarían continua y vigorosamente sobre Alemania y que no tuviéramos la más leve preocupación de que los alemanes pudieran retirar tropa alguna de su frente oriental.

No cabía la menor duda de que los soviets tenían la intención de declarar la guerra al Japón cuando, conseguida la derrota de Alemania, pudieran reunir las fuerzas y aprovisionamientos necesarios en el Lejano Oriente. Stalin no quiso comprometerse a fijar una fecha. Habló de un período de «varios meses» después de la derrota alemana, y nosotros sacamos la impresión de que esto significaba tres o cuatro.

Los rusos accedieron a que se comenzara inmediatamente a almacenar alimentos y combustible en sus campos petrolíferos del Lejano Oriente y a permitir a los americanos el uso de los aeropuertos y otros servicios de las provincias marítimas, necesarios para su aviación estratégica. A Stalin no parecía preocuparle el efecto que estos preparativos podrían causar a los japoneses. Más aún, esperaba que efectuaran un «ataque prematuro», porque

esto animaría a los rusos a luchar con mayor fiereza. Según él, los rusos tenían que saber por qué luchaban.

El día 15 tuve un acceso de fiebre y no me fué posible asistir a la segunda reunión de carácter militar que aquella noche se celebró en el Kremlin. Eden ocupó mi lugar y llevó consigo a Brooke, Ismay y Burrows, mientras Stalin, además de Molotov y Antonov, estuvo acompañado del general Shevchenko, jefe de Estado Mayor del Ejército soviético en el Lejano Oriente. Harriman estuvo también en la reunión con Deane. El único asunto de que se trató fué la participación soviética contra el Japón, y los reunidos llegaron a sustanciosas conclusiones.

Stalin accedió en primer lugar a que concertáramos nuestros planes de guerra. Pidió la ayuda de los Estados Unidos para almacenar en el Lejano Oriente una reserva de alimentos, combustible y medios de transporte para una duración de tres meses. Dijo que si esto podía hacerse y se aclaraban los distintos puntos de vista políticos, la U.R.S.S. estaría dispuesta a atacar al Japón tres meses después de que Alemania fuera derrotada. También prometió preparar los aeropuertos de las provincias marítimas para las aviaciones estratégicas soviética y americana y para recibir sin dilación aviones cuatrimotores e instructores americanos. Inmediatamente comenzarían a celebrarse en Moscú conversaciones entre los delegados militares soviético y americano, y prometió tomar parte él mismo en la primera.

* * * * *

A medida que iban pasando los días, poco era lo que se conseguía para cicatrizar la llaga enconada de los asuntos polaco-soviéticos. Los polacos estaban dispuestos a aceptar la línea Curzon «como línea de demarcación entre Rusia y Polonia». Los rusos insistían en que aceptaran las palabras: «como base de frontera entre Rusia y Polonia». Ninguna de las dos partes quería ceder. Mikolajczyk declaró que sería repudiado por su pueblo, y Stalin, después de sostener a solas conmigo una conversación de dos horas y

cuarto, dijo que él y Molotov eran, entre todos, los únicos partidarios de tratar a Mikolajczyk «con suavidad». Yo tenía la seguridad de que en el fondo del asunto había toda clase de presiones partidistas y militares.

Stalin no consideraba conveniente proceder a un intento de formar un Gobierno polaco unido sin que previamente se hubiera solucionado la cuestión fronteriza. Si esto se arreglaba, él estaría dispuesto a que Mikolajczyk fuera el jefe del nuevo Gobierno. Yo estaba seguro de que surgirían dificultades no menos serias cuando intentáramos, en una conversación, fundir al Gobierno polaco con los polacos de Lublin, cuyos representantes nos habían causado la peor impresión, y de los que dije a Stalin que «eran sólo la expresión de la voluntad soviética». Sin duda tenían también la ambición de gobernar a Polonia. Eran, por lo tanto, una especie de Quislings. Dadas las circunstancias, lo mejor era que las dos delegaciones polacas se volvieran al lugar de donde habían venido. Yo tenía plena conciencia de la responsabilidad que caía sobre mí y sobre el ministro de Asuntos Exteriores al intentar hacer propuestas para un arreglo ruso-polaco. Incluso forzar a los polacos a aceptar la línea Curzon daría lugar a críticas.

En otros terrenos se habían logrado ventajas considerables. Era evidente la decisión del Gobierno soviético de atacar al Japón en cuanto Hitler fuera derrotado. Esto sería de enorme valor para el acortamiento de la contienda. Yo tenía la seguridad de que los arreglos a que habíamos llegado respecto a los Balcanes eran los mejores posibles. Junto con una victoriosa acción militar, serían eficaces para salvar a Grecia. Tampoco me cabía la menor duda de que nuestro acuerdo de llevar una política repartiéndonos la influencia en Yugoeslavia era la mejor solución a nuestras dificultades, en vista del comportamiento de Tito y de la llegada de las fuerzas rusas y búlgaras bajo el mando ruso para apoyar su flanco oriental.

No cabe duda de que en nuestro reducido círculo hablamos con una libertad, una confianza y una cordialidad que nunca hasta entonces se había logrado entre nuestros dos países. Stalin hizo di-

versas manifestaciones de sus sentimientos personales y tengo la seguridad de que eran sinceras. Pero me convencí aun más de que de ningún modo estaba solo.

* * * * *

El Primer Ministro al Rey. 16-X-44.

Con humilde respeto, el Primer Ministro espera que Vuestra Majestad haya efectuado una interesante y fructífera visita a los ejércitos que se hallan en los Países Bajos y que esté de nuevo a salvo en nuestro país. Confía en que Su Majestad se encuentre bien después de este esfuerzo.

2. Aquí, en Moscú, el tiempo es bueno pero frío, y el ambiente político es extremadamente cordial. Hasta ahora no se había visto un ambiente igual. En sus varias conversaciones con el mariscal Stalin y Molotov, el Primer Ministro y Mr. Eden han podido abordar los problemas más delicados del modo más franco y abierto, sin que se haya producido la menor demostración por parte de los rusos de sentirse ofendidos. El Primer Ministro asistió a una representación especial de ballet, que resultó muy bella, y recibió una prolongada ovación por parte de un numeroso público.

Después, cuando el mariscal Stalin entró en el palco por primera vez desde el comienzo de la guerra, hubo una demostración casi delirante. Durante o después de largos banquetes con numerosos y cordiales brindis, ha sido posible abordar con gran facilidad gran número de asuntos graves. Por las noches nos reunimos hasta muy tarde, a veces hasta las tres o las cuatro, pero el Primer Ministro siempre se acuesta tarde. A partir de mediodía se trabaja mucho con conferencias de varias clases.

3. La conferencia sobre cuestiones militares se prolongó durante tres horas. Después que el mariscal de campo Brooke y el Primer Ministro hubieron explicado la situación y nuestros planes para Occidente, Italia y Birmania, Mr. Harriman y el general Deane, de los Estados Unidos, hicieron un detallado informe sobre el pasado, presente y futuro del Pacífico, que pareció interesar mucho al mariscal Stalin. Después, el segundo jefe de Estado Mayor ruso nos habló con gran extensión de los planes de Rusia contra Alemania, de los que hasta entonces no estábamos enterados y cuyo contenido fué muy satisfactorio. A causa de las necesarias precauciones, no haré más referencia a lo que nos dijo hasta mi llegada a Inglaterra. Esta tarde, a las seis, se nos facilitará un informe ruso del teatro de operaciones del Lejano Oriente, que probablemente será satisfactorio y estará lleno de interés.

4. Anteayer fué «El Día de todos los Polacos». El grupo de los pola-

cos de Londres, son, como Vuestra Majestad sabe, buenas personas aunque débiles, pero los delegados de Lublin no creo que hayan podido hacerse ninguna ilusión respecto a la opinión que sacamos de ellos. A mí me parecieron simples muñecos que recitaban su lección con perfecta exactitud. Les sometí a un riguroso interrogatorio, y en algunos momentos el mariscal Stalin me apoyó. Durante todo el día de hoy estaremos en lucha con los polacos [de Londres] y tenemos algunas esperanzas de llegar a un acuerdo. Si esto no sucede, tendremos que abandonar el asunto y dejarlo hasta después de las elecciones presidenciales en los Estados Unidos (1).

5. Todavía quedan muchos temas a discutir, como el trato que habrá de darse a Alemania.

Mr. Churchill, con humilde respeto, se despide como fiel servidor de Vuestra Majestad.

* * * * *

El 17 de octubre, por la tarde, celebramos nuestra última reunión. Acabábamos de recibir la noticia de que el almirante Horthy había sido detenido por los alemanes como medida de precaución cuando se estaba desintegrando todo el frente alemán en Hungría. Yo dije que esperaba que se alcanzara lo antes posible la brecha de Liubliana y añadí que no creía que la guerra hubiera terminado antes de la primavera. Entonces hablamos por primera vez del futuro de Alemania y estudiamos las ventajas y desventajas del Plan Morgenthau. Se decidió que la Comisión del Consejo de Europa estudiara detalladamente el problema.

* * * * *

Durante el viaje de vuelta a Inglaterra en avión envié al Presidente más detalles de nuestras conversaciones.

El Primer Ministro al presidente Roosevelt. 22-X-44.

Durante el último día que pasamos en Moscú, Mikolajczyk se entrevis-

(1) Estas se efectuaron el 7 de noviembre. Roosevelt fué elegido Presidente de los Estados Unidos por cuarta vez, por una mayoría de más de tres millones y medio de votos.

tó con Bierut, quien reconoció las dificultades con que tropezaba. Cincuenta de sus hombres habían sido fusilados durante el último mes. Muchos polacos huyeron a los bosques antes de unirse a sus fuerzas. Las borrascas invernales que se aproximan serán muy duras detrás del frente, puesto que el Ejército ruso avanzó utilizando todos los medios de transporte. Sin embargo, insistió en que si Mikolajczyk era Primer Ministro, él (Bierut) tendría que contar con el 75 % del Gabinete. Mikolajczyk propuso que estuvieran representados los cinco partidos polacos y que él escogería a cuatro de sus cinco mejores hombres entre personalidades que no fueran desagradables a Stalin.

2. Más tarde, y a petición mía, Stalin se entrevistó con Mikolajczyk y celebró con él una amistosa conversación que duró hora y media. Stalin le prometió ayudarle y Mikolajczyk prometió formar y dirigir un Gobierno que fuera enteramente amigo de Rusia. Expuso su plan, pero Stalin le dijo claramente que los polacos de Lublin tendrían que contar con la mayoría.

3. Después de la cena en el Kremlin, expusimos francamente a Stalin que si Mikolajczyk no contaba con el cincuenta por ciento, el mundo occidental no se convencería de nuestra buena fe y no creería que se había formado un Gobierno polaco independiente. Stalin replicó al principio que se contentaría con el cincuenta por ciento, pero en seguida se corrigió y dió una cifra peor. Mientras tanto, Eden habló en el mismo sentido con Molotov, que se mostró un poco más comprensivo. No creo que la composición del Gobierno sea un obstáculo insuperable si se arregla todo lo demás. Mikolajczyk me había explicado con anterioridad que se podría hacer una declaración para salvar el prestigio del Gobierno de Lublin y luego, entre bastidores, arreglar otra cosa con los polacos.

4. Aparte de lo anterior, Mikolajczyk va a tratar de imponer a sus colegas de Londres la idea de la línea Curzon, incluída Lemberg, para los rusos. Tengo la esperanza de que lleguemos a un acuerdo dentro de la próxima quincena. Si así es, le enviaré a usted por cable la fórmula exacta para que pueda decidir si desea que se publique o se retrase la publicación.

5. En la cuestión de los principales criminales de guerra, Tío Joe asumió inesperadamente una actitud ultra-respetable. No se efectuarán ejecuciones sin juicio previo, o, de lo contrario, el mundo diría que teníamos miedo de juzgarles. Señalé las dificultades con que tropezaríamos en Derecho Internacional, pero él replicó que si no se celebraban juicios no se dictarían penas de muerte, sino condenas de cárcel a perpetuidad.

6. También hablamos de un modo no oficial de la futura partición de Alemania. Tío Joe quiere que Polonia, Checoeslovaquia y

Hungría formen un grupo independiente de Estados antinazis y rusófilos y cree que los dos primeros podrían unirse. Contrariamente a las opiniones que había expresado con anterioridad, dijo que le gustaría que Viena fuera la capital de una Federación de Estados del Sur de Alemania, que incluyera a Austria, Baviera, Würtemberg y Baden. Como usted sabe, la idea de que Viena se convierta en la capital de una gran Federación danubiana siempre me ha atraído, aunque preferiría añadir Hungría, pero Tío Joe se opone rotundamente a ello.

7. En cuanto a Prusia, Tío Joe quiere que se separen el Ruhr y el Sarre, que se sometan a un control internacional y que en la zona del Rin se forme un Estado separado. También le gustaría que se internacionalizara el canal de Kiel. Yo no soy contrario a esta idea. No obstante, puede tener la seguridad de que no llegamos a ninguna conclusión definitiva en espera de la reunión de los tres.

8. Encantado, me enteré por el Tío Joe de que usted había propuesto una reunión de los tres hacia fines de noviembre en un puerto del mar Negro. Creo que es una buena idea y espero que me informe en el momento adecuado. Yo acudiré a donde ustedes dos quieran.

9. Tío Joe también habló oficialmente de la Convención de Montreux, proponiendo la modificación para el libre paso de los buques de guerra rusos. En principio nosotros no nos opusimos. Es evidente que hace falta una revisión, puesto que el Japón es signatario y que Inonu no obtuvo lo que quería el pasado diciembre. Quedamos en que los rusos harían las propuestas en detalle. El dijo que serían moderadas.

10. En cuanto a reconocer a la actual administración francesa como Gobierno provisional de Francia, consultaré al Gabinete. En el Reino Unido la opinión es totalmente partidaria del reconocimiento inmediato. De Gaulle no es ya jefe único, pero está más firme que nunca. Sigo creyendo que cuando Eisenhower devuelva a Francia una extensa zona del interior, no será posible retrasar esta limitada fórmula de reconocimiento. Indudablemente, De Gaulle cuenta con la mayoría de la nación francesa, y el Gobierno francés necesita en grandes zonas apoyo contra una anarquía potencial. Desde Londres volveré a telegrafiarle a usted. En este momento estoy volando sobre Alamein, de agradables recuerdos.

Mis mejores saludos.

El me contestó:

El presidente Roosevelt al Primer Ministro. 22-X-44.

Encantado de conocer el éxito obtenido por usted en Moscú para una solución de compromiso del problema polaco.

Cuando se llegue a una solución, en caso de que se llegue, desearía ser consultado sobre la conveniencia de retratar su publicación unas dos semanas. Usted lo comprenderá.

Aquí, de momento, todo va bien.

Sus informes acerca de la actitud actual de Tío Joe hacia los criminales de guerra, el futuro de Alemania y la Convención de Montreux son muy interesantes. Hablaremos de estos asuntos, así como de nuestro esfuerzo bélico en el Pacífico, durante la próxima reunión de los tres.

* * * * *

Al salir de Rusia después de aquella extremadamente interesante quincena, durante la cual nos habíamos acercado a nuestros aliados más que nunca hasta entonces y después, yo había escrito a Stalin:

20-X-44.

Eden y yo salimos de la Unión Soviética satisfechos y fortalecidos por las conversaciones que hemos celebrado con usted, mariscal Stalin, y con sus colegas. Esta memorable reunión en Moscú ha demostrado que no hay asuntos que no puedan solucionarse entre nosotros cuando nos reunimos para celebrar conversaciones íntimas y francas. La hospitalidad rusa, de fama universal, se ha excedido con ocasión de nuestra visita. Tanto en Moscú como en Crimea, donde pasamos unas horas deliciosas, yo y mi misión fuimos objeto de toda clase de consideraciones. Quedo muy agradecido a usted y a todos sus colaboradores. Hago votos por que pronto podamos reunirnos de nuevo.

Capítulo XVI

PARIS

Necesidad de una Administración representativa en Francia. — El Comité Nacional del general De Gaulle. — Mi discurso en la Cámara de los Comunes, 28 de septiembre. — Mi telegrama al Presidente, 14 de octubre. — El Comité de Liberación Nacional se convierte en el Gobierno provisional de Francia, 20 de octubre. — Voy en avión a París, 10 de noviembre. — El desfile en los Campos Elíseos, 11 de noviembre. — Excursión a los Vosgos. — Mis telegramas al Presidente y a Stalin, 15 de noviembre. — El Ejército francés y la ocupación de Alemania. — Telegrama de Stalin del 20 de noviembre. — Rumores sobre un Bloque Occidental. — Mi telegrama a Stalin del 25 de noviembre. — La batalla de invierno en el Oeste. — Visita del general De Gaulle a Moscú. — Telegramas de Stalin del 2 y el 3 de diciembre. — Mi respuesta del 5 de diciembre.— Correspondencia con el Presidente. — Firma del pacto franco-soviético, 10 de diciembre. — Se habla de un tratado franco-británico. — Mi nota a Eden del 31 de diciembre.

A medida que nuestros ejércitos avanzaban hacia el este y el sur, iba haciéndose cada vez más urgente formar en Francia una administración unificada y ampliamente representativa. No deseábamos en modo alguno imponer un Comité ya formado en el extranjero, e intentamos primero calibrar los sentimientos del pueblo, según iba progresando la liberación. Yo había estudiado el problema desde hacía tiempo, y ya el 10 de julio había escrito a Eden:

El Primer Ministro al ministro de Asuntos Exteriores. 10-VII-44.

Con toda certeza sería muy imprudente por nuestra parte tomar una decisión sobre esto [propuesta a los Estados Unidos y a la U. R. S. S. de unirse a nosotros para reconocer el Comité Francés de Liberación Nacional como Gobierno provisional de Francia] hasta que se haga público el resultado de la luna de miel del Presidente con De Gaulle. Está claro que tendremos que ir hasta donde lleguen los Estados Unidos, y después que éstos hayan declarado su decisión, podremos presionarles para que vayan más lejos. Si el Presidente hiciera una *volte face* y llegara a un acuerdo con De Gaplle, tendríamos un buen tema que presentar al Parlamento demostrándoles lo imprudente que hubiera sido iniciar un debate prematuro que hubiera estropeado estos abrazos tan felices.

Cinco semanas después se había logrado la ruptura del frente normando y Patton estaba a las puertas de París, pero yo seguía siendo contrario a dar un paso decisivo y escribí de nuevo:

El Primer Ministro al ministro de Asuntos Exteriores. 18-VIII-44.

Soy partidario de retrasar una decisión sobre Francia hasta que podamos ver con mayor claridad lo que sale del humo de la batalla. Si el

éxito de nuestras operaciones asegura la liberación del oeste y el sur de Francia, incluyendo París, como fácilmente puede ocurrir, habrá una extensa zona de la que se podrá sacar un verdadero Gobierno provisional, en vez de uno compuesto enteramente del Comité Francés de Liberación Nacional, cuyo interés en apoderarse del Gobierno de Francia es evidente.

Por lo tanto, me opongo a comprometernos a estas alturas en modo alguno con el Comité Francés de Liberación Nacional, aparte de los compromisos ya establecidos con él. No sabemos lo que puede ocurrir y es mejor tener las manos libres. Creo que debería establecerse una base más amplia antes de comprometernos.

Durante las siguientes semanas observamos las reacciones de los maquis y de la opinión pública hacia el Comité Nacional del general De Gaulle. Hasta aquí, por la fuerza de las circunstancias, no podía ser representativo de Francia entera, pero a fines de septiembre ya se había progresado mucho, y el 28 hablé de este modo en la Cámara de los Comunes al dar cuenta de mi informe sobre la guerra.

Naturalmente, ese Cuerpo tiene nuevos elementos, especialmente entre aquellos que formaron el Maquis y el Movimiento de Resistencia y entre los que iniciaron el glorioso levantamiento de París, que nos recordó los famosos días de la Revolución, cuando Francia y París dieron un golpe que abrió el camino a todas las naciones del mundo. Naturalmente, nosotros, y que parece que también los Estados Unidos y la Unión Soviética, deseamos intensamente ver surgir una entidad de la que se pueda decir con verdad que habla en nombre del pueblo de Francia, de todo el pueblo de Francia. Ahora parece posible poner en vigor el decreto del Comité de Argel por el cual, como situación interina, la Asamblea Consultiva sería transformada en un Cuerpo elegido, reforzado por la adición de nuevos elementos del interior de Francia. El Comité Francés de Liberación Nacional sería responsable ante ese Cuerpo. Una vez tomada esta medida, después de obtener la aprobación del pueblo francés, se fortalecería en gran modo la posición de Francia y sería posible el reconocimiento del Gobierno Provisional de Francia, con todas las consecuencias, que todos deseamos que se lleven a efecto lo antes posible. No cierro ninguna puerta ante una situación que está en constante evolución y desarrollo.

La bienvenida que los maquis dieron al Comité me pareció un

punto decisivo a favor de un reconocimiento oficial del mismo. Por lo tanto, telegrafié al Presidente:

El Primer Ministro (Moscú) al presidente Roosevelt. 14-X-44.

He estado meditando sobre la cuestión del reconocimiento del Gobierno provisional de Francia. Creo que los acontecimientos han llegado ya a un punto en que podríamos tomar una decisión sobre el asunto, consecuente con la política de usted y con mi última declaración en la Cámara de los Comunes.

2. En su telegrama me dijo usted que, en su opinión, debíamos esperar hasta que Francia se viera libre del enemigo, y me dió a entender que, en cualquier caso, De Gaulle tendrá primero que mostrarse dispuesto a suceder a Eisenhower cargando con toda la responsabilidad en la administración de una parte de Francia como de una zona del interior. Por mi parte, hablé al Parlamento en el sentido de que la reorganización de la Asamblea Consultiva sobre una base más representativa debería preceder al reconocimiento.

3. Tengo entendido que Eisenhower está deseoso de acceder a la petición que le ha sido hecha por parte de los franceses, de constituir una gran parte de Francia en una zona del interior. Las negociaciones entre el Cuartel General supremo y los franceses van progresando y parece que debemos esperar que unas tres cuartas partes de Francia se conviertan muy pronto en una zona del interior.

4. La ampliación de la Asamblea Consultiva también progresa. Duff Cooper me comunica que, debido a las auténticas dificultades de comunicación en Francia, los franceses consideran impracticable el plan de Argel de hacer que los miembros de una Asamblea ampliada sean confirmados en sus puestos mediante elecciones en los departamentos liberados. En vez de esto, se proponen añadir varios delegados seleccionados del Movimiento de Resistencia y de los grupos parlamentarios. Tengo entendido que se espera solucionar pronto el asunto y publicar un nuevo decreto definiendo las atribuciones de la Asamblea reformada y confiriéndole un aumento de poderes sobre el Ejecutivo. Se espera que la Asamblea ampliada pueda reunirse a fines de este mes.

5. No cabe duda que los franceses han cooperado con el Cuartel General supremo y que su Gobierno provisional tiene el apoyo de la mayoría del pueblo francés. Por lo tanto, creo que ahora podemos reconocer sin inconvenientes a la Administración del general De Gaulle como Gobierno provisional de Francia.

6. Constituiría una buena medida decir ahora a los franceses que nuestro reconocimiento se producirá cuando se haya reunido la Asamblea

ampliada y haya dado a la Administración de De Gaulle el voto de confianza.

7. Otro procedimiento sería reconocerla cuando se haya establecido oficialmente la zona del interior. Yo me inclino a pensar que esta alternativa es preferible, puesto que conectaría el reconocimiento con lo que será una prueba de una cooperación satisfactoria entre las autoridades francesas y los ejércitos aliados en la causa común contra Alemania.

8. Le ruego me dé su opinión. Si está de acuerdo en que solucionemos el asunto por uno u otro de los procedimientos propuestos arriba, el Foreign Office y el Departamento de Estado podrían comparar inmediatamente sus ideas sobre los términos en que haríamos el reconocimiento. Es importante que adoptemos la misma postura, aunque no es necesario que utilicemos la misma fraseología. Naturalmente, deberemos informar de nuestros propósitos al Gobierno soviético.

9. Por supuesto, el reconocimiento no nos comprometería en la cuestión independiente de la entrada de Francia como miembro en la Comisión de Consejo europea o en cualquier organización similar.

El Presidente contestó:

El presidente Roosevelt al Primer Ministro. 20-X-44.

Creo que mientras los franceses no formen una verdadera zona del interior no debemos tomar ninguna medida para reconocer su Gobierno provisional. La ampliación de la Asamblea Consultiva, que ya se ha hecho más representativa, es casi tan importante como esto, y yo me inclino a demorar el reconocimiento hasta que se hayan efectuado estos dos actos. No me basta con que De Gaulle se limite a decir que va a hacerlo.

Estoy de acuerdo con usted en que si reconocemos un Gobierno provisional, esto no debe implicar la entrada de Francia en la Comisión de Consejo europea. Esto puede arreglarse después, según sus méritos.

Deseo arreglar este asunto, de momento, directamente entre usted y yo, y preferiría, por ahora, que el *modus operandi* no fuera estudiado entre el Departamento de Estado y su Foreign Office.

Espero que esté usted curado de su fiebre y que de verdad vuelva a encontrarse bien.

* * * * *

Nuestras conversaciones se llevaron a cabo en estos términos. La Asamblea Francesa fué vigorizada y ampliada con la adición

de miembros de las organizaciones de la Resistencia y del antiguo grupo parlamentario. Ya en agosto habíamos llegado a un acuerdo de Asuntos Civiles con la Administración provisional francesa, dividiendo Francia en una zona avanzada, bajo el mando del comandante supremo aliado, y una zona del interior, cuya administración estaría a cargo de las autoridades francesas. El 20 de octubre se anunció que, con el consentimiento del Alto Mando aliado, se había formado una zona del interior que comprendía la mayor parte de Francia, incluído París. De este modo el Comité de Liberación Nacional se convirtió en el Gobierno provisional de Francia.

Yo estaba dispuesto a recomendar, de acuerdo con nuestros aliados, la aceptación oficial de este cuerpo como Gobierno de la Francia liberada. Después de algunas vacilaciones de última hora del Departamento de Estado, se anunció públicamente el asunto durante mi visita a Moscú, donde traté con los rusos de las fases finales del reconocimiento. Este se produjo antes de lo que yo esperaba, y telegrafié al Presidente:

El Primer Ministro (Moscú) al presidente Roosevelt. 23-X-44.

Naturalmente, me ha sorprendido la rápida decisión tomada por el Departamento de Estado, y a mi llegada a Moscú me encuentro con que el reconocimiento se hará público mañana. Por supuesto, nosotros obraremos de modo similar y simultáneo. Me parece probable que los rusos se ofendan. Molotov me ha dicho que de este modo parecerá que son los rusos los que ponen obstáculos, cuando en realidad ellos hubieran llegado a este reconocimiento hace mucho tiempo, pero estaban esperando a que América y la Gran Bretaña expresaran sus deseos. Por lo tanto espero que haya sido posible incluirles a ellos también.

* * * * *

El 27 de octubre dije en mi discurso en la Cámara de los Comunes:

Desde hace unas semanas tengo el convencimiento, no sólo de que el Gobierno francés del general De Gaulle cuenta con el apoyo total de la inmensa mayoría del pueblo francés, sino de que es el único

Gobierno que puede llevar las pesadas cargas que caerán sobre él y el único que permitirá a Francia fortalecerse en el intervalo de tiempo que habrá de transcurrir antes de que los procesos parlamentarios y constitucionales, que ha declarado ser su propósito restaurar, puedan reanudar una vez más sus funciones normales.

De este modo pusimos fin a los procesos que comenzaron en los oscuros y lejanos días de 1940.

* * * * *

Se consideró conveniente que mi primera visita a París tuviera efecto el Día del Armisticio, y así se anunció públicamente. Habíanse recibido gran número de informes en los que se afirmaba que los colaboracionistas intentarían quitarme la vida, y se tomaron extremadas precauciones. En la tarde del 10 de noviembre aterricé en el aeropuerto de Orly donde De Gaulle me recibió con una guardia de honor. Juntos atravesamos en coche las afueras de París y cruzamos la capital hasta llegar al Quai d'Orsay, donde mi esposa Mary y yo fuimos alojados oficialmente. El edificio había estado ocupado mucho tiempo por los alemanes y se me aseguró que yo dormiría en la misma cama y utilizaría el mismo cuarto de baño que habían sido de Goering. Todo estaba magníficamente arreglado y servido, y dentro del palacio me costó trabajo creer que mi última reunión celebrada allí en mayo de 1940 con el Gobierno de Reynaud y el general Gamelin, descrita en un volumen anterior, era otra cosa que un sueño. El 11 de noviembre, a las once de la mañana, De Gaulle me llevó en un coche abierto por la orilla del Sena y por la plaza de la Concordia, con una espléndida escolta de «Gardes Républicaines» en uniforme de gala. Había algunos centenares y ofrecían un brillante espectáculo, iluminado por los rayos del sol. La famosa Avenida de los Campos Elíseos se hallaba abarrotada de parisienses y cubierta de tropas. Todas las ventanas estaban llenas de espectadores y engalanadas con banderas. Por entre una multitud que nos aclamaba frenéticamente, nos abrimos paso hasta el Arco del Triunfo, donde los dos depositamos coronas sobre la tumba del Soldado Desconocido. Cuando

terminó la ceremonia, el general y yo caminamos juntos, seguidos por las principales personalidades de la vida pública francesa, media milla de la Avenida que yo conocía tan bien. Después ocupamos nuestros sitios en la tribuna y contemplamos un espléndido desfile de tropas francesas y británicas. Nuestro destacamento de la Guardia marchó magníficamente. Cuando esto terminó, coloqué una corona al pie del monumento a Clemenceau, a quien recordé en esta conmovedora ocasión.

De Gaulle me ofreció un espléndido almuerzo en el Ministerio de la Guerra y pronunció un halagador discurso ensalzando mis servicios durante la guerra. Pero aun quedaban por resolver muchos problemas.

Durante la noche del 12, después de la cena en la Embajada, salí para Besançon con el general De Gaulle. Este deseaba que yo viera el ataque de gran envergadura que se había planeado para el Ejército francés a las órdenes del general De Lattre de Tassigny. Se habían llevado a cabo minuciosos preparativos para el viaje en un lujoso tren especial y llegamos con mucho tiempo de anticipación para presenciar la batalla. Debíamos ir a un punto de observación situado en la montaña, pero, a causa del cortante frío y de la gran cantidad de nieve, los caminos estaban intransitables y hubo que retrasar las operaciones. Pasé el día viajando en coche con De Gaulle. Durante aquella larga e incómoda excursión durante la cual inspeccionamos las tropas, tuvimos mucho de que hablar. El programa continuó hasta después de anochecer. Los soldados franceses parecían hallarse poseídos de una elevada moral. Marchaban con mucho estilo y cantaban canciones famosas con conmovedor entusiasmo. Mis acompañantes (mi hija Mary y mi ayudante naval Tommy), temían que yo volviera a caer con otra pulmonía, puesto que llevábamos diez horas al aire libre con una temperatura crudísima. Pero todo marchó bien, y, ya en el tren, la cena resultó agradable e interesante. Me asombró el respeto, casi el temor, con que media docena de generales trataban a De Gaulle, a pesar de que él no ostentaba más que una estrella y ellos ostentaban muchas.

Durante la noche, el tren se dividió. De Gaulle volvió a París y la otra mitad del convoy siguió hacia Reims, a donde llegamos la mañana siguiente. Yo me dirigí al Cuartel General de Ike, y por la tarde volví en avión a Northolt.

* * * * *

A mi regreso a Londres envié un informe al Presidente y una copia del mismo a Stalin.

El Primer Ministro al presidente Roosevelt. 15-XI-44.

...Gracias por sus buenos deseos respecto al viaje París—De Gaulle. Desde luego, fuí objeto de una magnífica recepción por parte de cerca de medio millón de franceses en los Campos Elíseos y también por parte del centro de oposición del Ayuntamiento. Y restablecí las relaciones personales amistosas con De Gaulle.

Veo que la prensa francesa y de otros países ha publicado la noticia de que tomamos en París toda clase de decisiones. Puede usted estar seguro de que nuestras conversaciones sobre asuntos importantes se celebraron únicamente sobre una base *ad referendum* de las tres grandes potencias, y, sobre todo, naturalmente, de ustedes, que tienen, con mucho, el mayor número de tropas en Francia. Eden y yo celebramos el día 11 con De Gaulle y dos o tres de sus hombres, una conversación de dos horas, después del almuerzo. De Gaulle me hizo una serie de preguntas que me demostraron lo poco que estaban informados de lo que se había decidido y de lo que estaba sucediendo. Naturalmente, él está deseoso de obtener un equipo completo y moderno para otras ocho divisiones, que sólo puede ser proporcionado por usted. La S.H.A.E.F. opone, con razón, que estas divisiones no estarían listas antes de la derrota de Alemania y que deben emplearse los buques de transporte para el mantenimiento de las fuerzas ya en acción, que ganarán las batallas del invierno y de la primavera. Yo reforcé esta opinión.

Al mismo tiempo comprendo el deseo de los franceses de ocupar más terreno en la línea de fuego, de participar todo lo posible en la batalla y en lo que todavía falte por luchar (que puede ser mucho) y no tener que entrar en Alemania como un conquistador que no ha luchado. Hice notar que este era un punto de vista sentimental, pero que, de todos modos, merecía ser estudiado. Lo importante para Francia era tener un ejército preparado para la labor que habría de realizar; es decir, en primer lugar para cumplir con su obligación de mantener el país en paz

El capitán general Alfred Jodl, jefe del Estado Mayor central del Gobierno de Doenitz, en el momento de firmar la capitulación.

Reims, 7 de mayo de 1945. — Las Fuerzas Armadas alemanas firman la capitulación sin condiciones en nombre del nuevo Gobierno del gran almirante Doenitz.

El mariscal G. Zukov firma la capitulación en nombre del Alto Mando del Ejército Rojo.

El mariscal de campo Keitel firma la capitulación en representación del Alto Mando de las Fuerzas Armadas.

y en orden detrás de las líneas de nuestro frente, y en segundo lugar para ayudar más adelante a mantener sometidas las zonas de Alemania.

Respecto a este segundo punto, los franceses insistieron con fuerza en participar en la ocupación de Alemania, y no sólo como participantes secundarios bajo mando británico o americano, sino bajo mando francés. Yo dije que comprendía y simpatizaba con esta pretensión, sabiendo muy bien que llegará un día, no dentro de muchos años, en que los ejércitos americanos se retirarán a su país y en que los ingleses tropezarán con grandes dificultades para el mantenimiento de grandes fuerzas en el extranjero, cosa tan contraria a nuestro modo de vida y tan desproporcionada a nuestros recursos. Por tanto, les pedí que estudiaran el tipo de ejército necesario para aquel fin, que es totalmente distinto a la organización por divisiones necesaria para romper la resistencia de un ejército enemigo moderno y curtido por la guerra. Este argumento pareció impresionarles, pero siguieron insistiendo en sus deseos.

He leído un mensaje de Reuter, procedente, sin duda, de fuentes no oficiales de París, según el cual se acordó que se asignaran ciertas zonas a Francia (el Ruhr, la zona del Rin, etc.) para ser guarnecidas por tropas francesas. Esto no es cierto, y es evidente que no se puede acordar nada a este respecto sin antes obtener el consentimiento de usted. A De Gaulle le dije únicamente que habíamos dividido Alemania en zonas rusa, alemana y británica, y, en términos generales, que Rusia tenía el este, los ingleses el norte y los americanos el sur. Dije, además, en nombre de Su Majestad, que cuanto menos territorio tuviéramos nosotros, mejor, y que, desde luego, seríamos partidarios de que los franceses se hicieran cargo de una zona tan extensa como su capacidad se lo permitiera, pero que todo esto tendría que solucionarse en una conferencia interaliada. Naturalmente, yo podría publicar un mentís a las declaraciones de la Reuter, pero es posible que usted no lo considere necesario ante la evidencia de los hechos. Hoy telegrafío a Tío Joe en el mismo sentido. No hemos intentado arreglar nada definitivo ni llegar a un acuerdo terminante.

Sin embargo, es incontrastable que hay un número de cuestiones que requieren una decisión desde un nivel más elevado que el del Alto Mando y sin la cual no se puede dar ninguna disposición clara. Esta es otra de las razones por las que debemos celebrar una reunión tripartita, si Tío Joe no quiere asistir, o cuatripartita, si así lo desea. En este último caso, los franceses estarían presentes cuando se tratara de ciertas cuestiones, y ausentes cuando se tratara de otras. Tenemos que darnos cuenta de que antes de que transcurran cinco años habrá que formar un ejército francés capaz de enfrentarse con la tarea de dominar Alemania. El punto principal de discusión entre Eden y Bidault fué Siria, nuestra gran

preocupación. La conversación sobre este tema fué difícil, prolongada y poco concluyente.

He querido enviarle este informe inmediatamente, por si acaso se publican en la prensa más afirmaciones tendenciosas.

Saqué muy buena opinión de Bidault. Se parece a Reynaud cuando era más joven, especialmente en su manera de hablar y sonreír. A todos nos produjo una impresión muy favorable, y no hay duda de que tiene gran parte en el poder. Giraud asistió al banquete, aparentemente muy contento. ¡Qué cambio de fortunas desde Casablanca! En general, tuve la sensación de hallarme en presencia de un Gobierno organizado sobre amplias bases, cuya fuerza aumenta rápidamente. Estoy seguro de que sería una imprudencia hacer nada por debilitarlo a los ojos de Francia en este momento difícil y crítico. Me causó una impresión de estabilidad a pesar de las amenazas comunistas, y creo que podremos hablarles [a los franceses] con más confianza. Espero que no crea usted que al decir esto me visto con ropaje francés. Dígame su opinión. Más tarde volveré a telegrafiarle acerca de la reunión...

También intercambié calurosos mensajes con el general De Gaulle.

El Primer Ministro al general De Gaulle. 16-XI-44.

Ahora que estoy de vuelta en mi país, permítame expresar a Vuestra Excelencia y a sus colegas del Gobierno francés mi profundo agradecimiento por su espléndida hospitalidad, así como por las innumerables amabilidades y deferencias que han tenido conmigo y con mis amigos durante los días memorables que hemos pasado recientemente en Francia. Siempre recordaré como uno de los momentos más gloriosos y conmovedores de mi vida, la maravillosa recepción que el pueblo de París dispensó a sus invitados británicos durante nuestra primera visita a su capital después de la liberación. También estoy muy agradecido por la oportunidad que tuve de apreciar por mí mismo el valor y la alta calidad de las tropas francesas que están completando la liberación de su suelo nativo bajo el hábil mando del general De Lattre de Tassigny. La bienvenida que se nos ha dado es, en verdad, un feliz augurio para la continuada amistad entre nuestros dos países, esencial para la seguridad y la futura paz de Europa.

El general De Gaulle al Primer Ministro. 20-XI-44.

En nombre del Gobierno le doy las gracias por su mensaje. Francia, su capital y su ejército se han sentido felices de poder aclamar en la

persona de usted, no solamente al Primer Ministro de un gran país que les es muy querido, sino al glorioso combatiente que ha mantenido la coalición durante los días más sombríos de la guerra y a quien se debe la victoria. Permítame expresarle la satisfacción personal que he experimentado al volver a verle. (1)

El Primer Ministro al general De Gaulle (París). 25-XI-44

Si le parece conveniente, le ruego transmita este mensaje a De Lattre:

Le envío mi enhorabuena por los brillantes éxitos de su joven ejército. Debe resultar maravilloso ser un francés con veinte años y buenas armas en la mano y tener una Francia que vengar y que salvar.

* * * * *

El 20 de noviembre, Stalin me envió una amistosa respuesta a mi telegrama del 15.

El mariscal Stalin al Primer Ministro. 20-XI-44.

Gracias por su información respecto a sus conversaciones con De Gaulle. He leído con todo interés su comunicación. No tengo nada que objetar a su propuesta de una posible reunión de nosotros tres y los franceses, siempre que el Presidente acceda también. Pero primero es necesario que decidamos nosotros el momento y el lugar de la reunión.

El general De Gaulle ha expresado recientemente su deseo de venir a Moscú para establecer contacto con los jefes del Gobierno soviético. Le hemos contestado accediendo a su deseo. Se espera que los franceses lleguen a Moscú a fines de mes. Todavía no han expuesto las cuestiones que desearían discutir. Sea como fuere, después de nuestras conversaciones con el general De Gaulle, se lo comunicaré a usted.

Esto hizo surgir la cuestión de la futura organización de Europa. En la prensa y en todas partes se habían extendido rumores de que al final de la guerra se formaría un bloque occidental. Este proyecto parecía resultar muy atractivo en los círculos del Foreign Office, aunque pondría sobre nuestros hombros una pesada carga de compromisos militares. Expuse mi opinión de que el Gabinete

(1) Texto original en francés.

debería ser consultado en seguida, toda vez que se aproximaba la celebración de conversaciones franco-soviéticas.

Después de consultar a Eden, envié la siguiente respuesta a Stalin:

El Primer Ministro al mariscal Stalin. 25-XI-44.

Contesto su mensaje del 20 de noviembre. Me alegro de que De Gaulle vaya a visitarle y espero que los dos hablen de todos los asuntos. Se ha hablado en la prensa de un bloque occidental, pero no he estudiado todavía este asunto. Confío primero en que nuestro tratado de alianza y la íntima colaboración con los Estados Unidos formen los cimientos de una Organización mundial para asegurar e imponer la paz a un mundo torturado. Unicamente después, subordinados a una tal estructura mundial, debe llegarse a acuerdos europeos para una mejor camaradería. En este asunto no tendremos secretos para usted, con la plena seguridad de que usted nos tendrá igualmente informados de lo que piensa y lo que necesita.

2. La batalla en el oeste es muy dura, y el barro, espantoso. La lucha principal se desarrolla en el eje de Aix-la-Chapelle-Colonia. Esta baralla no se ha decidido aún en nuestro favor, aunque Eisenhower todavía cuenta con importantes reservas para proseguir la lucha. En el noroeste, los ejércitos de Montgomery miran hacia el norte reteniendo a los alemanes en la línea del Mosa holandés. Este río nos permite una gran economía de fuerzas en aquel frente. Hacia el este avanzamos lenta, pero firmemente, y mantenemos al enemigo en continua batalla. Debemos alegrarnos de la ocupación de Metz y de la retirada del enemigo hacia el Rin con una gran victoria de los americanos. En el sur, los franceses han obtenido grandes triunfos, sobre todo al alcanzar el Rin en un amplio frente y tomar Estrasburgo. Estos jóvenes soldados franceses, de dieciocho a veintiún años, se están mostrando dignos de la gloriosa oportunidad que se les ofrece de limpiar de enemigos el suelo de Francia. Tengo una gran opinión del general De Lattre de Tassigny. De Gaulle y yo fuimos allí para ver el comienzo de la batalla desde un buen observatorio, pero durante la noche cayó una nevada de un pie de espesor y la operación se retrasó tres días.

3. Dentro de una semana o de diez días será posible calcular si los ejércitos alemanes serán definitivamente derrotados al oeste del Rin. Si es así, podremos seguir avanzando a pesar del mal tiempo. De otro modo se sufrirá algún retraso durante lo más crudo del invierno, después del cual un asalto de gran envergadura debería terminar con la resistencia organizada de los alemanes en el oeste.

4. ¿Cree usted que este invierno será duro y que esto afectará su estrategia? A todos nos gustó mucho su último discurso. Le ruego no deje de informarme privadamente si ocurre algo desagradable, a fin de que podamos resolverlo y mantener el dominio sobre el nazismo con el mayor grado posible de intensidad.

Mientras tanto, el general De Gaulle había llegado a Moscú y se habían iniciado las conversaciones con los rusos. Stalin no perdió tiempo en informarme de los puntos generales.

El mariscal Stalin al Primer Ministro. 2-XII-44.

Es evidente que, cuando lleguen a la Unión Soviética, De Gaulle y sus amigos franceses plantearán estas dos cuestiones:

1. La conclusión de un tratado franco-soviético de ayuda mutua, similar al pacto anglo-soviético.

No tenemos nada que objetar a ello, pero quisiéramos conocer su opinión sobre este asunto. Le ruego me la comunique.

2. De Gaulle probablemente pondrá sobre el tapete la cuestión de cambiar la frontera oriental de Francia y de extender la frontera francesa hasta la orilla izquierda del Rin. También es del dominio público que existe el proyecto de formar una provincia renano-westfaliana bajo control internacional. Posiblemente se estudia la participación francesa en este control. De este modo, la propuesta de los franceses de trasladar la línea fronteriza al Rin sería contraria al proyecto de crear una provincia del Rin bajo control internacional.

Le ruego me dé su opinión también sobre este punto.

He enviado un mensaje similar al Presidente.

Al día siguiente me escribió de nuevo:

El mariscal Stalin al Primer Ministro. 3-XII-44.

La reunión con el general De Gaulle nos ha brindado una oportunidad para efectuar un amistoso intercambio de puntos de vista sobre la cuestión de las relaciones franco-soviéticas. Durante las conversaciones, el general De Gaulle insistió, como yo había supuesto, en dos puntos principales: la frontera francesa sobre el Rin y la conclusión de un pacto franco-soviético de ayuda mutua, similar al tratado anglo-soviético.

Por lo que respecta a la frontera francesa sobre el Rin, expuse mi opinión de que era imposible decidir esta cuestión sin el conocimiento

y el acuerdo de nuestros principales aliados, cuyos ejércitos se hallaban enzarzados en una batalla de liberación contra el enemigo en el territorio de Francia. Insistí en la complejidad de una solución de este asunto.

Por lo que se refiere a la propuesta de un pacto franco-soviético de ayuda mutua, señalé la necesidad de estudiar esta cuestión desde diferentes ángulos y de hacer una aclaración del aspecto jurídico de un pacto semejante, sobre todo de la cuestión de quién ratificaría este pacto en Francia en las condiciones actuales.

En consecuencia, los franceses tienen que darnos todavía algunas explicaciones, las cuales no hemos recibido hasta ahora.

Al enviarle a usted esta información, le quedaré muy agradecido por su respuesta y los comentarios que le merezcan estos asuntos.

He cablegrafiado en el mismo sentido al Presidente.

Le envío mis más afectuosos saludos.

El 4 de diciembre se reunió el Gabinete para estudiar las posibilidades de un bloque occidental y las conversaciones de De Gaulle en Moscú. Leí a mis colegas el último intercambio de correspondencia con Stalin, y en las primeras horas del 5 de diciembre le envié un mensaje que contenía el resultado de nuestras deliberaciones.

El Primer Ministro al mariscal Stalin. 5-XII-44.

Contesto su telegrama sobre la visita de De Gaulle y los dos puntos que le expondrá. No tenemos nada en absoluto que objetar a un pacto franco-soviético de ayuda mutua, similar al pacto anglo-soviético. Por el contrario, el Gobierno de Su Majestad lo considera conveniente y un lazo más de unión entre todos nosotros. También hemos pensado que sería mejor aún firmar un pacto tripartito que abarcara nuestro tratado anglo-soviético y lo ampliara. De este modo las obligaciones de cada uno de nosotros serían idénticas y estarían enlazadas. Le ruego me comunique si le gusta esta idea, como espero que suceda. Naturalmente, los dos informaríamos de la medida a los Estados Unidos.

2. La cuestión de trasladar la frontera oriental de Francia a la orilla izquierda del Rin, o la alternativa de formar una provincia renano-westfaliana bajo control internacional, así como las demás propuestas, deberían esperar a ser discutidas en la Conferencia de la Paz. Sin embargo, no existe razón alguna que se oponga a que cuando nos reunamos los tres jefes de Gobierno, lleguemos a conclusiones mucho más prácticas respecto a esto que las que hemos alcanzado hasta ahora. Como usted ha visto, el Presidente no espera que De Gaulle asista a

la reunión de los tres. Yo deseo que se modifique el plan original en el sentido de que pueda asistir más adelante, cuando se proceda al estudio de las decisiones que afectan directamente a Francia.

3. Mientras tanto, ¿no cree usted que sería una buena idea que la Comisión del Consejo europea que se encuentra en Londres, y de la que Francia es miembro, estudie el tema en nombre de todos nosotros, sin comprometer en ningún sentido a los jefes de Gobierno?

4. Mantengo informado al Presidente.

También Mr. Roosevelt estaba en íntimo contacto conmigo.

El presidente Roosevelt al Primer Ministro. 6-XII-44.

Con fecha de hoy he enviado el siguiente mensaje a Tío Joe:

«Gracias por sus dos mensajes informativos de los días 2 y 3 de diciembre.

Por lo que respecta al proyectado pacto franco-soviético, similar al pacto anglo-soviético de ayuda mutua, este Gobierno no tiene nada que objetar si usted y el general De Gaulle lo consideran de interés para sus dos países y para la seguridad europea en general.

Estoy de completo acuerdo con las respuestas de usted al general De Gaulle respecto a la frontera de post-guerra de Francia. Creo que un intento de solucionar ahora esta cuestión no reportaría ninguna ventaja para nuestro esfuerzo bélico y que es preferible solventarlo después de la caída de Alemania.»

Más tarde me escribió como sigue:

El presidente Roosevelt al Primer Ministro. 6-XII-44.

Habrá visto usted por mi respuesta a Stalin acerca de sus conversaciones con De Gaulle, que nuestras opiniones son idénticas por lo que se refiere a las cuestiones planteadas.

Sigo firme en mi idea de que cualquier intento de admitir a De Gaulle en la reunión de nosotros tres, sería únicamente introducir un factor que complicaría las cosas.

En cuanto a la proposición de usted a Tío Joe de que la cuestión de las fronteras francesas de post-guerra sea remitida a la Comisión de Consejo europea, creo que, puesto que la Comisión está muy ocupada en solventar las cuestiones referentes a la rendición de Alemania, sería un error plantearle a estas alturas ningún problema de fronteras de post-guerra. Me parece preferible dejar este punto específico para estudiarlo nosotros más adelante.

Comprendo perfectamente las ventajas que ve usted en un posible pacto tripartito anglo-franco-soviético. No obstante, tengo algunas dudas sobre los efectos de este pacto en la cuestión de la Organización Internacional de Seguridad, a la que, como usted bien sabe, concedo la mayor importancia. Temo que un pacto tripartito pueda ser interpretado aquí por la opinión pública como un competidor de la futura organización mundial, mientras que un pacto bilateral entre Francia y la Unión Soviética, similar al pacto anglo-soviético, sería más comprensible. Creo, no obstante, que este es un asunto que concierne principalmente a los tres países interesados.

El día siguiente me telegrafió Stalin:

El mariscal Stalin al Primer Ministro. 7-XII-44.

He recibido su respuesta a mi mensaje sobre el pacto franco-soviético y sobre la frontera de Francia en el Rin. Muchas gracias por su opinión.

Cuando recibí su respuesta ya habíamos iniciado con los franceses las conversaciones sobre el pacto. Su propuesta en la que considera preferible un pacto tripartito anglo-franco-soviético, como una mejora del pacto anglo-soviético, ha sido aceptada por mí y por mis colegas. Hemos hecho una proposición a De Gaulle para la conclusión de un pacto tripartito, pero aún no hemos recibido respuesta.

He demorado mi contestación a los otros mensajes de usted. Espero contestarle pronto.

Pero los acontecimientos tomaron un curso algo distinto. Por razones internas, los franceses estaban decididos a salir de Moscú con un pacto estrictamente franco-soviético. Así se firmó el 10 de diciembre, y Stalin me telegrafió el mismo día:

El mariscal Stalin al Primer Ministro. 10-XII-44.

Comuniqué al general De Gaulle la preferencia de usted por un pacto anglo-franco-soviético de ayuda mutua y hablé en favor de aceptar su propuesta. No obstante, el general De Gaulle insistió en firmar un pacto franco-soviético, diciendo que más tarde se podría firmar un pacto tripartito, ya que ello requería ciertos preparativos. Al mismo tiempo llegó un mensaje del Presidente informándome que no hacía ninguna objeción a un pacto franco-soviético. Por último

llegamos a un acuerdo y el pacto se ha firmado hoy, y será hecho público después de la llegada del general De Gaulle a París.

Creo que la visita del general De Gaulle ha dado resultados positivos, y no sólo ayudará a fortalecer las relaciones franco soviéticas, sino que también contribuirá a la causa común de los aliados.

Dependía de los franceses llegar a un acuerdo similar con nosotros, si así lo deseaban. Yo informé en broma a Stalin de esta posibilidad.

El Primer Ministro al mariscal Stalin. 19-XII-44.

Anoche vi por segunda vez la película «Kutuzov» que me regaló usted. La primera vez me gustó mucho, pero como estaba en ruso no logré entender el significado exacto de cada escena. Anoche la vi con los letreros ingleses, que me la hicieron comprensible, y debo decirle que, a mi juicio, se trata de una de las producciones más magistrales que he visto. Nunca se ha expuesto con más claridad el conflicto entre dos potencias de la voluntad. Nunca se ha inculcado con más efectividad en una película la importancia de la lealtad entre el mando y los hombres. Nunca han sido presentados los soldados rusos y la nación rusa de un modo tan glorioso ante la nación británica. Nunca he visto mejor empleado el arte de la cámara.

2. Le agradecería me permitiera comunicar mi admiración y mi gratitud personalmente a todos aquellos que han contribuído a llevar a cabo esta obra de arte y de elevada moral. Mientras tanto, le felicito.

3. Me complace pensar que estábamos unidos en aquella lucha mortal, así como en esta Guerra de los Treinta Años. Supongo que no habrá enseñado la película a De Gaulle, como tampoco yo le enseñaré «Lady Hamilton» cuando venga aquí a firmar un tratado semejante al que ha firmado con ustedes y al existente entre ustedes y nosotros.

Saludos.

El 25 de diciembre, Stalin me contestó que, «naturalmente, le complacería la firma de un tratado anglo-francés». Mi opinión era que no corría prisa el asunto y que debíamos esperar que los franceses dieran el primer paso. El 31 de diciembre escribí a Eden:

Es posible que le interese conocer la forma que van adoptando las propuestas surgidas sobre el *tapis* para un tratado entre Inglaterra y Francia. Usted me dijo que si De Gaulle aseguraba que no habría un tratado anglo-francés hasta que se hubiera solucionado la

situación de Siria, le dejaría que esperara. Es él quien tiene que proponerlo y no nosotros.

Mientras tanto, no perdemos nada desde el punto de vista de seguridad, porque los franceses no tienen apenas ejército y todas las otras naciones interesadas están hundidas o todavía esclavizadas. Hemos de tener cuidado de no comprometernos con lazos que no podamos deshacer ni en compromisos con otras entidades sin correspondencia por su parte. Ignoro cuál será nuestra situación financiera después de la guerra, pero estoy seguro de que no podremos mantener suficientes fuerzas armadas para proteger a todas estas naciones indefensas, aunque quieran convencernos de que vuelven a crear sus ejércitos. Sea como sea, lo primero que hay que hacer es formar una Organización Mundial, de la que dependa todo.

Capítulo XVII

CONTRAATAQUE EN LAS ARDENAS

Muerte del mariscal de campo, Dill. — Tributos americanos. — El avance hacia el Rin. — El I Ejército norteamericano intenta adueñarse de las presas del río Roer. — Patton es detenido en la Línea Sigfrido. — La liberación de Estrasburgo, 23 de noviembre. — Mi informe a Smuts, 3 de diciembre. — Un revés estratégico en el frente occidental. — Mi telegrama del 6 de diciembre al Presidente. — Su optimista respuesta, 10 de diciembre. — Crisis en las Ardenas, 16 de diciembre. — La ruptura alemana del frente. — Eisenhower actúa con celeridad. — Rotura del frente del general Bradley. — El mariscal de campo Montgomery recibe el mando en el Norte. — Mi telegrama del 22 de diciembre a Smuts. — Duras batallas en Marche. — El tiempo mejora, 23 de diciembre. — La lucha por Bastogne. — Comienza nuestra contraofensiva desde el norte, 3 de enero. — Mi telegrama del 6 de enero al Presidente. — El valor americano. — Apelo personalmente a Stalin, 6 de enero. — Su emocionante respuesta, 7 de enero. — Los aliados ocupan Houffalize el 16 de enero. — La amenaza a Estrasburgo. — Tributo de Montgomery a los soldados americanos. — Mi discurso en los Comunes, 18 de enero.

EL mes de noviembre trajo a la causa aliada la pérdida del mariscal de campo sir John Dill, jefe de nuestra misión de Servicios Conjuntos en Washington. Después de cuarenta años de una vida totalmente dedicada al Ejército, que comenzó en la guerra sudafricana, fué nombrado jefe del Estado Mayor General Imperial en mayo de 1940. En este importante puesto, su siempre nivelado juicio y su ecuánime temperamento fueron un gran apoyo durante nuestros días de peligro. Después de Pearl Harbour, fué trasladado a Washington, donde interpretaba nuestros puntos de vista para los jefes de Estado Mayor norteamericanos. Allí pronto se hizo querer y trabó amistad con el general Marshall, que resultó valiosísima para resolver los choques y las fricciones que inevitablemente surgen entre aliados. Este fué el principal objetivo de su carrera. No cabe duda de que, a no ser por su generosa devoción a su deber, hubiera vivido mucho más de 63 años; pero, aunque era ya un hombre muy enfermo, no quería entregarse. Como último tributo concedido a él y a todo lo que él representaba, se le concedió el honor de ser enterrado en el cementerio nacional de Arlington, donde descansan todos los grandes hombres de América. El Ejército americano levantó en su memoria una estatua ecuestre.

El Presidente me envió un mensaje en el que me decía: «América se une a la Gran Bretaña en su pesar por la pérdida de su distinguido soldado, cuyos admiradores personales aquí forman legión.» Se lo agradecí, y dije al general Marshall: «He leído con emoción el mensaje que los jefes norteamericanos del Estado Mayor conjunto han enviado a sus colegas británicos con motivo de la

muerte de nuestro amigo sir John Dill. Permítame expresarle mi agradecimiento por sus cariñosas palabras. Hizo todo lo que pudo para que las cosas marcharan bien, y las cosas marcharon bien.»

Llenar el vacío que dejaba exigía efectuar cambios importantes en nuestros mandos.

El Primer Ministro al general Wilson (Italia) 21-XI-44.

Es de la máxima importancia que el puesto del mariscal de campo Dill sea ocupado por alguien que tenga de vez en cuando acceso al Presidente y cuya situación le permita estar en contacto muy íntimo con el general Marshall. No hace falta decir que el oficial seleccionado debe ser uno que trabaje bien con los americanos y que conozca a fondo el panorama general de la guerra. Sólo se me ocurre un oficial que tenga las cualidades necesarias, y éste es usted mismo. Por tanto, he propuesto al Presidente que usted suceda a Dill como jefe de la Misión Militar británica y como representante personal mío en los asuntos militares de Washington. El Presidente se ha mostrado cordialmente de acuerdo y puede usted estar seguro de recibir una cálida bienvenida en Washington. Espero, por tanto, que me comunique usted inmediatamente que acepta este importante nombramiento.

2. También he propuesto al Presidente que el general Alexander se convierta en Comandante Supremo aliado en el Mediterráneo, sucediéndole a usted en este puesto, con el general McNarney como segundo jefe, y que el general Mark Clark se haga cargo del Grupo de Ejércitos del frente italiano.

3. El Presidente ha contestado que estas propuestas son totalmente aceptadas, tanto por los jefes de Estado Mayor norteamericanos como por él mismo.

4. Me gustaría que viniera usted a Inglaterra la semana próxima para celebrar durante uno o dos días conversaciones preliminares. Espero que pueda arreglarlo. Mi «York» saldrá inmediatamente para allá. Espero que traiga usted consigo a Macmillan.

El Presidente telegrafió diciendo: «Agradezco el honor que hace usted al general Clark al sugerir que se haga cargo del Grupo de Ejércitos en Italia, como sucesor del general Alexander».

* * * * *

Mientras tanto, se habían efectuado muchos preparativos en el frente occidental para el avance hacia el Rin. Las lluvias de noviembre fueron las más intensas que habían caído durante muchos años. Se desbordaron los ríos y los arroyos, formando ciénagas por las que tenía que pasar la Infantería. En el sector británico, el II Ejército de Dempsey había rechazado al enemigo desde su gran saliente al oeste de Venlo, detrás del Mosa . Más al sur, nuestro XXX Cuerpo de Ejército se había puesto en línea entre Maeseyck y Geilenkirchen, donde se había dado la mano con el IX Ejército norteamericano. Ambos ejércitos ocuparon Geilenkirchen el 19 de noviembre, después de una intensa preparación artillera, y luego avanzaron fatigosamente a través de un terreno empapado, hacia el río Roer. El ala derecha del IX Ejército lo alcanzó el 3 de diciembre, cerca de Jülich, mientras el I Ejército, que iba formando su flanco, sostuvo un duro combate en el bosque de Hurtgen. Diecisiete divisiones aliadas participaron en él. El enemigo disponía casi de otras tantas, y la lucha fué muy encarnizada.

Hubiera sido insensato cruzar entonces el río, porque su nivel estaba regulado por las enormes presas que había unas cuantas millas más al sur. Las presas estaban todavía en manos del enemigo, y abriendo las compuertas éste hubiera incomunicado a las tropas nuestras que estuvieran en la otra orilla. Los bombarderos pesados trataron de destrozar las presas y soltar el agua, pero, a pesar de conseguir varios impactos directos, no se abrió una sola brecha, y el 13 de diciembre el I Ejército de los Estados Unidos tuvo que reanudar su avance para ocuparlas.

Mientras tanto, al sur de las Ardenas, el Ejército de Patton había cruzado el Mosela a ambos lados de Thionville, avanzando hacia el este sobre la frontera alemana. El 20 de noviembre entró en Metz, a pesar de que los alemanes todavía se mantenían en los fuertes que rodeaban la ciudad, el último de los cuales resistió hasta el 13 de diciembre. Desde Metz y Nancy el Ejército se dirigió al río Sarre, que fué alcanzado en un frente muy amplio,

y el 4 de diciembre se formaron cabezas de puente cerca de Saarlautern. Allí los soldados norteamericanos se vieron enfrentados con la parte más fuerte de las defensas de la Línea Sigfrido. Consistían éstas en una línea avanzada a lo largo de la orilla norte del río, tras la cual había una zona de más de dos millas de profundidad saturada de obras de cemento que se apoyaban recíprocamente entre sí. Ante unas fortificaciones tan formidables y tan obstinadamente defendidas, el III Ejército hizo un alto.

A la derecha de la línea, el VI Grupo de Ejércitos del general Devers, que se extendía desde Luneville hasta Epinal, forzó el paso a través de los Vosgos y de la brecha de Belfort. El VII Ejército americano tuvo que luchar con dureza para conquistar las crestas, pero el I Ejército francés, después de un combate de una semana de duración, cuyo comienzo había yo estado a punto de ver, ocupó Belfort el 22 de noviembre y alcanzó el Rin al norte de Basilea. Luego los franceses hicieron una conversión de frente, y avanzando aguas abajo, marcharon sobre Colmar. Con esta maniobra se rodeaba el flanco alemán en los Vosgos y el enemigo se retiró. El 23 de noviembre se entró en Estrasburgo. Durante las semanas siguientes, el VII Ejército limpió toda la Alsacia septentrional, avanzó para ponerse a la altura y a la derecha del III Ejército, y, cruzando la frontera alemana en un ancho frente, perforó la Línea Sigfrido, cerca de Wissembourg. Todavía quedaba una gran bolsa de alemanes, de unas treinta millas de anchura y profundidad, en Colmar, en territorio francés. Los franceses habían sido incapaces de eliminarlos, y esta bolsa había de resultar, semanas más tarde, un gran obstáculo.

* * * * *

Entonces escribí a Smuts comentando la situación.

El Primer Ministro al mariscal de campo Smuts. 3-XII-44.

...2. A pesar de Metz, Estrasburgo y otros éxitos, hemos tenido, claro , está, ciertos reveses estratégicos en el Frente Occidental. Antes de ini-

ciarse esta ofensiva, habíamos hecho constar nuestra opinión de que era un error atacar en todo el frente, y que debería haberse reunido una masa mucho mayor en el punto de penetración deseado. Los comentarios y predicciones que hizo anteriormente Montgomery han resultado ciertos en todos sus puntos. Supongo que se harán algunos reajustes, mediante los cuales se devuelvan a Montgomery algunas de las responsabilidades que se le retiraron después de la victoria que obtuvo en Normandía. Debe usted recordar, sin embargo, que la potencia de nuestros ejércitos es la mitad que la de los americanos, y que pronto no será más que un tercio. En la esfera militar, el ambiente sigue siendo amistoso a pesar del desengaño sufrido. Debemos ahora reagrupar y reforzar los ejércitos para la ofensiva de primavera. Hemos de sostener, por lo menos, una gran batalla antes de que alcancemos en el norte el Rin, que es el eje decisivo del avance. Mientras tanto, estoy tratando de que Holanda quede limpia antes, ya que está a nuestra retaguardia, pero ya no me resulta tan fácil como antaño lograr que se hagan las cosas.

3. Nuestros ejércitos en Italia se han visto retrasados y muy debilitados a causa de la operación «Yunque». Por lo tanto, procedimos a limpiar los Apeninos, para encontrarnos con que el valle del Po estaba convertido en un fangal. Tanto en las montañas como en las llanuras, nuestra inmensa superioridad en fuerzas acorazadas ha sido inútil, y ahora el mal tiempo disminuye en Italia, igual que en el frente occidental, el poderío de la aviación táctica en la que tanto predominio tenemos. Hasta ahora hemos fijado en Italia veintiocho divisiones alemanas, y por tanto no puede hacerse ningún reproche a nuestras actividades. Por el contrario, el general Marshall está asombrado de que hayamos logrado tanto. Sin embargo, esto se debe sólo a que los alemanes han demorado su retirada por el Brennero y por Liubliana, seguramente con objeto de poder llevar a su Patria las fuerzas que están en los Balcanes. Por el momento, no podemos esperar un desarrollo muy satisfactorio de los acontecimientos en Italia del Norte, aunque todavía estamos atacando...

5. También en Birmania nos hemos visto obligados a descender desde el norte a través de las junglas, que yo había confiado en poder evitar, y Mountbatten se las está arreglando bastante bien. Sin embargo, ahora, los desastres en China han hecho caer Kunming, y pronto podrán afectar a Chungking. El Generalísimo está retirando sus mejores tropas chinas del avance hacia el sur en Birmania para defender con ellas su capital y su cabeza de puente aéreo, y espero que su vida y el régimen. No se lo reprocho, aunque esto puede afectar gravemente al éxito de las bien conducidas, aunque poco atractivas, operaciones de Mountbatten. Parece que estamos condenados a vadear a media velo-

cidad a través de estas junglas, y hasta ahora no he logrado llegar a un acuerdo para el ambicioso golpe anfibio y estratégico a descargar en el golfo de Bengala. Todo tiene que ser bien estudiado primero por el Estado Mayor conjunto, y la norma de «seguridad ante todo» es la que rige todos los planes. Los americanos están luchando con dureza en Leyte, pero su avance en el Pacífico ha sido admirable durante todo el año. Espero que nuestra flota, que entonces habrá aumentado, se pueda unir a ellos en 1945. Como dijo el viejo Fisher, «La Marina Real siempre viaja en primera clase», y ya se puede usted imaginar las enormes exigencias en poderío humano, buques auxiliares y preparativos de todas clases, que el Almirantazgo ha pedido alegremente.

6. Mientras tanto, se aproxima la sombra de las elecciones generales que, antes de que hayan pasado muchos meses, habrá roto, sin duda de ninguna clase, el gobierno más capaz que nunca ha tenido Inglaterra, o vuelva a tener en el futuro. En general, nos espera un buen año. Nuestro futuro económico ocupa todas las brechas del horizonte que no están ya de por sí saturadas de nubes. A pesar de todo, estoy seguro de que podremos vencer estas dificultades a medida que se presenten, ya sean aisladamente o en compañía, a pesar de que falta el elemento tónico del peligro mortal.

7. De todos los mensajes recibidos en el día de mi cumpleaños, ninguno me infundió más aliento que el suyo, mi viejo y leal amigo.

Tres días más tarde me dirigí al Presidente.

El Primer Ministro al presidente Roosevelt. 6-XII-44

Ya que no podemos entrevistarnos, me parece que ha llegado la hora de que le plantee la grave y decepcionante situación bélica con que tenemos que enfrentarnos al terminar este año. Aunque se han obtenido gran número de victorias tácticas en el frente occidental y tenemos como trofeos Metz y Estrasburgo, la verdad es que hemos fracasado definitivamente en lograr el objetivo estratégico que calculamos para nuestros ejércitos hace cinco semanas. Todavía no hemos alcanzado el Rin en la parte septentrional, el sector más importante del frente, y tendremos que continuar la batalla durante muchas semanas antes de poder tener esperanzas de alcanzar el Rin y establecer nuestras cabezas de puente. Después de esto, todavía nos queda avanzar a través de Alemania.

2. En Italia, los alemanes todavía mantienen veintiséis divisiones, equivalentes quizá a dieciséis o más del completo de nuestro frente. Sin embargo, podrían retirarse en cualquier momento, a través del Brennero y Liubliana, y acortar su línea sosteniéndose desde el lago

Garda hasta la boca del Adigio. Haciendo esto, podrían anorrar la mitad de sus fuerzas italianas para destinarlas a la defensa de su patria. Aun después de esto, quedan los Alpes, sobre los que podrían replegarse, con un ahorro de hombres todavía mayor. Creo posible que la razón de que aguanten tanto tiempo en Italia, puede ser la de poder sacar las doce divisiones que están en los Balcanes, y que ahora están efectuando un combate de retirada hacia Hungría y Austria. Aparte de la aviación, los partisanos y las pequeñas fuerzas de comando, no tenemos medio para impedirlo, y, a mi juicio, el grueso logrará escapar. Aproximadamente la mitad de estas fuerzas podrán quedar disponibles y se unirán a lo que pueda salvarse de Italia. El conjunto será un poderoso refuerzo para el territorio metropolitano alemán, que podrá utilizarse, según se desarrollen los acontecimientos, en el este o en el oeste.

3. La operación «Dragón» [el desembarco en el sur de Francia] nos ha proporcionado grandes ventajas para el combate en el frente principal, pero la razón por la que el XV Grupo de Ejércitos no ha podido infligir una derrota decisiva a Kesselring, es que, debido a la demora causada por la debilitación de nuestras fuerzas en favor de «Dragón», no pudimos pasar a través de los Apeninos hasta que ya el valle del Po se había convertido en un lodazal. Por lo tanto, ni en las montañas ni en las llanuras nos ha sido posible utilizar nuestra superioridad en fuerzas acorazadas.

4. Debido a la obstinación de la resistencia alemana en todos los frentes, no retiramos de Europa las cinco divisiones británicas e indobritánicas que hubieran permitido a Mountbatten atacar Rangún en marzo. Otras razones imposibilitaron también llevar a la práctica esta operación. Por tanto, Mountbatten inició, tal como habíamos acordado en Quebec, el avance general a través de Birmania río abajo desde el norte y oeste, y este avance ha hecho progresos satisfactorios. Ahora, debido al avance de los japoneses en China, con la mortal amenaza que supone para Kunming y quizá Chungking, y para el Generalísimo y su régimen, han tenido que retirarse dos, o posiblemente más, divisiones chinas para la defensa de China. No cabe duda de que esto era inevitable y lógico, pero las consecuencias son serias por lo que respecta a los asuntos de Mountbatten. Todavía no se ha adoptado ninguna decisión respecto al modo de neutralizar esta nueva desgracia, que de un solo tiro pone en peligro a la China, al terminal aéreo que ustedes tienen montado y la campaña en Birmania del Norte. Todos mis planes de un ataque verdaderamente grande a través del Adriático o del golfo de Bengala también han quedado aplazados.

5. Las operaciones en gran escala que ustedes han llevado a cabo en el Pacífico son actualmente las únicas de la guerra donde no nos hallamos en una situación temporal de fracaso.

6. Afortunadamente, sin embargo, hay que tener en cuenta lo que van a hacer los rusos. Contamos con la promesa de Stalin de llevar a cabo una campaña de invierno, que comenzará, supongo, en enero. En la mayor parte de su inmenso frente parece que ha estado descansando y preparándose, aunque sólo unas tres o cuatro divisiones alemanas se han trasladado para enfrentarse con Eisenhower. No estoy en posición de poder medir los últimos ataques que ha iniciado al sudoeste de Budapest. Creo, sin embargo, que podemos esperar más ayuda de ésta y de otras acciones rusas, que la que hemos logrado últimamente, y que la situación alemana es ya tan delicada que cualquier gran penetración podría producir un colapso parcial, si no total.

7. He tratado de repasar toda la guerra en conjunto y está claro que tenemos que enfrentarnos, con grados variables de probabilidad, con:

a) Un considerable retraso en llegar, y aun más, en forzar el Rin por el camino más corto hacia Berlín.

b) Una elevada proporción de fracaso en Italia.

c) Que logren escapar hacia su patria una gran parte de las fuerzas alemanas que están en la península balcánica.

d) El fracaso en Birmania.

e) La eliminación de China como combatiente.

Al comparar estas realidades con las rosadas esperanzas que, a pesar de nuestros esfuerzos conjuntos para apagarlas, existen en nuestros pueblos, surge muy claramente la pregunta: «¿Qué vamos a hacer respecto a este asunto?» Mi preocupación se ve aumentada al perderse toda esperanza de una pronta reunión de nosotros tres y por el aplazamiento indefinido de otra reunión de usted y yo con nuestros Estados Mayores. Los planes británicos dependen de los suyos, los problemas anglo-americanos deben ser estudiados como una sola unidad, y el telégrafo y el teléfono sirven más para complicar que para aclarar las cosas. Por tanto, creo que si usted no puede venir antes de febrero, debo pedirle que me envíe sus jefes de Estado Mayor tan pronto le sea posible. De este modo estarían cerca de sus principales ejércitos y del general Eisenhower y podrían estudiar el tormentoso panorama con calma y pacientemente, con la vista puesta en una acción conjunta tan unida como lo fueron nuestras campañas de 1944.

Aunque Mr. Roosevelt se mostró comprensivo, no pareció compartir mis preocupaciones.

El presidente Roosevelt al Primer Ministro. 10-XII-44.

...Tal vez no me encuentre yo lo suficientemente cerca del cuadro como para sentirme tan desalentado sobre la situación de la guerra como

lo está usted, y tal vez sea también una razón el hecho de que hace seis meses yo no me sintiera tan optimista como usted respecto al elemento tiempo.

Por lo que se refiere al frente europeo, siempre he creído que la ocupación de Alemania hasta la orilla izquierda del Rin sería una labor muy dura. Como en tiempos pasados recorrí en bicicleta la mayor parte del territorio del Rin, nunca he sido optimista respecto a la facilidad de cruzar ese río con nuestros ejércitos conjuntos, como lo eran muchos de nuestros altos jefes.

Sin embargo, la estrategia general ya acordada entre nosotros se está desarrollando según el plan trazado. Usted y yo estamos ahora en la situación de los comandantes en jefe que han preparado sus planes, han dado sus órdenes y han lanzado sus recursos a la batalla según estos planes y esas órdenes. Por el momento, aunque tenga lugar un ligero retraso, me parece que la ejecución y el resultado de las batallas está en manos de nuestros generales en campaña, en quienes tengo depositada toda mi confianza. Debemos recordar que, aunque la temporada de invierno nos está produciendo grandes dificultades, nuestras fuerzas de tierra y de aire están destruyendo día tras día los recursos humanos y materiales del enemigo, cada vez más reducidos, y que nuestra corriente de suministros ha mejorado mucho al haberse abierto el puerto de Amberes. El general Eisenhower calcula que en la línea del frente occidental sus fuerzas están causando bajas a un ritmo superior a la posibilidad del enemigo de formar nuevas unidades. Todavía no veo claramente en qué momento, pero pronto tendrá forzosamente que producirse una ruptura decisiva en nuestro favor.

Respecto al frente italiano, las fuerzas de Alexander están cumpliendo su obligación de mantener aquellas divisiones alemanas en Italia. Debemos recordar que los alemanes tienen completa libertad de retirarse a la línea de los Alpes si deciden hacerlo.

Lo mismo puede decirse de sus tropas en los Balcanes. Nunca he creído que tuviéramos el poder de capturar un grupo importante de fuerzas alemanas en los Balcanes sin la ayuda de los rusos.

En el frente ruso también hay que tener en cuenta las malas condiciones del tiempo, y los rusos parece que actualmente están llevando a cabo su labor. De esto, claro está, sabe usted más que yo.

La situación en Extremo Oriente es distinta, y no puede satisfacerme.

Visto en conjunto, podemos hacer muy poco, salvo tomar las medidas a cargo de Wedemeyer para preparar a China a llevar a cabo una defensa que valga la pena. El Japón está sufriendo en la zona del Pacífico, pérdidas en hombres, buques y material varias veces superiores a las nuestras y tampoco ellos pueden continuar soportándolas. Hasta

el Todopoderoso nos está ayudando. Este magnífico terremoto y ola de mareas es prueba de ello.

El tiempo que falta hasta la primavera, cuando hayan pasado las heladas, servirá para desarrollar muchas cosas. Entonces sabremos mucho más de lo que sabemos actualmente.

Mis jefes de Estado Mayor dedican ahora toda su energía y capacidad a dirigir sus organizaciones para que lleven a efecto los planes que hemos trazado y para apoyar a nuestras fuerzas en todo el mundo. Por el momento, puede decirse que todas estas fuerzas están siendo utilizadas. Por esta razón no creo que mis jefes de Estado Mayor deban abandonar ahora sus puestos, ya que no hace falta llegar a grandes decisiones estratégicas que sirvan de guía a nuestros generales en campaña...

* * * * *

Se cernía entonces sobre nosotros un golpe muy duro y a los seis días estalló la crisis. La decisión aliada de atacar desde Aquisgrán en el norte y al mismo tiempo por Alsacia en el sur, había dejado nuestro centro muy débil. En el sector de las Ardenas un único cuerpo, el VIII Cuerpo americano, compuesto de cuatro divisiones, mantenía un frente de setenta y cinco millas. El riesgo había sido previsto y deliberadamente aceptado, pero las consecuencias fueron graves y podían haberlo sido aún más. Mediante una maniobra admirable, el enemigo reunió en su frente occidental unas setenta divisiones, de las cuales quince eran acorazadas. Muchas no estaban al completo de sus efectivos y necesitaban descanso y reponer su material, salvo una formación, el VI Ejército Panzer, del que se sabía que se hallaba en buenas condiciones. Esta poderosa punta de lanza había sido cuidadosamente vigilada mientras permaneció en reserva al este de Aquisgrán. Cuando la lucha en aquel frente disminuyó, a primeros de diciembre, desapareció durante una temporada de la vista de nuestros Servicios de Información, y el mal tiempo, que impidió los vuelos, dificultó nuestros esfuerzos para localizarla. Eisenhower temía que se estuviera tramando algo, pero de todos modos su extensión y su violencia resultó una sorpresa.

Los alemanes habían trazado un ambicioso plan. Rundstedt

reunió dos ejércitos Panzer, el V y el VI, así como el VII Ejército, en total diez divisiones Panzer y catorce divisiones de Infantería. Esta gran fuerza, precedida por las tropas acorazadas, iba a intentar romper por nuestro débil centro en las Ardenas, hasta el río Mosa, hacer una conversión de frente hacia el norte y nordeste, partir la línea aliada en dos, apoderarse del puerto de Amberes y cortat la vital línea de abastecimientos de nuestros ejércitos del norte. Este osado plan fué preparado por Hitler, que no permitió que se hiciera ningún cambio, como proponían sus generales, porque dudaba de sus posibilidades de éxito. Para apoyarlo, se reunieron los restos de la aviación alemana en un esfuerzo final, y se confiaron importantes misiones a paracaidistas, saboteadores y agentes vestidos con uniformes aliados.

El ataque comenzó el 16 de diciembre con una fuerte ofensiva de artillería. En el flanco septentrional, el VI ejército Panzer topó con el ala derecha del I Ejército norteamericano que avanzaba hacia las presas del Roer. Después de una confusa batalla se consiguió detener al enemigo. Más al sur, los alemanes rompieron a través de un frente estrecho, pero la decidida defensa de St. Vith, donde se distinguió especialmente la 7ª División acorazada norteamericana, los detuvo varios días que fueron críticos. El VI Ejército Panzer mandó una nueva punta de lanza para atacar primero hacia el oeste y luego hacia el norte, sobre el Mosa, por encima de Lieja. Mientras tanto, el V Ejército Panzer atravesó el centro del VIII Cuerpo de Eiército norteamericano, rebasó St. Vith y Bastogne y penetró profundamente hasta Marche y hacia el Mosa en Dinant.

Aunque el momento y la intensidad del ataque sorprendió al Alto Mando aliado, éste reconoció en seguida su importancia y su objetivo. Decidió, pues, reforzar los bordes de la brecha, conservar los cruces sobre el Mosa al este y al sur de Namur, y reunir una masa de tropas móviles a fin de aplastar el saliente desde el Norte y desde el Sur. Eisenhower actuó con toda rapidez. Detuvo todos los ataques aliados que estaban en curso y trajo cuatro divisiones americanas de la reserva y seis más proceden-

tes del sur. De Inglaterra acudieron dos divisiones aerotransportadas, una de ellas la 6ª División británica. Al norte del saliente, se concentró el XXX Cuerpo de Ejército británico compuesto de cuatro divisiones, que acababa de abandonar el frente del Roer, y que se reunió entre Lieja y Lovaina, detrás de los Ejércitos americanos I y IX. Estos emplearon más tarde todas sus reservas para extender un flanco defensivo hacia el oeste, partiendo de Malmédy.

Al romper el frente del XII Grupo de Ejércitos del general Bradley, los alemanes le habían imposibilitado de ejercer un mando eficaz desde su Cuartel General, situado en Luxemburgo, sobre sus dos ejércitos situados al norte del saliente. El general Eisenhower, por tanto, confió, muy acertadamente, al general Montgomery el mando temporal de todas las tropas aliadas que se hallaban en el norte, mientras que Bradley, conservando el III Ejército norteamericano, quedaba encargado de mantener y contraatacar al enemigo desde el sur. Para la aviación táctica se tomaron disposiciones similares.

Yo telegrafié a Smuts:

El Primer Ministro al mariscal de campo Smuts. 22-XII-44.

Montgomery, y nosotros también aquí, en Inglaterra, llevamos presionando varios meses, como usted sabe, sobre la importancia de avanzar al norte del Ruhr. En repetidas ocasiones hemos insistido en que nuestras fuerzas no nos permitían efectuar dos ofensivas principales, tales como la ofensiva contra Colonia y la ofensiva del cruce del Sarre. A pesar de las pésimas condiciones meteorológicas, nuestros amigos avanzaron con confianza, y se hallaban muy dispersados desde el Norte hasta el Sur cuando el enemigo inició su contraofensiva. Yo hablé con Eisenhower por teléfono la tarde del día 20 y le indiqué que entregara a Montgomery todo el mando al norte de la ruptura y a Omar Bradley lo que hubiera al sur, quedándose él con el control de la operación conjunta. Me contestó que precisamente aquella misma mañana acababa de dar órdenes en este sentido. Montgomery tiene ahora bajo su mando dieciocho divisiones americanas, además de su XXI Grupo de Ejércitos, que comprende unas dieciséis divisiones. Está formando sustanciosas reservas y asumiendo el pleno mando de la batalla en la zona que le corresponde. Debe poder intervenir profunda-

mente. No hay nada, hasta ahora, que pueda indicar que los alemanes tengan el poder suficiente para montar una ofensiva en gran escala contra el frente principal del XXI Grupo de Ejércitos.

2. Al sur de la brecha las cosas no parecen, ni mucho menos, tan claras. Los americanos están ofreciendo una gran resistencia, pero reina el desorden. Naturalmente, se ha reunido un ejército en la región de Metz, que ha de ir al Norte bajo el mando de Patton. La situación del enemigo no me parece muy buena. Como siempre, soy optimista; la tortuga ha asomado la cabeza.

* * * * *

Tres de nuestras divisiones de refuerzo cubrían la línea del Mosa al Sur de Namur. Bradley concentró un Cuerpo de ejército en Arlon y envió la 101ª División aerotransportada norteamericana para que se hiciera con un importante cruce de carreteras en Bastogne. Las fuerzas acorazadas alemanas hicieron en Bastogne una conversión de frente hacia el norte y trataron de abrirse camino hacia el noroeste confiando a su infantería la misión de ocupar la población. La 101ª División, con algunas unidades acorazadas, quedó aislada y durante una semana rechazó todos los ataques.

El movimiento del V y el VI Ejércitos Panzer dió lugar a una dura lucha alrededor de Marche, que duró hasta el 26 de diciembre, pero en aquel entonces los alemanes estaban agotados, aunque hubo un momento en que estuvieron sólo a cuatro millas de distancia del Mosa y habían penetrado más de sesenta millas. El mal tiempo y las nieblas bajas habían impedido que nuestra aviación actuara durante la primera semana, pero el 23 de diciembre las condiciones de vuelo mejoraron y pudo intervenir con magníficos resultados. Los bombarderos pesados atacaron los ferrocarriles y los centros de movimiento de la retaguardia enemiga, y la aviación táctica causó estragos en sus zonas de vanguardia, cortando la posibilidad de que llegaran refuerzos, combustibles, víveres y municiones. Los ataques estratégicos efectuados sobre las refinerías alemanas, ayudaron a privar al enemigo de petróleo, reduciendo así la velocidad de su avance.

Habiendo fracasado en su objetivo principal, el Mosa, los

Panzers se volvieron enfurecidos contra Bastogne. El 26 de diciembre, la 101ª División americana se vió reforzada por parte de la 4ª División acorazada norteamericana, y, aunque su inferioridad numérica era manifiesta, estas formaciones lograron conservar la ciudad durante otra semana. Antes de terminar el mes de diciembre, el Alto Mando alemán debió darse cuenta, muy a su pesar, de que la batalla estaba perdida, ya que la contraofensiva de Patton, iniciada el día 22 desde Arlon, progresaba con regularidad, aunque lentamente, sobre el terreno cubierto de nieve y avanzaba hacia Houffalize. El enemigo hizo un último intento, esta vez aéreo. El 1 enero lanzó un ataque por sorpresa, violento y a baja altura, contra todos nuestros aeródromos avanzados. Nuestras pérdidas fueron grandes, pero se repusieron rápidamente. La Luftwaffe perdió más de lo que podía permitirse en este último ataque en masa de la guerra.

* * * * *

El 3 de enero, Montgomery lanzó también su contraofensiva en el norte contra Houffalize a fin de unirse al ataque que, procedente del sur, había efectuado Patton. Por aquellos días visité el frente y telegrafié a Mr. Roosevelt.

El Primer Ministro al presidente Roosevelt. 6-I-45.

El C. I. G. S. y yo hemos pasado los dos últimos días con Eisenhower y Montgomery, y aunque ambos creen que la batalla es muy dura, confían en el éxito. Espero que sepa usted que, en el caso de que surja cualquier dificultad con la prensa, el Gobierno de S. M. tiene completa confianza en el general Eisenhower y lamentará sinceramente cualquier ataque de que se le haga objeto.

2. El y Montgomery están muy unidos; también lo están Bradley y Patton. Sería desastroso que se rompiera esta combinación que en 1944 nos ha proporcionado resultados que rebasan todos los sueños de la ambición militar. Montgomery me ha dicho que la ruptura hubiera resultado muy seria para la seguridad del frente si no hubiera sido por la solidaridad del ejército angloamericano.

3. Aunque lamento que nuestras divisiones sólo asciendan a diecisiete y dos tercios, todas nuestras unidades están al completo de sus efectivos

y tenemos siete u ocho mil hombres de refuerzo, totalmente dispuestos en Francia y en espera de ser transferidos a sus unidades. Hemos tomado medidas para enviar otros doscientos cincuenta mil hombres a la línea del frente o a sus puntos más cercanos. Estas medidas me permiten asegurar que, por lo menos, nuestra fuerza actual será mantenida durante toda la severa campaña que nos espera.

4. Estoy profundamente convencido de la necesidad de apoyar a la infantería, que está soportando las dos terceras partes de las pérdidas, pero que muchas veces es la última en recibir refuerzos. Más importante aun que el envío de nuevas unidades grandes es mantener la fuerza de infantería de las divisiones que ya están luchando. Estamos, por tanto, preparando un cierto número de brigadas de infantería, incluyendo varias de infantería de Marina, ya que la Marina dispone de ochenta mil de estos combatientes. Estas brigadas liberarán a las divisiones móviles de sectores casi estáticos y al mismo tiempo llevarán a cabo la labor específica que se les exija. Montgomery acogió muy bien mi idea respecto al XXI Grupo de Ejércitos y supe por el general Eisenhower que él tiene la misma opinión y que está deseoso de contar con más elementos de infantería, esto es, fusiles y bayonetas para poder mantener las divisiones norteamericanas al completo de sus efectivos.

5. Le felicito muy cordialmente por el extraordinario valor que sus tropas han mostrado en toda la batalla, especialmente en Bastogne y en otros dos puntos que Montgomery me mencionó en su propio frente, uno en el extremo del saliente, donde las divisiones norteamericanas 1.ª y 9.ª combatieron y vencieron después de sufrir grandes pérdidas, y el otro donde se halla la 7.ª División acorazada norteamericana, que parece que ha llevado a cabo las acciones más elevadas de devoción militar. También gran número de tropas del I Ejército han luchado hasta el fin, manteniendo cruces de carreteras en la zona de la incursión, con lo cual han librado de un peligro, a costa de grandes sacrificios personales, a todos los ejércitos que estaban en el Norte.

6. Como veo que han surgido críticas en los periódicos norteamericanos en el sentido de que nuestras tropas se han mantenido fuera de la batalla, aprovecho esta ocasión para asegurarle que están totalmente dispuestas a obedecer en cualquier momento las órdenes del general Eisenhower. Creo que las disposiciones que han tomado él y el mariscal de campo Montgomery, bajo su mando, están totalmente de acuerdo con las más estrictas exigencias militares, tanto con respecto al empleo de las tropas en el contraataque como con su movimiento lateral, teniendo siempre en cuenta la situación de las comunicaciones. En los Cuarteles Generales británico y americano no he encontrado la menor traza de discordia, pero, señor Presidente, la realidad cruda es que necesitamos más tropas si queremos que las cosas marchen.

7. Creo que este es el momento oportuno para dar un nuevo e intenso impulso, tanto a la amistad como al esfuerzo, y que este impulso ha de partir de lo más profundo de nuestros pechos y rendir el máximo de nuestros recursos. No dude en comunicarme cualquier cosa que podamos hacer.

* * * * *

Entonces, Eisenhower y su Estado Mayor deseaban, como es lógico, saber si los rusos podrían hacer algo por su parte para aliviarnos de la presión que los alemanes estaban ejerciendo en el oeste. Todos los esfuerzos hechos a través de los oficiales de enlace en Moscú habían fracasado en su intento de obtener una respuesta de los rusos. Con objeto de plantear el caso de la forma más eficaz ante los jefes soviéticos de Estado Mayor, Eisenhower había enviado a su segundo, el mariscal del Aire Tedder, con una misión especial, pero su viaje se demoró por el mal tiempo. En cuanto tuve noticias del hecho, dije a Eisenhower: «Puede que tropiece usted con muchos retrasos y demoras entre los Estados Mayores, pero confío en que si se lo pregunto a Stalin él me lo dirá. ¿Quiere que pruebe?» Me pidió que lo hiciera, y envié el siguiente mensaje:

El Primer Ministro al mariscal Stalin. 6-I-45.

La batalla es muy dura en el Oeste, y en cualquier momento el Mando Supremo podrá pedir que se tomen grandes decisiones. Usted mismo sabe, por propia experiencia, lo difícil que es una situación cuando hay que defender un frente muy amplio, después de haber perdido temporalmente la iniciativa. Eisenhower desea y necesita urgentemente tener una idea de cuáles son sus planes, ya que ellos aceptarán todas las decisiones vitales, suyas y nuestras. Nuestro enviado, el mariscal del Aire Tedder, quedó detenido anoche en El Cairo por el mal tiempo. Su viaje se ha visto muy retrasado, aunque no ha sido por culpa de usted. En el caso de que todavía no haya llegado ahí, le agradeceré me diga si podremos contar con una gran ofensiva rusa en el frente del Vístula o en otro punto durante el mes de enero, así como los demás detalles que quiera usted decirme. Nadie conocerá esta información ultrasecreta, excepto el mariscal de campo Brooke y el general Eisenhower, y ellos

sólo lo sabrán bajo el concepto de muy secreto. Considere este asunto muy urgente.

Si se tiene en cuenta lo seria que era la decisión solicitada y el gran número de gente que entraba en ella, es notable que la contestación me fuera enviada el mismo día siguiente.

El mariscal Stalin al Primer Ministro. 7-I-45.

He recibido su mensaje del 6 de enero de 1945 la tarde del 7.

Desgraciadamente, el mariscal de Aviación Tedder todavía no ha llegado a Moscú.

Es de la mayor importancia que podamos aprovechar nuestra supremacía sobre los alemanes en artillería y aviación. Esto exige un tiempo despejado para volar y la ausencia de nieblas bajas que dificultan un fuego preciso de artillería. Estamos preparando una ofensiva, pero ahora el tiempo es desfavorable. A pesar de ello, teniendo en cuenta la posición de nuestros aliados en el frente occidental, el Cuartel General del Comandante Supremo ha decidido acelerar el fin de nuestros preparativos y, sin tener en cuenta para nada las condiciones meteorológicas, iniciar operaciones en gran escala contra los alemanes a lo largo de todo el frente central y en fecha no posterior a la segunda mitad de enero. Puede usted confiar en que haremos todo lo posible para prestar ayuda a las gloriosas fuerzas de nuestros aliados.

El Primer Ministro al mariscal Stalin. 9-I-45.

Le estoy muy agradecido por su emocionante mensaje. Lo he remitido al general Eisenhower para su secreta información. Espero que la buena suerte acompañe el noble gesto de usted.

2. La batalla en el Oeste no va demasiado mal. Hay grandes probabilidades de que los alemanes sean aplastados en su saliente, con grandes pérdidas. Es, sobre todo, un batalla americana, y las tropas han luchado de forma espléndida sufriendo grandes bajas. Ambas partes estamos lanzando a la pelea todo lo que tenemos. Las noticias que me transmite usted serán muy alentadoras para el general Eisenhower, por darle la seguridad de que los refuerzos alemanes tendrán que ser divididos entre los dos frentes activos. La batalla en el Oeste será continua, según dicen los generales que están luchando allí.

Cito este intercambio de notas por ser un buen ejemplo de la celeridad con que podían llevarse a cabo los asuntos en el punto

culminante de la Alianza, y también porque fué muy noble por parte de los rusos y de su jefe acelerar su gran ofensiva, sin duda alguna a costa de grandes pérdidas de vidas. Eisenhower quedó muy contento ante las noticias que pude enviarle. Tres semanas antes se había dicho al país que había que contar con otros doscientos cincuenta mil hombres para sostener las tropas que estaban en contacto con el enemigo, y que, por primera vez en nuestra larga lucha, el Gobierno británico se proponía hacer uso de sus poderes para ordenar a las mujeres de nuestros servicios activos que sirvieran en el extranjero. No hizo falta obligarlas. Reinaba un gran entusiasmo. Pero estas medidas drásticas necesitaban tiempo para madurar, y aunque pudimos neutralizar las pérdidas que habíamos sufrido en el campo durante el otoño, y mantener al completo el suministro de material, nos quedaban pocas reservas. Los americanos, por su parte, además de los sesenta mil hombres de refuerzo de Infantería, se dispusieron a enviar nueve divisiones frescas de los Estados Unidos.

* * * * *

Desde el norte, dos Cuerpos americanos, con el XXX Cuerpo británico situado en su flanco occidental, presionaron al enemigo hacia el sur. El 7 de enero cruzaron la carretera de Laroche a Vielsalm, que constituía un importante medio de retirada para los alemanes. Luchando en medio de grandes tormentas de nieve, las dos alas del ataque aliado fueron lentamente acercándose una a otra hasta que el día 16 de enero se unieron en Houffalize. Los alemanes se vieron constantemente obligados a retirarse hacia el este, hostigados sin cesar desde el aire, hasta que, a fines de mes, se vieron una vez más detrás de su propia frontera, sin haber obtenido más resultado de su esfuerzo supremo, que ruinosas pérdidas en material y un número de bajas que ascendía a ciento veinte mil hombres.

Conviene registrar una difícil situación que surgió durante la batalla, aunque felizmente no afectó a su resultado. Con objeto

de sacar divisiones del III Ejército, Eisenhower había ordenado al VI Grupo de Ejércitos del general Devers que se hiciera cargo del sector de frente que tenía Patton, y autorizó a que se retiraran desde el Rin hasta los Vosgos, si era necesario. Esto significaba dejar Estrasburgo abierto al enemigo, lo que dió lugar a una comprensible consternación en los círculos políticos y militares franceses. ¡Qué venganzas no caerían sobre los ciudadanos de Estrasburgo, que tan apasionadamente se habían unido a sus libertadores! Por casualidad me hallaba yo en el Cuartel General de Eisenhower en St. Germains en esta ocasión, y él y Bedell Smith escucharon atentamente mi apelación. Efectivamente, el enemigo se lanzó al ataque sobre el frente del Grupo de Ejércitos, de un modo especial en la bolsa de Colmar, pero fué rechazado. Eisenhower canceló sus instrucciones, y la necesidad militar que pudo haber hecho imperativa la evacuación de Estrasburgo no llegó a surgir nunca. De Gaulle nos expresó su gratitud.

Esta fué la última ofensiva del enemigo en la guerra. En aquel momento nos causó gran preocupación ya que retrasó nuestro avance, pero a final de cuentas nos fué beneficiosa. Los alemanes no pudieron reemplazar sus pérdidas, y nuestras batallas subsiguientes en el Rin, aunque severas, fueron, sin duda alguna, más fáciles. El Alto Mando alemán y el propio Hitler debieron de sentirse decepcionados. Cogidos por sorpresa, Eisenhower y sus generales actuaron rápidamente, pero ellos mismos reconocerán que el mayor mérito está en otro lado. Según palabras de Montgomery, «la batalla de las Ardenas fué ganada principalmente por las cualidades combativas y de resistencia del soldado americano» (1).

Por mi parte, copiaré un fragmento del discurso que pronuncié ante la Cámara de los Comunes el 18 de enero:

«He oído decir que la terrible batalla que se viene desarrollando desde el 16 de diciembre, en el frente americano, es una batalla angloamericana. La realidad es que las tropas de los Es-

(1) *Desde Normandía al Báltico.* Mariscal de campo Montgomery, página 181.

tados Unidos han sido las que han cargado con casi toda la lucha, y las que han sufrido casi todas las bajas... Yo no dudo nunca... en defender a nuestros soldados cuando sus conquistas o méritos se han visto desmerecidos o mirados con indiferencia, como algunas veces lo son, pero no debemos olvidar que durante el mes pasado ha sido a los hogares americanos a donde han estado llegando los telegramas de pérdidas personales y de ansiedad... Según informes militares en mi poder, lo que se ha hecho para anular el contraataque de von Rundstedt, ha sido una acción decidida, inteligente y militarmente correcta. Se nos abrió una brecha, como siempre puede abrirse una brecha en un frente que tiene cientos de millas de longitud. El general Eisenhower dió inmediatamente el mando del norte de la brecha al mariscal de campo Montgomery, y el mando del sur de la misma al general Omar Bradley... El resultado fué que estos dos hábiles generales manejaron las grandes fuerzas de que disponían en una forma que creo poder afirmar, sin exageración, que servirá de modelo a los que estudien el arte militar en el futuro...»

Capítulo XVIII

INTERVENCION BRITANICA EN GRECIA

La operación «Maná». — Retraso alemán en abandonar Atenas. —El acuerdo de Caserta, 26 de septiembre. — La liberación de Atenas, 15 de octubre. — Grecia en ruinas. — Visita de Eden a Atenas. — El desorden crece y se extiende. — El general Scobie recibe instrucciones de hacer contrapreparativos en oposición al E. A. M. — Desmovilizando a las guerrillas. — Dimisión de los ministros del E. A. M. — Comienza la guerra civil, 3 de diciembre. — Doy órdenes al general Scobie de sofocar la sublevación. — Dura lucha en Atenas y duros ataques en Inglaterra y en los Estados Unidos. — Mi discurso en la Cámara de los Comunes, 8 de diciembre. — Opinión americana. — Propuestas para instaurar la Regencia en Grecia. — Harold Macmillan y el mariscal de campo Alexander llegan a Atenas. — Se da a Alexander mano libre. — Una filtración asombrosa. — Lealtad del Congreso de los Trade Unions británicos. — Telegrama del Presidente, 13 de diciembre. — Y del mariscal de campo Smuts, 14 de diciembre. — Mi respuesta a Roosevelt, 17 de diciembre. — Telegrama al Primer Ministro canadiense, 15 de diciembre. — Nuestra política, defendida por el mundo de habla inglesa.

ANTES de abandonar Italia a fines de agosto, yo había pedido al jefe del Estado Mayor Imperial que trazara los detalles para una expedición británica a Grecia para el caso de que los alemanes fueran derrotados allí (1).

Dimos a aquella operación el nombre clave de «Maná». Su planeamiento estaba dificultado por nuestra escasez de recursos y por la incertidumbre que había sobre la posición estratégica de Alemania en los Balcanes, pero yo ordené que nuestras fuerzas estuvieran dispuestas a actuar para el 11 de septiembre, y que el Primer Ministro griego y los representantes en Italia del Gobierno griego, estuvieran dispuestos a entrar en Atenas inmediatamente. A fines de la primera semana de septiembre estaban instalados en un chalet cerca de Caserta, donde Papandreu se puso a trabajar con sus nuevos colegas del E. A. M. (2). Era importantísimo que no hubiera en Grecia un vacío político. Yo escribí el 29 de agosto: «Es conveniente dar el golpe por sorpresa, sin crisis preliminares. Este es el mejor medio de anticiparse al E. A. M.». La esencia del proyecto era ocupar Atenas y su aeropuerto con una brigada de paracaidistas, llevar allí un escuadrón de cazas, limpiar el puerto de El Pireo para recibir más refuerzos de Egipto y asegurar la pronta llegada de los ministros griegos. Entonces nos apresuraríamos a enviar víveres de socorro y a llevar desde Italia a la Brigada griega.

La tardanza alemana en abandonar Atenas nos obligó a mo-

(1) Véase el Capítulo VII.

(2) E. A. M.: Frente Nacional de Liberación (controlado por el Comunismo).

dificar nuestros planes. La guarnición de diez mil hombres no daba la menor señal de marcharse y el 13 de septiembre telegrafié al general Wilson dándole instrucciones para que preparara un descenso preliminar sobre el Peloponeso, donde los alemanes se estaban retirando hacia el norte, en dirección a la zona de Corintó. Desde la media noche del 13 al 14 de septiembre, las tropas de «Maná» estaban dispuestas a entrar en acción en cuarenta y ocho horas. Iban mandadas por el general Scobie y consistían originalmente en la 2ª Brigada de paracaidistas que estaba en Italia, la 23ª Brigada acorazada que actuaba de infantería, tropas administrativas procedentes de Egipto y todas las fuerzas griegas de que el Gobierno reconocido pudiera disponer. La expedición iría apoyada por la XV flotilla de Cruceros con dragaminas y cuatro escuadrones aéreos británicos y tres griegos, junto con aviones de transporte norteamericanos.

La tardía retirada de los alemanes de Atenas nos permitió, sin embargo, consolidar la dirección de los asuntos griegos en vísperas del golpe decisivo. Me alegré de que el Gobierno griego estuviera entonces en Italia. A fines de septiembre el general Wilson convocó a Saraphis, el general del E. L. A. S. (1) y a su rival el nacionalista Zervas para que se reunieran con Papandreu en Caserta. Macmillan, como Ministro Residente en el Mediterráneo, junto con Mr. Leeper, nuestro embajador cerca del Gobierno griego, estaban presentes para aconsejar y dirigir el aspecto político de aquella importante conferencia, que había de crear un mando unificado de todas las fuerzas griegas con que se podía contar en Italia y dentro de Grecia, así como de las fuerzas británicas preparadas ya para el desembarco.

El 26 de septiembre se firmó un amplio acuerdo. En él se disponía que todas las fuerzas guerrilleras del país se pusieran a las órdenes del Gobierno griego, que a su vez las situaría bajo el mando del general Scobie. Los jefes de las guerrillas declararon que ninguno de sus hombres se tomaría la justicia por su mano.

(1) E. L. A. S.: Ejército Popular Nacional de Liberación (controlado por el Comunismo).

En Atenas toda acción se llevaría únicamente a cabo bajo las órdenes directas del comandante británico. Este documento, llamado «Acuerdo de Caserta», reglamentaba nuestra acción futura.

La liberación no comenzó hasta octubre. Entonces se enviaron unidades de comandos al sur de Grecia, y en las primeras horas del 4 de octubre nuestras tropas ocuparon Patras. Aquel era el primer terreno que poseíamos desde la trágica retirada de 1941. Después, las tropas se abrieron camino a lo largo de las playas meridionales del golfo de Corinto. El 12 de octubre el general Wilson supo que los alemanes estaban evacuando Atenas, y al día siguiente, en el aeropuerto de Megara, a unas ocho millas al oeste de la capital, aterrizaron paracaidistas británicos. El día 14 llegaron las restantes tropas, que ocuparon la ciudad pisándoles los talones a los alemanes en su retirada. Nuestras fuerzas navales entraron en El Pireo llevando con ellas al general Scobie y al núcleo principal de sus fuerzas, y dos días más tarde llegó el Gobierno griego con nuestro embajador.

* * * * *

Había llegado el momento de poner a prueba nuestras decisiones. En la Conferencia de Moscú yo había conseguido, a costa do un precio muy elevado, la abstención rusa en el asunto. Nos habíamos comprometido a apoyar a la administración provisional de Papandreu, en la que el E. A. M. estaba fuertemente representado. Todos los partidos estaban ligados por el acuerdo de Caserta, y nosotros deseábamos entregar la autoridad lo antes posible a un Gobierno estable. Pero Grecia estaba en ruinas. Los alemanes habían destruído carreteras y ferrocarriles en su retirada hacia el Norte. Nuestra aviación los había hostigado, pero en tierra poco era lo que podíamos hacer para intervenir. Bandas armadas del E. L. A. S. llenaron las zonas abandonadas por los invasores al huir, y su mando central no hizo ningún esfuerzo para mantener las promesas hechas. Por doquier reinaban la escasez y el desorden. Las finanzas se hallaban en situación caótica y escaseaban los

víveres. Nuestros propios recursos militares se dilataron hasta el límite.

A fines de mes, Eden visitó Atenas de vuelta de Moscú y fué objeto de un tumultuoso recibimiento en recuerdo de los esfuerzos que hiciera a favor de Grecia en 1941. Le acompañaban lord Moyne, Ministro Residente en el Cairo, y Macmillan. Se estudió la cuestión de la ayuda y se hizo todo lo humanamente posible. Nuestras tropas recibieron con gusto sólo media ración a fin de aumentar las reservas de alimentos, y los zapadores británicos comenzaron a construir comunicaciones provisionales. El 1 de noviembre los alemanes habían evacuado Salónica y Florina, y diez días después sus últimas fuerzas habían cruzado la frontera Norte. Aparte de unas cuantas guarniciones aisladas en varias islas, Grecia era libre.

Pero el Gobierno de Atenas no tenía suficientes tropas para controlar el país y obligar al E. L. A. S. a cumplir el acuerdo de Caserta. El desorden aumentó y se fué extendiendo. El 7 de noviembre escribí al ministro de Asuntos Exteriores:

El Primer Ministro al ministro de Asuntos Exteriores. 7-XI-44.

A mi juicio, después de haber pagado a Rusia tan elevado precio para obtener de ella libertad de acción en Grecia, creo que no debemos vacilar en hacer uso de las tropas británicas para apoyar al Gobierno Real helénico de M. Papandreu.

2. Esto significa que las tropas británicas deben intervenir para impedir actos contrarios a la ley. M. Papandreu puede cerrar los periódicos del E. A. M. si piden una huelga de prensa.

3. Espero que llegue pronto la Brigada griega y que no vacile en disparar siempre que sea necesario. ¿Por qué se va a enviar únicamente una Brigada de la División india? Necesitamos otros ocho o diez mil soldados de infantería para mantener la capital y Salónica en manos del actual Gobierno. Más tarde pensaremos en extender la autoridad griega. Espero que se producirá un choque con el E. A. M., y no debemos temerlo siempre que el terreno esté bien escogido.

Y al día siguiente:

El Primer Ministro al general Wilson (Italia) y a Mr. Leeper (Atenas)
8-XI-44.

En vista de la creciente amenaza de los elementos comunistas de Grecia y de las indicaciones de que se proponen apoderarse del Gobierno por la fuerza, espero que pensarán ustedes en reforzar nuestras tropas en la zona de Atenas con el envío inmediato de la 3.ª Brigada de la 4.ª División india o alguna unidad similar...

* * * * *

Era inminente un levantamiento del E. A. M., y el 15 de noviembre el general Scobie recibió orden de hacer contrapreparativos. Atenas debía ser declarada zona militar, y se le dió autorización para ordenar a las tropas del E. L. A. S. que abandonaran la ciudad. Desde Italia se envió a la 4ª División india a Salónica, Atenas y Patras. La Brigada griega llegó también de Italia y se convirtió en el centro de controversia entre Papandreu y sus colegas del E. A. M. La única medida para impedir la guerra civil era desarmar a las guerrillas y a las otras fuerzas mediante un acuerdo mutuo y establecer un nuevo Ejército Nacional y una fuerza de policía bajo el control directo del Gobierno de Atenas. Se hicieron arreglos para formar y equipar batallones de la Guardia Nacional, cada uno de ellos de quinientos hombres. Por último pudimos contar con treinta de éstos, que demostraron ser muy útiles para detener a las personas civiles armadas que nos eran hostiles y para guardar las zonas limpiadas por nuestras tropas.

Se presentó al aturdido Gabinete el proyecto de un decreto desmovilizando a las guerrillas, redactado por los mismos ministros del E. A. M. a petición de Papandreu. Quedarían únicamente la Brigada Montañera griega y el Escuadrón Sagrado. El E. L. A. S. conservaría una brigada propia y el E. D. E. S. (1) recibitía una pequeña fuerza. Pero en el último momento los ministros del E. A. M. se retractaron de sus propias propuestas, en las que habían desperdiciado una semana preciosa, y pidieron que se disolviera la Brigada Montañera. La táctica comunista estaba ya en plena ac-

(1) E. D. E. S.: Ejército Nacional Democrático Griego.

ción. El 1° de diciembre dimitieron los seis ministros asociados con el E. A. M. y en Atenas se proclamó una huelga general para el día siguiente. El resto del Gabinete hizo público un decreto disolviendo a las guerrillas, y el Partido Comunista trasladó su Cuartel General fuera de la capital. El general Scobie publicó un mensaje para el pueblo de Grecia declarando que él se mantenía firme tras el actual Gobierno constitucional «hasta que el Estado griego pueda ser establecido con una fuerza armada al servicio de la ley y sea posible celebrar elecciones libres». Yo publiqué desde Londres una declaración similar.

El domingo 3 de diciembre los adictos al comunismo se empeñaron en realizar una manifestación que había sido prohibida y chocaron con la policía. Así comenzó la guerra civil. Al día siguiente, el general Scobie ordenó al E. L. A. S. que evacuara inmediatamente Atenas y El Pireo. En vez de hacerlo así, sus tropas y ciudadanos armados intentaron apoderarse por la fuerza de la capital.

En este punto, decidí controlar personalmente el asunto. Al enterarme de que los comunistas se habían apoderado ya de casi todos los puestos de policía de Atenas, asesinando a la mayor parte de sus ocupantes que no estaban comprometidos en el ataque, y de que se hallaban a media milla de los edificios del Gobierno, ordené al general Scobie y a sus cinco mil soldados británicos, que diez días antes habían sido recibidos con entusiasmo por la población como liberadores de la ciudad, que intervinieran y abrieran fuego contra los traidores agresores. Es inútil hacer estas cosas a medias. La violencia del populacho, con la que los comunistas esperaban conquistar la ciudad y presentarse ante el mundo como el Gobierno elegido por el pueblo griego, sólo podía combatirse con las armas. No había tiempo para convocar una reunión del Gabinete.

Anthony y yo estuvimos reunidos hasta eso de las dos y convinimos en la necesidad de abrir fuego. Al ver lo cansado que estaba, le dije: «Si quiere acostarse, dejémelo a mí». Así lo hizo, y a las tres de la madrugada redacté el siguiente telegrama:

El Primer Ministro al general Scobie (Atenas)
Duplicado al general Wilson (Italia) (1) 5-XII-44.

He dado instrucciones al general Wilson para que se asegure de que quedan con usted todas las fuerzas y de que se le envían todos los refuerzos posibles.

2. Usted es responsable de mantener el orden en Atenas y de neutralizar o destruir a toda las bandas del E. A. M. y del E. L. A. S. que se aproximen a la ciudad. Puede tomar las disposiciones que quiera para obtener un rígido control de las calles y para la detención de cualquier número de personas belicosas. Naturalmente, el E. L. A. S. intentará poner mujeres y niños en los lugares de peligro cuando tenga lugar la lucha. Debe usted tener discernimiento en este punto y no cometer errores. Pero no vacile en disparar en Atenas contra cualquier hombre armado que ataque a las autoridades británicas o a las griegas, con las que estamos asociados. Desde luego, sería conveniente que su situación fuera reforzada por la autoridad del Gobierno griego, y Leeper ha dicho a Papandreu que se disponga a ayudar. *De todos modos, no vacile usted en actuar como si se hallara en una ciudad conquistada en la que tiene lugar un levantamiento local* (2).

3. En cuanto a las bandas del E.L.A.S. que se aproximan desde las afueras, con seguridad puede usted darles con sus carros una lección que hará a los demás abstenerse de imitarles. Puede contar con mi apoyo en cualquier acción razonable o sensata efectuada sobre esta base. *Tenemos que conservar y dominar Atenas. Sería mejor que lo lograra usted sin derramamiento de sangre a ser posible, pero, si es necesario, tendrá que haberlo.*

Este telegrama fué enviado el día 5, a las 4'50 de la mañana, y comprendo que estaba redactado en un tono algo estridente. Me parecía tan necesario dar una orden terminante al Comandante Militar, que con toda intención redacté el telegrama en un tono seco. El hecho de haber recibido una orden semejante, no sólo le alentaría a llevar a cabo una acción decisiva, sino que le daría la certeza de que yo estaría de su parte en cualquier acción bien concebida, fueran cuales fueran las consecuencias. El asunto me preocupaba profundamente, pero estaba seguro de que no debía haber dudas ni vacilaciones. Me acordaba del famoso telegrama enviado

(1) El mando no había cambiado aun de manos.
(2) Cursiva del autor.

a fines de siglo por Arthur Balfour a las autoridades británicas en Irlanda: «No vacilen en disparar». Esta orden fué cursada por las oficinas públicas de telégrafos y dió lugar a una escena tormentosa en la Cámara de los Comunes de aquellos tiempos, pero desde luego evitó pérdidas de vidas. Fué uno de los escalones por los que Balfour logró el poder y el control del país. Las circunstancias eran ahora completamente distintas, pero las palabras «No vacilen en disparar» resonaban en mi cerebro como un eco procedente de aquellos lejanos días.

Más tarde, aquel mismo día, telegrafié a nuestro Embajador:

El Primer Ministro a Mr. Leeper (Atenas) 5-XII-44.

Este no es el momento de mezclarnos en la política griega o de imaginar que los políticos griegos de varias tendencias pueden influir sobre la situación. No debe usted preocuparse por la composición del Gobierno griego. El asunto es de vida o muerte.

2. Debe usted decir a Papandreu que cumpla su deber y asegurarle que todas nuestras fuerzas le apoyarán si así lo hace. Quedaron atrás los días en que cualquier grupo individual de políticos griegos podía influir sobre un levantamiento del populacho. La única oportunidad que tiene es salir a flote con nosotros.

3. He puesto toda la cuestión de la defensa de Atenas y del mantenimiento de la ley y el orden en manos del general Scobie, y le he asegurado que recibirá apoyo en el uso de la fuerza que crea necesaria. Desde ahora, usted y Papandreu se atendrán a sus disposiciones en lo que concierne al orden y a la seguridad pública. Ambos deben apoyar a Scobie de todos los modos posibles y sugerirle los medios que se les ocurran para que su acción sea más vigorosa y decisiva.

Mis mejores saludos.

* * * * *

En poco tiempo el E. L. A. S. había controlado casi toda Atenas, excepto el centro de la ciudad, donde nuestras tropas al principio se defendieron y después iniciaron el contraataque. Scobie me informó como sigue:

8-XII-44.

El aumento de las actividades de los rebeldes y el amplio paqueo limitaron el avance en la lucha que continuó durante todo el día de ayer. A mediodía el total de prisioneros rebeldes a disposición de la autoridad militar era de 35 oficiales y 524 individuos de otras graduaciones. Estas cifras no comprenden a los que se hallan en poder de la policía, ya que es difícil obtener de ésta cifras exactas.

Por la tarde, la Brigada 23 hizo algún progreso en una lucha casa por casa. Otro sector del centro de la ciudad fué limpiado por la Brigada de paracaidistas.

Ha habido que desembarcar refuerzos de la Infantería de Marina del buque *Orion,* para enfrentarse con un serio paqueo a la Navy House, en El Pireo, por rebeldes que se infiltraron en la zona al sur de Puerto Leontos. Por tropezar con una fuerte oposición, nuestras tropas se vieron forzadas a retirarse en una zona.

En el sector que está siendo limpiado por la Brigada Montañera griega los rebeldes atacaron por el flanco. Se resistió el ataque, pero esto retrasó la acción de la brigada.

Este hecho demuestra la importancia de la lucha en que nos hallábamos sumidos.

El Primer Ministro al general Wilson (Italia). 9-XII-44.

Debe usted enviar más refuerzos a Atenas sin la menor demora. Es peligrosa la prolongación de la lucha. Ya le advertí a usted la enorme importancia política de este conflicto. Al menos dos brigadas más deben apresurarse a acudir al escenario de la contienda.

2. Además de lo mencionado arriba, ¿por qué no ayuda la Marina todo el tiempo en vez de desembarcar únicamente un pequeño número de hombres en un momento de crisis? Usted me aseguró positivamente que ya había enviado un número suficiente de soldados.

El Primer Ministro al general Scobie. 8-XII-44.

Esta noche la prensa habla extensamente de una oferta de paz hecha por el E. L. A. S. Naturalmente, nos complacería mucho resolver este asunto, pero debe usted asegurarse antes, y utilizar para ello toda su influencia, de que no vamos a entregar por un acto de benevolencia lo que hemos ganado o podemos ganar todavía con nuestras tropas. Creo que no debemos aceptar nada menos satisfactorio que los términos que aceptamos antes del estallido de la revuelta. Resulta tam-

bién difícil resolver cómo los dirigentes del E. A. M., que tienen las manos teñidas de sangre griega y británica, van a poder ocupar de nuevo sus puestos en el Gabinete. Esto, sin embargo, puede solucionarse. Lo principal es proceder con cautela y consultar con nosotros las condiciones, cuando sean expuestas. El objetivo indudable es la derrota del E. A. M. El poner fin a la lucha es subsidiario. He ordenado que se envíe a Atenas gran número de refuerzos. El mariscal de campo Alexander estará con usted probablemente dentro de unos días. Lo que necesitamos es firmeza y sobriedad, y no abrazos cariñosos mientras la lucha no haya quedado decidida.

Manténganos informados antes de comprometerse a nada usted o Leeper.

Los comunistas y sus afines propalaron por Londres el rumor de que las tropas británicas simpatizaban con el E. A. M. Este rumor no contenía ni un átomo de veracidad.

La respuesta referente a la oferta de paz fué la siguiente:

El general Scobie al Primer Ministro. 10-XII-44.

Nosotros le informaríamos inmediatamente si se recibiera alguna oferta de paz por parte del E. L. A. S., pero ni el Embajador ni yo tenemos noticia de tal cosa.

Tengo presente el objetivo principal que usted menciona. Mientras cualquier partido individual pueda respaldar sus puntos de vista con un ejército propio, Grecia no podrá obtener la paz ni la estabilidad. Es posible, y así lo espero, que la lucha quede restringida a Atenas y El Pireo, pero estoy dispuesto a combatir igualmente en el resto del país si es necesario. Es una lástima que no podamos utilizar gases lacrimógenos, porque serían de gran ayuda en estas luchas callejeras.

Recibo con alegría sus afirmaciones de que se nos envían refuerzos. El Cuartel General de las fuerzas aliadas me ha informado de que próximamente saldrá para aquí la 4.ª División.

* * * * *

Ahora que el mundo libre sabe mucho más de lo que se sabía entonces acerca del movimiento comunista en Grecia y en otros países, muchos lectores se asombrarán de los vehementes ataques que sufrió entonces el Gobierno de Su Majestad y sobre to-

do yo, como jefe del mismo. La inmensa mayoría de la prensa americana condenó violentamente nuestra acción, que calificó de contraria a la causa por la que ellos habían entrado en la guerra. Si los directores de estos órganos bien intencionados quisieran mirar atrás a lo que escribieron entonces y compararlo con lo que piensan ahora, estoy seguro de que quedarían sorprendidos. El Departamento de Estado, bajo la dirección de Mr. Stettinius, publicó una declaración en tono marcadamente crítico, que ellos, a su vez, habían de lamentar o al menos rectificar, años después. En Inglaterra se produjo una gran perturbación. El «Times» y el «Manchester Guardian» censuraron lo que ellos consideraban nuestra política reaccionaria. Stalin, no obstante, mantuvo estricta y fielmente nuestro acuerdo de octubre, y durante las largas semanas que duró nuestra lucha contra los comunistas en las calles de Atenas, ni «Pravda» ni «Izvestia» nos dirigieron una palabra de reproche.

El asunto tuvo profundas repercusiones en la Cámara de los Comunes. Yo acepté de buena gana el desafío que se nos lanzó por medio de una enmienda promovida por sir Richard Acland, jefe y único miembro en el Parlamento del Partido del Commonwealth, y apoyada por Mr. Shinwell y Mr. Aneurin Bevan. Había una fuerte corriente de opiniones e incluso de pasiones, de las que éstas y otras personalidades similares se consideraban exponentes. Aquí nuevamente cualquier Gobierno que se hubiera sostenido sobre cimientos menos sólidos que la Coalición Nacional se hubiera derrumbado, pero el Gabinete de Guerra se mantuvo firme como una roca contra la que todos los oleajes y los vientos se estrellaban en vano.

Al recordar lo que les ha ocurrido a Polonia, a Hungría y a Checoeslovaquia en estos últimos años, podemos agradecer a la fortuna el habernos dado, en aquel crítico momento, la fuerza firme y unida de los decididos jefes de todos los partidos. No tengo espacio para transcribir sino unos cuantos extractos del discurso que pronuncié el 8 de diciembre contra la enmienda al voto de confianza que habíamos solicitado.

Permítanme exponer a la Cámara la acusación que se nos hace. Se nos acusa de utilizar las fuerzas de Su Majestad para desarmar en Grecia y en otras partes de Europa a los amigos de la democracia y para suprimir los movimientos populares que nos han ayudado valerosamente en la derrota del enemigo. He aquí un ataque directo y sobre el que la Cámara tendrá que pronunciarse antes de que nos separemos esta noche. No cabe duda de que el Gobierno de Su Majestad sería indigno de confianza si utilizara las fuerzas de Su Majestad para desarmar a los amigos de la democracia.

Pero surge la cuestión, y me permitirán que la considere unos instantes, de quiénes son los amigos de la democracia y de cómo debe ser interpretada la palabra «democracia». La idea que yo tengo de ello es que el hombre común y corriente, el hombre medio que mantiene a su esposa y a sus hijos, que se va a luchar por su país cuando éste le necesita, que va a votar en el momento adecuado y pone una cruz en la papeleta señalando al candidato que desea ver elegido para ocupar un sitio en el Parlamento, es el fundamento de la democracia. Y también es esencial, para este fundamento, que este hombre, o mujer, efectúen esto sin miedo y sin ninguna forma de intimidación. El hombre hace una marca en la papeleta de un modo estrictamente secreto y después los representantes elegidos se reúnen y juntos deciden qué Gobierno y hasta, en momentos difíciles, qué forma de Gobierno desean tener en su país. Si esto es la democracia, la saludo, la adopto, trabajo para ella... Se levanta sobre los fundamentos de elecciones libres basadas en el sufragio universal, y esto es lo que consideramos los fundamentos de la democracia. Pero mis sentimientos son distintos respecto a una falsa democracia, una democracia que se llama democracia porque es del ala izquierda. Hacen falta todas las clases para formar la democracia, no sólo el ala izquierda o la comunista. No permito que un partido o un cuerpo se llame demócrata porque se acerque más hacia las formas más extremas de revolución. No acepto que un partido represente necesariamente a la democracia porque se muestre más violento según vaya haciéndose menos numeroso.

Hay que tener un cierto respeto hacia la democracia y no usar esta palabra con demasiada ligereza. Lo que menos se parece a la democracia es la ley del populacho con bandas de gangsters, que, armados mortíferamente, se abren camino hacia el interior de grandes ciudades, apoderándose de los puestos de policía y de los puntos clave del Gobierno, tratando de introducir un Gobierno totalitario con mano de hierro y clamando, como pueden hacer hoy si tienen el poder... *(Interrupción)*

Lamento causar tanto disturbio. Dispongo de mucho tiempo, y si los honorables miembros de la oposición protestan, podré extenderme

sobre lo que tenga que decir, aunque lamente tener que hacerlo. Digo que lo que menos se parece a la democracia es la ley del populacho y el intento de introducir un régimen totalitario que clama por fusilar a todo el que resulte políticamente indeseable, como parte de una purga de aquellos de quienes se dice que han colaborado con los alemanes durante la ocupación. No valoremos en tan poco la democracia, no valoremos la democracia como si se limitara a apoderarse del poder y a fusilar a los que no están de acuerdo con ella. Esto es la antítesis de la democracia.

La democracia no está basada en la violencia o en el terrorismo, sino en la razón, en el juego limpio, en la libertad y en el respeto hacia los derechos ajenos. La democracia no es una prostituta a la que recoge en la calle un hombre armado con un fusil. Yo confío en el pueblo, en la masa del pueblo de casi todos los países, pero quiero asegurarme de que se trata del pueblo y no de una banda de forajidos que creen que con la violencia pueden derrocar a la autoridad constituída, en algunos casos antiguos Parlamentos, Gobiernos, Estados...

Estamos avanzando por un camino doloroso. ¡Pobre vieja Inglaterra! (Quizá debiera decir «¡Pobre vieja Bretaña!») Tenemos que asumir el peso de las responsabilidades más ingratas y llevarlas a cabo para ser burlados, criticados y atacados por todas partes. Pero al menos sabemos a dónde vamos, conocemos el final del camino, sabemos cuál es nuestro objetivo. Nuestro objetivo es que estos países se vean libres de la fuerza armada alemana, y, en condiciones de normal tranquilidad, decidan por medio del sufragio libre y universal cuál será el Gobierno de su país (excepto un régimen fascista), y si el Gobierno será de izquierda o de derecha.

Este es nuestro objetivo... Y nos dicen que pretendemos desarmar a los amigos de la democracia. Nos dicen que porque no permitimos que las cuadrillas de guerrilleros armados bajen de las montañas y se instalen en la capital apoyándose en el terror sangriento y en el vigor de que son capaces, somos traidores a la democracia. Yo rechazo también esta acusación. Pido a la Cámara, como cuestión de confianza en el Gobierno de Su Majestad y en el espíritu con que hemos avanzado de peligro en peligro hasta vislumbrar la victoria, que rechace estas pretensiones con el desprecio que merecen...

Si se me reprocha esta acción, tendré mucho gusto en aceptar de la Cámara mi despido; pero si no soy despedido, ténganlo bien en cuenta, persistiremos en la política de limpiar Atenas y la región de Atenas de todos los que se rebelan contra la autoridad del Gobierno constitucional de Grecia y de todos los que se amotinan contra las órdenes del Comandante Supremo en el Mediterráneo, a quien los guerrilleros se comprometieron a obedecer. Espero haber expuesto claramente

la situación, tanto en lo que afecta al mundo y a la guerra, como en lo que afecta al Gobierno.

Unicamente treinta miembros se opusieron a nosotros en la votación. Casi trescientos dieron el voto de confianza. Aquel fué otro de los momentos en que la Cámara de los Comunes demostró su fuerza y su autoridad.

Al día siguiente telegrafié así:

El Primer Ministro a Mr. Leeper (Atenas) 9-12-44.

No se preocupe por las críticas de que ha sido objeto por parte de varios miembros de la Cámara de los Comunes. Nadie mejor que yo sabe las dificultades con que ha tenido que enfrentarse. Yo no cedo ante un clamor pasajero y siempre estaré junto a aquellos que llevan a cabo las instrucciones que reciben, con valor y exactitud. En Atenas, como en todas partes, nuestro lema es «No hay paz sin victoria».

* * * * *

No cabe duda de que la expresión emotiva de la opinión pública americana, sumada a las tendencias ideológicas que en aquella época tenía el Departamento de Estado, afectó al presidente Roosevelt y a su círculo inmediato. Los sentimientos que yo expresé en la Cámara de los Comunes se han hecho ahora corrientes en la política y en las doctrinas americanas y llevan el refrendo de las Naciones Unidas. Pero en aquellos días contenían un aire de novedad que asustó a los que se regían por impresiones del pasado y no presentían el amanecer de la nueva marea adversa que habrían de sufrir los asuntos humanos. En el fondo el Presidente estaba de mi parte, y Hopkins me envió un amistoso mensaje relativo al discurso.

El conde de Halifax al Primer Ministro. 8-XII-44.

Harry y Jim Forrestal acaban de manifestar por teléfono su entusiasta aprobación del discurso de usted sobre Grecia, que los dos creen que ha hecho mucho bien. Estoy seguro de que tienen razón.

Me alegra infinitamente que mi discurso le haya complacido. Me preocupaba mucho la última frase de las declaraciones de Stettinius a la prensa (1), que parecían referirse a nuestra política extranjera en Bélgica, donde actuamos a las órdenes de ustedes, y en Grecia, cuya acción había sido enteramente aprobada en Quebec. Naturalmente, me preocupa la prolongación y la dureza de la lucha en Atenas con el E. L. A. S.

Mis mejores saludos.

Y otra vez el mismo día:

Espero que diga usted a nuestro gran amigo que el establecimiento de la ley y el orden en Atenas y sus alrededores es esencial para todas las futuras medidas de magnanimidad y ayuda hacia Grecia. Después que esto haya quedado establecido será el momento de hablar. El lema por el que me rijo es «No hay paz sin victoria» Para mí ha sido una gran decepción verme tratado de este modo por el E. L. A. S. cuando vinimos cargados de regalos y deseosos únicamente de crear una Grecia unificada que pudiera establecer su propio destino. Pero hemos sido traicionados y tenemos intención de defendernos. Creo que tenemos derecho al apoyo del Presidente en la política que seguimos. Si se llega a decir en las calles de Atenas que los Estados Unidos están contra nosotros, se derramará más sangre británica y mucho más sangre griega. Me apena mucho ver señales de apartamiento entre nosotros en un momento en que la unidad es más importante que nunca, cuando el peligro se aleja y surge la división.

2. Para usted personalmente. No se deje engañar por la mayoría de ayer. Hubiera podido contar con otros ochenta si hubiera utilizado

(1) Estas declaraciones llevaban fecha del 5 de diciembre y estaban concebidas en los siguientes términos:

«El Departamento de Estado ha sido objeto de gran número de preguntas por parte de los corresponsales respecto a la posición de este Gobierno en lo que concierne a la reciente crisis gubernamental en Italia.

»La posición de este Gobierno ha sido siempre la de que la composición del Gobierno italiano es asunto puramente italiano, excepto en los nombramientos que afecten a importantes factores militares. Este Gobierno no ha intimidado en modo alguno al Gobierno italiano en el sentido de que se opondría al nombramiento del conde Sforza. Puesto que Italia es una zona de responsabilidad combinada, hemos reafirmado a los Gobiernos británico e italiano que esperamos que los italianos resuelvan sus problemas en líneas democráticas sin influencias externas. *Esta política es aplicable de un modo aun más acentuado a los Gobiernos de las Naciones Unidas en sus territorios liberados.*»

tres líneas de «whips» (1) en vez de dos. Los viernes, con las malas comunicaciones que tenemos aquí, los miembros del Parlamento están deseando marcharse al campo a pasar el fin de semana. ¿Y quién no?

Mis mejores saludos.

Las tropas británicas seguían luchando duramente en el centro de Atenas, rodeadas y en inferioridad numérica. Luchábamos en un combate casa por casa contra un enemigo cuyas cuatro quintas partes iban vestidas de paisano. Al contrario que muchos de los corresponsales de los periódicos aliados en Atenas, nuestras tropas no tuvieron dificultad en comprender lo que estaba en juego.

Papandreu y los ministros que le quedaban habían perdido toda su autoridad. El Rey había rechazado las propuestas anteriores de instaurar una Regencia con el arzobispo Damaskinos, pero el 10 de diciembre Mr. Leeper sacó de nuevo la idea a la luz. Sin embargo, el rey Jorge se oponía a ello y nosotros no deseábamos entonces presionarle en ningún sentido.

En medio de estos tumultos, el mariscal de campo Alexander y Mr. Macmillan llegaron a Atenas, y el 11 de diciembre recibimos los primeros informes de su misión. Nuestra situación era peor de lo que habíamos esperado. Alexander telegrafió: «Las fuerzas británicas están sitiadas en el centro de la ciudad». La carretera hasta el aeropuerto no era segura. No teníamos el control control del puerto de El Pireo y, por lo tanto, nuestros buques no podían descargar en él. No quedaban víveres más que para seis días y reserva de municiones de tres días para las tropas que luchaban en la ciudad. Alexander propuso limpiar inmediatamente el puerto y la carretera de Atenas, traer sin demora refuerzos de Italia, constituir almacenes de aprovisionamiento y, una vez enlazados con seguridad los dos extremos del trampolín, llevar a cabo las operaciones necesarias para limpiar toda Atenas y El Pireo. También apoyó la propuesta de Leeper de nombrar Regente al Arzobispo y pidió que se tomaran firmes medidas contra

(1) «Whips». Miembros del Parlamento encargados de reclutar el mayor número posible de diputados para las votaciones en la Cámara. (N. del T.)

los rebeldes y permiso para bombardear zonas del interior de Atenas.

El 12 de diciembre, el Gabinete de Guerra dió a Alexander completa libertad para tomar toda clase de medidas militares. Se modificó el rumbo de la 4ª División británica que se dirigía a Egipto desde Italia. Su llegada a Grecia, durante la segunda mitad del mes, alteró la proporción de la lucha. Yo dije a Alexander que el Rey no accedería al proyecto de Regencia. La propuesta de que el Arzobispo se encargara de formar Gobierno no satisfacía a nadie. La reacción inglesa ante estos acontecimientos revelaba un punto de vista más claro y tranquilo.

* * * * *

En aquellos momentos se produjo una incomprensible filtración de secretos oficiales. El lector recordará mi telegrama a Scobie transmitido el 5 de diciembre, a las 4'50 de la madrugada. Este telegrama estaba encabezado: «Personal y. muy secreto. Del Primer Ministro al general Scobie. Duplicado al general Wilson», y, naturalmente, estaba cifrado. Unos días después un editorialista americano pudo publicar casi una copia exacta del mismo. Por lo tanto, todas nuestras comunicaciones se vieron amenazadas.

Al investigar el caso, me enteré de que todos los mensajes enviados a través del Cuartel General del general Wilson en Italia eran comunicados a varias personalidades, incluyendo al Embajador americano en Roma, a no ser que llevaran una nota especialísima restrictiva. Al leer el texto de mi mensaje enviado antes del amanecer del día 5 al general Scobie, el Embajador repitió el texto al Departamento de Estado. Al hacer esto, estaba completamente en su derecho. Lo que ocurrió después de que su informe llegó al Departamento de Estado no se ha descubierto nunca, o al menos no se ha hecho público, pero el día 11 el periodista americano publicó lo que entonces pudo muy bien ser una bomba. Sucedió que, al día siguiente, el Congreso de las Trade Unions te-

nía que reunirse en Londres. Naturalmente, había latente una gran preocupación por nuestra política en Grecia y las fuerzas del ala izquierda estaban inquietas. Parecía probable que la publicación de mi drástico mensaje al general Scobie causara mala impresión. Pero el asunto no se mencionó en el Congreso de las Trade Unions ni atrajo la atención del Parlamento. Mr. Bevin representaba al Gabinete de Guerra en el Congreso, y con su lealtad y su valor característicos defendió y apoyó la política seguida por nosotros en Grecia. Fué él quien llevó la voz cantante en la conferencia. Por una abrumadora mayoría las Trade Unions dieron su apoyo al Gobierno y demostraron una vez más su firmeza y su sentido de responsabilidad en los asuntos importantes.

* * * * *

Mientras tanto, yo había recibido un telegrama del Presidente redactado en los términos más amistosos.

El presidente Roosevelt al Primer Ministro. 13-XII-44.

He estado tan profundamente preocupado como usted por lo que respecta a las trágicas dificultades con que se ha enfrentado en Grecia. Comprendo perfectamente las difíciles y penosas alternativas que se le han presentado. Considero mi papel en este asunto como el de un amigo y aliado leal cuyo único deseo es prestar la mayor ayuda posible en las presentes circunstancias. Puede tener la seguridad de que al expresarle mis opiniones, me guía constantemente el hecho de que nada puede hacer tambalear en modo alguno la unidad entre nuestros dos países durante el cumplimiento de la gran labor a que estamos entregados.

Deseoso como estoy de prestarle toda la ayuda posible en esta difícil situación, existen limitaciones impuestas en parte por la política tradicional de los Estados Unidos y en parte por la creciente reacción adversa de la opinión pública en este país. Nadie mejor que usted puede comprender que yo, tanto personalmente como por mi categoría de Jefe de Estado, soy necesariamente sensible al estado de la opinión pública. Por esto no le ha sido posible a mi Gobierno ponerse firmemente a su lado en el actual curso de los acontecimientos de Grecia. Un intento de hacerlo tendría para usted únicamente un valor momentá-

neo, y a la larga perjudicaría la base de nuestras relaciones. No necesito decirle cómo me disgusta este estado de cosas entre usted y yo. Mi única esperanza es verlo rectificado a fin de que podamos seguir, en esto como en todo, juntos hacia adelante. Sé que usted, como persona que tiene la responsabilidad, desea con todo su corazón hallar una solución satisfactoria para el problema griego, y, sobre todo, una solución que lleve la paz a aquel desolado país. Me pondré totalmente a su lado en cualquier solución que incluya los factores mencionados arriba. Pensando en esto, le envío al azar algunas ideas que se me han ocurrido, inspiradas por mi profundo deseo de prestarle ayuda.

Sé que ha enviado usted allí a Macmillan con plenos poderes para hallar una solución, y es muy posible que haya podido encontrarla antes de que reciba usted este mensaje. Naturalmente, yo no conozco todos los detalles y me encuentro a gran distancia de la escena, pero me parece que la razón básica, o la excusa quizá, de la actitud del E. A. M., ha sido la desconfianza respecto a las intenciones del rey Jorge II. Me pregunto si no le facilitaría el camino a Macmillan que el mismo Rey aprobara el establecimiento de una Regencia en Grecia e hiciera una declaración pública de su intención de no volver, a no ser que fuera llamado por un plebiscito popular. Esto sería particularmente eficaz si fuera acompañado por la seguridad de que se celebrarán elecciones en fecha fija, aunque sea muy lejana, en las que el pueblo tendrá la oportunidad de expresar sus deseos.

Mientras tanto, ¿no sería posible lograr un acuerdo general sobre el desarme y la disolución de todos los grupos armados existentes en el país, incluyendo la Brigada Montañera y el Escuadrón Sagrado, y dejando únicamente las tropas de ustedes para mantener la ley y el orden, hasta que puedan ser reconstituídas las fuerzas griegas sobre una base no partisana y equipadas de un modo adecuado?

Seguiré estudiando este asunto y espero que comparta usted conmigo sus ideas y sus preocupaciones.

Pero esto no me servía de mucha ayuda. Y le contesté:

14-XII-44.

Durante el fin de semana le enviaré una bien meditada contestación a su telegrama, por cuyo tono amistoso le doy las gracias. Espero que los refuerzos británicos, que ahora están llegando regularmente a Atica, mejoren la situación en Atenas. Comprenderá usted la seria importancia que tendría el que nos retiráramos, como fácilmente podríamos hacerlo, y que el resultado fuera una terrible matanza y un régimen de extrema izquierda con inspiración comunista instalado en

Atenas, como así ocurriría. Mis colegas de todos los partidos en el Gabinete no están dispuestos a obrar de un modo tan poco honroso para nuestro historial y nuestro nombre. El discurso de Ernest Bevin en la conferencia del partido laborista mereció el respeto universal. Tenemos por delante una lucha muy dura e incluso peligrosa para las tropas que se hallan en el centro de Atenas. El hecho de suponerse que usted está en contra nuestra, según la última frase de la declaración de Stettinius a la prensa, temo que haya aumentado nuestras dificultades y nuestras cargas. Probablemente hablaré por la radio para todo el mundo el domingo por la noche, a fin de expresar la pureza y el desinterés de los móviles que nos impulsan en todo el asunto, así como de nuestros propósitos.

2. Mientras tanto, le envío una carta que he recibido del Rey de Grecia, a quien hemos sugerido el nombramiento del Arzobispo de Atenas como Regente del país. El Rey se niega a permitirlo. Por lo tanto, si por fin nos decidimos a dar este paso, será necesario cometer un acto de violencia constitucional. No sé nada acerca del Arzobispo, excepto que nuestros hombres en Atenas dicen que podría rellenar un hueco o actuar de puente en una zanja.

* * * * *

Fué un placer para mí recibir noticias de una persona en cuyo buen sentido e instinto para estos asuntos yo confiaba plenamente.

El mariscal de campo Smuts al Primer Ministro. 14-XII-44

Lamento profundamente la preocupación y la ansiedad que la situación de Grecia les está causando a usted y al Gabinete. Ayer hablé con mucha energía en Port Elizabeth a favor de la política seguida por el Gobierno del Reino Unido. Espero que mis comentarios hayan sido resumidos por cable. Temo que si se permite la subsistencia de ejércitos partisanos y de movimientos clandestinos, la paz degenerará en convulsiones civiles y en anarquía, no sólo en Grecia, sino en los demás países de Europa... Espero que sea posible que el Arzobispo actúe con mayor decisión y autoridad. A estas alturas la firmeza es primordial, y la debilidad al tratar a los partisanos puede terminar en guerra civil en un momento posterior y más difícil.

Para ser francos, no me agrada que nuestro Embajador juegue este importante papel en el cambio de Gobierno griego, porque más tarde puede hacerse uso de este factor contra usted por haber inter-

venido en los asuntos de Grecia. Mi opinión, en lo que valga, es que después de dominado el levantamiento del E. A. M., el Rey de Grecia debería volver a cumplir sus funciones constitucionales. La carga de gobernar Grecia no debe ser llevada más tiempo por el Gobierno de Su Majestad.

También recibí un mensaje de gratitud de la 3ª Brigada Montañera griega, que había luchado lealmente a nuestro lado, por nuestros esfuerzos para proteger el país y de pesar por el derramamiento de sangre británica. Me pidieron que fuera su Comandante Honorario.

Pero Harry Hopkins me envió una nueva advertencia:

16-XII-44.

La opinión pública se está resintiendo aquí rápidamente a causa de la situación griega y de las declaraciones de usted en el Parlamento acerca de los Estados Unidos y de Polonia.

Estando, como está, la batalla unida en Europa y en Asia, y requiriendo las energías de todos para derrotar al enemigo, confieso que me preocupa profundamente el curso diplomático de los acontecimientos, que exponen a la vista del público nuestras varias diferencias.

Ignoro lo que el Presidente o Stettinius piensan decir públicamente, pero sería conveniente que uno de ellos, o los dos, declararan en términos inequívocos nuestra decisión de hacer todo lo posible para lograr un mundo libre y seguro.

En esto todos estábamos de acuerdo, pero la cuestión era saber si podría obtenerse permitiendo que los comunistas se apoderaran del poder en Atenas. Este era el punto que se trataba de dilucidar.

El Primer Ministro a Mr. Harry Hopkins. 17-XII-44.

Su mensaje me ha causado pesar y extrañeza. Espero que no vacile en telegrafiarme los puntos en que cree que nosotros, o yo personalmente, nos hemos equivocado, y lo que nos aconseja hacer, porque tengo una gran confianza en su buen juicio y en su amistad, aunque a veces yo vea las cosas desde un punto de vista distinto. Todos los telegramas que me ha enviado el Presidente han sido amistosos y alentadores, y también su telegrama a Tío Joe causará mucho bien.

2. Naturalmente, yo vería de buena gana cualquier declaración pú-

blica en América que expusiera los objetivos mencionados en la última frase de su telegrama. También son los nuestros. Nosotros no buscamos beneficiarnos de esta lucha.

También envié al Presidente la respuesta prometida:

El Primer Ministro al presidente Roosevelt. 17-XII-44.

Respecto a Grecia, la situación actual es que nuestros representantes allí, Macmillan y Leeper, nos han recomendado con gran insistencia el nombramiento del Arzobispo como Regente. Esto resulta odioso al Gobierno de Papandreu, aunque es posible que se le pueda persuadir para que apoye una Regencia de tres, es decir, el Arzobispo, el general Plastiras y Dragumis. Se sospecha que el Arzobispo ambiciona obtener todo el poderío político y que, apoyado por el E. A. M., hará uso de él sin misericordia contra los ministros existentes. Ignoro lo que hay de cierto en ello. Los hechos cambian cada hora. No estoy seguro de que, si imponemos una Regencia de un solo hombre, no impongamos una dictadura en Grecia.

2. También hay que considerar el hecho de que el Rey se niega, creo que inflexiblemente, a nombrar una Regencia, y menos una Regencia única del Arzobispo, de quien desconfía y a quien teme. Según la Constitución griega, el Príncipe heredero es Regente en ausencia del Rey. El Rey dice también que todos sus ministros, a las órdenes de Papandreu, le aconsejan en contra de semejante medida y que él, como monarca constitucional, no puede ser responsable de ella.

3. El Gabinete de Guerra decidió esperar, durante tres o cuatro días, el curso de las operaciones militares. Nuestros refuerzos están llegando rápidamente, y el servicio de Información británico del Estado Mayor dice que no hay más que doce mil miembros del E L. A. S. en Atenas y El Pireo. Los cálculos del Rey de Grecia van de quince a veintidós mil. De cualquier manera, a mediados de la semana que viene tendremos una gran superioridad numérica. No estoy preparado, con los informes que tengo, para dar lugar a una violencia anticonstitucional en estas circunstancias.

4. Nuestra labor inmediata es asegurar el control de Atenas y de El Pireo. Según los últimos informes, es posible que el E. L. A. S. acceda a marcharse, lo que nos proporcionaría una buena base para negociar el mejor arreglo posible entre las facciones griegas en guerra. Desde luego, este acuerdo tendrá que ordenar el desarme de las fuerzas guerrilleras. El desarme de la Brigada Montañera griega, que capturó Rímini, y del Escuadrón Sagrado, que tan bien ha luchado al lado de las tropas americanas e inglesas, debilitaría seriamente nuestras fuerzas y

en modo alguno podemos abandonarlos para que sean asesinados en masa. No obstante, pueden ser enviados a otro lugar como parte de un arreglo general.

5. Estoy seguro de que usted no pretenderá de nosotros que abandonemos nuestra penosa e ingrata tarea en este punto. La iniciamos con el consentimiento total de usted. No deseamos, por lo que respecta a Grecia, otra cosa que cumplir nuestros deberes para con la causa común. En medio de nuestra labor de proporcionar alimentos y alivio y mantener los rudimentos del orden para un Gobierno que carece de fuerzas armadas, nos hemos visto mezclados en una furiosa, aunque todavía no muy sangrienta, contienda. He lamentado profundamente que no haya podido usted pronunciar una palabra de explicación de nuestros actos, pero comprendo sus dificultades.

6. Mientras tanto, el Gabinete está unido y los ministros socialistas aprueban las declaraciones de Mr. Bevin en la conferencia laborista, que en este asunto apoyó la actuación oficial por una mayoría de 2.455.000 votos contra 137.000. Creo que no me sería difícil obtener en cualquier momento una mayoría de diez por uno en la Cámara de los Comunes. Estoy seguro de que usted hará cuanto esté en su mano. Le mantendré constantemente informado.

* * * * *

En el Canadá, Mr. Mackenzie King también notó las reacciones desfavorables para nuestra política en Grecia, que habían sido tan volublemente expresadas en los Estados Unidos. En varios telegramas me reveló su embarazo.

El Primer Ministro al Primer Ministro del Canadá. 15-XII-44.

He hecho lo posible por definir ante la Cámara nuestra posición. A mi juicio, lo más importante es que, después de haber obtenido el consentimiento escrito de todos los partidos, incluyendo el E. A. M., el Primer Ministro griego invitó a las tropas británicas a entrar en Grecia para guardar el orden y proteger los suministros. Nosotros aceptamos la invitación y hemos de seguir haciendo todo lo posible por llevarlo a cabo. La tarea es ingrata, pero en conciencia no podíamos rehuir nuestras responsabilidades. Estando, como están, las pasiones inflamadas en Atenas por ambas partes, la situación es, inevitablemente, difícil. Pero la visita de Alexander ha sido muy provechosa, y en general los últimos informes son más alentadores.

También envié a Mr. Mackenzie King los telegramas que había intercambiado con el Presidente en agosto y le llamé la atención sobre el acuerdo de Caserta, que entonces ya se había hecho público. Le dije que tenía la aprobación verbal de Stalin para nuestra entrada en Grecia y para la liberación de Atenas. «A pesar de que los comunistas son la raíz del asunto, Stalin no ha hecho todavía ningún comentario público sobre nuestra acción», concluí.

En consideración a estos factores, argumentos y apelaciones, Mr. Mackenzie King se abstuvo de hacer ninguna demostración pública de disentimiento.

Al volver la mirada hacia atrás, ahora que han pasado algunos años, resulta curioso ver que la política por la que mis colegas y yo luchamos tan obstinadamente, ha sido refrendada por completo por el curso de los acontecimientos. Por mi parte, yo nunca lo he dudado, porque vi claramente que el comunismo sería el peligro con que la civilización tendría que enfrentarse después de la derrota del nazismo y el fascismo. No nos correspondía a nosotros terminar la labor de Grecia. Poco pensaba yo, sin embargo, a fines de 1944, que el Departamento de Estado, apoyado por la fuerza abrumadora de la opinión americana, en poco menos de dos años no sólo adoptaría y llevaría a cabo la política que nosotros habíamos iniciado, sino que haría esfuerzos vehementes y costosos, incluso de tipo militar, para lograr que diera fruto. En su declaración ante la Cámara de Representantes del Comité de Asuntos Exteriores, el Secretario de Estado norteamericano en funciones, Mr. Dean Acheson, se pronunció el 21 de marzo de 1947 en la siguiente forma:

«Un Gobierno griego dominado por el comunismo sería considerado peligroso para la seguridad de los Estados Unidos.»

Si Grecia no ha corrido la suerte de Checoeslovaquia y sobrevive hoy como una de las naciones libres, se debe, no sólo a la acción británica de 1944, sino a los firmes esfuerzos de lo que un día había de ser el poderío combinado del mundo de habla inglesa.

Capítulo XIX

NAVIDAD EN ATENAS

Luchas callejeras en Atenas. — Correspondencia grave con el mariscal de campo Alexander. — Mi telegrama a Smuts del 22 de diciembre. — Mis dudas sobre una Regencia. — Vuelo a Atenas en compañía de Eden, 24 de diciembre. — La noche de Navidad a bordo del «Ajax». — Informo a Mr. Attlee. — Y al Presidente. — Nos entrevistamos con los comunistas en el Ministerio de Asuntos Exteriores griego el 26 de diciembre. — Un telegrama a mistress Churchill. — Acordamos pedir al rey de Grecia que nombre Regente al arzobispo Damaskinos. — Regreso a la patria, 28 de diciembre. — Telegramas al Presidente. — Un doloroso deber. — El mensaje real. — Un comentario de sir Reginald Leeper. — El general Plastiras se convierte en Primer Ministro, 4 de enero. — Sabio consejo del mariscal de campo Smuts. — Se firma un armisticio, 11 de enero. — El E.L.A.S., expulsado de Atenas. — El final de la lucha.

EN Atenas, la lucha callejera continuaba con resultados inciertos y de una manera creciente. El 15 de diciembre, el mariscal de campo Alexander me advirtió que era importantísimo llegar rápidamente a una solución y que las mejores posibilidades de lograrla estaban en utilizar al Arzobispo. «De no ser así», me telegrafió, «temo que, si la resistencia de los rebeldes continúa con la misma intensidad que tiene ahora, habré de enviar nuevos y grandes refuerzos desde el frente italiano para asegurar la limpieza de la zona Atenas-Pireo, que es una zona de cincuenta millas cuadradas de edificios.»

El Primer Ministro al mariscal de campo Alexander (Italia). 17-XII-44

El avance del E. L. A. S. hacia el centro de Atenas me parece un hecho muy serio, y me gustaría conocer su opinión sobre si, con los refuerzos que ahora están llegando, es probable que nos mantengamos en el centro de la ciudad y podamos derrotar al enemigo. ¿Tiene usted a la vista algunos refuerzos más, además de la 4.ª División, el Regimiento de Carros y las dos Brigadas que quedan de la 46.ª División? ¿Existe el peligro de que se rindan en masa las tropas británicas ahora copadas en la ciudad de Atenas, y que se produzca seguidamente una matanza con los griegos que se pusieron de nuestro lado? El Gabinete de Guerra desea un informe de usted sobre la situación militar en este aspecto.

2. No tenemos la menor intención de dominar ni de ocupar Grecia. Nuestro objetivo es suministrar la base sobre la que el Gobierno griego, ampliamente representativo, pueda funcionar y crear una fuerza nacional que le permita conservarse en el Atica. Después de esto, nos marcharemos, ya que no tenemos intereses en Grecia, excepto aquellos de los sentimientos y del honor.

3. El rey de Grecia se ha negado categóricamente, en una carta muy

extensa y bien razonada, a nombrar un regente, y especialmente a nombrar al Arzobispo, de quien desconfía personalmente. He oído informes contradictorios sobre el Arzobispo, pues hay quien dice que está en contacto con el E. A. M. y que alienta grandes ambiciones personales. No he decidido aún si debo sobreponerme, o en qué forma hacerlo, a la resistencia del Rey. Si ésta no puede ser vencida, no quedará otra base constitucional que la del acto de violencia, en la que tendremos que tomar parte. Este asunto se hallará aún más complicado si se puede demostrar, como afirma el Rey, que su Primer Ministro y su Gobierno le han aconsejado que no nombre un regente. En este caso, estaríamos en contra del Rey porque mantiene su juramento constitucional y seríamos precisamente nosotros los que elevaríamos al Poder a un dictador. El Gabinete ha decidido, por tanto, esperar el futuro desarrollo de la situación militar antes de tomar decisiones que pudieran resultar fatales.

4. Personalmente, creo que nuestro predominio militar debe quedar claramente establecido antes de que lleguemos a un acuerdo, y en cualquier caso no me gustaría llegar a un acuerdo estando nosotros en un plano de inferioridad en vez de estar en una situación de dominio. Desde luego, si usted me dice que es imposible que, en un plazo de tiempo razonable, podamos dominar el Atica, la situación presentará dificultades, pero no de un tipo que nos vayan a acobardar después de todas las que ya hemos resuelto.

Dos días más tarde le escribí nuevamente:

El Primer Ministro al mariscal de campo Alexander (Italia). 19-XIII-44.

El Gabinete opina que es mejor dejar que prosigan durante una temporada las operaciones militares de limpieza de Atenas y del Atica antes que confiar todo el futuro al Arzobispo. ¿Ha examinado usted sus antecedentes? Es muy duro pedirme que derribe a un Rey constitucional que está actuando de acuerdo con el consejo leal de sus ministros, que no sufren la presión británica, con objeto de elevar al Poder a un dictador que puede probablemente convertirse en el campeón de la extrema izquierda.

Estamos esperando aquí que el panorama se despeje un poco más, y cuando esto suceda daremos las órdenes necesarias.

La respuesta de Alexander fué muy grave. Acababa de suceder al general Wilson en el Mando Supremo.

El mariscal de campo Alexander al Primer Ministro. 21-XII-44.

En contestación a su mensaje del 19 de diciembre, debo decirle que mi mayor deseo es que usted conozca exactamente la verdadera situación, lo que podemos y lo que no podemos hacer. Enterarle de ello es mi deber. Debe usted tener conocimiento de la potencia de las fuerzas británicas en Grecia y de los refuerzos que podría enviar desde el frente italiano si las circunstancias me obligaran a hacerlo.

Suponiendo que el E. L. A. S. continúe la lucha, calculo que será posible limitar la zona Atenas-Pireo y luego mantener en ella la seguridad, pero esto no derrotará al E. L. A. S. ni le obligará a rendirse. Todavía no somos lo bastante fuertes para hacer más ni para comprometernos a operaciones en el territorio principal griego. Durante la ocupación de los alemanes, éstos mantuvieron seis o siete divisiones en tierra firme, además del equivalente de cuatro más en las islas griegas. Aún así, fueron incapaces de mantener abiertas todas sus comunicaciones durante todo el tiempo, y dudo que nosotros tropecemos con menos resistencia que la que encontraron los alemanes.

Las intenciones alemanas en el frente italiano exigían una cuidadosa vigilancia. Los recientes acontecimientos en el Oeste y la desaparición y la falta de noticias de la 16.ª División de las S. S., que estaba frente al V Ejército norteamericano, nos hacen temer que pueda producirse algún movimiento por sorpresa, para el cual debemos estar prevenidos. Menciono estos factores para hacerle conocer la situación militar y subrayar el hecho de que, a mi juicio, el problema griego no puede ser resuelto por medio de medidas militares. La solución hay que buscarla en el campo político.

Finalmente, creo que usted sabe que siempre puede confiar en mí, porque haré todo lo que esté en mi mano para llevar a cabo sus deseos. No obstante, espero de todo corazón que pueda usted encontrar una solución política al problema griego, ya que estoy convencido de que proseguir las acciones militares después de limpiar la zona de Atenas-Pireo es actualmente superior a nuestras fuerzas.

Yo le contesté como sigue:

El Primer Ministro al mariscal de campo Alexander (Italia). 22-XII-44.

No se trata en absoluto de enzarzarnos en una operación militar lejos de la zona Atenas-Pireo. Sin embargo, debemos tener una base militar allí, sobre la que el Gobierno griego, sea del tipo que fuere, pueda funcionar. Personalmente, tengo grandes dudas sobre el Arzobispo, que es muy posible pueda convertirse en un dictador apoyado por el ala

izquierda. Sin embargo, estas dudas pueden desaparecer en los próximos días, y confío en que durante estos días logremos el dominio en el Atica y limpiemos Atenas.

2. Una vez logrado esto, no tenemos intención de permanecer en Grecia, excepto durante el período que razonablemente haga falta, con objeto de permitir que el Gobierno griego, sea cual fuere, pueda crearse para sí un ejército nacional o una milicia, y pueda llevar a cabo elecciones, plebiscitos, etc. No encontraremos ninguna solución política mientras estemos negociando desde una base de debilidad y fracaso. En las circunstancias actuales, sólo podremos entrar en el campo político por la puerta del éxito.

También comuniqué al mariscal de campo Smuts mis impresiones sobre los asuntos griegos:

El Primer Ministro al mariscal de campo Smuts. 22-XII-44.

Grecia ha llegado a ser para mí una fuente inextinguible de preocupaciones. Hemos sido heridos en la casa de nuestros amigos. Con esta nueva ocasión, las fuerzas comunistas e izquierdistas de todo el mundo se han agitado en un movimiento de simpatía, y nuestro prestigio y nuestra autoridad en Grecia se han visto, en cierto grado, minados por los reportajes que ha estado publicando la prensa americana. El retorno del rey de Grecia no suministraría una base para la política británica. Debemos evitar a toda costa dar la impresión de que estamos imponiendo el Rey al pueblo griego con nuestras bayonetas.

Tengo serias dudas sobre la Regencia, que bien podría asumir la forma de una dictadura. Estoy incapacitado de afirmar si se trataría de una dictadura de izquierda, ya que no sé cómo es el Arzobispo. Todas las fuerzas izquierdistas y el personal que tenemos allí apoyan la idea. Alexander, claro está, tiene el corazón puesto en el Norte, y no le gusta nada el conflicto griego. Pero si los poderes del mal prevalecen en Grecia, como es muy probable, debemos estar preparados para una península balcánica casi bolchevizada y dirigida por Rusia, y este mal puede extenderse a Italia y a Hungría. Preveo, por tanto, grandes peligros para el mundo en ese sector, pero no puedo hacer nada eficaz sin someter el Gobierno a una gran tirantez y sin enfadarme con América. Espero que los próximos días sean testigos de un mejoramiento en el progreso de las operaciones militares en el Atica, y que esto produzca una atmósfera más saludable. Mientras tanto, nuestros refuerzos están llegando y somos ya muy superiores en número al E.L.A.S. A pesar de ello, la situación no es nada agradable.

* * * * *

YUGOESLAVIA
ALBANIA
Durazzo
Florina
Salónica
Imbros
Lemnos
Dardanelos
TURQUIA
Lesbos
Larissa
MAR EGEO
Corfu
Esmirna
Chios
Golfo de Corinto
ATICA
ATENAS
Andros
Patras
Pireo
Cefalonia
PELOPONESO
MAR JÓNICO
Naxos
Milos
Citeres
0 40 80 120 160 MILLAS
GRECIA

Dos días más tarde decidí ir a Grecia para enterarme de la situación por mí mismo.

Era el 24 de diciembre y en casa habíamos preparado una fiesta para la noche de Navidad, con la familia y los niños. Teníamos un árbol de Navidad que nos había enviado el Presidente y todos esperábamos pasar una noche agradable, quizás más brillante por el hecho de que nos rodeaban negras sombras. Pero cuando acabé de leer mis telegramas, tuve la sensación de que debía volar a Atenas para ver la situación sobre el propio terreno, y especialmente para conocer al Arzobispo, alrededor de cuya personalidad giraban tantas cosas. Por tanto, hice trabajar al teléfono y dispuse que aquella misma noche estuviera preparado un avión en Northolt. También estropeé la Navidad de Mr. Eden, con la propuesta, que aceptó inmediatamente, de que viniera conmigo. Después de ser objeto de grandes reproches, por parte de la familia, por desertar de la fiesta, fuí en coche a Northolt, donde me reuní con Mr. Eden y donde nos esperaba el Skymaster que el general Arnold me había enviado recientemente. Dormimos hasta las ocho de la mañana, hora en la que aterrizamos en Nápoles para repostar. Allí había varios generales, y desayunamos juntos en mesas contiguas. El desayuno no es mi mejor hora del día, y las noticias que teníamos, tanto del frente italiano como de Atenas, eran muy poco alentadoras. Una hora después despegamos otra vez, y con un tiempo magnífico volamos sobre el Peloponeso y el estrecho de Corinto. Atenas y El Pireo se nos desplegaron como un mapa a escala gigantesca, y todos mirábamos hacia abajo tratando de adivinar a quién pertenecía cada sector.

A mediodía aterrizamos en el aeropuerto de Kalamaki, protegido por unos dos mil soldados británicos de las fuerzas aéreas, todos bien armados y en actividad. Allí nos estaban esperando el mariscal de campo Alexander, Mr. Leeper y Mr. Macmillan. Subieron a bordo del avión y pasamos casi tres horas discutiendo la situación, tanto militar como política. Creo que al final estábamos de completo acuerdo, como también lo estábamos sobre las medidas inmediatas a tomar.

Mi séquito y yo dormiríamos a bordo del *Ajax*, que estaba anclado en aguas de El Pireo. Se trataba del famoso crucero ligero que tomó parte en la batalla del Río de la Plata (1), que ahora parecía pertenecer a un pasado remoto. Los informes decían que la carretera estaba despejada, y con una escolta de coches acorazados recorrimos las escasas millas que nos separaban del puerto, sin ningún incidente. Subimos al *Ajax* antes de que cayera la noche, y por primera vez me di cuenta de que era el día de Navidad. La dotación del buque había hecho preparativos para pasar una noche divertida y procuramos estorbarles lo menos posible.

Los marineros tenían todo un plan de diversión. Una docena de ellos se disfrazaron con toda clase de trajes y antifaces simulando ser chinos, negros, pieles rojas, cockneys, payasos, con objeto de dar luego una serenata a los oficiales y a los suboficiales, y en general dedicarse a los ruidosos regocijos a que la ocasión se prestaba. Llegó el Arzobispo con su séquito. Era un hombre gigantesco, vestido con largos ropajes y el alto bonete de los dignatarios de la Iglesia griega. Los dos grupos se encontraron. Los marineros creyeron que el desconocido formaba parte del programa de festejos y se pusieron a bailar alrededor de él con todo entusiasmo. El Arzobispo creyó que aquello era un insulto premeditado, y hubiera vuelto a tierra si no hubiese sido por la oportuna llegada del capitán del buque que, con cierto embarazo, logró explicar la situación sin comprender lo que podía haber ocurrido. Pero todo terminó bien.

* * * * *

Envié un informe sobre nuestras distintas discusiones al Gabinete de Guerra.

El Primer Ministro (Atenas) al Vice-Primer Ministro y otros. 26-XII-44.

A nuestra llegada al aeropuerto de Atenas, el ministro de Asuntos Exteriores y yo celebramos una conferencia con el mariscal de campo Alexander, Mr. Macmillan y Mr. Leeper.

(1) Véase Vol. I, cap. XXII.

2. El mariscal de campo Alexander nos proporcionó un informe alentador sobre la actual situación militar, que había sido grave las quince semanas anteriores, pero que ya era mucho mejor. Sin embargo, el mariscal de campo estaba convencido de que detrás de las unidades del E. L. A. S. había un decidido núcleo de resistencia de carácter comunista, más fuerte de lo que habíamos creído y que sería muy difícil de suprimir. Si lográbamos rechazar a las fuerzas del E.L.A.S. más allá del perímetro de Atenas, todavía nos quedaría una enorme tarea si lo que perseguíamos era eliminarlo totalmente.

3. Mr. Macmillan y Mr. Leeper nos dijeron que habían estado estudiando la posibilidad de convocar una conferencia de todos los dirigentes políticos, a la que se invitaría al E.L.A.S. Creímos que la convocatoria de una conferencia de este tipo con el declarado objeto de terminar la lucha fratricida en Grecia, serviría para hacer comprender al mundo nuestras buenas intenciones. También pensamos que sería una buena medida nombrar presidente de la conferencia al Arzobispo. En la reunión que celebramos [en el avión] trazamos el texto de la declaración pública que Mr. Macmillan y Mr. Leeper iban a enseñar al Primer Ministro griego y al Arzobispo, cuyo texto ya conocen ustedes por haberles sido telegrafiado.

4. Expresamos nuestro deseo de que la conferencia se convirtiera rápidamente en una conferencia entre griegos, aunque nosotros permaneceríamos allí mientras fuéramos útiles. Cuando llegó el momento de plantear este punto al Arzobispo, ya habíamos sido informados anteriormente de que él estaba dispuesto a desempeñar su papel. Cuando vino a vernos [a bordo del *Ajax*] habló con gran amargura contra las atrocidades del E.L.A.S. y contra la negra y siniestra mano que había detrás del E.A.M. Oyéndole, era imposible dudar que tenía miedo de una combinación comunista, o trotskista como él la llamaba, en los asuntos griegos. Nos dijo que aquel mismo día había publicado una encíclica condenando a los miembros del E.L.A.S. por coger ocho mil rehenes, pertenecientes a la clase media, muchos de ellos egipcios, y por ir fusilando unos cuantos cada día. Les dijo que informaría de este asunto a la prensa mundial, si las mujeres no eran puestas en libertad. Después de discutir, había sido acordado que las mujeres serían libertadas. En general, me impresionó inspirándome una sensación de confianza. Se trata de un magnífico personaje, que aceptó inmediatamente la propuesta de presidir la conferencia. Hemos pedido a los representantes soviéticos y de los Estados Unidos en Atenas, que se hallen presentes como observadores. La conferencia está fijada para las cuatro de la tarde del 26 de diciembre.

5. A petición mía, el Arzobispo me va a enviar las propuestas para el orden del día de la conferencia. No puedo prever qué va a re-

sultar de todo esto. Puede, claro está, que el E.L.A.S. rechace la invitación, pero, si lo hace, sus componentes aparecerán ante el mundo como intentando adueñarse del poder sin ningún freno. Si aceptan, no creo que las posibilidades de crear un Gobierno unido sean muy grandes. Me impresionó especialmente lo que dijo el Arzobispo sobre la intensidad del odio que contra los comunistas siente el país. No teníamos ninguna duda sobre esto antes de llegar aquí, y se ve confirmado por todo lo que hemos oído hasta ahora. Tampoco hay duda alguna sobre cómo votaría la gente de Atenas si se le diera una ocasión, y debemos tener siempre presente la posibilidad de ofrecerles la ocasión de votar. Les enviaremos nuevos informes después de habernos entrevistado con el E.L.A.S., si es que acuden mañana.

Por supuesto, había mantenido informado al Presidente.

El Primer Ministro al presidente Roosevelt. 26-XII-44.

Anthony y yo vamos a ver qué podemos hacer para desembrollar este lío griego. Base de acción: el Rey no ha de volver hasta que se celebre un plebiscito cuyo resultado le sea favorable. Por lo demás, no podemos abandonar a quienes han tomado las armas en defensa de nuestra causa, y si es necesario hemos de luchar a su lado. Hay que tener siempre presente que no buscamos nada de Grecia, ni en territorio ni en ventajas. Hemos dado mucho y daremos más si está en nuestra mano. Cuento con su ayuda en este momento de dificultades inusitadas. Sobre todo, me gustaría que dijese usted a su embajador en Atenas que se ponga en contacto con nosotros y que ayude en todo lo que pueda, de acuerdo con los principios anteriormente expuestos.

Al día siguiente, Roosevelt contestó:

El presidente Roosevelt al Primer Ministro. 27-XII-44.

He pedido a nuestro embajador que vaya a verle a usted lo antes posible, y estoy dispuesto a prestar toda la ayuda necesaria en esta difícil situación.

Confío en que su presencia ahí, sobre el terreno, le permitirá lograr una solución totalmente satisfactoria.

* * * * *

La mañana del día 26 salí para la Embajada. Recuerdo que tres o cuatro granadas procedentes de la lucha que se desarrollaba a una milla de distancia y a nuestra izquierda, levantaron unos chorros de agua relativamente cerca del *Ajax* cuando estábamos a punto de bajar a tierra. Allí nos esperaba un coche blindado y una escolta militar. Pregunté a mi secretario particular, Jock Colville: «¿Dónde está su pistola?», y cuando me dijo que no tenía, le reconvine, porque yo, desde luego, llevaba la mía. Unos instantes después, cuando estábamos todos apretujados en nuestra caja de acero, Jock me dijo: «Tengo un fusil ametrallador». «¿De dónde lo ha sacado?», le pregunté. «Se lo he pedido prestado al conductor», contestó. «¿Y él, qué va a hacer?», volví a preguntar. «Ahora está ocupado conduciendo». «No habrá dificultades si no nos paran. Y entonces, ¿qué hará él?» Jock ya no supo qué contestar. Se apuntó un cero. Pero continuamos carretera adelante hasta la Embajada sin tropezar con ninguna dificultad.

Allí me entrevisté nuevamente con el Arzobispo, en cuyas manos íbamos a confiar tantas cosas. El estuvo de acuerdo en todo lo que propusimos. Planeamos el desarrollo de la conferencia que había de celebrarse por la tarde, y yo acabé de convencerme de que era la figura más eminente de toda la barahunda helena. Entre otras cosas, yo me había enterado de que antes de entrar en la Iglesia ortodoxa griega había sido campeón de lucha. Mr. Leeper me ha atribuído las siguientes palabras: «Lamentaría infinitamente que las nuevas tareas que Vuestra Beatitud asume como Regente puedan interferir lo más mínimo sus funciones espirituales». Pero él me dió toda clase de seguridades a este respecto.

Hacia las seis de la tarde de aquel mismo día, 26 de diciembre, se inició la conferencia en el Ministerio de Asuntos Exteriores griego. Nos sentamos en una habitación grande y fría, después de haber cerrado la oscuridad. El invierno en Atenas es frío. Allí no había calefacción, y unas cuantas lámparas de petróleo alumbraban escasamente la escena. Yo me senté a la derecha del Arzobispo, con Mr. Eden. El mariscal de campo Alexander estaba a su izquierda. El embajador norteamericano, Mr. MacVeagh, el

ministro francés, M. Baelen, y el representante militar soviético habían aceptado nuestra invitación. Los tres dirigentes comunistas llegaron con retraso, aunque no por culpa suya. Cuando se disponían a pasar se había producido una larga disputa en los puestos avanzados. Después de esperar media hora, iniciamos el trabajo, y yo ya estaba hablando cuando entraron en la estancia. Eran unos individuos de buen aspecto, que llevaban uniformes de campaña británicos. En mi discurso dije, entre otras cosas:

Cuando llegamos ayer, creímos que sería una gran cosa celebrar una conversación alrededor de una mesa. Es mejor hacer todos los esfuerzos posibles para volver a rehacer Grecia como un factor en la victoria, y hacerlo ahora. Por tanto, celebramos una conversación con M. Papandreu, el Primer Ministro... Le propusimos que se celebrara una conferencia como ésta. Mr. Eden y yo hemos venido hasta aquí, a pesar de que se están desarrollando grandes batallas en Bélgica y en la frontera alemana, para hacer este esfuerzo de rescatar a Grecia de una suerte miserable y elevarla a un nivel de progreso y estabilidad. M. Papandreu nos dijo inmediatamente que le parecía muy bien esta conferencia, y ahora nos hemos reunido todos en esta ciudad, donde el sonido de los disparos resuena constantemente muy cerca. El siguiente paso británico fué invitar al Arzobispo para que presidiera esta conferencia griega. No tenemos la menor intención de obstruir vuestras deliberaciones. Nosotros, los británicos y los demás representantes de las grandes potencias unidas y victoriosas, dejaremos que ustedes, los griegos, deliberen por su cuenta bajo la presidencia de este eminente y venerable ciudadano, y no les molestaremos, a no ser que nos llamen de nuevo. Podemos esperar algún tiempo más, pero tenemos muchas otras tareas que realizar en este mundo terriblemente atormentado. Mi esperanza está, por lo tanto, en que la conferencia que comienza esta tarde en Atenas devolverá a Grecia, una vez más, su fama y poderío entre los aliados y entre los pueblos del mundo amantes de la paz, defenderá las fronteras griegas de los peligros del Norte y permitirá que todos los griegos se porten dignamente en beneficio de su país a los ojos de todo el mundo. Porque todas las miradas están fijas en este momento en esta mesa, y nosotros, los británicos, confiamos en que, sea lo que sea lo que haya pasado durante el ardor de la lucha, y sean cuales fueren las desavenencias que se hayan producido, podremos conservar la vieja amistad entre Grecia y la Gran Bretaña, que tan notable papel desempeñó en la instauración de la independencia griega.

El general Alexander dió una nota aguda al decir que las tropas griegas deberían estar luchando en Italia y no contra las tropas británicas en Grecia.

Cuando hubimos roto el hielo y vimos que los griegos que tanto daño se habían hecho entre sí se sentaban alrededor de una mesa para deliberar bajo la presidencia del Arzobispo, tan pronto como se hubieron pronunciado los discursos oficiales, los miembros británicos de la conferencia nos retiramos.

* * * * *

Me alegré de volver a la Embajada, donde había unas cuantas estufas de petróleo que el Cuartel General había prestado para el tiempo que durase mi visita. Mientras esperábamos noticias de la conferencia y que llegase la hora de la cena, envié el siguiente telegrama a mi esposa, hacia la cual me sentía culpable de deserción en la noche de Navidad:

El Primer Ministro a mistress Churchill. 26-XII-44.

Hemos tenido un día muy fructífero, y hasta ahora no hay por qué abandonar las esperanzas de lograr algunos resultados importantes. El buque *Ajax* es muy cómodo, y desde allí se puede observar la lucha en el norte de El Pireo, desde cerca. Nos hemos tenido que alejar una milla más, porque estaban cayendo demasiadas granadas de mortero en nuestras proximidades. Fuí a la Embajada, siguiendo la larga carretera que va de El Pireo hasta Atenas, en un coche acorazado, con una fuerte escolta, y hablé a las valerosas mujeres del personal de la Embajada, que han estado en continuo peligro e incomodidad durante tantas semanas, pero que, a pesar de ello, se encuentran de excelente humor. Mistress Leeper es un ejemplo para ellas.

2. Supongo que habrás oído hablar del complot que hubo para volar el Cuartel General en el Hotel Grande-Bretagne. No creo que fuera en honor mío. En las alcantarillas unas manos expertas habían puesto una tonelada de dinamita, con un mecanismo alemán de relojería fijado para que provocara la explosión entre la hora que se sabía que yo iba a llegar y el amanecer. He hecho amistad con el Arzobispo, y creo que ha sido muy conveniente haber actuado con él de la forma en que lo hemos hecho, dejando las cuestiones constitucionales para ser discutidas más tarde.

3. La conferencia en el Ministerio de Asuntos Exteriores griego fué muy dramática, ya que alrededor de la mesa estaban los fatigados rostros de los griegos, y logramos que el Arzobispo, con su enorme bonete, que calculo le daría una altura de dos metros, presidiera la reunión. Los embajadores americano, ruso y francés estaban muy contentos de haber sido invitados. Sin duda, oirás discursos por la radio, o los verás en los periódicos del miércoles. El E.L.A.S., compuesto de tres representantes, llegó tarde. Se propuso un voto de gracias, con muchos elogios hacia nosotros, por el Gobierno griego, y la propuesta fué apoyada por el representante del E.L.A.S., que añadió una referencia a la Gran Bretaña como «nuestro gran aliado», todo ello mientras los cañones disparaban muy cerca.

4. Después de pensarlo, estreché la mano del delegado del E.L.A.S., y vi claramente que lo agradeció. Son los cargos más altos, y los hemos dejado juntos, ya que se trata de un asunto puramente griego. La conferencia puede suspenderse en cualquier momento, pero esperaré durante un día o dos, si es necesario, para observar la situación. Por lo menos, se ha hecho todo lo posible.

* * * * *

Todo el día siguiente estuvo dedicado a amargas y animadas discusiones entre los grupos griegos. A las cinco y media de la tarde celebré una conversación final con el Arzobispo. Como resultado de sus entrevistas con los delegados del E.L.A.S., se acordó que yo pediría al rey de Grecia que lo nombrara Regente. El, por otro lado, se dedicaría a crear un nuevo Gobierno en el cual no habría ningún miembro comunista. Nos comprometimos a continuar la lucha con toda energía hasta que el E.L.A.S. aceptara un armisticio o hasta que la zona de Atenas quedara despejada de ellos. Le dije que no podríamos emprender ninguna operación militar más allá de Atenas y el Atica, pero que trataríamos de mantener las fuerzas británicas en Grecia hasta que se formara el Ejército nacional griego.

Poco antes de esta conversación había recibido yo una carta de los delegados comunistas en la que me pedían una entrevista privada. El Arzobispo me rogó que no consintiera en celebrar esta entrevista. Contesté a la carta diciendo que, como la conferencia

tenía un carácter puramente griego, no creía justificado acceder a su petición.

A la mañana siguiente, 28 de diciembre, Mr. Eden y yo salimos en avión para Nápoles y Londres. No tuve ocasión de despedirme de M. Papandreu antes de salir de Grecia. Estaba a punto de dimitir, y él era el que más perdía en todo este asunto. Pedí a nuestro embajador que se mantuviera en contacto amistoso con él y envié el siguiente telegrama a los jefes de Estado Mayor:

El Primer Ministro (Atenas) al general Ismay, para el C. I. G. S. y el C. O. S. 28-XII-44.

Veo claramente los grandes males que se sucederán aquí, en Atenas, y que afectarán a nuestra posición en todo el mundo, si no podemos despejar la situación en dos o tres semanas. Esto significaría, según Alexander, trasladar a Grecia las dos brigadas de la 46ª División que ya están dispuestas para salir. Por otra parte, la situación militar en los Apeninos occidentales es tal que cualquier síntoma de debilidad de las reservas del XV Grupo de Ejércitos puede suponer un peligro.

2. En estas circunstancias desearía que estén ustedes preparados para estudiar conmigo, a mi vuelta, la conveniencia de autorizar que la 1.ª brigada de la 5.ª División se traslade desde Palestina a Italia antes de que la 4.ª División sea enviada a Grecia. Sería muy conveniente que pudieran ustedes darme una respuesta para mañana jueves. Yo no saldré de Caserta hasta después de media noche. Esto, claro está, significaría que no se podría adoptar ninguna acción violenta en Palestina que irritara a los judíos, tales como una búsqueda de armas en gran escala, hasta que la situación esté más aclarada.

Momentos antes de abandonar Atenas, envié también el siguiente telegrama al Presidente, de quien había recibido una amistosa carta pidiéndome detalles.

El Primer Ministro (Atenas) al presidente Roosevelt. 28-XII-44.

Muchas gracias por su mensaje, que me ha alentado en nuestras muchas dificultades. El embajador MacVeagh me visitó ayer y reanudamos las conversaciones. El, lo mismo que todos los demás aquí, está convencido de que la regencia del Arzobispo es la única salida que hay por el momento. He visto al Arzobispo varias veces y me

ha causado muy buena impresión, por la sensación de poder y decisión que emana de él y por sus profundos conocimientos políticos. No espere que le hable en este telegrama de sus cualidades espirituales, ya que, en realidad, no he tenido suficientes oportunidades para calibrarlas.

2. La conferencia griega, de la que usted habrá tenido, por otros conductos, una información completa, se mostró unánime sobre la conveniencia de recomendar una regencia. Esta fué enérgicamente apoyada por el E.A.M. Sin embargo, no creo que el Arzobispo sea del ala izquierda en un sentido comunista, sino que, por el contrario, parece un hombre muy decidido e inclinado a crear un poder ejecutivo en Grecia, enérgico aunque pequeño, para impedir que continúe la guerra civil.

3. Por consiguiente, vuelvo con Anthony a Inglaterra a fin de presionar al Rey de Grecia para que éste nombre regente al Arzobispo. El resultado, si el Rey está conforme, significará que el Arzobispo formará un Gobierno de diez personas o menos, dotadas de la mejor voluntad. Supongo que hará Primer Ministro a Plastiras y que Papandreu no será incluído en el Gobierno. Como es natural, no pude sondear demasiado, ya que todas estas soluciones son, por ahora, hipotéticas.

4. A mi vuelta, aconsejaré a nuestros colegas, que ya están inclinados a hacerlo, que presionen todo lo posible al Rey de Grecia para que acepte el consejo de su Primer Ministro, M. Papandreu, que, aunque antes cambiaba de idea tres veces al día, ha prometido enviar un telegrama en este sentido.

5. Si el informe del embajador MacVeagh sobre estos asuntos coincide con el mío, tengo puestas grandes esperanzas en la posibilidad de que usted envíe un telegrama al Rey de Grecia apoyando la propuesta que le vamos a hacer y de la que le mantendremos informado Mi idea es que la regencia dure únicamente un año, o hasta que pueda celebrarse un plebiscito bajo las condiciones de la llamada «tranquilidad normal».

El Arzobispo ha dejado este asunto por completo en mis manos para que pueda exponer el problema al Rey en la forma más favorable. Claro está que si, después de haber resuelto estas dificultades y ser ya Regente el Arzobispo, se siente usted capacitado para enviarle un telegrama de apoyo, haría usted más fácil nuestra labor. Señor Presidente, hemos perdido más de mil hombres, y aunque la mayor parte de Atenas está ahora despejada, resulta doloroso ver esta ciudad envuelta en una lucha desencadenada que, si ahora se desarrolla en un punto, más tarde se produce en otro, y ver la pobre gente hambrienta y que sólo se mantiene en pie, en muchos casos, gracias a los víveres

que nosotros llevamos, a veces, a costa de nuestras vidas, desde nuestros depósitos. Cualquier cosa que usted pueda decir para reforzar esta nueva situación será muy valiosa, y hasta puede traer la aceptación por parte del E.L.A.S de los términos de la paz que ha expuesto el general Scobie. Por lo demás, vamos reforzándonos como es debido para proseguir la lucha. Casi todos los griegos desean un arreglo que les libre del terror comunista.

6. Tenemos que pensar en un arreglo interino que podrá ser revisado cuando se celebre nuestra tan esperada reunión. La fecha de esta reunión no debe de ser muy lejana. Entonces será posible comparar nuestras opiniones y nuestras acciones, pero, mientras tanto, no tenemos otra posibilidad que la de recomendar la creación de un Gobierno ejecutivo nuevo y más competente bajo la regencia del Arzobispo, y continuar con la pesada labor de limpiar Atenas de los poderosos, peligrosos, bien organizados y bien dirigidos elementos que ahora tratan de apoderarse de la ciudad. Le agradecería mucho un telegrama a mi regreso el viernes.

* * * * *

El 29 de diciembre llegamos a Londres y telegrafié nuevamente al presidente Roosevelt.

El embajador Winant me ha enviado una copia de su mensaje al Rey de Grecia. Le estamos muy agradecidos por haber actuado tan rápidamente. Anthony y yo acabamos de volver. El Gabinete de Guerra ha aprobado todas nuestras medidas y nos ha autorizado para que ejerzamos presión esta noche sobre el Rey de Grecia para que nombre Regente al Arzobispo. El Arzobispo ha dejado que sea yo el que discuta con el Rey la duración del período de la regencia, con lo cual nos da un poco más de espacio en qué movernos.

2. Si no se llega a un acuerdo, el Gobierno de S. M. aconsejará al Arzobispo que se posesione del cargo de Regente y le aseguraremos nuestro reconocimiento oficial.

Más tarde, aquella misma noche, le envié noticias más concretas.

El Primer Ministro al presidente Roosevelt. 30-XII-44.

Anthony y yo estuvimos reunidos con el Rey de Grecia hasta las cuatro y media de la madrugada de hoy. Al final de la entrevista Su Majestad se mostró de acuerdo en firmar la siguiente proclama.

La he enviado al embajador Leeper en Atenas, con objeto de que el Arzobispo pueda poner manos a la obra inmediatamente. Se está haciendo ahora la traducción al griego, y le mandaré una copia tan pronto como esté hecha.

Para mí ha sido una labor muy desagradable. He tenido que decirle al Rey que, si no se mostraba de acuerdo, el asunto tendría que arreglarse sin él y que reconoceríamos al nuevo Gobierno en vez de reconocerle a él. Espero que pueda usted suministrar todo su apoyo y aliento al Arzobispo y a su Gobierno.

La proclama estaba redactada en los siguientes términos:

«Nos, Jorge II, Rey de los helenos, habiendo reflexionado profundamente sobre la terrible situación en que nuestro bien amado pueblo ha caído por circunstancias a la vez sin precedentes e incontrolables, habiendo decidido no volver a Grecia si no somos llamados por expresión libre y justa de la voluntad nacional y teniendo plena confianza en su lealtad y devoción, por esta proclama te nombramos a ti, Arzobispo Damaskinos, nuestro Regente durante este período de emergencia, y, por tanto, te autorizamos y exigimos que tomes todas las medidas necesarias para restaurar el orden y la tranquilidad en todo nuestro Reino. Declaramos, además, que es nuestro deseo que tan pronto como hayan pasado estas tormentosas circunstancias se establezcan, por los procedimientos de un Gobierno democrático, los deseos, libremente expresados, del pueblo griego y se abrevien así los padecimientos de nuestro amado pueblo que desgarran nuestro corazón.»

Envié inmediatamente a Mr. Leeper, en Atenas, esta proclama real, diciéndole que en el momento en que la recibiera el Arzobispo podía considerarse con plena autoridad para actuar con todas las funciones de su puesto y que se le aseguraba el decidido apoyo del Gobierno de Su Majestad.

El presidente Roosevelt contestó aquel mismo día: «Me alegra tener noticias de que está usted de vuelta y a salvo. Le deseo muchos éxitos en la resolución del problema griego, que parece ahora muy prometedor como resultado de su viaje».

Yo le contesté:

El Primer Ministro al presidente Roosevelt. 31-XII-44.

El Rey de Grecia se comportó como un caballero con la mayor

dignidad, y estoy seguro de que un mensaje privado de usted le consolaría mucho. Enviaré únicamente un cortés «Enterado» al E.L.A.S. por el mensaje público que me han enviado, y pasaré el asunto al Arzobispo. Ahora ya es cosa puramente suya.

La gran batalla del Oeste parece que está volviéndose lentamente a nuestro favor, y sigo creyendo que la salida de Rundstedt probablemente sólo servirá para acortarla en vez de prolongarla.

Mr. Leeper, (ahora sir Reginald Leeper, G. B. E., K. C. M. G. (1) en su relato de estos acontecimientos, tal como están en su libro *When Greek Meets Greek* (2), comenta:

La declaración del Rey, que aceptó la recomendación unánime de la conferencia, fué el resultado directo de la visita de Mr. Churchill. Sirvió para destruir definitivamente la especie de que estábamos tratando de imponer el Rey a su pueblo. Sólo por esta razón la visita de Mr. Churchill a Atenas hubiera quedado ampliamente justificada. Si su instinto no le hubiera traído al campo de las dificultades en aquel momento, dudo mucho que ninguna otra influencia hubiera inducido a todos los bandos a reunirse y a recomendar al Rey la Regencia.

El E.L.A.S. me envió el 30 de diciembre una comunicación en la que decía que las condiciones que para una tregua exigía el general Scobie habían satisfecho a sus componentes. Esto no era verdad, y el jefe británico insistió en que se aceptaran oficialmente sus condiciones.

El Arzobispo contestó al Rey aceptando su mandato como Regente. Se había creado, pues, un Gobierno griego nuevo y lleno de vida. El 3 de enero, el general Plastiras, vehemente republicano que había acaudillado la revuelta del Ejército contra el rey Constantino en 1922, aceptó el cargo de Primer Ministro.

* * * * *

Todavía recibí algunos sanos consejos de Smuts.

(1) G. B. E., Caballero de la Gran Cruz de la Orden del Imperio Británico. K. C. M G., Caballero de la Orden de San Miguel y San Jorge.

(2) «Cuando los griegos se entrevistan con los griegos.»

El mariscal de campo Smuts al Primer Ministro y al ministro de Asuntos Exteriores. 30-XII-44.

He seguido su misión en Atenas con profundo interés y gran ansiedad y estoy seguro de que producirá un efecto beneficioso en la opinión mundial. Desgraciadamente, la prensa ha estado exponiendo un cuadro totalmente erróneo de la verdadera situación en Grecia, y, por tanto, el E.L.A.S.-E.A.M. ha llegado a ser considerado como el campeón de la democracia, en lucha contra los británicos que apoyaban la causa real. A pesar de que esto es falso, la reacción del mundo ha sido muy perjudicial. Considero que ahora es el momento de presentar un cuadro auténtico y de que la prensa describa al E.L.A.S. con sus verdaderos colores. Para que el mundo pueda ver que la Gran Bretaña no tenía elección como amiga y aliada, deben exponerse los hechos concretos sobre los grandes sufrimientos que se han impuesto al pueblo griego al asolar sus propiedades, al destruir despiadadamente sus riquezas, al detener y ejecutar a rehenes inocentes y al coaccionar a la población civil con métodos terroristas copiados de los nazis. Una exposición total y exacta de los hechos, inmediatamente después de haber usted cumplido su valerosa misión, puede conducir a un cambio total de la opinión pública. Nuestros organismos de información y de prensa en Londres y Atenas, deberían publicar ahora los hechos.

Nuestras tropas no se hacían ilusiones. El general Alexander me había enviado previamente un informe hecho por la censura sobre las cartas que los soldados enviaban a sus casas. Me llamó tanto la atención lo que leí, que hice que se imprimiera y circulara por el Gabinete de Guerra. Y esto desmintió rotundamente el embuste extendido por los círculos comunistas de que las simpatías de las tropas estaban con el E.L.A.S.

* * * * *

La continua lucha en Atenas durante el mes de diciembre sirvió, por lo menos, para alejar a los insurgentes de la capital, y a mediados de enero las tropas británicas controlaban todo el Atica. Los comunistas no podían hacer nada contra nuestros hombres en el campo abierto, y el 11 de enero se firmó una tregua. Todas las fuerzas del E.L.A.S. habrían de retirarse más allá de Ate-

nas, Salónica y Patras. Los que se encontraban en el Peloponeso recibirían un salvoconducto para poder volver a sus hogares. Las tropas británicas harían un alto el fuego y los dos bandos pondrían en libertad a los prisioneros. Todos estos acuerdos entraron en vigor el día 15 de enero.

Así terminaron las seis semanas de lucha por Atenas, y, como quedó demostrado finalmente, por libertar a Grecia del dominio comunista. Cuando tres millones de hombres estaban luchando en los tres lados del frente occidental y grandes cantidades de fuerzas norteamericanas se hallaban desplegadas contra el Japón en el Pacífico, los espasmos de Grecia pueden parecer pequeños, pero hay que tener en cuenta que se produjeron en el centro nervioso del poderío, la ley y la libertad del mundo occidental.

Capítulo XX

PREPARATIVOS PARA LA CONFERENCIA DE YALTA

El avance del Ejército rojo. — La lucha en Italia. — Problemas políticos de la Europa Oriental. — Correspondencia entre el Presidente y Stalin sobre Polonia. — Necesidad de una conferencia de las tres potencias. — Mi telegrama a Mr. Roosevelt del 1 de enero y su respuesta. — Mis esfuerzos para organizar una reunión de los jefes del Estado Mayor conjunto. — Insisto en mis propuestas. — Harry Hopkins viene a Londres, 21 de enero. — Dudas acerca de Yalta. — Salgo en avión para Malta, el 29 de enero. — Escena en el puerto de La Valetta, el 2 de febrero. — Conversaciones entre los jefes de Estado Mayor americanos e ingleses. — Vuelo con mucho frío a Saki. — El viaje en coche a Yalta.

EN anteriores capítulos he relatado el avance de los ejércitos soviéticos hasta las fronteras de Polonia y de Hungría. Después de ocupar Belgrado el 20 de octubre, los rusos habían reanudado su progresión por el valle del Danubio, pero cuanto más penetraban en la llanura húngara más dura se hacía la resistencia. El 29 de noviembre forzaron una cabeza de puente sobre el Danubio, a ochenta millas al sur de Budapest, y se dirigieron hacia el norte. A fines de diciembre la capital estaba completamente sitiada, y durante seis semanas sufrió una de las luchas callejeras más fuertes de toda la guerra. En las orillas del lago Balatón, la enérgica resistencia alemana y sus violentos contraataques también detuvieron el avance ruso hasta la primavera.

En Polonia los rusos se pasaron los meses de otoño reorganizando sus fuerzas después de los extraordinarios avances del verano. En enero estaban ya preparados. Dirigiéndose al Oeste desde sus cabezas de puente en los alrededores de Sandomir, a fines de mes habían cruzado la frontera alemana y habían penetrado profundamente en la gran zona industrial de la Silesia superior. Más al norte, cruzando el Vístula a ambos lados de Varsovia, tomaron la ciudad el 17 de enero, y, después de apoderarse de Posen, se extendieron en abanico hacia el extremo inferior del Oder, Stettin y Danzig. Al mismo tiemplo aplastaron la Prusia Oriental desde el este y el sur. A fines de enero se hallaban en plena posesión de todo el territorio, exceptuando la bien defendida fortaleza de Königsberg, en la que, como en Danzig, la guarnición había de mantener una obstinada, pero desesperada defensa hasta el mes de abril. Las fuerzas alemanas incomunicadas en Curlandia, permanecieron allí hasta la rendición, pues Hitler se negó a dejarlas salir.

El Alto Mando soviético, con una superioridad aproximada de tres a uno en tierra y un gran dominio en el aire, hizo uso de una estrategia que recuerda la victoria final de Foch en 1918. Una serie de batallas aquí y allá, a todo lo largo del frente, fué abriendo brechas sucesivas hasta que toda la línea se vió forzada a retroceder.

* * * * *

Nuestra campaña en el Oeste, aunque en menor escala, nos había llevado también a las fronteras de Alemania. Así, pues, a fines de enero de 1945 los ejércitos de Hitler estaban virtualmente encerrados en su propio territorio, con la excepción de un asidero bastante frágil en Hungría y en el norte de Italia. Allí, como ya se ha dicho, la hábil pero mutilada ofensiva de Alexander se había detenido. En noviembre la aviación táctica y estratégica había iniciado una campaña de seis meses contra los ferrocarriles que unían el Reich con Italia. Al destruir las estaciones transformadoras, gran parte de la línea del Brennero se vió obligada a dejar de utilizar la electricidad y acogerse al vapor. En todas partes se dificultó grandemente el movimientos de refuerzos y el aprovisionamiento enemigo. No es posible relatar una por una las tenaces operaciones de la aviación táctica aliada mandada por el general Cannon, a las órdenes del general norteamericano Eaker, comandante en jefe de las Fuerzas Aéreas. Hostigando al enemigo a pesar del mal tiempo, aquellos aviadores habían cooperado en gran proporción a la campaña de otoño, y bien merecían el siguiente tributo que les fué rendido por el general Alexander:

> No puedo alabar demasiado las dotes del general Cannon como jefe ni el aliento que su ayuda y apoyo siempre me han prestado. Puede medirse la importancia de su éxito por la completa inmunidad que hemos disfrutado de ataques enemigos, el inmediato y eficaz apoyo que han tenido las fuerzas de tierra y la larga serie de vehículos enemigos destrozados, de puentes hundidos y de ferrocarriles inutilizados que mis ejércitos han encontrado a su paso a medida que iban avanzando en territorio enemigo.

No obstante, la liberación de Italia no había de completarse hasta la primavera.

Tal era la situación militar en vísperas de la inminente Conferencia Tripartita.

* * * * *

La situación política, al menos en la Europa oriental, no era tan satisfactoria. En Grecia se había logrado imponer una precaria tranquilidad, y parecía que en un plazo razonable podría establecerse en el país un Gobierno democrático libre, basado en el sufragio universal y en el voto secreto. Pero Rumania y Bulgaria habían sido ocupadas por los soviets, Hungría y Yugoeslavia estaban a la sombra del campo de batalla, y Polonia, aunque había sido liberada de los alemanes, sólo había logrado cambiar un conquistador por otro. El arreglo provisional, no oficial, que yo había hecho con Stalin durante mi visita a Moscú en el mes de octubre, no podía, y por lo que a mí se refiere nunca me lo propuse, regir o afectar el futuro de aquellas extensas regiones después de la derrota de Alemania.

Era esencial estudiar y repasar toda la forma y la estructura de la Europa de después de la guerra. Cuando los nazis fueran vencidos, ¿cómo debía tratarse a Alemania? ¿Con qué ayuda podíamos contar por parte de la Unión Soviética para la derrota final del Japón? Y una vez que se lograran los objetivos militares, ¿qué medidas y qué organizaciones podían crear los tres grandes aliados para la paz futura y el buen gobierno del mundo? Las conversaciones de Dumbarton Oaks habían terminado en un desacuerdo parcial. Del mismo modo, en una esfera más reducida, aunque no menos vital, habían terminado las negociaciones entre los polacos de Lublin, apoyados por los Soviets, y sus compatriotas de Londres, que Eden y yo habíamos promovido venciendo grandes dificultades durante nuestra visita al Kremlin en octubre de 1944. Una árida correspondencia entre el Presidente y Stalin, de la que Roosevelt me había tenido informado, había acompañado la se-

cesión de Mikolajczyk de sus colegas de Londres, mientras el 5 de enero, contra los deseos de Estados Unidos y Gran Bretaña, los soviets habían reconocido el Comité de Lublin como Gobierno Provisional de Polonia.

* * * * *

El Presidente ya me había informado de aquel intercambio de telegramas con Stalin, que fué como sigue:

El mariscal Stalin al presidente Roosevelt. 27-XII-44.

...Un gran número de acontecimientos ocurridos después de la última visita de Mikolajczyk a Moscú, y sobre todo las comunicaciones por radio con el Gobierno de Mikolajczyk, interceptadas por nosotros a terroristas arrestados en Polonia (agentes de la resistencia del Gobierno polaco emigrado), prueban palpablemente que las negociaciones de M. Mikolajcyk con el Comité Nacional polaco sirvieron de pantalla a los elementos que dirigieron, a espaldas de Mikolajczyk, una labor terrorista criminal contra soldados y oficiales soviéticos en el territorio de Polonia. No podemos estar conformes con una situación semejante cuando los terroristas, instigados por los emigrantes polacos, dan muerte en Polonia a soldados y oficiales del Ejército rojo, libran una batalla criminal contra las tropas soviéticas que están liberando Polonia y ayudan directamente a nuestros enemigos, de los que son aliados. La sustitución de Mikolajczyk por Arzyshevky y, en general, los cambios de ministros en el Gobierno polaco emigrado, han empeorado todavía más la situación y han creado un abismo entre Polonia y el Gobierno emigrado. Mientras tanto, el Comité Nacional polaco ha obtenido grandes triunfos fortaleciendo el Estado polaco y la maquinaria del poderío gubernamental en el territorio de Polonia, incrementando y mejorando el Ejército, llevando a la práctica gran número de medidas gubernamentales y, sobre todo, instituyendo la reforma agraria a favor de los campesinos. Todo esto ha conducido a la consolidación del poder democrático en Polonia y a incrementar poderosamente la autoridad del Comité Nacional entre grandes masas de polacos y entre amplios círculos polacos en el extranjero.

Creo que ahora debemos procurar apoyar al Comité Nacional polaco y a todos los que quieren y son capaces de colaborar con él. Esto es de primordial importancia para los aliados y para la solución de nuestro problema común: apresurar la derrota de la Alemania de Hitler.

Para la Unión Soviética, que lleva toda la carga de la liberación de Polonia de sus ocupantes alemanes, sus relaciones con Polonia en las actuales condiciones se reducen a unas relaciones íntimas y amistosas con un Poder que ha sido establecido por el pueblo polaco en su propio terreno, que ya se ha hecho fuerte y tiene su propio ejército, el cual, junto con el Ejército rojo, está luchando contra los alemanes.

Debo decir francamente que si el Comité de Liberación Nacional se transforma en un Gobierno provisional, teniendo en cuenta lo expuesto, el Gobierno soviético no tendrá ninguna razón para demorar la cuestión de su reconocimiento. Es necesario recordar que la Unión Soviética está más interesada que ninguna otra potencia en el fortalecimiento de una Polonia aliadófila y democrática, no sólo porque la Unión Soviética lleva la carga más pesada en la batalla por la liberación de Polonia, sino también porque Polonia es un estado limítrofe con la Unión Soviética y su problema es inseparable del problema de la seguridad de la Unión Soviética. A esto debo añadir que los triunfos del Ejército rojo en Polonia contra los alemanes, dependen en alto grado de la presencia de una retaguardia pacífica y digna de confianza. Y el Comité Nacional polaco tiene totalmente en cuenta esta circunstancia, mientras el Gobierno emigrado y sus agentes de la resistencia están creando por sus actos terroristas la amenaza de una guerra civil en la retaguardia del Ejército rojo y neutralizan las victorias del mismo.

Por otro lado, y teniendo en cuenta las condiciones actuales de Polonia, no hay razón para continuar la política de apoyo al Gobierno emigrado, que ha perdido la confianza de la población polaca en el país y además crea la amenaza de la guerra civil en la retaguardia del Ejército rojo, violando de este modo nuestros grandes intereses comunes de una victoriosa lucha contra los alemanes. Creo que sería natural, justo y conveniente para nuestra causa común que los Gobiernos de los países aliados, como primera medida, acuerden un inmediato intercambio de representantes con el Comité Nacional polaco, de modo que, transcurrido cierto tiempo, fuera reconocido como Gobierno legal de Polonia, después de la transformación del Comité Nacional en Gobierno provisional.

De lo contrario, temo que la confianza del pueblo polaco en las potencias aliadas se debilite. Creo que no podemos permitir que el pueblo polaco diga que estamos sacrificando los intereses de Polonia a favor de los intereses de un puñado de emigrantes polacos que se encuentran en Londres.

En un mensaje, el Presidente me informó de su respuesta:

Hoy he enviado a Stalin el siguiente telegrama. Por él verá usted que estamos de acuerdo.

«Me siento preocupado y profundamente decepcionado por su mensaje del 27 relativo a Polonia, en el que me dice que no ve el modo de demorar la cuestión del reconocimiento del Comité de Lublin como Gobierno provisional de Polonia hasta que hayamos tenido la oportunidad de discutir el asunto a fondo durante nuestra reunión. Yo hubiera dicho que retrasar el acto puramente jurídico del reconocimiento por el breve período de un mes, que es lo que falta para la reunión, no podía causar ningún serio perjuicio a su Gobierno ni a sus ejércitos.

Mi petición no contenía la menor sugerencia en el sentido de que rompiera usted sus relaciones con el Comité de Lublin o de que hiciera tratos o aceptara el Gobierno de Londres en su composición actual. Le había propuesto un aplazamiento porque pensé que usted comprendería lo extremadamente lamentable e incluso grave que sería en este período de la guerra y las repercusiones que tendría en la opinión del mundo y en la moral del enemigo, que el Gobierno de usted reconociera formalmente un Gobierno en Polonia mientras la mayoría de las Naciones Unidas, incluyendo a los Estados Unidos y la Gran Bretaña, siguieran reconociendo y manteniendo relaciones diplomáticas con el Gobierno polaco de Londres.

Debo decirle, con una franqueza igual a la suya, que no veo ninguna probabilidad de que este Gobierno siga los pasos del suyo y transfiera su reconocimiento del Gobierno de Londres al Comité de Lublin en su contextura actual. Esto no se debe en ningún modo a que nos liguen al Gobierno de Londres lazos o sentimientos especiales. Lo que sucede es que ni el Gobierno ni el pueblo de los Estados Unidos han visto prueba alguna, ni por la forma de su creación ni por su desarrollo subsiguiente, que justifique la conclusión de que el Comité de Lublin, tal como está constituído ahora, representa al pueblo de Polonia. No puedo olvidar el hecho de que hasta ahora sólo se ha liberado de la tiranía alemana una pequeña porción de Polonia al oeste de la línea Curzon. Por lo tanto, es una verdad incontrovertible que el pueblo de Polonia no ha tenido oportunidad de expresar su opinión respecto al Comité de Lublin.

Si en fecha próxima después de la liberación de Polonia, se establece un Gobierno provisional con el apoyo popular, la actitud de mi Gobierno, naturalmente, se regirá por la decisión del pueblo polaco.

Estoy de completo acuerdo con usted en que la separación de M. Mikolajczyk del Gobierno de Londres ha empeorado la situación.

Siempre he creído que M. Mikolajczyk, que está sinceramente deseoso de solucionar todos los puntos en litigio entre la Unión Soviética y Polonia, es el único jefe polaco conocido que parece brindar la posibilidad de una verdadera solución a la difícil y peligrosa cuestión polaca. Me resulta muy difícil creer, por tal conocimiento personal de M. Mikolajczyk y mis conversaciones con él cuando estuvo en Washington, sus siguientes esfuerzos y la línea de conducta que observó durante su visita a Moscú, que tuviera algún conocimiento de que se hubiesen dado órdenes terroristas.

Le envío este mensaje a fin de que conozca la posición de mi Gobierno por lo que respecta al reconocimiento del Comité de Lublin como Gobierno provisional de Polonia en el momento actual. Estoy más convencido que nunca de que cuando los tres nos reunamos podremos llegar a una solución del problema polaco y, por lo tanto espero todavía que le sea posible mantener en suspenso hasta entonces la cuestión del reconocimiento formal del Comité de Lublin como Gobierno de Polonia. Desde el punto de vista militar no consigo ver ningún perjuicio en un retraso de un mes.»

Stalin le había contestado:

El mariscal Stalin al presidente Roosevelt. 1-I-45.

He recibido su mensaje del 30 de diciembre.

Lamento profundamente no haber podido convencerle de la corrección de la actitud del Gobierno soviético en la cuestión polaca. Sin embargo, espero que los acontecimientos la convencerán de que el Comité Nacional polaco siempre ha prestado y continuará prestando a los aliados, y de un modo especial al Ejército rojo, una ayuda considerable en la lucha contra la Alemania de Hitler, mientras que el Gobierno emigrado de Londres ayuda a los alemanes creando la desorganización de esta lucha.

Comprendo perfectamente su sugerencia de que el reconocimiento del Gobierno provisional de Polonia por el Gobierno soviético sea aplazado un mes. Existe, no obstante, una circunstancia que me impide cumplir su deseo. La situación es que en fecha tan próxima como el 27 de diciembre, el Presidente del Soviet Supremo de la U. R. S. S. informó a los polacos, en respuesta a una pregunta sobre este asunto, que se proponía reconocer al Gobierno provisional de Polonia tan pronto como estuviera formado. Esta circunstancia me impide satisfacer su deseo. Permítame que le envíe mis felicitaciones por el Nuevo Año y que le desee éxitos y buena salud.

* * * * *

Yo recibí entonces un mensaje directo de Stalin sobre Polonia.

El mariscal Stalin al Primer Ministro. 4-I-45.

Naturalmente, estará usted enterado de la publicación por el Consejo Nacional polaco de Lublin de la decisión a que ha llegado respecto a la transformación del Comité polaco de Liberación Nacional en el Gobierno Nacional provisional de la República de Polonia. Supongo que también estará usted enterado de nuestras relaciones con el Comité Nacional polaco, que, a nuestro juicio, ha adquirido ya una gran autoridad en Polonia porque es el exponente legal de la voluntad de la nación polaca. La transformación del Comité Nacional polaco en un Gobierno provisional nos parece enteramente oportuna, sobre todo desde que Mikolajczyk ha dejado de pertenecer al Gobierno polaco emigrado. Este organismo ha cesado, por lo tanto, de tener ningún parecido con un Gobierno. Considero imposible dejar a Polonia así. Por lo tanto, el Gobierno soviético ha consentido en reconocer al Gobierno polaco provisional.

Lamento mucho no haber podido convencerle por completo de la corrección de la actitud del Gobierno soviético en la cuestión polaca. Sin embargo, espero que los acontecimientos futuros demostrarán que nuestro reconocimiento del Gobierno de Lublin ha sido en interés de la causa aliada en general y contribuirá a adelantar la derrota de Alemania.

Le adjunto para su información dos mensajes que he enviado al Presidente sobre la cuestión polaca.

Sé que el Presidente cuenta con el consentimiento de usted para una reunión de nosotros tres a fines del presente mes o a primeros de febrero. Tendré un gran placer en recibir a usted y al Presidente en nuestro país y confío en el éxito de nuestros esfuerzos conjuntos.

Aprovecho esta oportunidad para enviarle mis felicitaciones con motivo del Nuevo Año y mis votos por su éxito y buena salud.

No parecía probable que una prolongación de esta correspondencia sirviera de mucho. Lo único que nos hacía alimentar alguna esperanza era una entrevista personal.

El Primer Ministro al mariscal Stalin. 5-I-45

Le agradezco el envío de los dos mensajes que ha mandado usted al Presidente sobre la cuestión polaca. Naturalmente, yo y mi Ga-

binete de Guerra nos sentimos afligidos por el curso que están tomando los acontecimientos. Estoy completamente convencido de que lo mejor es que los tres nos reunamos y estudiemos todos estos asuntos, no sólo como problemas aislados, sino en relación con la situación mundial, tanto en la guerra como en la transición hacia la paz. Mientras tanto, nuestra actitud, como usted sabe, permanece invariable.

* * * * *

El Presidente estaba totalmente convencido de que era necesaria otra reunión de «los Tres», para la cual hacía tiempo que se estaban llevando a cabo los preparativos. A estos preparativos había seguido la discusión de siempre sobre el punto de reunión. «Si Stalin no puede reunirse con nosotros en el Mediterráneo», había dicho el Presidente, «estoy dispuesto a ir a Crimea y celebrar la reunión en Yalta, que parece ser el mejor lugar que hay en el mar Negro. Allí hay más comodidades que en tierra y las más prometedoras condiciones de vuelo. El grupo que irá conmigo será tan numeroso como el que fué a Teherán, es decir, que seremos unos treinta y cinco. Todavía confío en que la situación militar permitirá al mariscal Stalin reunirse con nosotros a mitad de camino.»

Yo le contesté:

El Primer Ministro al presidente Roosevelt. 29-XII-44.

Le envío el informe del Almirantazgo sobre Yalta. Si se elige ese lugar sería conveniente contar con algunos destructores en los que podamos vivir, si es necesario. No habría grandes dificultades en volar desde la gran base aérea y el centro meteorológico de Caserta. Yo mismo aterricé en un York, en Simferopol. Pero me imagino que Stalin preparará un buen alojamiento en tierra. Nuestro grupo será lo más reducido posible. Creo que, como fecha, debemos pensar en los últimos días de enero. Yo tendré que llevar a Anthony y a Leathers.

Roosevelt me cablegrafió el día 30 diciéndome que saldría de los Estados Unidos lo antes posible después de su toma de posesión y que se trasladaría en un buque de guerra hasta el Medite-

rráneo, y de allí en avión hasta Yalta. Me declaré inmediatamente de acuerdo y prometí enviar un barco de pasajeros a Sebastopol para suplir, en caso de necesidad, nuestros alojamientos en tierra. Yo me proponía ir directamente en avión desde Caserta. El 31 de diciembre le telegrafié: «¿Tiene pensado un nombre para esta operación? Si no, le sugiero «Argonauta», que tiene una asociación local, pero difícil de descubrir.»

El séquito del Presidente, sin embargo, le sugirió otra alternativa en vez de ir en avión directamente desde Caserta. Sus consejeros, médicos y no médicos, consideraban poco prudente que volara a grandes alturas sobre las montañas que hay entre Italia y Yalta. El almirante Hewitt, en vista de ello, le aconsejó que fuera por mar a Malta y allí tomara un avión. A mí me agradó el proyecto.

El Primer Ministro al presidente Roosevelt. 1-I-45.

Nos complacerá muchísimo que vaya usted a Malta. Yo le estaré esperando en el muelle. Verá usted la inscripción del noble mensaje que envió a Malta hace un año. Todo puede arreglarse a conveniencia suya. ¡No vacilemos más! ¡De Malta a Yalta! ¡Que nadie lo altere!

Y para mi uso particular desarrollé el tema:

«No more let us alter or falter or palter.
From Malta to Yalta, and Yalta to Malta». (1)

Creo que hice bien en no telegrafiarlo.

El presidente Roosevelt al Primer Ministro. 2-I-45.

Pensamos llegar por vía marítima a Malta a primera hora del 2 de febrero y esperamos seguir inmediatamente el viaje en avión «sin vacilar». Me parecerá magnífico reunirme con usted en el muelle.

Su propuesta de «Argonauta» me parece excelente. Usted y yo somos descendientes directos de aquellos expedicionarios:

* * * * *

(1) «No alteremos, vacilemos o jugueteemos más. De Malta a Yalta y de Yalta a Malta.»

Lord Halifax informó desde Washington que había visto al Presidente el día antes y que no «tenía demasiado buen aspecto». Pero Roosevelt le dijo que se sentía muy bien y que esperaba con ilusión nuestra reunión. Dijo que creía que nuestra acción en Grecia había sido de inmenso valor y que lamentaba mucho no poder visitar Inglaterra en el curso del viaje. Estaba preocupado por los ataques de los aviones suicidas japoneses en el Pacífico, lo que implicaba una pérdida constante de cuarenta o cincuenta americanos por cada japonés, y no tenía muchas esperanzas de que terminara inmediatamente ninguna de las dos guerras.

Este comentario y otras consideraciones me impulsaron a tratar de organizar una reunión de los jefes del Estado Mayor conjunto, que los dos podíamos presidir o a la que podíamos asistir antes de nuestra reunión con Stalin. Por lo tanto, envié el siguiente telegrama:

El Primer Ministro al presidente Roosevelt. 5-I-45.

¿Le sería posible pasar dos o tres noches en Malta para que los Estados Mayores celebrasen una conferencia no oficial? También Eisenhower y Alexander podrían acudir. Consideramos muy importante tratar de asuntos que no afectan a los rusos (por ejemplo el Japón) y la futura utilización de los ejércitos de Italia. No tiene usted más que decir una palabra y nos ocuparemos de prepararlo todo.

2. Sentimos mucho que no se acerque usted a nuestras costas en el curso de este viaje. Lamentaríamos profundamente y causaría aquí mala impresión que visitara Francia antes de venir a Inglaterra. Es más, esto sería considerado como un desprecio a su aliado más íntimo. Tengo entendido, sin embargo, que sólo irá al Mediterráneo y al mar Negro, en cuyo caso será simplemente una repetición de Teherán.

3. El C. I. G. S. y yo hemos pasado dos días muy interesantes en el Cuartel General de Eisenhower en Versalles. Por casualidad llegó De Gaulle al mismo tiempo para hablar del asunto del sector Sur (Estrasburgo), respecto al cual nos había telegrafiado a usted y a mí como jefes de Gobierno. Celebramos una conferencia no oficial y el asunto quedó solucionado satisfactoriamente por lo que a él respecta. Eisenhower ha sido muy generoso con él.

4. Me encuentro ahora en el tren de Eisenhower en el que voy a visitar a Montgomery, ya que el mal tiempo me ha impedido viajar

en avión. Todo el país está cubierto de nieve. Espero estar de vuelta en Inglaterra el sábado. Mis mejores saludos.

Al principio el Presidente no creyó posible que celebráramos una conferencia preliminar en Malta. Dijo que con un buen tiempo podría llegar allí el 2 de febrero, y continuaría el viaje en avión el mismo día a fin de llegar a tiempo a la cita con Stalin. «Siento mucho», me cablegrafió, «que en vista del poco tiempo de que dispongo para este viaje, no sea posible que nos reunamos como propone usted y celebremos una conferencia anglo-americana de los Estados Mayores en Malta antes de seguir para «Argonauta». No creo que por no reunirnos en Malta se pierda tiempo en Yalta. Envidio sus visitas al gran frente de batalla, que a mí me están vedadas por la distancia.» A pesar de todo, yo insistí en mi proposición.

El lector recordará la preocupación que expresé en mi telegrama al Presidente del 6 de diciembre respecto a las operaciones del noroeste de Europa Seguía teniéndolas presentes. Los Estados Mayores británico y americano necesitaban reunirse antes de ir a Yalta, y yo esperaba que sus principales miembros pudieran llegar a Malta dos o tres días antes que nosotros, discutir juntos las operaciones militares y que el Presidente invitara a Eisenhower si el curso de las batallas se lo permitía. Yo quería también que acudiera Alexander. Y parecía lógico que, al mismo tiempo que se celebraba una conferencia preliminar militar, hubiera una reunión similar de ministros de Asuntos Exteriores. Ignoraba si el Presidente traería consigo a Stettinius, que había sido nombrado recientemente, o si acudiría Molotov, pero me hubiera gustado que se celebrara una conferencia entre Eden, Stettinius y Molotov en Alejandría o en las Pirámides una semana antes de que el Presidente y yo llegáramos a Malta.

Por lo tanto, volví a telegrafiar a Mr. Roosevelt el 8 de enero. Después de formular esta propuesta, añadí:

Sigo pensando en la suma importancia que tiene que nuestros téc-

nicos militares se reúnen unos días antes de que lleguemos a Yalta. Sin duda tendrán oportunidad de conferenciar en Sebastopol cuando estemos estudiando cuestiones políticas y no necesitemos su asesoramiento técnico. De todos modos, existe un gran número de cuestiones que debieran ser estudiadas de antemano, y tenemos que considerar nuestro plan para la conferencia.

¿Qué idea tiene usted sobre el tiempo que durará nuestra estancia en Yalta? Esta puede muy bien ser una conferencia decisiva, ya que se celebra en un momento en que las grandes potencias aliadas están muy divididas y la sombra de la guerra se alarga ante nosotros. En el momento actual creo que el final de esta guerra será más decepcionante que el de la contienda anterior.

El Presidente me contestó que había dado instrucciones a Marshall, a King y a Arnold, los tres jefes norteamericanos de Estado Mayor, para que acudieran a Malta con sus ayudantes a tiempo para celebrar una conferencia con el Estado Mayor británico el 30 de enero. En cambio, dijo que no podía privarse de la presencia de Stettinius para que asistiera a una reunión preliminar de ministros de Asuntos Exteriores. El haría el viaje por mar, y el Secretario de Estado no podía estar fuera del país durante tanto tiempo y simultáneamente. En vez de esto, se reuniría con nosotros en Malta y nos acompañaría a la conferencia tripartita.

«La idea que tengo sobre la duración de nuestra estancia en Yalta», concluía, «es que no ha de pasar de cinco a seis días. Deseo vivamente respetar, en la medida de lo posible, la fecha que hemos fijado a Tío Joe».

Mejor era esto que nada, pero me pareció que andaríamos muy escasos de tiempo y, por lo tanto, insistí.

El Primer Ministro al presidente Roosevelt. 10-I-45.

Muchas gracias por haber accedido a la reunión preliminar de los jefes del Estado Mayor conjunto.

2. Eden me ha pedido con particular interés que le proponga que Stettinius llegue a Malta cuarenta y ocho horas antes, con los jefes de Estado Mayor americanos, a fin de que él (Eden) pueda estudiar la orden del día de antemano con su colega. Aunque no se invitara a Molotov, creo que esto resultaría muy útil. No se me ocurre ningún

otro modo de llevar a cabo nuestras esperanzas de organizar el mundo en cinco o seis días. Incluso el Todopoderoso necesitó siete. Le ruego perdone mi terquedad.

3. He leído muy cuidadosamente su mensaje al Congreso. Espero me permita decirle que es un documento magistral.

Mis mejores saludos.

Pero el Presidente me contestó que había demasiado trabajo en Washington para que Stettinius llegara a Malta antes del 31 de enero. Me prometió, sin embargo, enviar a Harry Hopkins a Inglaterra para que hablara de todos los asuntos con Eden y conmigo. El 21 de enero Hopkins salió para Londres a fin de estudiar algunos de los asuntos que tendríamos que discutir en la conferencia tripartita, así como las diferencias que habían surgido entre nosotros el mes anterior respecto a Grecia, Polonia e Italia. Durante aquellos tres días celebramos varias conversaciones muy francas. Hopkins informó que yo estuve «volcánico» en mis comentarios, pero que la visita fué «muy satisfactoria». Según él afirma, le dije que por las noticias que había recibido de Yalta, no podíamos haber encontrado un sitio peor para reunirnos aunque nos hubiéramos pasado diez años buscándolo. Sea como fuere, parece que los consejeros del Presidente experimentaban también una cierta inquietud, pues el día de mi salida recibí el siguiente telegrama:

El presidente Roosevelt al Primer Ministro. 21-I-45.

La aproximación a «Argonauta» parece ser mucho más difícil de lo que se nos había informado al principio. Yo enviaré una avanzadilla para que me aconseje acerca de cómo debo viajar desde Malta.

Estoy de acuerdo en que debemos telegrafiar a Tío Joe en cuanto podamos trazar nuestro programa de acuerdo con nuestra información actual.

Mr. Roosevelt estaba ya en alta mar y no podíamos hacer nada. pero pronto sus presentimientos habían de verse justificados.

* * * * *

Berlín, 7 de setiembre de 1945. — Las potencias aliadas y la Unión Soviética celebran la victoria con un gran desfile.

3 de mayo de 1945. — El almirante Von Friedeburg tramita la rendición con Montgomery.

Londres. [illegible]stación de alegrí[illegible] 10 de mayo de 1945, fecha de la victoria de los aliados.

Nueva York. Los americanos se manifiestan alborozadamente en Wall Street. (Nueva York).

El 29 de enero salí de Northolt en el Skymaster que había puesto a mi disposición el general Arnold. Conmigo viajaban mi hija Sara, con Mr. Martin y Mr. Rowan, mis secretarios particulares, y el comandante Thompson. El resto de mi séquito particular y algunos funcionarios del departamento viajaban en otros dos aviones. Llegamos a Malta antes del amanecer del 30 de enero, y allí supe que uno de aquellos dos aviones se había estrellado cerca de Pantelaria. Los únicos supervivientes fueron tres miembros de la tripulación y dos pasajeros. Así son los designios del destino.

Durante el viaje tuve un acceso de fiebre, y por orden de lord Moran, mi médico, guardé cama en el avión hasta mediodía. Después me instalé en el buque de Su Majestad, *Orion,* donde descansé todo el día. Por la tarde me sentí mejor y cené con el gobernador de Malta y con Mr. Harriman.

El 2 de febrero, por la mañana, el grupo presidencial entró a bordo del crucero norteamericano *Quincy* en el puerto de La Valetta. Era un día cálido. Desde la cubierta del *Orion* yo contemplé la escena bajo un cielo desprovisto de nubes. Cuando el crucero americano pasó lentamente por nuestro lado para amarrar a lo largo del muro del muelle, distinguí la figura del Presidente sentado en el puente y los dos nos saludamos con la mano. Fué una escena espléndida. Por el aire avanzaba una escolta de Spitfires, los cruceros disparaban sus cañones y las bandas de las dotaciones de los barcos tocaban en el puerto «The Star-spangled Banner», el himno americano. Yo me sentía lo suficientemente bien para almorzar a bordo del *Quincy,* y aquella tarde, a las seis, celebramos nuestra primera reunión oficial en el camarote del Presidente. Revisamos el informe del Estado Mayor conjunto y de las conversaciones militares que se habían celebrado en Malta durante los tres días anteriores. Nuestros Estados Mayores habían hecho una labor notable. Sus conversaciones se habían concentrado principalmente alrededor del plan de Eisenhower de llevar sus fuerzas al otro lado del Rin. Sobre este punto se produjeron diferencias de criterio que van descritas en otro capítulo (1). Natural-

(1) Segunda parte. Cap. IV. «Cruzando el Rhin».

mente, aprovechamos la ocasión para examinar el conjunto de la situación militar, incluyendo la guerra contra los submarinos alemanes y las futuras campañas del sudeste de Asia y del Pacífico, así como la situación en el Mediterráneo. De mala gana accedimos a retirar dos divisiones de Grecia en cuanto su presencia allí no fuese indispensable, pero yo hice ver claramente que no nos consideraríamos obligados a hacerlo hasta que el Gobierno griego hubiera creado sus propias fuerzas militares. También habían de ser retiradas tres divisiones de Italia para reforzar el noroeste de Europa, pero yo hice hincapié en que sería una imprudencia efectuar ninguna retirada importante de fuerzas anfibias. Era esencial conseguir la rendición de los alemanes en Italia. Le dije al Presidente que debíamos ocupar la mayor parte posible de Austria, porque «no era conveniente que los rusos ocuparan más territorio de la Europa occidental de lo que fuese necesario». En todos estos temas militares llegamos a una gran coincidencia de opiniones, y las conversaciones dieron el resultado satisfactorio de que el Estado Mayor conjunto conociera los respectivos puntos de vista de sus miembros antes de iniciar las conversaciones con sus colegas rusos.

Aquella noche cenamos todos juntos en el *Quincy* con objeto de comentar con carácter extraoficial las conversaciones que habían tenido lugar el día antes entre Mr. Eden y Mr. Stettinius sobre las cuestiones políticas que debían ser planteadas en Yalta. Después comenzó el éxodo. El grupo de «treinta y cinco personas» que había profetizado el Presidente, se había multiplicado muchas veces por diez. A intervalos de diez minutos fueron despegando aviones de transporte que debían transportar a las setecientas personas de las delegaciones británica y americana al aeropuerto de Saki, en Crimea, a unas mil cuatrocientas millas de distancia. Dos meses antes se había estacionado allí a un contingente de la R. A. F. para hacer los preparativos técnicos. Después de cenar, subí a mi avión y me acosté. El vuelo fué largo y frío. Cuando aterrizamos en el aeropuerto, vimos que se hallaba cubierto por una espesa capa de nieve. Mi avión llegó antes que el del Presidente y estuvimos esperándole durante un rato. Cuando vimos

descender de la «Vaca Sagrada» a Mr. Roosevelt, su aspecto era el de un hombre enfermo y acabado. Juntos pasamos revista a la guardia que nos rendía honores. El Presidente iba sentado en un coche descubierto y yo caminaba al lado del vehículo. Después entramos en una gran tienda de campaña para tomar un frugal refrigerio acompañados de Molotov y de los miembros de la delegación rusa que habían acudido a esperarnos.

Poco después nos dispusimos a hacer el largo recorrido en coche desde Saki hasta Yalta. Lord Moran y Mr. Martin iban en el mismo automóvil que yo. Habíamos tomado la precaución de llevarnos unos bocadillos, pero cuando acabábamos de comérnoslos llegamos a una casa donde nos dijeron que nos estaba esperando Molotov y donde había un espléndido almuerzo preparado para diez personas. Por lo visto, el Presidente y sus acompañantes no habían sido avisados y habían pasado de largo. Molotov estaba sólo con dos de sus hombres. Se hallaba de un humor excelente y nos ofreció todas las exquisiteces de la cocina rusa. Nosotros hicimos cuanto nos fué posible para disimular el hecho de que ya habíamos saciado nuestro apetito.

El viaje duró casi ocho horas. La carretera estaba vigilada por destacamentos de soldados rusos, algunos de ellos formados por mujeres, que permanecían alineados de pie, hombro con hombro, en las calles de los pueblos, en los puentes principales, en los pasos montañosos y en los collados. Cuando pasamos a la vertiente opuesta de las montañas y descendimos hacia el mar Negro, nos hallamos de pronto sumidos en un clima delicioso, bajo un sol cálido y brillante.

APÉNDICES

A) LISTA DE ABREVIATURAS.

B) LISTA DE NOMBRES EN CLAVE.

C) NOTAS PERSONALES DEL PRIMER MINISTRO, JUNIO-DICIEMBRE DE 1944.

D) EL ATAQUE AL SUR DE FRANCIA.

E) TOTALES MENSUALES DE LAS PERDIDAS MARITIMAS BRITANICAS, ALIADAS Y NEUTRALES CAUSADAS POR ACCION ENEMIGA DESDE JUNIO DE 1944 HASTA SEPTIEMBRE DE 1945.

APÉNDICE A

LISTA DE ABREVIATURAS

A.D.G.B.: Defensa Aérea de Gran Bretaña.
A.F.H.Q.: Cuartel General de las fuerzas aliadas (Mando del Mediterráneo).
A.K.: Ejército clandestino polaco.
A.R.P.: Precauciones de raid aéreo.
A.T.S.: Servicio auxiliar territorial (femenino).
C.A.S.: Jefe de Estado Mayor del Aire.
C.I.G.S.: Jefe del Estado Mayor General Imperial.
C-in-C.: Comandante en Jefe.
C.O.S.: Jefes de Estado Mayor.
D.D. Tanks: Carros anfibios.
D.U.K.W.: Vehículos de carga anfibios.
E.A.C.: Comité Consejero europeo.
E.A.M.: Frente de Liberación Nacional griego.
E.D.E.S.: Ejército Nacional Democrático griego.
E.L.A.S.: Ejército de Liberación Popular Nacional griego.
G.H.Q.: Cuartel General.
G.O.C.-in-C.: General Comandante en Jefe.
M.V.D.: Ministerio del Interior polaco.
N.K.V.D.: Comisariado Popular del Interior.
N.S.Z.: Fuerzas Clandestinas polacas del ala derecha.
O.K.W.: Cuartel general de las fuerzas armadas alemanas.
P.M.: Primer Ministro.
S.C.A.E.F.: Comandante Supremo de las fuerzas expedicionarias aliadas.
S.E.A.C.: Jefatura del Asia Sudoriental.
S.H.A.E.F.: Cuartel General Supremo de las fuerzas aliadas expedicionarias.
S.S.: Schutz Staffeln. La Policía política alemana.
U.N.R.R.A.: Administración de ayuda y rehabilitación de las Naciones Unidas.

V1 : La bomba volante (bomba zumbadora).
V2 : Bomba cohete impulsada por reacción.
V.C.A.S. : Segundo Jefe del Estado Mayor del Aire.
V.C.I.G.S. : Segundo Jefe del Estado Mayor General Imperial.
V.C.N.S. : Segundo Jefe del Estado Mayor de la Marina.
V.E. : Victoria en Europa.
V.J. : Victoria en el Lejano Oriente.

APÉNDICE B

LISTA DE NOMBRES EN CLAVE

ALMIRANTE Q *(Admiral Q):* Presidente Roosevelt.
ARGONAUTA *(Argonaut):* La Conferencia de «los Tres» en Yalta, febrero de 1945.
BALLESTA *(Crossbow):* El Comité creado para tomar las medidas contra las armas sin piloto.
CAPITAL *(Capital):* El avance hacia Birmania central desde el Norte.
CORONEL WARDEN *(Colonel Warden):* El Primer Ministro.
CROSSWORD: El acercamiento alemán a los aliados, a través de intermediarios italianos.
CUADRANTE *(Quadrant):* La Conferencia de Quebec en 1943.
CULEBRINA *(Culverin):* Operaciones contra Sumatra septentrional.
DRACULA *(Dracula):* La captura de Rangún y el aislamiento de los japoneses de sus bases y líneas de comunicación en Siam.
DRAGON *(Dragoon):* Los desembarcos aliados en el sur de Francia. Primeramente se denominaron «Yunque».
MANA *(Manna):* La expedición británica a Grecia en 1943.
OCTAGONO *(Octagon):* La segunda Conferencia de Quebec, 1944.
OVERLORD *(Overlord)*: Los desembarcos en Normandía en 1944.
PLAYA DE OMAHA *(Omaha Beach):* Playa al noroeste de Bayeux, donde se efectuaron los desembarcos americanos el Día D.
PLUTON *(Pluto):* El oleoducto submarino que transportaba petróleo a través del Canal de la Mancha.
TERMINAL *(Terminal):* La Conferencia de Potsdam en julio de 1945.
TUBOS DE ALEACION *(Tube Alloys):* Investigaciones sobre la bomba atómica.
VENTANA *(Window):* Tiras de estaño utilizadas para confundir al radar alemán.
YUNQUE *(Anvil):* Desembarcos aliados en el sur de Francia en 1944. Más tarde fueron denominados «Dragón».

APÉNDICE C

NOTAS PERSONALES DEL PRIMER MINISTRO
JUNIO-DICIEMBRE DE 1944

JUNIO

El Primer Ministro al Secretario de Estado para la Guerra. 1-VI-44.

Le ruego me haga un informe exponiendo la creación de un servicio de psiquiatras en el Ejército, incluyendo todo el personal dependiente y auxiliar.

El Primer Ministro al jefe del Estado Mayor del Aire. 5-VI-44.

Gracias por su minuta del 17 de mayo en la que se incluyen fotografías aéreas, tomadas con las últimas modificaciones adaptadas a las cámaras. Demuestran una notable mejora en la técnica, y espero que contemos con gran cantidad de estas cámaras especiales para poder utilizarlas en las operaciones.

Lord Cherwell me ha enseñado también una fotografía nocturna, tomada con una técnica similar, en la que los detalles quedan mucho mejor definidos que en las otras fotografías nocturnas que he visto hasta ahora. No cabe duda que el enemigo efectuará gran parte de sus movimientos por la noche, de modo que debemos asegurarnos de que estén listas las cámaras para este tipo de trabajo.

El Primer Ministro al Secretario de Estado para la Guerra y C. I. G. S. 6-VI-44.

El otro día nos dijeron en el Gabinete que el inminente déficit de hombres en el Ejército, que ascenderá a 90.000 hombres, provocaría la destrucción de cinco divisiones. ¿Por qué reduce usted el número de divisiones de esta manera sin tener en cuenta las reacciones que la desaparición de divi-

siones trae consigo? Por ejemplo: ¿qué pasa con las fuerzas del Ejército, que en cinco divisiones rebasan los 100.000 hombres? ¿No podrían ser instruídos de nuevo para servir en Infantería en menos tiempo del que se tarda en instruir reclutas nuevos, incluso los jóvenes de la R.A.F.? Cuando se forman nuevas divisiones, hacen falta unos 40.000 hombres. Cuando se reducen las divisiones existentes, sólo proporcionan una economía de 18.000 hombres por división. Estas son las cosas que hacen tan difícil la labor de mantener el Ejército.

2. En Inglaterra tenemos más de 1.600.000 hombres. Incluso después de que nuestros hombres hayan cruzado el mar, deberían quedar los suficientes en el país para poder cubrir esta escasez de 90.000.

3. Lo anterior no significa en modo alguno que vaya a disminuir mi presión sobre el Regimiento de la R.A.F., sobre la Infantería de Marina y sobre todas las demás fuentes, pero es inaceptable el hecho de tener que ir al Gabinete y decirle que el déficit de 90.000 hombres significa la pérdida de cinco divisiones.

El Primer Ministro al ministro de Producción, al Primer Lord del Almirantazgo, al Secretario de Estado para la Guerra y al ministro de Abastecimientos. 7-VI-44.

Me alegra saber que la construcción de «Zarzamora» fué terminada a tiempo. Ha sido una gran labor. Las últimas necesidades de «Fénix» habían sido satisfechas el día 23 de mayo, y las necesidades mínimas para que pudiera ser utilizado «Whale» quedaron satisfechas el día siguiente. Como resultado de este esfuerzo, todo el equipo está ahora en manos del Almirantazgo, dispuesto y esperando ser utilizado en las zonas de montaje el Día D.

La construcción de este equipo nuevo y complicado y su traslado hasta los puntos en que finalmente va a quedar montado, así como de allí a sus puntos de reunión, ha sido una gran empresa. Creo que todos los Departamentos que han participado en ella deben ser felicitados por la culminación de su trabajo.

El Primer Ministro al ministro de Producción, al Primer Lord del Almirantazgo, al Primer Lord del Mar y al ministro de Transportes de Guerra (Para conocimiento del ministro de Asuntos Exteriores.) 7-VI-44.

Como las bajas y las pérdidas en el bombardeo de «Overlord» parecen ser mucho menores de lo que habíamos supuesto, espero de ustedes que el mes de julio organicen un convoy a Rusia y lo mantengan regularmente mientras los americanos estén enviando artículos o puedan esperar algo de nosotros según el Protocolo existente. Tal vez sea necesario hacer un nuevo Protocolo por lo que a nosotros afecta.

El Primer Ministro al ministro de Producción y sir Edward Bridges.

10-VI-44.

De todas las restricciones de seguridad, la más molesta y que produce más dificultades es la prohibición costera de las treinta millas, que ha de ser suprimida inmediatamente. Esto debe hacerse con la menor ostentación posible, y más bien por acuerdos locales que por una proclamación pública. La mejor solución sería dejar que vaya quedando sin efecto.

2. Se ha acordado que también se suprima, de una manera privada y sin ostentación, la prohibición diplomática a partir del Día D+7. No debe haber suavidad alguna respecto a Irlanda, excepto en casos de humanitarismo. Por lo demás, estoy de acuerdo en que las propuestas para suprimir las demás prohibiciones sean discutidas con el S.H.A.E.F. después del día D+12.

El Primer Ministro al Canciller del Exchequer. 15-VI-44.

Adjunto un memorándum trazado por los funcionarios sobre la situación del personal para la segunda mitad de 1944. Le ruego vuelva a reunir a los componentes del Comité Ministerial que se ocuparon de estos problemas en noviembre pasado, y prepare un esquema para que sea estudiado por el Gabinete de Guerra sobre la base siguiente:

Por el momento, hemos de basar nuestros planes en la continuación de la guerra en Europa durante toda la primera mitad de 1945; y no podemos dar por hecho que, a partir de entonces, esta guerra en Europa haya terminado. A fines de agosto de 1944 es posible que se pueda tener una visión más clara, y lo mejor es resolver la situación por medio de ajustes a corto plazo.

Creo que el Ejército debe aumentar temporalmente su reclutamiento durante los meses de julio y agosto (en vez de 6.000 mensuales, aumentar el número de reclutas a 15.000). Este aumento debe hacerse a costa de los otros servicios armados y no del personal dedicado a la fabricación de municiones y del destinado a otras industrias esenciales.

La solicitud del Ministerio de Suministros para un aumento de cupo, no puede, a mi juicio, ser aceptado, y el Ministerio deberá conformarse con los cupos que le han sido asignados.

Todavía quedará un déficit de mano de obra laboral que ascenderá a unos 100.000 hombres. Este déficit deberá ser dividido en su parte más importante entre el personal industrial del Almirantazgo, el Ministerio de Producción de aviones y la Defensa Civil. Quizá pueda encontrarse algunos hombres más en las demás industrias pertenecientes a otros organismos.

Las bajas de «Overlord», hasta la fecha, son mucho menores de la que se habían supuesto. Sus recomendaciones deberán tener esto en cuenta.

El Primer Ministro a sir Edward Bridges y al general Ismay para el Comité C.O.S. 18-VI-44.

Los ministros que deseen visitar Normandía con cualquier objeto, deben informarme de sus intenciones. Después se procederá a consultar al general Eisenhower. No se ha de permitir el acceso allí a ningún otro visitante si no es con la aprobación del general Eisenhower.

2. Esto debe ser puesto en conocimiento de todos aquellos a quienes afecta.

El Primer Ministro al comandante Morton. 22-VI-44.

Recuérdeme que prepare una nota sobre un hotel o parador en Francia para los corresponsales, igual que en la guerra pasada, que disponga de medios para que los visitantes distinguidos puedan ser trasladados a los distintos sitios de la línea del frente, sin que esto afecte en absoluto al funcionamiento de los puestos de mando o de los comandantes en jefe. Páseme un informe sobre la residencia que entonces se habilitó. El comandante Neville Lytton jugó un papel importante en aquella organización. Deberá consultarse al ministro de Información.

El Primer Ministro al Primer Lord del Almirantazgo y Primer Lord del Mar. 22-VI-44.

Le ruego me comunique sin demora las medidas que están adoptando ustedes para apoyar a la flota de bombardeo. Desde luego, el *Warspite* debe ser utilizado mientras flote y sus cañones puedan disparar. Supongo que el *Malaya* está preparado para hacerse cargo del armamento y de la maquinaria auxiliar del *Warspite* en el momento oportuno, ¿o está ya debidamente equipado? Es mucho mejor confiar en los cañones de 15 pulgadas en vez de los de 16, debido a las mayores cantidades de munición que tenemos en reserva y a los repuestos de tubos y ajustes con que contamos para estos cañones de 15 pulgadas. Tengo entendido que están ustedes utilizando el *Revenge* y el *Resolution* como buques de entrenamiento para fogoneros. Creo que deben destinarse estos navíos a fines más importantes. Tenemos gran necesidad de apoyar a nuestras flotas de bombardeo, que es posible que tengan que encargarse de Cherbourg y que, desde luego, serán necesarias para apoyar los flancos de los ejércitos de liberación.

2. Envíenme el cálculo de bajas hecho por ustedes para la operación «Overlord» correspondiente a la flota británica y las bajas que, en realidad, hemos sufrido.

3. Mándenme ustedes una relación de los depósitos de munición en reserva para los buques de la clase *Nelson-Rodney* y de la clase *Malaya-Ramillies*. Pásenme también todo el informe sobre el entubado de los ca-

ñones, tanto en el tipo *Malaya* como en el tipo *Ramillies*. ¿Cuánto tiempo se tarda en trasladar los cañones de 15 pulgadas de un buque a otro? No cabe duda que sería un error utilizar buques de guerra importantes como buques-escuela para fogoneros en el momento cumbre de una gran batalla, cuando estos buques o su armamento se necesitan con tanta urgencia.

4. Había esperado recibir antes de ahora noticias de ustedes sobre el repostamiento de la flota de bombardeo. No tengo inconveniente en quejarme de los americanos, pero antes debemos asegurarnos de que nuestra propia casa está en buen orden.

El Primer Ministro al Primer Lord del Mar. 22-VI-44.

Le ruego me envíe inmediatamente un informe sobre los puertos artificiales. ¿Cómo han funcionado durante el reciente mal tiempo y cuánto se ha demorado su terminación? ¿Cuántas unidades hemos perdido durante su transporte o por cualquier otra causa? ¿Tenemos repuestos?

Espero su informe.

El Primer Ministro al general Ismay. 23-VI-44.

Me preocupa saber que el Ministerio de la Guerra ha hecho circular un informe que crea dudas sobre la posibilidad que tenemos de destruir los nidos de submarinos y lanchas rápidas en la Europa ocupada, antes de que podamos devolver los puertos a los Gobiernos aliados.

Claro está que no debe estorbarse la batalla precipitando los intentos de demolición, pero debemos reservarnos el derecho de destruir estas amenazas para nuestra seguridad cuando estemos más libres de trabajo. Sería intolerable que cualquier Gobierno aliado se negara a permitirnos hacerlo después de haber fracasado en su obligación de defender su país habiéndonos expuesto nosotros a tantos peligros y habiendo derramado tanta sangre en la liberación de su pueblo.

Le ruego me comunique la opinión de los jefes de Estado Mayor.

El Primer Ministro al general Hollis. 23-VI-44.

Creo que no debe descartarse con ligereza la Brigada Polaca de paracaidistas. Es posible que en Polonia tenga un valor muy superior al de su verdadero valor militar. Confío que se repita esta opinión a los generales Eisenhower y Montgomery antes de que la Brigada sea establecida definitivamente en Francia.

El Primer Ministro al general Hollis. 29-VI-44.

Gracias por su análisis de las tropas norteamericanas que han estado llegando al Reino Unido hasta agosto de 1944.

A pesar de ello, no estoy convencido en absoluto de que los americanos no pudieron haber enviado más divisiones combatientes y menos tropas auxiliares. Me asombra, por ejemplo, el hecho de que el número total de tropas de Cuerpo de Ejército y Ejército (131.243) rebase el número de hombres en las divisiones (87.689) en 43.554. ¿Y cuál es la función de las tropas S.O.S. que ascienden aproximadamente a una quinta parte del total? ¿Cuál es el significado de la frase siniestra «excluyendo los soldados pendientes de destino»? ¿Cuántos soldados hay pendientes de destino?

El Primer Ministro al ministro de Asuntos Exteriores. 29-VI-44.

No aconsejo por el momento ninguna decisión sobre la política a seguir acerca de Palestina. Es bien sabido que estoy decidido a no faltar a la promesa que hizo el Gobierno británico a los sionistas, que está expresada en la declaración Balfour y modificada en mi declaración subsiguiente, cuando estaba en el Ministerio de Colonias en 1921. No puede hacerse ningún cambio en esta política sin una discusión plena en el Gabinete. Como ahora tenemos tan poco que hacer, debería ser fácil encontrar una oportunidad para efectuar esta discusión.

JULIO

El Primer Ministro al ministro del Interior. 1-VII-44.

El empleo de las sirenas de alarma aérea exige inmediato estudio. Indudablemente causan una enorme inquietud, que es por completo innecesaria. Gran número de personas oyen las sirenas y luego ni oyen ni ven la bomba. La cuestión es distinta en el campo que en la ciudad, y especialmente en el curso de la avenida de los bombardeos, donde estuve el viernes pasado. Allí el «Alerta» y el «Final de alerta» eran casi continuos, con intervalos quizá de un cuarto de hora.

2. Hay que hallar respuesta a la siguiente pregunta: «¿Qué debe hacer cada clase determinada de personas cuando suena la alerta?» ¿Ha de dejar de arar el que está arando y el dependiente de una tienda retirarse al sótano? ¿Ha de dispersarse la gente que se ha congregado por cualquier motivo? ¿Qué se pretende que hagan, si es que han de hacer algo? Si no tienen nada que hacer, distinto a lo que ya estaban haciendo, que es lo que suele suceder a la mayor parte de las personas, ¿qué utilidad tiene hacer sonar las sirenas? En el caso de los ataques aéreos al viejo estilo, en que las bombas caían aquí o allá, sobre toda la superficie del país, las sirenas eran muy útiles y, por lo tanto, deben conservarse para estos fines.

3. Desde mis ventanas he observado a la gran cantidad de personas que se encuentran en el Parque, para ver lo que hacen cuando suenan las sirenas. No hacen nada en absoluto. Cuatro gotas de lluvia los hace dispersarse con más rapidez, pero no hacen el menor caso de las bombas volantes, ni de los cohetes. Tampoco, que yo sepa, es posible dar, en la mayoría de los casos, una alarma *local*, y aunque se pudiera, no veo qué se podría hacer durante el día. Por la noche deberían ir al puesto más seguro y tratar de olvidar sus penas. Una vez allí, no necesitarían ninguna sirena que fuese a alterar su sueño.

4. Esta tarde he ido a visitar distintos puntos en los que han caído bombas. En uno de los casos, la explosión principal se produjo a cuatro o cinco pies de distancia del refugio. Pregunté si el refugio estaba lleno y me aseguraron que así era, y que por esta razón había habido tan pocos muertos. Ni una de las personas que estaban en el refugio había sido herida. Pero en muchos sitios no es éste el caso. Desearía que volvieran a ponerse en activo los refugios de Londres y que fueran utilizados. ¿Cuántas personas pueden acomodarse en los de cemento y cuántos de éstos están siendo utilizados? Puesto que usted comenzó oportunamente a reforzar los refugios de la calle, es una lástima que no coseche cuanto antes ha sembrado.

El Primer Ministro al Tesorero General. 3-VII-44.

Tengo que hacer unas objeciones a lo siguiente: Las bajas [en Italia] son presentadas por totales en fechas distintas e irregulares, que van desde el 3 de septiembre de 1943 hasta el 22 de enero de 1944. Cada semana se van sumando las bajas registradas, haciendo un total acumulativo. No es esto lo que se trata de saber. Lo que se desea averiguar es cuántos han sido muertos, heridos y desaparecidos durante la semana para poder ver luego los totales generales y hacer un estudio de la campaña. En las circunstancias actuales es necesario totalizar semanalmente las fuerzas británicas, americanas y de otras nacionalidades, en muertos, heridos y desaparecidos, y restar esta cifra del total registrado la semana anterior. Esto, claro está, puede hacerse, pero, ¿por qué debe hacerse y por qué el Ministerio de la Guerra nos lo impone? Lo único necesario es presentar el total de bajas en muertos, heridos y desaparecidos, por ejércitos y naciones, y en la parte inferior de la página la suma de la semana o de las dos semanas. El plazo me es indiferente. No estoy dispuesto a seguir aceptando la presentación actual. Le ruego me suministre argumentos para volver sobre esta cuestión.

El Primer Ministro al general Ismay para el Comité C.O.S. 5-VII-44.

No puedo acceder a la dispersión de la 2.ª División polaca. Las pocas divisiones que tienen encarnan la vida de Polonia, y no han de ser tratadas

en los centros de reclutamiento y distribución como masas corrientes. ¿No sería mejor que esta División polaca fuera a Italia, donde sería bien recibida, y se uniera allí a las otras dos para formar un fuerte Cuerpo de Ejército? No estoy dispuesto a acceder a la propuesta del S.H.A.E.F.

El Primer Ministro al general Ismay. 5-VII-44.

Le ruego dé las gracias en mi nombre al general Bedell Smith por su informe sobre el reforzamiento, y le diga que lo he leído con gran interés.

2. Desde luego, parece grave que entre el Día D 90 y el Día D 120 no haya habido ningún aumento en las fuerzas norteamericanas, y que desde el Día D 90 y el D 150 sólo un aumento de cuatro Divisiones, lo cual hace aún más necesario que nos apoderemos de los puertos de Saint-Nazaire y El Havre con objeto de poder desarrollar los puertos pequeños y no tener que dispersar las lanchas de desembarco que tanto aumentan la eficacia de estos puertos.

3. Nos dicen que en los Estados Unidos hay más de 40 Divisiones instruídas. No cabe duda que hará falta un ejército mucho mayor que el que ahora tenemos o el que tenemos en proyecto, para avanzar a través de Francia y entrar en Alemania, a no ser que se produzca un colapso total en el frente ruso o alemán.

4. Por esta razón, entre otras, no me gusta alejar las L.S.T. del teatro decisivo de operaciones, hasta operaciones tan remotas como las que ahora se proyectan en el sur de Francia. A mí me parece que el objetivo principal debe ser abrir los puertos franceses y mantener en plena eficacia, e incluso alargar, los puertos artificiales que nos quedan, con objeto de que pueda aplicarse la inmensa fuerza armada de América. Hace falta una gran osadía para afirmar que las fuerzas existentes tienen capacidad para dar golpes decisivos. Hay que prestar la mayor atención y facilitar el desembarco directo de las fuerzas norteamericanas que cruzan el Atlántico, y esto sólo será posible cuando puertos como los dos adicionales que he nombrado puedan entrar en funciones, además del puerto de Cherbourg.

Me he aventurado a escribir las primeras ideas, que me ha sugerido la lectura del informe del general Bedell Smith, pero retengo el informe para su más detenido estudio.

El Ministerio de la Guerra debería pasarme un informe similar sobre la situación de los ejércitos.

El Primer Ministro al general Ismay para el Comité C.O.S. 6-VII-44.

Hemos de hacer una clara exposición de medios para que Alexander sepa exactamente lo que tiene, y nosotros lo que tenemos el derecho de darle. Que se lleven sus siete divisiones, tres americanas y cuatro francesas.

Que monopolicen todos los buques de desembarco que estén a su alcance. Pero conservaremos, por lo menos, la posibilidad de lanzar un golpe estratégico decisivo, con lo que sea totalmente británico y esté bajo mando británico. En esto no voy a ceder por nada ni por nadie. Alexander ha de poder llevar a cabo su campaña. Si los americanos intentan retirar las dos Divisiones que todavía están con él, le pediré que envíe usted desde el Reino Unido la 52ª División para cubrir la brecha. Espero que comprenda que hay que hacer ver a los americanos que se nos ha tratado mal y que estamos furiosos. No permita que intenten echar tierra al asunto con evasivas o apaciguamientos. Una vez pasada esta crisis volveremos a estar unidos, pero si admitimos todo lo que nos hacen sin intentar oponernos, las condiciones que se nos impondrán no tendrán fin.

El Primer Ministro al Secretario de Estado para la Guerra. 7-VII-44.

¿Cómo es que la 36.ª División india consiste en dos brigadas británicas? La humildad es una gran virtud, pero dar el nombre de División india a una división británica, es verdaderamente ponerse todavía por debajo del poco aprecio del que hemos sido objeto. Si son tropas británicas, que se llamen tropas británicas.

El Primer Ministro al ministro de Producción de Aviones. 8-VII-44.

Gracias por su nota del 5 de junio [referente a la idea de centralizar las investigaciones sobre la propulsión por reacción en un solo hombre, que estará aconsejado lo mejor posible por elementos de dentro y de fuera del Gobierno].

En la investigación y el desenvolvimiento existe el riesgo de la excesiva centralización, y la tendencia actual parece correr este riesgo. Pero si está usted deseoso de llevarlo a efecto, dejo el asunto en sus manos.

Como usted sabe, he sentido siempre un profundo interés personal por la propulsión por reacción, y le quedaría agradecido si me pasara ocasionalmente, digamos cada dos meses, una nota sobre los progresos efectuados.

El Primer Ministro al Secretario de Estado para la Guerra. 10-VII-44.

Servicios Psiquiátricos del Ejército:

He recibido con agrado su informe sobre las deficiencias que menciona. ¿Podría usted hacerme una nota sobre lo que cuesta mantener este servicio que, por lo que veo, tiene ocupados a más de dos mil oficiales, enfermeras y auxiliares?

El Primer Ministro al Primer Lord del Mar. 10-VII-44.

En la guerra pasada desarrollamos en una ocasión unas redes antisubma-

rinas muy ligeras, que envolvían el submarino y arrastraban una boya sobre la superficie. ¿Podría adaptarse algo similar al torpedo humano? Sin duda, estas redes ligeras podrían ser extendidas en un puerto y colgadas de boyas, de manera que no impidieran la navegación y que, sin embargo, arrastrasen una boya de aviso o encendieran una bengala que serviría de señal para el contraataque.

El Primer Ministro al Primer Lord del Mar. 10-VII-44.

Le ruego me envíe un breve informe sobre la capacidad del puerto de Caen. He visto cifras mucho mayores que lo que hasta ahora se había mencionado.

El Primer Ministro a sir Edward Bridges. 10-VII-44.

En su informe [sobre la reunión del Gabinete de Guerra en que se discutió la posible formación de una fuerza combatiente judía] dice usted que se había decidido estudiar cuidadosamente la posibilidad de un grupo tipo brigada. Yo lo comprendí y fuí partidario de que se formara esta brigada. Cuando el Ministerio de la Guerra dice que va a estudiar cuidadosamente una cosa, significa que lo hará. Este asunto, por tanto, debe ser planteado en una pronta reunión del Gabinete de Guerra durante esta semana, y debe informarse de mi objeción al Secretario de Estado para la Guerra. También puede enviarse al Ministerio de la Guerra una copia de la carta adicional del Dr. Weizmann.

El Primer Ministro al general Ismay para el Comité C.O.S. 11-VII-44.

Desde luego, debe entregar a los turcos ese pequeño equipo de Radar y uno o dos escuadrones de cazas nocturnos para defender Constantinopla. Le ruego me diga lo que puede hacerse. El asunto es urgente.

El Primer Ministro al ministro de Asuntos Exteriores. 11-VII-44.

No cabe duda que esta persecución de los judíos en Hungría y su expulsión del territorio enemigo es probablemente el crimen mayor y más horrible que se ha cometido en la historia del mundo. Y ha sido cometido utilizando material científico, por hombres que nominalmente son civilizados, en nombre de un gran Estado y por una de las razas dirigentes de Europa. Está perfectamente claro que todas las personas relacionadas con este crimen que puedan caer en nuestras manos, incluso los que sólo obedecieron órdenes al efectuar la carnicería, deben ser muertos una vez que se haya demostrado su relación con los asesinos.

No puedo creer, por tanto, que éste sea uno de los casos corrientes que se plantean a las potencias protectoras, como, por ejemplo, el de que en algún campo determinado de prisioneros falte comida o que las condiciones sanitarias no sean buenas. Así, pues, a mi juicio, no ha de haber negociación de ninguna clase sobre este tema. Las declaraciones deben hacerse públicas para que todo el que esté relacionado con este crimen, sea perseguido y muerto después.

El Primer Ministro al Secretario de Estado para la Guerra. 12-VII-44.

Deseo poder contestar rápidamente a la petición que me exponía el Dr. Weizmann en su carta del 4 de junio, de la que usted ha recibido una copia, de formar una fuerza combatiente judía. Tengo entendido que desea usted conocer la opinión de los generales Wilson y Paget antes de someter al Gabinete un proyecto para la formación de una brigada judía. Como este asunto ya ha estado en estudio cierto tiempo, desearía que redactara usted un informe exponiendo sus propuestas, que sería sometido a consideración del Gabinete a principios de la semana próxima.

El Primer Ministro al Secretario de Estado para la Guerra. 13-VII-44.

Han llegado hasta mí noticias muy alarmantes de mi antiguo regimiento, el de Húsares de Oxfordshire, del que soy ahora coronel honorario. Al parecer, su misión consiste en encontrar reclutas para el XXI Cuerpo de Ejércitos y en ser una unidad de instrucción para heridos, reclutas, etc. Esto significa que nunca podrá actuar como unidad combatiente y que desaparecerá en todo, menos en el nombre. Me parece muy mal que un regimiento con un historial tan espléndido sea tratado de esta forma. Sin duda, merecen tener oportunidad de luchar en el campo de batalla.

Le ruego averigüe lo que hay y me diga lo que puede hacerse.

El Primer Ministro al ministro de Asuntos Exteriores. 13-VII-44.

No debemos olvidar que, tanto nosotros como los franceses, hemos prometido la independencia a los pueblos de Siria y el Líbano. Yo he interpretado esto frecuentemente como que los franceses tienen la misma primacía en Siria y el Líbano y el mismo tipo de relaciones que nosotros tenemos en Irak, pero no más. No podemos retractarnos de lo dicho.

El Primer Ministro al Secretario de Estado para el Aire. 13-VII-44.

Estas cifras [comparando el peso de los explosivos lanzados por aviones alemanes y de las bombas volantes] exigen la atención de usted y de-

ben ser comparadas con las cifras de bombas lanzadas por aviones británicos y americanos sobre Alemania.

Es para mí un enigma, y lo es también para muchos otros, cómo treinta o cuarenta toneladas de bombas incluyendo los depósitos, lanzadas sobre Londres por las armas V, pudieron ocasionar tantos daños, mientras que, en vez de cincuenta toneladas de bombas, las dos o tres mil toneladas que nosotros hemos lanzado sobre Berlín o Munich, no han impedido que el pueblo alemán, al parecer, prosiga su vida. Usted mismo, con algunos de sus técnicos, debería acercarse y estudiar los daños sufridos aquí. ¿Por qué un peso tan pequeño de armas V alemanas dan resultados al parecer ocho o diez veces mayores que los producidos por una cantidad igual en ciudades alemanas?

Se debe solicitar también la opinión del mariscal jefe del Aire, Harris, sobre este punto. Se habla mucho de las destrucciones efectuadas en Alemania, y yo me pregunto por qué los efectos aquí son tan graves y si en Alemania se estará dando mucho menos en el blanco y produciendo efectos prácticos mucho menores.

El Primer Ministro al ministro de Asuntos Exteriores. 14-VII-44.

FUGA DE JUDÍOS DE GRECIA

Este asunto exige ser manejado con precaución. Es muy posible que los judíos ricos paguen grandes cantidades de dinero para librarse de ser asesinados por los alemanes. Es lamentable que este dinero caiga en manos del E.L.A.S., pero lo que no comprendo es por qué razón tenemos que discutir con los Estados Unidos por este asunto. Recaería sobre nosotros una gran responsabilidad si impidiéramos la fuga de los judíos, aunque se tratara de judíos ricos. Ya sé que el punto de vista moderno es que hay que dar muerte a todos los ricos dondequiera que se encuentren, pero sería una lástima que adoptáramos esta actitud en el momento actual. Al fin y al cabo, sin duda han pagado por su liberación un precio tan elevado que en lo sucesivo sólo serán judíos pobres y, por tanto, gozarán de los derechos normales de un ser humano.

El Primer Ministro al Secretario de Estado para la Guerra. 14-VII-44.

Espero que ahora que han quedado satisfechas las necesidades iniciales de «Overlord» y que ya no rigen las consideraciones de seguridad, los ejércitos de Italia recibirán una parte razonable de los últimos modelos de material, tales como los carros Shermann con cañones de 17 libras, los Churchill pesados, los lanzallamas y vehículos especiales de asalto.

Le ruego me comunique qué disposiciones han sido adoptadas y cuáles son sus planes actuales.

El Primer Ministro al general Ismay y a Mr. Peck. 16-VII-44.

Deseo que, con intervalos regulares de un mes, se publiquen las bajas británicas desde el comienzo de las operaciones [en Normandía]. Esta publicación estará sujeta a las consideraciones militares y cubrirá el mismo período que cubren las relaciones de bajas aliadas que se publican cada dos semanas. Estoy especialmente interesado en que las bajas canadienses, aunque relacionadas separadamente, sean incluídas en la relación británica. De no ser así, se supondrá con facilidad que son parte de las bajas americanas. Este punto tiene importancia para el Imperio y debe ser expuesto a la Oficina de los Dominios.

Constituiría un gran error cercenar la parte británica en estas batallas por medio de una presentación equivocada y hacer que los canadienses queden incorporados, directamente o por deducción, a los americanos. Se sobrentiende, claro está, que las consideraciones militares podrán, en cualquier momento, impedir la publicación de estas listas de bajas.

Estoy seguro de que en América se solicitará la publicación de las bajas americanas, que actualmente son en número mucho mayor que las nuestras. Si el amplio punto de vista de Eisenhower de publicar solamente «Bajas aliadas» fuera adoptado, yo estaría conforme con él, por lo menos durante bastantes meses. Pero no creo que tenga posibilidades de ser puesto en práctica.

Sin embargo, me gustaría que el caso se estudiara más cuidadosamente. Ya habrá tiempo para ello, y quizá tenga yo mismo una conversación sobre este asunto con el general Eisenhower.

El Primer Ministro al Primer Lord y al Primer Lord del Mar. 17-VII-44.

Parece existir la creencia general de que la Marina conservará una gran parte de su poderío actual después de la derrota de Hitler. Creo que será mejor que ponga en su conocimiento algunas ideas generales sobre este asunto, que merecerán su estudio. Los japoneses ya están rebasados por los americanos en una proporción de dos contra uno. Nosotros, claro está, enviaremos una poderosa flota formada por nuestros buques más modernos, con el tren de flota necesario y buques auxiliares. Creo, sin embargo, que el personal no excederá de los 400.000 hombres mientras dure la guerra del Japón. Una vez terminada ésta tendrán ustedes que volver a la cifra existente antes de la guerra.

El Primer Ministro al Secretario del Gabinete y al general Ismay. 25-VII-44.

Les ruego indiquen a los tres Departamentos de las Fuerzas Armadas y al Ministerio de Comunicaciones que me suministren un informe sema-

nal sobre el tiempo medio que tardan las cartas en llegar a los ejércitos de Tierra, Aire y Mar en Normandía, y el tiempo que tarda la correspondencia en llegar a Inglaterra desde allí.

El Primer Ministro al Primer Lord. 26-VII-44.

He oído en diversos lugares que el retraso de las cartas en llegar a sus destinatarios en la Marina y viceversa es muy grande. El Ejército disfruta ahora de un servicio mucho mejor. Con todos los buques que van y vienen, este problema debería ser la cosa más fácil de resolver. Le ruego me envíe un informe de la situación anterior y la actual, y me exponga las resoluciones que va a adoptar.

Envío copia de esta nota al ministro de Comunicaciones.

El Primer Ministro al Secretario del Interior. 26-VII-44.

Estoy de acuerdo con este informe [sobre una reunión para crear un sistema de alarmas de peligro inmediato en relación con las bombas volantes], pero debe sujetarse a los puntos siguientes:

1. Debe de haber alguna forma de que este sistema no se aplique de golpe, sino que se vaya aumentando progresivamente a medida que las circunstancias y los recursos lo permitan.

2. Ciertas personas, como los conductores de autobuses, por ejemplo, deben recibir órdenes perfectamente claras. La responsabilidad en el caso de los conductores de autobuses recae en el Ministro de Transportes de Guerra. No se puede dejar que cada conductor resuelva este difícil problema por sí mismo, especialmente dado que los pasajeros podrían no estar de acuerdo con esta solución. Resultaría muy fácil redactar en una sola hoja de papel lo que ha de hacer en esas circunstancias. En principio, y según mi opinión, el autobús debe detenerse en cualquier sitio donde pueda estar a cubierto y permitirse a la gente que se apee. Un autobús lleno de pasajeros, con todo el cristal que tiene, es un artilugio muy peligroso cuando se está sufriendo un bombardeo.

3. Cuando den ustedes una señal de cualquier clase deben añadir una recomendación perfectamente clara, y, si hiciera falta, una orden, para que el público adopte la medida que ustedes crean que es la mejor. He leído ya algunos informes muy buenos sobre este asunto. Deben ser ampliados para las ciudades y simplificados para el campo, en la forma que usted considere más conveniente a la luz de una mayor experiencia.

El Primer Ministro al Secretario de Estado para la Guerra. 26-VII-44.

En principio estooy de acuerdo con su propuesta [de una fuerza com-

batiente judía], pero creo que la brigada debe ser formada, enviada a Italia cuando sea conveniente y elevada allí a unidad tipo agrupación de brigadas, a medida que transcurra el tiempo, por la unión de otras unidades.

2. Me complace que los judíos traten de combatir a los asesinos de sus semejantes en la Europa Central, y creo que esta noticia producirá una gran satifacción en los Estados Unidos.

3. Los detalles que se me ocurren son:

No creo que esta brigada quede más sujeta a la posibilidad de ser disgregada por serias necesidades militares que cualquier otra unidad en el Oriente Medio. Por el contrario, solamente una seria necesidad debe afectarla teniendo en cuenta lo que representa.

Creo que los mismos judíos desean luchar contra los alemanes en cualquier sitio. Es con los alemanes con quienes están en malas relaciones. No hay necesidad de plantear las cosas de una manera que implique que el Ministerio de la Guerra, en su infinita prudencia, pueda desear enviar los judíos a luchar contra los japoneses. De no ser así, no serviría de nada este grupo de brigadas.

No cabe duda que son las consideraciones políticas, con las militares, las que rigen la desmovilización o la desaparición de cualquier fuerza que esté bajo el mando británico. En el caso de una contingencia de esta clase pudiera muy bien haber razones políticas para dispersarla, o para mantenerla después de la guerra.

Consultaré al Rey sobre esto [la propuesta de que la unidad tenga su propia bandera]. No puedo imaginar por qué razón se va a negar a esta raza martirizada, dispersada por todo el mundo y que sufre como ninguna otra ha sufrido hasta aquí, la satisfacción de tener una bandera. Sin embargo, es posible que no sólo el Rey, sino el Gabinete, tengan ideas propias acerca de este tema.

4. Si puedo visitar Italia, discutiré los detalles del asunto con el general Wilson y probablemente veré también al general Paget. Mientras tanto, le ruego que siga sin salirse de las líneas propuestas y lleve a cabo las negociaciones con la Agencia Judía. Recuerde que el objeto de ello es complacer y expresar a los judíos nuestros sentimientos hacia ellos, lo que sin duda será bien recibido en los Estados Unidos. Enséñeme todo lo que se publique sobre este asunto.

El Primer Ministro al Primer Lord y al Primer Lord del Mar. 29-VII-44

De acuerdo con mi nota del 17 de julio [sobre el poderío de la Marina) deberán ustedes preparar un plan que exponga la composición de la flota que podrían ustedes mantener partiendo del supuesto de que la guerra termine doce meses después de la derrota de Alemania y de que el personal total de la Marina hubiera quedado reducido a 400.000 hombres.

Sobre esta hipótesis deberán ustedes fijar los detalles de la flota que podría mantenerse aquí y en el Extremo Oriente, con las cifras comparativas de los buques y del personal cuando se dió por terminada la movilización al iniciarse la guerra en 1939.

El Primer Ministro al Secretario de Estado para la Guerra y C.I.G.S.

29-VII-44.

El general Montgomery me habló la semana pasada del Regimiento de Húsares de la Reina, de Oxfordshire, y de otros regimientos antiguos de la Guardia que están siendo utilizados meramente como unidades de depósito. Ya le he hecho notar la gran importancia que tiene no destruir estos elementos permanentes de nuestro sistema defensivo.

2. El general Montgomery me propuso que cuando una unidad creada exclusivamente para la guerra sufriera tal número de bajas en el frente que tuviera que ser deshecha, volviera a su guarnición o a su patria para formar parte del fondo total de reservas. Entonces, una de estas unidades permanentes de la Guardia, perfectamente instruída, sería enviada a ocupar su puesto. Actualmente están, como es lógico, instruídas en plan de artillería o de anticarros. Esta propuesta me pareció totalmente satisfactoria.

3. En mi poder su nota del 18 de julio en la que me comunicaba que ya había dado órdenes para que no extrajeran hombres, por el momento, del Regimiento de Húsares de Oxfordshire. ¿Qué pasa con el Regimiento de Gloucestershire y otras unidades similares, es decir, las que juegan un papel permanente en la defensa militar durante generaciones, en tiempos buenos y malos? ¿No se puede tratar también a éstas en forma similar? Le ruego tenga la amabilidad de hacerme una lista.

El Primer Ministro al Secretario del Interior. 29-VII-44

En mi poder su nota del 28 de julio [en la que se incluye un proyecto revisado sobre el asunto del inminente peligro de las bombas volantes.]

No creo que sea aceptable el nuevo párrafo. Los conductores de autobuses han de hacer uso de su propio criterio y el Gobierno ha de confiar en el sentido común del pueblo. ¿Qué pasa cuando el conductor de un autobús decide ir hacia un lado y el sentido común del pueblo decide ir hacia otro? Estoy seguro de que podrá pensarse en algo más inteligible. ¿Cómo pueden los viajeros imponer su buen sentido al conductor del autobús? Lo mejor es que usted plantee este asunto el lunes en el Gabinete.

Por lo demás, me complace su informe (1).

(1) Véase la nota del 26 de julio al Secretario del Interior.

El Primer Ministro al Primer Lord del Mar. 4-VIII-44.

¿Qué está haciendo la Marina en el flanco occidental de los Ejércitos? Yo hubiera creído que estaba dedicada activamente, a lo largo de las costas atlánticas de la península de Brest, a alejar a todos los buques enemigos, impidiendo la llegada a las islas del Canal de todo aprovisionamiento, así como las posibilidades de escape de la guarnición alemana, y manteniéndose dispuesta en el golfo de Quiberon o en otro punto para darse las manos con las columnas americanas que están avanzando. Pronto estaremos en posesión de puertos y pequeñas bahías donde podrían establecerse bases para lanchas rápidas y destructores, dominando las aguas alrededor de la península de Brest y ayudando grandemente al movimiento de las fuerzas terrestres. De momento, no parece que hagan mucho, salvo luchar en el flanco norte oriental. Todavía queda mucho que hacer en la península de Brest. El almirante Ramsay no debe dedicarse al descanso.

2. Cuando haya recibido su respuesta hablaré con el general Eisenhower sobre este asunto. Es inútil que me diga que el general Eisenhower no ha pedido nada. Está muy ocupado con la batalla terrestre y sabe muy poco de asuntos de mar. Estoy convencido de que se nos están escapando las oportunidades.

3. Estaré encantado de verle en cualquier momento para hablar sobre este tema.

El Primer Ministro al ministro de Producción. 4-VIII-44.

Gracias por su informe acerca de los efectos que han tenido los ataques de las bombas volantes sobre la producción de Londres. Semejante pérdida de horas de trabajo, especialmente en la industria de radio, sería grave si continuara. Me complace saber que usted y el ministro de Trabajo están haciendo todo lo posible para mejorar los sistemas de alarma local, así como la eficacia general de la organización de las alarmas en las fábricas.

Espero que sus esfuerzos, con una disminución en los ataques, traigan pronto consigo alguna mejora.

Le ruego que, por ahora, siga enviándome un informe cada dos semanas.

Hay que favorecer un progresivo desplazamiento de la industria de radio fuera de Londres.

El Primer Ministro al ministro de Asuntos Exteriores. 6-VIII-44.

Parece que el asunto [el caso de los judíos húngaros] es bastante dudo-

so. Esas desgraciadas familias, compuestas principalmente por mujeres y niños, han comprado sus vidas al precio de nueve décimas partes de sus bienes. No me gustaría que pareciera que Inglaterra también los persigue. Diga usted a los rusos todo lo que crea necesario, pero, por favor, no impidamos su huída.

No veo por qué ha de producir este triste asunto una desconfianza en las negociaciones de paz.

El Primer Ministro al general Ismay para el Comité C.O.S. 10-VIII-44.

No podemos estar de acuerdo en que «Dragón», en relación con «Overlord», sea considerada como una «operación principal», en cuyo beneficio hayan de deshacerse, si es necesario, el ejército del general Alexander y todas sus posibilidades. Este ejército, después de haberle retirado las fuerzas francesas y la mitad de las fuerzas norteamericanas, todavía consiste en unas veinte divisiones, de las cuales dieciséis son británicas, del Imperio Británico, o están controladas por británicos. No estamos dispuestos, bajo ninguna circunstancia, a que sea considerada como una operación de inferior categoría a «Dragón» o a que «Dragón» tenga prioridad sobre sus necesidades más esenciales. Es más, en el aspecto estratégico tampoco estamos dispuestos, por el momento y sin nuevas conversaciones, a admitir como probable que un avance hacia el oeste sea más conveniente para el ejército del general Alexander que un avance hacia Trieste, que podría ir acompañado por una acción sobre la península de Istria, con la colaboración de los partisanos de Yugoeslavia bajo el mando del mariscal Tito. Es evidente que en estos asuntos pueden adoptarse distintos puntos de vista, que únicamente podrán resolverse en una conferencia, no sólo entre los jefes de Estado Mayor, sino entre los jefes de Gobierno.

El Primer Ministro al C.I.G.S. 10-VIII-44.

¿Cómo es que la 6ª Brigada de la Guardia acorazada no tiene carros «Churchill»? ¿Dónde están los carros pesados? Le ruego me informe.

El Primer Ministro al Secretario de Estado para la Guerra y V.C.I.G.S. 18-VIII-44.

El general Clark me dijo que hace unos seis meses propuso al Ministerio de la Guerra que dos mil miembros de las A.T.S. fueran enviados aquí para reemplazar a los hombres que estaban en el Cuartel General de las Fuerzas Aliadas y en otros servicios de retaguardia, con objeto de que éstos pudieran incorporarse al esfuerzo bélico activo. Sin embargo, sólo se han enviado doscientos cincuenta.

2. En vista de la urgente necesidad que tenemos de mantener en pie

el ejército del general Alexander, deben utilizarse todos los medios para lograr este fin.

Los americanos están haciendo mucho más uso de las mujeres que nosotros.

El Primer Ministro al Secretario de Estado para la Guerra. 18-VIII-44.

Tengo entendido que el director gerente del *Continental Daily Mail* ha estado pidiendo medios para lanzar de nuevo el periódico en Francia, y que el S.H.A.E.F. era partidario de esta idea. Me agradaría que el *Daily Mail*, y cualquier otro periódico londinense que lo desee, lance ediciones continentales para las fuerzas que se encuentran en Francia, si es posible. Sería necesario, sin embargo, obtener el consentimiento de la Asociación de Propietarios de Periódicos para darles un cupo de papel. Si usted no ve objeciones a esto, le agradecería que hablara del asunto con ellos. La rapidez es fundamental.

El Primer Ministro al ministro de Asuntos Exteriores, Primer Lord y Secretario de Estado para la Guerra. 18-VIII-44.

A petición mía los jefes de Estado Mayor han estudiado un informe del ministro de la Guerra, según el cual no será posible destruir los refugios de submarinos y lanchas rápidas en los puertos continentales capturados, antes de que los Gobiernos británico y americano cesen de tenerlos bajo su control.

Nuestra política es, desde luego, ceder el control del territorio ocupado a las autoridades nacionales del país, en cuanto sea posible, y por consiguiente será difícil llevar a cabo la destrucción de estas instalaciones antes de que esto ocurra.

Sin embargo, creo que los Gobiernos afectados (el Comité Francés de Liberación Nacional y los Gobiernos noruego, belga y holandés) han de ser advertidos, cuando les devolvamos cualquier territorio ocupado, de que tenemos la intención de conservar el mando y el control sobre todas las instalaciones militares, incluyendo los refugios de submarinos y lanchas rápidas construídos por el enemigo, hasta que hayan sido completamente desmantelados y destruídos. Deseo que el Ministerio de la Guerra y el Almirantazgo investiguen e informen sobre la posibilidad de que esta labor sea efectuada por contratistas civiles.

El Primer Ministro al general Ismay. 23-VIII-44.

El mejor medio de procurar la caída del actual Alto Mando en Alemania es formar una lista de los criminales de guerra que serán ejecutados

si caen en manos de los aliados. Esta lista no necesita rebasar los cincuenta o los cien nombres, aparte del castigo de los delincuentes locales. Esto abriría un abismo entre las personas incluídas en esta lista y el resto de la población. Por el momento, todos los dirigentes alemanes tienen como único interés el luchar hasta el último hombre, esperando cada uno de ellos ser ese último hombre. Es muy importante hacer saber a los ciudadanos alemanes que no están ellos en el mismo caso que Hitler, Goering, Himmler y otros monstruos que infaliblemente van a ser destruídos.

El Primer Ministro al ministro de Asuntos Exteriores. 23-VIII-44.

Me refiero a su telegrama a Washington en el que propone una reunión de ministros de Asuntos Exteriores para hablar de una futura organización mundial.

Estoy totalmente de acuerdo en que esta reunión ha de celebrarse en Londres, ya que esta vez nos toca a nosotros. Espero que Francia no sea admitida en esta conversación hasta que haya ampliado su Gobierno. La rápida liberación de Francia facilitaría esto, y le haría obtener alguna autoridad nacional que nosotros pudiéramos reconocer. Esto no creo que tarde mucho, ahora que tan extensas zonas de Francia han sido liberadas.

2. Lo de que China sea una de las cuatro grandes potencias del mundo es una farsa. Ya he dicho al Presidente que actuaré con razonable cortesía ante esta obsesión americana, pero no puedo acceder a que nosotros tengamos que adoptar una actitud positiva respecto al asunto. Las últimas informaciones procedentes del interior de China señalan que ya se está formando un Gobierno rival para suplantar a Chiang-Kai-shek, y ahora queda pendiente la posibilidad de una guerra civil provocada por los comunistas. Aunque no me opongo a los deseos del Presidente, tendría mucho que objetar si adoptáramos otra actitud que no fuera completamente negativa, dejando que él haga lo que crea necesario con los rusos.

El Primer Ministro al Primer Lord y al Primer Lord del Mar. 25-VIII-44.

Dice mucho en contra, no sólo del servicio de Correos, sino especialmente contra el Almirantazgo, que las cartas de la Marina y de la Flota mercante tarden mucho más que las del Ejército y de la Aviación en llegar a sus destinos. Les ruego mejoren el servicio en este aspecto (1).

El Primer Ministro al Secretario de Estado para la India. 28-VIII-44.

Teniendo en cuenta que la India permanecerá, sin duda alguna, dentro

(1) Véase la nota del 26 de julio al Primer Lord.

El mariscal Zukov, el general Eisenhower y el mariscal de campo Montgomery en Potsdam, para celebrar la gran Conferencia de los Tres.

En Potsdam, los tres vencedores: Churchill, Truman y Stalin.

del cuadro de la guerra después de ser pacificada Europa, es muy importante que se tomen importantes medidas para mejorar las condiciones de las tropas británicas que ahora están en Oriente o de las que puedan ser enviadas allí. No puedo decir cuándo dispondremos de medios de transporte. Creo, sin embargo, que primero habrá de elaborarse un programa.

El Primer Ministro al ministro de Asuntos Exteriores y al general Ismay para el Comité C. O. S. 29-VIII-44.

No creo que debamos rechazar la propuesta rusa de una fuerza aérea internacional. Este asunto plantea grandes cuestiones de principio y no puede ser decidido sobre bases puramente militares. Estoy totalmente seguro de que la propuesta rusa tendrá una gran aceptación en la Gran Bretaña, y parece probable que al mezclar las fuerzas de los distintos países se logre una certeza de paz permanente. Mi opinión sobre este asunto fué ya expresada después de la última guerra y puede leerse en los primeros capítulos de *The Aftermath*. No conozco ninguna decisión del Gabinete que se oponga a una fuerza aérea internacional.

2. A mi juicio, el método a seguir debe ser el siguiente: Cada miembro del Consejo de la Paz dividirá su aviación en dos partes: nacional e internacional. La aviación internacional podría ser instruída y organizada igual, pero el contrato de servicio en ella duraría diez años. Los aviadores utilizarían un uniforme diferente y se mezclarían libremente, por intercambio, con las flotillas similares existentes en otros países miembros del Consejo. A ninguna sección de la aviación internacional se le pediría que actuara nunca contra su propio país.

3. La creación de una fuerza aérea internacional es un acontecimiento de la mayor importancia, y no puede ser decidida por las consideraciones de un Departamento.

SEPTIEMBRE

El Primer Ministro al Primer Lord del Almirantazgo. 1-IX-44.

Gracias por su informe sobre las reparaciones efectuadas en buques mercantes, según el cual, en los seis meses que van de enero a junio de 1944, han sido reparados más de veinticinco millones de toneladas de buques mercantes, transportes de tropas y buques-hospitales. Esta cifra rebasa en una décima la de cualquier otra en un plazo igual de seis meses. Aunque el tipo de reparación exigido ahora es menos importante que en el pasado debido a nuestra victoria sobre los submarinos alemanes, estos resultados son

bastante satisfactorios, ya que también han efectuado ustedes gran número de trabajos especiales en la preparación de «Overlord».

El Primer Ministro al Secretario de Colonias. 1-IX-44.

El número de monos en Gibraltar debe ascender a veinticuatro. Habrá que hacer todos los esfuerzos posibles para alcanzar esta cifra cuanto antes y mantenerla después (1).

El Primer Ministro a sir Edward Bridges. 2-IX-44.

Estoy preocupado por nuestra actitud respecto a las casas prefabricadas. Se han desperdiciado casi cinco meses exponiendo nuestros proyectos a la descontentadiza crítica de los que juegan a casitas, a autoridades locales y a miembros del Parlamento, con el resultado de que prácticamente no se ha hecho ningún progreso. Me preocupa mucho el asunto porque yo personalmente he hecho promesas públicas a las tropas. En este caso, estamos siendo más bondadosos que inteligentes. ¿Qué importa que la casa sea o no lo mejor que podamos construir? Lo importante es disponer de algún tipo de casa para el soldado que vuelve a su patria y quiere casarse. Si no tenemos cuidado, perderemos tanto tiempo estudiando los planos que tendremos que acabar utilizando los barracones Nissen.

2. Deseo se me diga a mi regreso [de Quebec] cuál es exactamente la situación, y que se estudie un plan para la producción acelerada del mayor número posible de casas prefabricadas. Con este fin nombro un Comité del Gabinete, presidido por lord Beaverbrook, y del que son miembros lord Portal y Mr. Bracken. Este Comité tendrá la ventaja de disponer de la ayuda, cuando lo necesite, del Presidente de la Junta de Comercio y del ministro de Sanidad. Mr. Peck actuará de secretario.

3. No creo necesario que lord Woolton, que tiene que encargarse del planteamiento general de la política a seguir en todo el campo de la reconstrucción, se vea envuelto en estas formalidades. Sea como sea, necesito tener a mi vuelta, que será dentro de unas dos semanas, un plan completo de acción. Este plan podrá ser expuesto al Gabinete.

4. Le ruego haga saber el contenido de esta nota a los distintos ministros afectados, y les comunique claramente que yo tengo mis ideas decididas sobre el asunto, porque me he comprometido personalmente ante las tropas. Esto lo considero sagrado, por lo menos en lo que a mí respecta.

5. Deseo, al mismo tiempo, que el Presidente de la Junta de Comercio me envíe un informe sobre las medidas que ha tomado respecto a las necesarias comodidades, como vajilla, mobiliario, etc., y los progresos que

(1) El 30 de junio de 1950 había treinta.

ha hecho respecto a los trajes de paisano, etc. El rápido movimiento de la guerra da a todo esto una gran urgencia, y es probable que tengan que hacerse cambios muy considerables de prioridad entre las municiones y los artículos domésticos.

El Primer Ministro al ministro de Reconstrucción. 3-IX-44.

No debe existir ninguna demora en la petición de cribas y herramientas para fabricar estas casas provisionales o en la construcción de estas casas en número necesario para suministrar protección a la gente cuyos hogares han sido destruídos. Tiene usted mi visto bueno para anticiparse a la sanción del Parlamento para tales medidas. Le ruego que actúe con rapidez.

El Primer Ministro al ministro de Reconstrucción. 3-IX-44.

Le ruego me envíe antes de quince días un informe completo sobre los controles y las «órdenes» que deben ser revocadas (*a*) inmediatamente que terminen las hostilidades en Europa, y (*b*) en el plazo de dos meses después del final de las hostilidades.

El Primer Ministro al ministro de Reconstrucción. 3-IX-44.

Cuando acabe la guerra habrá gran escasez y necesidad de suministrar a la población civil vestuario, mobiliario y utensilios.

Le ruego me comunique las medidas que se están adoptando para satisfacer cumplidamente estas necesidades.

El Primer Ministro a sir Edward Bridges. 4-IX-44.

La referencia debe ser como sigue:

Trazar el plan mejor que pueda hacerse, con un programa adjunto para la construcción, en la mayor escala y en el menor tiempo posibles, de toda clase de casas prefabricadas, sin frenar mucho por otro lado la industria de la construcción normal. En esta investigación, el Comité deberá suponer que se harán los cortes necesarios en la producción de municiones, siempre que el proyecto sea aprobado por el Gabinete. Los informes deberán estar terminados el día 20, a fin de que a mi vuelta pueda decidir el Gabinete (1).

(1) Véase la nota del 2 de septiembre.

Me complacería que esto [tabla de divisiones en el Oeste, fechada en 1-IX-44] fuera puesto al día.

2. Al parecer, no ha asignado usted a los británicos, ni quizá a los americanos, el número de las brigadas de carros de ejército, dos de las cuales juntas deben contar como el equivalente a una división.

3. Incluso sin esto, parece que, tomando a Italia y a Francia juntas, el Imperio británico tiene treinta y cuatro divisiones y los Estados Unidos treinta. Esta cifra puede que haya variado a causa de las últimas llegadas, pero en cualquier caso expone la sólida base en que nosotros nos apoyaremos en esta conferencia [en Quebec].

El Primer Ministro al general Ismay para el Comité C. O. S. 14-IX-44.

Le ruego vea esto (1). Aunque este asunto ya está siendo resuelto en Inglaterra, sería mejor que los jefes de Estado Mayor expresaran su opinión.

2. He bosquejado lo siguiente para Mr. Lyttelton, cuya opinión desearía también saber.

Personalmente dudo mucho que la guerra con Alemania termine antes de fines de año. Es posible que prosiga, aunque en escala reducida, durante el año 1945. A pesar de ello, apruebo las medidas prácticas que usted propone adoptar y que están sujetas a la aprobación del Gabinete y del Comité de Defensa. Puede usted, por tanto, someter su informe al Gabinete como desea.

OCTUBRE

El Primer Ministro al Secretario de Estado para la Guerra. 23-X-44.

El general Alexander me ha pedido más cerveza para sus tropas en Italia. Se dice que los americanos tienen asignadas cuatro botellas por semana, mientras que los británicos pocas veces reciben una. Habrá de hacer usted un esfuerzo inmediato y pedirme apoyo en el caso de que tengan que intervenir otros departamentos. Tráceme un plan con un programa de distribución de tiempo sobre este asunto de la cerveza. También

(1) Telegrama del ministro de Producción sobre el efecto que en la producción produjo la decisión del Gabinete, según la cual, a los efectos de la mano de obra, podía suponerse que la guerra contra Alemania no continuaría más allá de fines de 1944.

habrá que estudiar la importación de ingredientes. La prioridad en este artículo ha de ir a las tropas combatientes en el frente, y sólo llegar a la retaguardia cuando haya sobrante.

2. También se ha presionado sobre la cuestión de los permisos. Si al menos una pequeña parte pudiera disfrutar de un permiso lo agradecería mucho. Trate de hacer un plan sobre la base de unos mil permisos al mes. ¿Podrían volver esos hombres a través de Francia? Ya me doy cuenta de que Marsella está muy congestionada, pero ¿no hay otras rutas utilizables? En este caso también debe darse prioridad a las tropas que han estado combatiendo.

El Primer Ministro al ministro de Transportes de Guerra. 28-X-44.

Durante el invierno es muy importante que se aumenten los transportes públicos, especialmente en Londres, durante el obscurecimiento. ¿Podría usted hacerme un informe sobre las colas de autobús, que, por lo que veo, se están haciendo más largas, y trazar algún plan para aliviar estas condiciones?

El Primer Ministro al Primer Lord del Mar. 31-X-44.

He pedido a Mr. Geoffrey Lloyd que me haga un breve informe sobre los progresos de «Plutón» (1). Me dice que el objetivo que se busca es el envío de un millón de galones diarios de gasolina a través del Canal de la Mancha. Una cifra de esta magnitud debe dar lugar a un gran ahorro en petroleros y mano de obra, y espero que hará usted todos los esfuerzos posibles para asegurar el rápido tendido de los oleoductos necesarios. Le ruego me mantenga informado de los avances que se logren en este asunto vital.

NOVIEMBRE

El Primer Ministro al Secretario de Estado para la Guerra y C. I. G. S. 3-XI-44.

Es seguro que tendremos que reemplazar al mariscal de campo Dill, en Washington (2). No se me ocurre ningún otro oficial de talla suficiente para llenar este hueco, salvo el general Maitland Wilson. El presidiría nues-

(1) Un oleoducto submarino que atravesaría el Canal de la Mancha.

(2) Era ya evidente que el mariscal de campo Dill no sobreviviría a su enfermedad. Murió el 4 de noviembre.

tra delegación, y creo que por su personalidad y sus antecedentes, podría tener acceso al Presidente e intimar con el general Marshall.

2. Al mismo tiempo, la Comandancia del Mediterráneo que se formó a principios de este año se ha visto muy afectada, tanto en escala como en campo de acción. Levante está tranquilo. Grecia se halla en un rápido proceso de liberación, y los alemanes que están en las islas caerán como fruta madura. Del frente de la Riviera se están haciendo cargo los americanos, y el ejército del general Devers se ha convertido en una parte de la Comandancia del general Eisenhower. Unicamente queda la gran campaña en Italia que se desarrolla a las órdenes del general Alexander, y cualquier movimiento que hiciéramos a través del Adriático sería una derivación de la campaña de Italia.

3. Por tanto, creo que se está acercando el momento en que deberá nombrarse al general Maitland Wilson para ocupar el puesto del mariscal de campo Dill, en Washington, y el momento en que el general Alexander debe convertirse en Comandante Supremo del Mediterráneo, o de lo que quede de él. El hecho de hacerse cargo el general Alexander del Mando Supremo conduciría indudablemente a una unificación de los dos Estados Mayores que existen actualmente en Italia. Claro está que se producirán reacciones subsidiarias, pero podremos discutirlas más adelante. Le ruego me dé su opinión.

El Primer Ministro al general Ismay, para el Comité C. O. S. 5-XI-44.

Eche usted una mirada a las grandes cantidades de unidades de Plana Mayor (auxiliares y de retaguardia) que se han volcado sobre Grecia y repase la pequeña proporción que hay de fuerzas combatientes. ¿No podemos enviar unos cuantos batallones de Infantería? Parece que sólo hay dos allí, y 1.500 soldados de Infantería corriente, de un total de 22.600.

El Primer Ministro al general Ismay, para el Comité C. O. S. 16-XI-44.

El general Eisenhower me habló de la posibilidad de que si alcanzábamos el Rin al otro lado del Ruhr durante el curso de las actuales operaciones, la artillería americana de largo alcance podría dominar y destruir, por lo menos, la mitad de esa zona. ¿No podrían ser útiles para este fin algunas de nuestras baterías pesadas montadas en la zona de Dover, especialmente las que están sobre vagones de ferrocarril? Los cañones medios americanos, hasta 240 milímetros de calibre, alcanzan una distancia de unas treinta mil yardas. ¿No podría aceptarse la intervención de nuestros cañones de 12, 13,5 e incluso 15 pulgadas? ¿Cuáles son los alcances de los principales cañones que se pueden montar sobre plataformas ferroviarias? Temo que nuestros obuses de 18 pulgadas sean considerados de alcance demasiado corto.

2. De todas maneras, haga usted que estudien el asunto con cuidado y elaboren un plan que pueda ser presentado al general Eisenhower para transportar, probablemente por el puerto de Amberes cuando quede abierto, unas veinte piezas de esos tipos pesados y de gran alcance. A cada cerdo le llega su San Martín, y yo he conservado esas piezas durante un cuarto de siglo con la esperanza de que algún día serían útiles.

El Primer Ministro al ministro de Producción y al ministro de Alimentación. 16-XI-44.

CARNE EN CONSERVA PARA LA U. R. S. S.

No comprendo por qué el ministro de Alimentación no mencionó el hecho de que esto nos acarrearía el pago de veinte millones de dólares, ni cómo fué que tuviera la autoridad suficiente para facultar a su representante en Washington a acceder a que nosotros suministráramos las 45.000 toneladas. Es indudable que antes debería haber sido consultado el Gabinete y el Canciller del Exchequer. ¿Lo fueron? En caso contrario, el asunto ha de serles expuesto ahora.

2. Lo que yo dije se basaba en el mensaje del ministro de Alimentación, pero fué en relación con una observación jocosa de Stalin sobre los progresos hechos desde la Edad de Piedra debidos al abandono de la práctica del canibalismo, observación que fué seguida de otra, expuesta también en tono humorístico. No puedo creer que esta mera declaración de nuestras intenciones signifique una obligación o compromiso, y esto puede comprobarse leyendo los textos de los documentos secretos que registran la entrevista.

3. ¿Qué otras negociaciones ha habido sobre este asunto? ¿Han hecho los rusos alguna petición de este tipo de alimentos? ¿Qué les hemos dicho oficialmente hasta el momento? Lo anterior no significa que yo no esté deseoso de suministrar a los rusos esta carne, si ello puede hacerse sin perjuicio para la Gran Bretaña. Lo que sí creo, sin embargo, es que debería hacerse jugar a estos alimentos un papel importante en alguna negociación más grande, y no creo que por el momento sea necesario adoptar ninguna medida. Podríamos muy bien esperar una solicitud por parte de los rusos y luego consultarla con los americanos. El asunto debe estudiarse en la próxima reunión del Gabinete, donde espero recibir las explicaciones del ministro de Alimentación y aclarar todo el asunto.

El Primer Ministro al Secretario de Colonias. 17-XI-44.

He estado meditando todo el día sobre este asunto [mi propuesta declaración a la Cámara de los Comunes sobre Palestina y el asesinato de lord Moyne] y se me han ocurrido los siguientes puntos:

¿No sería la suspensión de la inmigración o la amenaza de suspensión, hacerles sencillamente el juego a los extremistas? Por el momento, y en general, los judíos parece que han reaccionado ante la muerte de lord Moyne de una manera que hace probable que escuchen los consejos de moderación del doctor Weizmann. La propuesta declaración podría producir una contrarreacción, y lejos de aumentar su arrepentimiento, quizá diera lugar a una amarga protesta contra el Gobierno. Sin duda, el doctor Weizmann se uniría a la protesta (diciendo que se castiga a toda la comunidad por los actos de una pequeña minoría), pero, en una situación como ésta, la iniciativa pasaría a los extremistas. Estaríamos, pues, ante un caso en que saldrían ganando los responsables del asesinato. Y podrían unirse todas las fuerzas del sionismo y aún del judaísmo de todo el mundo contra nosotros, en vez de unirse contra las bandas terroristas.

2. Desde luego, la situación exige tomar medidas, pero éstas deben ir dirigidas más claramente contra aquella sección de la comunidad que sea responsable del hecho; por ejemplo, poniendo en vigor penas más graves para aquellos en cuyo poder se encuentren armas o que pertenezcan a sociedades prohibidas. En una palabra, ¿no pueden tomarse medidas contra los dirigentes del partido, que nominalmente son respetables pero cuyas alas extremistas son las que cometen estos crímenes políticos? Si no son ciudadanos de Palestina, podrían ser deportados; y si son palestinos, se les puede condenar a destierro.

El Primer Ministro al ministro del Interior. 19-XI-44.

No creo que pueda acceder a dar el cargo de Presidente del Comité a alguien que no pertenezca a un Ministerio. El asunto es, ante todo, ministerial. Yo creía que estábamos todos de acuerdo en que los soldados deben gozar de todas las posibilidades de ejercer su derecho al voto. Para esto, el votante ha de conocer a los candidatos y tener un conocimiento mínimo de los problemas que hay en el distrito. Por lo tanto, no debe votar por poderes, aunque este método podrá utilizarse, si no hay otro mejor, en los distritos más alejados. Puesto que estamos de acuerdo en principio, no es necesario un árbitro. Tenía entendido que su Comité iba a encargarse de los detalles y suprimir las dificultades, y estoy esperando esto para enviar telegramas a los comandantes en jefe pidiéndoles su opinión sobre el asunto. Me considero especialmente responsable de buscar los medios debidos para que los soldados puedan emitir un voto inteligente. Si es necesario, el Gabinete de Guerra tendrá que preocuparse de los detalles solicitando el consejo de los que considere oportunos. El general Alexander vendrá dentro de muy poco, y supongo que el mariscal de campo Montgomery podría venir en avión en cualquier momento. Estos dos comandantes en jefe cubren las cuatro quintas partes del total del voto militar.

Cualquier detalle importante podría ser decidido por el Gabiente de Guerra. No veo razón alguna para que, estando de acuerdo en que los soldados deben contar con las máximas posibilidades, vaya a surgir entre nosotros una divergencia seria.

El Primer Ministro al Secretario de Estado para la Guerra. 19-XI-44.

Hemos acordado con Montgomery la disolución de algunas de las unidades ya muy desgastadas y no dejar que sigan desangrándose algunos de los antiguos regimientos que pertenecen a la Infantería modernizada. La carta adjunta [del general O'Connor sobre la reposición del personal del 91 Regimiento de Artillería antitanque Argyll y Sutherland Highlanders por personal del Regimiento de Húsares de Oxfordshire], demuestra, sin embargo, que el hacha ha caído sobre una unidad territorial que era excelente. Sin duda, podrá adoptarse alguna medida mejor que ésta para tener ocupado al Regimiento de Húsares de Oxfordshire. Si es necesario, telegrafiaré al mariscal de campo Montgomery hablándole de este asunto. Mientras tanto, envíeme un informe sobre ello y sobre los temas especiales mencionados en la carta adjunta.

2. Esta carta me fué entregada por un oficial. Me hago cargo totalmente de la responsabilidad que supone haberla traído, y también de la responsabilidad del general O'Connor en escribirla. No se debe tomar ninguna medida punitiva en este caso, ya que la comunicación ha de ser considerada como privilegiada, y yo soy responsable del uso que se haga de ella.

El Primer Ministro al ministro de Asuntos Exteriores. 20-XI-44.

Bien. Siga presionando. Asegúrese de que la cerveza — unos dos litros por semana — vaya a las tropas que están bajo fuego enemigo antes de que ninguno de los grupos de retaguardia reciba una sola gota. (1)

El Primer Ministro al ministro de Asuntos Exteriores. 26-XI-44.

Estoy completamente de acuerdo con esta nota del Tesorero General sobre la situación alimenticia en Francia y los Países Bajos. Creo que la Europa Occidental ha comido mejor estos cuatro años que Inglaterra, y que la verdadera ayuda consistiría en resolver los dificultades de transporte.

(1) Véase la nota del 23 de octubre.

El Primer Ministro al Secretario de Asuntos Exteriores. 26-XI-44.

Cuando termine la campaña de invierno sería conveniente que la ciudad de Londres nombrara hijo adoptivo a ese notable general americano [el general Eisenhower]. Es evidente que en esta ocasión no debe concederse este honor a ninguna otra persona.

El Primer Ministro al Primer Lord. 27-XI-44.

La cosa no es de urgencia inmediata, pero a la Marina no se le puede negar el dinero de las presas. No lo consentiré. Hace algún tiempo ya tuvimos una discusión sobre este asunto.

El Primer Ministro al ministro de Asuntos Exteriores. 30-XI-44.

Le ruego no olvide que siempre podemos decir a los Estados Unidos: «¿Quieren ustedes hacerse cargo de un mandato en Etiopía? Nosotros no queremos.» Ya verá usted como se echan atrás muy humildemente y con una gran rapidez.

DICIEMBRE

El Primer Ministro al ministro de Asuntos Exteriores. 2-XII-44.

Lo primero son armas en manos de los franceses. Lo segundo es mejorar la calidad y el tipo lo más rápidamente posible. No concibo cómo la decisión de armar cierto número de divisiones francesas con armas alemanas capturadas durante los próximos dos o tres años puede afectar al planteamiento del desarme de Alemania y de la destrucción de las fábricas alemanas de municiones. Podría utilizarse un lote de armas alemanas mientras no haya otra cosa e ir cambiándolas a medida que tengamos armas mejores y más prácticas. Su sugerencia parte de una base que no hemos alcanzado, ni mucho menos, todavía. Es casi como decir: «No dispare ahora contra ese alemán con una pistola hecha en Alemania. Es mucho mejor que sea él quien dispare contra usted, y que unos años después de su funeral se pueda desarrollar un tipo de armamento totalmente armónico, fabricado sobre una base científica.»

El Primer Ministro al Primer Lord, al Secretario de Estado para la Guerra, al Secretario de Estado para el Aire y al general Ismay, para el C. I. G. S. y el Comité C. O. S. 3-XII-44.
(Informar al ministro de Trabajo de lo que está sucediendo).

Me siento muy alarmado por la inminente disolución de la 50.ª División

para que sus elementos sean aprovechados por otras. En este momento no podemos permitirnos el lujo de disminuir nuestro papel en la línea de batalla occidental. Debemos estudiar todas las posibilidades. Por ejemplo, hay casi ochenta mil soldados de Infantería de Marina. No cabe duda de que son necesarios cuando se trata de buques que van destinados a Oriente, pero no hacen falta, ni mucho menos, en tan gran cantidad, tratándose de buques que no navegan en aguas infectadas de japoneses. El Almirantazgo deberá suministrar un documento que demuestre la localización exacta de todas las tropas de Infantería de Marina, en qué buques están embarcados, a qué sitios van a ir estos buques, cuántos soldados de Infantería de Marina hay en tierra, cuántos hay en los centros de instrucción, etc., etc. Confío en que en este sector sólo se encuentren unos diez mil hombres. Estos deben ser dispuestos para ser utilizados en Francia y en Italia. La 50.ª División podría fusionar sus tres brigadas en dos y añadir una tercera brigada de Infantería de Marina, mientras el resto de soldados de Infantería de Marina irían a un centro de movilización común. Tal vez podría destinárseles a todos a este centro de movilización.

2. También deseo ser informado de las cifras exactas del personal que va a necesitar la Marina durante los seis próximos meses, y de la cifra empleada en todas las escuelas de reclutas, tanto en personal como en alumnos. A mi juicio, por lo menos cinco mil reclutas que optaron por la instrucción naval y que ahora están en las academias de instrucción de la Marina, han de ser transferidos al ejército.

3. Será posible volver a estudiar estos asuntos cuando la guerra con Alemania haya terminado, lo que bien pudiera ser en un plazo de seis meses. Pero este es el momento en que debemos mantener el mayor número de unidades británicas militares en el campo de batalla.

4. Reconozco que actualmente la R. A. F., participa más en la lucha que la Marina, pero a pesar de ello pediré que se haga una nueva poda en el Regimiento de la R. A. F. en beneficio de un centro común de movilización.

5. No debemos dudar en llamar a filas durante estos meses a hombres más jóvenes retenidos por disposiciones del Parlamento. Estoy dispuesto en cualquier momento, como ministro de Defensa, a pedir al Parlamento que deje libres a estos hombres para cumplir sus deberes militares.

6. Las Planas Mayores deberán ser cuidadosamente cribadas para buscar más hombres y oficiales útiles para primera línea. Confiamos que queden libres algunos millares procedentes del personal [del Cuartel General] de Caserta. Deben examinarse todos los organismos de instrucción y centros de excepción del ejército, no sólo con la intención de reducir su número, sino también con la de substituir su personal formado por hombres viejos o heridos convalecientes. Da pena pensar que ni uno entre cada cuatro o cinco de los que visten el uniforme del Rey han oído nunca

el silbido de una bala y que probablemente no lo oirán nunca. La gran mayoría no corre riesgos mayores que los que corre la población civil en Inglaterra meridional. Es mi desagradable deber exponer estos hechos. Hay un grupo de hombres que son enviados una y otra vez al frente mientras que la gran mayoría se mantienen, con gran disgusto por su parte, alejados de la lucha.

7. Este es el momento de que el Ejército en el frente de Europa realice un esfuerzo supremo, y ruego con toda mi alma a mis consejeros militares y a los jefes parlamentarios que hagan todo lo posible para satisfacer esta necesidad militar.

8. Finalmente, sin ninguna excusa, ha de continuar la disolución de la 50.ª División hasta que estos problemas hayan sido discutidos y resueltos y las decisiones a que hemos llegado hayan sido aprobadas por el Gabinete de Guerra.

El Primer Ministro al Secretario de Estado para la Guerra. 3-XII-44.

Me propongo hablar al Rey el martes sobre esto [carta de un comandante jefe del frente occidental quejándose del retraso con que su personal recibe sus condecoraciones, especialmente las recompensas «inmediatas»], pero antes desearía conocer su opinión. Me indigna que los hombres mueran sin haber recibido siquiera las condecoraciones que les fueron concedidas meses antes. No necesito decir que no debe hacerse averiguación alguna sobre el hecho de que este jefe se haya dirigido directamente a mí, ya que me hago responsable del hecho.

El Primer Ministro al ministro de Asuntos Exteriores. 3-XII-44.

Escribo esto para que quede registrado y archivado. De todos los países neutrales, Suiza es el que tiene mayor derecho a ser distinguido. Ha sido la única potencia internacional que ha enlazado con nosotros a las naciones destrozadas por la guerra. ¿Qué importa que no haya podido darnos las ventajas comerciales que deseábamos o que haya concedido demasiadas a los alemanes para poder sobrevivir? Ha sido un Estado democrático que ha defendido la libertad en una autodefensa entre sus montañas, y cuyo pensamiento, a pesar de las cuestiones de raza, ha estado en su mayor parte a nuestro lado.

2. Me asombró el virulento ataque del Tío Joe contra Suiza. A pesar de lo mucho que respeto a ese hombre grande y bueno, su opinión no ha influído en absoluto sobre mí. Los llamó «cerdos», y él no suele emplear esa clase de lenguaje si no piensa lo que dice. Estoy convencido de que debemos ponernos del lado de Suiza y explicar a Tío Joe nuestras razones. Debe elegirse cuidadosamente el momento de enviar un mensaje en este sentido...

El Primer Ministro al Canciller del Exchequer. 11-XII-44.

Desearía que volviera usted a convocar el Comité de Personal (usted, Mr. Bevin, Mr. Lyttelton y lord Cherwell) con objeto de preparar, para el Gabinete de Guerra, una serie de propuestas sobre la distribución de personal a las fuerzas armadas y a la industria para el primer semestre de 1945, enfocándolas a la luz del memorándum del ministro de Trabajo y de Servicios Nacionales en el que se expone la situación de personal disponible para 1945 y las necesidades, para el año 1945, de las fuerzas armadas y otros ministerios.

Una de las cuestiones que se plantearán será si deben o no transferirse cantidades considerables de personal desde la Marina y la R. A. F. al Ejército para suplir la escasez de hombres que tiene actualmente. Claro está que las decisiones sobre este asunto deberán quedar en manos del Gabinete de Guerra, pero sería de gran ayuda para el Gabinete el que su Comité enfocara antes los problemas sin retrasar sus propuestas para distribuir el nuevo personal disponible.

Su comité deberá actuar en la suposición de que la guerra con Alemania terminará aproximadamente el 30 de junio de 1945, pero el proyecto debe ser lo suficientemente flexible para permitir que, de vez en cuando, se hagan ajustes sin estorbar el esfuerzo de la guerra, si es necesario cambiar esta fecha teórica en que se supone terminará la guerra con Alemania.

El Primer Ministro al ministro de Asuntos Exteriores. 11-XII-44.

No creo que el balance de la ayuda y los perjuicios que nos ha causado España durante la guerra esté expuesto claramente [en esta carta a Franco]. El servicio supremo que nos hizo al no intervenir en 1940 y al prohibir el uso del aeropuerto y de la bahía de Algeciras durante los meses que precedieron a la operación «Antorcha», en 1942, pesan más que las pequeñas irritaciones que se exponen tan meticulosamente. Por lo tanto, quisiera ver algo reducidos los pasajes en que se exponen nuestros muchos agravios... Una pequeña alteración en las palabras sería compatible con la justicia y con la verdad, y mucho le agradecería que los repasara desde este punto de vista...

2. Estoy de acuerdo con lo demás del texto, que en conjunto me agrada mucho. No obstante, creía que el Gabinete deseaba que se hiciera alguna referencia a la Falange y a la dictadura. Le ruego considere si esto debe incluirse.

3. Me gustaría que estos puntos pudieran quedar resueltos esta noche o mañana, para imprimir en seguida el documento y hacerlo circular entre los miembros del Gabinete... La razón por la que tengo ahora tanta prisa en despejar este asunto, habiendo sido yo mismo algo lento en relación con

él, es..., porque creo que ahora sería muy útil enviar una copia de esta carta, cuando sea aceptada, a Stalin, ya sea por telégrafo o por un mensajero especial. Creo que le proporcionaría una gran satisfaccion y contribuiría a despejar cualquier desconfianza que haya podido engendrar De Gaulle durante su visita, en el sentido de que deseamos formar un bloque occidental contra Rusia. No me cabe la menor duda de que De Gaulle trató de hacer los mayores méritos posibles ante Stalin declarando su oposición a un organismo de esta naturaleza.

4. Cada vez me siento más impresionado, hasta ahora, por la lealtad con que Stalin, resistiendo grandes tentaciones y hasta es probable que grandes presiones, se ha mantenido alejado de Grecia ateniéndose a nuestro acuerdo. Creo que ganaremos influencia con él y reforzaremos una política moderada para los soviets si le hacemos saber nuestro modo de pensar.

5. Por último, quiero decirles que la carta ha sido muy bien bosquejada, y dice las cosas más tajantes con una conveniente discreción diplomática.

El Primer Ministro al ministro de Producción. 18-XII-44.

Su informe sobre la penicilina, según el cual sólo vamos a obtener una décima parte de la producción calculada para este año, es muy decepcionante. Es desalentador que siendo un descubrimiento británico, los americanos estén ya muy por delante de nosotros, no sólo en la producción, sino en la técnica. Espero que tenga usted la certeza de que la gente encargada de este problema es la conveniente y que las dificultades materiales y laborales están siendo resueltas oportuna y enérgicamente.

Le ruego me haga una previsión real sobre la producción calculada para 1945.

El Primer Ministro al Canciller del Exchequer, al ministro de Trabajo, al ministro de Producción, al Secretario de Estado para la Guerra y al general Ismay para el Comité C. O. S. 19-XII-44.

De acuerdo con mis instrucciones verbales, el comandante jefe de las fuerzas de Oriente Medio ha preparado un memorándum exponiendo la actual situación del personal en el Oriente Medio.

Según este informe, hay unos 662.000 hombres inscritos en el rancho militar, y hay que añadir otros 242.000 empleados directamente en obras civiles, lo cual da un total de 904.000. El análisis y desglose de estas plazas en rancho, es el siguiente:

Personal militar del Reino Unido	154.000
Real Fuerza Aérea (R. A. F.)	66.000
Fuerzas de los Dominios	29.000

Fuerzas indias	42.000	172.000
Fuerzas coloniales y de recluta local	130.000	172.000
Aliados, incluyendo las Fuerzas del Ejército de los Estados Unidos en el Oriente Medio.		78.000
Refugiados, prisioneros de guerra y personal asimilado		163.000
		662.000

De los 154.000 hombres que forman el personal militar del Reino Unido, 88.000 están en unidades, guarniciones, centros de movilización, bases, etc., 50.000 en las bases de Egipto y Palestina y 16.000 en cuarteles generales y unidades administrativas.

Aunque el Oriente Medio es un campo de operaciones importante, no puede permitirse que absorba tanto personal. La necesidad de disminuirlo es doble. En el momento actual de escasez de potencial humano es indispensable oponer al enemigo el mayor número posible de soldados británicos. Por tanto, creo que el Oriente Medio debe ceder a otros escenarios unos 50.000 hombres en su totalidad. Además, debe procederse a una reducción en la mano de obra local.

También debido a nuestra situación financiera habrá que reducir nuestros gastos en el Oriente Medio. El 30 de junio, Egipto y Palestina, que son las zonas principales de la base del Oriente Medio, habían llegado a un balance de 320 millones y 95 millones de libras esterlinas respectivamente. Nuestros gastos militares netos en estos dos países ascienden todavía en la actualidad a unos 6 millones de libras mensuales, contra una media de 8.250.000 libras mensuales en 1942 y en 1943. No puede permitirse que continúe esta sangría de nuestros recursos en metálico. A mi juicio, ha llegado el momento de reducir, en una cuarta parte, nuestro potencial humano en la base del Oriente Medio. Por ejemplo, los 662.000 inscritos en el rancho, que, unidos a los 242.000 civiles empleados directamente, hacen un total de 904.000 hombres, deben quedar reducidos a 680.000.

El Secretario de Estado para la Guerra habrá de proponer una serie de medidas para que estas reducciones se lleven a cabo.

El Primer Ministro al ministro de Asuntos Exteriores. 19-XII-44.

¿Por qué queremos retirar nuestra guarnición de Persia? A mi modo de entender, es una gran equivocación. Se trata de una guarnición pequeña, competente, y en su mayor parte india. Quedan tantas cuestiones por resolver que es mucho mejor que continuemos allí. Irse es muy fácil, pero volver es muy difícil. No voy a presionar a los jefes militares en este sentido.

El Primer Ministro al ministro de Asuntos Exteriores. 28-XII-44.

Estoy seguro de que sería posible ofrecer la seguridad a los hombres que han luchado en las divisiones polacas de que, pase lo que pase, el Imperio británico siempre les buscará un hogar. Esta es una carta muy triste escrita por el hijo de Aubrey Herbert. Los médicos lo declararon no apto para luchar en el ejército británico, por lo que, desde hace dos años, está luchando en las filas polacas.

APÉNDICE D[1]

EL ATAQUE AL SUR DE FRANCIA

OPERACIONES EN LOS CAMPOS DE BATALLA EUROPEOS

NOTA DEL PRIMER MINISTRO Y MINISTRO DE DEFENSA. 28-VI-44.

I PARTE

He creído conveniente señalar unos cuantos puntos que me parecen fundamentales.

2. En la etapa actual de la guerra en Europa, nuestro concepto estratégico general debe ser el combatir al enemigo en la mayor escala y con la mayor violencia y continuidad posibles. Sólo de esta forma produciremos un rápido colapso. Esta es la prueba principal por que hemos de pasar.

3. Para este fin, habremos de adquirir un número suficiente de puertos que permitan el rápido despliegue en Europa de las treinta o más divisiones americanas que están en los Estados Unidos.

4. Al elegir los puntos de desembarco o de ataque debemos tener en cuenta: primero, su relación táctica con la batalla principal que se está desarrollando en Francia Occidental, bajo el mando del general Eisenhower, y segunda, el esfuerzo que esto significaría para el poder central de Alemania, la O. K. W. Lo ideal sería combinar estos dos puntos.

5. Las consideraciones políticas, tales como la revolución de las poblaciones contra el enemigo o la rendición o pase a nuestras filas de sus satélites, constituyen un factor valioso y muy importante.

6. Es mejor sostener dos empresas que tres, y no cabe duda que no hay suficientes L. S. T., etc., para más de dos empresas importantes.

7. Las distintas posibilidades por que ahora podemos optar deben ser examinadas a la luz de las necesidades planteadas arriba.

(1) Véase el capítulo IV: «¿Ataque al sur de Francia?»

II PARTE

8. La prioridad máxima debe concederse, como es natural, a apoyar la operación «Overlord», ya que existe la seguridad de que el número de divisiones asignadas a esta empresa, hasta fines de agosto (algo más de cuarenta), no son suficientes para establecer un dominio sobre los recursos de que dispone el enemigo en Francia Occidental (aparte del colapso psicológico con el que no hay que contar). Se tenía entendido que las divisiones norteamericanas irían directamente a reforzar «Overlord» después de agosto, al ritmo de cinco mensuales. El número de divisiones con que se puede contar para reforzar «Overlord» en este período debe tener, como única limitación, el número de barcos y la capacidad portuaria de que se disponga en las costas occidentales de Francia. El problema fundamental del S. H. A. E. F. es la recepción del máximo número de divisiones procedentes de cualquier sector, con las necesarias fuerzas auxiliares.

9. Para este fin no hay que tener en cuenta únicamente los puertos ya previstos. Existen muchos puertos pequeños además de los citados, como Port-en-Besin, Courceulles y Ouistreham, que tienen una capacidad conjunta de 4.000 toneladas diarias, como ha sido ya comprobado, incluso en las playas donde se está llevando a cabo el asalto de «Overlord». El empleo de los buques de desembarco aumenta enormemente la capacidad de descarga de estos puertos pequeños. Por esta razón, sería un error transferir las grandes cantidades de buques de desembarco que están actuando en esta operación suprema al otro lado del Canal, a cualquier operación de diversión en otro punto que no tenga relación táctica con esta batalla. El problema es cómo prestar al general Eisenhower el máximo apoyo directamente y en el menor plazo de tiempo posible, sin causar un estrago innecesario en otro punto.

10. El conjunto de los medios disponibles para recepción de tropas y vehículos a lo largo de la costa atlántica francesa, debe ser estudiado de nuevo a la luz de la experiencia adquirida recientemente. Además, la obtención de nuevos puertos al norte y al sur de nuestros actuales objetivos de «Overlord», se ve muy facilitada por el empleo de campos de aviación situados en territorio francés, así como de los campos de repostamiento que dentro de poco dispondremos en Francia. La ocupación de El Havre y de Saint-Nazaire es una necesidad relacionada mucho más estrechamente con la batalla de «Overlord», que la ocupación de cualquier puerto en el Mediterráneo. En resumen, es del máximo interés para «Overlord» recibir los gran-

des contingentes de tropas que están esperando de los Estados Unidos y los que, en el caso de que puedan ser transportados y entrar antes en acción, sean retirados del teatro del Mediterráneo. Sería una gran lástima descartar todas las posibilidades de aumentar los refuerzos, que, ya sea directamente de los Estados Unidos o por etapas y a través del Reino Unido, pueden llegar a las costas occidentales de Francia.

11. No sólo debe aumentarse hasta el límite esta cantidad de refuerzos, sino que la calidad de los mismos debe estar relacionada con las perspectivas de la lucha en los meses próximos. Se adjunta a este documento una nota preparada por mí y que expone la cantidad de personal que ha llegado al Reino Unido durante el mes de mayo, junto con un cálculo de las llegadas que se producirán en junio, julio y agosto. En esta nota se puede ver que 553.356 soldados americanos han llegado o van a llegar en estos cuatro meses, pero esta cifra sólo representa siete divisiones. Las tropas combatientes de estas siete divisiones ascienden a unos 20.000 hombres por división, que, unidos a otras unidades auxiliares combatientes, tales como brigadas de carros, brigadas independientes, etc., hacen subir el número de los combatientes por división a 25.000. El total para las siete divisiones es, por tanto, de 175.000. Si deducimos esta cifra de los 553.356, nos quedan 378.356 soldados no combatientes. Surge la cuestión de si no sería posible, mediante severos ajustes y dentro de los límites de la actual situación de buques, dar una mayor prioridad a, por lo menos, cuatro o cinco divisiones combatientes más, a costa de algunos de los 378.356 soldados pertenecientes a servicios auxiliares. En este período, la batalla de Francia podría sufrir un cambio si llegaran rápidamente estas unidades combatientes adicionales. Y aun quedaría casi un cuarto de millón de soldados para servicios. También conviene tener en cuenta que las bajas en Francia han sido felizmente mucho menores que las previstas en el plan de refuerzos, y bastarían los resultados de mayo y junio para justificar el envío de dos divisiones adicionales, en vez de cincuenta mil hombres para cubrir bajas.

12. Hay tres divisiones francesas que podrían retirarse del Norte de Africa y otras cuatro divisiones francesas más que podrían retirarse de Italia si se pudiera contar con los puertos, medios de transporte marítimo y servicios necesarios. El general Eisenhower tiene también en cuenta esta segunda posibilidad.

13. Quedan, por tanto, posibilidades de aumentar considerablemente el plan de arribadas a «Overlord» en los próximos tres meses. Asegurémonos de que hacemos bien en descartar estas posibilidades antes de buscar otras alternativas más sombrías, porque lo seguro es que de ninguna otra forma ni menos oportunamente se podrán enviar refuerzos a «Overlord».

III PARTE

14. Debemos estudiar ahora la aplicación de los axiomas expuestos en la I Parte referentes al Mediterráneo, con relación a las observaciones hechas en la II Parte sobre el envío de refuerzos a «Overlord» desde Occidente. Si hubiera alguna forma de apoderarnos de Burdeos dentro de la fase actual de la campaña mediante un avance desde el golfo de Lyon, logrando así abrir el puerto de Burdeos y los puertos pequeños situados cerca de él, de modo que el principal ejército norteamericano quedara más cerca de Europa, este plan tendría prioridad sobre cualquier empresa puramente mediterránea. Examinemos, por tanto, las variantes de «Yunque» a esta luz. Se han planteado dos proyectos para un desembarco de diez divisiones, en una primera ola de tres divisiones y una segunda de siete en Cette o en Marsella. Cette tiene la gran ventaja de estar a una distancia de sólo 225 millas de Burdeos y además no tiene ninguna barrera montañosa importante. Tengo entendido que todos admiten que no hay posibilidad alguna de desembarcar el primero de agosto y que la fecha más próxima sería el 15 de agosto, y aún ésta es dudosa. Si atacamos Cette entre el 15 y el 30 de agosto, nos dicen que sería posible desembarcar hasta diez divisiones para fines de septiembre o mediados de octubre. Quedaría entonces una marcha de 225 millas que habría que recorrer, venciendo la resistencia que se presentara. Si hubiera alguna oposición digna de tenerse en cuenta, sería muy sorprendente que se pudiera sostener una velocidad de avance de más de cinco millas con una fuerza grande. Por tanto, no podríamos esperar la ocupación de Burdeos por la espalda, antes de diciembre. Entonces habría que poner el puerto en orden, y el resultado de todo ello sería, en resumen, que esta operación de Cette, incluso si consiguiéramos vencer la oposición de la Marina en estos puntos de desembarco, no ejercería influencia alguna sobre el curso de la guerra durante el año 1944, excepto en que las tropas alemanas situadas en la Riviera o enviadas desde la O.K.W. no podrían acudir al teatro de «Overlord». Con este plan, no podría efectuarse un gran envío de tropas desde los Estados Unidos. Este método lento de aproximación a Burdeos no puede compararse con los resultados que se obtendrían de una marcha sobre Burdeos desde Bayona, o desde pequeños puntos limítrofes de desembarco. Un golpe de mano así podría proporcionarnos un puerto y una cabeza de puente a la que podrían llegar las tropas francesas que se encuentran en Africa y en el Mediterráneo para penetrar en Francia. También podría abrirse otro gran puerto directamente sobre el Atlántico. Sea

como sea, en vista de las objeciones hechas por la Marina, el plan de Cette ha sido desechado.

15. Nos queda, por tanto, la operación Tolón-Marsella. Cuanto más pienso en ella menos me gusta y más estéril me parece. Añade otras 130 millas a la marcha sobre Burdeos confiriéndole una longitud de 355 millas. Esta marcha presentaría un flanco a cualquier fuerza alemana que quedara al norte. El desembarco en sí no puede iniciarse hasta el 30 de agosto, y esto solamente si se logra sacar de «Overlord» las L.S.T. el 10 de julio. Todas las objeciones que pueden hacerse contra Cette como vía de acceso a Burdeos, se repiten con más fuerza para el caso de Marsella. El grueso de las diez divisiones no podría comenzar la marcha desde Marsella a Burdeos hasta un mes después del 30 de agosto, y no la terminaría en menos de tres meses. Por estas razones, no veo la posibilidad práctica de emprender un ataque sobre Burdeos desde el golfo de Lyon.

16. Pero la conquista de Tolón y de Marsella el 30 de agosto y el desembarco de diez divisiones el 30 de septiembre podrían tener como finalidad una marcha a lo largo del valle del Ródano, con Lyon, 160 millas al norte, como primer objetivo. En caso de tener éxito contaríamos con la ventaja de poder utilizar en este ataque a todos los franceses disponibles y las divisiones americanas que pudiéramos retirar de Italia y de Africa o atraer desde los Estados Unidos, a costa de «Overlord». También estaríamos en íntimo contacto con los «maquis» que han formado guerrillas en las montañas. Dispondríamos de un puerto de primera clase para poder volcar tropas americanas sobre esa parte de Francia si fuera necesario. Es tan fácil hablar de un avance por el valle del Ródano como de una marcha sobre Viena desde Italia. Pero estos proyectos están amenazados por grandes peligros, dificultades y demoras. Una vez que estemos comprometidos en el desembarco de Marsella, todas las tropas enemigas que hay a lo largo de la Riviera, siete u ocho divisiones, pueden ser trasladadas allí para oponerse a nosotros, Siempre le será posible al O.K.W. transportar las fuerzas que tenga en Italia a través de los túneles que atraviesan los Alpes, o, nasta que llegue el invierno, por las grandes carreteras que pasan por sus cumbres, e interceptar nuestro avance hacia el Norte en cualquier punto de su elección. El terreno es un obstáculo formidable. Sin que el enemigo retirara una sola división de la batalla de «Overlord», podríamos vernos enfrentados con fuerzas superiores a las nuestras a cada paso que diéramos por el valle del Ródano. Si el enemigo evacuara Piedmont, sólo tendría que proteger las carreteras de la Corniche, a lo largo de la Riviera y de los puertos de la montaña, lo que, como el invierno se echa encima, no sería difícil. Siempre podrá volar los túneles si le conviene. Si somos nosotros los que los volamos por medio de la aviación, el enemigo podrá siempre, excepto en los días más crudos del invierno, escapar por las cumbres, o a lo largo de la costa de la Riviera.

17. Me parece muy difícil demostrar que la operación de Cette o la de Marsella puedan tener alguna relación táctica con la batalla que estamos sosteniendo y que se prolongará todo este verano y el otoño en «Overlord». La distancia en línea recta desde Marsella a Cherbourg es de 600 millas, y la de Marsella a París, de 400 millas. Está perfectamente claro que, aunque obtuvieran el mayor éxito, ninguna de estas dos operaciones ejercería una influencia directa, durante el año 1944, sobre la batalla que ahora se está desarrollando.

18. Además, antes de que nos lancemos a cualquiera de estas dos modalidades de «Yunque» con la esperanza de ayudar a «Overlord», sería conveniente considerar el precio que habría que pagar por cualquiera de ellas.

IV PARTE

19. Los telegramas de Wilson, Alexander y el mariscal de campo Smuts nos exponen el proyecto de un ataque hacia el Este, a través del Adriático o costeando sus orillas. El general Wilson cree posible, mediante este plan, que él y el general Alexander se hayan apoderado de Trieste a fines de septiembre. Claro está que este movimiento tiene exactamente la misma escasa relación táctica con «Overlord» que las variantes de «Yunque».

20. El interrogante de si debemos abandonar toda esperanza de una gran victoria en Italia y en todos sus frentes y contentarnos en ese teatro con jugar un papel pasivo, después de disolver en beneficio de «Yunque», con todas las limitaciones de esta operación, el espléndido ejército aliado que tan rápidamente está avanzando a lo largo de la península, es una grave cuestión que han de decidir el Gobierno de Su Majestad, el Presidente y los jefes del Estado Mayor conjunto. Por mi parte, aunque deseo hacer todo lo humanamente posible para prestar una ayuda eficaz y oportuna a «Overlord», lamentaría profundamente que el ejército del general Alexander fuera restado de la ofensiva en Italia septentrional, en beneficio de una marcha por el valle del Ródano que los mismos jefes del Estado Mayor conjunto han descrito como poco útil, además de serlo en beneficio de nuestra operación principal, que es «Overlord».

21. En resumen:

a) Debemos reforzar «Overlord» directamente con el máximo número posible de desembarcos desde Occidente.

b) Debemos hacer justicia a las grandes oportunidades que se pre-

sentan a los jefes del Mediterráneo, y limitarnos en esta fase a operaciones menores de diversión y finta para fijar al enemigo en los alrededores del golfo de Lyon.

c) Debemos dejar al general Eisenhower los buques de desembarco durante todo el tiempo que los necesite para aumentar así su capacidad de desembarco.

d) Debemos aumentar hasta el máximo la capacidad portuaria de la zona de combate de «Overlord».

e) No debemos destruir una gran campaña en beneficio de otra. Pueden ganarse las dos.

ANEXO

LLEGADAS DEL EJÉRCITO NORTEAMERICANO AL REINO UNIDO DESDE MAYO HASTA AGOSTO DE 1944, CON INCLUSIÓN DE LAS FUERZAS AÉREAS AUXILIARES

Serie	*DETALLE*	*Llegadas al Reino Unido en mayo de 1944*	*Cálculo norteamericano de llegadas al Reino Unido para junio, julio y agosto*		
			Junio	*Julio*	*Agosto*
1	Ejército de los Estados Unidos excluyendo las fuerzas aéreas. . .	88,432	135,775	107,639	189,541
2	Fuerza aérea de los Estados Unidos . . .	16,257	7,196	3,301	5,215
3	Total del Ejército de los Estados Unidos (incluyendo las fuerzas aéreas auxiliares) . . .	104,689	142,971	110,940	194,756
4	Número de divisiones de Infantería . . .	1	1	—	2
5	Número de divisiones acorazadas	—	1	—	1
6	Número de divisiones A/B	—	—	—	1

He estudiado personal y cuidadosamente su memorándum y lo he sometido también al estudio de nuestros Estados Mayores conjuntos.

2. Estoy de acuerdo con usted en que nuestro principio estratégico fundamental ha de ser combatir al enemigo en la mayor escala, con la mayor violencia y continuidad. Pero estoy convencido de que ha de basarse en un esfuerzo principal, con una serie de esfuerzos de apoyo, íntimamente coordinados y dirigidos contra el corazón de Alemania.

3. La hazaña de «Overlord», nuestros avances victoriosos en Italia, un pronto asalto sobre el sur de Francia, combinado con los avances soviéticos hacia el Oeste, tal como fué decidido en Teherán, servirán con toda seguridad para lograr nuestro objetivo: la rendición incondicional de Alemania. En relación con esto, tengo también presente nuestro acuerdo con Stalin respecto a una operación contra el sur de Francia, y sus puntos de vista, expresados con tanta frecuencia, en los que favorece esta operación y clasifica todas las demás del Mediterráneo como de menor importancia para el objetivo principal de la campaña europea.

4. Estoy de acuerdo en que las consideraciones políticas que menciona usted son factores importantes, pero las operaciones militares basadas en ellas deben supeditarse a la operación principal de atacar el corazón de Alemania.

5. Estoy conforme con que seguir reforzando «Overlord» debe ser objeto de una continua atención, pero creo que esto es de la absoluta responsabilidad de Eisenhower. Las fuerzas que le estamos enviando desde los Estados Unidos son las que él ha pedido. Si necesita divisiones antes que servicios no tiene que hacer más que pedirlas: las divisiones estarán dispuestas.

6. Hasta que hayamos agotado las fuerzas en los Estados Unidos o se haya demostrado que no podemos enviárselas a Eisenhower cuando las necesite, me opondré al despilfarro que implica transferir fuerzas desde el Mediterráneo hasta «Overlord». Si empleamos barcos y capacidad portuaria para transferir fuerzas de una zona de combate (Mediterráneo) a otra («Overlord»), restaremos posibilidades al refuerzo de «Overlord» directamente desde los Estados Unidos, y el resultado neto será precisamente lo que no deseamos: disminuir las fuerzas en las zonas de combate.

7. Mi interés y mis esperanzas se concentran en derrotar a los alemanes que están frente a Eisenhower y en proseguir hasta Alemania, con preferencia a limitar esta acción para dar un gran golpe en Italia. Estoy convencido de que tendremos fuerzas suficientes en Italia, después de retirar las de «Yunque», para perseguir a Kesselring hasta el norte de la línea Pisa-Rímini y mantener una fuerte presión sobre su ejército, o, al menos, la presión necesaria para contener a sus actuales fuerzas. No puedo

concebir que los alemanes estén en condiciones de enviar diez divisiones más, como calcula el general Wilson, para mantenernos fuera del norte de Italia.

8. Nosotros podemos, y así lo confirma Wilson, retirar inmediatamente cinco divisiones (tres americanas y dos francesas) de Italia, para «Yunque». Las 21 divisiones restantes, más numerosas brigadas independientes, darán, sin duda alguna, la necesaria superioridad terrestre. Es evidente que, con nuestra superioridad aérea, hay suficiente aviación en el Mediterráneo para apoyar tanto las operaciones en Italia como «Yunque», y para prestar un abrumador apoyo aéreo durante los momentos críticos a cualquiera de estas dos operaciones. Además, virtualmente, dominamos el Mediterráneo.

9. Estoy de acuerdo en que las operaciones contra Burdeos y Cette con fuerzas mediterráneas han de quedar descartadas. Respecto a Istria, creo que tanto Alexander como Smuts, por diversas razones naturales y muy humanas, se inclinan a no tener en cuenta dos consideraciones fundamentales: la gran estrategia general que firmemente creemos necesaria para poner rápido fin a la guerra, y el factor tiempo en la probable duración de una campaña que, saliendo de la brecha de Liubliana, penetraría en Eslovenia y Hungría. Las dificultades de este avance serían mucho mayores que las que usted ha descrito para la campaña del valle del Ródano, sin tener en cuenta el efecto de los grupos organizados de la resistencia en Francia, y de la proximidad de las fuerzas de «Overlord». Me informan que, por razones puramente logísticas, es dudoso que dentro del período decisivo sea posible poner en primera línea, más allá de la brecha de Liubliana, más de seis divisiones. Mientras tanto, intentaremos desplegar en Francia treinta y cinco divisiones norteamericanas, que se encuentran ahora en el continente americano, además de una fuerza equivalente en tropas necesarias de servicios. No puedo acceder al empleo de tropas norteamericanas contra Istria *y en los Balcanes (1)* y no creo que los franceses accedan tampoco a que sus tropas se utilicen para eso.

10. Las playas, salidas, comunicaciones y cobertura en la zona de Tolón son muy convenientes. El pasillo del Ródano tiene sus limitaciones, pero es mejor que Liubliana, e indudablemente es mucho mejor que el terreno sobre el que hemos estado combatiendo en Italia.

11. Me ha impresionado la afirmación de Eisenhower de que «Yunque» es de trascendental importancia y que puede suministrar a Wilson, y así lo hará, los medios adicionales necesarios, sin detrimento de «Overlord», y la afirmación de Wilson de que puede llevar a cabo la operación si se le dan inmediatamente las órdenes oportunas.

12. Los planes de Wilson para «Yunque» están bien trazados y, por tanto, la operación puede iniciarse sin demora.

(1) Cursiva del autor.

13. Puesto que la decisión de montar «Yunque» se tomó en Teherán, que no puedo aceptar, sin previa consulta con Stalin, ningún curso de acción que signifique el abandono de esta operación. En el caso de que usted y yo no podamos ponernos de acuerdo para dar orden al general Wilson antes del 1 de julio, en el sentido de que inicie «Yunque» lo antes posible, debemos ponernos en contacto con Stalin inmediatamente. Además, creo que si hemos de abandonar «Yunque», debemos estudiar inmediatamente con los franceses el empleo de sus fuerzas, que, a causa de esta decisión, podrían verse alejadas de la batalla de Francia mientras sufrían bajas en un esfuerzo secundario en Italia o en los Balcanes.

14. Insisto una vez más en que la orden propuesta por los jefes de Estado Mayor de los Estados Unidos se dé inmediatamente al general Wilson. Es evidente que la prolongación de esta discusión destruirá las posibilidades de que la operación «Yunque», efectuada oportunamente, signifique un gran beneficio para «Overlord».

15. En Teherán estuvimos de acuerdo sobre un plan definitivo de ataque. Este plan ha ido bien hasta ahora. No ha sucedido nada que exija una alteración. En este momento en que estamos metidos a fondo en nuestro ataque más importante, la historia no nos perdonaría nunca que perdiéramos un tiempo precioso, y muchas vidas, a causa de la indecisión y por un exceso de debates. Mi querido amigo, le ruego que nos permita llevar adelante nuestro plan.

16. Finalmente, por consideraciones políticas, yo no podría sobrevivir el más pequeño revés en «Overlord» *si se llegara a saber que fuerzas relativamente importantes habían sido sacadas de allí para ser enviadas a los Balcanes (1).*

(1) Cursiva del autor.

APÉNDICE E

TOTALES MENSUALES DE LAS PERDIDAS MARITIMAS BRITANICAS, ALIADAS Y NEUTRALES CAUSADAS POR ACCION ENEMIGA

(Corregido hasta junio de 1952)

MES	*BRITÁNICAS*		*ALIADAS*		*NEUTRALES*		*TOTAL*	
	N.° de buques	Toneladas brutas	N.° de buques	Toneladas brutas	N.° de buques	Toneladas brutas	N.° de buques	Toneladas brutas
Junio 1944	17	54,665	8	47,382	1	2,037	26	104,084
Julio	11	40,539	6	38,217	—	—	17	78,756
Agosto	17	80,590	5	37,661	1	53	23	118,304
Septiembre	4	26,407	3	16,961	1	1,437	8	44,805
Octubre	2	1,722	2	9,946	—	—	4	11,668
Noviembre	4	11,254	3	24,621	2	2,105	9	37,980
Diciembre	11	46,876	15	88,037	—	—	26	134,913
TOTALES	66	262,053	42	262,825	5	5,632	113	530,510
Enero 1945	9	45,691	9	37,206	—	—	18	82,897
Febrero	13	43,636	12	50,116	1	1,564	26	95,316
Marzo	13	46,653	13	63,406	1	1,145	27	111,204
Abril	11	52,496	11	52.016	—	—	22	104,512
Mayo	1	2,878	3	14,320	—	—	4	17,198
Junio	—	—	2	18,615	—	—	2	18,615
Julio	—	—	3	7,237	—	—	3	7,237
Agosto	—	—	1	36	—	—	1	36
Septiembre	—	—	—	—	—	—	—	—
Ignorado	2	1,806	—	—	—	—	2	1,806
TOTALES	49	193,160	54	242,952	2	2,709	105	438,821